Elisa Cotarelo



El peligro de llamarse Nerea

EL PELIGRO DE LLAMARSE NEREA

Elisa Cotarelo

Smashwords Edition

Copyright © 2013 Elisa Cotarelo

Licencia de uso de la edición de Smashwords

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, por favor dirígete a Smashwords.com y descarga tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de la autora.

Los personajes, los nombres y apellidos de los personajes, los perfiles de redes sociales, y algunos de los lugares que se describen en este libro, son pura inventiva, fruto de la imaginación de la escritora. Cualquier parecido o coincidencia con la realidad sólo se puede achacar a la casualidad y al hecho de que los personajes y lugares, necesariamente, han de ser dotados de un nombre que los distinga.

OceanofPDF.com

Dedico este libro a los pocos que con su comprensión evitaron mi naufragio.

Elisa Cotarelo

OceanofPDF.com

Índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

OceanofPDF.com

I

Eran las ocho de la tarde del día veintisiete de noviembre de 2009 y a Fran la jornada laboral le había dejado exhausto, quizá por ser viernes, acaso porque su estado de ánimo no atravesaba los mejores momentos o tal vez porque el día se había presentado tan lóbrego y no menos frío que las catacumbas. Un oscuro velo tapaba la ciudad desde primera hora de la mañana, cumpliendo los pronósticos de los noticieros que llevaban varios días anunciando la llegada de un fuerte temporal procedente del Cantábrico.

A cubierto, Fran observaba como el cielo, sellado con nubes negras, amenazaba con enviar lluvia. Durante todo el día le había acompañado la sensación de que se iba a hacer de noche de un momento a otro, pero tal augurio no se cumpliría hasta eso de las seis de la tarde, cuando aún le restaban dos horas de trabajo en el edificio de viviendas que estaban remodelando en la calle Fuertes Acevedo. A mayores, la obra permanecía abierta por dos costados, permitiendo que el viento del norte campara a sus anchas y se cebara especialmente con sus huesos, aquejados de una incipiente artrosis que se agravaría notablemente tan pronto la lluvia hiciera acto de presencia para humedecer el ambiente y avinagrar su ánimo.

La jornada terminó siendo ya noche cerrada, momento en que Juan, el peón de veintidós años, propuso celebrar la entrada del fin de semana tomando unas tapas, regadas con cerveza, por supuesto. Ese día Fran no tenía humor para tapeo pero Juan insistió, cansino, esgrimiendo tres motivos de peso: tenía algo importante que contar, había mucho y significativo que celebrar y, además, la ronda corría de su cuenta. Dado que ninguno de los otros cinco compañeros se negó, Fran tampoco quiso hacerle un feo.

Quizá porque el hombre es un animal de costumbres, recalaron en el mismo bar de otras veces, uno de los muchos que empaquetan aquella calle; a esas horas lleno a rebosar de trabajadores que recién habían terminado su jornada, de humo de tabaco y de olor a fritanga. Como en alguna otra ocasión, consiguieron adueñarse del reducido espacio que milagrosamente permanecía libre al final de la barra y suplicaron seis cervezas al estresado

camarero; los pinchos resecos, fríos y con sabor a humo, esperaban encima de la barra sobre platos de plástico. Los había de tortilla, empanada y queso, como siempre

Juan vació media jarra de un solo un trago; después, con parsimonia, engulló dos trozos de empanada mientras cinco rostros interrogantes le observaban y aguardaban, ansiosos, por saber lo que se estaba celebrando. A buen entendedor pocas palabras, Juan dejó la pinta en la barra, frotó las manos, sonrió y comenzó a destapar la caja de sus secretos para hablar sin tapujos sobre su reciente noviazgo con Teresa, a la que había conocido dos meses atrás, nada más comenzar a trabajar en aquel edificio.

El entusiasmo de Juan era inversamente proporcional a la decepción de Fran, que esperaba haber sido convocado para algo más trascendente, no para escuchar el cuento de un noviazgo post-adolescente. En ese momento, ni en sueños hubiera imaginado Fran cuántas veces recordaría la historia de Juan y Teresa, usualmente con envidia, como referente en algunas ocasiones y con sentimiento de pérdida en otras tantas. Entretanto, Juan narraba su historia de amor con una ilusión que le impedía apreciar caras de hastío, de decepción y de burla.

La chispa, decía, había prendido con un simple cruce de miradas, un día que la casualidad propició el encuentro: él se encontraba a pie de obra y ella pasaba por allí, simplemente. En ese momento, además de quedarse prendado, formuló dos suposiciones; arriesgada la primera de ellas, conjeturada la segunda: que aquella chica se dirigía a la Universidad dado que caminaba dirección al Campus y, además, aparentaba tener unos diecinueve o veinte años; y que pasaría por allí diariamente y a la misma hora.

A partir de ese día, lloviera o luciera el sol, Juan procuraba hacer acto de presencia en la acera a las nueve en punto. Con pálpitos en el pecho la veía subir la calle, acercarse y luego pasar, apresurada como una ráfaga. Era alta, esbelta, con melena oscura y facciones similares a las de la Virgen María. Era perfecta. No había una mujer igual en todo Oviedo, ni en el resto del mundo.

Aún sabiendo que no tenía demasiados números para esa tómbola, Juan estrujaba los sesos sin descanso, tratando de encontrar la forma eficaz de abordarla. Y, dado que de ninguna de las maneras quería espantarla, desechó varios planes, unos por absurdos y otros varios por falta de valor para ejecutarlos. Desesperado, cuando hubo agotado las ideas solicitó la ayuda de un íntimo amigo, quien sin pensárselo dos veces le aconsejó recurrir a lo de siempre: pedirle fuego a la chica. Dado que Juan no fumaba, el amigo además del consejo tuvo que prestarle un cigarro para que lo usara como cebo. Casualidades de la vida, Teresa tampoco fumaba y no llevaba fuego, no al menos en el encendedor; sin embargo, y aunque no picara el anzuelo tendido por Juan con bastante torpeza, a partir de ese día le saludaba cada mañana aunque desconcertada y sin acertar todavía a intuir el motivo que llevaba a aquel chico atlético y guaperas a permanecer como una estatua en el mismo sitio y a la misma hora todos los días.

— Hola

Decía con un hilo de voz, sin apenas mirarle, para continuar caminando cuanto daban sus piernas.

A finales de octubre, aprovechando que al saludo ella había añadido una sonrisa, Juan consiguió reunir el arresto necesario para invitarla a tomar un café, con el propósito de combatir el frío mañanero y, de paso, romper el hielo que los distanciaba. A ella la invitación la pilló desprevenida y rehusó, alegando que llegaría tarde a clase. Él, que en cierto modo esperaba tal respuesta, le preguntó que qué tal por la tarde. Ella sonrió pero no contestó ni que si ni que no. Él, insistente, volvió a invitarla al día siguiente con idéntico resultado. Y al otro, sin que variara el desenlace. Y también los otros cuatro siguientes, con mismo final. Pero Juan era perseverante y al cabo de una semana, no supo si por interés o por aburrimiento, le arrancó un “si” y quedaron para las ocho de la tarde en aquel mismo bar donde ahora tomaba cañas con sus compañeros.

Tras esa primera toma de contacto, la propuesta se repitió cada día de los siguientes y el “si” de ella también. El roce hizo el cariño y comenzaron a gustarse, a encontrarse muy bien juntos, a salir de noche y a besarse sin reparos. Y a día de la fecha se avecinaba para ellos dos un fin de semana tórrido, capaz de retar la ola de frío que amenazaba desde las alturas.

— ¡Menudo Don Juan estás hecho! ¡Aprovecha chaval! Además eres listo que la has buscado joven y delgada. A vieja y gorda ya vendrá ella sola.

Todos menos Fran rieron la burda gracia de Fernando, el capataz, quien tenía los ojos secos por no pestañear durante todo el relato y los pies mojados con la baba que le caía con sólo imaginarse en la piel del peón de albañil.

Fran, ya curado de espantos y de relaciones idílicas, permaneció serio ante aquel comentario grosero que, sin embargo, por esas conexiones extrañas que a veces hacen los cables de la mente, trajo de vuelta a su memoria aquel refrán que su padre le había reseñado momentos antes de dirigirse a la iglesia para contraer matrimonio con Rosa: “después del casamiento, las mujeres no encuentran lo que esperan y los hombres no esperan lo que encuentran” ¡Y qué razón tenía! Unos pocos años habían bastado para que su matrimonio hiciera aguas por los cuatro costados. Pero, aún en esa certeza, su hastío no impedía que en esos momentos, al igual que Fernando y los demás, sintiese un gusanito de envidia punzándole el estómago mientras escuchaba a Juan hablar de “su Tere” con pasión desmedida. De buena gana daría al menos un año de su vida por pasar con Rosa un fin de semana como el que le esperaba a Juan con Teresa.

— Voy en serio con ella, tíos. Es la mujer más maravillosa del mundo.

Al peón de albañil le brillaban los ojos como si fueran cuentas de cristal y sudaba alegría por cada poro.

— De novias son todas maravillosas porque a buen hambre no hay pan duro. El problema viene luego. — resolvió alguien de los presentes, a quien Juan hizo caso omiso para continuar relatando las peripecias del noviazgo y las virtudes de Teresa, que no tenían fin.

Una hora y cuatro cañas más tarde, Fran estaba más que harto de escuchar hablar sobre una mujer a la que sólo había visto de refilón y que, además, le parecía que no era para tanto. La chica tenía salero y parecía despierta como un antílope pero, por lo demás, era un saco de huesos con nariz de loro.

Minutos después — ignorando que tardaría muchos días en regresar a su puesto de trabajo, y que cuando regresara ya nada sería lo mismo — Fran apuró su jarra de cerveza y se despidió de todos hasta el lunes, deseándole a Juan suerte en aquel lance donde se jugaba el todo por el todo y envidiando su posición de soltero con planes para el fin de semana: él no tenía ninguno, salvo ir al centro comercial para hacer la compra.

En la calle, los nubarrones habían cumplido su amenaza: llovía a cántaros. Nada más salir del bar metió de lleno los pies en aquel arroyo que era en ese momento la empinada calle Fuertes Acevedo y dio un salto instintivo hacia atrás para ponerse a salvo. Era tarde, no podía esperar a que amainara, tendría que enfrentarse al temporal sin paraguas. Abrocharía bien el anorak, subiría la capucha y echaría una carrera hasta el coche. Lo había aparcado al lado de la plaza de toros de Buenavista, a escasos doscientos metros cuesta abajo pero suficientes para empaparse de pies a cabeza. Con esa premisa emprendió carrera sin pensarlo más y sin encontrar obstáculos en la acera desierta. Llegó al coche con la lengua de fuera, regueros de agua resbalándole por la cara y los pies chapoteando en el interior de sus viejas y agujereadas botas. Aún así, la Plaza de Toros de Buenavista le robó una mirada antes de guarecerse dentro del coche. El hermoso edificio poligonal de estilo mudéjar, plantado allí desde finales del siglo XIX, con sus arcos huecos y sus pilastras de ladrillo, parecía tan inmune a los caprichos meteorológicos como seguro de que, a toda costa, debía cumplir con su única función en aquella ciudad: adornarla un poco más, si cabe.

Con los chorros de agua corriendo espalda abajo Fran no tardó en considerar un disparate detenerse en ese preciso instante a contemplar monumentos. Ya habría tiempo. El lunes seguiría ahí, en el mismo sitio. En ese momento debía darse prisa, de lo contrario llegaría a casa mas tarde de lo habitual, su hija le estaría esperando y su mujer, a punto se llegar, se pondría como una fiera si no le encontraba en casa.

Espoleó el viejo Ford Fiesta y condujo por la calle Fuertes Acevedo entre un tráfico intenso, de comienzo de fin de semana, que se escurría como una serpiente con un silbido ensordecedor. Pitidos, frenazos, sirenas que advertían su presencia por toda la calle. Llovía a cántaros y el limpia parabrisas no daba más de sí. Delante de la Estación Uría se topó con una

pequeña colisión y un gran atasco. Resopló. Eso retrasaría su llegada un cuarto de hora más. Volvió a resoplar, de alivio, cuando al fin pudo enfilar la autopista. En cinco minutos estaría en casa. La lluvia era inclemente y el limpia estaba a punto de rendirse pero aguantaría porque el viejo coche era sufrido.

Ya en casa, lo primero fue meter en la lavadora la ropa que traía de la obra. Si no lo hacía así, los gritos de su mujer provocarían un cortocircuito. Después hizo lo que siempre solía hacer.

— ¿Nerea?

No hubo respuesta. Tendría que repetir la pregunta un poco más alto, quizá estuviera entretenida hablando por el móvil o escuchando música.

— ¡Nerea!

Seguía sin haber respuesta. Lo intentó una vez más, casi gritando. Nada. Resultaba extraño encontrar la casa tan silenciosa y oscura: Nerea solía hacer notar su presencia dejando luces encendidas allá por donde pasaba.

Le asustó el silencio que se extendía sobre la casa como una manta. La angustia gravitaba entorno suyo, incomodándole. ¿Por qué se sentía tan intranquilo? ¿De qué debería preocuparse? Echó un vistazo a su muñeca izquierda: el reloj marcaba las nueve y media de la noche. Meneó la cabeza. <Me estoy haciendo viejo. Ya sólo me falta santiguarme antes de salir a la calle> ironizó.

Volvió a mirar hacia la habitación de su hija buscando el haz de luz que debería asomar por debajo de la puerta, pero no vio nada. Se acercó, abrió la puerta despacio y encendió la luz esperando encontrarla dormida o escuchando música a oscuras; pero no había ni rastro de ella, ni de sus libros, ni de su mochila. Además, la habitación permanecía limpia y ordenada, tal y como solía dejarla Rosa después de hacer la limpieza de la mañana; indicio más que suficiente para tener la certeza de que Nerea no había estado allí en todo el día. De lo contrario, la tanda de peluches que había ido acumulando a lo largo de su infancia y que Rosa colocaba encima de la cama a modo de adornos, irían a parar al suelo nada más Nerea tomara posesión de la habitación para descansar un rato encima de la cama. Los

libros no llevarían mejor camino y aparecerían desparramados a lo largo y ancho del pupitre, y la mochila descansaría en el suelo, tirada de cualquier manera. Deducía los actos de su hija a juzgar por el desorden que reinaba en la habitación cuando él llegaba a casa cada noche pero, en realidad, nunca los había presenciado.

Aunque le constaba que era absurdo y que allí no había nadie sintió la necesidad de hacer un recorrido de comprobación por toda la casa, encendiendo luces y abriendo puertas — Rosa tenía la costumbre de clausurar las estancias antes de marchar al trabajo —. Echaría un rápido vistazo a cada habitación, buscando no sabía qué.

En la inspección invirtió menos de un minuto y halló puertas cerradas, oscuridad, silencio, frío y el olor rancio como fragancia característica de la casa. De todo ello extrajo la conclusión de que, seguramente, a la niña se le había ido el santo al cielo y aún estaría con Alba, dándole sin parar a la sin hueso. Lo peor de todo era que Rosa llegaría de un momento a otro y se armaría la marimorena.

No sabía qué hacer. Era viernes noche y le gustaría tener un fin de semana relativamente tranquilo, dentro de las posibilidades. Ni el menor deseo de pasarlo escuchando a su mujer: “es que, claro, tú eres demasiado pasivo. Tu función en la casa es poner un poco de autoridad a la niña, y no la cumples. ¡No puede andar por ahí haciendo lo que le dé la real gana!”. Y seguro que esa frase — y otras mucho peores — se repetirían como un disco rayado durante lo que restaba de viernes, sábado completo y las sobras para el domingo, agotando su ya escasa paciencia y obligándole a contraatacar con argumentos que en circunstancias normales nunca utilizaría como escudo y de los que se arrepentiría más pronto que tarde.

No necesitó meditarlo mucho antes de tomar la decisión de telefonear a Nerea para ordenarle que regresara a casa inmediatamente, que debía estar de vuelta antes de que llegara su madre; o sea, antes de media hora.

Buscó el número en su móvil y fue pulsando las teclas mientras sopesaba lo que iba a decirle. No deseaba quedar como un calzonazos ante su hija, por tanto no iba a evidenciar que temía las represalias de Rosa. Ni él mismo quería reconocer la realidad, mucho menos patentizársela a Nerea.

Apretó la última de las nueve cifras. Casi inmediatamente una voz femenina, con dicción modulada, le informó de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura en esos momentos.

— ¡Maldita sea! ¡Esta niña me va a oír! — repitió dos veces en voz alta, apretando los puños, nervioso y comprobando si giraba el pomo de la puerta de entrada.

Quizá Rosa tuviera razón, seguramente a la niña no se le había impuesto el respeto debido. Definitivamente, en aquella casa faltaba autoridad.

— ¡Y se va a imponer esta misma noche! ¡Tan pronto aparezca por la puerta! Sólo tiene trece años y no se puede consentir que ande por ahí a deshora.

El enfado y el ofuscamiento inutilizan la mente. Cuando ambos parásitos mentales bajaron la guardia, Fran pudo recapacitar y se le ocurrió la sencilla idea de telefonear a Alba. Seguro que Nerea estaba con ella, en su casa. Llamaría desde el fijo, salía más barato. Sin embargo, así como inhabilitan el cerebro también estimulan el cuerpo: el enojo había transformado en briosos los siempre pausados movimientos de Fran y en pocos, y ágiles, pasos llegó al recibidor, donde el teléfono fijo descansaba encima de un pequeño mueble zapatero.

< ¡Tan pronto conteste, le advertiré de que, como no se presente en casa en cinco minutos, se le va a caer el pelo!>.

Cabe decir que Fran era perro ladrador, pero muy poco mordedor. En realidad, sólo quería evitarle las riñas y algún cachete que con certeza su madre le propinaría si no la encontraba en casa cuando regresara de trabajar en el supermercado.

Buscó el número de Alba en la agenda del móvil y lo fue marcando poco a poco mientras se preparaba mentalmente para la regañina. Tan pronto Alba contestara, sin darle las buenas noches ni nada, le exigiría que se pusiera Nerea al teléfono. Y, nada más tener a su hija al habla, le diría: “¡O estás en a casa en menos de cinco minutos, o quedas castigada para los restos!”. Iría directo al grano y no se interesaría por los motivos de su

ausencia. Había que ser directo y tajante. Después colgaría. El resto de la bronca vendría después, cuando llegara a casa.

— ¿Si? ¿Quién eres?

Escuchó la voz de Alba entre un murmullo de sonidos que no supo identificar; bien podría ser gente hablando a voz en grito, o también pudiera darse el caso de que tuvieran la televisión a todo volumen. < ¿No estarán en algún bar?> se preguntó mientras soltaba un bufido y volvía a apretar los puños.

— Soy Fran, el padre de Nerea.

— ¡Hola, Fran!

— ¡Dile a Nerea que se ponga al teléfono, que la estoy llamando y lo tiene apagado!

El mueble zapatero que sostenía el teléfono estaba coronado por un pequeño espejo redondo, “de diseño” según Rosa, y Fran se miraba en él para tratar de adaptar sus muecas a la condición de padre enojado. < Ha sonado bien. Fuerte y decidido, a la vez que cabreado> pensó, arqueando las cejas y dibujando una leve sonrisa. No había respuesta al otro lado de la línea, seguramente Alba ya le habría pasado el recado a Nerea y, ésta, temiendo la reprimenda, estaría sopesando si ponerse al aparato o salir corriendo para casa sin detenerse a contestar, como si el castigo funcionara como una regla de tres directa: menos minutos fuera de casa, menor castigo.

— Fran, yo no la vi hoy. No estuvo aquí.

Había tenido la deferencia de apagar la tele para que se la escuchara mejor.

— ¡¿Cómo?! ¿No fue a tu casa para ayudarte con los deberes, como todos los días?

En menos de un segundo se le había quebrado la voz, la sien se había retirado hacia atrás desfrunciendo la frente y los ojos se agrandaron hasta límites máximos. El espejo le devolvió una imagen muy distinta a la anterior: la de un padre preocupado.

— Creí que lo sabías…

Alba también tenía un espejo enfrente y se miraba en él sin saber qué decir ni cómo actuar. No tragaba con aquella historia de visitas a abuelas. Más bien parecía que Caperucita se estaba divirtiendo con el lobo feroz. Pero… ¿con quién? Ambas eran uña y carne, pasaban los días juntas… ¡y no le había contado nada! Estaba que rabiaba. Era evidente que algo se había cocido sin ella saberlo. Y además, Nerea le había mentido. Aquello de que tenía que ir con su abuela al médico ya no había colado el día anterior cuando se lo puso como excusa para no pasar ese día por casa. Seguramente tendría otro plan que no había querido contar a nadie; y debía ser un buen plan para que se le fuera el santo al cielo de esa manera, olvidándose de llegar a casa antes que sus padres. Se le iba a caer el pelo, eso seguro, pero no sería ella quien la delatara. No pensaba contar absolutamente nada. Claro que tampoco había nada que contar, salvo lo de Román; pero él estaba en Madrid, a quinientos kilómetros, y no podía tener nada que ver con la juerga que Nerea estaba corriendo esa tarde en Oviedo.

— ¿Estás segura? ¿No es posible que te hayas olvidado? — Fran se dio cuenta enseguida de que la estaba interpelando con tonterías y trató de corregirse — Quiero decir, que a lo mejor te has quedado dormida y lo has olvidado…

— Me dijo que hoy no podía venir porque tenía que acompañar a su abuela Aurora al ginecólogo.

Fran se tranquilizó casi de repente. El espejo reflejó la imagen de un hombre sonriente que meneaba la cabeza de un lado al otro. < Me preocupo por nada y me comporto como un padre histérico> zanjó, relajando la expresión.

— No sabíamos nada, pero sí, seguro que se trata de eso, que Aurora la ha llamado para que la acompañe al médico y se le ha olvidado mencionarlo en casa. No pasa nada, cualquiera puede tener olvidos. Gracias Alba. Voy a llamar a mi suegra, seguro que aún está con ella.

— Chao, Fran. Y dile que no se olvide de que hemos quedado para mañana a las once.

— Descuida, yo se lo recuerdo. Y perdón por las molestias.

— No hay de qué.

Aurora vivía al final de la Argañosa, casi en la otra punta de Oviedo. Tendría que telefonearla para comprobar que la niña estaba con ella lo primero, y para hablar con Nerea y decirle que le esperase allí lo segundo. No le hacía ninguna gracia volver a salir al ruedo del tráfico con la noche que estaba, pero tampoco era plan de que la niña anduviera por ahí, mojándose para subirse a un autobús.

— ¿Aurora?

— ¿Quién es?

— Soy Fran, tu yerno.

— ¿Fran? ¿Eres tú?

La voz de su suegra llegaba envuelta en otros ruidos, música y voces que provenían de la televisión o de la radio. Su sordera aumentaba de día en día, a la par que su reticencia a usar aparatos de audición: era demasiado coqueta como para echarse encima uno de los signos más visibles del envejecimiento.

— Sí, soy yo. ¡Dile a Nerea que se ponga!

— ¿Cómo dices? No comprendo, deben estar las líneas averiadas a causa de la tormenta.

Aurora siempre encontraba la excusa apropiada para esconder su sordera. Fran sonrió.

— ¡Que le di-gas a Ne-rea que se pon-ga! — gritó, espaciando las sílabas.

— Nerea no está aquí, Fran. ¿Quién te ha dicho que está conmigo? Hace más de un mes que no la veo, desde la última vez que vinisteis los tres.

Fran seguía en el recibidor, frente al espejo, comprobando cómo su imagen cambiaba de expresión a cada segundo que pasaba. El enfado abría sus ojos, le estiraba las sienes, apretaba sus labios y le sacaba las venas del cuello a flor de piel. Al rato llegaba la preocupación y el ceño se fruncía, las pobladas cejas se unían encima de la nariz y se mordía los labios. También

acudió el miedo para apartarle el color de la cara y dejarla más blanca que el papel.

— ¿Fran? ¿Fran?

— Si, Aurora, estoy aquí, no te preocupes, seguramente estará con su amiga Alba. Voy a telefonearlas. — mintió, para salvaguardar la preocupación de Aurora.

Y colgó sin contemplaciones. En ese momento era imprescindible racionalizar la situación antes de tomar decisión alguna. Por otra parte, no sabía que decisión tomar. Ya había hablado con las dos únicas personas con quien podría estar su hija y ni rastro.

Unos minutos después concluyó que, pensándolo bien, no existía motivo alguno para alarmarse: no eran ni las diez de la noche y, si bien era la primera vez que Nerea faltaba de casa a esas horas, también era cierto que estaba atravesando la adolescencia, un difícil trayecto en el que quien más quien menos ha cometido alguna locura. El causante de la tardanza bien pudiera ser algún novio que hasta la fecha había permanecido en secreto y, de ser así, todo quedaría en una simple travesura. Pero lo extraño era que ese secreto no lo compartiera con su mejor amiga. O quizá sí lo compartió y Alba había mentido para no delatarla. <Pero eso no puede ser, porque fue la propia Alba quien me indicó que debía llamar a Aurora porque Nerea estaba con ella.> dedujo.

No sabía a quien más llamar. Nerea no se prodigaba demasiado en las relaciones sociales y no tenía amistades, sólo Alba y con ella ya había hablado. Volvió a mirar el reloj. Para telefonear al Instituto era demasiado tarde, a esas horas de la noche ya no quedaría nadie allí. ¿Habría asistido a las clases? Seguro que sí, ella no perdería una clase por nada del mundo. O quizá si. Otra sacudida en el estómago le alertó primero para después impulsarle a dudar sobre si realmente conocía las prioridades, sentimientos y gustos de su hija. Hasta ese momento pondría la mano en el fuego a que Nerea no saltaría una clase ni por todo el oro del mundo, pero quizá ese convencimiento carecía de base, o tal vez esa fe en ella había tenido fundamento hasta hacía muy poco tiempo pero ya no lo tenía en la actualidad porque los hijos cambian con la adolescencia. Y, simplemente, él

no se había percatado de esos cambios porque el tiempo que compartía con ella resultaba insuficiente a todos los efectos y, además, coincidía con los momentos de máximo apuro: un cuarto de hora durante el desayuno cuando lo que priorizaba era terminar cuanto antes para marchar al trabajo; y otra media hora durante la cena cuando, agotados tras la dura jornada, anteponían el descanso a la conversación.

A las diez menos cuarto suena el cerrojo de la puerta. Fran se levantó del sofá de un brinco, cruzó el reducido salón en dos pasos y se asomó al recibidor con la esperanza de ver a Nerea aparecer por la puerta. Pero la que llegaba era Rosa, envuelta en frío y lluvia, y en una enorme bufanda de un horrible color marrón, similar al de la mierda, que ella misma había tejido el pasado invierno a costa de robar minutos a su escaso tiempo de descanso. Traía cara de pocos amigos, como de costumbre. En una mano sostenía la bolsa de plástico que contenía las pizzas de los viernes, en la otra un paraguas chorreando. Entró con brío, quizá para aplacar algún enfado provocado por enfrentamientos con otra cajera, o con el encargado, o a saber con quien; entró dispuesta a hacer suya la casa a costa de romper la armonía que solía reinar en su ausencia, pero se quedó paralizada nada más enfrentarse a la cara atormentada de su marido.

Sería mejor adelantarse al interrogatorio, sin darle ocasión a que ella comenzara a preguntar sobre el motivo de tal recibimiento, ponderó Fran

— Nerea no está en casa.

— ¡¿Cómo que no está en casa?! ¡Estará con Alba! Ya sabes que le ayuda con los estudios.

Rosa acentuó su respuesta con un gesto que denotaba indiferencia y hastío: siempre la recibían con problemas que no eran tales. Airosa, esquivó a Fran, se metió en la cocina a toda prisa, arrojó la bolsa encima de la mesa, arrancó la bufanda de cuajo y la tiró encima de la bolsa. Fran no paraba con las manos, por turnos palpaba las consolidadas callosidades de una y otra.

— Hablé con Alba y me dijo que no la ha visto en todo el día y que Nerea le contó que tenía que ir con su abuela al ginecólogo a las cinco de la tarde. Llamé a tu madre y no hay tal consulta.

En un santiamén, el abrigo de Rosa fue a parar también encima de la mesa.

— ¡Esta niña es idiota! ¡A saber en qué andará metida! Seguro que se trata de algún noviete, algún tontolaba como ella, de otra manera no se explica. ¡Cuando aparezca por esa puerta se va a enterar!

Señaló la puerta de entrada con el dedo índice más tieso que un misil y después cerró el puño para dar a entender lo que le esperaba a su hija cuando entrara por allí.

— Voy a poner las pizzas en el horno y, cuando estén listas, comemos. Ella se queda sin cena esta noche. ¡Y eso va a ser un mal menor comparado con lo otro que le espera! ¡No vuelve a pisar la calle en dos meses! ¡Ni cine, ni paseo, ni tarea con Alba, ni leches!

El envoltorio desapareció rápidamente entre sus manos para ir a parar al cubo de la basura como por arte de magia. Arremangó la chaqueta hasta el codo, metió las pizzas en el horno, soltó un bufido, meneó la cabeza y, con gesto airado, marchó a cumplir con el ritual de cada noche: recoger el pelo con una pinza y envolverse en la bata.

Entretanto, Fran masticaba incertidumbre. Aunque lo que en realidad sentía iba un paso más allá de la simple preocupación: era miedo. En su interior algo le decía que la adolescencia por si sola no habría conseguido alterar los sólidos principios de Nerea, una niña buena y sincera que, en condiciones normales, jamás tramaría semejante embuste. Y lo peor de todo, lo que más le aterrorizaba, era que no sólo les había mentido a ellos, sino que también a su mejor y única amiga. <A esa edad los jóvenes son un libro abierto para sus amigos íntimos, aunque lo cierren a cal y canto para los padres> aseguraba.

Rosa regresó a la cocina con su rojo pelo recogido en un moño alto y la bata color fucsia vivo dando la nota. Fran apartó la mirada para que no resultase dañada con la unión de tan estridentes colores. También se apartó él hacia el recibidor, para volver a marcar el número de teléfono de su hija. Seguía apagado o fuera de cobertura. “Recibirá un mensaje tan pronto esta persona se conecte” aseguraba una voz femenina que intentaba sonar amable, jovial y cercana.

— ¿Es que tampoco coge el teléfono? — preguntó Rosa mientras se arremangaba para sacar la pizza del horno.

— No, no lo coge. Desde que llegué de trabajar la estoy llamando cada rato, y lo tiene apagado.

— ¡Esa niña se va a enterar! En cuanto aparezca por la puerta le meto dos sopapos…

Rosa estaba encendida, por el calor que desprendía el horno y por la rabia ante el desacato de su hija a uno de sus muchos mandatos. Destilaba furia por cada poro de su piel y apretaba los dientes haciendo más prominente aquel cuello de toro, heredado de su madre y acrecentado con los años y los dulces que tanto le gustaba comer a media mañana y a la merienda.

— ¿No te has parado a pensar, aunque sólo sea por un momento, que a nuestra hija pudo haberle ocurrido algo malo?

Mientras las palabras salían de boca de Fran, de sus ojos brotaba la incomprensión, el desprecio y hasta una pizca de odio. Durante los últimos años, cada día y casi cada hora, se había preguntado a sí mismo por qué seguía al lado de aquella mujer y jamás había conseguido obtener una respuesta aclaratoria, ni mucho menos satisfactoria. Ella era un témpano de hielo que no había amor ni pasión en el mundo capaz de derretir; siempre malhumorada y enfadada con el mundo, como si todos le debieran y no le pagaran; además, era nula en su faceta de esposa: la pasión había agonizado lentamente aquejada de ausencias y, aunque los encuentros amorosos comenzaron a postergarse poco después de la boda, Fran no quiso aceptarlo hasta que ya no tuvo remedio. A los cinco años de casarse nada quedaba de la complicidad que de novios habían trenzado y hacían el amor una vez al trimestre, quincena arriba o abajo. Cuando él la buscaba entre las sábanas, ella se abría de piernas con la misma desgana que lo haría si acudiera a la consulta del ginecólogo; y él usaba su cuerpo para desfogar la pasión acumulada durante tanto tiempo, procurando terminar lo más rápido posible porque era consciente de que estaba molestando, y mucho a juzgar por la pasividad de Rosa. Después, con el paso de los años, aprendió a ahogar la pasión al primer asomo, se acomodó en la monótona vida familiar y olvidó

sus sueños; pero lo que no era capaz de aceptar de ninguna de las maneras era el hecho de que Rosa adoptara también el mismo comportamiento nulo en su faceta de madre.

— ¡Qué le va a haber pasado ni qué niño muerto! ¡Esa está por ahí, ganduleando! Y le importa tres pepinos que estemos esperándola para cenar. Pero… ¿sabes lo que te digo? Que yo voy a cenar ahora mismo. ¡No la espero ni un segundo más! ¡Y cuando llegue, que se prepare!

— Pues cena tú sola. A mi se me han quitado las ganas.

Fran salió de la cocina dejando atrás un portazo que resonó en toda la casa y sin saber muy bien dónde ubicarse mientras esperaba. Tendría que ser un lugar donde no compartiera espacio con Rosa: en las actuales circunstancias le resultaría imposible soportar su presencia. Con la ayuda de quince años de convivencia no le resultó difícil predecir sus actos: ella cenaría en la cocina, recogería los pocos cacharros de la cena, iría al baño de la habitación grande a lavarse los dientes y luego al salón para ver la televisión. Optó por refugiarse en el cuarto de Nerea, único rincón de la casa donde era improbable que Rosa hiciera acto de presencia.

Halló el cuarto oscuro y frío. Sin encender la luz, tanteó los muñecos, los apartó hacia un lateral de la cama y se tendió en el reducido espacio que quedaba libre. Intentó razonar la situación, desmenuzarla por partes hasta ver si así le encontraba una explicación; pero razones fisiológicas se lo impedían: el olor de la pizza se colaba a través de la puerta abierta, él lo absorbía, su estómago rugía como un león y la saliva invadía su boca amenazando con ahogarlo. Se levantó a cerrar la puerta y volvió a acostarse. Un mal presagio quiso acompañarle durante unos segundos pero logró espantarlo. Cerró los ojos. A través de la puerta, como una lombriz, se deslizaba el tintineo de cacharros en la cocina, luego los pasos de Rosa en el pasillo y después el silencio. El tiempo pasaba lento, como si el reloj también se hubiera aliado con su angustia para alargar la espera lo más posible y así sacar el máximo partido a la tortura. ¡Que suerte tenía Juan! ¡Y también Teresa! ¡Ay, si el pasado se pudiera borrar con una goma…! Y volver a escribirlo como si nada…

OceanofPDF.com

II

Existe un proverbio chino que viene a decir: “el aleteo de una mariposa puede provocar un tsunami al otro lado del mundo”.

Cuarenta y tres días antes de que Fran encontrara su casa vacía, en concreto la tarde del jueves quince de octubre de 2009, una mariposa negra como el carbón se disponía a batir sus alas; y lo hacía a cientos de kilómetros del Instituto de la Corredoria, en Oviedo, donde Nerea recogía libros y cuadernos para regresar a casa después de una mañana de insufribles clases. Eran las dos y media de la tarde y la acompañaba Alba, su única amiga. Ambas cursaban segundo de Educación Secundaria Obligatoria.

— ¡Esto es una cárcel!

Con un gesto de cabeza, Nerea señaló el sólido enrejado que cerca el edificio. Las palabras habían salido sin previa reflexión, empujadas por la sensación de encierro que, de un tiempo a esa parte, le provocaba el Instituto. Nada más dejarlo atrás, se sentía tan liberada como si saliera de prisión.

— Pues los presos acaban de fugarse.

Alba rompió a reír a carcajadas señalando la acera con el dedo. En aquel barrio de nueva creación abundaban las parejas jóvenes con hijos en edad escolar y, a aquella hora, las calles se podrían comparar a un hormiguero humano, un mar de mochilas, una algarabía en movimiento, o a un surtido de todo eso y mucho más. Miró a Nerea: estaba más seria que un Ministro.

— ¿A qué viene ahora esto?

— No sé qué pintamos aquí, tía. Nadie nos hace caso. ¡No saben ni que existimos!

— ¡Ya se enterarán! No seas quejica. Hay que dar tiempo al tiempo, como dice Marta.

Alba ya estaba curada de espantos. Al igual que Nerea, había llegado al Instituto de la Corredoria hacía por esas fechas un año, aproximadamente, tras haber sufrido otros tres cambios de colegio. Su madre, Marta, era culo de mal asiento y, tras el divorcio, se había mudado hasta tres veces de piso, cada uno en una punta de Oviedo. Finalmente fue a encontrar en aquel barrio de las afueras lo que decía llevar tiempo buscando.

Alba, al igual que Nerea, también había movido Roma con Santiago para conseguir ser aceptada en alguno de los grupos de amigos ya formados de antemano, desde Primaria; y el resultado había sido el mismo para ambas: cuanto más insistían y más ponían de su parte, menor era el éxito y mayor el rechazo. Irremediablemente, tras el repudio llegó el inevitable desencanto y la triste conclusión de que no era plan seguir intentando entrar con calzador en alguno de aquellos grupos.

Conscientes (¡Cómo no!) cada una de la existencia de la otra, ambas decidieron ahorrar en esfuerzos inútiles y propiciar un acercamiento, que resultó sencillo porque, además, compartían aula. Mas tarde descubrirían con agrado que sus personalidades, aunque dispares en muchos puntos, lograban complementarse bastante bien. No obstante, para que la amistad fraguara de forma sincera y no por pura necesidad, intervinieron algunas características comunes que resultarían decisivas: ambas eran aplicadas, responsables, hijas únicas, vivían en calles próximas y compartían la misma soledad, derivada en parte del estilo de vida moderno. Aún así, subterráneamente, en aquel caldo nunca faltaban envidias y roces por motivos diversos.

— ¿No estás asada, tía? — preguntó Alba.

Una vez más, Nerea enrojeció de vergüenza por culpa de aquella dichosa cazadora de pana heredada de su madre y, por ende, pasada de moda desde hacía una década. La prenda no tenía desperdicio: horrendo color marrón, gigantesco cuello rematando la cremallera de la delantera, amplia como una chilaba, espantoso cordón frunciendo los bajos, raída en los puños por el uso de dos generaciones. Debía ser la milésima vez que Alba la examinaba detenidamente; Alba y otros trescientos más, porque la prenda se había convertido en el hazmerreír de todo el Instituto. Pero no

tenía sustituto para ella ni preveía tenerlo, no al menos durante el invierno que se avecinaba. “¡Qué chula! ¿De donde la has sacado? Es tan… tan… retro.” había comentado ese mismo día Jenny, la vaca sagrada intocable de primero de bachillerato, mientras sus dos amigas del alma le reían la gracia a carcajadas.

— ¡No empieces con la cazadora!

Alba escondió la mirada.

— No es por eso, tía, y lo sabes; es que hace un calor infernal…

Era cierto. Aquel día de pleno otoño resultó ser el más caluroso en todo lo que iba de año. Dos pasos más adelante, Nerea se desprendió de la cazadora.

— Así está mejor. ¿Por qué agobias, tía? ¡No estamos tan mal!

— Estoy harta de las clases, del Instituto, de los profes y de todos estos tíos que van de guays por la vida.

Aunque sabía que a nadie ni a nada podía señalar como causante del tedio que la envolvía, igualmente la frase le salió del alma. También sabía que las responsables de tal aburrimiento no eran otras que las altas expectativas que ella misma había ido esculpiendo durante el transcurso del pasado verano y que en esos momentos se estaban desmoronando como si fueran castillos de arena expuestos al vaivén de las mareas. También sabía que esos castillos estaban construidos sobre la ilusa esperanza de que el nuevo curso arrastrara nuevas amistades hacia ella. Y no había sido así: su única amiga seguía siendo Alba. Y no había tardado en comprender que esa esperanza de que su destino tomara otro rumbo durante el vigente curso no tenía ninguna razón de ser más que el deseo de que así fuera; pero el hecho de ser consciente de las causas no ayudaba a mitigar los efectos.

Pasaban por delante de la Plaza Fuente la Braña cuando Alba se paró en seco y la miró a los ojos, muy seria.

— También estás harta de mí, ¿no es eso?

Nerea se quedó de piedra. ¿Qué mosca le habría picado a esta? No se le había ocurrido pensar que sus palabras pudieran interpretarse de esa

manera. Tenía a Alba enfrente, sondeándola con sus ojos color miel y no encontraba respuesta satisfactoria para acallar aquel repentino interrogatorio; es más, la reacción le había pillado tan por sorpresa que no le salían las palabras. En cambio, su cuerpo sí que había respondido, sin su permiso y en la forma que tanto odiaba: ponerse colorada.

— ¿Estás harta de mi, Nerea?

Alba había subido el volumen, casi gritaba; y la miraba con cara tan seria que parecía un juez de la Inquisición. La ponía nerviosa.

— ¡No es eso, tía! ¡Estás desvariando!

— Entonces ¿qué es?

— No sé... ¡Que soy invisible, que nadie me hace caso y que si me lo hacen sólo es para reírse de mí, de mi cazadora, de mi ropa, de lo que sea!

Nerea estaba a punto de romper a llorar y Alba calló porque en ese momento era a ella a quien no se le ocurrían palabras capaces de restar importancia al asunto. La cazadora se las traía y nada se podría hacer para defenderla contra las risas que provocaba.

— ¿Te apetece que vayamos esta tarde a darnos una vuelta por el Parque Principado? En Berska tienen cosas muy chulas. — propuso tras dejar pasar unos minutos de armisticio.

— No puede ser.

Comprar ropas nuevas, que no fueran de mercadillo, no estaba tan siquiera al alcance de sus sueños. Rosa, su madre, había puesto el grito en el cielo haciendo temblar la tierra cuando — en un par de ocasiones, creía recordar — le había pedido que le comprara un vaquero en El Corte Inglés, de marca, porque los otros, los de marcas más económicas, no le sentaban bien al estar diseñados para chicas más esbeltas, con menos centímetros de cadera y más de pierna. Y cuando se cansó de gritar, Rosa reiteró su “no” alegando que ella misma, después de toda una vida trabajando como una mula de carga, aún no había alcanzado a comprarse un bolso decente. El máximo anhelo de Rosa consistía en poseer un bolso caro que mostrar al mundo.

— ¡Déjalo! Es igual… si sólo fuera la ropa aún tendría arreglo, pero hay mucho más… ¡Estoy harta de todo! ¡Harta, harta y más que harta!

A simple vista parecía una niña enfurruñada, ensayando pucheros y con las lágrimas asomando por los ojos; pero su mirada mostraba un poso de tristeza que la hacía parecer más adulta que nunca.

Alba miró el reloj y dio un brinco. ¡Habían pasado veinte minutos desde que salieran del Instituto y todavía seguían en la Plaza Fuente la Braña! Incrédula, vio a Nerea acercarse al edificio que monopoliza el lateral que da a la calle de las Ciudades Unidas. Decidió seguirla a pesar de la hora, hasta ver en que acababa la cosa. Ambas se detuvieron frente a la puerta de cristal que da acceso al edificio y que refleja la imagen como si de un espejo se tratara.

— ¡Soy horrible! ¿Por qué no me habré quedado en los ocho años?

Nerea había sido una niña delgada, de grandes ojos azulados y pelo rubio. Pero, a su pesar, con la metamorfosis de los años su cadera se había ido ensanchando poco a poco pero de forma rotunda, sus piernas dejaron de crecer antes de la cuenta, el pelo se oscureció como la noche y unas profundas ojeras acudieron a subrayar sus ojos sin ser convocadas. Por si fuera poco, el bello facial estaba proliferando en su piel blanquecina como si lo hubieran sembrado y abonado; una miserable lacra que la estaba convirtiendo en la diana en la que algunas de sus compañeras de clase practicaban lanzando una y otra vez sus dardos envenenados. “¿No había una canción titulada El bigote de Tomasa, chicas? ¿O era el bigote de Nerea?” preguntó una vez Caty, una rubia oxigenada con fachada de muñeca Barbie que se sentaba dos pupitres más atrás. “¿No hay que pedir permiso al Director para dejarse barba?” bromeó un chico que iba de “tío bueno” y de “guay” por la vida y al que no conocía de nada.

Ante el cristal de la puerta posó de frente, de lateral derecho, izquierdo, parte trasera, apartó el pelo a un lado, al otro, cabeza hacía atrás, hacia delante y hacia los lados; y todo sin desprenderse de la expresión de asco: nariz arrugada, boca torcida, resoplidos por doquier, vueltas y más vueltas. Trataba de emular a las modelos de revista para comprobar una y

otra vez lo mal parada que salía: se asemejaba a una modelo como un huevo a una castaña.

— ¡Pues sí que la has cogido con eso! ¡Vayámonos, tía, o no llegaremos nunca a casa!

Nerea no hizo ni caso. Por el contrario, cuando se aburrió de examinar la propia silueta, se centró en la de su amiga. La fisonomía de Alba estaba más o menos en la misma línea, aunque ella presentaba una tez aún más blanca y además tenía el pelo ondulado, de un color castaño claro que aportaba gracia a su rostro; y su cara podría resultar dulce en su conjunto de no ser por aquel asqueroso acné que la había asaltado un par de años atrás y que no había potingue capaz de extinguirlo, aunque ya había probado unos cuantos.

— ¡Vamos, tía! No sé qué mosca te ha picado hoy, pero yo tengo que llegar a casa, ¿sabes?

Indignada a causa de que su amiga rebotaba cualquier tipo de consejo o advertencia, Alba echó a andar sola hacia el final de la calle de las Ciudades Unidas. A los pocos pasos le remordió la conciencia y, preocupada, miró hacia atrás para comprobar si la seguía; pero Nerea continuaba frente al portal, metiendo barriga y posando de lado. Meneó la cabeza y prosiguió el camino. Al girar hacia la derecha por Cardenal Álvarez Martínez sintió que se le acercaba a la carrera.

— Veo que decidiste volver hoy a casa.

Nerea no contestó. Seguía enfurruñada, con la naturaleza, se supone. Alba volvió a menear la cabeza, luego fijó la vista en el asfalto y reanudó el camino hasta el final de la calle Llaviada con Nerea como compañía silenciosa.

— ¡Conéctate a Tuenti en cuanto llegues! Necesito que me ayudes con los deberes de mates. — ordenó Alba ante la puerta de su edificio, el último de aquella calle.

— Ya sabes que me conecto nada más llegar; así que no me hagas gastar saldo porque tengo poco y no me van a cargar más este mes.

— Vale, vale… Sólo Tuenti.

Alba sonrió ante la resurrección de su amiga, trazó con las manos varios movimientos raros que podrían significar despedida o cualquier otra cosa, y se perdió tras la puerta.

Su edificio hacía esquina con la calle Molín de Pachón. En esa misma calle, en el último edificio, vivía Nerea con sus padres desde hacía exactamente un año y cuatro meses.

Rosa y Fran habían adquirido aquella vivienda con la ingenua ilusión del que pretende hacer suyo un trozo de mundo, con la preocupación del que hipoteca casi todo su futuro en ese mundo y con la prudencia de quien sabe que no puede abarcar más de lo que alcanza su propia mano, también en ese mundo donde cada uno debe apostar según la mano que tenga o haya heredado. Desde meses antes de la compra, el futuro hogar acaparó todos los sueños y la mayor parte de las conversaciones de Rosa, su madre, y algunas de Fran, su padre: tomarían posesión de él, lo amueblarían a su gusto, serían felices allí, recibirían familiares y amigos, festejarían Navidades y cumpleaños, envejecerían entre sus paredes, y un largo etcétera que abarcaba momentos grandes y pequeños de la vida.

No obstante, el piso distaba siete leguas de ser la joya que pregonaban sus padres y a ella la decepcionó enseguida aquella propiedad que con un poco de suerte heredaría ya pagada. Situado en los confines de Oviedo, el piso lindaba con el campo y con la Autovía Ruta de la Plata que, con su ir y venir de tráfico incesante y su aplastante ruido, volvería loco a cualquiera. En menos de una semana, Nerea pasó de la emoción del estreno a la morriña por el piso que hasta entonces había sido su hogar, viejo pero ubicado en el centro de la ciudad, allá donde las estatuas toman las calles; allá donde la saludaba cada día “La Esperanza caminando”: una estudiante distraída y despreocupada, que a dos pasos de su portal la esperaba libro en mano. “La chica de piedra” — así la llamaba desde que había comenzado a hacer uso de la palabra — y ella tenían algo en común: muchas horas de espera a sus espaldas, libros en mano. A La Esperanza la había condenado de por vida su escultor; a ella la habían confinado sus padres en aquel gélido colegio durante dieciséis de las veinticuatro horas del día.

Pero al menos no vivían en el culo del mundo como ocurría en la nueva vivienda. Todo lo contrario, habitaban en el corazón de la ciudad; eso

sí, el piso estaba encaramado en la cuarta planta de un viejo edificio sin ascensor y se accedía a él tras un largo y tortuoso peregrinaje a través de angostas escaleras de madera que crujían con cada paso. En el antediluviano piso, la luz se colaba como podía a través de pequeñas ventanas de hierro, que sin embargo no presentaban obstáculo alguno para el frío de la calle y lo dejaban pasar a raudales, abocándoles a vivir con la humedad instalada como compañera permanente e indeseable. Pero el alquiler resultaba relativamente económico, en comparación con los precios que gobernaban el mercado, y les permitió ahorrar lo suficiente para costear la entrada del que después habitarían; hipotecándose de por vida, eso sí, para liquidar el resto. Allí, alejados del centro y de sus astronómicos precios, el presupuesto de sus padres alcanzaba para amortizar la hipoteca de cuatro paredes que encerraban sesenta metros cuadrados repartidos en dos habitaciones, un baño, una mini-cocina y un mini-salón.

Allí la recibía cada tarde la soledad, la humedad y el olor rancio que impregnaban cada rincón. Rosa, ahorradora por obligación y no por vocación, mantenía las ventanas cerradas y así eran dos los beneficios que obtenía: el rocío matutino no entraba para refrescar la casa en demasía y los euros no salían en forma de factura por gastos en calefacción.

Fue directa a su habitación. La puerta, cerrada como siempre. ¡Qué manía tenía Rosa con atrancar todo a cal y canto! La abrió con mala leche. Ya dentro, estiró los brazos y sacudió la espalda para dejar que la mochila se deslizara hacia el suelo, encima tiró la cazadora de pana, luego el resto de la ropa, vistió el pijama para estar más cómoda y se fue a la cocina. Sobre la vitrocerámica, dentro de una fiambrera redonda de color azul celeste, esperaba el menú. Retiró la tapa y echó un vistazo al contenido: macarrones con atún. El gesto instintivo que siguió lo dijo todo. Y pan y agua encima de la mesa, que también miró con desagrado. Todos los días comía rápido y sola; y aquel tupper, aislado sobre la encimera y desprovisto de calor familiar, parecía decir “déjame, déjame” y no “cómeme, cómeme”. Finalmente lo introdujo en el microondas, programó dos minutos de tiempo, retiró un plato del armario, lo llenó hasta el término, recordó que debería comer menos, retornó la mitad a su lugar original, cogió la barra de pan, decidió que tampoco le convenía y lo volvió a dejar en su sitio, buscó el kepchup en medio del desorden que reinaba en la nevera, roció con él los

macarrones y se dispuso a engullirlos. Tardó poco; después lavó el plato y se fue a su habitación, derecha al ordenador.

En el chat esperaba un mensaje de Alba. < ¡Qué pesada se ha puesto con los deberes de matemáticas! Total, seguro que nadie de la clase sabe resolverlo. Lo traerán solucionado porque alguien les ayudará, pero no por méritos propios> adelantó.

— *¡No lo sé acer! Sgur k sn ekuacions, pero yo no paso d la primra. ¡Djalo! No keo k ns vyan a suspndr x sto*.

— *¡Lo dirás tú!*> — replicó Alba inmediatamente.

— *¡Ps claro k lo digo yo! Y ade+, si no sé slucionrl, no sé x k t pons tn psada. ¡Intntalo tú! Y luego m pasa la rspuest. ¿ X k t mpeñs en k sea yo quien busk la slución?*

— *No sé… kizá x k ers la + lsta d ls ds…*

— *¡Piérdt! ¿Vale? ¡Tngo csas k acr! ¿T spro mñan n tu xtal, o pso?*

El día menos pensado, Alba le haría perder los estribos. Se ponía demasiado pesada cuando algo se le metía entre ceja y ceja y, además, usaba continuamente esa ironía, tan suya, con la que siempre conseguía poner la guinda sobre el pastel. ¡Y eso la sacaba de quicio! Aquello de “quizá porque eres la más lista de las dos” le había sentado fatal.

La respuesta tardó al menos media hora en llegar, tiempo sobrado para rebobinar la conversación mantenida y arrepentirse de sus propias palabras.

— *¿Acaso no m spras tods ls mañans? ¿A k viene eso aora?*

— *No sé…, kzá xk, dspués d lo d ants, seas tú kien no kiera acmpñarm… ¡Spra! ¡Spra! ¡M acaba d saltr 1 mnsje!*

— *Srá d alguien k s a cnfndido*.

El comentario dolió lo suyo. ¿Por qué no podía ser de un admirador? ¿Por qué, si recibía un mensaje, necesariamente debía tratarse de una confusión? Preferiría que su amiga le ayudase a levantar un poco la autoesmina, en lugar de contribuir a que embarrancara definitivamente.

— ¡T vs a kdar cn ls gans de sabr, x grosera! ¿X k no pued sr d alguien k sté intresad en mi? Kizá Aitor…

— ¡Aitor ni sikiera sab k exists! ¿Qndo t ntrará eso n l cabza?

— ¡T kds cn ls gans asta mañana! Chao.

Sonrió y alzó los puños con gesto triunfal. Al día siguiente, tan pronto se encontrasen en el portal, Alba le preguntaría insistentemente de quién era el mensaje, y ella se limitaría a sonreír. No diría nada, sólo sonreiría. Después, el misterio se encargaría de atraer el interés de Alba hacia ella. Sin duda, se trataría de una equivocación, tal y como Alba había vaticinado, pero jamás le reconocería que había acertado.

— ¡Hola! ¿Qué tal?

Preguntaba un tal Román Domínguez en el chat de Tuenti.

Repentinamente recordó que, unos días atrás, había recibido una solicitud de amistad de esa persona, al cual ni conocía de nada ni de nada le sonaba su nombre; y que en un primer momento dudó entre aceptarla o rechazarla, pero que finalmente la había aceptado porque, aún convencida de que la estaba confundiendo con otra persona, se sintió contenta de tener un amigo a mayores. Casi no tenía amigos, ni en Tuenti ni en ninguna otra parte. Sólo contaba con diez añadidos en la red social, mientras que algunos compañeros de su clase presumían de más de doscientos. En su perfil figuraban Alba, Chus, Bea, Sandra, otros cinco que se lo habían pedido y, ahora, Román, aunque seguramente por poco tiempo pues, de tratarse de un error, la eliminaría enseguida de su lista de amigos. A Alba debió habérsele pasado por alto que Román Domínguez estaba allí, de lo contrario habría indagado sobre él, eso seguro.

Chus, Bea y Sandra eran sus antiguas amigas, con las que había compartido los últimos cursos de Primaria. Las cuatro eran inseparables, amigas del alma, como suele decirse; pero la distancia, ayudada por los cambios del comienzo de la adolescencia, se había encargado de distanciarlas, poco a poco, sin los traumas propios de esos casos y de esas edades.

Durante las semanas que siguieron al traslado de Nerea al nuevo piso, las tres le enviaban mensajes a diario, interesándose por su nueva vida. Después, transcurridas unas cuantas semanas más, fueron apareciendo los pretextos propios del distanciamiento y el chateo se fue espaciando. Actualmente nada sabía de ellas. Con mucha frecuencia las veía conectadas en el chat pero no intentaba contactar debido a que los últimos mensajes enviados no obtuvieron respuesta alguna, ni pronto ni tarde; y con lógica dedujo que, si no contestaban era debido a que ellas habían dado por zanjada la amistad.

Algunas veces sentía una punzada de culpa. Quizá no se había esforzado lo suficiente por mantener aquella amistad y, aunque no por falta de ganas, no había vuelto a quedar con ellas desde el cambio de casa y de Instituto. Algún fin de semana les había pedido a sus padres que la llevaran con ellas, pero siempre andaban liados y las excusas para no cumplirle el deseo les salían a borbotones. La vorágine del trabajo les absorbía casi todo su tiempo durante la semana y debían aprovechar los días de descanso para cumplimentar las labores propiamente domésticas.

Otro mensaje de Chat puso fin a su vagar por tiempos pasados.

<Se ha confundido de persona. Seguro que buscó el perfil de otra Nerea Iglesias y apareció el mío> dedujo, meneando la cabeza. El tal Román debía creer que estaba chateando con una amiga porque de haberse dirigido a ella, a una desconocida, previamente se habría presentado y después le habría preguntado cómo se llamaba. < ¡Qué tontería! ¡Pero si lo está viendo en mi perfil!> recapacitó. <Bueno, pues me habría preguntado dónde vivo, cuantos años tengo, o lo que sea>

Tentada estuvo de borrar el mensaje, directamente, sin contestar; pero pensándolo mejor concluyó que sería una gran putada para el tal Román porque seguramente habría otra Nerea esperando ese mensaje con impaciencia y a ella no le costaba nada hacerle saber que se había equivocado.

— Creo k t as cnfndido.

— Puede ser… pero, ya que estamos aquí…, podemos charlar un rato, si te apetece…

La respuesta había llegado enseguida, casi instantáneamente.

— *Otro día, ahora tengo cosas que hacer*.

Ser grosera con un desconocido que en nada la había ofendido no casaba con su forma usual de proceder, pero era cierto que tenía trabajo pendiente, en concreto los deberes de matemáticas y estudiar para el primer parcial de Naturales.

— *¿Deberes quizá? ¿Vas al Instituto?*

— *As adivinado*

— *Yo estoy en cuarto de la E.S.O ¿y tú?*

— *En sgund.*

— *¿Y qué tal? ¿Cómo lo llevas?*

— *Bstnt bien.*

Debería cortar inmediatamente o no conseguiría terminar para cuando llegasen sus padres. Le contestaría con frases cortas o monosílabos, hasta ver si así se daba por aludido.

— *Veo que no eres muy comunicativa ¿o es que te asusta hablar con desconocidos? Yo no puedo hacerte nada. No sé nada sobre ti y, además, quizá nos separen miles de kilómetros de distancia*.

¡Escribía con todas las letras! ¡Qué raro en un chico de cuarto de la E.S.O.!

— *Es k tng csas k acr.*

— *Seguro que sí, Nerea. ¡Tienes un nombre muy bonito!*

— *Gracias*.

Aquel tío no se daba por aludido. No conseguía explicarle a las claras que no podía estar chateando porque tenía tarea pendiente. Miró el reloj: eran las cuatro de la tarde. Iba bien de tiempo porque había comido poco y rápido. Para cuando enfrentó la mirada a la pantalla del ordenador ya había otro mensaje esperando respuesta.

— El mío es obsequio de mi madrina. Mis padres querían llamarme Manuel.

— Mjor Román.

— Creo que sí.

— Bueno…, tng k djart o llegarn ms padrs ants de k hya empzado.

Se sintió valiente cuando, al fin, consiguió escribir la frase que cortaría definitivamente la conversación. La timidez no conducía a ninguna parte, intentar agradar a todo el mundo tampoco, ya se lo decía Alba. Al instante le pareció que no había motivo alguno para creerse tan valiente: no estaban hablando cara a cara y, además, pudiera ser que les separasen miles de kilómetros de distancia, como él bien había dicho. Y tampoco había intentado agradarle, simplemente no ser descortés. Alba no llevaba la razón cuando, con palabras muy diplomáticas eso sí, le daba a entender que la gente no la tomaba en serio porque constantemente retaba a la madre naturaleza simulando una simpatía que le había sido negada de nacimiento. ¡Tonterías!

— ¿Hablamos mañana? ¿A qué hora te conectas?

— A est ora.

¿Y por qué no había dicho “no”? ¿Por qué le seguiría dando pie a continuar chateando? Quizá Alba tenía razón: era incapaz de dar un “no” por respuesta, tenía poco carácter y por eso deseaba caer bien a todo el mundo.

— ¿Hablamos mañana a las tres, entonces?

<Insistente si que es” consideró, dejando asomar una sonrisa que no encajaba con las cavilaciones del momento: un pourpurri mental donde se mezclaban sin concierto sus propios sentimientos con las palabras de Alba. Pero, simplemente, no había acertado a dar otra respuesta. Por un lado, deseaba aprender a tener más carácter — si es que eso se podía cultivar — y a dar un “no” por respuesta; por otra parte, le daba corte chatear con un desconocido. ¿Qué le iba a contar? En cuanto intercambiasen unas cuantas frases sobre las clases ya se le habría agotado el repertorio. Ella era muy sosa, él se aburriría y se acabó. Decididamente, lo mejor sería cortar por lo

sano. Sobre el teclado, los dedos se disponían a transmitir la negativa. Los detuvo en el aire. En el último momento, y sin comprender la razón, sintió que su corazón circulaba en sentido contrario: no deseaba transcribir la frase que le redactaba la mente. ¿Qué hacer, entonces?

— *¿Qué me dices?*

Las manos seguían igual: indecisas, sobrevolando el teclado. ¿Por qué no querría decir que no y ya está? Y acabar con aquella confusión de una vez. No, no quería, no deseaba eso. Aquella había sido una tarde diferente: no se había sentido tan sola. Además, ahora tenía un secreto. Un secreto que sólo era suyo y no de Alba, ni de Jenny, ni de alguna otra de esas que los sueltan al aire para que circulen y, de paso, incrementen su ya cuantiosa popularidad en el Instituto, alimentada fundamentalmente a base de chismes maliciosos y aventuras inventadas que se sacan de una manga tan ancha como la de un mago. Porque los secretos son como la miel: atraen. Por más que uno quiera taparlos, ellos siempre acaban saliendo a la luz por su propio pie. Pero, en tanto afloran y no, delatan su presencia en gestos, actos y actitudes de la persona que los guarda; y los demás los perciben, saben que están ahí, y se aproximan a su portador con la intención de destaparlos y ver su contenido. Nerea imaginaba, casi veía, a sus compañeros del Instituto abordándola en los pasillos: "¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¡Enséñanos una foto!". Ella sonreía, continuaba su camino y los demás la seguían, suplicando información.

— *O.K Ablms mñana.*

— *¡Bieeeeen! Ahora te dejo para que trabajes. Chao, Nerea. Hasta mañana*.

Sintió una alegría cuyo origen no acertaba a identificar. Aquel "hasta mañana" traía continuidad, sal para su insulsa vida, algo que esperar y mucho en que pensar que no fueran los deberes y los rifi-rafes de sus padres o los cotilleos de clase; algo propio en definitiva. Además, Alba se moriría de ganas por saber, mendigaría para averiguar detalles; y los demás también, porque con el tiempo correría el rumor en clase y nadie conseguiría sustraerse al interés que ella despertaría. ¡Y se trataba de un

chico de cuarto, nada más y nada menos! Fantaseando frente a la pantalla del ordenador, su autoestima subía como la espuma.

Aunque nada le había dicho al respecto, con total seguridad él se había equivocado al enviar el mensaje. Pero lo verdaderamente importante era que, tras el error, él había persistido en continuar chateando. < Luego no soy ni tan tonta como dice Rosa ni tan sosa como dice Alba > determinó.

Inconscientemente, arrancó a soñar despierta, a ocupar su mente asignándole una cara y un cuerpo a aquel desconocido. Con ese nombre, que sonaba fuerte y desprendía aplomo, existirían muchas posibilidades de que le gustase el deporte, e incluso de que practicase más de uno; por ende, sería alto y musculoso. Y la cara… ¿Cómo sería la cara de alguien que se llama Román? No conocía a nadie con ese nombre para usar como referencia. Apartó la mirada del ordenador y mentalmente trazó distintas facciones que pudieran encajar con ese nombre. Sobre el pupitre, el teléfono móvil era una tentación que le distraía: deseaba contárselo a Alba ¡ya! Quizá a ella se le ocurriese algo. No, no podía ser, había jurado que la mantendría con la incógnita, por grosera. Desvió la vista hacia las paredes de la habitación para concentrarse mejor hasta ver si lograba trazar un rostro para Román, pero aquel color rosa salmón que tanto le gustaba a Rosa y tanto detestaba ella, la desconcentró totalmente. Esperaría a disponer de más datos y entonces le asignaría un rostro fiel a la realidad. Quizá él le enviase una fotografía, y así se ahorraría el esfuerzo.

“¡Ojalá sea guapo! ¡Seguro que es guapo! ¡Tiene que ser guapo! Para que se mueran de envidia cuando vean la foto en Tuenti. Todas me pedirán amistad para verlo a él”

Soñaba despierta y hablaba en voz alta.

Quizá Román fuera el impulso que necesitaba para elevar su amor propio y encararse frente a frente con el mundo, sin esconder la mirada entre las baldosas del suelo, como solía hacer cuando deambulaba por los pasillos del Instituto escoltada por la incómoda sensación de que todos la miraban para después volcar atroces comentarios sobre su enorme culo, sus gordas piernas o sobre aquella esperpéntica cazadora de pana. De forma inconsciente, elevó el busto y notó que a la par también subía su orgullo.

La sensación de encontrarse en la cima del mundo duraría apenas un par de minutos, el tiempo que tardó en bajar la mirada y reparar en que sus piernas ocupaban casi todo el asiento de la silla. <Seguro que insistió en seguir chateando porque aún no me ha visto en persona, ni siquiera por la web-cam. Si, es eso, él cree que me parezco a esa foto> dedujo mientras se desprendía de la sonrisa y desviaba la mirada hacia la fotografía colgada en su perfil donde una niña de pelo claro, unos seis años edad, ataviada con un cursi bañador rosa adornado con volantes blancos, pala en mano y con mar de fondo, sonreía desde el pasado dispuesta a levantar un castillo de arena en la playa de Gijón. La había rescatado de entre las muchas que Rosa guardaba dentro de una caja de zapatos en el altillo del armario de su habitación y, aunque su físico actual nada tenía que ver con aquella imagen, en su momento le pareció apropiada para poner como foto de perfil y le pidió a Alba que se la escaneara con ese fin. Quizá él, en su imaginación, había trasladado a la edad adulta la cara de aquella niña y, como lógico resultado obtuvo una chica de físico ideal, como en realidad debería haber sido si la naturaleza no le hubiera jugado una mala pasada.

< ¡Quién sabe! Si comenzamos a chatear a diario…., a lo mejor pasado un tiempo, termine gustándole por mi forma de ser> consideró, dispuesta a no tirar la toalla tan pronto.

Sabía — por comentarios de otra gente y no por experiencia propia — que el chateo engancha mucho, que se vive cada día anhelando que llegue el momento de conectarse y que si un día no encuentras en la pantalla del ordenador las líneas escritas por la otra persona, uno se siente tan desdichado como si les hubiesen arrancado un trozo de alma.

Enseguida se sorprendió a sí misma con la mirada perdida en la pared color salmón, sin percibir aquella tonalidad que tanto la disgustaba, sino con los ojos puestos en el futuro en tanto se preguntaba por qué aquel desconocido había conseguido ilusionarla en cuestión de minutos. Fantaseaba imaginando que Román se enamoraba de ella chateando por Internet, sin tener en cuenta el aspecto físico, sino la absoluta compenetración de sus personalidades. Entonces todo marcharía sobre ruedas y, para cuando se conocieran en persona, él la vería hermosa porque

la vería con ojos enamorados. En alguna ocasión había escuchado decir que el amor es ciego, tonto y sordo. Todo menos mudo.

Pasó las horas siguientes en una nube. Mientras que al resto de las tardes les sobraban horas que debía matar viendo series en el canal Disney, ese día a duras penas consiguió sacar tiempo para terminar los deberes de matemáticas y dar un repaso al segundo tema de Naturales. < ¡Menos mal que lo estudié el pasado fin de semana y me basta con un pequeño repaso!> pensó poco antes de regresar a su nube de fantasía, donde permaneció hasta que la apeó el característico ruido de la llave abriendo la puerta de entrada.

Era Fran, su padre, que llegaría cansado, apático y con el pelo parcialmente cubierto por restos de polvo de la obra, como siempre. Los viernes, a mayores solía traer la bolsa de plástico con la ropa del trabajo enmarañada de cualquier manera y tan cubierta de cemento que apenas se podría distinguir su color azul original.

— ¡La bolsa también está sucia, de estar allí en la obra, así que no la dejes tirada en cualquier lado porque yo no soy tu chacha y no voy a andar detrás tuyo recogiendo y limpiando lo que ensucias! — amenazaba Rosa, sin detenerse siquiera a mirar si la ropa estaba en la lavadora o “tirada en cualquier lado” como ella decía.

“Ella” o, simplemente, Rosa era el nombre con el que Nerea designaba a su madre. No le salía llamarla de ninguna otra manera, y mucho menos “mamá”.

Así, salvo los viernes — que lo primero que su padre hacía era meter la ropa del trabajo en la lavadora —, el resto de los días pasaba directo al cuarto de baño, a situarse bajo del chorro de la ducha, donde sin piedad estropeaba algunas canciones pasadas de moda y de donde salía a los diez minutos luciendo su pelo canoso natural, oliendo a Heno de Pravia y enfundado en uno de aquellos dos pijamas adquiridos en un saldo del hipermercado e iguales entre sí salvo por el hecho de que uno era color verde claro y el otro marrón tostado. En opinión de Nerea, salía favorecido cuando vestía el marrón porque era más oscuro y disimulaba mejor su barriga cervecera, fruto del pack de cervezas que solía llevarse a la obra y que tan solo le duraba tres días, y eso alargándolas mucho para evitar la

bronca de su esposa ante tanto gasto inútil. “¡Agua del grifo. Más sana y mucho más barata!” le decía ella al respecto.

Después, aligerado de peso, recorría el corto pasillo de la casa para tomar posesión de la cocina. Allí se armaba de delantal y preparaba la cena, sin demora porque a eso de las diez menos cuarto de la noche llegaría ella, cansada a más no poder y sin ganas de hacer otra cosa que no fuera tumbarse en el sofá con las piernas en alto y apoyadas sobre el respaldo, para mejorar la circulación, decía.

A la par que Fran cumplía con el repetitivo ritual, desde la distancia mantenía una conversación con su hija en la que ambos reproducían fielmente, día tras día, las mismas preguntas el uno e idénticas respuestas la otra. Un puñado de frases que llevaban tiempo construidas y con las que ambos se conformaban simplemente porque servían para confirmar la llegada de uno y resumir brevemente lo que había estado haciendo la otra. En el fondo, Nerea (y quizá también Fran) echaba de menos algo (o mucho) más de afecto por parte de su padre. No sabría decir exactamente la cantidad, pero tal vez con un par de besos o un abrazo habría quedado el cupo cubierto. A falta de eso, no quedaba más remedio que aplacar el anhelo de cariño y atención autoconvenciéndose de que el distanciamiento era debido a que él llegaba a casa tan cansado que no traía ganas de otra cosa que no fuera ducharse, cenar y descansar.

— ¿Nerea?

— ¡Estoy en la habitación, papá!

Él le hablaba desde el pasillo, sin mantener contacto visual y sin perder tiempo en comprobaciones.

— ¿Qué haces? — preguntaba momentos antes de iniciar el recorrido hacia la cocina.

— Estudiar.

— ¿Llevas toda la tarde estudiando?

— Casi toda. — mintió ese día.

Nerea dominaba bien el interrogatorio y agradecía su previsibilidad. En un día como aquel, unas cuantas preguntas de más y la cagaría, eso seguro.

— Voy a preparar la cena. En cuanto llegue tu madre, nos sentamos a la mesa.

— Vale.

Para él “hacer la cena” consistía en sacar el fiambre de la nevera y depositarlo sobre la mesa junto con el pan; a partir de ahí, cada uno armaría el bocadillo a su gusto. A veces se esmeraba un poco más y hasta freía un par de huevos para cada uno. Pero, en cualquier caso, cada noche se perdía detrás de la puerta de la cocina y, cuando su mujer e hija entraban allí, aparentaba estar tan cansado como si se hubiera visto obligado a improvisar un banquete para veinte inoportunos comensales.

El cerrojo de la puerta de entrada vuelve a crujir a las nueve y media de la noche: Rosa regresa del supermercado, donde trabaja de cajera. Nerea empieza a recoger: quedan menos de diez minutos para sentarse a la mesa.

Rosa seguirá su propia rutina: posará el bolso sobre el mueble del recibidor, colgará el abrigo en el perchero, se desprenderá de los zapatos y los guardará en el zapatero, calzará las zapatillas de andar por casa, vendrá a la habitación y se sentará en la orilla de la cama.

<Y ahora, el rollo de todos los días> pensaba Nerea al verla aparecer ante la puerta de su cuarto, entrar y sentarse sobre el borde de la cama.

— ¿Qué hiciste hoy?

Preguntó Rosa ese día, simulando interés.

— Ir a clase y hacer los deberes, como siempre.

Incomprensiblemente para Nerea, en boca de Rosa afloró una media sonrisa que entremezclaba orgullo y satisfacción, y que venía a decir: tengo una hija aplicada y en esa labor yo he puesto mucho más que un granito de arena, en realidad el mérito es sólo mío por haberla parido y educado como Dios manda.

Después apoyó las dos manos sobre el borde de la cama, se sirvió de ellas para levantarse y su sonrisa se borró. En gesto instintivo trasladó las manos a la cadera y empujó la pelvis hacia delante, dando a entender que le dolían los riñones a más no poder. Seguido adoptó una postura más normal y abandonó la habitación con paso lento y semblante cansado. A sus espaldas, Nerea meneó la cabeza. Reaparecería a los pocos minutos, envuelta en aquella bata de escandaloso color fucsia y se cuadraría en medio de la puerta con las manos otra vez apoyadas sobre los riñones.

Dicho y hecho: no tardó ni cinco minutos.

— ¡Nerea, vamos a la cocina! ¡Estoy reventada y tengo ganas de cenar y recoger para descansar un rato!

Era una orden.

Nerea se levantó despacio a pesar de que Rosa aguarda en la puerta con la ceja arqueada y cara de pocos amigos. Acto seguido, en fila y en silencio, se encaminaron a la cocina, donde les esperaba una pequeña mesa de vidrio cubierta con un hule de cuadros rojos y blancos, y Fran, con el delantal puesto sobre el pijama. Sobre la mesa los platos, el pan y el fiambre. Fran miró a Rosa, Rosa miró al suelo, Nerea a los dos. Ella, que no había visto a su marido en todo el día, ni le saludó. Él a ella tampoco, aunque era verdad que en esas cosas Fran solía ir a remolque de su mujer. Había ocasiones en las que ella se esmeraba un poco más y le soltaba un hola desganado y casi inaudible que salía de su boca ahogado; pero lo habitual era una mirada indiferente, o nada.

Cada uno ocupó su puesto a la mesa.

— ¿Qué tal en el “super”?

Preguntó Fran al cuarto de hora, más para romper el silencio que por interés.

— Como siempre. El encargado tan borde como siempre y las compañeras haciendo de las suyas, también tan escaqueadas como de costumbre, para no variar. Estoy más que harta de estar allí todo el día, de pie, pasando códigos de barras y aguantando a la gente.

— Sin novedad, entonces.

— ¿Y tú?

— Lo mismo de todos los días, en la obra hace un frío que pela, a ver si ponemos pronto las ventanas y así aguantaremos mejor.

Nerea, acostumbrada a ser convidada de piedra, no prestaba atención a la conversación que le cruzaba por delante. La preveía breve y la sabía poco o nada interesante, por eso le sorprendió que el diálogo continuara más allá del intercambio de dos o tres quejas laborales.

— Este fin de semana quiero ir al Ikea para ver si encuentro una mesa de comedor y cuatro sillas a buen precio. ¡Ese hueco vacío que tenemos en el salón queda fatal!

Anunció ella, a boca llena, sosteniendo el bocadillo en alto con una mano mientras con la otra apartaba un mechón escapado de su media melena, pelirroja en sus tres cuartas partes y canosa en las raíces y cercanías.

— ¿No hemos quedado en que no amueblaríamos nada más en tanto la hipoteca no afloje un poco? ¡Por Dios, que nos está ahogando! ¡No sé en qué estás pensando! ¡Si apenas llegamos a fin de mes! ¿De dónde vas a sacar el dinero para pagar el comedor, aunque esté “a buen precio” como tú dices?

Fran formulaba preguntas y suministraba respuestas sin perder de vista su bocadillo de jamón. Nerea observaba a los dos, suponiendo que estaban hablando por hablar: ella reincidiendo una vez más en sus delirios de grandeza — siempre había soñado con ser dueña de un gran salón donde recibir a familiares y amigos — y él tratando de hacerla recapacitar. Además, no se sabía muy bien a qué hueco libre se estaba refiriendo. <Obligatoriamente tiene que ser a los dos metros cuadrados que quedan entre la pared izquierda y el sofá> dedujo.

— Creo que se puede financiar, según me contó una compañera de trabajo. Ella compró el comedor el mes pasado y lo pagará durante doce meses sin intereses. ¡Y no empieza a pagar hasta Año Nuevo!

El poblado entrecejo canoso de Fran se frunció hasta unirse encima de la nariz y después, con gesto serio, posó lentamente el bocadillo de jamón

sobre el plato y miró a su mujer a la cara.

— ¿Financiar? ¡Eso significa un recibo más todos los meses y sabes que no nos lo podemos permitir!

Rosa, molesta porque su marido no secundaba su propuesta para equipar el salón, se aferró al bocadillo de mortadela con tanta rabia que a punto estuvo de clavarle las uñas. El notorio gesto atrajo la atención de Nerea hacia las manos de su madre. ¡Daban asco! Enrojecidas, salpicadas de sabañones y rematadas por uñas bicolores: la laca roja de la última manicura casera había ido retrocediendo ante los ataques del jabón de fregar los platos. Sintió grima y apartó la vista.

— Si hay que esperar a pagar la hipoteca, jamás podremos comprar el comedor. ¿Qué quieres? ¿Continuar con la casa así? Así de vacía, me refiero. Vale que no tengamos adornos, cuadros, jarrones, lámparas ni cortinas… ¡pero los muebles son necesarios!

Rosa había elevado el volumen de voz, supuestamente adrede, para espetar a su marido a convertir la negociación en discusión, la discusión en ultimátum y el ultimátum en derrota para Fran. Pero él permanecía callado, como si estuviera barajando sus dos únicas opciones: continuar guiando la conversación por el camino que iba hasta dejarla desembocar en una bronca cotidiana más, o tomar un atajo tratando de convencerla de que era preferible esperar un poco porque ya vendrían tiempos mejores.

< ¿Y mis posters de Justin Bieber, qué? > se preguntaba Nerea entretanto, acordándose de los carteles con los que había pretendido decorar su habitación y que Rosa había arrancado de cuajo nada más verlos.

— Hay que esperar un poco más. Piensa en positivo, sólo llevamos aquí un año y ya casi tenemos todo lo necesario. — propuso Fran, tomando el atajo.

— Esperar, esperar, siempre esperar… ¡Tú todo lo ves blanco aunque esté más negro que el carbón!

El ir y venir de reproches pasaba de largo ante Nerea, que escuchaba y continuaba comiendo, pero sin dejar de analizar mentalmente el caso. Estaba de acuerdo con su padre en que la mesa de comedor era un objeto

innecesario, por tres razones: el espacio sobrante en el salón era muy escaso, ellos tres se apañaban bien para hacer las comidas en la cocina y, además, nunca tenían invitados. Si bien ellos, algunos domingos, iban comer a casa de los abuelos Pedro y Estrella, que vivían en Mieres; sin embargo los abuelos casi nunca les devolvían la visita motivado, quizá, porque Rosa y su suegra no se caían bien mutuamente y la abuela buscaba cualquier excusa para no corresponder a las invitaciones que Fran le hacía en Navidad y en alguna que otra fecha señalada, como cumpleaños, aniversarios de boda, etcétera.

Por retazos de conversaciones escuchadas a hurtadillas, Nerea tenía conocimiento de que hacía tiempo los abuelos habían llegado a la convicción de que su hijo merecía una mujer mejor, por lo menos más simpática y agradable. Por su parte Rosa — que siempre decía estar haciendo dieta, pero nunca había conseguido que la aguja de la báscula marcara por debajo de los setenta kilos — contraatacaba argumentando que Estrella sólo sabía preparar legumbres y guisos fuertes, de esos que te obligan a acostarte durante toda la tarde para hacer la digestión y, lo que es aún peor, sufres de gases durante dos días más. A Fran, sin embargo, le encantaba cuanto pasaba por manos de Estrella y siempre estaba deseando que la abuela les invitase para dejar al menos por un día de comer “hierba”, como él llamaba a las distintas ensaladas de verduras variadas que Rosa cocinaba siguiendo ilustraciones de revistas sobre dietética y que al final no servían para nada: los tres seguían estando gordos porque el vacío que las comidas “light” dejaban en el estómago lo llenaban poco más tarde con donuts y otra bollería que, contradictoriamente, Rosa procuraba no faltase en la despensa.

Después de la tormenta verbal llegó la calma y el silencio. Sólo se escuchaba a Fran masticar y pasar un trago de cerveza de vez en cuando. Rosa, que repentinamente parecía haber perdido el apetito, había dejado su bocadillo descansando sobre el plato sin hacer amago de rescatarlo de allí. Mientras con la mano acariciaba el lóbulo de la oreja, su mirada se había extraviado allá por la ventana de la cocina. Probablemente estaría maldiciendo en silencio la hora en que se le había ocurrido dar el “sí, quiero” a un hombre pobre

— Y a ti…. ¿qué tal te fue hoy en el cole?

Preguntó Fran, rasgando el silencio que se había adueñado de la situación.

— No es cole papá, es Instituto.

— En el Instituto, pues.

— Todo normal, como siempre.

— ¿Hiciste nuevas amistades?

— De momento, no.

— Poco a poco. Ya verás, cuando termine este curso tendrás un montón de amigas y ya no querrás marcharte de aquí.

Nerea asintió con la cabeza, por duplicado, pero sin demasiada convicción.

— Oye… ¿utilizas mucho Internet? — disparó Rosa, de repente, levantando la cabeza y centrando la mirada, como si algo de lo hablado hubiera encendido una chispa en su cerebro.

Nerea se sobresaltó. No esperaba más preguntas. Ese día ya se habían planteado todas las de rigor y esta nueva no formaba parte del repertorio. ¿A qué obedecería ese repentino interés por Internet? ¿Y cual sería la respuesta correcta? Sólo cabían dos posibilidades: si la finalidad era saber si perdía mucho el tiempo en Internet, debería responder que no lo usaba mucho; pero si lo que Rosa pretendía era prescindir del recibo a pagar porque no se le sacaba utilidad, entonces la contestación oportuna sería la contraria. Ante la duda, mejor entregar una respuesta capaz de encajar en ambos supuestos e, inmediatamente después, adosarle la pregunta correspondiente con el fin de aclarar las intenciones de Rosa.

— Según, unos días mucho y otros poco. ¿Por qué?

— Porque es una factura que podríamos eliminar, digo yo, si no lo utilizas mucho. Quizá ese dinero baste para pagar los recibos del comedor.

Nerea consiguió ahogar la sonrisa de triunfo que pretendía aflorarle en la boca. El hecho de presumir que las pretensiones de Rosa no la

beneficiarían en absoluto le había llevado a ser cauta en su respuesta. ¡Y había acertado!

— Ya sabes que, en su día, contratamos Internet porque a la chiquilla le hace falta para los trabajos del colegio. — intervino Fran hablando despacio, suave, con voz modulada, como si hubiera invertido en paciencia cuanto poseía.

— ¡También podría ir a un ciber, digo yo! Es la única de la casa que lo utiliza. De hecho el ordenador está en su habitación. Yo no sé ni como encenderlo y tú poco más.

Rosa, en cambio, respondió exaltada a pesar de saber de antemano que no tenía rifas para aquel sorteo, pues Fran tomaba muy en serio los asuntos del "colegio", como él decía.

— La niña no va a salir al ciber cada vez que tenga que consultar algo. Además, eso también cuesta dinero ¿o te crees que allí no cobran?

— Sólo preguntaba. — defendió Rosa, batiéndose en retirada.

— Lo utilizo casi todos los días para los trabajos de clase.

Con aquella mentira a medias ambos quedarían satisfechos: ella se convencería de que estaban ahorrando un buen dinero al no tener que pagar diariamente en el ciber; y a él lo ratificaría en su creencia de que Internet es muy necesario para los estudiantes y de que su esfuerzo económico no era en vano sino uno de los pilares que sustentaba los buenos resultados académicos de su hija.

La cena familiar y la tentativa por parte de Rosa de financiar un estupendo comedor a costa de la única diversión de Nerea culminaron a la par y en rotundo fracaso, a Dios gracias. Se levantaron los tres al tiempo, en sincronía. Rosa apartó las sillas hacia un lado, dejando suficiente espacio para recoger la mesa. Cada noche, Nerea acercaba platos y vasos al fregadero, Rosa los lavaba y Fran barría la cocina. Cinco minutos escasos. Después se instalaban en el salón, aquel reducto que Rosa consideraba el espejo en el que se refleja una familia. "Donde hay un buen salón es señal de que las cosas van bien, de que hay posibles" filosofaba a veces. Era una verdadera lástima que se tuviera que conformar con un sofá de cuadros

alternos en amarillo y azul cuyo insufrible colorido era capaz de causar ceguera y hasta conseguía matar las tonalidades de la hortera alfombra que descansaba a sus pies y que llevaba encima toda la gama de rosados posibles en forma de diferente flores a cual más extraña e imposible. Completaba el conjunto una mesa de centro, barata y cuadrada, y una pequeña estantería donde reposaba la tele y unos pocos libros.

Y en aquel horrendo sofá, adquirido en alguna importante rebaja, se sentaban los tres cada noche: Rosa en el flanco derecho, con las piernas en alto, apoyadas en el respaldo; Nerea en medio, tratando de esquivar las canillas de su madre mientras Fran hacía zapping en el flanco izquierdo.

OceanofPDF.com

III

Como cada mañana, salió de casa a las nueve menos veinte y se encaminó hacia a la derecha, a paso ligero hasta el final de la calle, donde haría una parada para esperar a su amiga en el portal. Por las mañanas, Alba era lenta como una tortuga, sobre todo por las mañanas y por ese motivo siempre iban con el tiempo contado. Que si la crema limpiadora, que si el suero para el acné, las lentillas, peinarse y un largo etcétera de rituales que cada mañana acaparaban todo su tiempo y la retrasaban a pesar de levantarse a las siete y cuarto de la mañana.

Alba vivía cerca, a tres minutos a pie, en un séptimo piso luminoso y decorado en estilo minimalista, según decían las que allí residían: Alba y su madre. Nerea no entendía ni papa de estilos de decoración pero le parecía que allí sobraba espacio o faltaban muebles.

— ¡Cuéntame! ¿Era Aitor? — preguntó Alba aún antes de salir del portal.

Nerea presuponía que así lo haría, que no conseguiría contener la curiosidad. También sabía que a cambio ofrecería la más sarcástica de sus sonrisas.

— Pues no, no era Aitor, pero… ¡era Román!

A pesar del juramento proferido el día anterior al respecto de no contarle nada en toda la mañana y mantenerla con la intriga, Nerea contestó. Sobre la conveniencia de proteger el secreto habían prevalecido las muchas ganas de ponerle los dientes largos a su amiga, a ver si así se callaba de una vez y dejaba de insinuarle que no conseguiría chatear con nadie, salvo error.

— ¡¿Román?! ¿Quién es Román? No hay nadie en el Instituto que se llame así, por lo menos que nosotras conozcamos.

— Creo que no es de este Instituto.

Nerea avivaba la intriga con medias sonrisas, miradas caídas, respuestas imprecisas y meneo constante de melena a un lado y al otro; al

tiempo disfrutaba con las variadas expresiones que, con intervalos de un segundo, iban apareciendo en la cara de su amiga. Primero fue la burla: sonreía, miraba de soslayo, alzaba la cabeza y sacudía la melena. Luego hizo acto de presencia la intriga: congeló la sonrisa, la miró a los ojos, frunció el entrecejo, preguntó con la vista. La desconfianza asomó poco después y su mirada se volvió incisiva, la traspasaba. Finalmente sus rasgos se endurecieron aún más, se le plantó delante para impedirle el paso, colocó los brazos en jarras, parecía estar retándola. Alba era así, cambiante de un momento a otro.

— ¿De cuál es, entonces?

Al tiempo que preguntaba alzaba pecho y barbilla. Su tono era desafiante.

— No lo sé.

Nerea consiguió zafarse de ella, rodeándola. Aquello se le estaba yendo de las manos, la reacción de Alba no había sido normal ni mucho menos, actuaba como madre controladora y no como amiga consejera. < ¡Claro, como soy idiota, tiene que protegerme ella, la competente y la lista!> cavilaba Nerea mientras caminaba a toda prisa por la acera izquierda de la calle Llaviada, ya rebasando el campo de fútbol La Carisa. Alba la seguía de cerca, sin callar, dando el pregón por todo el barrio. Sus preguntas eran como latigazos que obligaban a Nerea a apurar el paso. De pronto, sin saber cómo, la adelantó y se plantó delante, taponándole el camino, forzándola a frenar en seco. Nerea, sorprendida ante tan extraña reacción, se quedó paralizada. Alba estaba roja como un tomate y no debía ser a causa de la caminata. De repente, Alba la agarró por ambos brazos y parecía dispuesta a zarandearla. Le hacía daño y la estaba intimidando.

— ¿Cómo que no lo sabes? ¿Estás chateando con un tío al que no conoces? ¿Es que olvidaste la charla que nos dio el año pasado aquel policía que vino al Instituto?

No lo había olvidado. En realidad las sobrecogedoras palabras del policía se grabaron en su mente como si para ello hubiera usado una troqueladora. El dramatismo con el que envolvía cada frase y sus exagerados gestos la dejaron con la sensación de que la red está invadida

por monstruos al acecho, dispuestos a atacar a cualquier niño o adolescente que cometa la imprudencia de acercarse al ordenador. El agente reiteraba una y otra vez que esos pervertidos están ahí, agazapados, esperando a que los menores de edad se conecten para extender sus garras, atraparlos y arrancarlos de sus hogares o someterlos a cualquier otra atrocidad. Y, según reiteró unas diez veces, hablaba basándose en su experiencia personal y en casos reales que habían llegado a la Comisaría donde él trabajaba.

— ¡No! ¡No lo olvidé! Él dice que está en cuarto de la E.S.O, pero no me parece que sea en este Instituto. Yo creo que estaba buscando el perfil de otra Nerea Iglesias y le salió el mío. Pero el caso es que quiere seguir chateando conmigo, y a mi me gusta chatear con él. ¡Eso es todo!

No quería contar demasiado, ni siquiera a Alba, porque podría ocurrir que Román no volviese a contactar con ella nunca más, y entonces quedaría en ridículo. Quizá aquello no fuera más que un brindis al sol. Seguramente, no sería más que eso: chateo de un día.

Alba se quedó muda, pensativa. Sabía que se había comportado como una madre histérica, como Marta a veces. Entonces la invadió una extraña sensación que no sabría describir, pero cuya conclusión comprendió al instante: por nada del mundo querría parecerse a Marta. Soltó a Nerea, se hizo a un lado y prosiguieron el camino, a la par y en silencio.

Al final de la calle Llaviada hay un parque circular cuyo nombre Nerea no conseguía recordar por más veces que se lo repitiesen. Lo bordearon dejando atrás dos edificios aislados entre asfalto. Unos pasos más adelante está el Alimerka. Allí estaría Rosa, a punto de colocarse en la Caja para ofrecer su antipatía a los sufridos clientes del supermercado.

Con la lengua casi de fuera, Nerea decidió acelerar un poco más el paso; así llegaría antes al Instituto, el aula le ofrecería refugio y no tendría que soportar las miradas ni las preguntas de Alba. Poco probable que se atreviera a recriminarla dentro de clase, con los compañeros pululando por allí, aunque nunca se sabía…

— ¡Ten cuidado, por favor! No le des detalles, no le digas dónde vives ni a qué Instituto vas. Si te pregunta, debes contarle mentiras. Recuerda lo

que nos dijo el policía: bastan muy pocos datos para que sepan quién eres y dónde vives.

No había manera, era superior a ella. Tras un breve intermedio, vuelta a la retahíla de consejos. Parecía una madre: consejo va, consejo viene. ¿Por qué estaría tan nerviosa si no era ella quien chateaba con el desconocido? El caso es que Alba no paraba de tocarse oreja, mentón, frente y de masajear aquel pelo castaño ondulado que lucía con tanto orgullo, sobre todo si Aitor andaba por cerca. Porque no quería reconocer que también a ella le gustaba Aitor, pero se le veía el plumero mucho más a menudo de lo que creía.

— ¡Descuida! ¡No soy tan tonta como para darle mi dirección! Pero, si me lo pregunta, no veo por qué ocultarle que vivo en Oviedo. Oviedo tiene muchas calles, no podrá adivinar cual es la mía.

— Sólo te digo que tengas cuidado. Nada más.

A la derecha y casi corriendo encauzaron la calle Cardenal Álvarez Martínez, una de tantas en aquella urbanización nueva, a imagen y semejanza de las demás: amplias aceras, edificios de mediana altura rodeados de pequeños jardines, coches aparcados en batería; calles cortas y escoltadas por árboles de reciente plantación que parecían hacerles el paseíllo. La fauna urbana también era la típica de esas horas: madres a la carrera tirando de sus retoños para que entraran en tiempo al colegio, madrugadoras amas de casa que se librarían de hacer cola en las tiendas, solitarios paseando mascotas, deportistas practicando footing, ociosos jubilados y estudiantes cargando sus pesadas mochilas, como Nerea, como Alba.

La Parroquia de Santa Eulalia con su fachada gris y su puerta de arco acristalada quedó atrás, a la izquierda, justo cuando el sol asomaba enfatizando colores. El aire, cálido, traía consigo una extraña mezcla de olores: a hierba de los campos cercanos y a contaminación porque la cercana Autovía de la Plata también quería hacer notar su presencia.

Nerea trataba de concentrarse en el paisaje urbano para eludir advertencias que, de momento, resultaban cuando menos absurdas. Y Alba, que no era persona a quien se pudiera obviar así como así, aceleró el paso, se le cruzó delante por segunda vez, paró en seco, la cogió del brazo y la

obligó a detenerse también. Sus miradas se encontraron y Nerea percibió algo extraño en los ojos de su amiga. Nunca le había visto esa mirada de recriminación. O la tranquilizaba, o aquello iba a ser el cuento de nunca acabar.

— ¡Que sí, que prometo hacer lo que dices! Ya sé que puede ser peligroso, que hay que tener cuidado, tomar medidas, no dar datos… Pero parece ser un tío normal y ayer lo pasé muy bien con él.

— ¡Uy, uy, uy…! ¡Qué peligro tienes! ¿Habrás ojeado su perfil, por lo menos? Para curiosear un poco, a ver si podemos sacar quién es.

— Pues no, no lo he mirado. Estaba tan cortada que no caí en ese detalle. Esta tarde entro y lo miro, sin falta.

— ¡Pues míralo! ¡Ya!

— Lo haré esta misma tarde, pero tampoco hace falta dar el pregón.

Nerea, alarmada, bajó tanto el tono de voz que casi había que saber interpretar el movimiento de sus labios para entenderla. Alba miró a su alrededor y se tapó la boca para ahogar las palabras que estaban ahí, dispuestas a salir a voz en grito. Luego enrojeció. No se había percatado de que habían llegado al patio del Instituto y estaban rodeadas de compañeros que, en corrillos, contaban batallitas personales, cortaban trajes a profesores o hacían planes para el fin de semana. Ellas, como siempre, pasarían desapercibidas salvo que dieran el cante. Calladas y rojas, se dirigieron hacia el aula, escaleras arriba, a la espera de que comenzara la clase de Naturales, primera asignatura de la mañana.

A la derecha, tres filas y cuatro puestos más adelante, Aitor conspiraba con el compañero de pupitre. Nerea y Alba dieron un pequeño rodeo para pasar a su lado, pero el intento de hacerse notar resultó fallido. Captaron, no obstante, algunas palabras sueltas de la conversación, que unieron después entre las dos dando como resultado que ambos chicos iban a compartir un movido fin de semana. < ¡Quién pudiera!> se lamentó Nerea mientras tomaba asiento frente a su pupitre. De nuevo su mirada escapó hacia Aitor y no pudo evitar tomar prestada aquella cara para ponérsela a Román. Imaginaba a su nuevo amigo con ese mismo pelo liso, castaño claro, esos ojos almendrados de color grisáceo, rodeados por unas inapreciables ojeras

negras que los enmarcaban a la perfección dándoles ese aspecto soñador que la perdía a ella y a tantas otras — a Alba también, aunque ella no quisiera reconocerlo — y ese cutis perfecto, sin rastro del acné que tantos estragos causaba entre el resto. Con la barbilla apoyada en ambas manos, Nerea forjaba un Román perfecto

El sueño duró poco, apenas los dos minutos que tardaron en entrar el resto de los alumnos, casi a la desbandada y, tras ellos, el profesor de Naturales. A golpe de viernes, Ramiro, el profesor, traía consigo un aire un tanto exhausto y entraba al zaga, encorvado, sin demasiadas ganas. Era un hombre de unos cuarenta años, cuyo aspecto bonachón iba en concordancia con su retórico e indescifrable vocabulario: se las daba de erudito en casi todas las materias y ni Dios era capaz de enterarse de lo que pretendía dar a entender con aquellas palabras tan pomposas y tan poco comunes.

Junto a él también llegó el silencio. Los alumnos permanecían expectantes, a la espera de que diera comienzo el examen previsto, con las preguntas rebuscadas, tan propias de Ramiro; pero el profesor lo pospuso para el lunes siguiente, sin explicar los motivos y, acto seguido, comenzó a impartir el tema tres. Y Nerea a soñar.

Mientras fantaseaba, pasó de largo la clase de Naturales; como de largo pasarían las otras cuatro que la siguieron: matemáticas, inglés, lengua castellana y francés. Y la estruendosa sirena anunció las dos y media de la tarde, hora de salir. Recogió en dos segundos y se levantó como si le hubieran puesto un potente muelle bajo las posaderas. Salió al pasillo, a esperar por Alba, que continuaba dentro, recogiendo. ¡Era tan lenta que la sacaba de quicio! Seguro que estaría cogiendo los libros uno a uno, con mimo, guardándolos en la mochila con todo el cuidado del mundo; luego repasaría la parte de abajo del pupitre, no fuera a ser que le quedara algo allí. < ¡Qué pesada!> pensó.

— ¿Es para hoy? — preguntó, asomándose a la puerta.

— Tienes prisa ¿eh? Se ve que hay alguien esperándote, no hace falta que lo jures.

— No es por eso. Es porque te has empeñado en que te acompañe a casa cada día y tengo que dar un rodeo.

— ¡Pues nunca me has dicho nada hasta hoy! ¿Por qué será?

Alba era un volcán que duerme con el ojo abierto y tan perspicaz que casi siempre daba en el clavo. Nerea se puso colorada al sentirse descubierta, su sonrojo hubiera bastado para prender un cigarrillo a un palmo de distancia. Mejor cerrar la boca, no ir a por otra respuesta de esas y dedicarse a observarla mientras terminaba de recoger. Había que reconocer que tenía su puntito. No se podía decir que fuese una belleza, pero era de esas personas que cuanto más las observas más hermosas te parecen. Su cara resultaba dulce y armoniosa así enmarcada por la melena color castaño claro que formaba ondas aquí y allá aportando gracia a sus gestos y movimientos; sus ojos del color de la miel dulcificaban la cara; los labios carnosos y bien dibujados ponían el resto. Si no fuera por ese maldito acné tendría un rostro aceptablemente bonito. El conjunto del cuerpo perdía puntos al ser de baja estatura y regordeta; pero estaba bien proporcionada, no tenía ni pizca de barriga, se le marcaba bien la cintura y sus pechos guardaban las proporciones deseables, ni grandes ni pequeños. Por eso, en general, la ropa le sentaba bien. Además, era dorada, brillaba; quizá debido al color de sus cabellos, tal vez a que su vestuario presentaba los colores del otoño, sus favoritos para todo el año. Nerea, en cambio, se debatía entre complejos con su cuerpo tipo “pera” y aquel michelín de la barriga, empeñado en fugarse del interior del pantalón.

— ¡Ya está! ¡Nos vamos! Porque no queremos hacer esperar a Romeo ¿verdad? ¡Ah, perdón! Me equivoqué, es Román.

— ¡Que no es por eso, ya te lo dije! — gritó, un tanto enfadada por el comentario socarrón.

— ¡Vale, vale, tampoco es para tomárselo así!

Resonaban las palabras, los pasillos escupían la resonancia de sus voces con ese desprecio de los espacios vacíos. Era viernes tarde y los alumnos habían salido a la desbandada para hacerse cargo del fin de semana. El enfado aún estaba candente y ambas echaron cremallera a la boca para dejar que el eco de sus propios pasos se encargara de poner el sonido de fondo, que las acompañó hasta la salida.

Hicieron juntas el camino de vuelta, a la par, pero en silencio. Alba parecía haber tomado conciencia de que sus bromas no eran secundadas por Nerea y no se atrevió a intervenir hasta que ya estaban a punto de alcanzar el portal de su casa.

— ¡Tienes que mirar el perfil de ese tío! Hay que saber qué pone, quienes son sus amigos y demás. Así saldremos de dudas, pero no te fíes de lo que él te diga porque seguro que es alguien de este Instituto que te está tomando el pelo. Busca todos los datos que puedas. ¿Vale?

¡Y seguía con lo mismo! <Pero… ¿por qué tiene que ser alguien que sólo quiera tomarme el pelo?> consideraba Nerea, harta de recibir tantas indirectas que en realidad eran directísimas y venían a decir: “no vales nada; si alguien se interesa por ti no puede ser por otra cosa que no sea tomadura de pelo>.

— ¡Que no te preocupes! Ya te lo dije: sé cuidarme sola. ¡Pareces mi madre!

— ¿Le has contado esto a tu madre?

— ¡Noooo! ¡Estás loca!

— ¡Ni se te ocurra! ¡Te mataría!

— ¡Tú sí que me vas a matar!

— Luego me conecto y me cuentas.

Antes de perderse en el portal le lanzó una mirada rápida, nerviosa y hasta severa. Su forma de despedirse desprendía envidia.

< ¡Abrió el portal y se metió dentro sin tan siquiera mirarme! ¡Increíble! Además, no hacía otra cosa que repetir que esta relación puede ser peligrosa, burlarse y querer saber más de la cuenta. Trata de encontrar algo malo en Román porque está celosa. Seguro que tiene miedo a quedarse sola. Porque está claro que, si Román y yo nos liamos, estaremos mucho tiempo juntos, aunque sea en Tuenti, y ella pasará a segundo plano> imaginaba Nerea mientras la veía recogerse en el ascensor.

Aunque su futuro con Román era tan borroso como la tinta en el agua, ya comenzaba a saborear los beneficios de haberle conocido: todos la

envidiarían. Alba era la única que lo sabía y ya daba muestras de estar celosa. Así, de camino a casa, se imaginó entrando en el cine con la mano entrelazada a la de Román, también en la discoteca de sesión de tarde, y sentada frente a él en un banco del parque esperando la llegada del primer beso. ¿Cómo sería el primer beso? Seguro que, llegados a ese punto, no sabría cómo reaccionar ni qué hacer o decir. Simplemente, no sabía besar. ¡Qué vergüenza! ¿Qué pensaría él cuando llegase ese momento? Pensaría que sólo era una niña, seguro que pensaría eso.

Llegó a casa envuelta en una nube de fantasía. Había acertado el camino por inercia, por pura rutina, sin recordar nada de lo visto u oído durante el trayecto desde casa de Alba. Simplemente había pasado de un plano a otro, de un portal a otro, sin interrupción ni lapsus de tiempo en medio. Tampoco se había percatado de que estaba sudando a chorros hasta que se miró en el espejo del ascensor: ¡le caían goterones cara abajo y continuaba con la cazadora de pana puesta! Hasta entonces, ajena al mundo real, no había notado los efectos del intenso calor que atacaba por todos los flancos: bajaba del cielo, subía del asfalto y embestía por los costados en forma de suave brisa ardiente.

Ya con los pies en la tierra entró en casa, donde la recibió la misma soledad e idéntico olor repugnante de siempre. Lo del tufo no admitía remedio alguno: para ahorrar luz, Rosa cocinaba sin encender la campana extractora, permitiendo que el vapor de sus guisos campara a sus anchas por toda la casa para después quedar atrapado sin posibilidad de fuga porque también ahorraba en calefacción a costa de no abrir las ventanas. En cuanto a la soledad: se agradecía a veces, se tornaba monótona otras ocasiones y casi siempre le hubiera gustado combatirla en compañía de una hermana de su misma edad, año arriba o abajo. Comerían juntas, compartirían confidencias, dormirían en el mismo cuarto, saldrían juntas… Se ilusionó durante unos segundos, luego desechó la idea por inviable y absurda. Hacía tiempo que sus padres tenían esa decisión tomada y pregonada a los cuatro vientos: no más hijos.

Entró en su habitación para dejar la mochila y la cazadora de pana. Se dirigió a la cocina acto seguido. Abrió el tupper. Había ensalada y un filete de pollo que la esperaba frito desde la una de la tarde y que estaría quemado

o demasiado crudo, según. A Rosa la aburrían las labores domésticas, especialmente la cocina, por eso las acometía con desgana y sin tener en cuenta los múltiples consejos que, gratis, le entregaba la abuela Estrella: “Las labores de casa hay que hacerlas con mucho cariño”. “¡Bah! ¡Cosas de marujas!” replicaba Rosa.

Según la abuela Estrella, Rosa había invertido la adolescencia y gran parte de la juventud en la espera de un acaudalado príncipe azul, que encontraría en el lugar más insospechado y que se prendaría de ella nada más ponerle la vista encima; luego la conquistaría con mil obsequios —carísimos todos ellos —, celebrarían boda por todo lo alto y finalizarían la historia viviendo el resto de sus vidas felices y comiendo perdices en un chalet con piscina, cocinera, jardinero, planchadora y limpiadora, como mínimo.

Estrella usaba ese preámbulo para hacer alusión a la desgana de Rosa en lo que a labores domésticas se refiere. Pero, no contenta con eso, continuaba el cuento alegando que, dado que el príncipe azul no había dado señales de vida, en su lugar acudió Fran para rescatarla de la soltería cuando ya había cumplido los treinta y cinco.

Leyendas aparte, la realidad era que Rosa, a falta de seis meses para cumplir los cincuenta, se sentía subestimaba en todas las facetas de su vida y desastrada cuando veía su rostro reflejado en el espejo. Tenía el cabello alfombrado de canas porque se había visto obligada a espaciar las visitas a la peluquería, el cutis ajado y más arrugado de lo que correspondería a su edad, una expresión de infelicidad y amargura que pretendía contagiar a quienes la rodeaban, y algún que otro delirio de grandeza que seguía aflorando de vez en cuando y que no desaprovechaba ocasión de restregárselo a Fran por las narices para hacerle sentir un pelele por no poder complacerla.

— ¡Ves! ¡Yo nací para ser rica! ¿Cómo sino iba a reconocer qué cosas son de calidad y cuales no? Cuando miro una cosa sé si es cara o barata sin ver el precio. ¡Siempre reconozco la calidad! ¡Eso se llama clase! Y la clase se tiene o no se tiene”.

Fran callaba la mayoría del tiempo; en alguna ocasión asentía en silencio, meneando la cabeza, sin atreverse a sonreír demasiado; y muy, muy pocas veces, le replicaba.

— ¡Pues yo he nacido para vivir una vida normal, al lado de una persona normal y tampoco lo he conseguido, así que estamos empatados!

Cuando Fran se tomaba la molestia de contestar, lo hacía siempre con la misma frase. Le había dado buen resultado desde la primera vez que decidió utilizarla: Rosa callaba instantáneamente porque aún no había encontrado la forma de rebatirla. Pero los auténticos problemas surgían cuando Fran contraatacaba estando Estrella presente; entonces Rosa iniciaba su colosal actuación rompiendo a llorar e improvisando todo tipo de aspavientos. Al ver el percal, Fran se envalentonaba; y Estrella, con descaro, animaba a su hijo a continuar recriminándola porque iba por el buen camino y sólo así conseguiría inculcarle respeto y buenos modales. Después Rosa, subyugada y en inferioridad de condiciones, se refugiaba en la cama alegando padecer una jaqueca atroz y no aparecía hasta el día siguiente, ya totalmente repuesta. Una actuación si no digna de un Oscar, si al menos de un Goya.

Para cuando terminó de repasar las grescas familiares, el filete frío y la ensalada habían desaparecido del plato. Completó la comida con un donuts. Dejó el plato y el tupper en el fregadero y procedió a tomar asiento frente al ordenador. Miró el reloj. Aún faltaban cinco minutos para las tres pero ya había un mensaje esperando.

— *Supongo que sería demasiada casualidad que tú también vivieras en Madrid ¿verdad?*

Alba se daría por satisfecha porque ya se sabía algo: él no vivía en Oviedo y no pertenecía al Instituto de la Corredoria ni del antiguo colegio. No se conocían de nada. Ah, y no se estaba burlando.

¿Qué contestarle ahora? Las palabras del policía, y también las de Alba, martilleaban su mente. <Vive lejos, seguro que no conoce Oviedo y, además, es una ciudad muy grande como para adivinar donde estoy. No hay peligro alguno en decírselo> dictaminó.

— *Pues no. Vivo en Oviedo*

Nerea se esforzó en escribir con todas la letras, como lo hacía él.

— ¡Bonita ciudad! Estuve una vez con mis padres, hace tres años.

— Pues yo nunca estuve en Madrid.

— ¿De verdad? ¿No viajas?

— Casi nunca.

— ¿Por qué? ¿No te gusta?

— Mis padres trabajan mucho. No tienen tiempo para esas cosas.

— ¿No tienen vacaciones?

— Si, pero las pasamos en casa. Cuando está buen tiempo vamos a la playa a Gijón, pero de ahí no pasamos.

Cerró los ojos, inspiró hondo y rogó para que él cambiase de tema. No quería confesar, ni a él ni a nadie, pero a él menos que a nadie, que jamás había puesto un pie fuera de Asturias. Es más, si pudiera, de buena gana borraría la palabra “viajar” del diccionario. Ese verbo y su significado eran culpables de buena parte de sus sonrojos: cuando regresaba a las aulas pasado el verano, también después de la Navidad y tras la Semana Santa, sin ir más lejos. En esas fechas el que más y el que menos había ido de viaje y lo contaba con todo lujo de detalles mientras a ella se le ponían los dientes largos y no le quedaba más remedio que escuchar, sonreír y asentir, porque no tenía viaje con el que contraatacar. Y, por si lo del colegio fuera poco, la abuela Aurora también tenía la costumbre de invitarles a comer tan pronto regresaba de sus viajes, y como postre les servía interminables pantallas de fotos que Darío explicaba sin olvidar los pormenores, docenas de souvenir baratos que se podían mirar pero no tocar porque estaban destinados a abarrotar un poco más el mueble del salón y peripecias exageradas a más no poder. Más de una vez había abrazado la certeza de que la felicidad absoluta consistía en ir de viaje y que ellos no eran felices porque no viajaban.

— Si trabajan tanto, te debes sentir muy sola ¿no es así? ¿O tienes hermanos?>

Se alegró ante el cambio de tema. Contestaría enseguida, para estimular la conversación y porque le interesaba continuar por ese camino,

aunque tampoco era su preferido: también detestaba ser hija única.

— *Soy hija única.*

— *¡Qué casualidad! ¡Yo también! Pero, la verdad es que me hubiera gustado tener hermanos. Creo que de esa forma no estaría tan solo y no me aburriría tanto. Mis padres pasan casi todo el día fuera de casa.*

Se sintió plenamente identificada con aquella frase que definía a la perfección sus más profundos sentimientos y anhelos. Más que nada en el mundo, también le hubiera gustado tener una hermana y también se aburría como una ostra entre aquellas cuatro paredes que conformaban una habitación decorada según el gusto de Rosa.

— *A mi me ocurre lo mismo*.

Escribió en el teclado con timidez y seguridad al mismo tiempo. Timidez causada por el pudor a confesar sus deseos, y seguridad ante la certeza de que aquella frase resumía y definía su vida como un índice.

— *¡Pues ya no estás sola! Me tienes a mi, otro solitario que llega a casa y no encuentra a nadie, que come solo y luego mata las horas como puede. ¿Nunca tienes clase por la tarde?*

Por un instante le pareció que el ordenador cobraba vida propia, que no era un simple objeto. Allí aparecían frases que sintetizaban a la perfección su propia vida, en las que se veía reflejada; a aquel trasto podría contarle sus más profundos deseos y recibiría contestación con una inmediatez asombrosa. A pesar de todo, era consciente de que había alguien al otro lado, alguien cuyos sentimientos coincidían plenamente con los suyos y se identificaban en esas certeras frases, alguien a quien había intentado asignar un rostro sin resultado, alguien cuyo único rostro posible, de momento, era aquella pantalla, plana y fría, pero que decía verdades como templos y le hacía compañía en aquella casa silenciosa y solitaria.

— *Sí. Los lunes y los miércoles, de cuatro a seis menos diez.*

— *¡Yo también! ¡Esto es un cúmulo de casualidades!*

— *Ya veo.*

— *Y mañana, sábado ¿qué sueles hacer?*

— Pues, nada en concreto. Repasar, hacer los deberes del lunes, adelantar un poco los del martes…

— ¿No tienes amigas para salir?

— Sólo una, pero aún no nos dejan salir. De vez en cuando vamos al cine, y eso es todo.

— Yo tampoco salgo mucho. Pero… ¿por qué no tienes más amistades? Eres muy simpática, y por eso me parece raro que no tengas una tribu de amigas para acompañarte y un enjambre de amigos revoloteando a tu alrededor, tratando de conquistarte.

Se sonrojó como si el ordenador pudiera verla. También se sintió adulada. Y encantada. Nunca antes le habían dicho una frase parecida, no al menos desde la infancia.

— Porque vine nueva a este Instituto y aún no hice amigos.

— ¡Te comprendo perfectamente! Mis padres se mudaron al chalet hace tres años y también me tocó empezar de cero. ¡Es durísimo!

Estaba en una nube, flotaba de contenta. ¡Por fin alguien la comprendía! ¡Por fin alguien sentía lo mismo! Alguien que también hubiera deseado tener hermanos, que sus padres pasasen más tiempo en casa y que detestaba llegar cada mediodía para encerrarse en soledad entre cuatro paredes. ¡Una legión de coincidencias! Seguro que él también odiaba sentarse a la mesa ante un plato solitario y capaz de arruinar el mejor de los menús; que no era su caso porque no habría compañía en el mundo capaz de convertir los guisos de Rosa en aceptables.

— Lo sé.

Debería intentar articular frases más largas, que destaparan un poco sus sentimientos, como hacía él. Habría que pararse a pensar antes de teclear. Cerraría los ojos, quizá eso ayudase. No salían. Era incapaz. Era como si estuviera metida dentro de una coraza y sólo se atreviera a asomar la cabeza.

— Creo que te estoy aburriendo. — escribió él.

La indecisión no la estaba ayudando. Debía buscar cuanto antes una justificación creíble para tan breves y evasivas frases, o sería él quien se aburriera de recibir monosílabos como respuesta.

— No es eso. Si por mí fuera, me tiraría la tarde entera chateando contigo, pero tengo que ponerme con el rollo de los deberes; si los voy dejando, luego soy incapaz porque no me apetece nada de nada.

Se maravilló al ver las tres líneas escritas.

— Te entiendo porque a mi me pasa lo mismo, si a las seis de la tarde no he comenzado, luego me resulta imposible.

¡Otra coincidencia más! Y las que aún faltarían por descubrir. ¡Era increíble! ¿Habría encontrado su alma gemela? Desde luego, todo apuntaba en esa dirección. ¡Y él viajaba mucho! Parecía el príncipe azul que Rosa había estado esperando media vida. Se acercó a la ventana. La abrió de par en par. El calor era agobiante, de fragua. Enseguida llegó otro mensaje.

— Lo que ocurre es que me gusta demasiado chatear contigo. ¿Quedamos para mañana a esta misma hora?

— Mañana… Espera a ver qué día es…

Había perdido la noción del tiempo. Escrutó las cuatro pareces en busca de un calendario. ¡Pero si nunca había tenido calendario en la habitación! Rosa no soportaba “papeles” pegados en las paredes.

— Sábado, diecisiete de octubre. — concretó él.

— Mañana no puedo. Mis padres están en casa.

— ¿Y?

— Ella siempre anda por aquí, cotilleando.

— ¿Quién es ella?

— Mi madre.

— ¿Y el domingo?

— Tampoco, siguen estando en casa.

— ¿Qué tal el lunes?

— El lunes puedo conectarme un rato al mediodía, pero a la tarde tengo clase.

— Yo también.

— Ah, si, es verdad…

— Entonces… ¿hablamos el lunes a esta misma hora?

— Si, a las tres.

— Te dejo, para que curres. Cuídate. Besos

Abducida, leyó el último mensaje. No contestó. ¿Qué contestar? Él no había preguntado nada, simplemente se había despedido hasta el lunes. Entonces, no había nada que responder. ¿Cuánto tiempo más continuaría flotando en aquella nube? Tenía el corazón en un puño pero el resto del cuerpo se expandía irremediablemente porque no le cabía dentro tanta felicidad. Aquella habitación le quedaba pequeña. La ventana estaba abierta pero eso no era suficiente, aún así no cabía allí. No lo podía creer. No lo quería creer. Parecía completamente imposible que algo tan maravilloso le estuviese sucediendo a ella, al patito feo invisible para el resto del mundo. Aquel accidental encuentro estaba predestinado y tenía como misión compensarla de sus otras muchas carencias, no se explicaba de otra manera.

Acababan de despedirse y ya estaba deseando que llegaran las tres de la tarde del lunes. Setenta y dos horas, una eternidad. ¿Debería decírselo a él? ¿Hacerle saber que la espera se haría eterna? ¿Ayudaría en algo o lo estropearía todo? ¿O debería ceñirse estrictamente a las enseñanzas de Alba? Recibidas a su vez de su madre, Marta, muy experta en cuestión de amores. Según el manual de Marta hay que hacerse la interesante y no aparentar demasiado ansiosa, para no echar por tierra todo lo conseguido cuando se logra que un chico se fije en una; y si además el chico es demasiado buen partido como para dejarlo escapar, entonces se hace necesario urdir un plan infalible y eficaz para que ese pez no se escape de las redes bajo ningún concepto.

Probablemente las lecciones de Marta resultaran eficaces en la práctica, pero de momento Nerea estaba comenzando con la teoría y sólo consiguieron sumirla en un mar de dudas. Y la primera de ellas fue que el

físico no jugaría a su favor. ¿Y si le pedía una foto? Se puso blanca de miedo. No podría enviársela. ¡Lo espantaría! No cumplía con ninguno de los cánones de belleza vigentes y además estaba gorda. ¿Bastaría con enviarle una del rostro? Abrió un cajón de la mesa. Allí guardaba algunas fotografías sobrantes de las matrículas del colegio y del Instituto durante varios años. Tras una rápida ojeada las fue descartando una por una. En unas aparecía con la boca torcida, en otras demasiado seria, había alguna en la que figuraba totalmente desaliñada; aparentaba muy niña en todas las del colegio y se le notaba la incipiente papada en las que había sacado para el Instituto ¡No servía ninguna!

< ¿Y ahora qué? Él me la pedirá seguro me la pedirá y no tengo, no tengo, maldita sea joder qué hago con esto seguro que el lunes me la pide, ya lo dijo, dijo que dijo cuando me preguntó por la de perfil joder tengo que sacar una foto. Y dónde, dónde la saco, en el fotógrafo no, no puedo es caro y Rosa se entera seguro porque claro en el fotógrafo luego hay que escanear ir al kiosco escanear para mandar y al escanear hay que meterla en un pen para traerla a casa y no tengo no tengo pen maldita sea.> enmarañaba en su mente mientras se paseaba por la habitación, nerviosa.

Sus ilusiones se derrumbaban, su cabeza era un torbellino que demoró más de media hora en acertar la fácil solución.

— ¡Sí! ¡Me haré una para la ocasión!” — gritó en voz alta, levantando los brazos al aire.

<Pero antes debería maquillarme un poco. ¡Tampoco tengo maquillaje! Ella guarda algo en el tocador, pero seguro que es del barato y eso se acaba notando; más Román, que debe pertenecer a una familia de pasta porque viaja mucho.>.

<Habrá que ver como anda Alba de potingues. Seguro que bien, su madre tiene mucho estilo y no creo que esté sin maquillaje. ¡Y del caro! ¡Y también le pediré que me peine! Aquí tampoco tenemos con qué hacer un peinado bonito. Pero ellas sí que tienen, porque Marta va siempre muy arreglada. Después haremos fotos. Hay que escoger una en la que salga bien. Pero… ¡si aún no me ha pedido la foto! ¡Qué estúpida soy! Bueno… tengo que estar preparada, por si acaso> concluyó.

La emoción había convertido su cuerpo en un fogón, ardía de calor. Se desprendió de la chaqueta del chándal. Como las ganas de estudiar se habían esfumado decidió matar el tiempo en la ventana. Nada interesante, lo de siempre: enfrente un campo que solía ser verde y el caluroso otoño había teñido de amarillo, limitaba con una hilera de castaños que también andaban mudando el color de sus hojas y completaba el paisaje una carretera que desembocaba directamente en la Autovía de la Plata.

Enseguida dejó de lado el monótono paisaje, del que estaba más que harta, y retornó al pupitre. Con desgana fue sacando los libros de la mochila, uno a uno. Luego el estuche de los lapiceros. Buscó el de Naturales y lo abrió. Resopló, miró al techo y luego la pila de libros. No conseguiría concentrarse, no sin antes chismorrear un poco sobre los últimos acontecimientos. Volvió a entrar en Tuenti. Alba no estaba conectada. Cogió el móvil. Le enviaría un mensaje a pesar de las restricciones.

— D Mdrd, va n cuarto, ijo unic y viv en 1 chalt.

Había aguijoneado a Alba con crueldad y se deleitaba imaginando la cara que pondría cuando leyera el mensaje. Seguro que pensaría: “Tú, sin hacer nada, sin salir de tu casita, vas y te ligas a un tío de esos que ni echándoles la red”.

Bip – bip, abrió el icono del sobrecito.

— ¡Srás kbrona! ¡Mña m qents cn tdo dtlle! Aora sty cn ls dbres y, ade+, m qestn dinro los sms. ¡Si tuviers 1 móvl cmo Dios mand, cn Whats App…!

— ¡Ya stmos!

— Ciao. Bss.

El viejo Nokia 6300 era capaz de avergonzarla casi tanto como la cazadora de pana, eran dos lastres similares; con la salvedad de que el móvil podía llevarlo escondido en el bolsillo donde nadie pudiera verlo y la cazadora no quedaba más remedio que mostrarla al mundo.

Miró el reloj de nuevo: casi las siete de la tarde. Abrió el libro de Naturales con la intención de repasar para el examen del lunes pero, a partir

de la cuarta línea, las frases del libro comenzaron a mezclarse con las escritas por Román en Tuenti. Continuó de todos modos. En la sexta línea apareció la cara de Aitor dibujada en las hojas, como una especie de fondo de pantalla y por encima, escritas en negro, las palabras de Román y nada de Naturales. Juntas formaban un cóctel que lo invadía todo sin dejar espacio para una sola letra relacionada con el tema objeto del examen. Aspiró hondo y lo intentó de nuevo, manteniendo la mirada sobre el libro abierto y las manos en las sienes como intentando atrapar los conocimientos. Al minuto se apearon los ríos españoles para que se subieran las frases escritas por Román. < ¡Imposible! Tendré que dejarlo para el fin de semana. Ahora a merendar y luego a esperar hasta que lleguen estos.> determinó, cerrando el libro.

Se conformó con media manzana. Ese día había pizza y le encantaba la pizza. Era viernes y, para festejarlo, ella traería un par del supermercado. Se trataba de una costumbre instaurada tiempo atrás, algo así como una señal gastronómica que daba el pistoletazo de salida hacia el fin de semana.

A eso de las nueve y media de la noche estaba viendo la tele en el salón cuando apareció su padre, contento y más sonriente de lo habitual, presumiblemente por efecto de la cerveza.

No obstante, la rutina retomó su curso y, tras la ducha y puesta del pijama, se sentó a su lado en el sofá. Nerea amagó una sonrisa forzada. El agua no había conseguido arrastrar los efluvios del alcohol y el olor a Heno de Pravia se mezclaba con el de la cerveza. Nerea sintió una punzada de asco y, duplicando precauciones, se deslizó hasta la esquina del sofá. Después, sin olvidar las preguntas habituales, su padre la sorprendió con una de nueva cosecha. Ya había ocurrido otras veces, siempre en viernes, cuando llegaba con unas cervezas de más.

— ¿Eres feliz en esta casa, hija? — preguntó con voz queda.

— Si, claro.

— La felicidad, hija, depende de uno mismo y nunca de los demás. Sirva de ejemplo la parábola de la piedra. ¿La conoces, hija?

— No.

— El distraído tropezó en ella, el agresivo la usó como arma, el constructor construyó con ella, al niño le sirvió para jugar, al viejo para sentarse a descansar y Miguel Ángel le sacó El David. En todos los casos dependió del hombre, nunca de la piedra.

Mover exageradamente las manos para explicarse y enfatizar con la voz eran recursos que empleaba Fran y que a Nerea la traían sin cuidado. Se encogió de hombros: tres pepinos le importaba la piedra y su parábola. < A ver si se le pasa antes de que llegue ella, sino la vamos a tener esta noche> pensó.

Una hora después seguían frente al televisor, en penumbra a falta de lámpara para ambientar, Nerea enganchada al Disney Chanel y Fran apalancado en la otra esquina del sofá, mucho menos sabio y mucho más somnoliento.

Cruje el cerrojo de la puerta, la paz se rompe y entra ella con las pizzas dentro de una bolsa de plástico. Se asomó a la cocina: la mesa sin poner y el horno sin calentar. La mala leche acudió sin necesidad de llamarla. Sin decir ni hola encendió la luz del salón, dos palmadas sonoras hicieron el resto: en menos de medio segundo ambos estaban en pie.

— ¿No os da vergüenza? ¡El horno frío y la mesa sin poner! ¡Me mato a trabajar y vosotros no rascáis bola! ¡Llego a casa y tenéis las santas narices de recibirme así!

Ambos se pusieron manos a la obra sin rebatir. Fran prendió el horno, Nerea dispuso la mesa. El olor a mozzarella se adueñó de la cocina, también de su estado de ánimo al estar asociado a noches de ocio frente al televisor, al largo sueño matutino del sábado por la mañana y al silencio del despertador. Momentos después entraban Rosa y su bata fucsia, con mucho mejor humor; quizá el agua de la ducha había arrastrado sus malas pulgas.

Entre bocado y bocado de pizza reincidió en aquel tema que parecía zanjado: los muebles del comedor y su posible financiación.

— Hay que arrimar el sofá a la ventana, comprar una butaca y tapizarla en colores amarillos o azules, para que haga juego con el sofá, que quedará colocado al lado de la ventana, mientras que la butaca irá pegada a la pared; así incluso podría quedar hueco para un chaise-longe. Después, unos jarrones en colores vivos colocados aquí y allá darán el toque de color. También se podría pintar la pared del fondo de un color llamativo, rojo por ejemplo, a juego con la tapicería del chaise-longe. Así no faltaría ningún color de los principales en nuestro salón.

Rosa desbarraba a su manera, gesticulando exageradamente con brazos y manos para transmitirles su fantástica idea, sin caer en el desánimo por mucho que su audiencia se dedicase a comer la pizza y a hacer caso omiso a sus lecciones sobre decoración.

— Ese tema lo hemos dejado concluido ayer. — recordó Fran, tras una pausa para rellenar los vasos con agua del grifo.

Dieciséis años de matrimonio no habían sido suficientes para que él alcanzara a comprender las fantasías de riqueza que a menudo sufría su mujer; habían bastado, sin embargo, para resignarse a vivir con ellas de por vida; y habían sobrado para teñir de fracaso toda su existencia. Paladeaba el sabor amargo de la derrota cada vez que Rosa abría la boca deseando algo, ya fuera un bolso de Tous, los muebles del salón o lo que fuera. Cada petición acentuaba un poco más la frustración, el aburrimiento y la resignación que Fran llevaba pintados en la cara; una cara que enfrentaba con el mismo gesto todas las circunstancias de la vida, ya fueran favorables o adversas. También podía leerse en sus ojos verdes, descolgados en el borde externo; y en el rictus de la amargura, que añadía valor tirando de la comisura de los labios hacia abajo. Mascaba la frustración como si fuera un chicle amargo, que a pesar de los años aún le queda sabor; y era un hombre envejecido prematuramente a pesar de tener los cincuenta recién cumplidos; un hombre que tiempo atrás había embalado los sentimientos y las emociones que un día no muy lejano había sentido, para subirlos al desván de la vida donde quedarían olvidados para siempre. Un hombre que de la juventud sólo conservaba una tupida cabellera que era la envidia de sus compañeros calvos; por lo demás estaba viejo, gordo e infeliz, aunque casi nadie se diera cuenta de ello.

— Pues el salón es la carta de presentación de una casa y me gustaría poder decorar un poco el nuestro.

A Fran se le cayó el alma a los pies al reconocer para sus adentros que ella no estaba pidiendo nada del otro mundo: sólo una mesa y cuatro sillas. Tampoco el palacio del Rey Midas, sino un trozo de mundo donde sentirse a gusto. El precio de su felicidad era bajo pero, aún así, él no podía costearlo y le escocía la sensación de impotencia que le provocaba el saber que ella sería feliz teniendo en casa un salón con el equipamiento necesario para recibir a los pocos familiares y escasos amigos que les visitaban de Pascuas a Ramos.

Y Nerea, que ya había presenciado docenas de peloteras similares, hacía caso omiso. Era espectadora de aquellos duelos desde que tenía uso de razón, había soportado docenas de ellos y los que aún le quedarían, agotada ya la esperanza de que las aguas cambiaran de cauce. Durante un tiempo, tras la mudanza, tuvo depositada su fe en que el cambio de casa trajera consigo un cambio en el ambiente familiar. El tiempo, del que dicen pone todo en el lugar que corresponde, se llevó su confianza lejos: de las discusiones sólo había cambiado la temática. Antes se polemizaba por el elevado precio de los pisos y después por el alto coste de los muebles. Mientras tanto, ella iba agotando su infancia sin saber quien era el bueno y el malo de la película, procurando no intervenir ni tomar parte a favor de alguno de los contendientes. Cuando las peleas eran en presencia, callaba y bajaba la vista; cuando tenían lugar en la “intimidad” del dormitorio, las escuchaba igualmente con total claridad a través de la fina pared de pladur que separaba ambos dormitorios. Entonces tapaba los oídos con ambas manos y se juraba a si misma que jamás se casaría, a no ser que estuviera realmente enamorada.

— Divorciarse es cosa de ricos, que si no… — era la frase que Fran repetía hasta la saciedad cuando ya no aguantaba más, cuando todos sus niveles de paciencia estaban marcando en rojo.

Y Fran no hablaba por hablar, sino que echaba cuentas y de buena gana se hubiera divorciado, si se lo pudiera permitir; pero su sueldo de mil doscientos euros no alcanzaba para costear un alquiler, la manutención de

una hija y, seguramente, la mitad de la hipoteca del piso que seguirían ocupando Rosa y Nerea.

— ¡Anda vete, vete! ¡Yo ya me arreglo sola! ¡No quiero ni un euro tuyo! — replicaba Rosa.

Ella sí hablaba por hablar. Con su salario de setecientos euros mensuales, ni en sueños podría permitirse pagar la hipoteca y correr con los gastos de la casa y de una hija, cuando la hipoteca de por sí ya superaba esa cantidad de dinero. Lo que Dios había unido, el Banco se había encargado de atarlo para siempre.

Los dos guardaban esas frases — y otras muchas mucho más lesivas — cada uno en su arsenal particular; pero con frecuencia recurrían a esas en concreto, quizá porque les parecían las más hirientes, las que mejor defendían sus posiciones tras la trinchera.

Acabó la cena y, aun siendo viernes, Nerea adelantó que se retiraba a su habitación, con la excusa de que tenía “cosas que hacer”. Esa noche no le apetecía compartir sofá con ellos.

— ¿Qué cosas?

— Estudiar.

— ¿Ahora? ¿A las once de la noche?

— Sí, voy a adelantar tarea porque mañana tengo que ir a casa de Alba.

— ¿A qué?

— A copiar apuntes que no pude coger en clase. — mintió.

— ¡Claro, siempre estás en las nubes!

Nerea se mordió la lengua. Sabía a veneno. Luego dio media vuelta e hizo oídos sordos, como sino hubiera escuchado nada. Entró en su habitación convencida de que allí hallaría la tranquilidad necesaria y que hasta, quizá, pudiera sellar aquellos episodios en algún rincón de su memoria, donde jamás se volviera a encontrar con ellos.

OceanofPDF.com

IV

Los sábados se levantaban tarde, a eso de las diez de la mañana, con la carencia del sueño neutralizada y con la ausencia de Rosa impartiendo tranquilidad pues, para cuando ellos dos se sentaban frente a las tazas del desayuno, ella había completado un par de horas de su jornada laboral. Mientras ellos desayunaban en silencio y en pijama, Rosa iba avinagrando su cara un poco más con cada código de barras que pasaba por el lector. A las tres de la tarde regresaría para recordarles por diezmillonésima vez que eran afortunados al no madrugar en fin de semana. Fran estaba resignado a sufrir esos absurdos reproches y Nerea pasaba de esos temas, simplemente no quería convertirse en munición para esa guerra.

Pero ese día Nerea llevaba despierta desde antes de las ocho, encendiendo la luz cada diez minutos para comprobar la hora y dando vueltas y más vueltas en la cama porque el reloj iba lento. Trataría de respetar el horario sabatino a pesar de que los nervios le hacían cosquillas en el estómago y le impedían no sólo dormir sino también estarse quieta. Mientas tanto, las preguntas hacían cola en su cabeza y metían prisa por obtener respuestas: “¿Podrá el maquillaje ocultar estos pelos que tengo por toda la cara?, ¿y la verruga de la barbilla?, ¿le gustará este pelo, tan liso y negro como el carbón?”

Nada sabía Alba de sus planes, mucho menos de sus quebraderos de cabeza. El día anterior habían quedado en conectarse a Tuenti a eso de las once de la mañana, simplemente para chatear un rato y poner sus asuntos al día. Pero Nerea no podía esperar tanto tiempo. Tendría que presentarse en casa de su amiga antes de las diez y media y así para las doce de la mañana ya estaría maquillada y con docenas de fotografías donde escoger una decente.

A las nueve y cuarto volvió a encender la luz. ¡Aquel maldito reloj era más lento que un caracol en la arena! No pudo esperar más y se tiró de la cama. Una pequeña tortuga de peluche descansaba sobre la alfombra, la apartó de una patada y fue a parar donde los demás: debajo del radiador. Subió la persiana. El sol asomaba en el horizonte, sin nubes que le

obstaculizaran el paso. Sonrió al buen día que la recibía y salió de la habitación. Las persianas bajadas mantenían a raya la poca claridad que se colaba hacia el pasillo de tres metros. Para no despertar a su padre, caminó de puntillas y abrió con cuidado la puerta de la cocina. Con más cuidado dio rienda suelta al agua en el grifo, para beber los dos vasos de rigor: según la sección de trucos de una conocida revista de belleza, era el remedio para mantener el organismo depurado, evitar que aparecieran las engorrosas espinillas faciales y luchar contra temida celulitis que ya amenazaba con instalarse en sus muslos y glúteos.

Con el estómago encharcado se detuvo a leer uno por uno los post-it que empapelaban la nevera. Los sábados, Rosa dejaba allí anotadas las tareas que debían ejecutar, sin falta, a lo largo de la mañana. A saber: hacer las camas, pasar la mopa, comprar calabacines y pan, cocinar crema de calabacín y empanar los filetes que dejaba en la nevera, recoger la ropa del tendedero y dejarla sobre la cama. Todo escrito con una caligrafía apurada, de último momento. Nada decía de ventilar la casa, por supuesto, para liberar aquel olor a fritanga que mantenía una constante lucha con el de la colonia Heno de Pravia.

<Tendrá que hacerlo él solo> pensó mientras sacaba un par de magdalenas del armario. Luego llenó un tazón con leche fría, se sentó a la mesa y engulló el desayuno en un santiamén, para salir cuanto antes. Dejó la taza en el fregadero, se vistió con lo primero que le vino a la mano y, cuando se disponía a irse, la sorprendió una voz ronca.

— ¿Dónde vas?

Fran salía de la habitación en pijama, desperezándose y tratando de apartar una lagaña rebelde que se le había hecho fuerte en el ojo derecho.

— A casa de Alba, ya os lo dije ayer por la noche. Necesito copiar unos apuntes que no pude coger ayer en clase. El profesor dicta tan rápido que…

Tartamudeó, se puso roja como una grana y evitó tropezar con la mirada de su padre, consciente de que su credibilidad se sostenía en el frágil equilibrio de una mesa de tres patas.

— Vuelve antes de que llegue tu madre.

Se tranquilizó un poco al comprobar que él no fraguaba sospechas y ofrecía un encogimiento de hombros por respuesta. Muda, asintió con la cabeza, sin mirarle, y se marchó apresurada. Le ardía la cara de vergüenza y su corazón latía a mil por minuto ante el temor de que su padre, finalmente, no comulgara con aquella rueda de molino. Era la primera vez que les ocultaba algo importante. Alguna que otra mentirijilla sí que les había colado: decirles que estaba estudiando cuando en realidad sólo escuchaba música, que compraba un bocadillo para comer en el recreo pero, o se atiborraba de bollería industrial o pasaba hambre para ahorrar ese poco dinero y gastarlo luego en lo que le viniera en gana. Mentiras piadosas todas ellas, nada importante, tonterías infantiles que a punto estaban de pasar a la historia. Sin embargo, a partir de ahora todo cambiaría, su vida llevaría otro ritmo: estudiaba en el Instituto y había conocido a un chico, pruebas más que suficientes de que se había hecho mayor. Porque…. ¿qué era sino hacerse mayor? Era eso, no podría ser otra cosa. Hacía la misma vida que su madre (¡horror!), que cualquier otro mayor (mucho mejor), en cierto sentido solamente: iba sola al instituto, comía sola, atesoraba secretos, se estaba enamorando... Por todo ello, sus padres deberían concederle potestad para dispones de la arrogancia suficiente como para tomar sus propias decisiones y pagar por ellas las consecuencias.

Lanzó un último vistazo al espejo del ascensor antes de salir a la calle y no le gustó lo que vio en él: la que la miraba parecía aterrorizada. Entonces, comenzaron a escocerle las mentiras, a pesarle los secretos y se asustó ante la repentina sensación de haberse lanzado tobogán abajo sin comprobar que la piscina estuviera llena (y fuera de agua). Pero… ¿qué podría hacer? ¿Qué ocurriría si lo contase? Que pondrían el grito en el cielo y la castigarían de por vida, nada más y nada menos. Imposible compartir ese secreto: lo de Román fracasaría si sus padres se enteraban. Estaba segura de que, si descubrían lo que se estaba cociendo en el chat de Tuenti, serían capaces de tirar el ordenador por la ventana y para nada servirían los ruegos. No quedaba más remedio que ocultarlo. Era necesario, aunque lamentable. Mejor sería poder hablar con ellos y decirles que había conocido a un chico en Internet y que quería maquillarse para sacar una fotografía, porque tarde o temprano él querría verle la cara y ella deseaba lucir guapa para cuando ese momento llegara; pero no podía contar con

ellos para ese menester, sencillamente porque su madre montaría en cólera si supiera que había iniciado un noviazgo por Internet.

< ¡Con lo que dice de los hombres! Ella, que anduvo por ahí dando tumbos en busca de uno con dinero y sólo consiguió que se rieran de ella. Hasta que logró embaucar a papá. Y ella, que ya estaba de vuelta de todo, supo enseguida que esa vez araba en terreno fértil> Reproducía en su mente lo que tantas veces había escuchado en boca de la abuela Estrella, cuyo principal placer en esta vida consistía en aguijonear a Rosa con crueldad, ya fuera en presencia o en ausencia. Cuando era niña, la abuela le había contado tantas veces la historia de Rosa y Fran como el cuento de la Cenicienta, o puede que incluso más

— Él sólo tuvo que dejarse llevar. “¿Quedamos para salir el sábado?”, preguntaba tu madre. “Sí”, contestaba tu padre. “¿A las once?” insistía tu madre. “Vale” respondía tu padre. “¿Nos casamos?” planteó tu madre un día, después de tres meses de relación. “Como tú quieras” concedió tu padre, usando ese gesto tan suyo de encogerse de hombros cuando no tiene las cosas muy claras.

— No creo que haya sido así. Tú no estabas con ellos, no puedes saberlo.

La historia sólo le resultó graciosa en tanto fue una niña pequeña. Después, dado que la sinceridad de Estrella arrasaba brutalmente su vida familiar y dolía como una estocada en pleno pecho, no tuvo reparos en recriminarle su mala lengua. Rosa no era santo de su devoción, pero era su madre, y no podía evitar sentir un pinchazo visceral cuando alguien la criticaba, aunque fuese la abuela.

Tales recriminaciones indujeron a Estrella a detestarla también a ella con soterrada animadversión. Se acabaron los besos, los arrumacos, los pocos regalos y demás. “De tal palo, tal astilla” murmuraba Estrella por lo bajo.

— ¡Anda que no! ¡A mi me lo contaba tu padre! ¡Y tu padre nunca miente! Las palabras de mi hijo fueron un cheque en blanco para que ella concertara día y hora con el cura del barrio, buscara un restaurante que le ofreciera precio asequible para el convite, comprara un vestido blanco,

¡habráse visto!, recargado de volantes y rematado con blondinas, y empezara a soñar con convertirse en princesa de su propio cuento y por un día. Él sólo tuvo que hacerse con un traje y acudir a la iglesia en el día y la hora estipulada, decir el sí quiero e ir a comer el banquete con los invitados.

Menos mal que Rosa tenía su propia versión, totalmente discordante con la de Estrella.

— ¿Qué haces aquí? ¿No habíamos quedado en chatear a las once?

Alba la recibió en pijama naranja salpicado de ositos verdes, despeinada, con los ojos medio pegados y sonrisa ortopédica.

— Necesito que me ayudes.

— ¿Qué ha pasado? ¿Problemas con Román? ¿Salió rana?

— ¡No es eso…! ¿Puedo pasar? Es que no quiero contártelo aquí, puede escuharnos tu madre.

— ¡Pasa anda, pasa! A saber qué misterio traes contigo. Últimamente…

La puerta de entrada se enfrentaba a la del salón, Alba entró allí y Nerea la siguió, decidida, hasta que momentáneamente la cegó el sol que entraba a raudales por los dos ventanales de aquel séptimo piso con vistas al campo abierto. Al contrario que Rosa, a Marta le gustaba recibir en su casa cuanta más luz mejor y eso, en invierno, se agradecía. Cuando consiguió habituarse a la luminaria, tomó asiento junto a Alba en un sofá solitario que había allá por el medio del salón, blanco como el resto de mobiliario y puertas. En aquella casa — de estilo minimalista, según ellas — no había peligro de tropezar con nada porque los muebles eran bien visibles: todos blancos y los mínimos imprescindibles. Y las paredes bien definidas: todas de color gris oscuro. El baño era el único sitio con licencia para quebrantar esas leyes, abarrotado de potingues a más no poder. Y todo eso envuelto en el permanente olor a aceite esencial de geranio que Marta esparcía por toda la casa sin reparar en gastos.

— Mejor vamos a mi habitación.

Alba cambió de idea nada más posar el culo en el sofá, se levantó como una exhalación y echó a correr hacia la habitación. Nerea la siguió. En el pasillo se cruzaron con Marta, que las miró extrañada, por la hora y porque casi se la llevan por delante.

— ¿Qué pasa chicas? ¿Me estoy perdiendo algo?

— No, nada, cosas nuestras.

— Ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que sea. Soy vuestra amiga…

Enfermera, divorciada y con cuarenta velas coronando su última tarta del cumpleaños, Marta pretendía ganar la batalla al tiempo a base de ataviarse y comportarse como una quinceañera, de tapar las patas de gallo bajo una gafas de sol de dimensiones astronómicas que usaba hiciera sol o no y de menear sin piedad una melena pelirroja con largo flequillo que ocultaba a la perfección las arrugas de la frente. A simple vista y de lejos daba el pego; en las distancias cortas, sin embargo, eran muchos los detalles que delataban su verdadera edad. Pero ella, incansable, contraatacaba vistiendo ropas dos tallas menores de lo debido, comportándose como si contara dos décadas menos y aparcando su papel de madre para convertirse en amiga. De hecho, había sido sonado el día en que Alba llegó al instituto sobresaltada. “¡Tía, no te imaginas lo que me ha pasado!” exclamó, acelerada y fuera de sí. “¿Qué?”, le preguntó Nerea, esperando algo muy, muy gordo, a juzgar por su cara de espanto. “Que tenía una solicitud de amistad en Tuenti, la abrí y… ¡era de mi madre! ¡Casi me da un patatús!” aclaró entre risas.

Se sentaron sobre la cama, sobre sábanas revueltas y aún calientes.

— A ver… ¿qué pasa para que te presentes a estas horas? Hasta donde yo sé, no habíamos quedado.

— Tampoco es tan pronto, son las diez y media de la mañana.

El pudor retrasaba la petición.

— ¿Vas a soltarlo ya, o seguimos hablando de la hora?

Enrojeció como solía ocurrirle cuando se veía obligada a mostrar algún tipo de deseo o sentimiento. Aisló un mechón de pelo y empezó a juguetear con él.

— Necesito que me maquilles y me hagas fotos, muchas fotos para que podamos escoger aquella en la que salga más guapa.

Alba parecía un Juez de la Inquisición: se había levantado de la cama y la miraba fijamente, de lado, seria, sospechando hasta del aire que respiraba, irreconocible en su nuevo papel.

— ¿Ya te ha pedido una foto?

— Aún no.

— ¿Entonces?

— Quiero tenerla, por si me la pide. Así se la pasaré en el momento y él creerá que siempre voy así de arreglada. Si tardo varios días en dársela, sabrá que me he maquillado y peinado para hacer esa foto, y no quiero que piense eso.

— ¿No te parece que vas demasiado deprisa con ese tío? ¡Por Dios! ¡Sólo le conoces del chat! Ni le has visto la cara y quieres adelantarte a enviarle una foto. ¡Estás loca, tía! No debes…

— ¿Vas a ayudarme o no? Si me ayudas, me quedo, sino me marcho ahora mismo. ¡No te aguanto, tía! ¡No sé qué mosca te ha picado!

Y se levantó bruscamente, dispuesta a marcharse. Alba la frenó cuando ya tenía la mano sobre el pomo de la puerta.

— ¡No te pongas así, tía! No hay para tanto.

— Ya te dije a lo que vine; si quieres ayudarme, bien, sino me marcho que tengo cosas mejores que hacer.

Alba rindió sus ejércitos asintiendo con la cabeza. ¿Para qué desinflarle las fantasías?

— Está bien, le pediré maquillaje y consejo a Marta, que estará en la cocina atiborrándose de café para despertar y de pastillas contra los radicales libres para combatir la edad.

Alba tampoco usaba el término “mamá” para referirse a su madre pero, en su caso, obedecía a exigencias de la propia Marta.

— ¡No le cuentes nada de esto!! ¡Ni se te ocurra!

— ¿Y qué le digo, entonces? Tengo que coger su maquillaje ¿recuerdas?

— Dile que sólo queremos hacer unas pruebas y que luego nos lavaremos la cara, pero ni una palabra de las fotos.

Había aprovechado la madrugada en vela para prever posibles impedimentos mayores y contrariedades menores, buscar adecuadas soluciones y tejer argumentos medianamente exculpatorios. Que Alba quisiera inmiscuir a Marta en el asunto era, de todos los contratiempos, el más previsible y, por tanto, uno de los primeros problemas que había resuelto de antemano.

— Vale, lo intento pero no te garantizo que no venga a meter aquí las narices.

Alba se encogió de hombros y salió de la habitación meneando la cabeza. Aquel pijama amplio fulminaba su acentuada cintura; y el pelo, despeinado y recogido con una pinza, restaba brillo a su look “dorado”. Nerea entreabrió la puerta y agudizó el oído para intentar captar lo que hablaban allá por la cocina. No lo consiguió porque se interponía un largo pasillo con dos habitaciones y un baño al lado izquierdo. En todo caso, la conversación fue corta y Alba regresó al minuto portando un florido neceser bien nutrido de sombras de ojos, colorete, barras de labios y rimel, de todos los colores habidos y por haber.

— ¡Manos a la obra!

— ¿Dónde me pongo?

Nerea estaba nerviosa y no tenía más estabilidad que un flan.

— ¡Siéntate en el borde de la cama y estate quieta!

Alba cambiaba más que el tiempo: primero le había echado el responso y después parecía entusiasmada con el asunto. No había quien la entendiera.

— Yo creo que te favorece el rosa. ¡No, no, no! Con labios rosa pareces una muerta. ¡Vamos a probar con este rojo! No es ni demasiado vivo ni demasiado apagado. ¡Me gusta! ¡No, mejor el fucsia! Tiene más fuerza que el rosa pero menos que el rojo.

Probó un color en el pálido rostro de Nerea, luego la limpió con papel de cocina y con rudeza, volvió a intentar con otro, otra vez a frotar, mejor el anterior, no que vá, ese te queda mal, mejor el otro, y así durante una larga hora, por lo menos. Le dolía la cara de tanta prueba. Embadurnar y luego retirar, y vuelta a empezar. Seguían en la habitación, Marta había acaparado el baño, no había espejo donde comprobar resultados, tendría que confiar en su criterio.

— ¡Ya está! ¡Lo veo claro! Esta base es la que mejor te queda. — resolvió, mostrándole un tubo de maquillaje medio gastado.

— ¿No será muy oscuro? Yo no soy tan morena.

— ¡Tú confía en mí, que de esto sé mucho más!

Con sólo dos horas ya aseguraba tener práctica suficiente para llevar aquel barco de indecisiones a buen puerto. Nerea cruzó los dedos, conocedora de que la otra no tenía ni idea de maquillar, de que le estaba vendiendo la moto y, ya en el empeño, también el sidecar; pero no tenía a nadie más a quien acudir clamando ayuda.

— En los labios pondremos esto, para darles realce. Colorete rosa en las mejillas, rimel negro en pestañas, raya negra también. ¿Qué te parece?

Nerea asintió. Estaba agotada y cualquier propuesta daría por buena con tal de terminar pronto.

— ¡Manos a la obra!

Nerea tembló. El “manos a la obra” vino a la par que echaba mano del rollo de papel de cocina para retirar la capa de la prueba anterior. Alba, en cambio, estaba incombustible, tan entusiasmada que ni siquiera había mencionado a Román, causante indirecto de tanto trabajo extra.

Progresivamente, con cada brochazo, la mirada de Nerea iba perdiendo inocencia bajo el excesivo cerco de khol negro que Alba aplicaba con más

bien poca destreza. Se le fue la mano también con el colorete y, para rematar la faena, le pintarrajeó los labios con un llamativo carmín.

— ¡Tía, estás impresionante! ¡Ven a comprobarlo en el espejo del baño!

— ¿No estaba tu madre allí?

— Marta ya se ha ido, seguro.

La condujo de la mano hasta el cuarto de baño, donde la empujó hacia el espejo sin la menor piedad porque Nerea, temerosa del resultado, reculaba como las mulas. Allí le expuso su obra. Alba no cabía en sí de orgullo: apretaba la boca, sonreía con la mirada, meneaba la cabeza, esperaba un reconocimiento que no terminaba de llegar porque Nerea no se reconocía en aquella muñeca pepona con boca de fresa y ojos de oso panda que la miraba desconcertada. No sabía si estaba bien o mal, sólo que aquella que tenía enfrente no era ella, sino una desconocida que le evocaba a Rosa, su madre. Apartó la mirada inmediatamente: por nada del mundo querría parecerse a Rosa.

— ¿No te gusta, tía? ¡Pero si estás guapísima!

— Me veo rara.

— ¡Claro! ¡Es la primera vez que te maquillas! Que te veas rara es lo más normal del mundo, pero el cambio te favorece mogollón. Se te ve más mayor, más femenina, más moderna…

Nerea la creyó sin oponer demasiada resistencia. Ansiando que las palabras de su amiga fueran ciertas, otorgó su beneplácito con una breve sonrisa. Así debía ser, justo lo que buscaba, un cambio de imagen radical: atrevida, moderna y sofisticada a la vez.

— Y ahora… ¡a las fotos!

Otra vez a la habitación. Sobre el pupitre, blanco por supuesto, descansaba el Iphone de carcasa naranja, regalo de su padre y objeto fetiche en la vida de Alba: lo portaba en la mano, bien visible, cuando iba por la calle, lo exponía sobre el pupitre en el Instituto y estaba presente en su conversación a poco que la oportunidad se presentara. “El Iphone es una

pasada, saca fotos de puta madre, no da problemas, siempre tiene cobertura…” era su frase más común, al menos hasta que apareció Román.

— ¡Qué haría yo sin el Iphone! — exclamó nada más entrar de nuevo en la habitación.

<Otra vez está con lo mismo, puto Iphone de las narices siempre restregándomelo por la cara, Román, menos mal que tengo a Román. Es horroroso así en naranja, no habría otro color sino el naranja, negro o azul marino mucho mejor, parece estar abonada al naranja, qué manía con enseñar el Iphone a todo el mundo, como si no hubiera otras cosas. Román. Román, las fotos, a ver si salen, dichoso Iphone…> La mente de Nerea batía ideas a unas mil revoluciones.

— ¿En qué piensas, tía? ¡Vamos! ¡Ya está el Iphone esperando!

Nerea intentó amagar una leve sonrisa. No le salió. Se sentó sobre la cama y Alba comenzó a disparar flashes.

De la sesión salieron más de cien instantáneas: de frente, lateral, riendo a boca llena, ensayando una semi-sonrisa que pretendía emular a la Gioconda — por aquello de que ambas tenían el pelo liso y negro — pero se quedaba en simple mueca, con la mirada perdida en algunas, fija en algún punto en otras y convertida en una extraña en todas ellas.

Asimismo, Alba disponía de Ipad, también regalo de un padre que compraba cariño en tiendas de la manzana. Lo utilizaron para revisar la colección de fotos.

Tras media hora de dudas variadas y complicados descartes, entre varias finalistas y por unanimidad, se decantaron por una de perfil en la que la modelo posaba esbozando una media sonrisa y mirando de soslayo.

— Esta es la mejor, tía. Además, no se te ve la verruga de la barbilla.

— ¡Tienes razón ¡Pues ya está! ¡Ahora sólo quedaba que él me la pida! — exclamó, alzando los puños al aire en señal de triunfo.

— También puedes colgarla tú en Tuenti, sin esperar a que él te la pida, así la verá igualmente.

— Prefiero esperar.

— De todas formas, debes ir con cuidado con ese tío. Yo te veo muy lanzada…

En ese momento la mirada de Alba reflejaba preocupación. La había cogido de la mano y le estaba hablando muy en serio.

<Envidia pura y dura, no hay Iphone ni Ipad pero hay Román> pensó Nerea.

— ¡Envidiosa! — exclamó después, en tono jocoso para disfrazar sus verdaderos pensamientos.

— No es envidia, te lo juro. ¡Estoy preocupada tía! Todo esto es muy pero que muy raro.

<Claro, muy raro que un tío se fije en mí, que quiera hablarme, y que ese tío sea Román, con dinero y de cuarto nada menos, envidia pura y dura, qué mala es la envidia. Si se hubiera fijado en ti, entonces no sería nada raro, claro, porque eres tú, ja ja>

Sonrió, segura de que lo que corroía a Alba eran los celos y no la preocupación. Tendría que salir de allí lo antes posible. No podría soportar ni un segundo más aquella mirada, posada en su cara, escudriñando en cada uno de sus gestos. Además, se habían demorado demasiado en los ensayos y se le había hecho tarde. Rosa estaría a punto de regresar y se ganaría una bronca gratis si no la encontraba en casa. Rescató la cazadora de entre el revoltijo de ropa blanca de cama.

— Mándamelas a mi correo ¿vale?

— A cambio de que me mantengas al corriente de todo lo que pase entre el tío ese y tú. ¿Me lo prometes?

— Prometido. ¡Ah! ¡Casi se me olvida lavarme la cara! ¡Si mis padres me ven aparecer con esta pinta, me matan!

Antes de salir hacia el cuarto de baño, Alba entreabrió la puerta de la habitación por si Marta andaba pululando por los alrededores. Sacó la cabeza al pasillo, miró hacia un lado y hacia el otro, y volvió a recogerla para dentro de la habitación.

— Puedes pasar al baño, no hay moros en la costa. Se habrá pirado con alguna de sus citas.

— ¡¿Tiene citas a estas horas?!

— Con esta nunca se sabe. A lo mejor estuvo chateando con algún tío ayer por la noche y decidieron quedar esta misma mañana.

Desde su divorcio, Marta combatía la soledad en páginas Web de esas que prometen amor en un solo "clic". Había elegido la página entre docenas y al azar; luego, sin escatimar en exageraciones, invirtió el tiempo necesario en confeccionar un perfil que incluyera aquellos rasgos suyos que consideraba más interesantes; con premeditación agregó también una fotografía con al menos cinco años de antigüedad, en la que sonreía con cautela mientras mostraba un escote demasiado pronunciado y un canalillo más que provocativo.

Los candidatos aparecieron por docenas, embalados, dispuestos a acortar trámites, rendidos a los encantos de aquella fotografía que prometía un tórrido encuentro. Y Marta, que a sus cuarenta bien llevados no estaba para perder el tiempo, fijaba la primera cita tras media hora de chat.

Como una maldición que se repetía, el encuentro (casi siempre para tomar café en algún bar cercano a su domicilio) nunca satisfacía sus expectativas y solía regresar a la media hora, sola y decepcionada. Cada candidato traía consigo su motivo de frustración como regalo para Marta, envuelto en sonrisas falsas y mentiras a contar por docenas. Muy a menudo cualquier parecido entre las fotografías que el susodicho le había enviado y la realidad era pura coincidencia, en ocasiones eran más bajos de lo que referían en el perfil, a menudo pecaban de viejos, menos frecuentemente de demasiado jóvenes, también los había que proponían cama en esa primera cita, hiriendo su orgullo femenino. Pero, a pesar de las adversidades, ella no cesaba en su empeño de practicar la pesca hasta encontrar al hombre de su vida dentro de la red.

— Un día bajaré al bar de la esquina y allí estará esperándome mi príncipe azul, guapo, alto, con un buen empleo, simpático, culto, cariñoso…

Después de tantos fiascos aún se enfrentaba al futuro con optimismo.

— Sí, Marta, no me cabe duda. — animaba su hija mientras la miraba, con tristeza unas veces y con sorna otras.

Marta, sin atreverse a reconocerlo, ya había encontrado y perdido al hombre de su vida: Juan, el padre de su única hija. Lo había encontrado en el Instituto, en el pupitre de al lado; y lo había ido perdiendo poco a poco, a lo largo de diez años de convivencia y a base de aburrirle con conversaciones tontas, injustificables escenas de celos, peloteras delante de familiares y amigos, y exigencias imposibles. El transcurso del tiempo, implacable, fue cubriendo a Juan con un velo de orgullo cada vez más tupido e infranqueable para protegerse contra los ataques de su mujer; y llegó el día en que ni siquiera esos ataques consiguieron llegar hasta él. Ese día la dejó.

Alba le echó de menos durante un tiempo más bien corto. Su infancia, como un escudo protector, la parapetaba de los buenos y malos recuerdos de aquellos años en los que había tenido una familia, centró su atención en asuntos más inmediatos y la vida continuó. La adolescencia, en cambio, la sorprendió sola y cansada de ser la sensata de la casa con sólo catorce años. La volátil infancia ya no la protegía y se vio obligada a buscar otros recursos; así aprendió a cubrir de ironía sus sinsabores, a reír a carcajadas aunque procediera llorar y a pasar de todo. Y ahora, cuando ya lo tenía todo controlado, había saltado la liebre donde menos esperaba: su amiga, su única amiga, que en esos momentos se restregaba la cara con agua y jabón hasta que no quedase ni rastro de maquillaje, había encontrado la felicidad sin comerlo ni beberlo. ¿Y ella? ¿Es que no había nada para ella? Si Nerea se echaba novio, comenzaría a salir con él y ella se quedaría sola. Y no podría soportar la soledad que respiraba en su propia casa, con Marta centrada en sus propios asuntos y un padre que se había ido a vivir a Granada (¡nada menos!), al que veía quince días durante las vacaciones de verano, tres días en Navidad y otros tres en Semana Santa. Muy poco tiempo y en periodos excesivamente distanciados, en los que ambos se encontraban demasiado extraños como para contarse intimidades. < ¡Ojalá yo tuviera a alguien al otro lado de la red para contarle mis cosas!> pensaba, mientras observaba cómo Nerea se secaba la cara con una toalla.

— ¿Quedamos esta tarde?

— No puedo. Ya sabes que los sábados vamos al centro comercial. Trataré de librarme pero, a cambio, me exigirán que me quede en casa estudiando.

— ¿Y mañana?

— A ver si puedo por la tarde. Por la mañana tengo que colaborar en la limpieza general.

— ¡Jo, tía! ¡Qué rollo!

— Claro, tus padres ganan buenos sueldos y os podéis permitir pagar a una asistenta, pero nosotros no.

— ¡No te pongas así! Podemos quedar por la tarde para ir al cine ¿vale?

Nerea dudó antes de responder porque no sabía cómo se presentaría el panorama en casa. Últimamente, Rosa andaba malhumorada porque se le había negado la compra del comedor.

— Ya sabes que sólo me dejan una vez al mes…

— Pero este mes aún no hemos ido.

— Si puedo ir, te mando un Tuenti y concretamos la hora.

— ¿Quedamos así, entonces?

— ¡Vale! Y tú mándame las fotos ¿OK?

— No te preocupes, estarán en tu ordenador antes de que se conecte Romeo.

— Román. — aclaró Nerea, harta de tanta mofa.

— Ah, sí Román, perdona

Alba sonrió. Su peculiar ironía aportaba un punto de picardía a su cara aún inocente y, en general, solía gustar a la gente; pero a Nerea le encrespaba los nervios porque era continua, no daba tregua, siempre estaba con lo mismo: poniendo la guinda sobre el pastel para hacerse la graciosa.

Rumbo a casa, al fin. El pasillo gris adornado con escayolas en blanco aquí y allá le oprimió el pecho durante el recorrido. Necesitaba dejarlo

atrás, salir de aquella casa donde todo eran preguntas, desconfianza y afirmaciones con segundas intenciones. Precisaba refugiarse en su propia casa. Allí nada sabían y por consiguiente no harían preguntas. Su padre estaría enfrascado en la cocina, con la encimera a tope de cacharros y el delantal a punto de meterse solito en la lavadora por no poder aguantar más manchas de tomate, aceite y demás. Era cierto que Fran ponía todo de su parte entre los fogones, pero no se le daba bien, nada bien. Tampoco tenía término medio y cuanto guisaba quedaba torrado o medio crudo, pero jamás en su punto. ¡Menos mal que sólo cocinaba los sábados! “Eso son cosas de mujeres, si te hubieras casado con una como Dios manda, no tendrías que cocinar tú” apostillaba la abuela Estrella cuando venía de visita y lo pillaba en la cocina con las manos en la masa.

Entró sigilosa y sonrió al ver que la estampa era ni más ni menos que la prevista: el olor a quemado se había adueñado de la casa, por la ventana de la cocina aún escapaba el humo, la encimera a punto de sucumbir bajo el peso de todos los cacharros que había en la casa y su padre sudando la gota gorda.

— ¡Ya estaba pensando que no llegarías antes que tu madre! Mira que me echa la bronca si sabe que te dejo salir por ahí cuando deberías estar estudiando. Porque sabes que luego, por la tarde, iremos a hacer la compra y que mañana por la mañana hay trabajo. De todo el fin de semana, sólo tienes el sábado por la mañana. — explicó su padre, limpiándose el sudor de la frente con la mano y luego ésta en el delantal.

— ¿Y los domingos por la tarde?

— Si, bueno, también. Pero los domingos por la tarde hay que preparar las cosas para el día siguiente y acostarse pronto.

— ¿Podría quedarme en casa esta tarde? No me necesitáis para hacer la compra.

— Sabes que a tu madre le gusta que vayamos los tres.

— Es que… como tuve que ir a copiar unos apuntes, no pude estudiar por la mañana, así que sólo me queda la tarde. Además, mañana quería ir al cine con Alba.

— ¿No fuisteis hace quince días?

— Si pero era el mes pasado y hemos quedado en que podemos ir una vez al mes. Y este mes, el de octubre, todavía no hemos ido.

— Tendrás que comentárselo a tu madre.

Por nada del mundo se atrevería a resolver sin previa consulta con Rosa, aún a sabiendas de que los acuerdos de ambos jamás coincidirían, hecho constatado a lo largo de quince años de matrimonio: cualquier decisión tomada por él chocaría de frente con lo que ella pensaba en el preciso momento de plantearle la cuestión, fuera el momento que fuera y fuera la cuestión que fuera. Si le concedía permiso a Nerea para ir al cine, ella pondría el grito en el cielo diciendo: "¡No sabes imponerte! ¡Hace sólo quince días que fueron al cine!". Si, por el contrario, le prohibía ir, ella igualmente replicaría: "¡No sabes mantener tu palabra! ¡Le dijimos que podía ir una vez al mes y este mes todavía no fueron, así que hay que darle permiso!". El caso era discutir y dejar en entredicho su autoridad de padre.

Nerea asintió en silencio y sonrió: de antemano conocía la respuesta de su padre. Pero igualmente había planteado la cuestión, simplemente porque no le gustaba hablar con Rosa, y menos aún si era para pedirle algún tipo de permiso o favor. Prefería que fuese él quien le transmitiese sus deseos porque Rosa siempre encontraba algún impedimento, se contradecía continuamente y la sacaba de quicio. Si le pedía quedar en casa estudiando en vez de acompañarles al centro comercial decía: "¡Haber estudiado por la mañana! O haberlo hecho el viernes por la tarde. Te viene bien venir al centro comercial porque así te vas dando cuenta de lo que cuestan las cosas, de lo cara que está la vida". Sin embargo, en caso de que le apeteciera ir al centro comercial y dejar los estudios para más adelante, entonces sacaba otra versión de la manga: "a tu edad es más importante estudiar, así no acabarás trabajando como una burra, como yo, entre ignorantes que no saben más que reponer leche en las estanterías".

— ¿Y no podrías hacerlo tú? Ya sabes cómo se pone.

— Está bien… ya se lo comento yo. — accedió Fran, mientras, con gesto cariñoso, extendía la mano para apartarle el flequillo hacia un lado de la frente.

— Gracias, papá. — contestó con una sonrisa —. Voy a hacer unos deberes de lengua que aún tengo pendientes.

— Pronto estará lista la comida y tu madre no creo que tarde en llegar.

Miró el reloj: eran casi las dos de la tarde.

— Terminaré en veinte minutos, más o menos.

— Está bien. Ve tranquila. Te aviso cuando esté la mesa puesta.

Sonrió de nuevo. Su padre, en el fondo, era un cacho de pan.

Rosa hizo su entrada triunfal a las dos y media pasadas. Para sorpresa de todos, venía contenta. A eso de las tres menos veinte se reunieron entorno a la mesa y rompió el silencio para explicarles el motivo de su buen humor.

— ¡Me han propuesto dejar la caja y trabajar en la pescadería, en turno de mañanas! ¡Si vierais cómo me miraban las otras, que llevan más tiempo que yo y allí siguen, sin que nadie les ofrezca nada!

< ¡Claro! ¡Cómo no! ¡Qué gran chollo trabajar de pescadera! Y lo dice como si le ofrecieran el puesto de dirección. ¡Esto es increíble!> pensaba Nerea, a punto de soltar una carcajada.

— Pues sería mejor que aceptases, así la niña no tendría que estar sola en casa toda la tarde

Nerea dio un salto imperceptible, se truncó la risa mental. ¡No había caído en eso! Si Rosa aceptaba el puesto de las mañanas la tendría en casa todas las tardes, controlándola, porque se aburriría y no haría más que dar la lata. Solo de pensarlo, le salía urticaria.

— Tener la tarde libre estaría muy bien, pero no creo que pueda soportar el olor a pescado, que no hay quien lo quite de encima. ¡Por más que te laves no desaparece! Después vas por la calle oliendo a pescado y todo el mundo te mira.

— ¡Eso es verdad! ¡Y con lo asqueroso que es el olor del pescado!

Nerea intervino inmediatamente. Había detectado que uno de los flancos se tambaleaba y decidió atacar por allí hasta ver. Rosa la miró, extrañada: no era normal que opinase y menos con semejante ímpetu.

— Tienes que pensar en tu hija porque el olor del pescado se quita con una buena ducha.

Su padre era un sol, pero estaba metiendo la pata hasta el fondo. Nerea miró a Rosa, negó con la cabeza y arrugó la nariz. Rosa dudaba, no parecía muy convencida de que un olor tan fuerte y desagradable se retirara tan fácilmente, tampoco de que su presencia en casa por las tardes fuese en realidad tan importante. Decidió dejar el asunto en espera, a barbecho. Decidida, probó la crema de calabacín y la reacción no se hizo esperar: nariz arrugada y sacudida de cabeza. Cara de asco en definitiva. Sabía a torrado. Apretó la boca para no echarla fuera. Tragó. Dejó la cuchara en el plato. Retomó el asunto, con mucha más garra y mala leche que antes.

— ¿Y quien va a preparar la comida para mediodía? ¡Esto no hay quien lo trague! ¡Menos mal que sólo cocinas los sábados! ¿Y la limpieza? Tú piensas que esas cosas no dan trabajo, que sólo hay que coger la barita mágica y ¡hala! por arte de magia aparece la comida en la olla y la casa limpia. Además, tampoco podemos prescindir del dinero que gano limpiando en casa de Doña Lourdes.

Rosa miraba a su marido con desprecio. Nerea volvía a sonreír para sus adentros: la batalla estaba ganada.

— ¡Que no mujer, que nooooo! Pero puedes hacerlo por las tardes y, quizá, podamos apañarnos sin los doscientos euros que ganas en casa de Doña Lourdes, sólo es cuestión de apretar un poco más el cinturón, y tú estarás más descansada.

— ¡Sí, claro! ¡Por las mañanas trabajo como una burra en la pescadería y por las tardes hago todo lo de casa! ¡Ay! ¿Por qué no me habré casado con un hombre como Dios manda? Con un sueldo decente y un inteligencia normal.

Lo que había salido de su boca era un chorro de amargura, vertido sin razón. Y Fran, en el último momento, consiguió acallar la frase de desprecio que venía directa hacia su boca, como un misil. Como pudo se

tragó unas palabras tan amargas como la crema de calabacín, luego bajó la mirada, avergonzado y harto de escuchar los mismos reproches cada dos por tres. Siguieron unos interminables minutos de mutismo, después Rosa comunicó su determinación.

— ¡Me quedo como estoy! La niña ya es mayor y puede estar sola en casa.

No hubo respuesta por parte de Fran. Nerea respiró hondo, de buena se había librado.

— ¿Puedo quedarme esta tarde en casa, estudiando?

— ¿Y qué has hecho durante toda la mañana?

— Tuve que ir a casa de Alba para copiar unos apuntes.

— ¡Vale, anda, siempre estáis con lo mismo! — aceptó, sin aparcar ese gesto amargado y despectivo que la acompañaba a todas horas y en todas las circunstancias.

Fran estaba enfadado. Apuró la comida, lavó su plato y se retiró como un alma renqueante y sin decir palabra, supuestamente para ver su programa de televisión favorito: el Telediario. A golpe de reproches se estaba convirtiendo en un hombre sabio: dueño de sus silencios y esclavo de sus palabras. Nerea también recogió su plato, lo dejó en el fregadero y después se replegó hacia su habitación, con rapidez y sigilo, esperando una reprimenda por no haberlo lavado y recogido. Extrañamente, el responso no llegó; quizá Rosa ya había tenido suficiente ración por ese día y había decidido concederles una tregua. Quizá.

Atravesó el tufo a calabacín quemado que flotaba por el pasillo y se encerró en su cuarto con la intención de alternar música con deberes. Rosa quedaba sola, tomaría café, recogería toda la cacharrería que había desperdigada sobre la encimera, y tal vez reflexionaría sobre los últimos acontecimientos, quizá para cambiar su curso, acaso para seguir igual.

Fue para seguir igual: a eso de las cinco de la tarde se reanudó la discusión con voces que limpiamente traspasaban paredes para llegar nítidas a la habitación donde Nerea intentaba estudiar. La fuente de conflictos era la lista de la compra.

— ¿Para qué apuntas agua embotellada?

— ¡Porque la del grifo no hay quien la trague! — gritó Rosa.

— ¡Pues no sabe tan mal! — contraatacó Fran.

— ¡Lo dirás tú! ¡Sabe a lejía pura!

— ¿Y para qué tanto fiambre? Luego se pierde y hay que tirarlo. Sabes que no aguanta una semana.

— ¡Porque me da la gana!

Las interminables reprimendas saltaban con cada vitualla que ella añadía a la lista. La verdad: Fran era bastante tacaño y siempre le parecía que gastaban demasiado.

— Tú no quieres comprar, pero después para comer te apuntas el primero y no se te llena el estómago con poca cosa. — arremetió Rosa, como contragolpe para cerrarle la boca.

La tarde de los sábados había sido señalada como momento idóneo y único posible para reponer la despensa. Habitualmente iban al centro comercial Parque Principado, en familia, como quien va a misa, y allí llenaban el carro hasta el nivel que el bolsillo permitiera. No obstante, la tarea requería cierta previsión para evitar el despilfarro y por ese motivo confeccionaban una relación de provisiones imprescindibles y procuraban atenerse estrictamente a ella. Y, dado que toda norma dispone de vigilantes encargados de hacerla cumplir, esta también: cada uno de ellos controlaba que el otro no fuera a cometer un ataque irreparable contra el reducido presupuesto mensual.

Sin embargo, como por acuerdo tácito, Fran callaba al respecto de los cosméticos que Rosa hurtaba en el supermercado y traía a casa ocultos en los bolsillos de aquella enorme chaqueta que parecía haber sido diseñada para los efectos: de lana en color negro, tan amplia y larga que podría albergar un cuerpo de cien kilos y metro noventa. La vestía cada sábado: en invierno para protegerse del frío, en verano para evitar resfriados provocados por el aire acondicionado del centro comercial, justificaba ella. Una vez allí, retrasaba la sisa hasta el último momento. Lo primero era lo primero: llenar el carro legalmente y con lo necesario. Luego, nerviosa y

algo colorada, se iba acercando a su objetivo. Tenía experiencia, pero el lance siempre conseguía que le bailara un gusanillo en el estómago: ojos que todo lo veían y varias cámaras protegían al objetivo, que era cambiante, como cambiantes son las necesidades. Se iba acercando y, en cuanto observaba una multitud de tres o cuatro personas entorno al blanco de aquel sábado, se colaba en medio como una lombriz. Una vez allí, protegida entre la gente, tomaba con la mano derecha el cosmético en cuestión y comenzaba a darle vueltas, como si pretendiese aprender de memoria la lista de componentes; luego cogía otro igual con la mano izquierda y ¡zas! introducía el primero rápidamente en el bolsillo de la chaqueta mientras el segundo pasaba a la mano derecha en un visto y no visto.

Hasta la fecha, la rapidez en el juego de manos había conseguido despistar a las cámaras; pero no a Fran que, abochornado, se alejaba unos pasos del lugar para que no le relacionaran con ella, caso de descubrirla algún vigilante de seguridad; y mataba los interminables minutos que duraba la rapiña haciendo como que no se daba cuenta de nada, o intentaba entretenerse ojeando los productos de afeitado, seguro de que su mujer también proveería de eso para luego mentirle asegurando que los había comprado en alguna droguería del barrio. El embuste, en realidad, no era tal. Sobradamente sabía Rosa que, en tanto ella actuaba, su marido permanecía vigilante para sacarla de allí inmediatamente, caso de que algún vigilante de seguridad se dirigiera al lugar. No había engaños entre ellos, ni siquiera sin palabras. Nerea, en cambio, enrojecía como un pimiento morrón cada vez que presenciaba o recordaba tan deshonrosa ratería.

“Tanta paz lleven como descanso dejan” era una frase acuñada por la abuela Aurora para despedir a alguna que otra amiga pesada, que a Nerea le vino que ni pintada para expresar ese día cuando, a las cinco y media de la tarde, cerraron la puerta por fuera. Seguramente, la discusión continuaría en el ascensor, garaje, durante el trayecto y también dentro del centro comercial. Irían a hacer la compra al Parque Principado, como siempre. Rosa trabajaba en Alimerka, pero se negaba a comprar allí. “No pienso dar ni un duro de ganancia a esos desgraciados, que ya me explotan bastante.” justificaba.

Tras el alboroto, el silencio invadió la casa con fuerza. Nerea sintió que el espacio le pertenecía por completo y se quedó relativamente a gusto; relativamente, porque no conseguía desprenderse del todo de aquella especie de desasosiego que últimamente no la abandonaba a sol ni a sombra. Hacía tiempo que venía notando su presencia, pero no había conseguido identificar su origen hasta hacía apenas dos días: cuando Román apareció en su vida. Y las disputas de sus padres actuaban como un perfecto estimulante de aquel desasosiego que otros, simplemente, llamaban soledad. Al menos ellos se tenían uno al otro para discutir. Ella ni eso tenía.

< ¿Por qué no le habré dicho que se conecte hoy? Sólo hace veinticuatro horas que no chateamos y ya le echo de menos. ¡Qué tontería! ¡Si en realidad sólo hemos hablado dos veces! > pensó, sonriendo.

Miró el ordenador: era el camino hacia él. Se conectó a Tuenti. Él no estaba. Se sintió más sola que nunca.

< ¿Por qué soy tan idiota? El lunes volverá. ¿Y si no vuelve?>

La invadió un mar de soledad. Ya no se imaginaba su vida ni su futuro sin él.

<¡Será posible! ¡Soy una imbécil! No le conozco y sólo hemos hablado dos veces. >

Mejor sería centrar la atención en el libro, pero continuaría conectada a Tuenti, por si acaso.

Nada en toda la tarde. Le había dicho que el lunes a la tres y parecía dispuesto a respetar estrictamente lo acordado. Habría que esperar al lunes a las tres, no quedaba más remedio. Las horas se harían eternas.

A las ocho regresaron, silenciosos, sin hablarse, sin tan siquiera mirarse. Se notaba que la discusión había alcanzado palabras mayores y probablemente pasarían horas o incluso días sin dirigirse la palabra, como ya había ocurrido otras veces. El fin de semana seguiría su rumbo: noche de sábado frente al televisor, domingo de limpieza general, tarde de domingo para ir al cine con Alba. La mañana del lunes pasaría lenta y… ¡al fin! llegarían las tres de la tarde.

El domingo llegó el otoño. Allí estaba cuando se levantaron, a eso de las diez de la mañana. Al abrir las ventanas les recibió un día gris, espeso y frío; era un día de esos que te bajan la moral, que sabes que no aportarán nada nuevo y que pasarán sin pena ni gloria pero con grandes dosis de aburrimiento.

A las once en punto comenzó la vorágine: desapareció la alfombra del salón, rugía la aspiradora, el olor a amoniaco se apoderó del baño, el polvo salía espantado por las ventanas abiertas, hacía un frío que pelaba y Rosa estaba insoportable, harta de tanto trabajar, cansada de ser pobre y aburrida de vivir.

A las dos de la tarde la casa era otra: los cristales parecían inexistentes de puro limpio, brillaban los muebles y el suelo, relucía el baño, habían conseguido espantar el permanente olor a rancio y pasaron a la cocina para preparar la comida de ese día y del siguiente.

A las dos y diez sonó el teléfono.

— ¿Qué os pasa? ¡Llamé tres veces y no lo cogisteis!

Alba exhibía un humor de perros.

— ¡No lo oí tía! Mi padre estaba con la aspiradora.

— No puedo ir al cine. Estoy en la cama, no aguanto este dolor de barriga.

— ¿La regla?

— ¿Quién sino? ¿Qué vas a hacer?

— Aburrirme como una ostra.

OceanofPDF.com

V

— Te he echado mucho de menos. Pensé en ti cada segundo de cada minuto de cada hora de este largo fin de semana.

Confesaba Román en el primer mensaje del lunes

A ella le dio un vuelco en el corazón mientras lo estaba leyendo, absorta en aquellas líneas escritas y en la voz que intuía en ellas. Aquella frase era como una inyección de alegría después de un domingo de aburrimiento y de una mañana de lunes en la que la nota de distinción la había puesto el examen de Naturales. Se puso contenta. Sentía que flotaba, que la silla en la que estaba sentada se levantaba del suelo y que ambas, unidas por las posaderas, volaban por la habitación, ajenas a la ley de la gravedad.

Cuando aterrizaron de nuevo frente al ordenador, cayó también en la cuenta de que el hecho de haber recibido tan maravilloso y romántico mensaje traía consigo un grave problema para una inexperta en amores como ella: que debía corresponder con una respuesta coherente. Pero… ¿qué decir? Sólo sabía del tema lo que había visto en las series de televisión y no quería copiar frases hechas, pero tampoco se atrevía a innovar porque temía resultar demasiado cursi. Por otra parte, Alba le había aconsejado que se hiciera la dura, que bajo ningún concepto debía parecer ansiosa por noticias ni por acelerar la relación. ¡Pero era tan difícil! Se sentía completamente identificada con lo que él había plasmado en el mensaje pero incapaz de darle respuesta y mucho menos de comprimir todos sus sentimientos en dos líneas. Ella también había pasado todo el fin de semana contando las horas, los minutos y los segundos que faltaban para las tres de la tarde del lunes, pero no procedía repetir lo mismo porque eso ya lo había dicho él. Dudó y volvió a dudar. Escribió, borró y volvió a escribir. No servía nada de cuanto se le ocurría: no veía sus sentimientos identificados en aquellas líneas. Volvió a borrar.

— ¿Sigues ahí?

Tendría que responder pronto o él se desconectaría y acto seguido ella se moriría porque no podría soportar otras veinticuatro horas de espera y aburrimiento. Optaría por acatar los consejos de Alba, que de eso sabía mucho más, aunque sólo fuera por las confidencias que su “madre-amiga” compartía con ella. Aunque de buena gana hubiera soltado un “yo también, me moría de ganas de hablar contigo, contaba los segundos que faltaban y nunca llegaba el momento, era como si el tiempo se hubiera detenido para fastidiarme”. Esa sería la respuesta correcta. En cuestión de sentimientos, el corazón dicta mejor que la razón.

— ¿Q tl pasast el finde?

La frase se le antojó rara, cuando menos: había salido por los cerros de Úbeda, obviando el romanticismo que él derrochaba. Temió dinamitar su pasión a fuerza de silencios y evasivas. <Esperemos que las lecciones de Alba surtan efecto, que sino….> dudó.

*— Aburrido, como siempre; salvo el sábado por la mañana, que salí a montar a caballo por la finc*a.

¡Tiene caballo y finca! ¡Es rico!, gritó en silencio. Exaltada, se levantó de la silla y fue hasta la puerta de la habitación. No supo que había ido a hacer allí. Regresó sin hacer nada. De nuevo tomó asiento. Sujetó la cabeza con ambas manos, como si temiese que también saliese volando, como sus pensamientos. Navegaba en un mar revuelto. Por un lado sentía alegría, quizá estuviera sólo a un paso de conseguir todo aquello con lo que Rosa tanto había soñado: salir con un hombre rico. Por otro lado temía no estar a la altura de las circunstancias: con los datos que ya conocía era seguro que el ambiente en el que él se movía nada tenía que ver con el suyo, hija de obreros con escasos recursos económicos.

— ¡Q suert pdr montr a kballo!

Demasiado tarde tomó conciencia de la estupidez que había dado como respuesta: la tontería que había escrito ya había atravesado el espacio cibernético que les separaba y estaba en Madrid, en la pantalla de Román.

— ¿Y tú? ¿Qué hiciste durante el finde?

— Aburrirm cmo 1 ostr en ksa.

— ¿Sabes? No pude dejar de pensar en ti en todo el fin de semana.

El corazón volcó por segunda vez. Él insistía en sacar el tema y no valdría salirse con evasivas una vez más, habría que agarrar el toro por los cuernos. Si no le contestaba a lo que él insinuaba y salía otra vez por los cerros de Úbeda, él se cansaría y probablemente nunca más volvería a sacar el tema o, lo que aún sería peor, podría ser que se aburriese y decidiese dejar de chatear con ella. Sí, tendría que darle alguna señal, aunque pequeña. Pero… ¿cuál sería la respuesta idónea a tan romántica declaración? ¡Cómo necesitaba a Alba en esos momentos! Ella sabría qué responder.

— Ídem para mí.

Aún seguía seca, con la respuesta no se había mojado mucho que digamos; no obstante se sonrojó, aunque nadie la miraba. Por un lado se encontraba incómoda con aquella conversación, por otra parte deliraba de contenta; la situación daba para ambas cosas y también para imaginar la cara que, temporalmente, le había asignado a Román copando toda la pantalla del ordenador. Esa cara hundía la mirada en sus ojos y sonreía. Ella temblaba: de contenta porque las circunstancias eran las que eran y de miedo porque temía no estar a la altura.

— ¿De verdad? ¡No sabes cómo me alegro! Es que tengo la sensación de que tú y yo somos almas gemelas.

¡Almas gemelas! No se le había ocurrido pensarlo y mucho menos expresarlo. La alegría brotaba por cada poro de la piel causándole sudores, temblores y cambios de color en cuestión de segundos. Sudaba felicidad.

— No ns cnocmos tant cmo para asgurar eso. — respondió en un arranque de sensatez.

— ¡Pero espero que nos conozcamos más y que sea pronto! ¿Eres tú la de la foto?

— Sí, soy yo.

— ¿Tienes alguna más reciente? Me gustaría ver como eres ahora. Yo te puedo enviar una mía ahora mismo.

¡Sí, por favor, mándamela! ¡Quiero conocerte ya! pronunció, pataleando nerviosa mientras se frotaba las manos.

— *OK, mándamela.*

Al escribir, las manos temblaron un poco

— *Espera sólo un momento, pero luego quiero recibir la tuya.*

— *Vale.*

"¡Dios mío! ¡Estoy a un tris de conocerle! ¿Cómo será? ¿Rubio, moreno? ¿Guapo? Sí, seguro que es muy guapo. La gente rica lo es", decía en voz alta, sin quitar ojo a la pantalla. En cualquier momento aparecería la fotografía y el verdadero Román llenaría su mente desterrando para siempre al intruso de Aitor.

La espera resultaba interminable. ¿Por qué no llegaba la dichosa foto? Ocupó la prórroga husmeando en el perfil de Román. No era la primera vez que lo hacía. Siguiendo los consejos de Alba, había curioseado por allí en varias ocasiones, buscando información adicional, pero sobre todo una imagen para estampar en la mente. Cada entrada un fiasco: la única que tenía colgada correspondía a un dibujo de manga. Tampoco había datos añadidos, como podría ser el nombre del Instituto en el que estudiaba ahora o había estudiado antaño. Pero entre tanta ausencia lo que más le extrañaba era que no tuviera ningún amigo. ¡Ella era la única! Se moría de ganas de saber, pero temía que algo se rompiese por acorralarlo a preguntas que aún no le correspondía formular.

Y llegó la fotografía. Un vistazo al conjunto y un examen minucioso al detalle durante tanto tiempo que perdió la noción.

— *¿Sigues ahí? ¿Te ha llegado? ¡Dime algo*!

No sabía qué decir. Estaba decepcionada y no era por el chico en sí, que parecía estar muy bien. Parecía, porque no había manera de valorarlo como era debido. Lo habían retratado de lejos, caminando por una acera flanqueada por un muro en el lado derecho y por una hilera de coches en la parte izquierda. La acera estaba desierta y sólo se percibía una figura a lo lejos: Román, supuestamente. Caminaba mirando al frente, con la mano derecha hundida en el bolsillo del pantalón vaquero, ajeno a la cámara,

como si no supiera que le estaban fotografiando. Le pareció alto a pesar de que no había referencias para comparar, salvo los coches; también semejaba delgado, más bien atlético, con brazos bien torneados que asomaban por las mangas de aquella camiseta blanca, ajustada. En su deseo de alcanzar a ver, también se le antojó que tenía el pelo corto, negro, y que su cara resultaba agradable.

— *¿Te ha llegado?* — insistió él ante la ausencia de respuesta.

— *Sí, pro sólo s t ve d lejos.*

— *Lo de posar para las fotos está ya muy desfasado; eso de sonreír y decir patata es una horterada. Todas la que tengo son así. Es más, pido que me las saquen sin que me entere porque sino salgo muy mal.*

La explicación, simple pero convincente, barrió de un plumazo algunas pequeñas dudas que comenzaban a germinar en la parte cautelosa de su mente. Tuvo que reconocer que la idea era buena y que no le faltaba razón: todo el mundo colgaba en Tuenti fotos con sonrisa artificial, riendo sin ganas y haciendo el tonto para dar a entender lo súper estupendo, super original, super divertido que soy. También super hortera. En eso Román llevaba toda la razón. Claro que él pertenecía a otro mundo, tenía clase, estilo y no tropezaba en ese tipo de simplezas.

— *Ahora te toca a ti. ¡Estoy deseando verte!*

— *¡Pues allá va!*

¡Por Dios, que le guste! ¡Que le guste! Cruzó los dedos. Se habían esforzado mucho con el maquillaje, con el posado y demás. Habían empleado más de una hora en sacar docenas de tomas y otra hora más en decantarse por una de ellas. Creía que la elección había sido acertada, pero era en ese momento cuando tenía que pasar la prueba de fuego. ¡Menos mal que había sido previsora, que se había anticipado a los hechos! Él pensaría que siempre iba así de arreglada, maquillada y que era tan interesante como en aquel momento en el que se inmortalizó mirando a la cámara con picardía e inocencia mezcladas y una media sonrisa que indicaba a la vez simpatía, confianza en sí misma, audacia e inteligencia. No se reconocía a si misma en la chica de la fotografía, pero en cualquier caso era la imagen que quería darle a Román.

La respuesta no se hizo esperar.

— *¡Qué guapa! No esperaba tanto. Estoy sorprendido.*

— *Tmpco s para tnto*.

Debía aparentar modestia, aún arriesgándose a resultar fría.

— *¡Sí que lo es! ¡A mi me encanta*!

Un río de lava ardiente la recorrió por dentro, le flaquearon los huesos tras recibir el primer piropo de su vida adulta, al menos el primero que recordaba en boca de un chico. Después vinieron diez minutos de silencio. Había que darle tiempo para que contemplara la fotografía al detalle. Entretanto, recobró el color original y la curiosidad.

< ¿Por qué no tendrá a nadie añadido? Es guapo, creo, sí es guapo y rico debe ser muy rico y eso quieren los amigos, si yo fuera así tendría muchos, de eso estoy totalmente segura. ¿Debo preguntarle? ¿O aún no? No debo meterme más de la cuenta en su vida, o se cansará y me mandará a paseo, me facturará con viento fresco. No, no quiero que me mande a paseo. ¿Qué hago? Si yo fuera como él tendría ropa cara, estaría delgada, en las clínicas hacen milagros, y la Jenny esa tendría que tragarse sus tonterías. ¡Joder! ¿Qué hago? ¡Quiero saber! Todo marcha sobre ruedas ¿y si meto la pata? Me quedo sin nada. ¡Joder! ¡No quiero espantarlo! ¡Si Jenny y las demás supieran…! Ellas que se creen tan chic, Román si que es chic. Tiene más dinero y más estilo que todas ellas juntas. ¡Y habla conmigo! ¿Qué hago?>

Dudó y dudó y estaba tardando demasiado en romper el paréntesis. Le tocaba responder; si no lo hacía, había peligro de que él se aburriera y se desconectase. ¡Qué demonios! ¿Por qué no? Era una simple pregunta al fin y al cabo, una curiosidad.

— *Es mu raro q no tngas amigs en Tuenti, seuramnt cnocs 1 montón d gnt*. — escribió, al fin, cambiando por completo el rumbo que llevaba la conversación y arriesgándose a meter la pata.

— *Es que tuve muchos problemas. Ya sabes, la gente es muy envidiosa.*

— ¿Prble+? ¿x q?

— Antes tenía un montón, casi quinientos, porque aceptaba todas las solicitudes que me llegaban; hasta que empecé a recibir burlas, bromas y demás. Entonces me vi obligado a denunciarles y la policía me aconsejó dar de baja mi antiguo perfil.

¡Existía una explicación lógica! Sonrió, convencida de que no había motivos para sospechar. Todo eran castillos que Alba montaba en el aire. Dejó de sonreír cuando se percató de que la gravedad del asunto lo requería: Román había pasado un mal trago. Se solidarizó con él.

— Lo tuvist q pasr fatl…

— ¡Ni te lo imaginas! Por eso decidí empezar de cero, y a partir de ahora sólo añadiré a los amigos íntimos.

Pero el caso era que, al menos hasta el momento, no tenía a nadie. Y eso resultaba extraño porque, si había decidido añadir a los amigos íntimos, debía de ser a ellos a quienes invitara primero, y no a una desconocida. La seguía picando la curiosidad y necesitaba aclarar ese punto. ¿Cómo demonios había dado con ella?

— ¿Y x q a mi? ¿Cómo m ncontrst?

— Por casualidad. Estaba buscando a una amiga que también se llama Nerea Iglesias. La perdí al dar de baja mi anterior perfil y trataba de localizarla cuando apareciste tú.

Aunque no fue consciente del motivo, por primera vez supo lo que eran los celos; los identificó nada más sentir aquel dolor agudo taponándole la boca del estómago para después quemarle las entrañas como si le hubieran clavado un puñal ardiendo.

— Y esa Nerea… ¿s tu novia? — quiso saber, temiendo lo peor.

— Nooooo, ¡qué va! Sólo es una amiga.

La respuesta alivió el dolor, pero la curiosidad aún no estaba satisfecha.

— ¿Sólo amig?

— Si la conocieras, comprenderías por qué sólo puede ser amiga.

— ¿X q?

— ¡Es catastróficamente fea! ¡Pesa más de ochenta kilos y no llega ni al metro sesenta! Por no hablar de otras cosas…, pero me cae bien y somos buenos amigos.

— ¡Ah!

El estómago se relajó, el dolor desapareció como por arte de magia. Sonrió de nuevo. Comprobó la hora. ¡Dios mío! ¡El tiempo había volado! No podía arañar ni un minuto más porque Alba estaría en el portal, esperando. Se había olvidado de las clases, de Alba y hasta de que el mundo seguía girando más allá de la pantalla del ordenador.

— Tng q djart. Son ls 4 mns cuart y llegaré trd al Insti.

— ¡Yo también! ¡Se me había pasado la hora! Tú haces que me olvide del resto del mundo. ¿Mañana a las tres?

— O.K.

Con la mano derecha apagó el ordenador, con la izquierda empujó los libros hacia el interior de la mochila, a toda prisa. Volvió a mirar la pantalla del ordenador, ahora negra como el carbón y vacía como su mundo antes de que Román asomara en él. ¡Aquel bendito cacharro había conseguido llenar su vida por completo! Ahora le importaban tres pepinos las trifulcas que montaban sus padres a cualquier hora y por cualquier tontería, así como su matrimonio de conveniencia que se mantenía en pie para pagar la hipoteca y llegar a fin de mes. Menos aún le interesaba el absurdo mobiliario con el que Rosa pretendía llenar el comedor y su vida. Un bledo (o menos) le atañía que sus compañeros de clase pasaran de ella, incapaces de admitir a uno más en sus estúpidos círculos de amigos. Y hasta casi estaba consiguiendo olvidarse de su aburrida y abandonada infancia. Bueno no, eso no. Al menos de momento, no. Había resultado demasiado dura como para olvidarla de la noche a la mañana. Román había sido capaz de borrar algunas cosas, de restar importancia a otras y de abrir todo un mundo de colores ante sus ojos; pero el recuerdo de la infancia se mantenía ahí, igual de doloroso y de cercano; seguía ahí, escondido detrás de aquella curva que

la había metido de lleno en la adolescencia, pero que quedaba pocos metros atrás y que aún podía ver con sólo girar la cabeza hacia el pasado.

La infancia era una mochila que, supuso en esos momentos, aún llevaría muchos años a la espalda. Quizá algún día conseguiría desprenderse de ella, pero eso no llegaría hasta que viviese en su propia casa, con el hombre amado y con los hijos de ambos. Porque tendría hijos. Y no sólo uno, como sus padres; tendría al menos tres porque, como dice la abuela Estrella: uno no es nada, dos son algo, pero hay que tener al menos tres, por si llega la desgracia para llevarse a alguno de ellos; de esa manera siempre quedan dos. Y ella comulgaba con esa opinión de la abuela. Lo mismo que con otras no, con esa sí. ¡Había echado tanto de menos tener hermanos! Con ellos hubiera compartido juegos, alegrías y penas. Definitivamente, no quería que sus hijos tuvieran que pasar por lo mismo. Por eso tendría tres, al menos tres.

En múltiples ocasiones, durante el transcurso de su niñez, había fantaseado — y aún seguía fantaseando, aunque ya sólo de vez en cuando — con hermanos imaginarios a los que incluso llegó a poner nombre. Había una tal Clara que era una réplica suya con tres años y unos cuantos centímetros menos. También estaba Damián, el hermano mayor, el que las protegía y les daba la seguridad necesaria y suficiente en el colegio. Que una niña se ponía plasta y amenazaba con quitarles la *bleis*, llegaba Damián con su altura de metro ochenta, sus potentes músculos dibujados por debajo de la camiseta y su voz varonil, y ponía las cosas en su sitio. Damián era algo así como el primo de Zumosol, pero las protegía aún más porque era hermano, y eso se notaba. En cuanto a Clara, era la confidente perfecta, la compañera de juegos ideal, siempre dispuesta a escuchar, a perdonar y a jugar cuando a Nerea le daba la gana. Si algo salía mal, Clara lo solucionaba con un “no vale, volvemos a empezar”; y eso servía tanto para los juegos como para las pequeñas discusiones como para los grandes agravios.

Pero malo de los sueños maravillosos es que, tarde o temprano, suena el despertador recordando que ha llegado la hora de regresar al mundo real. Y, por aquel entonces, su mundo real comenzaba cada día a las siete de la mañana, hora en la que aparecía Rosa por la habitación para zarandearla

enérgicamente hasta que se despertaba de un profundo pero deficitario sueño. Abría los ojos de repente, asustada. Por más que el salvaje ritual se repitiese cada mañana, jamás consiguió acostumbrarse a tan turbulento despertar. Tenía la impresión de que la estaban sacando de la cama en mitad de la noche, a valorar por lo cansada que aún se sentía y porque la embargaba la sensación de que acababa de acostarse.

— ¡Venga, venga, salta de la cama, que todos los días llegamos justitas de tiempo, por tu culpa!

Despertaba sobresaltada, espantada y desubicada. Segundos después, cuando conseguía abrir los ojos del todo, se percataba de que continuaba en su habitación y de que aquella cara que la miraba desde arriba, despeinada y con muchísimas más arrugas de lo habitual, era la de Rosa. Luego fijaba su mirada en la cegadora bata fucsia — que por aquel entonces ya tenía su hueco en la casa — y acababa de despertar del todo. Ese era el momento en el que Rosa, de repente y sin previo aviso, tiraba de sábanas y mantas hacia atrás, dejándola expuesta al insufrible frío que se colaba por las ventanas de aquel viejo edificio. Ella se protegía acurrucándose en posición fetal para mantener el calor. Rosa contraatacaba propinándole una sonora palmada en el culo. Era la señal que indicaba que había que sentarse al borde de la cama, posar los pies sobre el gélido suelo de baldosas y empezar a vestirse.

En la cocina esperaban el tazón de leche con Cola-Cao, los donuts, las galletas y sus padres sentados a la mesa, en silencio, contemplando sus respectivas tazas, con pocas ganas de nada y con cara de resignación ante el nuevo día que comenzaba. En lenguaje mudo, de gestos y miradas severas, recibía la orden se sentarse y engullir el desayuno aprisa y corriendo. Pero nunca le apetecía desayunar. No le sentaba bien comer a esas horas de la mañana y vomitaba lo ingerido día si y día también, dejando la cocina hecha un cromo y a Rosa alborotada por el ingente trabajo que se le venía encima. Rosa, que por aquel entonces trabajaba todo el día despachando en una frutería, se agobiaba y echaba chispas ante la difícil elección que se le presentaba: llegar tarde al trabajo o dejar el suelo de la cocina salpicado de papilla de galletas y donuts con leche. En un principio eligió excusarse en el trabajo y así, a su regreso por la noche, no se encontraría con la cocina rociada de leche y desprendiendo olores rancios varios. Pocos días después,

tras varias broncas del jefe, nombró a Fran encargado de dejar a la niña en el colegio antes de las ocho de la mañana: allí desayunaría y no sería su cocina la que se ensuciara ni ella la que tuviera que limpiar los vómitos.

En el comedor servían el desayuno a las ocho y media en punto. A las ocho y veinte formaban en rigurosa fila para proveerse de bandeja, taza y cubiertos. Diez minutos más tarde la fila se ponía en marcha hacia los grandes cubos de aluminio que manaban leche aguada. Dos pasos más adelante esperaban los sobrecitos de Cola-cao y las magdalenas, o sobaos, o las galletas que venían en paquetes de a cinco.

En el colegio vomitaba con menor frecuencia, quizá porque había transcurrido más de una hora desde el agitado despertar y su estomago ya se encontraba más entonado; o tal vez porque le asustaban más la risas y caras de asco de sus compañeros que las reprimendas de Rosa, y el miedo al ridículo hacía las vedes de dique de contención. Lo cierto era que a veces pasaba más de una semana sin vomitar el desayuno ni una sola vez.

A las nueve y media daban comienzo las clases, hasta la una y media, y con ellas la desazón: se moría con las ganas de orinar y estaba incómoda con la vejiga tan llena. Siempre salía de casa sin hacer pis (con las prisas se le olvidaba ese detalle), durante el desayuno y en el tiempo muerto que venía luego aún no sentía esa necesidad y volvía a olvidarse; pero la necesidad, puntual como tren de alta velocidad, entraba a los diez minutos de comenzar la primera clase.

— Acabas de llegar de tu casa, no puede ser que ya tengas ganas de ir al baño; sólo quieres perder el tiempo. ¿Por qué no te traes un orinal? Si lo pones en la cabeza, también te sirve de sombrero.

Ironizó cierto día Doña Almudena, la profesora. Los demás niños rieron la gracia a carcajadas; Doña Almudena, tratando de aparentar seriedad, contuvo la risa que tenía ahí, al punto para salir. La vergüenza fue tal que nunca más volvió a pedir permiso. Trataba de aguantar hasta la hora del recreo, a veces no lo conseguía y se le escapaba un poco de pis, que en invierno disimulaba vistiendo el abrigo en clase bajo la excusa de que estaba resfriada, y en verano atando la chaqueta a la cintura para que le tapase el culo y la meada.

Dos horas más de clase separaban el recreo de la comida de mediodía, que en el comedor del colegio era muy saludable según rezaban las cartas enviadas a los padres: controlada por nutricionistas para adecuarla a las necesidades infantiles de crecimiento; conteniendo la dosis recomendada de carne, pescado, legumbres, verduras, frutas, lácteos y cereales; además, los menús se repetían solamente una vez a la semana. Pero no había quien la tragara. El premio a la más repugnante lo había ganado por unanimidad una especie de puré de zanahoria que servían el martes, acertadamente bautizado como "vómito de cerdo" por los primeros que lo habían probado; y, transcurridos varios cursos desde entonces, aún conservaba el nombre, entre otras cosas porque le iba al pelo. Realmente había que hacer un gran esfuerzo para no vomitarlo y otro mayor aún para dejar el plato limpio, como le gustaba a Doña Almudena (que también hacía funciones de vigilante en el comedor).

— ¡Quiero ver esos platos más limpios que una patena, que en el mundo hay muchos niños pasando hambre como para que vosotros tiréis la comida por capricho! — gritaba, para hacerse oír entre el murmullo incesante que invadía el comedor.

Doña Almudena era una profesora soltera, de unos sesenta años o más, no se sabía si amargada a causa del celibato o desilusionada de la vida, que llenaba sus muchas horas de tiempo libre controlando a los niños que se quedaban a comer en el colegio. Doña Almudena sostenía su escuálido cuerpo sobre unas piernas tan delgadas como palillos, tenía la piel de la cara fruncida en mil pliegues y una mala leche que no se esforzaba en esconder. Daba miedo verla cuando pasaba cerca de las mesas controlando, escudriñando en cada plato con ojo vizor y arrastrando una delgadez tan extrema que daba grima y que cubría con una raída bata blanca que había conocido tiempos mejores.

En fila y en silencio abandonaban el comedor para pasar al patio. La hilera se mantenía casi ilesa hasta que la cabeza de la cola alcanzaba el patio; en cambio el mutismo duraba tan solo unos pocos metros, tantos como abarcaba aquel pasillo de paredes empapeladas con dibujos infantiles conmemorando lo que en su momento hubiera que conmemorar: ya fuera el día de la Paz, la Navidad, el Carnaval, la Hispanidad, etcétera. Al final del

corredor, una puerta gris abría la veda al vocerío ensordecedor que llenaría el patio en segundos, tan pronto Doña Almudena decretara romper filas. Balonazos contra las paredes, griterío a la carrera, silbidos de las cuidadoras, riñas y risotadas por doquier que dejaban los tímpanos magullados. No obstante, de aquel patio cuadrado, húmedo y revestido con duro cemento gris, el recuerdo que se llevaba la palma estaba relacionado con el frío. Los abrigos de saldo que Rosa compraba en los mercadillos no conseguían espantarlo; tampoco las botas que estrenaba a principio de cada curso y que a los dos meses hacían agua por todos los costados, pero aún así tenían que aguantar hasta que la rotura dejara a sus padres en evidencia de puro patente, y eso generalmente no sucedía hasta bien entrada la primavera. Corrían tiempos críticos: estaban ahorrando para la entrada del piso.

El tiempo en el patio se hacía tan eterno como si se hubiera detenido. Parecía que nunca fueran a llegar las tres y media de la tarde, hora de regresar al aula. Daba gusto entrar allí, desprenderse del abrigo, dejarse envolver por el calorcito y acercar las manos a los tibios hierros del radiador que estaba justo al lado del pupitre. De todos los recuerdos de la infancia, ese era uno de los más agradables. También estaban los fines de semana y las vacaciones en casa de la abuela Aurora, donde por aquel entonces la mimaban hasta límites que parecían imposibles.

— ¿Qué te apetece comer, cariñito mío? Dame un besito, mi amor. ¡Tú eres lo más bonito que hay en el firmamento!

Eran las frases que con mayor frecuencia salían por boca de la abuela, acompañadas de una amable sonrisa y sin escatimar en carantoñas. Nerea se sentía una auténtica reina: la reina de aquella casa.

Por aquel entonces la abuela Aurora ya estaba viuda. En realidad, Nerea siempre la recordaba viuda; del abuelo Francisco conocía lo que le contaban Aurora y las docenas de fotografías depositadas por la casa como fantasmas de otro tiempo.

Mil veces le había detallado que el abuelo murió una tarde de verano, aplastado bajo un bloque de hormigón que súbitamente se desprendió de la obra en la que trabajaba, que la tragedia tuvo lugar dos meses antes de que

ella naciera. No había llegado a tiempo para conocer al abuelo Francisco en vida, pero sí para ser testigo de la progresiva recuperación de la abuela.

En sus primeros recuerdos infantiles la abuela aparecía vestida de luto y de tristeza, la casa que habitaba fenecía bajo el peso de la constante semipenumbra y el abuelo seguía presente en cada rincón a través de docenas de fotografías, un rostro atrapado en viejos retratos abandonados a la compañía de velas unas veces y de flores muertas en otras ocasiones.

— ¡Ay mi pobre Francisco!, ¿dónde estarás ahora?, ¿dónde?, ¿dónde?, ¡me dejaste tan sola!

Decía la abuela en su recorrido de una foto a otra. Nerea sentía miedo en aquella casa, imaginando que el destino final del abuelo era un lugar oscuro, tétrico, frío y húmedo.

Después, poco a poco y con el paso de los años, las fotos se fueron extinguiendo hasta quedar reducidas a una de la boda que descansaba sobre el aparador del salón, semioculta detrás de un centro de flores de plástico, hortera a más no poder.

A la par que abarrotaba los cajones de viejas fotos, iba también llenando la casa de luz: transparentes estores sustituyeron a las viejas y pesadas cortinas, puertas y paredes se mudaron al color blanco, colchas y cojines se vistieron de flores. El ropero no se quedó atrás: las viejas prendas de luto fueron a parar a la Parroquia como donativo, para ceder el espacio a dos docenas de vestidos en todos los estampados posibles.

Como justificaba la abuela Aurora: el amor muere inexorablemente por su propia combustión o se extirpa de raíz con la distancia, con la muerte en este caso.

Unos años más tarde, Aurora completó su nueva vida con la compañía de Darío, un octogenario achacoso y aficionado a los viajes del INSERSO. Últimamente, casi siempre andaban por Benidorm, Marbella u otros lugares, todos ellos más cálidos que Oviedo, porque Darío padecía del reuma y, según él, viajaba por prescripción médica.

A las cinco y media de la tarde terminaban las clases y, otra vez, eran muchos los afortunados que se iban a sus casas a merendar, a hacer los

deberes y a pasar tiempo con sus padres y hermanos. Nerea no se iba a su casa, ni merendaba, ni estaba con sus padres y tampoco tenía hermanos; sino que se quedaba tres horas más en el colegio para completar con actividades extraescolares el tiempo que restaba hasta las ocho de la tarde, hora en la que su padre salía del trabajo y pasaba a recogerla. La llegada de Fran era, con diferencia, el mejor momento del día, mejor aún que la entrada a las aulas a las tres y media de la tarde. Sin saber por qué, ni poder contenerlo, todos los días se le escapaba un suspiro de alivio cuando le veía venir a lo lejos, escalando la calle a paso lento, con las manos colgando a lo largo del cuerpo y la espalda encorvada. A esas horas de la tarde Fran siempre parecía cansado porque estaba cansado.

El recuerdo de Fran coronando la cuesta iba inexorablemente ligado al de Marta Jennifer, una niña ecuatoriana que cumplía con idéntica maratón diaria. Marta Jennifer era hija de inmigrantes ecuatorianos, la mayor de cuatro hermanos y la única de ellos que había nacido en Ecuador. Sus padres trabajaban de sol a sol para mantener tan extensa prole en España y enviar las sobras a los suburbios de Quito, donde el resto de la familia subsistía sin más recursos que lo encontrado en contenedores de basura. La afinidad de horarios se encargó de cuajar la amistad entre ambas.

— ¡Mira! ¡Por ahí llega tu papá! ¡Ya te vas a casa!

Gritaba jubilosa Marta Jennifer, con la cara encajada entre las rejas de la verja.

— ¿Cuándo vienen los tuyos?

— No lo sé, pero creo que ahorita.

Las dos permanecían muy juntas, pegadas a la verja, buscando el contacto físico para espantar la sensación de frío y soledad.

En tercero de Primaria Nerea fue por vez primera consciente de lo frágiles que son en realidad las cosas que creemos permanentes, de la facilidad con la que lo estable se resquebraja. En tercero de Primaria ocurrió una fatalidad: los padres de Marta Jennifer regresaron a Ecuador con el poco dinero que habían conseguido ahorrar, sus cuatro hijos y un quinto que venía de camino.

En una despedida sin lágrimas, porque sobraban, su amiga le dijo que volverían a verse, que se escribirían cartas y que estarían en contacto a través de Internet. Promesas envueltas en viento, porque no había vuelto a saber de ella y, desde entonces, muchas veces antes de dormirse por la noche se preguntaba qué habría sido de su vida al otro lado del charco, cómo llenaría el tiempo que antes pasaban juntas, si tendría nuevas amistades, si se habría llevado un grato recuerdo de su paso por España, si la habría olvidado o si, por el contrario, también la recordaba a menudo.

Tras de Marta Jennifer la esperaba un curso entero de soledad, de recreos observando cómo jugaban las demás, de largos minutos de espera, sola, con la cara incrustada en la verja del colegio hasta que su padre aparecía, de llantos, de hacerse pis en la cama por las noches, de pesadillas nocturnas, de padecer momentos de ansiedad y de visitas al psicólogo de la Seguridad Social.

En quinto de primaria le tocó sentarse al lado de Chus e hicieron buenas migas. Chus le presentó a Bea y Sandra y se formó un cuarteto inseparable. Además Bea y Chus se quedaban también al comedor, y con Sandra compartía dos actividades. Definitivamente, quinto y sexto fueron los mejores años de Primaria. Pero no duraron porque llegó el momento en el que sus padres consideraron que tenían ahorrado lo suficiente como para dejar el piso de alquiler y aventurarse en la compra de una vivienda. Llegó el cambio de colegio, el fin para el cuarteto, alguna noche volvió a aparecer la cama mojada, algunas otras le asaltaron horrorosas pesadillas, la ansiedad se instaló en su estómago y adelgazó casi diez kilos durante los primeros meses de Secundaria.

— ¡Niña, ya estamos con la tontería de la dieta! ¡Come, que te vas a quedar anoréxica! — azuzaba Rosa.

Pero Nerea no podía comer porque algo le oprimía el estómago y no dejaba paso a la comida.

La progresiva amistad que fue entablando con Alba obró el milagro. De repente un día se dio cuenta de que tenía tanta hambre que se zamparía un jabalí entero si se lo pusieran delante. Regresó el sueño, la cama volvió a amanecer seca, como por arte de magia la sonrisa afloró de nuevo en su

boca cuando ya la creía perdida, cuando ya casi no recordaba qué músculo había que mover para sonreír; y las caras de Marta Jennifer, Chus, Bea y Sandra se fueron difuminando. Alba y, sobre todo, Román, las fueron desplazando hacia un rincón de la memoria, pero Marta Jennifer aún aparecía con demasiada frecuencia mostrando su cara a través de las rejas de la verja.

OceanofPDF.com

VI

Fran continuaba tendido sobre la cama de su hija, observando cómo la luz de las farolas entraba por la ventana y dibujaba tímidamente los contornos de la habitación, completamente consciente de que ocupaba un espacio que no le correspondía. Nunca se había acostado en aquella cama, indicativo de que algo iba mal, de que la vida no seguía su curso habitual. Cada cinco minutos, exactamente, rompía el silencio de la casa marcando el número del teléfono móvil de Nerea. Continuaba “apagado o fuera de cobertura”.

A eso las doce de la noche le invadió un estremecimiento insoportable. Algo se había introducido en su interior: era una serpiente que se movía sin parar obligándole a seguir su ritmo y no le permitía continuar allí, acostado, sin hacer nada. Las piernas querían escapar del cuerpo, aislarse y echar a correr. Fue consciente de que no sería capaz de aguantar ni un segundo más aquella interminable espera. Un último intento nulo de contactar con Nerea, luego marcó el de casa de Alba. Tardaban en descolgar, o eso le pareció cuando iban dos timbres.

— ¿Quién es? — preguntó una voz somnolienta.

— Soy Fran, el padre de Nerea. Seguimos sin noticias y quería saber si se ha puesto en contacto con Alba.

— No, Fran, de momento no sabemos nada. Estuvimos llamándola pero tiene el teléfono apagado.

No aportaba nada nuevo, pero él no se resignaba.

— ¿Estás segura?

— ¡Segurísima! Lo estuvimos hablando antes de que Alba se fuese a la cama, hace cosa de una hora.

— Vuelve a preguntarle, a lo mejor la ha llamado desde entonces.

Escuchó el sonido del teléfono posándose sobre el mueble y adivinó los pasos de Marta de camino a la habitación de su hija. El corazón en un

puño. Tiempo muerto, interminable para el que espera. Cinco largos minutos. Otra vez el sonido del teléfono: alguien lo estaba arrancando del mueble.

— ¿Sigues ahí, Fran?

— ¿Dime?

— No la ha llamado, Fran; en todo el día.

— ¿Estás segura?

— Totalmente, Fran.

Se quedó mirando el teléfono un buen rato antes de desconectar. ¡Aquel maldito aparato debería conectarle con su hija y no lo hacía! ¡Debería ser capaz de darle noticias suyas inmediatamente! ¿Para qué servía, entonces? Se suponía que debía escuchar la voz de Nerea con tan sólo pulsar un botón. Y no era así. Lo apagó con rabia.

— Voy a denunciar la desaparición. — comunicó, asomándose al salón, suponiendo que Rosa estaría allí.

Detectó un bulto en el sofá, inmóvil, envuelto en penumbra. Esperó en la puerta durante unos instantes, necesitaba escuchar un “te acompaño” como respuesta. Silencio total. Rosa debía haberse quedado dormida. <Mejor para ella. Tiene suerte: su insensibilidad la aleja del sufrimiento> extrajo en conclusión.

Bajó al garaje como un autómata entre tanto su mente tejía preguntas y respuestas sin descanso; los objetos cotidianos estaban ahí, donde todos los días, y él no los percibía. Por puro instinto esquivaba paredes, extintores, encendía luces y abría las puertas adecuadas. El Ford Fiesta esperaba donde siempre. En la calle seguía lloviendo a cántaros. Al asomar el morro del coche, el agua cayó sobre el parabrisas como si alguien la tirara con un cubo. Los limpias, aunque a tope, no daban abasto. En ese instante, la tormenta fundió los plomos de la calle y el mundo se volvió negro más allá de un metro de distancia. Una terrorífica corazonada se apoderó de él: quizá su futuro fuera tan negro como aquella noche. Tuvo miedo, sintió frío. A veces la vida se nos cae a los pies con el peso y el frío de una bola de plomo.

A su favor que en aquella fría y lluviosa noche de finales de noviembre, próximos a la una de la madrugada, no quedaba ni un alma pululando por las calles. Casi a tientas condujo a todo gas para llegar lo antes posible, como si aquello fuera a devolverle a su hija también lo antes posible.

No habían transcurrido ni diez minutos cuanto ya estaba subiendo la calle Conde de Toreno, una de las cuatro que enmarca el famoso parque de San Francisco. Tomó la segunda bocacalle a la derecha: General Yagüe. Una calle corta, ocupada en su mitad por la Jefatura Superior de Policía. El enorme edificio de tres plantas se recortaba en medio de luces y sombras, parcialmente iluminado por las farolas. Aparcó justo delante del arco que conforma la puerta de entrada, coronado por la inscripción "Jefatura Superior de Policía"; y se tiró a la calle dejando el coche abierto y en marcha. La puerta estaba cerrada, no se veía un alma, lanzó una mirada a la balconada que, sobre el arco, ocupa tres ventanales: ni una luz, oscuro como la misma noche. Subió corriendo las escaleras que parten desde la misma calle; de repente se franqueó la puerta de entrada y ante él apareció un agente uniformado, alto y serio. A él explicó su caso, aprisa y corriendo. El agente escuchó sin pestañear, luego cruzó los brazos y puso cara de fastidio: estaba curando de espantos, de padres histéricos y de fugas de menores.

— No puede dejar el coche ahí, ese aparcamiento está reservado para vehículos oficiales.

Contestó, señalando el coche y sin inmutarse por lo otro.

— Por favor, por favor, se lo ruego… Algo muy grave le ha ocurrido a mi hija y necesito que lo sepan cuanto antes.

Ni la emergencia que Fran traía consigo, ni los ruegos, ni la preocupación impresa en su rostro, ni las buenas palabras alegando que su niña, una niña buena y responsable, faltaba de casa y algo grave debía haberle ocurrido para estar fuera a horas tan intempestivas, hicieron mella en la conciencia del policía.

— Por favor, caballero, quite su vehículo de ahí lo primero, o me veré obligado a tomar medidas para retirarlo.

Resignado, Fran subió al coche y marchó en busca de aparcamiento, angustiado porque se estaba perdiendo un tiempo precioso que mejor estaría empleado en la búsqueda de su hija. La falta de humanidad del policía le había sacado de quicio, iba ciego, creía haber callejeado durante mucho rato en busca de aparcamiento y casi no reconocía la ciudad en la que llevaba viviendo dos tercios de su vida. Buscando en los alrededores algo con lo que ubicarse encontró la estatua a la Paz: una mujer desnuda lanzando al aire cinco palomas. Estaba en el paseo de la Losa, cerca de la Comisaría, luego no había recorrido tanto espacio como creía. Emprendió carrera porque del cielo caían torrentes que lo empaparían en segundos. Corría con la cabeza inclinada hacia abajo y hacia delante; atrás iban quedando los charcos de plata que, a dúo, dibujaban la lluvia y la luz de las farolas. Le molestaban el chapoteo de los pies dentro de los zapatos sintéticos y los regueros que corrían desde el pelo hacia la nuca para luego continuar recorrido espalda abajo..

Encontró al policía de la puerta en el mismo lugar, cumpliendo estrictamente con su trabajo y nada interesado en hacer de parachoques para padres cuyos hijos se fugan para salir de marcha los fines de semana y regresar al día siguiente después de una monumental borrachera ganada en una noche entera de botellón.

— ¡Permítame su documento de identidad!

Así cortó la segunda explicación de Fran, ajustó las gafas, escrutó el documento y anotó algunos datos en un libro que tenía delante, sobre una pequeña mesa. La cara seria para no dar pie a confianzas.

— Aguarde en esa sala de la derecha. Le llamarán. — indicó mientras le entregaba el documento de vuelta.

Fran se dirigió al referido lugar: una solitaria sala dotada de unos cuantos asientos como único mobiliario. Reinaba un completo silencio y un olor desagradable e inidentificable, mezcla de tabaco y sudor, quizá. Todo era azul. Azules las paredes y más azules los asientos. Mojado y en aquella estancia azul se acrecentaba la sensación de frío. Sus pies estaban helados. El efecto de la ropa húmeda sobre la piel atrajo recuerdos de la infancia, cuando, dormido, orinaba en la cama y por vergüenza callaba y pasaba la

noche sobre mojado. La ropa de cama se iba enjugando a lo largo de la noche a base de calor corporal y a costa de horas en vela e incomodidad, de tal manera que por la mañana sólo quedaba de su deshonra el cerco amarillo sobre las sábanas y las arrugas sobre su piel reblandecida. Igual que en ese momento.

A los diez minutos se abrió una puerta a la derecha y por ella asomó un policía barbudo, barrigón y somnoliento que, con una amabilidad y una media sonrisa inesperada, le indicó que pasara al interior de otra oficina, ofreciéndole una silla para sentarse ante una mesa cubierta de papeles con un ordenador en medio. Completaban la estancia otras dos mesas igualmente empapeladas, el mismo extraño olor, un calendario del SUP pegado en la pared y, justo al lado, un cartel con las fotografías de los nueve etarras más buscados. El policía se sentó frente al ordenador y comenzó a escribir de forma mecánica, sin prestar demasiada atención, como quien está haciendo algo que repite docenas de veces cada día del año.

Cuando hubo terminado lo que estaba haciendo, o lo consideró oportuno, levantó las manos del teclado, las unió bajo la barbilla a modo de plegaria, miró directamente a Fran y le preguntó qué había ocurrido. El policía intentaba ser amable; incluso podría decirse que era amable bajo sus gestos mecánicos, quizá estudiados para ejecutar correctamente su trabajo de cara al público.

— Mi hija de trece años no ha vuelto a casa. Tuvo que haberle ocurrido algo grave. Durante toda la tarde estuve llamando a su teléfono móvil y no contesta, lo tiene apagado. Incluso llamé a su amiga y…

Fran hablaba sin parar, enhebrando rápidamente unas palabras con otras, sin percatarse de que el policía había comenzado otra vez a escribir.

— A ver, caballero, vamos por partes. Su hija de trece años no ha vuelto a casa ¿no es así?

Fran asintió.

— Lo más probable es que esté divirtiéndose por ahí con alguna amiga, o amigo, o todo a la vez. — consideró el policía.

— ¡Imposible! Mi hija nunca sale de noche. No se lo permitimos aún. Y, cuando no está en clase, siempre tiene el teléfono móvil encendido porque sabe que nos gusta tenerla localizada en todo momento.

Fran, que en realidad nunca había comprobado si su hija estaba localizable o no, había vuelto a coger carrerilla. El policía le frenó con un gesto de mano.

— Vamos, que quiere denunciar la desaparición de su hija ¿no es así?

— Eso es.

— Pues mi consejo, basándome en la experiencia de quince años recogiendo denuncias en esta Oficina, es que espere unas horas más, hasta por la mañana, porque estoy seguro de que su hija no tardará en regresar a casa. Quizá una fiesta improvisada a última hora, o tal vez ya tenga novio aunque ustedes lo ignoren. O ambas cosas: fiesta y novio. Lo común, a estas edades, es que no digan nada en casa, por miedo a las reprimendas. Estará divirtiéndose y pensando: “ya de perdidos al río, lo paso bien y ya mañana escucharé todas las broncas que vengan”.

El policía permanecía sereno y trataba de tranquilizarle echando mano de su experiencia en aquella Oficina de Denuncias, donde seguramente cada fin de semana atendía a padres angustiados por la ausencia de sus hijos. Adolescentes, y no tan adolescentes, que despreocupados aparecían al día siguiente tras una noche de juerga. Pero Fran atesoraba la completa seguridad de que ese no era el caso de Nerea.

— No es así, señor. Si usted conociera a mi hija… Ella nunca haría algo así. No tiene novio, sólo una amiga; y esa amiga ya está durmiendo a estas horas porque ellas dos nunca salen de noche. Yo quiero denunciar su desaparición para que empiecen a buscarla porque estoy seguro de que algo grave le ha pasado o le puede estar pasando en estos momentos, mientras usted y yo hablamos aquí.

Fran era un hombre tímido que, acomplejado por la carencia de estudios, se acobardaba en Organismos Oficiales, Bancos, Notarías y cualquier otro lugar donde empleados pulcramente trajeados se expresaban en un lenguaje tejido con términos que él a menudo no alcanzaba a comprender. Pero, tratándose de su hija, el miedo le había traído el valor y

se atrevía a plantear exigencias que en otras circunstancias jamás se hubiera aventurado.

El policía esbozó un gesto de resignación, borró la media sonrisa y le solicitó el documento de identidad para tomar nota de sus datos. Fran, que no había guardado el documento desde que se lo presentara al policía de la puerta, se lo entregó de inmediato, tratando de acelerar el proceso cuanto más mejor. El policía escribía rápido, pero no lo suficiente para Fran, que imaginaba todo un despliegue policial dedicado a la búsqueda de su hija tan pronto aquel hombre terminara de transcribir los hechos que él iba a relatarle.

Le solicitó después la filiación completa de Nerea, hora y lugar donde había sido vista por última vez, Instituto en el que estudiaba, horario de clases, hora de llegada a casa y amistades. El policía seguía tecleando a la velocidad del rayo, sin mirarle a él ni al teclado del ordenador, con la vista pegada a la pantalla. Terminó el escueto escrito en menos de diez minutos, imprimió varias copias, las selló y le entregó una. Fran permanecía expectante, esperando la llegada del escuadrón asignado para la búsqueda.

— ¿Tiene alguna fotografía reciente de su hija?

Claro, sin fotografía no podrían empezar a buscar. Rápidamente introdujo la mano en el bolsillo trasero del pantalón para extraer una raída cartera que en sus orígenes había sido de color marrón. Había sobrevivido a la lluvia oculta en el bolsillo, bajo el jersey y la cazadora. Rebuscó entre varios papeles amarillentos — tickets de gasolineras principalmente — hasta localizar una fotografía de Nerea, tomada el pasado mes de junio para formalizar la matrícula del Instituto. Sacudió la cabeza a ambos lados: aunque reciente, ya estaba algo deteriorada. Lamentó su descuido al no haberle cedido un lugar más destacado y protegido en el interior su cartera. La miró durante un segundo y sus ojos centelleraron. Con el pelo suelto y la mirada acobardada, Nerea irradiaba inocencia.

— ¡Aquí la tiene! Es una niña muy buena y responsable.

Reincidió en lo que incansablemente venía repitiendo desde que traspasara la puerta de la Comisaría. No le fallaba la memoria ni quería ser pesado, su intención no era otra que convencer a aquellos agentes de que

debían ponerse en marcha cuanto antes porque una niña como Nerea no acudía a fiestas improvisadas, como ellos daban a entender.

Un soplo de tiempo que no alcanzaba para reparar en detalles, mucho menos para extraer cualidades, fue cuanto dedicó el agente a observar la fotografía. También pasó por alto el comentario de Fran.

— Aquí tiene usted la denuncia.

Ni su gesto ni su tono de voz tranquilizaron a Fran. El policía le hablaba desde la distancia, como los empleados del Banco con el que operaba, que al término también le entregaban el justificante. Mismo gesto, idénticas palabras, pero muy distinta situación.

Confuso, Fran observó que el policía daba el trámite por concluido y se ponía en pie, supuestamente para indicarle que debía abandonar la estancia. Ni había llegado nadie ni había llamado a nadie. No sabía qué hacer. Finalmente, se levantó también y salió de la oficina. Más allá de la sala de espera la luz de los fluorescentes apenas conseguía robarle unos metros a la oscuridad y se cortaba en los primeros pasos de una escalera que ascendía a los pisos superiores. Detrás estaba la oscuridad. Imposible comprobar si allí había alguien más que aquel policía solitario en aquella Oficina de denuncias vacía de aquella Comisaría en penumbra donde no se apreciaba actividad alguna.

— ¿Y quién se va a encargar de investigar la desaparición de mi hija?

— De las fugas de menores se encarga el Grupo de Atención a la Familia.

<La fuga, la fuga, erre con la fuga. Ganas dan de decirle cuatro cosas, que no se ha fugado leche, que te pongas a trabajar buscándola. ¿Qué gano con eso? Encabronarlo y que no haga nada. Total va a cobrar igual a fin de mes. Y menos mal aún si existe un grupo especializado en estos casos. ¡Bah! Aquí no se ve a nadie, que grupo ni que leche. El cordero manso es el que más mama, Fran, el cordero manso mama más que los otros> cavilaba mientras el policía mantenía la mano en la manilla de la puerta en un gesto que le invitaba a abandonar aquella oficina porque su tiempo había terminado.

— ¡Ah! ¿Y cómo puedo contactar con ellos para que empiecen a buscarla?

— Ese Grupo no suele trabajar los fines de semana, salvo emergencias. El lunes, con certeza, ellos le llamarán a usted; aunque estoy completamente seguro de que antes de que eso ocurra vendrá usted por aquí para retirar la denuncia.

El policía volvía a sonreír amablemente. Se sentía seguro de sus palabras y domesticaba su tono de voz para que resultara tranquilizador.

— Ojalá esté usted en lo cierto. — musitó Fran, sin demasiada convicción.

— Y no se preocupe, sacaré copias de esta fotografía y las repartiré a todos los coches patrulla que tenemos en la calle, por si la ven por ahí. Y también daré copias a la Policía Local.

Apartó la mano del picaporte y se la tendió para agilizar la despedida. Fran tardó en corresponder al apretón de manos porque estaba rumiando aquello de que no harían nada hasta el lunes. ¡Faltaban treinta y seis horas!

— ¿Y no hay nadie, quiero decir ningún Jefe o responsable de la Comisaría con quien pueda hablar? ¿Alguien de la policía secreta, quizá? — interrumpió en medio de la despedida.

Fran, cuyos únicos contactos con la policía consistían en renovar el Documento de Identidad cada diez años, formuló aquella pregunta basándose únicamente en las películas que había visto, sobre todo el CSI y aquella otra en la que retomaban la investigación de casos antiguos que habían quedado sin resolver y cuyo título tenía en la punta de la lengua pero no le salía en ese momento. Aquellos policías de paisano contaban con preparación, experiencia y medios tecnológicos sofisticados que les capacitaban para localizar a una persona partiendo de cero. Sin embargo en aquella oficina sólo había dos ordenadores, escaso mobiliario y muchos, muchísimos papeles por todas partes.

— Si le apetece, puede venir por aquí mañana por la mañana, a eso de las nueve, para hablar con el Servicio de Incidencias. Ellos le atenderán y,

además, van de paisano, lo que quiere decir que son de la “secreta”, como a usted le gusta.

El policía no se molestaba en disimular la sorna con la que había aliñado su respuesta, y mucho menos su enojo ante la poca confianza que acababa de exhibir Fran en la eficacia de los agentes uniformados.

— Estaré aquí a las nueve.

— ¿Ha llamado usted a los hospitales?

— No, aún no.

— No estaría de más cerciorarse de que no está ingresada en alguno de ellos. — sugirió.

Fran contuvo el meneo de cabeza que pujaba por arrancar ante lo que parecía un caso de incompetencia policial llevada a su máximo exponente. ¡¿Llamar él a los hospitales?! ¿No debería hacerlo la propia policía? Es más… ¿no deberían enviar coches patrulla hospital por hospital para efectuar esa comprobación? Se ve que no.

Abandonó aquella oficina preguntándose para qué servían los impuestos que con tanto esfuerzo pagaba y cómo iba a soportar el lento avance de las horas que restaban hasta la nueve de la mañana. El policía de la puerta seguía de pie, en la misma posición de antes y observando cómo la lluvia caía más allá de sus narices. Intercambiaron despedida y Fran se encontró de nuevo en la calle, mojándose sobre mojado, sin saber qué hacer ni a dónde o a quien acudir. Mientras su angustia aumentaba por segundos, contemplaba el negro cielo donde, en algún sitio, tendría que haber una luna que él no veía.

No quería regresar a casa: allí estaría Rosa, roncando en el sofá, despreocupada pero dispuesta a darle unos buenos azotes a Nerea tan pronto traspasara la puerta. Afortunada ella por pensar de esa manera. Él, en cambio, sentía en su interior una voz repitiéndole sin cesar que eso no iba a suceder. Era una voz que le hablaba desde muy adentro, pausada y serena a veces, tormentosa otras, y siempre martilleándole la cabeza hasta el punto de que sus sienes no cesaban de latir. Creía conocer bien a su hija y sabía que algo le había ocurrido; algo grave, quizá muy grave, de lo contrario les

habría telefoneado para decirles dónde estaba y por qué no había regresado a casa.

De camino hacia el coche, así como un flash, le llegó una inspiración en la que tuvieron mucho que ver las últimas palabras del policía: iría de hospital en hospital hasta las nueve de la mañana, a esa hora regresaría para hablar con esos policías de la secreta. Otro flash, seguido, le cubrió de esperanza atrayendo a su memoria el accidente de Alba en clase de gimnasia. Sonrió levemente y comenzó a hablar solo. De esa manera se auto convencía por duplicado: una vez con el pensamiento, y una vez más al escuchar su propia voz relatándole los hechos al viento que ululaba entre los edificios.

— ¿Desde cuándo uno se alegra de que sus hijos sufran un accidente? ¡Desde ahora! ¡Como no se me habrá ocurrido antes! Es eso, tiene que ser eso, no puede ser otra cosa. Le pasó lo mismo que a Alba: se ha accidentado con la dichosa gimnasia. Seguro que también rompió el peroné. Y, como hace poco que le ocurrió lo mismo a Alba, se pusieron nerviosos, la llevaron al hospital y se les olvidó llamarnos. ¡Qué manía ha cogido la gente ahora con la gimnasia! En mis tiempos nadie hacía gimnasia y no pasaba nada. Es más, todos llegaban a los ochenta años delgados y con buena salud. ¡Deberían prohibir las clases de gimnasia! Y cambiarlas por matemáticas; eso es, por matemáticas, o... o historia, o lo que sea. Y la niña seguro que tiene el teléfono móvil en la mochila. Y la mochila en clase. Eso es: la mochila en clase con el teléfono desconectado para que no interrumpa. Por eso está siempre apagado. Y la llevaron al hospital desde el gimnasio. ¡Maldito gimnasio! Acabarán prohibiendo las clases de gimnasia, seguro. Y ninguno de los compañeros se preocupó de recogerla. ¡Vaya compañeros! No me extraña que Nerea esté descontenta en este colegio.

Caminaba solo por la acera, hablando a la larga noche que tenía por delante para recorrer uno por uno todos los hospitales de Oviedo. Empezaría por los públicos. De haberla trasladado a alguno, sería a uno público, con más lógica. Pero tampoco despreciaría los privados. Podría ser que, por cualquier motivo, no pudieran atenderla en los públicos y la hubieran remitido a uno privado.

Sus ropas, que casi se habían secado en Comisaría, estaban empapadas de nuevo. Avistó el coche, emprendió carrera y se metió dentro. Con el viento aullando y la lluvia azotando sobre el parabrisas se dispuso a iniciar la ronda. Comenzaría por el más conocido: el Hospital Universitario Central de Asturias, el primero que había conocido la ciudad, ubicado en el extremo oeste, muy cerca de donde él trabajaba en la calle Fuertes Acevedo. De hecho cada día, cuando ascendía la calle hacia la obra, lo veía erigirse en la zona alta; un edificio gris de seis plantas, que a su vez derivaba de la fusión de los centros hospitalarios Nuestra Señora de Covadonga, Hospital General de Asturias e Instituto Nacional de Silicosis.

OceanofPDF.com

VII

Habían transcurrido más de tres semanas desde que Internet les uniera por casualidad. Tres semanas en las que la vida había dado una vuelta completa, pasando del gris al rojo a golpe de teclado y de mensajes que iban y venían, llevando y dejando la certeza de haber encontrado el alma gemela. No era posible que dos personas coincidieran en más cosas ni disintieran en menos. Cada día que pasaba estaban más unidos y cada día él era capaz de sorprenderla con algún punto coincidente a mayores, aunque ya eran tantas las afinidades que en realidad no importaba demasiado que apareciera alguna concordancia más o que la cosa se quedase como estaba; porque había base más que suficiente para construir un amor eterno, de película, de esos que sólo tienen cabida en las telenovelas porque en la vida real sería como encontrar una aguja en un pajar. Pero ella la había encontrado. ¡Y por casualidad! La dicha había llegado a su vida sin ser reclamada, sin previo aviso y sin pedir permiso, determinándola a creer ciegamente en el destino: estaba segura de que el azar le había traído a Román para compensarla de otras carencias afectivas. No podía existir otra explicación a tanta felicidad.

Continuaban los chateos. A diario. A las tres de la tarde. El tiempo de espera entre uno y otro se hacía cada vez más dilatado y, por ende, más difícil de soportar. Toda la vida se había reducido a una sola hora, entre tres y cuatro de la tarde, que pasaba de largo demasiado aprisa dejando tras de sí un rastro de felicidad y el regusto agridulce de aquello que sabe a poco. Pero aún así esa hora daba sentido a la vida y compensaba las otras veintitrés de larga espera. Hablaban de pensamientos, de sentimientos y de sueños. En realidad poco más sabía de Román. Ni él de ella. No conocía su fecha de cumpleaños, ni la dirección de su casa, ni su número de teléfono; pero si sabía que se sentía tan solo como ella, que le hubiera gustado tener hermanos, que la relación con sus padres no era perfecta ni mucho menos, que los sucesivos traslados de domicilio le habían amargado la vida y que soñaba con ser arquitecto, casarse, tener al menos tres hijos y construir un hogar cimentado sobre el amor verdadero. Y era todo cuanto necesitaba saber sobre él, lo demás eran trivialidades.

Alba era una confidente casi perfecta. Casi. Sólo casi, porque su carácter desconfiado y perspicaz obligaba a ocultarle muchos detalles, simplemente para que la relación pudiera continuar por el buen camino. Así lo había dicho Román y así lo creía ella también. Aún así era la única que estaba al corriente, y daba gracias al cielo por tenerla como amiga porque, de lo contrario, no sabría a quien confiar todo aquello tan maravilloso que estaba sucediendo en su vida. Y tampoco podría callarlo, de lo contrario reventaría con aquel secreto dentro de sí. Necesitaba tener una válvula de escape y Alba siempre estaba dispuesta a escuchar un capítulo más de aquella historia de amor de cuento de hadas.

Ese martes, diez de noviembre, como todos los días, esperaba a Alba en el portal. Juntas se dirigirían al Instituto, invirtiendo el camino en el tema que últimamente llenaba todas sus conversaciones: Román.

Iban con el tiempo justito, como la mayoría de las veces. El minutero volaba por las mañanas y a Alba no le alcanzaba el tiempo para cumplimentar sus ya muchos rituales de acicalamiento: colocar las lentillas, ondular el pelo allí donde la almohada lo había dejado maltrecho, limpiar la cara con aquella crema antiacné, untar el sérum de después, probar varios zapatos y cinturones ante el espejo. Entretanto, Nerea miraba el reloj y tiritaba frente al portal. El frío se cebaba con las zonas que quedaban al descubierto y la obligaba a recoger las manos dentro de las mangas de la cazadora. A pocos metros, los árboles recién plantados se mecían como desperezándose al son de un viento suave y gélido. Al fin apareció. La saludó con dos besos de alas de mariposa y salieron pitando.

— Tienes que controlar, tía. Hay que ver de qué va este tío. Por eso tienes que sacarle más, que te cuente más porque de momento no sabemos casi nada de él. Y lo poco que sabemos no nos sirve porque no podemos contrastarlo. Ya sabes que Internet es un fiasco, sino fíjate en Marta.

La sarta de precauciones, repetida hasta la saciedad, llegaba hasta Nerea como un murmullo lejano, distante, como una conversación distorsionada que venía desde lejos envuelta en el viento. Cuando se trataba de Román no atendía a razones. Él era su alma gemela y ese hecho no admitía discusiones; no necesitaba comprobaciones: era un hecho constatado que ambos se sentían igual de solos, pensaban lo mismo sobre

las mismas cosas, estaban de acuerdo en todo y compartían idénticas inquietudes.

— ¡Pareces un disco rallado! ¿Por qué ha de estar engañándome? ¿Acaso lo engaño yo a él?

— ¡Tú qué vas a engañar!

— Pues yo también le oculto cosas. Entonces, según tú, también soy una capulla porque no le cuento todo sobre mi vida.

— Tú no engañarías ni a un bebé.

— ¡Claro, soy tonta! Según tú, soy tonta y cualquiera puede reírse de mí y engañarme. No pueden quererme por mí misma, no, eso es imposible, según tú. Aún no sé porqué eres mi amiga. Si soy tan imbécil…

Si esa misma conversación hubiera tenido lugar tan sólo un mes atrás, la habría dañado irremediablemente porque, hasta entonces, la soledad y la falta de cariño habían mantenido su inseguridad bien apuntalada. Pero ya no, las palabras habían perdido potencial para causarle daño porque Román, aún en la distancia, estaba con ella y constituía su punto de apoyo para no caer ante los embistes ajenos.

Alba se quedó callada, pensativa. Las últimas palabras de Nerea habían dado en la diana. Se vio obligada a reconocer que su diplomacia dejaba mucho que desear y que la amistad no era un cheque en blanco para faltar al respeto.

— Lo siento, tía. No he querido decir eso.

— ¡Déjalo! Me da igual.

— A mi no.

— Déjalo ahora, ¿vale?

— El cuerpo no me pide hacer gimnasia, y menos a estas horas…

Cambiar inmediatamente el tema de conversación era una estrategia que Alba solía usar cuando se iba de la lengua. Nerea no respaldó la opinión de su amiga, continuó callada, apuró el paso y mantuvo la mirada fija en el frente, aún compartiendo que la clase de educación física era un

despropósito a esas horas de la mañana, con el cuerpo sin activar, aún medio dormido y la leche del desayuno balanceándose por el estómago. No apetecía nada y una se cansaba sólo de pensarlo. Una hora, una larguísima hora entera en el gimnasio dividida en veinte minutos de trote para calentar, series de abdominales, lumbares, juegos de pelota a cual más agotador, cargadas con peso y todo cuando se le ocurriera para ese día a Quique, el profesor.

El cabreo de Nerea había acelerado el paso y acortado el tiempo de camino, aún faltaban cinco minutos para el comienzo de la clase y los alumnos se iban apalancando por el gimnasio mientras Quique hacía estiramientos en las espalderas y Sonia — considerada la tía “más buena” de todo segundo — revoloteaba por cerca, esperando sin éxito que el profesor le diera pie para conversar. Sin piedad daba latigazos a su rubia melena, cambiándola de un lado a otro; sin pudor despegaba del culo las mallas negras que, de tan ajustadas, le habían endosado el calificativo de “hucha”; con descaro pasaba a su lado, casi rozándole. Y Quique, que encabezaba todas las listas de tíos buenos del Instituto, fueran confeccionadas por el curso que fueran, parecía no percatarse de su presencia y ponía todo su empeño en cultivar aquel cuerpo de pasarela. Nerea disfrutaba contemplando el espectáculo. Sonia fracasaba donde ella triunfaba. ¡Quien lo iba a decir! Román no tenía nada que envidiar físicamente a Quique y, por añadidura, era rico. ¡Y se había fijado en ella y no en una Sonia cualquiera de su Instituto! Sonrió. El triunfo sabía a gloria pura.

A las nueve en punto terminó lo bueno, el profesor se despegó de la espaldera, lanzó dos sonoras palmadas al aire y ordenó veinte minutos de carrera continua para calentar.

Los alumnos corrían en fila de a dos, pegados lo más posible a las paredes del gimnasio porque así lo ordenaba el profesor. Alba y Nerea iban a la cola y a la par cuando, de repente, Alba tropezó contra la madera de una espaldera y se dejó caer al suelo gritando de dolor. Los demás, sobresaltados, interrumpieron súbitamente la carrera y, con Quique a la cabeza, acudieron de inmediato a donde ella yacía tendida en el suelo, en posición fetal, llorando unos momentos y gritando otros.

El profesor se colocó a su lado, en cuclillas, muy cerca, efectuando suaves tocamientos allí donde Alba decía que estaba localizado el daño. Ajena a las envidias que despertaba en el sector femenino, Alba repetía una y otra vez que había tropezado, torcido un tobillo y que se había visto obligada a dejarse caer al suelo porque no soportaba el dolor. Quique le suministraba masajes y le preguntaba si ya se sentía mejor mientras Sonia babeaba y en voz baja se lamentaba de que no se le hubiera ocurrido esa treta a ella. Alba continuaba apretando los ojos y gritando de puro dolor.

— No es para tanto. No le eches tanto cuento y levántate, que no tienes nada.

Quique emitió su diagnóstico con seguridad, luego miró a Nerea y le hizo una señal para que ayudara a la lesionada a ponerse en pie. Nerea sintió una punzada en el pecho cuando los ojos verdes del profesor se clavaron en ella, toda la clase la miraba y se ruborizó, dudó sobre si podría cumplir el cometido, después se agachó junto a Alba, la asió por los sobacos sin demasiado empeño e intentó levantarla.

— ¡Me duele muchísimo! ¡Dejadme! No puedo apoyar el pie.

Nerea desistió. El profesor meneaba la cabeza sin creerse nada y la dejó allí, retorciéndose de dolor, mientras ordenaba a los demás que continuasen con el calentamiento.

A la media hora, Alba seguía en el mismo sitio, con el rostro contraído por el sufrimiento y sin poder mover la pierna ni ponerse en pie. Minutos más tarde una ambulancia la trasladaría a Urgencias del Hospital General de Asturias, donde trabajaba su madre.

No se tardaría en saber que la “tonta” torcedura de tobillo, como la había calificado el profesor, había dado como resultado una fractura del peroné por la que debía permanecer hospitalizada durante dos días, escayolada al menos tres meses, y tardaría mínimo quince días en estar en disposición de asistir a las clases.

El móvil de Nerea sonó de camino a casa.

— Soy Marta, cariño.

— ¿Qué tal está Alba?

— Mal, cariño, mal. Se ha roto el peroné y tendrá que estar muchos días sin ir asistir a clase.

Suspiros y llantos al otro lado de la línea. Parecía una plañidera.

— Lo sé. Nos lo dijo la profe de mates.

— Por eso te llamaba, cariño, para ver si puedes venir por aquí todos los días a traerle los deberes; para que no pierda el curso.

Llantos inconsolables al otro lado.

— Si, claro que puedo.

Los lloros se cortaron repentinamente y Marta recuperó su habitual tono de voz. Marta era una persona previsible en sus intenciones. Las palabras “cariño” y “mi amor” que adornaban sus frases venían irremediablemente seguidas de la correspondiente petición de favor.

— Hacemos una cosa, cariño, si te parece bien…

— ¿Si?

— Cuando salgas de clase, te vienes a comer a casa y le explicas lo que estáis dando. Así no tienes que comer sola en tu casa. ¿Vale, cariño?

— Tengo que comentárselo a mis padres.

Se lo plantearía durante la cena, seguro que no habría problema alguno.

— Claro, mi vida, faltaría más.

Según lo previsto, expuso a sus padres los cambios aquella misma noche, entre mordisco y mordisco a un bocadillo de salchichón. Rosa no prestó atención alguna, Fran se encogió de hombros y ella entendió que tenía carta blanca para hacer lo que quisiera. Pero los mayores inconvenientes ya habían surgido a las tres de la tarde, donde menos lo esperaba.

— ¿Y por qué no haces los deberes con tu amiga a las cinco? ¿Por qué tengo que ser yo quien acomode mis horarios a los suyos? ¿No es ella la que rompió la pierna? ¡Pues que sea ella la que se amolde a mi horario, y no al revés!

Había dicho Román, dejándola de piedra, cuando le propuso mudar el horario de chateo. Él, que hasta entonces había regido su conducta por cánones de dulzura y comprensión, que parecía no importarle la diferencia de clase social ni la distancia con tal de que la relación siguiera adelante, no quería dar su brazo a torcer ante la gravedad de la lesión de Alba. En esos momentos no supo qué contestarle y no le contestó nada. No podía telefonear a Marta y cambiar todos los planes porque ambas, Alba y ella, se enfadarían y, además, no disponía de argumentos para justificar el cambio de horario: era lo mejor, la forma más adecuada y con la que perdía menos tiempo. No le quedaba más remedio que intentar que Román entrara en razón. Tendría que convencerlo a cualquier precio.

— Para mí es + cómdo y aorro tiempo, sino tngo q vnir aquí y lueg vlver a su csa.

— Yo a las cinco no puedo porque llega la asistenta y controla todo lo que hago. Además, todavía no les he hablado a mis padres de ti porque temo que no aprueben una relación por Internet.

<¡Dios! ¡Dios! Me deja, sí, me deja. ¿Qué voy a hacer ahora?>

Temblaba de miedo. Él había sido tajante en su respuesta y no parecía dispuesto a dejarse convencer. Miró al techo y resopló. Tendría que hacer algo, pero no sabía qué. Tendría que intentar hacerle comprender que se trataba de una situación temporal.

— Srán sólo uns días…

— No. No puedo.

< ¡Joder! ¿Por qué tuvo que romper la pierna precisamente ahora? ¡Tengo que hacer algo! ¡Y pronto! Si me deja, me muero.> lamentaba, con la mirada extraviada entre el color rosa salmón de las paredes desnudas.

— Podmos ablar x la noxe, qando ms padrs se vayn a la kma. ¿A ls 11 t parec bien?

— *A esa hora menos todavía*. — dictaminó, anclado en su negativa.

Y Román se desconectó, dejándola plantada ante el ordenador, rogando para que los acontecimientos cambiasen de rumbo.

<¡Dios mío! ¡Joder! Esto es para morirse, todo a la mierda por la tía esta. ¿No pudo pisar bien? No, tuvo que torcer el tobillo precisamente ahora. Parece que lo hizo aposta>

Pasaban los minutos y Román no entraba en razón. Se levantó de la silla y se dejó caer encima de la cama. Rota por un dolor muy hondo que salía no sabía de dónde rompió a llorar en silencio. Él había estado tan frío, tan distante, que apenas le reconocía. Había actuado como si aquella relación fuese una hoja seca que cualquier viento pudiera tirar al suelo y llevar lejos, muy lejos. Ella, invadida por el miedo a perderlo, ni siquiera se atrevía a cuestionarse la desmesurada y extraña reacción de Román ante aquel pequeño inconveniente. Nunca antes se había comportado así. Siempre había sido atento, amable y no escatimaba en halagos hacia ella, haciéndole sentir que los mensajes que ambos intercambiaban eran lo más importante que había en su vida y que durante veinticuatro horas esperaba con ansia a que llegaran las tres de la tarde para chatear.

Continuó acostada sobre su cama, enhebrando unos pensamientos con otros, tomando conciencia de la fragilidad de lo que hasta entonces creía duradero, llorando con los ojos cerrados, aferrada al oso de peluche rosa y horrible que le había regalado la abuela Aurora unas cuantas Navidades atrás, hasta que la mente le jugó una mala pasada aportándole una justificación absurda pero convincente.

— ¡Claro! ¡Es eso! — gritó, saltando de la cama —. Es que no quiere esperar dos horas más, es que no puede esperar dos horas más.

Le atribuía a Román los mismos sentimientos que la colmaban a ella.

— No puede haber otra explicación: está tan loco por mí como yo por él.

Siguió diciendo, esta vez basándose en lo que él le había comentado hacía tan solo una semana cuando en uno de los chats le anunció que iba a poner el noviazgo en conocimiento de sus padres. Román era muy

tradicional y para él no existía el término “amigos con derecho a roce” sino novios y después, con el tiempo, prometidos. También había dicho que, de momento, no les mencionaría que se habían conocido a través Internet porque creía que ese detalle no resultaría de su agrado; que trataría de convencerles para que le acompañasen a Oviedo con el fin de conocerla en persona, que eso sería muy pronto y que se reunirían en algún restaurante para comer todos juntos. De esa forma el noviazgo quedaría definitivamente consolidado.

En ese momento no había acertado a componer una frase digna de tal proposición, simplemente se puso loca de alegría porque él ya la consideraba su novia.

— *¿Te dejarán tus padres? Será a mediodía, cuando salgas del Instituto.*> — había preguntado él.

— *A esas oras no tngo problma xq ells no estn en casa y no sabrn si e comdo en cas o fuera*.

Y se imaginó en un restaurante lujoso al lado de Román, con los padres de carabina. Sería un corte que tenerles allí, presentes en la primera cita, pero si él lo quería así…

— *¡Pues ya está! Voy a ver si les convenzo para que vayamos un día de estos. Puede ser un viernes, así podremos hacer turismo por Oviedo durante todo el fin de semana y conocer la ciudad que vio nacer a mi niña. Aunque pierda las clases no va a pasar nada, por un día... Me urge conocerte, aunque ya sé que eres preciosa porque vi tu foto, pero quiero verte en persona*.

Ella flotaba cada vez que él le regalaba alguno de aquellos cumplidos y nunca sabía qué contestar. Anudar un piropo con otro piropo le parecía, por lo menos, cursi, y por eso solía recurrir al “vale” como única respuesta posible.

— *Te avisaré con tiempo, después ya veremos dónde quedar. A mis padres les gusta comer en restaurantes caros, así que lo elegirán ellos, que también conocen Oviedo. Tú sólo tendrás que decirme dónde te recogemos, del resto nos ocupamos nosotros.*

Esa conversación había tenido lugar hacía tan sólo dos días y parecía que hubiera pasado el infinito desde aquella, desde cuando él estaba dispuesto a todo para conocerla en persona; sin embargo, en esos momentos no consentía en retrasar el chateo dos horas.

— La culpa es mía, toda mía por aceptar ir a las tres de la tarde. Esa es su hora. Tiene razón, le di nuestra hora y eso es imperdonable. — murmuró entre sollozos.

Su conciencia, como la más precisa de las balanzas, le permitió calibrar el peso exacto del sentimiento de culpabilidad sin margen posible de error. Hasta entonces había asociado la culpa con ese insignificante remordimiento que escocía durante diez minutos cuando, tras engullir una cantidad considerable de chucherías, se condenaba a sí misma como cómplice de la celulitis y colaboradora necesaria al ensanchamiento de sus muslos. Pero ahora era distinto: no escocía un poco sino que quemaba las entrañas. Se sentía el ser más miserable que pudiera existir sobre la faz de la Tierra, además de una completa imbécil. Lloraba. Las lágrimas salían a borbotones y no conseguía detenerlas. Le dolía el vientre de tanto sollozar. Se acurrucó en la cama. Replegada sobre sí misma, en posición fetal, el dolor menguó hasta límites casi soportables.

A las seis de la tarde la alertó el sonido característico del mensaje que llega por Internet. Se levantó a comprobar, podría tratarse de imaginaciones suyas. Pero el mensaje estaba ahí, y era largo. Era de Román.

— Perdóname. Me he comportado como un imbécil. En realidad nada me impide chatear a las cinco, pero he perdido el control porque cada día espero con ansia que llegue el momento de hablar contigo y me volví loco con sólo pensar que aún tendría que esperar dos horas más cada día. Después lo he pensado mejor y me di cuenta de que fui un egoísta queriendo acapararte toda para mí, sin darme cuenta de que también tienes familia y amigos. Es lógico que tu mundo no gire entorno a mí y has hecho muy bien en mantenerte firme en la postura de apoyar a tu amiga porque así me has demostrado que eres una persona leal y de principios. Por eso quiero conocerte cuanto antes, si tú aún lo deseas, claro está. Si es así, esta misma noche les hablaré a mis padres de ti y les convenceré para que me

acompañen a Oviedo dentro de dos fines de semana, eso como muy tarde, porque no puedo esperar más.

Se sonó los mocos que habían emergido junto con las lágrimas. El largo mensaje de disculpas y halagos, cargado de humildad y sinceridad, afianzó aún más el amor que sentía por él y el deseo de conocerle en persona.

Una vez más, no acertaba a devolverle la frase que él merecía. Con frecuencia había seguido los consejos de Alba — y Alba los de su madre, Marta, mujer con sobrada experiencia en trato con hombres — y no le había ido nada mal. Según Marta, si un hombre te interesa de verdad y quieres pillarlo ni se te ocurra ir tras él, mucho menos enviarle mensajes a todas horas, ni llamarle más de la cuenta; todo lo contrario: tienes que hacerle ver que eres una persona ocupada, muy ocupada, con intensa vida social, nada de conceder citas para el fin de semana si te lo solicitan después del miércoles, nada de contestar siempre al teléfono cuando te llaman, y a los mensajes se responde al cabo de horas, o días. Pero lo cierto era que a Marta, pese a dominar perfectamente la teoría, algo le debía fallar en la práctica porque su vida sentimental era como el portal de Belén: allí no hacía más que llegar y marchar gente después de quedarse sólo un rato.

— *Entnces… ¿a ls 5?*

Frase corta y sin demasiadas implicaciones, la mejor opción.

— *Claro, mi amor. Mañana a las cinco porque hoy se nos hizo tarde y tenemos que ponernos con la tarea. Quiero que mi niña apruebe todo*.

<Es un sol, se preocupa hasta de mis estudios>. Sonreía con los ojos empañados e hinchados. Risas y lágrimas. Dos polos opuestos, difíciles de encajar en el mismo instante y en el mismo rostro. No sabía si reía de temor a perderle o lloraba de alegría por haberle recuperado. El resultado era una cara enrojecida, con pinceladas de desconcierto, ojos hinchados y una mueca en la boca que se asemejaba a una sonrisa abortada justo a tiempo.

— *Asta mañana, entoncs*.

— *No te retrases ni un minuto. No podría soportarlo*.

Sintió que le amaba un poco más, si cabía.

— No lo aré.

Al día siguiente, inconscientemente, mientras pensaba en Román y en el disgusto del día anterior, dio el rodeo hasta el final de la calle Molín del Toro para recoger a Alba en su portal. Durante un rato estuvo esperando, maldiciéndola por tardar tanto, como siempre; hasta que se percató del cambio de circunstancias.

Después, con diez minutos de retraso, salvó el camino aprisa, centrándose de lleno en el paisaje urbano para entretenerse, a falta de la ración diaria de cotilleo, reprimendas y consejos que corrían a cargo de Alba. Atajando por la calle Ramón Romea y bordeando el campo de fútbol Manuel Díaz Vega salió al paso de peatones que cruza Cardenal Álvarez Martínez para enfilar después la calle Ciudades Unidas. Tranquilidad, calles casi desiertas, pocos coches, un gran campo a la derecha esperando la plantación de nuevos edificios, un paso de peatones que atraviesa la calle de la Corredoria Baja, aumento del tráfico y del ruido. Encandiló el pasadizo que sale a José Remís Ovalle. Amplísimos aparcamientos, no se sabe para qué porque la mitad permanecían libres; y, al fin, en la confluencia de las calles José Remís Ovalle con Francisco Pintado Fe, apareció la fachada del Instituto, con forma similar a una gran caja de color gris colocada de forma vertical y atravesada por otra más larga y estrecha en color arena. “Una horterada que ha nacido para burlarse de la estética urbanística” había dicho Marta un día que las acompañó al Instituto. Nerea opinaba que no estaba tan mal. Además, era nuevo, construido en 2007 con un presupuesto millonario, equipado con todo lo necesario y con amplias aulas distribuidas en varias plantas: semisótano, planta baja, primera y segunda..

Pero la modernidad del edificio era lo de menos ese día y en ese momento. Lo de más era que estaba condenada a pasar al menos quince recreos sola, sentada en el banco que hay junto a la verja de entrada, con un libro en la mano para disimular y hacer ver a los demás que permanecía ocupada estudiando o leyendo algo, que no estaba sola porque no tenía a nadie con quien estar sino porque estaba ocupada. En realidad no vería ni

las letras porque estaría pensando en Román y sólo de vez en cuando se acordaría de que debía pasar una página por si había alguien observándola. Después otra vez las horas de clase; su mirada iría a parar de vez en cuando a la silla que ocupaba Alba, ahora vacía, y ya no miraría a Aitor. Aitor había pasado a la historia. Román lo había desplazado hacia un rincón lejano de la mente, al que accedía sólo en contadas ocasiones, que eran justo cuando se le cruzaba por delante y resultaba inevitable verlo y pensar en él durante un instante. No alcanzaba a comprender qué había visto en él: no era más que un niñato repeinado.

A las dos y media iría para casa de Alba, almorzarían juntas y después le ayudaría con los estudios. Marta era muy buena cocinera — a mil años luz de Rosa — y tendría la mesa dispuesta con mantel y vajilla de diseño para saborear un primer plato, un segundo y el postre casero; además, allí no tenían la coca-cola restringida a los domingos, como ocurría en casa.

Inmediatamente después, con la panza llena, apurarían los deberes para terminar cuanto antes — en realidad les ocupaban poco más de media hora — luego descuartizarían y analizarían pormenorizadamente cada palabra de cada frase que Román escribía en el chat. Bueno… cada palabra de las que Alba tenía conocimiento, que no eran todas ni mucho menos, por supuesto. Y, una vez sacadas las conclusiones oportunas, saldría corriendo para llegar a casa a las cinco porque Román la estaría esperando en Tuenti.

Nerea esquematizaba lo que sería su vida durante los quince días siguientes, sin saber que la vida está compuesta de muchas variables y muy pocas dependen de nuestra voluntad.

— *¡Ya se lo conté a mis padres! Fue ayer durante la cena*.

Decía el mensaje que la recibió ese miércoles once de noviembre.

Sonrió. <Esto no puede estar pasándome a mí>. Se habían confesado mutuamente que eran almas gemelas, que un amor así no se encuentra dos veces en la vida y que era necesario sellarlo con una especie de compromiso, pero no esperaba que fuese tan pronto.

— *¿Y q opinan d sto?*

Estaba ansiosa por conocer la reacción de los que parecía iban a ser, dentro de algunos años, sus futuros suegros.

— ¡Están encantados! Quieren conocerte cuanto antes. Mis padres son muy abiertos y lo tomaron muy bien. Te dije que sería así. En principio temí que no les gustase demasiado el hecho de que nos hayamos conocido a través de Internet, pero me equivoqué.

En el rostro de Nerea volvió a asomar aquella sonrisa que últimamente solía llevar siempre puesta. Le temblaban las manos de felicidad y de nervios. Tampoco sabía qué responder ni si podría hacerlo porque las manos no paraban, iban por libre, sin obedecer órdenes. Finalmente, como siempre y como pudo, escribió una frase que para nada evidenciaba lo ansiosa que estaba por formalizar aquel noviazgo.

— ¡Q bien! Pues ls míos no sabn nada aún.

— ¡Y es mejor que no lo sepan, de momento! Hay que hacer las cosas bien, paso a paso.

La respuesta la sorprendió, cuando menos. Si él había decidido poner a los suyos al corriente ¿por qué no podía ella hacer lo mismo? ¿Por qué era mejor esperar? Dudó sobre si debía preguntar o mantenerse callada.

— ¿Sigues ahí?

Seguía dudando si plantear la pregunta o no. No quería estropear nada, pero también era protagonista en aquella historia y los planes que hicieran debían hacerlos juntos, estando los dos de acuerdo.

— Sí, sigo aquí, pro no ntiend k q ts padrs puedn sabrlo y ls míos no.

— ¡Porque sólo tienes trece años!

— ¿Y…?

— Y mis padres estaban deseando que me echara novia porque siempre me veían tan aburrido que me lo repetían constantemente. Ahora me ven feliz y están encantados con el cambio; sin embargo a los tuyos no creo que les guste que tengas novio tan pronto.

Los argumentos eran convincentes. < ¡Ah, es eso! Tiene razón, no les iba a hacer ninguna gracia, sobre todo a ella, que constantemente repetía

aquello de que, de ser ahora, jamás se hubiera casado, ni tenido novio siquiera. Aunque, cuando le contase que el novio en cuestión está forrado seguro que cambiaría de opinión y diría: ¡Niña, que no se te escape, átalo con una buena lazada, que ese corzo no vuelva al monte!>. Rió a carcajadas imaginando toda suerte de apuros y preocupaciones que asaltarían a Rosa en sus intentos de estar a la altura de la nueva familia: cita inmediata con la peluquería para teñir el pelo de rojo, malabarismos económicos para colgar un bolso de marca en el hombro, dieta expres porque la gente chic no está gorda y una larga lista de etcéteras que les conducirían a la quiebra definitiva. Sí, mejor mantenerla en la ignorancia, al menos de momento.

— Tiens razón.

Siguió riendo y pensando en lo acalorada que se sentiría Rosa si tuviera que sentarse a la mesa con unos futuros consuegros millonarios y sin tener un bolso caro que ponerles por delante.

— Yo creo que es mejor que conozcas primero a mi padre; y después, para el verano, iremos de vacaciones a Oviedo y entonces tú nos presentas a los tuyos.

— ¿Y tu mdre? ¿No va vnir?

— No puede. Es cirujano y tiene guardias casi todos los fines de semana.

— ¿No ay nadie q la sustituya?

— Es la mejor. Gana una pasta pero también se lo curra mucho.

— ¿Y q día vais a vnir?

— De viernes en dos semanas, el veintisiete.

Confirmó en el calendario del teléfono móvil. ¡Sólo quedaban diecisiete días! ¡Dios mío! Se le tensaron los músculos como cables de acero. Tendría que rematar demasiadas cosas en muy poco tiempo. Necesitaría comprar algo de ropa, adecuada para la ocasión. Imposible, pasado el día diez sus padres estaban pelados de dinero; entonces recurriría a lo que tenía en el armario y lo conjugaría lo mejor posible. Tampoco estaría de más una visita a la peluquería: unas mechas un poco más claras

que su color de pelo natural dulcificarían el rostro. Una buena depilación resultaría imprescindible: había que retirar urgentemente aquel bello que le cubría la cara. Aunque era fino había que quitarlo de todos modos. Además, la ocasión requería unas botas de tacón alto que la pusieran al menos en el metro sesenta y cinco. ¡Y dieta! ¡Tendría que hacer dieta! Ya en el empeño, en diecisiete días podría perder al menos cuatro kilos si se lo proponía en serio y con ganas. Y también estaban los modales: debería practicar buenos modales porque ellos eran gente importante. Tendría que ensayar durante horas delante del espejo.

— *¿Sigues ahí?*

— *¿No será dmasiad pront? ¿No sería mjor retrasarlo un par d smanas ?* — tanteó.

Temblaba mientras las tareas pendientes se multiplicaban en su cabeza. Cada segundo se sumaba alguna nueva.

— *No puede ser, porque luego se echan las Navidades encima y mis padres andan muy liados. Preparan recepciones en casa y todos los días tenemos invitados. No podemos ausentarnos de casa en Navidad ni en los días anteriores. Y yo no puedo esperar hasta enero, me volvería loco.*

<´¡Recepciones en casa! ¡Dios mío, sí que son gente importante! Deben tener una casa preciosa donde reciben gente elegante, señoras de esas que se ponen vestidos de noche y cosas por el estilo>.

Miró a su alrededor: diez metros cuadrados en total, pared color salmón desnuda, escaso mobiliario de Ikea, muñecos sobre la cama como único adorno. ¿Qué pensarían Román y sus padres cuando vieran aquello? Se le erizó el vello: no estaba a la altura de aquella gente.

— *¡Ah! Entoncs no qda + rmedio, tndrá q ser el 27…>* — escribió con manos temblorosas.

— *Pero no te preocupes, todo saldrá bien. Mi padre es una persona muy sencilla, ya lo verás.*

— *No lo dudo, pero…*

— *¿Entonces?*

— Es q no se m abía ocurrido q pudiera sr tn pronto.

— Es mejor así, preciosa. Estoy deseando verte en persona, darte ese beso que ya me quema en los labios de tanto que está tardando y abrazarte cuanto antes. Yo no puedo esperar, Nerea. Se me van a hacer eternos los días que faltan hasta el veintisiete. Te quiero.

Hasta entonces, Román le había dicho cosas muy bonitas. Era todo un caballero, a leguas se notaba que procedía de muy buena familia y sus halagos se columpiaban entre lo atrevido y lo romántico, sin rayar jamás la grosería; pero nunca hasta entonces le había brindado un "te quiero". Paladeó lentamente las palabras de aquel mensaje. Tanteó su significado. Se preparó para responder: procesaba información, ordenaba pensamientos y elegía palabras. No lo consiguió. Había quedado varada en el vacío, aturdida ante esas dos palabras, ausentes en su vida porque sus padres no las tenían en el vocabulario, no al menos juntas y en ese orden.

— Estás muy callada hoy. ¿Aún sigues ahí?

— Esty pnsando…

— ¿En qué?

— En ts 2 últims palabrs.

— Es la pura verdad: te quiero, te quiero, te quiero…

Le seguía sonando a música celestial, preciosa pero extraña. En las películas los amantes solían decirse esas cosas, pero jamás las había escuchado en la vida real, en su entorno, y mucho menos dirigidas a ella. Y era maravilloso. Sonaba, mejor dicho, se leía, maravilloso.

— Yo tmbién.

Fue lo único que acertó a contestar. No consiguió desatar definitivamente su corazón para responder con otro "te quiero" porque le parecían palabras mayores. A veces, pocas, la asaltaba la sensatez para recordarle que la relación aún estaba en pañales, que ni siquiera se conocían en persona, sólo por una fotografía y algunas horas de chat. En esas ocasiones, la prudencia la aturdía a preguntas y se veía obligada a improvisar respuestas para acallarla. ¿Cómo podía él saber que la quería?

¡Si ni siquiera la había visto! ¿La querría a ella o a la chica tímida y prudente que pretendía ser en el chat? ¿A la de cara con cutis perfecto, gracias al buen toque de maquillaje que tenía Alba? Pero esa no era ella. Sí, era tímida, dulce, prudente y, a veces, alegre y divertida; pero su físico dejaba mucho que desear y si el hada madrina apareciese le pediría tantos cambios que acabaría gastando su varita mágica.

— Con eso me basta, de momento…, pero quiero que llegues a amarme como yo a ti.

— Tngo q djart x oy, se m ace muy tard y van a llegar mis padrs.

Se sintió mal por la forma en que había cortado una conversación tan interesante, pero era cierto: su padre llegaría pronto. Por otro lado, según el manual de Marta, había que tener siempre la sartén por el mango, saber cortar la conversación y retirarse en el punto álgido, para ganar interés por parte de la otra persona.

— Vale, pues nos quedan unos días. Ya te iré diciendo. Hasta mañana mi amor, mi niña.

— Chao.

Últimamente él siempre la llamaba “mi niña”, esa era la cláusula que utilizaba para culminar el chateo, como una letanía que repetía en cada despedida y que a ella le dejaba el pensamiento volando por las nubes durante un buen rato; después le costaba Dios y ayuda bajarlo a la tierra para concentrarse en los estudios. Y esa escueta frase, que en los comienzos ella había calificado como muy posesiva, había comenzado a agradarle más y más a medida que transcurrían los días y las sesiones de chat. Ahora le encantaba pero, aún así, seguía prefiriendo el “mi amor”, aunque casi siempre iban juntos. En esas cuatro palabras, Román aglutinaba amor y ansia de posesión. Y a ella le seducía la idea de pertenecer a alguien y de que alguien le perteneciera, especialmente si ese alguien era Román.

Nada más apagar el ordenador, cuando su pensamiento aún no había tocado tierra, llegó un mensaje de Alba.

— ¿Q t a contad oy?

Se moría de ganas por confesarle todas las novedades: que ya eran novios, “formales”, como decía Román, que vendrían a Oviedo para conocerla y que estaba enamorada hasta las trancas. Cuando ya había comenzado a escribir el mensaje tuvo arranque de sensatez y lo borró. Debía preservar aquel amor de cualquier descalabro y, conociendo el carácter desconfiado de Alba, seguro que pondría el grito en el cielo y se empeñaría en acompañarla a la cita con pata coja y todo; después, ya en el restaurante, entre bocado y bocado, atosigaría a Román y a su padre con una retahíla interminable de preguntas: ¿a qué se dedica usted?, ¿dónde viven exactamente? porque mi madre conoce muy bien Madrid, ¿tienen más hijos?, ¿qué estudian?, ¿cómo ve usted los noviazgos que empiezan por Internet?... Definitivamente, Alba debía permanecer al margen, no debía saber nada de la cita y era una suerte que estuviera en su casa inmovilizada.

— Tdo bien, cmo siempr. Pro, tía, ya t cuent mañana, q me aces gastr sald.

— ¡Y tú a mi! ¡Q no tiens whats app!

— T cuent mañana. Aora tngo debers.

— Vale, tía, vale, es q stoy supraburrid.

<Que no tienes whats app, que no tienes whats app. ¿Y qué pasa si no tengo whats app? No desaprovecha ocasión, la tía, para hacerme quedar mal. ¡Bah! Esta se va a enterar. No sabe ella con quien estoy saliendo yo. Cree que es una tontería, pero esto es serio, muy serio, y estos no son cualquiera, sino gente con mucho más dinero del que ella, ni la tonta de Jenny, ni la cursi de Sonia, han visto en toda su puñetera vida.>

OceanofPDF.com

VIII

A las ocho de la mañana Fran estaba exhausto, pero sobre todo preocupado, muy preocupado. En ninguno de los hospitales públicos y privados, servicios de emergencia, bomberos y Guardia Civil tenían conocimiento ni habían atendido a una chica que respondía al nombre de Nerea Iglesias López, nacida en Oviedo el 5 de septiembre de 1996, hija de Francisco José y Rosa María.

Marcó en su móvil el teléfono de casa. Rosa ya se habría levantado y estaría preparándose para ir a trabajar después de haber dormido como una marmota, indiferente al hecho de que él pasara la noche buscando el rastro de la niña.

Interrumpió sus profecías al comprobar, pasmado, que respondía al teléfono antes del segundo timbre.

— ¿Rosa?

— No está en casa, Fran; tampoco ha llamado. ¿Dónde estás?

Palpó su voz afónica. Contra todo pronóstico, parecía que ella tampoco había pegado ojo en toda la noche.

— En General Yagüe, frente a la Policía.

Escuchó sollozos y suspiros, después un corte en la línea: había colgado el teléfono, sin más. <Bueno, ya le contaré luego. Lo primero es lo primero.> clarificó, meneando la cabeza. Rosa era una mujer alocada, de reacciones imprevisibles.

Había aparcado en un hueco libre que encontró por gracia del Señor, cosa rara en aquellas calles céntricas. Dentro del coche, sin saber en qué invertir el tiempo que restaba hasta las nueve de la mañana, tiritaba de frío. La mojadura de la noche anterior le había secado encima dejándole la piel reblandecida, los huesos doloridos y el ánimo quebrado. Además, estaba desfallecido. Quizá solo fuera hambre la causa de su malestar; desde la última comida habían pasado casi veinticuatro horas y necesitaba tomar

algo. Salió del coche y se puso a caminar, sin rumbo fijo, sólo pendiente de encontrar un bar abierto. No tuvo que esforzarse demasiado para buscar y entró en el primero que le salió al encuentro: una tasca un tanto cochambrosa, el suelo aún alfombrado con cáscaras de cacahuetes del día anterior, mesas adornadas con cercos que habían dejado los vasos y un camarero barrigón, que supuso era el dueño, con media camisa por fuera del pantalón y cara colorada; quizá él mismo fuera el mejor cliente de aquel tugurio. Pero, a esas horas y en sus circunstancias no estaba para remilgos. Se acercó a la barra y pidió un café bien cargado, cuatro terrones de azúcar y una magdalena. El dulce aplacaría el vacío que sentía en el estómago y el café caliente le aportaría el ánimo necesario para continuar y, todo junto, espantaría aquel frío que se filtraba hasta los huesos.

El camarero, a falta de otros clientes, le atendió con diligencia. El café echaba humo y la magdalena quizá estuviera caducada, a juzgar por su aspecto reseco. Le asestó el primer mordisco. Las apariencias no engañaban: fue como meter un pedazo de corcho en la boca. Además, dejaba un ligero sabor a moho. Intentó pasarla con un sorbo de café pero algo falló en su estómago y se vio obligado a abandonar rápidamente la barra, con tiempo justo para llegar al excusado y vomitar lo poco que había ingerido. Arrodillado ante el inodoro, a la magdalena y al café les siguió un líquido amarillo que arrancaba del fondo del estómago con cada arcada.

Cuando hubo expulsado hasta la razón, retiró la cabeza del inodoro y se puso en pie. A la derecha, un espejo cuadrado, medio oxidado y sin marco reflejaba su imagen, cometió el error de reparar en ella y comprobar lo que había dejado el naufragio de una noche interminable: el pelo grasiento y despeinado se asemejaba a una grotesca peluca plateada, la barba canosa de tres días formaba una mancha sobre la cara, las ojeras enmarcaban y hundían sus ojos. ¡Le habían caído diez años encima en una sola noche! Al aspecto desastroso se sumaba la ropa arrugada por la lluvia y el ajetreo de la noche, adobada con aromas a sudor y a humedad < ¡Parezco un mendigo!> dedujo, mientras levantaba el brazo para olerse el sobaco y se preguntaba cómo iba a presentarse en la Comisaría con semejante aspecto. Pero no había tiempo que perder, no podía ir a casa para darse una ducha y cambiarse de ropa porque debía hablar cuanto antes con esos policías de paisano para que comenzase la búsqueda de su hija.

Salió del bar, cruzó la calle sin precaución alguna y siguió caminando por la acera. A esas horas de una mañana de sábado apenas había tráfico. Poco más adelante, emergió la Comisaría de Policía con su puerta desierta. Nada que ver con los días de semana, cuando la cola de personas que aguardaban para hacerse el documento de identidad rodeaba el edificio como si de un cinturón se tratase. Salvó los pocos pasos de escalera. En el último peldaño apareció el policía de Seguridad.

— ¿Podría hablar con el servicio de Incidencias?

Le preguntó, sorprendiéndose del dominio de vocabulario policial que había adquirido en unas pocas horas.

— ¿Quién es usted y por qué desea hablar con el Servicio de Incidencias?

El uniforme le había confundido: no estaba ante el mismo policía de la noche anterior. Este era un hombre de casi sesenta años, calvo, de tez morena y una figura atlética que no concordaba con las arrugas de su rostro. Se vio obligado a explicar de nuevo su desventura.

— Llegarán a las nueve de la mañana, pero aún son las ocho y media.

Fran volvió la mirada hacia la calle. Tendría que pasar media hora deambulando por allí, a la espera. Estaba helado, le dolían pies y manos de frío, y el corazón de ausencia; y afuera soplaba un viento gélido que parecía andar a puntapiés con las últimas hojas desprendidas de los árboles en el cercano parque de San Francisco.

— Aguarde en la Sala de espera. Yo le avisaré tan pronto lleguen. Además puede sacar un café caliente de ahí.

El policía señalaba con el dedo una máquina expendedora que se ocultaba en un cruce de sombras de la escalera que ascendía al primer piso.

— Gracias, agradezco su amabilidad.

La sala de espera se mantenía tan vacía y tan azul como la noche anterior. El ambiente, en cambio, era otro: policías de uniforme salían apresurados para iniciar su servicio de patrulla; otros de paisano se iban a sus casas con la cara desencajada después de toda la noche de servicio;

saludos, despedidas, timbres de teléfono, risas, prisas y alboroto. Fran ocupó el mismo asiento que le había acogido horas atrás, cerró los ojos y dejó pasar el tiempo, procurando no pensar demasiado.

A la media hora, aproximadamente, entró en la sala el mismo policía para anunciarle la llegada de los agentes que atendían las incidencias surgidas durante el fin de semana. Fran se levantó inmediatamente bajo la atenta mirada del policía, usó los dedos como peine para arreglar un poco el pelo, planchó camisa y pantalón con la palma de la mano y abrochó el anorak. Quería estar presentable. El policía entornaba los ojos al mirarle: sentía lástima. Los muchos años de servicio público no habían conseguido horadar su sentido de la compasión.

El policía le guió escaleras arriba hacia el primer piso. Con el camino iluminado por un plafón amarillento y cubierto de polvo llegaron a un descansillo del que partía un largo pasillo con puertas a ambos lados, también pintadas de azul. El policía se detuvo frente a la cuarta puerta de la derecha, aspiró hondo, enderezó la espalda y picó varias veces con los nudillos, después aguardó firme hasta que una voz desde dentro le autorizó a entrar. Se asomó con respeto y anunció al visitante.

— El señor Francisco José Iglesias desea hablarle. La pasada noche denunció la desaparición de su hija.

Del interior no llegó respuesta alguna. No obstante, el policía le indicó que podía pasar.

A Fran le recibió una oficina muy bien amueblada, espaciosa, luminosa y con olor a lavanda mezclado con algo más fuerte. Había tres mesas grandes, adosadas a cada una de las paredes, limpias, sin papeles ni otros estorbos, sólo un ordenador por mesa. Varias plantas y un mural con fotografías como única decoración. Detrás de la mesa que enfrentaba a la puerta, esperaba sentado un hombre de unos cincuenta y tantos años, muy delgado, casi escuálido, con bigote canoso y gran mata de pelo liso plateado. Tras ponerse en pie se presentó como el Inspector Núñez y le tendió una mano huesuda pero firme. Fran se sonrojó y bajó la mirada ante aquel hombre impecablemente vestido con su pantalón de pinzas de buen

paño y bien planchado, en el mismo tono marrón que el jersey que lucía con el dibujo de un pequeño cocodrilo en la parte derecha.

— Tanto gusto. — respondió Fran, ofreciéndole la mano derecha mientras, con la izquierda jugueteaba con los botones del anorak para aplacar los nervios.

Con un gesto de mano, el Inspector Núñez le invitó a sentarse en una de las dos sillas que había frente a la mesa. Con respeto y nervios a flor de piel, Fran tomó asiento; luego miró al Inspector y entendió que debía comenzar a relatar su caso cuando le vio cruzarse de brazos, mirarle directamente a los ojos y arquear las cejas.

— Desde ayer no tengo noticias de mi hija. Tendría que haber regresado a casa a las tres de la tarde, después de salir del colegio, pero no lo hizo. Intenté hablar con ella por teléfono, pero lo tiene apagado.

— ¿Había ocurrido otras veces?

— No, jamás.

El Inspector torció boca y bigote hacia la izquierda. Se chasqueó los dedos, gesto que a Fran le produjo repelús y le incitó a desviar la vista hacia la pared donde, por casualidad, identificó la procedencia del intenso olor a lavanda: un ambientador enchufado a la corriente eléctrica.

— ¿Tiene novio? ¿Suele salir de noche?

— No, no tiene novio, al menos que yo sepa. Sólo llevamos un año viviendo en el domicilio que consta ahí — aclaró, al identificar su denuncia en un documento que el Inspector tenía ante sí — y ella lleva un curso en este Instituto. Sólo tiene una amiga y nunca ha salido de noche.

— Hay que llamar a los hospitales, por si le hubiera ocurrido algo y estuviera ingresada.

— Los recorrí todos durante la pasada noche, uno por uno, y no hay ni rastro de ella. También llamé a la Guardia Civil, Policía Local, Cruz Roja, Policía Autonómica…

El Inspector torció el bigote de nuevo y mudó la expresión por otra mucho más seria, si cabía. Luego acometió un tiempo muerto, su mirada

escaló la pared de enfrente durante unos segundos y, acto seguido, procedió a leer detenidamente la denuncia. Al término, levantó el auricular del teléfono.

— ¡Juan, ven! Tenemos un posible caso de desaparición inquietante.

Y Fran se inquietó aún más, si es que eso era posible, al oír de boca del Inspector que la ausencia de su hija era un caso de "desaparición inquietante". ¿Qué significaría "inquietante" exactamente? ¿Qué Nerea estaba en peligro? ¿Qué clase de peligro? ¿Accidente? ¿Enfermedad grave? No se atrevió a seguir planteando cuestiones a su mente, ni a preguntar al Inspector el significado del término "inquietante". Bajó la mirada para no ver la cara que tenía delante: su expresión no auguraba nada bueno. Esperó la llegada de Juan y el desarrollo de los acontecimientos.

En menos de un minuto entró Juan por la puerta, apresurado, adelantando su abultada barriga a un cuerpo orondo rematado por una cara rechoncha, infestada de pintas encarnadas y coronada con una mata de pelo rizado con algunas entradas en los laterales. Por su aspecto descuidado, o quizá por otros motivos que Fran desconocía, al Inspector pareció desagradarle su presencia: arrugó levemente la nariz y entrecerró los ojos.

— ¡Aquí estoy, Jefe!

Se situó cerca de ellos, tan cerca que el sudor con solera consiguió predominar sobre el lavanda que hasta entonces avasallaba la estancia. A Fran se le terminó de descolocar el estómago.

— Este señor es Francisco José Iglesias, padre de Nerea Iglesias López, de trece años, desaparecida desde ayer. Ya nos han subido la denuncia pero necesito que elabores un dossier en el que conste la rutina diaria de la chiquilla; después hay que ir a su casa para hablar con la madre y, si acceden, revisar la habitación de la chica, por si pudiera aportarnos alguna pista. A veces dejan notas como teléfonos o direcciones. También hay que hablar con la amiga, seguro que ella dispone de información a mayores. Mientras tanto, yo voy a ver el parte de incidencias de la Comisaría y a hacer gestiones en los hospitales. Aunque ya estuvo usted en todos ellos — dijo, dirigiéndose a Fran — vamos a comprobarlo de nuevo, por si hubiera ingresado a posteriori.

Esa vez, el Inspector habló despacio, arrastrando las sílabas, con la mirada enfocada hacia los ojos de Juan, como si temiera que sus instrucciones resultaran incomprensibles para el policía. Indiferente, Juan tomaba nota a toda prisa. Parecía dispuesto y trabajador pero, al mismo tiempo, daba la impresión de que andaba un poco por las nubes.

— Señor Iglesias, acompáñeme.

Dijo mientras, con el dedo índice, señalaba la mesa de la izquierda. Fran se levantó de inmediato; estaba cansado y hasta el más mínimo esfuerzo costaba, pero el deseo de terminar con la burocracia y comenzar la búsqueda pujaba más que el decaimiento.

— Siéntese, por favor.

Juan se acomodó en su asiento, del cajón de la mesa extrajo bolígrafo y dos folios en blanco, enfrentó la mirada de Fran y dio comienzo a la sarta de preguntas: a qué hora se levantaba Nerea, a qué hora salía de casa para ir al Instituto, recorrido que seguía para llegar, si lo cumplimentaba a pie o la trasladaban en coche, si iba sola, a qué hora terminaba las clases, si regresaba sola o acompañada, hora de llegada a casa, si solía salir durante la tarde…

Tras cada pregunta, Fran se tomaba su tiempo para la respuesta debido unas pocas veces a que el cansancio ralentizaba su mente y tardaba en procesar la cuestión, y en la mayoría de las ocasiones porque desconocía la respuesta y se veía obligado a aventurarse a responder siguiendo la lógica, duplicando las precauciones para no contradecirse. En realidad, únicamente pondría la mano en el fuego por dos o tres de las respuestas que había dado; el resto sólo eran suposiciones. Creía que no, que su hija no salía de casa por las tardes, pero ya no estaba seguro de nada porque lo cierto era que Nerea ocupaba los días en compañía de otras personas o sola.

A eso de las doce de la mañana estaba agotado y Juan continuaba formulando preguntas redundantes a las que ya había contestado con anterioridad. A las doce y media, el policía dio por terminado el cuestionario y abandonó el despacho dejándole solo frente a una mesa repleta de folios garabateados con una caligrafía que dejaba mucho que

desear y que entendería su autor y nadie más. Al rato regresó, tintineando un contundente manojo de llaves.

— Señor Iglesias, si da usted su consentimiento, nos gustaría ir a su casa para hablar con la madre de Nerea y echar un vistazo a la habitación de la chica.

Fran asintió en silencio y se levantó con intención de guiarles hasta casa, deseando que llevaran a cabo algo fructífero para la localización de su hija, lo que fuera, pero algo.

— Tu compañero te espera en la puerta.

Intervino Núñez tras largo tiempo de silenciosa presencia. Tan silenciosa que Fran hasta se había olvidado de que aún continuaba en el despacho.

— De acuerdo, Jefe.

Fran se despidió del Inspector con un simple gesto de cabeza; después vistió la todavía húmeda chaqueta y siguió a Juan a través de un entramado de puertas y pasillos que desembocaba en un patio interior descubierto. Allí les esperaba un Renault Megane color gris, sin rótulos que proclamaran su pertenencia al Cuerpo de Policía. En el asiento del copiloto, un hombre joven del que Fran supuso era un policía vistiendo de paisano. Juan franqueó la puerta trasera y le invitó a subir

— Tengo mi coche aparcado al final de la calle Uría, delante de la Estación. — expuso Fran, con un pie dentro y otro fuera del coche.

— Suba. Le acercaremos hasta allí para que lo recoja, después vamos detrás de usted hasta su casa.

Saludó al policía que les aguardaba dentro y, como pudo, se acomodó en el asiento trasero. La parte posterior del coche policial, generalmente destinada al transporte de los detenidos, encerraba un surtido de inidentificables olores que a Fran le provocaron náuseas. Con el estómago aún desentonado a causa del café, la magdalena y el sudor de Juan, sospechó que aquel tufo le remataría. Por ende, Juan conducía como un loco: frenazos repentinos, arranques agresivos y giros vertiginosos. Fran derrapaba sobre el asiento de plástico, las rodillas golpeaban contra la

mampara, también de plástico, que le separaba de los dos policías, y se vio obligado a aferrarse con fuerza al lateral para no ir dando bandazos de izquierda a derecha, y viceversa. < ¡Menos mal que la calle Uría está cerca> pensó, seguro de que, de no ser así, no podría soportar el trayecto. Aun así, se le hizo eterno.

Les acompañaba un policía joven, de menos de treinta años, gesto serio, pelo desaliñado, ataviado con ropa sport amplísima y gafas oscuras totalmente innecesarias en aquel día en que el sol parecía dado a la fuga.

Al final de la calle Uría, justo en el paso de cebra y a pocos metros del coche de Fran, se encontraron con un gran despliegue de Policía Local y dos ambulancias. Los destellos luminosos de sus vehículos ponían la nota de color a aquel día gris. Con la intención de brindar su ayuda, Juan detuvo el coche, se apeó aprisa y se perdió entre lluvia y luces de colores. El otro policía ni se inmutó. Fran suspiró en silencio; el viaje se prolongaría unos minutos más y él estaba al límite: aquel olor penetrante le revolvía las entrañas. A los tres minutos y dado que, al parecer, su presencia resultaba del todo prescindible, Juan estaba de vuelta.

— ¿Dónde dejó el coche? — preguntó Juan una vez esquivado lo que parecía el atropello a un peatón.

— Ahí, delante de la Estación. Es aquel Ford Fiesta.

Sintió una punzada de vergüenza al señalar su viejo coche. Se veían pocos tan destartalados, signo evidente de lo cerca que se había quedado en la vida.

Aparcaron al lado y, aún desde el asiento trasero y separado por una gruesa mampara, le pareció percibir un corto gesto despectivo en la cara del policía joven. Fran, enojado, frunció el entrecejo; estaba harto de esa situación: veía, o creía ver, ese gesto muy a menudo.

— Vaya usted delante, le seguimos.

Salió corriendo para esquivar la lluvia y, al meterse dentro del coche, tuvo la sensación de que el apestoso olor le había seguido hasta allí. Abrió las ventanillas para que el viento frío hiciera su trabajo mientras él se ponía en marcha.

La mañana de sábado unida al inclemente día propiciaba calles desiertas. En menos de diez minutos se encontraron al pie del último edificio de la calle Molín de Pachón donde, de forma inusitada, no quedaba ni una sola plaza de aparcamiento vacante. Juan estacionó sobre la acera, sin más miramientos. Fran hizo lo propio. Luego abrió el portal y los policías le siguieron. Entraron al ascensor. Silencio y miradas que se clavaban en el suelo para no encontrarse. Parada en el tercer piso. Fran abrió la puerta y los policías permanecieron en el umbral.

Al tiempo que Fran entraba, Rosa salía de la cocina con los ojos hinchados y las lágrimas resbalándole por las mejillas. Encorvada y con el semblante triste parecía que también a ella le habían caído de golpe diez o más años encima. Se quedó parado frente a ella pensando que, en ese momento, poco quedaba de la mujer prepotente que amenazaba con darle una tunda a su hija tan pronto asomara la nariz por la puerta de casa. Sin embargo, fue lo que vino después lo que le llevó a la convicción de que realmente estaba ante otra persona: Rosa se abalanzó sobre él y le echó los brazos al cuello para cubrirle de besos y llanto. Sorprendido, confundido y con la cara húmeda, Fran no supo reaccionar. Hacía años, más de una década, que su mujer no le obsequiaba con un abrazo y muchísimo menos con un beso. Por un momento le pareció que se estaba burlando de él e intentó apartarse. Ella rechazó el rechazo y se aferró a su cuello con tanta fuerza que le provocó daño en las cervicales. Fran resopló: no le gustaba aquella situación por absurda y porque no deseaba contacto físico alguno con Rosa. Calculó que, o empleaba la fuerza bruta o no conseguiría desprenderse porque ella era una mujer vigorosa. Un segundo después recalculó que, con la policía a la puerta, no convenía hacer alarde de poderío.

— Mira, Rosa, estos señores son de la policía. Quieren hablar contigo y echar un vistazo a la habitación de Nerea.

Entonces Rosa se apartó y, como desorientada, hurgó con la mirada en la dirección que le indicaba su marido pero, con los ojos empañados y la mente aturdida, sólo percibió dos siluetas que se recortaban más allá del marco de la puerta. Aun así, se encogió de hombros y se hizo a un lado para que entraran.

Fran respiró hondo al verse libre. Confiaba en que aquel abrazo respondiese a un arrebato aislado, sin mayores consecuencias y, por supuesto, sin continuidad ni reiteración. Con los años, el cuerpo de su mujer se había convertido en un intruso cuya presencia le molestaba. Esquivarla, hasta ese momento, había resultado tarea sencilla: en la cama, su calor se diluía en el abismo de los treinta centímetros que procuraban dejar en medio; en el sofá, Nerea solía sentarse en el centro dejándoles incomunicados.

Entraron los policías. Las cuatro presencias y el mueble zapatero abarrotaron el diminuto recibidor. Rosa encendió la luz al ver que el joven policía se desprendía de las gafas de sol; luego esquivó la oronda silueta de Juan, buscó la mano de su marido y se enganchó a ella. Temblaba como pollo desplumado y estaba blanca como la nieve. Fran sacudió el brazo en un intento de zafarse de aquella mano helada que le estremecía por su tacto cadavérico. Ella apretó con más fuerza, él desistió de soltarse al comprobar que Juan observaba el episodio con interés y sin disimulo.

— Señora Iglesias, desearíamos hacerle unas cuantas preguntas. — informó Juan, sin perder de vista las manos unidas y la incomodidad de Fran.

Rosa meneó la cabeza afirmativamente. Fran permanecía a su lado, incapaz de liberar su mano. Ella era fuerte como una mula y apretaba cuanto podía.

Juan rebuscó en los bolsillos del chubasquero para retirar una pequeña libreta y un bolígrafo con la tapa mordida, chasqueó la lengua, dirigió la mirada hacia el techo como si estuviera pensando, la bajó hacia la libreta de nuevo y dio comienzo a una sarta de preguntas dirigidas a Rosa que Fran reconoció de inmediato. Rosa contestaba entre sollozos, Juan anotaba y asentía, o asentía y anotaba, según. Las respuestas coincidían plenamente con las aportadas por Fran.

— Sería conveniente echar un vistazo a la habitación de su hija. — sugirió pasada una media hora, cuando creyó que iba suficiente cuestionario.

Confusa, Rosa bajó la guardia y Fran aprovechó para desasirse de su mano, ya mucho menos gélida pero igual de extraña para él.

— ¡Síganme!

Fran tomó la iniciativa y les guió a través del corto pasillo. Entraron los cuatro y llenaron también aquel pequeño habitáculo.

— ¿Podría mostrarme las pertenencias de su hija?

Rosa asintió, aturdida, sin saber muy bien qué buscaban allí cuando era evidente que su hija no estaba en aquella habitación.

— Es preciso revisar cajones, armarios, debajo de la cama, entre las mantas, en medio de los libros, etcétera, en busca de posibles notas, direcciones, números de teléfonos anotados o cualquier cosa que pueda darnos una pista sobre su paradero. — aclaró Juan, percibiendo el signo de interrogación dibujado en la cara de aquella extraña mujer.

— ¿Hay más ordenadores en la casa?

La común y lógica pregunta formulada por el joven policía acaparó todas las atenciones pues era la primera vez que abría la boca, y lo hizo empleando una voz potente, dura, que no pasaría desapercibida en ninguna circunstancia y que resultaba del todo discordante con su rostro imberbe de finas facciones.

— Sólo tenemos este.

— ¿Y quien lo usa?

— Lo utiliza Nerea pues nosotros no tenemos tiempo y tampoco sabemos.

— Seguramente habrá que revisarlo. No le digo que vaya a ser ahora, ni hoy tan siquiera pero, si su hija no regresa a casa, lo más probable es que el grupo que investigue la desaparición quiera ver lo que hay en el ordenador. ¿Sabe si su hija chateaba con alguien o utilizaba las redes sociales?

Fran negó rotundamente con la cabeza, aportando una muda pero suficientemente aclaratoria respuesta. Sabía que las redes sociales era “eso del Facebook” y que lo usaban mucho algunos de sus compañeros de

trabajo, especialmente los solteros; pero su hija no entraba en esos sitios porque estaba ocupada estudiando.

— Usted me perdonará por lo que voy a decirle, pero yo creo que sí. ¿No irá usted a creer que su hija estudia durante toda la tarde? Todos los chicos de esa edad pasan mucho tiempo en Tuenti.

A Fran no le gustaba aquel tono de voz, tan contundente que no admitía fisuras. Tampoco le agradó la observación pero, aún así, no la rebatió. Los policías parecían gente de ideas fijas y, con total seguridad, con las redes sociales seguirían una cantinela similar a la que ya habían iniciado con lo del supuesto novio.

< No seré yo quien esté continuamente machaca que te machacarás para desmentirles. Ya se convencerán por sí solos de que ni hay novio ni Nerea pasa las horas chateando> determinó.

Una hora más tarde, sin encontrar nada relevante, finalizaba la inspección a las pertenencias personales de Nerea. Allí no había más que ropa barata, muñecos por un tubo, apuntes, libros y material escolar.

— Todo normal. — anunció Juan, sudoroso a causa de la docena de veces que había tenido que agacharse y volverse a levantar.

Rosa cruzó los brazos y bajó la cabeza, a la espera de más instrucciones. A Fran no le pasó desapercibido aquel gesto de humildad, nada usual en ella. En esos momentos sonó el timbre de la puerta y los cuatro tensaron músculos; los policías, seguros de que su labor había terminado porque la desaparecida, al fin, se había acordado de regresar; Rosa y Fran, intrigados porque la niña tenía llaves de casa. ¿Quién sería a esas horas?

Fran echó un vistazo a través de la mirilla y salió de dudas nada más ver el abrigo verde lima, tan disonante con la tristeza del día y de aquella casa.

— ¿Se sabe algo, Fran?

Entró como un torbellino, invadiendo el recibidor con su presencia y sus exaltados gestos, y la casa entera con los efluvios de un perfume con notas amaderadas.

— ¡Nada! Está aquí la policía, revisando su habitación.

Las enormes gafas de sol que hasta entonces le tapaban media cara pasaron a desempeñar funciones de diadema. Al descubierto quedaron unos ojos alicaídos e, insólitamente, sin asomo de maquillaje.

— Estuve llamando a todos los hospitales de Asturias y no hay rastro de ella en ninguno.

Los policías asomaron en el pasillo, seguidos de Rosa.

— ¿Tú eres Alba, la amiga de Nerea? — preguntó Juan, a quien Rosa ya había informado sobre la identidad de las visitantes.

— Sí.

— ¡Ven con nosotros! Queremos hablar contigo.

Marta, brazos en jarras y piernas vulgarmente abiertas, parecía a punto de entrar en combate. Juan, que ya conocía el camino a la cocina, se dirigió hacia allí, seguido por el otro policía.

— Perdone… ¿cómo ha dicho usted? — interpeló Marta con muy malas pulgas.

— Que necesitamos hablar con su hija. — respondió Juan.

— ¿Para qué?

— Es evidente, señora. Hasta donde sabemos, su hija es la única amiga de la desaparecida. Si ella no sabe algo… ¿quién?

— ¡Muy bien! ¡Yo la acompaño!

— ¡Sólo ella!

Juan elevó la voz. Parecía ser hombre tranquilo y de aguante, pero estaba empezando a perder la paciencia ante aquella señora “chic” que desentonaba allí como Tarzán en Nueva York.

— ¿No le irán a tomar declaración, verdad? ¡Saben que eso es ilegal! ¡Es menor de edad!

— No se preocupe, sólo queremos hablar con ella.

Juan le contestó sin tan siquiera mirarla. Al tiempo le indicaba a Alba que se dirigiera a la cocina.

Alba entró como cordero que va al matadero, aferrada a sus muletas y con la cabeza gacha, mientras Juan trancaba la puerta ante las narices de Marta. Entretanto, el policía joven disponía tres sillas y ayudaba a Alba a acomodarse en una de ellas.

— A ver, Alba. Cuéntanos lo que no podrías decirnos delante de tu madre y de los padres de tu amiga.

Juan se había colocado frente a ella, invadiendo su espacio personal sin contemplaciones y mirándola directamente a los ojos, seguro de que esos gestos serían más que suficientes para averiguar el paradero de Nerea. Y Alba, allí encerrada con los dos policías y sin la protección de su madre, estaba muerta de miedo pero decidida a no soltar prenda.

<No puedo contar nada. No puedo traicionarla. Seguro que mañana o pasado aparece y, si les cuento lo de Román, me matará> caviló.

El policía estaba muy cerca, tan cerca que su desagradable aliento le llegaba intacto; y además entornaba los ojos como si intentara leerle el cerebro. Aquellos policías, acostumbrados a los interrogatorios, serían como la máquina de la verdad y descubrirían que los intentaba engañar con solo mirarle a los ojos. Enrojeció hasta que las mejillas le abrasaron y el cuerpo entero ardía de calor. No veía al otro policía, seguro estaría detrás, observando sus reacciones para averiguar si mentía o decía la verdad.

— No hay nada que contar, nada que sus padres no sepan.

Jugueteaba con la pernera del pantalón, sin alzar la vista.

— ¿Seguro? — preguntó Juan con sorna.

— Si, seguro.

<No puedo, no, no puedo fallarle, aunque se lo merece. Se ha portado fatal conmigo. ¡Anda que no contarme nada y despacharme con la mentira esa de que tenía que acompañar a su abuela al médico. Seguro que vino él y están por ahí pasándolo bien, quizá en alguna casa rural alejada o en algún

nidito de amor similar. Y yo aquí, pringada con la escayola, con Marta y con la policía. ¡Desde luego esta me la va a pagar!>

— ¿Tiene novio tu amiga Nerea?

— No.

— ¿Alguna otra amiga con la que podamos hablar?

— Yo soy la única.

— ¿Alguien con quien pase más tiempo del habitual en clase, en los recreos…?

— Siempre está conmigo.

— ¿Cuándo la viste por última vez?

— El jueves vino a comer a casa y luego se marchó a eso de las cinco de la tarde.

— ¿Siempre come en tu casa?

— No. Sólo desde que me rompí el peroné. — contestó, señalando la pierna escayolada.

— ¿Y eso por qué?

— Para pasarme los deberes.

— ¿Algo más que “no” nos quieras contar? — preguntó el policía que estaba en la retaguardia.

Alba se asustó. Aquella voz producía desasosiego, más aún: daba miedo. Le recordó de inmediato a Anthony Hopkins en “El silencio de los corderos”, película que había visto cuando aún era pequeña, chantajeada por Marta, que la había alquilado en DVD y no se atrevía a verla sola porque también le daba miedo.

— No, nada.

Al cese de las preguntas se asentó entre los tres un silencio incómodo. Los policías se miraban entre sí. Ella contemplaba las baldosas del suelo; había estado allí docenas de veces y jamás se había percatado de que eran

blancas. Tiempo interminable. El policía gordo se acercó, ella se sobresaltó y se echó hacia atrás.

— Tranquila… hemos terminado, sólo quiero ayudarte para que puedas levantarte.

— Puedo sola.

El policía retrocedió. Alba se apoyó en ambas muletas y se puso en pie tan rápido como si le hubieran puesto un potente muelle bajo el culo. Al otro lado de la puerta de la cocina esperaba Rosa, sola y nerviosa, jugueteando sin pausa con el cinturón de la bata.

— ¡Señor, señor…!

Rosa intentaba atraer la atención de Juan, que permanecía concentrado en el avance de Alba y sus muletas.

— ¿Dígame?

— Hay algo que quisiera contarles. No sé si tendrá importancia, pero por si acaso…

Juan elevó el entrecejo, invitándola a continuar. Rosa se tomó su tiempo, como si midiera al milímetro cada una de las palabras que iba a pronunciar.

— Mi hija odiaba ir a la peluquería; es más, había que llevarla a rastras para que no anduviera con greñas, pero esta semana se empeñó en arreglarse el pelo y gastó en eso todos sus ahorros. Eso fue precisamente el jueves. Pero, además, ayer por la mañana apareció con unas botas de tacón que compramos el otoño pasado y que le quedan pequeñas, de hecho ya estaban en el trastero y las rescató de allí. Era como si ayer quisiera estar especialmente guapa. Sin embargo se trataba de un día normal de clase y no tenía previsto ir a ningún lado, que yo sepa.

— Interesante. ¿Qué opinas tú, Alba?

Alba se había quedado de piedra escuchando a Rosa. No sabía que Nerea hubiera ido a la peluquería. <Debió ir el jueves, nada más salir de mi casa. ¡Y no me dijo nada!>, pensó. Luego tragó saliva varias veces,

intentando contener su enfado. Se sentía desplazada, utilizada como un pañuelo que Nerea tomaba o abandonaba a conveniencia.

Reaccionó al percatarse de que la pregunta provenía del policía joven, quien permanecía a su lado, pinchándola con la miraba.

— ¿Qué opinas tú, Alba? — reiteró.

Aquel frío tono de voz consiguió dejarla helada de nuevo

— No tenía ni idea de la peluquería, pero lo que si sé es lo de la depilación.

Estaba tan enojada que no pudo reprimir el deseo de contar, al menos, uno de los secretos que sólo ella conocía.

— ¿Qué es lo de la depilación? — interpeló Rosa, extrañada.

Al ver que Rosa se le plantaba delante y posaba en ella sus recios ojos azules, dudó sobre si había sido buena idea soltar aquello sin sopesar las consecuencias.

— ¿Qué es lo de la depilación? ¡Alba, te estoy preguntando a ti!

Los policías, pendientes de cada uno de los gestos de Alba, no reaccionaron con tiempo suficiente para impedir lo que ocurriría en los dos segundos siguientes: Rosa salvó rápidamente la poca distancia que la separaba de Alba y, con la agilidad de un leopardo, se abalanzó sobre ella, la asió de ambos brazos y comenzó a zarandearla con tanta fuerza que la obligó a desprenderse de las muletas para intentar frenar el ataque con las manos. Sin los apoyos, Alba perdió la poca estabilidad que tenía y a punto estuvo de congraciarse con el suelo del recibidor de no ser porque Juan consiguió echarle mano a tiempo e impedir la caída.

— ¡Señora! ¡Compórtese o nos veremos obligados a tomar cartas en el asunto! Sabemos que está pasando por momentos muy difíciles, pero eso no justifica lo que acaba de hacer.

Juan, acalorado, dirigió a Rosa una mirada perruna. Ella, consciente de que su reacción había rebasado fronteras, se apartó e intentó disimular su irritación. Aquella niña pija y remilgada nunca le había gustado. Bien era cierto que sólo había tenido que soportar su presencia en tres o cuatro

ocasiones, pero habían bastado y sobrado para saber que nada bueno traerían esos ojos achinados brillando como faros, ni las constantes sacudidas de melena y, sobre todo, la boca un poco torcida y siempre a punto para reírse de todo Dios. Y la muy zorra sabía que Nerea se había depilado por primera vez y mantuvo la boca callada. Y ahí estaba la muy hija de puta, colocando jersey y melena mientras tonteaba con el policía jovencito.

Entretanto, Alba había recuperado compostura y muletas.

— No me acuerdo qué día, pero fue esta semana, Nerea vino a casa para que la depilara. Ya sabes… el bigote, la cara y todo eso…

Aquellas palabras sembraron el germen de la sospecha en la mente de Rosa y consiguieron que, momentáneamente, aparcase el odio que profesaba a quien las había emitido.

< ¿Será que hay novio de por medio y llevaban tiempo preparando la fuga? Pero… ¿por qué? ¿Huir a dónde? Los chicos de su edad no tienen dinero. ¿Y si no fuera de su edad? ¿Y si fuera un hombre mayor? Quizá con edad suficiente para ser su padre, quizá casado y con hijos de su edad. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Pero… ¿qué le he enseñado yo a esta niña? ¡Dios mío! Le va a pasar como a Maruja. Dios no lo quiera, como a Maruja no, Dios no lo quiera. Aunque también es verdad que los tiempos han cambiado. Ahora no es ninguna vergüenza ser madre soltera. Es más, yo puedo criar al niño para que ella siga con los estudios. ¿Yo? ¿Y el trabajo? ¡Lo dejo, primero el nieto! ¿Y la hipoteca? ¿Cómo vamos a pagar la hipoteca sin mi sueldo? ¡Dios mío!> proyectaba, convocando el recuerdo de Maruja, una vecina del pueblo que con sólo quince años se había fugado con un hombre de cuarenta para regresar al pueblo poco después, sola y preñada. La mente de Rosa era un torbellino que barría desde pasado hacia el presente para anticiparse al futuro.

— Señora… ¿se encuentra bien? — preguntó Juan, algo compungido por el rapapolvo que acababa de echarle.

— Si, sí, bien, estoy bien, bien…

Pero la realidad contradecía sus palabras pintando una Rosa blanca como la nieve, con la mirada extraviada y el gesto aturdido. Segundos más

tarde se desplomaba sobre la alfombra del recibidor sudando gotas de hielo.

El escándalo que se montó con el desmayo alertó a Fran y Marta que, desde la terraza del salón, acudieron para hacerse cargo.

— ¡Trae un copa de coñac, Fran, rápido! — exigió Marta.

Fran, nervioso, se dirigió hacia la habitación de matrimonio. Al percatarse de que por allí no era, dio la vuelta y se metió en la cocina para revisar todos los armarios hasta dar con el licor. Localizó una botella medio llena, o medio vacía, según, que Rosa empleaba en alguno de sus peculiares guisos y se la entregó a Marta con ambas manos, como si de un presente se tratase. Marta, desde su posición agachada, le inyectó el pitorro de la botella en la boca y comenzó a sacudir con fuerza para que el coñac bajase rápidamente.

Tras el primer sorbo, Rosa recuperó energías suficientes para tomar la botella de su mano y empinarla hasta que Marta se la retiró por considerar que la dosis terapéutica había sido rebasada con creces. Instantes después, al ver que intentaba incorporarse, Rosa y Fran la ayudaron a ponerse en pie. Seguía blanca como el papel, sudando a chorros y luchando para no perder el equilibrio.

— Está muy mal. Hay que llamar al médico. — susurró Marta al oído de Fran.

— Vamos a esperar un poco, a ver si se le pasa. — sugirió Fran, sin cuidado de bajar la voz y buscando con la mirada el beneplácito de los agentes.

Pero los policías, conocedores de que Marta era enfermera y de que el asunto estaba en buenas manos, dieron por concluida su labor allí, al menos de momento, y se despidieron cortésmente, informando a Fran de que comenzarían la búsqueda pero sin especificar ni cómo ni cuando.

— Intente contactar con su hija telefónicamente. Llámela de vez en cuando hasta ver si responde; trate de recordar más detalles de los últimos días, y cualquier cosa, por insignificante que le parezca, debe ponerla en nuestro conocimiento. El lunes, en caso de que aún no haya regresado a casa, recabaremos datos en el Instituto.

< ¿El lunes? ¡Falta muchísimo para el lunes! ¡Mi hija no puede estar por ahí tanto tiempo!> pensaba mientras los policías rebasaban el umbral de la puerta.

— También le recomendamos que llame a un médico para que vea a su mujer. — añadieron desde la entrada al ascensor.

— Mucha recomendación y poca acción. — mascullo Marta entre dientes.

Cuando Juan y el policía joven, llamado Héctor, regresaron al despacho del Jefe de Incidencias para dar novedades, encontraron a Núñez con la cabeza apoyada sobre el respaldo del sillón, las piernas desparramadas y el nudo de la corbata aflojada. Leía el periódico en actitud tranquila, adoptando una postura descuidada que en nada evidenciaba el hombre activo, meticuloso e intuitivo que era.

Aunque procedía de una familia acomodada, sin relación alguna con las Fuerzas del Orden, a Pedro Núñez de Miranda le había salido la vocación policial a la par que las muelas del juicio, causando más de un quebradero de cabeza a sus distinguidos progenitores. Su primer apellido, aunque común, era como un escudo de armas en la ciudad de Oviedo y provenía de su padre, un prestigioso ginecólogo que prestaba sus servicios para la Seguridad Social por las mañanas, atendía su consulta privada por las tardes y nadaba en dinero en su escaso tiempo libre. Su madre era ama de casa (por así decirlo, porque jamás había fregado un plato, que para eso estaban las dos asistentas) y a su vez procedía de una familia de abolengo que económicamente varaba a la deriva, orgullosa de su linaje como el que más aunque ya no les quedara un real con que sostenerlo.

Núñez cursaba estudios en el mejor colegio privado de Oviedo, por lo menos el más caro, cuando las series policíacas de la televisión sembraron en él una temprana y equívoca vocación policial. Después la realidad resultaría muy distinta a la ficción, pero por aquel entonces él no lo sabía y a los dieciocho años, con el Bachillerato terminado y en contra de los deseos de sus padres, se marchó a Madrid para preparar las oposiciones al

Cuerpo Superior de Policía. En esos momentos su padre acabó cediendo a sus deseos, en la creencia de que quizá lo mejor sería que el chico fuera a Madrid a desengañarse, porque así regresaría aún a tiempo para estudiar una carrera con el fuste necesario para mantener izado el prestigio profesional de la familia. Eso nunca llegaría a ocurrir, a pesar de que la realidad policial distara millas de la ficción cinematográfica.

En los más estrictos colegios religiosos, Pedro Núñez de Miranda había absorbido desde niño el sentido del deber, el alcance de la responsabilidad y la importancia del sacrificio personal. Por eso no hubo cerro que se le empinara pese a que los dos años de Academia resultaron duros, muy duros para él que por hacer deporte entendía dar un largo paseo. No obstante, con el tiempo aprendería a amar su profesión y a ella consagraría su vida. Nunca se casó ni dedicó tiempo a otros entretenimientos, salvo componer maquetas de barcos en sus escasos momentos de ocio. Todo su tiempo era para la profesión que había elegido. Vivía solo en un céntrico apartamento de dos habitaciones, ubicado en el lujoso edificio que se levanta al final de la calle Marqués de Santa Cruz, cerca del ático de doscientos cincuenta metros cuadrados que en la calle Uría ocupan sus ancianos padres y dos ecuatorianas encargadas del servicio doméstico.

Su padre, hombre juicioso y conocedor del estilo de vida que llevaba su hijo, le aconsejaba no olvidarse de vivir porque algún día, no muy lejano, llegaría la jubilación y le pillaría sin vida de repuesto. ¿Qué haría entonces con tanto tiempo libre? Él, que no sabía hacer otra cosa que no fuera investigar casos policiales.

El Inspector Núñez comulgaba con esos consejos pero jamás los había puesto en práctica. Era cierto que, tiempo atrás, había sentido verdaderos deseos de conocer a alguna mujer y formar una familia, pero nunca se le presentó ni la oportunidad ni mujer alguna que mostrase un mínimo interés por él porque, al fin y al cabo, era un hombre gris, serio, poco agraciado, delgado y sobre todo tímido en su trato con mujeres. Luego, con el paso de los años, se fue acomodando en su solitaria vida y no volvió a echar nada en falta. Hubo ilusiones, unas pasajeras y otras no tanto, pero él siempre había tenido claro que no eran más que eso: ilusiones.

Levantó la vista al percibir su presencia.

— ¿Habéis encontrado algo? ¿Qué opinión os mereció la familia? ¿Estará en peligro la chica?

Ojalá pudiera haber ido él en persona, pero esa mañana era imposible, no resultaba factible abandonar el despacho: como Jefe de Incidencias, su obligación era permanecer disponible para resolver cualquier lance que ocurriera en la Comisaría.

— ¡No lo creo, jefe! Más bien pienso que se trata de un primer novio y que han decidido pasar un fin de semana romántico. Ella fue a la peluquería el jueves y gastó más de cien euros en peinarse. También le pidió a una amiga que la depilase. Parece que quería estar impecable para su primera noche de amor. — contestó Juan, sonriendo para restar importancia al caso — Eso sí, yo creo que la amiga sabe mucho más de lo que nos ha contado, que no ha sido prácticamente nada.

— ¿Os permitieron echar un vistazo a sus pertenencias?

— Si, por supuesto; pero allí no hay nada. Lo que yo le diga, Jefe: un fin de semana romántico.

Núñez tenía sus dudas a ese respecto. Había algo en aquel caso que no acababa de cuadrarle pero, como aún no sabía de qué se trataba, decidió esperar a disponer de más datos antes de opinar. Si los policías estaban en lo cierto, se trataría de una escapada de fin de semana y la fugada estaría de vuelta el domingo por la tarde, o el lunes por la mañana a más tardar. Había que esperar antes de alarmar al entorno de la chica.

— De todos modos les llamaré el lunes y, si aún no regresó, tomaré declaración a la amiga y también a sus compañeros de clase, profesores y a todo aquel que la haya visto el viernes, o que la vea habitualmente. Hay que saber si salía con alguien, identificarlo y, en caso de que no aparezca la chica, interrogarlo y ver dónde estuvo el viernes. Si hay novio de por medio se simplifican mucho las cosas. Si no hay novio y no aparece… entonces es que algo malo ha ocurrido y hay que ponerse en lo peor.

— No dramatice, Jefe, ya verá como los tortolitos están de vuelta antes del lunes.

Juan estaba muy seguro de que todo se reducía a un noviazgo secreto, pero Núñez no lo tenía tan claro.

— Además, este caso le corresponde llevarlo al Servicio de Atención a la Familia. — inquirió Héctor.

— Si deriva en desaparición inquietante la llevará mi Grupo, el de Homicidios, aunque se trate de una menor de edad. Así lo han estipulado el Jefe de Brigada, el Comisario y el Jefe Superior.

Héctor se encogió de hombros. A él le daba igual porque no pertenecía ni a Atención a la Familia ni a Homicidios, sino al Grupo de Estafas; y ese sábado le había tocado cubrir el Servicio de Incidencias de la Comisaría, para el que se nombraban seis personas cada fin de semana: un Inspector, un Subinspector y cuatro policías. Su cometido era hacerse cargo de los asuntos graves que surgieran, aquellos que no podían esperar hasta la llegada de los investigadores especializados el lunes por la mañana.

OceanofPDF.com

IX

Para Nerea los días transcurrían en una rutina preñada de emoción: la emoción del encuentro. Clases que se hacían interminables, comidas en casa de Alba, deberes, chateo, estudio, amor a raudales, ilusión y nervios.

Era lunes veintitrés de noviembre y el calendario atravesaba el otoño avanzando con paso seguro aunque no lo pareciera bajo aquel sol que brillaba en todo su esplendor en el patio del Instituto a la hora del recreo; y, aunque el mar estuviera lejos, daba la sensación de que la suave brisa, que apenas conseguía mover las ramas del viejo pino que presidía el patio, olía a salitre y a algas marinas. Nerea se sentía feliz, flotaba de felicidad aunque los nervios le impidiesen tomar conciencia plena de aquel hermoso día. Estaba en tiempo de recreo y se paseaba a lo largo y ancho del patio como fiera enjaulada. Sentía que una nueva vida comenzaba, que se había terminado la soledad, que había caducado la envidia hacia Sonia y Jenny por ser las más guapas del Instituto, las que siempre conseguían quedar con los chicos más interesantes; y también había cesado el mirar a Aitor como el mendigo mira los pasteles a través del escaparate de una confitería, sabiendo que jamás podrá alcanzarlos. Aitor había menguado, se había ido haciendo cada vez más y más pequeño, invisible y carente de interés. Justo aquel día, cuando se le acercó para preguntarle qué tal progresaba la pierna de Alba, ella no le prestó demasiada atención y se limitó a contestarle que iba muy bien; cosa que en otro tiempo, no muy lejano, le habría dado quebraderos de cabeza y sudores durante más de un mes. Sonrió interiormente mientras pensaba cuántas veces habría dado la vida porque él se dignase a preguntarle algo, aunque sólo fuera para interesarse por otra, como esa vez. ¡Cuántas veces había suspirado mirando su espalda desde unas cuantas filas más atrás! Por aquel entonces no podía apartar los ojos de él y, si lo intentaba, ellos volvían solos a buscarle. Sin embargo ese día —que él hasta le había sonreído antes y después de la pregunta de rigor — sólo sintió ganas de que se largase, tanto él como los demás que continuamente se acercaban para interesarse por lo mismo: la pierna de Alba. Deseaba permanecer sola para intentar disfrutar de aquel maravilloso

día de noviembre y de la perspectiva de la nueva vida que comenzaba. Necesitaba concentrarse para que no olvidar ninguno de los detalles que debía ejecutar antes de reunirse con Román; no tenía tiempo para interrogatorios, a todas luces forzados y carentes de afectividad porque aquellos compañeros nunca antes se habían interesado por Alba ni por ella; y preguntaban por inercia, porque era lo que procedía, por quedar bien, o por lo que fuera.

Las clases de la mañana tocaron a su fin, a Dios gracias. Desde el recreo, nadie la había vuelto a molestar con el rollo del peroné de Alba, a Dios gracias también. Rápidamente, recogería sus cosas para desaparecer de allí cuanto antes e invertiría el camino en madurar la forma de abordarla para que, sin alzar sospechas al vuelo, le ayudara a depilar la cara aquella misma tarde; y eso era harto difícil con Alba, que dudaba hasta de las intenciones de su propia sombra.

<Ya se me ocurrirá algo> pensó mientras contemplaba su propia silueta reflejarse y pasar de largo por los cristales de un portal. Definitivamente, debería dejar de comer hasta que llegase el gran día. Los menús que preparaba Marta eran insuperables pero tendría que conseguir rebajar al menos un par de kilos del culo, que sobresalía demasiado, y a los muslos tampoco les vendría mal menguar un poco. Lo de las piernas cortas ya era harina de otro costal, y tendría que solventarlo poniéndose calzado con tacón.

Culminó la calle Llaviada. El último portal era el de Alba, haciendo esquina con calle Molín del Toro. La puerta del edificio, en forja de color negro, conformaba un enrejado de formas curvas que protegían el cristal de detrás. Cristal que le sirvió para echar un último vistazo a su silueta. <Estoy gorda como una vaca, tengo papada y mis piernas son cortas. Un desastre> dictaminó, luego pulsó el botón del portero automático con mucha desilusión y un poco de mala leche.

Volvió a examinarse en el espejo del ascensor. <Soy fea a rabiar> determinó. Al salir, antes de que el ascensor sellase automáticamente la

puerta, lanzó un vistazo más: el espejo, huraño, seguía sin darle lo que pedía. Golpeó el timbre. Salió Alba para abrirle la puerta, saltando a la pata coja y apoyada sobre una muleta. Ese día estaba de buen humor y la recibió con una sonrisa y un par de besos en la mejilla, en lugar del puchero y la cara avinagrada que había lucido durante toda la semana anterior.

— ¡Ay tía! ¡Con el día que está y yo encerrada en esta casa!

Mudaba el ánimo en cuestión de segundos. Primero sonrisas y besos, luego lamentos. Nerea, con el humor chafado por culpa de los espejos, agradeció el cambio porque no traía ganas de bromas ni de reír, con ella ni con nadie. Dejó caer la mochila sobre la alfombra gris del recibidor, hecha a mano, de pura lana, según Marta. "¡Mil quinientos euros! Me temblaba el pulso cuando los di por ella, pero… ¡es tan original!", le había escuchado repetir una quinientas veces. Para Nerea, la habían estafado claramente; el mismo color de las paredes, gris, triste, no le veía la originalidad por ningún lado. Pasaron a la cocina.

Antes de marchar al trabajo, Marta había preparado sopa de verduras, arroz con pescado y natillas. ¡Cómo resistirse a aquellos manjares! La mesa estaba puesta y se sentaron a comer, con el semáforo en verde para hablar a sus anchas sin la presencia de Marta que, en su empeño por ser más colega que madre, se entrometía y opinaba más de la cuenta. En principio, la conversación versó sobre la gran cantidad de compañeros que se habían interesado por la evolución de su pierna, incluido Aitor.

— Hizo falta que yo jodiera mi pierna para que se digne a hablar contigo.

Ambas rieron la ocurrencia hasta que, de pronto y sin aparente motivo, Alba se puso seria. Nerea, que momentáneamente se había olvidado de lo desastroso que era su cuerpo y comía arroz con buen apetito, también congeló la risa en un gesto instintivo, reflejo de lo que percibía en cara de la otra.

— ¿Sabes lo que más me mosquea de ese tío, de Román?

Nerea cerró los ojos y resopló en un gesto de resignación. Todo lo que hacía Román le resultaba extraño y, ni en sus pensamientos más

enrevesados, había imaginado que Alba pudiera encontrar algo más de lo que sospechar. Preguntaría de todas formas, a ver de qué se trataba esa vez.

— ¿El qué?

— Que no te haya pedido el teléfono. Marta dice que lo primero que hacen los tíos es pedirte el número de teléfono, para empezar a hablar en persona. Al parecer están muy interesados en saber si el tono de voz es sexy o no. Marta dice que no hay nada que excite más a un hombre que una voz sensual al otro lado del cable. — argumentó, frenando en seco el recorrido de la cuchara que llevaba cargada de arroz hacia la boca.

Nerea también inmovilizó sus gestos. Hasta ese momento no había caído en esa cuenta porque estaba demasiado ilusionada como para reparar en los pequeños detalles. Pero era cierto. Él no había solicitado ni aportado número de teléfono, nunca habían sacado ese tema a colación; es más, él nunca había mostrado interés alguno en hablar por teléfono, ni en saber cómo sonaba su voz. <Sí que es raro, sí. Sobre todo ahora, que vamos a vernos. Sería mucho mejor hablarlo por teléfono> pensó.

— Pues nunca lo hemos hablado. Ya habrá tiempo…

— No debes darle tu número así como así, aunque te lo pida. Marta tuvo un novio chalado que después, cuando cortaron, la llamaba a todas horas para molestarla; sobre todo a las tantas de la noche porque sabía que así la molestaba de veras. Aquel tío estaba como para encerrarlo y tirar la llave.

— ¡Eso sí que es una putada! ¿Y cómo se lo quitó de en medio?

Nerea pretendía cambiar el curso de la conversación.

— Y hay otra cosa que tampoco me cuadra.

Alba había vuelto la cuchara cargada de arroz al plato y dirigía la mirada hacia una lámina enmarcada (en gris, por supuesto) que adornaba una de las paredes, aunque daba la sensación de que no era el dibujo surrealista el que acaparaba su atención

— ¿El qué?

— Esa forma de chatear. Me dijiste varias veces que escribe con todas las letras. ¡Hasta a ti te llamó la atención! Sino, no me lo hubieras contado. Tía, de esa manera sólo escriben los mayores. ¡Tú misma lo dijiste! Y también está lo del “mi amor, mi niña”. Eso lo dicen los novios de Marta. ¡Pero ellos pasan de los cuarenta!

Nerea resopló una vez más. El plato de arroz había quedado por la mitad, y así quedaría porque el apetito se había esfumado. Tanto mejor para sus muslos.

— ¡Tampoco hay que buscarle tres pies al gato en todo! Él estudia en un Instituto privado, pero privado del todo, no de esos concertados en los que no hay que pagar. Allí hablan de otra manera; o sea, bien. No dice tacos ni groserías como hacen los de nuestra clase, pero eso no significa que me esté mintiendo y que tenga cincuenta años mientras dice que tiene dieciséis. ¡Es que ves lo malo en todo! ¡Sospechas de todo, tía! ¡No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo!

Debería estar ofendida y sin embargo lo que estaba era harta: harta de tanta sospecha y de tanto excavar para remover y derruir los cimientos de aquella relación. ¡Maldita la hora que le había contado nada! Si fuera ahora, no sabría nada acerca de que estaba chateando con Román, ni de que él existía tan siquiera.

— ¡Vale, vale… no me quiero meter en tu vida! Pero sí que me gustaría estar al tanto de todo lo que pasa ¿O.K.?

Nerea hizo pucheros y miró al suelo. Alba le cogió la barbilla y le levantó la cabeza hasta que sus miradas tropezaron.

— Sólo me preocupo por ti.

Nerea no lo tenía tan claro.

— De acuerdo, pero no cargues más tu escopeta para apuntar a Román ¿vale?

— Somos amigas ¿vale?

Parecía el momento propicio para plantear su petición aunque, dado el cariz que había tomado la conversación, dudaba sobre si no sería mejor

dejarlo pasar de largo. Siempre podría intentar hacerlo ella sola en casa. Meditó durante unos segundos. Alba la miraba fijamente. No, mejor no, mejor pedir ayuda, no fuera a ser que el remedio resultara peor que la enfermedad: mas de una se había quemado depilándose y quedaban muy pocos días, no podía correr tamaño riesgo.

— De acuerdo y, como amigas, quiero pedirte algo, pero no me hagas preguntas, sobre todo preguntas que tengan que ver con él.

— ¿Qué es, tía? Me tienes en ascuas. Lo dices con tanto misterio que…

Con desconfianza, observó cómo Alba se chupaba el dedo índice y sonreía como una bruja, parecía que le estuviera leyendo el pensamiento. Dudó una vez más sobre si hacer la petición o callarse. La cuestión era que no tenía a nadie más que pudiera ayudarla en un asunto tan delicado: Rosa la mandaría a hacer puñetas, a la abuela Aurora no la vería hasta el fin de semana y ella sola no se atrevía.

— Quiero que me depiles la cara; ya sabes… el bigote, las cejas y estos pelos que tengo por todas partes. — expuso, tocándose las mejillas ruborizadas.

Alba rió a carcajadas. A Nerea se le encendió tanto la cara que ardía de calor toda entera. La embarazosa situación la hacía sudar y encontrarse incómoda.

— ¡Ahí vá! ¡Y me lo pides con tanto misterio! ¿Qué te pasa tía? ¡Pues claro que te voy ayudar! Ya te dije varias veces que estarías mucho mejor sin esos pelos. ¿Vamos? Marta tiene el cacharro de la cera en el baño.

Alba se levantó tomando la mesa como apoyo y después se encaminó pasillo adelante, avanzando a la pata coja sostenida en dos muletas. En tan sólo unos días había adquirido una maestría impresionante para moverse con aquellos dos palos.

— ¿No recogemos esto?

Preguntó Nerea, a la par que lanzaba una mirada de deseo a las dos pequeñas fuentes de barro que contenían las natillas. Se le hizo la boca agua

con el color del azúcar caramelizado que las cubría y el olor de la canela. <Mejor así. Unos gramos menos> pensó, resignada.

— Tengo toda la tarde para recoger dos platos.

La siguió de cerca, aún ruborizada, con una pizca de miedo y mucha ilusión ante la perspectiva de que la depilación obrara el milagroso cambio que tanto deseaba para su rostro. Era la primera vez que se depilaba y había escuchado decir que dolía lo suyo, sobre todo las primeras veces.

El cuarto de baño se libraba de la influencia del estilo minimalista y parecía una farmacia; una farmacia repleta de anticelulíticos, cremas reafirmantes específicas para el busto, para el abdomen, para el trasero, para el cuello y demás partes rebeldes de la anatomía femenina, con las que Marta pretendía retar a la edad y mantener todo en el mismo sitio que estaba veinte años atrás. Alba abrió un mueble lacado en blanco que cubría la parte inferior del lavabo y sacó una caja. De dentro de la caja extrajo lo que ella llamaba “el cacharro de la cera”. Lo enchufó.

— ¡Manos a la obra!

Acercó un taburete y se acomodó en él, arrimó las muletas a la pared, colocó la pierna escayolada a lo largo del cuarto de baño y sonrió con picardía, como solía hacer a menudo, aunque no hubiera motivo ni razón.

Pasados unos minutos anunció que la cera estaba en su punto. Acto seguido se hizo cargo de la situación y ordenó a Nerea que se sentara sobre la tapa del inodoro, que le acercara la cara y le mirara de frente. Parecía un sargento dirigiendo la instrucción. Seguidamente le embadurnó el bigote con cera que aún quemaba, esperó unos segundos y, a traición, pegó un tirón que obligó a Nerea a ponerse en pie de un salto.

— ¡Pero tía! ¿Qué haces? ¡Podías haberme avisado!

— ¡Esto es así! ¡Tienes que aguantar un poco! Si no pego un tirón fuerte, la cera se rompe y entonces si que te va a doler para quitarla de ahí.

Alba gritaba, sobresaltada por la reacción de la otra, pero seguía manejando la situación. Nerea tenía dudas acerca de que aquella fuera la forma adecuada de depilarse; aún así, era demasiada la premura como para ponerse a buscar ayuda en otra parte. La cita con Román estaba a la vuelta

de la esquina y no había tiempo para dudas: era ahora o nunca. Volvió a sentarse sobre la tapa del inodoro.

— Vale, vale, trataré se soportarlo. — dijo, resignada.

Como a todo se acostumbra uno, hasta al dolor, a cada tirón respondía con un brinco cada vez más pequeño hasta que, después de una eternidad, Alba anunció el final del martirio.

— ¡Ya está! ¿Ves como no era para tanto?

Sin respuesta y con dudas, Nerea ladeó la cabeza en un gesto que venía a significar “eso lo dices tú”; luego se levantó para comprobar el resultado en el espejo. El grito de espanto sacudió las paredes.

— ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Tengo toda la cara roja! ¡Y la verruga se ve más que antes!

— No te preocupes, eso es ahora, se te pasará.

— ¿Se quitará?

— ¡Claro que sí! En un par de horas. Tengo experiencia, se lo hago a Marta cada dos por tres.

— ¿Estás segura? ¿No durará varios días? ¿Estará curada para el viernes?

— ¡Estarás bien en menos de dos horas! Pero… ¿qué pasa el viernes? — preguntó Alba sin deshacerse de su media sonrisa, escudriñando cada gesto de la otra.

Nerea retrocedió al percatarse de que estaba hablando más de la cuenta.

— No pasa nada, pero es que los fines de semana mis padres se fijan más en mí, ya sabes… al estar más tiempo en casa…

Titubeaba y miraba al suelo, con el rubor bien disimulado bajo los efectos de la cera caliente, esmaltando su respuesta con un tono nada convincente. Alba se puso seria, el rostro blindado, su mirada ya no revelaba picardía sino preocupación. Las respuestas de Nerea zigzagueaban

entre la farsa pero, temiendo la réplica, desistió de efectuar tanteamientos, a buen seguro infructuosos.

— ¡Ah! Si es por eso… — respondió casi un minuto más tarde.

Aprovechando el escepticismo de ambas, el silencio se extendió por el cuarto de baño estableciendo un largo e incómodo tiempo muerto que las dos emplearon en simular que se arreglaban frente al espejo. Minutos después, cuando ya no quedaba un pelo por retocar, Alba echó mano de las muletas y se dispuso a limpiar lo embadurnado. Había restos de cera en el lavabo, en el suelo y hasta en la tapa del váter. Nerea, no obstante, salió de allí sin ofrecer su ayuda a pesar de que todo aquel cisco se había montado por ella. Lamentaba, eso sí, el esfuerzo que a Alba le suponía recoger en sus circunstancias; pero en ese momento le apremiaba la necesidad de salir de allí cuanto antes: la acribillaba tanta mentira que se veía obligada a contar y el escudo de que “tenía que hacerlo si quería preservar su relación con Román” no protegía su conciencia lo suficiente. Se sentía como una ladrona. Una ladrona que a fuerza de embustes robaba la confianza que habían depositado en ella.

— ¿A dónde vas, tía? ¿Y los deberes? ¿Qué habéis dado hoy?

La pregunta de Alba la detuvo cuando ya tenía la mano apoyada sobre el pomo de la puerta de salida, la mochila a la espalda y la cazadora de pana en la mano.

< ¡Los deberes! ¡Me he olvidado por completo! Seguro que esta semana se me olvidarán la mayor parte de las cosas. La semana que viene otra cosa será. Ya habré conocido a Román y a su padre, ya habrán pasado los nervios y al fin podré centrarme>, reflexionó.

— Estoy esperando en la puerta del salón. Cuando acabes de recoger, empezamos.

Mintió por segunda vez. Después, se apresuró a devolver la cazadora al lugar que solía ocupar en el perchero y a dar gracias a Dios de que el salón se ubicara justo frente a la puerta que daba a la calle; así Alba no habría podido confirmar su intento de fuga.

— Creí que te marchabas, saliste tan lanzada que…

— ¡Para nada! Estoy en el salón, esperándote. ¡Termina ya de una vez! Ya recogerás luego.

— ¡Vale, vale! Ya voy…

A la pata coja, fue llegando con bastante destreza, la verdad. Y casi no necesitó ayuda para acomodarse en el sofá, donde ya tenía los libros y cuadernos esperándola. Quiso ponerse manos a la obra sin tiempo que perder y Nerea volvió a dar gracias a Dios al comprobar que se centraba en los estudios para dejar de lado la cantinela de que había que desconfiar de Román a toda costa, a como diera lugar. Últimamente, el pasatiempo favorito de Alba era comparar, desconfiar y buscarle pegas a Román.

Pero la que no conseguía concentrarse era ella. El tiempo pasaba lento y se sentía incómoda. Quería y necesitaba estar a solas. Cuando había otras personas al lado no podía pasearse de un lado a otro para calmar los nervios, ni reír a lo loco y sin motivo para dar rienda suelta a la felicidad que la invadía por dentro y amenazaba con reventar si se quedaba quieta. Allí, al lado de Alba, a duras penas conseguía frenar la ansiedad que revoloteaba por su estómago impidiéndole permanecer queda.

Después de un tiempo interminable que parecía que nunca iba a llegar a su fin, dieron por cumplimentado cuanto había anotado en la agenda para ese día. Nerea recogió sus cosas a toda prisa y se levantó, dispuesta a marcharse cuanto antes.

— Chao. Tengo que irme. Hablamos.

La despedida salió sofocada de su boca mientras la mirada bajaba al suelo para no encontrarse con la de Alba Lamentaba traicionarla a base de mentiras y de verdades a medias; de preferir estar en cualquier parte, sola, a quedarse a su lado durante un rato, de desear terminar pronto con la tarea para abandonar aquella casa, de considerarla una niña que impartía consejos sin ton ni son y sobre cosas que no había experimentado aún. Era su única amiga y le hubiera gustado confiarle y hacerla partícipe de la dicha y de las dudas que habían invadido su vida durante los últimos días; pero Alba no hacía más que poner pegas, cortar conversaciones con sus exageradas precauciones, ir de espabilada basándose sólo en la experiencia de su madre, una mujer que estaba de vuelta de todo y que pasaba novios como

páginas del periódico. ¿Qué tenía ella que ver con Marta? ¿Qué tenía que ver Román con los múltiples novios cibernautas de Marta? ¿Qué tenía que ver el primer amor de los catorce años con el vigésimo que Marta estaba viviendo a los cuarenta?

— ¡Pero tía! ¿Y te vas así? ¡Te despides de mí como si salieras de la consulta de un médico!

— Tengo prisa. Hoy mi madre llega antes y querrá encontrarme en casa.

Y mintió por tercera vez. Se sintió tan traicionera como el apóstol Pedro en la última cena de Jesús de Nazaret.

— Si es así…

Se marchó apresurada y consciente de que sus respuestas no resultarían creíbles ni para un niño de tres años; pero no tenía tiempo que perder: eran las cinco de la tarde.

Nada más llegar se conectó a Tuenti. Él ya estaba esperando.

— ¿Qué tal mi amor? ¡Deseaba tanto que llegara este momento…!

Recordó lo que había significado Alba acerca de que escribía como los novios de Marta. Así era, pero a ella le encantaba.

— A mí tmbién s m izo lrgo, pero ya stams aquí, al fin.

— Estoy nervioso por lo del viernes ¿y tú?

— Muchísimo.

— Tenemos que chatear toda la semana para concretarlo. No te olvides ni un solo día, ¿OK, mi niña?

La ocasión se presentaba en bandeja de plata: ese era el momento ideal para dejar caer lo del intercambio de teléfonos. Parecía raro, en eso tenía que darle la razón a Alba, que él aún no lo hubiera propuesto.

— ¿Y no sría mjor q ns diérams ls tléfons y ablárams?

Esperó ansiosa la respuesta que, sin duda, sería afirmativa. En unos segundos le pediría el número y él la llamaría. ¡Se moría de ganas por

escuchar su voz! Una voz dulce, sin duda; varonil, también; educada, siempre.

— *No puede ser*.

— *¿X q?* — preguntó, extrañada y decepcionada ante tan corta y tajante respuesta.

Un tiempo de espera largo le hizo dudar sobre si habría metido la pata de forma irreparable. Pataleaba al ver sus ilusiones desparramadas por el suelo.

— *Porque no tengo*.

— *¡¿Q no tiens tléfon mvil?!*

Aquello si que sonaba extraño, raro y hasta inverosímil. ¡Todo el mundo tenía teléfono móvil! ¿Quién podría vivir sin teléfono móvil? Incluso ella lo tenía; un modelo de antes de la guerra, pero lo tenía.

— *No tengo porque en el último año he perdido tres. Tres Iphone, nada menos. Soy muy despistado y mis padres dicen que tengo que estar sin él durante un tiempo para que, cuando me compren el próximo, ponga más cuidado en no perderlo*.

¡Ah! ¡Había una razón lógica! Suspiró mientras apoyaba la cabeza en el respaldo de la silla, dejando que los hombros, al fin, se relajaran. Existía un motivo razonable, o por lo menos con la congruencia suficiente para marchitar las dudas que Alba había sembrado.

— *Ntoncs tndrems q qdar x chat.*

— *Claro. Ya hemos quedado en que te recogeremos a las dos y media, cuando salgas de clase pero, con los nervios, no me acordé de preguntarte en qué calle está tu Instituto. Luego sólo hace falta poner el navegador y ¡zas! localizar a mi princesa y darle el mayor beso que se dio jamás.*

Se le removieron todos los cimientos imaginando aquel primer beso. De haberse encontrado de pie, habría caído, incapaz de sostenerse sobre unas piernas que temblaban como hojas al viento. ¡Dios mío! ¿Cómo será? ¡Y con el padre delante! ¡Qué corte!

— Calle Francisco Pintado Fe, la Corredoria, just dlant d la stación d tren. Tiene la fachada gris, cn un rctángulo rojo en la part d arriba; ls columns d abajo también son rojs.

— ¡Ah vale! Pero no vamos a quedar justo delante del Instituto, porque supongo que no querrás que tus amigos y conocidos nos vean ¿no? Yo creo que es mejor mantener la discreción en este primer encuentro.

< ¡Qué bien escribe! Tiene razón Alba: no da la sensación de que tenga sólo dieciséis años. Porque he visto la foto, que sino pensaría que estoy hablando con su padre en vez de con él. >

— Sí, claro.

— Entonces lo mejor es que quedemos dos o tres calles más adelante.

— O.K.

— Ya sabes que si no lo hacemos así la gente se hartará de murmurar y de buscar chismorreos. Y tus padres acabarán enterándose…

— Lo sé.

— Lo siguiente que voy a hacer es buscar la calle Francisco Pintado Fe en Google Maps y mañana concretaremos el punto exacto donde te recogeremos el viernes ¿vale, mi amor?

— O.K., pro ablamos mañana, q oy se me stá aciendo tard y tngo un montn d dbres q acer ants de q lleguen mis padrs.

— Vale, pero que sepas que me dejas con el corazón "partío" hasta que me lo recompongas mañana a las cinco. Tu ausencia es mi dolor y yo sin tu amor me muero, como decía Camilo Sexto en una de sus canciones.

< ¡¿Camilo Sexto?! ¿Quién es Camilo Sexto? Me suena muchísimo. ¡Ah, sí! Ya sé, algunas veces le escuché a Rosa hablar de él. A ella le gustan sus canciones, creo que es de su época o algo así. ¡¿Él escucha a Camilo Sexto?! ¡Vive en la edad de piedra, al menos musicalmente> pensó antes de arrancar a reír como una loca.

— Ablams mañana, je, je, je. ¡Ers muy gracioso!

— Chao, mi amor, mi niña.

Lo referente a la canción no se lo contaría a Alba porque haría una montaña de aquel comentario. Ella, que veía en Román a un señor mayor, barrigón y trajeado, basándose únicamente en su forma de escribir; si además tenía conocimiento de que “el tal Romeo”, como ella le llamaba, conocía canciones de Camilo Sexto, entonces ya no le cabría ninguna duda de que sus sospechas estaban más que fundamentadas.

Pero en esos momentos lo más urgente era concentrarse en los deberes, descender de la nube, dejar de imaginar cómo sonaría su voz, parar de deleitarse con los besos que aún no se habían dado, estancar la felicidad ante el inminente encuentro y poner frenos a la imaginación, que ya era capaz de trazar sus rasgos a la perfección y de adivinar sus gestos. Quedaban exactamente noventa y tres horas, que se harían eternas, pero que debía emplear en repasar para los exámenes que darían comienzo la siguiente semana y que, aunque sólo eran controles, hacían media para la evaluación trimestral. No quería catear la mitad de las asignaturas y verse castigada todos los fines de semana hasta que levantara la nota, sobre todo ahora que Román vendría a menudo a pasar fines de semana a Oviedo; porque él había afirmado que, tras la primera cita, vendrían muchas más visitas y que esperaba que sus padres le acompañaran por lo menos una vez al mes, aunque trataría de conseguir que fueran dos. Motivo más que suficiente para desplazar de su mente todo pensamiento que no tuviera que ver con los exámenes que se avecinaban.

Buscó a tientas dentro de la mochila que reposaba en el suelo. Por su grosor identificó con el tacto el libro de Lengua y lo rescató de allí. Lo abrió en el tema tres y comenzó a ojearlo, sin ganas. Comprobó el reloj: eran las siete de la tarde. Costaba concentrarse. Los adjetivos, verbos y adverbios se mezclaban entre sí para formar un cóctel en el que resultaba imposible diferenciar los ingredientes.

Después de tres o cuatro interrupciones en las que se vio obligada a poner a raya sus pensamientos para que dejaran de imaginar a su príncipe azul llegando hasta ella, sólo, sin padre de copiloto y sonriendo a bordo de un deportivo último modelo, logró concentrarse en los estudios. Mucho más tarde la rescató el sonido del cerrojo de la puerta.

— ¿Nerea?

— Sí papá.

— ¿Qué haces?

— Estudiar.

La misma cantinela de todas las tardes. Mismas preguntas e idénticas respuestas. Después vendría la ducha, la puesta del pijama, los preparativos de la cena y esperar la llegada de Rosa para sentarse a la mesa como tres autómatas, o más bien como tres desconocidos que comparten piso y se hacen mutua compañía para sobrellevar las agotadoras y solitarias jornadas que terminan como empiezan: con los tres sentados a la mesa sin nada que decirse porque los trabajos de la una, del otro y los estudios de la tercera aburren a los otros dos porque no son protagonistas de esa historia sino de otra muy diferente. Lo natural, teniendo en cuenta que cada uno pasaba el día a su manera, sin que los otros dos supieran con quien ni cómo y, lo que era peor aún, sin que tampoco les importara demasiado.

Cerró el libro. El silencio, tan necesario para concentrarse, se rompía con la llegada de su padre. Primero las consabidas preguntas, luego descalzarse con parsimonia, el estrepitoso chorro de la orina en el retrete, alguna repugnante ventosidad que se escapaba entre medias, la reiterativa tos, carraspeos esporádicos, el incesante ruido del agua en la ducha mezclado con canciones sacadas de tono, el postrero trajín en la habitación para cambiarse de ropa… El pequeño piso fragmentado con paredes de pladur no sabía guardar secretos.

Nerea pretendía sacar a colación el tema de la peluquería, pero dudaba sobre si exponerlo durante la cena o si resultaría más conveniente posponerlo hasta el desayuno. Le dio varias vueltas en tanto su padre estropeaba una canción de Julio Iglesias instrumentada con agua de ducha. La conclusión final fue que no existía el momento idóneo: a la noche estarían demasiado cansados y no le prestarían atención alguna, durante el desayuno aún andarían dormidos y tampoco.

Rosa llegó más temprano que de costumbre, pero tan cansada y malhumorada como siempre. <Algo se debió torcer en el supermercado> supuso Nerea al verla pasar directa a su habitación, sin detenerse a saludar.

De allí salió a los pocos segundos, como un huracán y enfundada en la bata fucsia.

— ¡Vamos, niña! ¡A cenar! Que tengo ganas de terminar para descansar por fin.

Nerea se levantó sin ganas. <A saber lo que le habrá pasado a esta, a saber con qué nos sale ahora durante la cena. Mejor decirlo antes de que ella empiece con lo suyo, total ya hay que pasar el mal trago, mejor cuanto antes>.

El surtido de fiambre esperaba sobre la mesa y los tres ocuparon sus puestos, en silencio.

Dejó pasar unos prudentes cinco minutos y, al ver que el silencio perduraba, se lanzó.

— ¿Puedo ir el jueves a la peluquería? Me gustaría ponerme unas mechas.

Ellos, pensando en sabe Dios qué mientras engullían sus respectivos bocadillos, tardaron un tiempo en reaccionar. Nerea aguardó, paciente. De sus inertes miradas se deducía que vagaban mentalmente por algún lugar muy lejano y que las palabras aún no habían llegado hasta ellos. Si pasado un tiempo prudencial no había reacción, tendría que volver a la carga.

— ¡¿Qué?!

Como cabía esperar, la respuesta llegó por parte de Rosa, que miró fijamente a su hija, desconcertada, con la boca abierta y el bocadillo a la puerta pidiendo permiso para entrar. Actuaba como si hubiera regresado a la Tierra en ese mismo instante y estuviera observando algo inverosímil o escuchando un absurdo.

— Que si puedo ir a la peluquería este jueves por la tarde. Quiero ponerme mechas.

— ¡Estás loca! ¡Con el color de pelo tan bonito que tienes y pretendes estropearlo con mechas! ¿No sabes que resecan mucho el pelo y que, para repararlo, vas a tener que usar mascarillas? Además, todo eso sale muy caro y estamos a final de mes.

— Tengo algunos ahorros de lo que me da la abuela. — osó decir, aunque en tono bajo y respetuoso.

— Pues yo creo que deberías guardar esos ahorros para cuando te haga falta comprar ropa, sin gastarlos en tonterías.

Rosa contraatacaba con cuanto despotismo tenía en la despensa. Fran no opinaba, era convidado de piedra en aquella conversación de mujeres.

— Todavía tengo ropa y prefiero gastarlo en poner las mechas.

Rosa posó el bocadillo en el plato, alzó la barbilla y cruzó los brazos sobre la mesa

— ¡Mira niña, haz lo que te de la gana, pero cuando necesites ropa no me vengas pidiendo dinero; o diciéndome que se lleva esto o que se lleva lo otro y que tú también lo quieres comprar para estar a la moda!

Nerea no respondió. En realidad, no sabría qué responder. Se armó de resignación, miró el bocadillo que reposaba en el plato, lo cogió despacio y se lo llevó a la boca. ¿Qué le iban a contar a ella de ahorro? Ella, que sobrevivía con lo poco que le suministraban las abuelas, que durante los recreos resistía la tentación de asaltar el bar del Instituto, como hacían sus compañeros, para no gastar los preciados ochenta céntimos que costaba un bocadillo; que ante Alba se justificaba con el socorrido argumento de “estar a dieta”, cuando en realidad se moría de ganas de hincarle el diente a uno de aquellos bollos que engullía su amiga, que se le hacía la boca agua mientras la observaba engullirlo con deleite y aún así rehusaba hacerlo porque un ahorro de ochenta céntimos diarios acumulaba un montante de veinte euros al mes y con ese dinero podría permitirse el lujo de comprar algo de ropa en Zara o en Berska. Pero en esta ocasión no habría ahorro que valiera, se pondría las mechas y listo, aunque no pudiera comprar ni un trapo más durante el resto del año.

Rosa continuó comiendo, despreocupada al saber su dinero libre de tal dispendio. Fran seguía aferrado a su bocadillo, convencido de que no debía intervenir porque nadie le había dado vela en aquel entierro: la peluquería era asunto de mujeres.

Sin contendientes, el silencio se impuso durante el resto de la cena. Quizá Rosa no traía nada que contar, quizá estaba tan enfurecida que no le apetecía contarlo. Nerea supo que se trataba de lo segundo nada más apreciar el brío que invertía en recoger la cocina. Los cacharros desaparecían de la mesa y caían en el fregadero formando gran estruendo, las sillas fueron a parar encima de la mesa en un santiamén y sin que nadie supiera cómo ocurrió. En su deseo de aplacar los ánimos, Nerea colaboró en lo que pudo, procurando dejar espacio libre alrededor de Rosa. Y al término se refugió en su habitación. Allí se sentía segura y tranquila, sobre todo tranquila porque no se veía obligada a presenciar la cara de amargada de Rosa ni la de resignación de Fran.

Algunas noches, sobre todo los viernes y sábados, se quedaba con ellos en el salón durante un rato. Se sentaban los tres en el sofá, frente al televisor y a oscuras porque la luz de la bombilla que colgaba del techo incidía directamente sobre los ojos y molestaba a Rosa. Nerea solía colocarse en medio de sus padres. A veces, muy pocas, Rosa elegía el asiento del centro, tomando buen cuidado de arrimarse hacia el lado de su hija para evitar cualquier tipo de roce con Fran. Y, ante la situación, Nerea se preguntaba si la única vez que sus padres habían hecho el amor no habría sido el día que la concibieron a ella. Jamás les había visto ofrecerse una mínima muestra de cariño, ni un beso furtivo, ni un roce intencionado, ni una mirada cómplice, nada de nada. Parecían dos compañeros que compartían piso, hipoteca e hija. Sin duda, en tiempos ya muy remotos, debió haber existido algo entre ellos, algo que se había ido muriendo por falta de atenciones. Al menos eso era lo que ella imaginaba al contemplar la estampa que le ofrecían sus padres, siempre apáticos, enfadados con la vida que les había tocado vivir, muertos por dentro, medio vivos por fuera, tristes y con el rictus de la amargura marcado a fuego en las comisuras de los labios.

Ya a cubierto de altercados varios, refugiada en su habitación, buscó en la guía el teléfono del Estilistas Albert´s, cuyo magnífico salón de peluquería contemplaba cada mañana al pasar por la calle de las Ciudades Unidas. Allí ofrecían un cambio de imagen radical y semejante al de las modelos cuyas fotografías empapelan gran parte del escaparate. Anotó el número en la agenda del móvil. Al día siguiente pediría cita.

Una vez decidido lo que iba a hacer con el pelo, abrió el armario de par en par para seleccionar el atuendo que se pondría para el gran día. No había gran cosa donde escoger, apenas dos o tres opciones que barajar: un par de vaqueros azules, unos negros y otros en color vino que no la favorecían en absoluto. Los negros le sentaban bien pero estaban demasiado gastados para lucirlos ese día. Optó por uno de los azules. Para la parte de arriba podía escoger entre dos jerseys de cuello alto (uno azul y otro verde), otros dos con el cuello en forma de pico y una camisa de cuadros azules y blancos. La prenda de abrigo estaba elegida de antemano: la cazadora de pana color marrón que tanto odiaba. Ropa barata y sosa, a la que se le podría sacar un poco de partido completando el atuendo con una bufanda de colores alegres y, quizá, un gorro de lana. No, gorro no, que estropearía el peinado; sólo bufanda. Después, entre un montón de ropa desechada porque ya no le servía, avistó una bufanda de color morado que se le antojó perfecta para la ocasión. La rescató de la pila. Sacó el vaquero, se lo probó con todos los jerseys disponibles y se decantó por el azul. Combinaba mejor. La bufanda morada taparía un poco la horrible cazadora y aportaría el toque de color. Aisló el conjunto y lo colgó en una percha aparte.

Completado el cuerpo, faltaba ataviar los pies. Necesitaría calzado con tacón para figurar más alta y esbelta. Se alzó de puntillas. Definitivamente, de esa forma ganaría al menos la mitad de los imprescindibles centímetros que la mezquina naturaleza se empeñaba en negarle. Pensar en comprarse calzado nuevo sería una utopía; tendría que recurrir a las botas del curso pasado, el único calzado que había tenido con tacón, retiradas en el trastero por escasas, porque el pie continuaba su avance pese a que las piernas habían desistido de crecer tiempo atrás. Las recataría del trastero, sólo tendría que soportarlas durante un día. Y merecía la pena.

Con varias preocupaciones menos, decidió que era hora de intentar dormir un poco. Intentar, porque últimamente el sueño se vendía caro. De hecho, sólo conseguía dormir entre tres y cuatro horas cada noche; y solía ser a partir de las cuatro de la madrugada cuando su cuerpo, agotado de cansancio, se rendía al sueño. El resto de las horas permanecía en la cama con los ojos abiertos, la mente avivada, la imagen de Román llenando la habitación con su presencia e iluminándola como un faro. Lo veía en las paredes, en el techo, en el suelo, a su lado, tal cual aparecía en la foto que él

le había enviado. Ocupaba las horas imaginando cómo transcurriría el tan deseado encuentro, cuales serían sus primeras palabras para ella, cómo reaccionaría ella, si conseguiría evitar ponerse colorada, si el sudor provocado por los nervios no le jugaría una mala pasada — tendría que llevar desodorante en la mochila y ausentarse al baño si era necesario —, si no tartamudearía al hablar — solía hacerlo cuando estaba nerviosa — pero, sobre todo, lo que más le preocupaba era evitar que Román se sintiera decepcionado al verla. Entre la fotografía que le había enviado, maquillada y con la pose estudiada, y su aspecto natural mediaba el mar de dudas en que se iba hundiendo poco a poco. Las dudas la asaltaban durante la noche, le robaban el sueño y habían tatuado en su rostro la marca de unas profundas ojeras que se estaban convirtiendo en una preocupación a mayores. Con la mirada hundida y los ojos enmarcados lucía un aspecto tétrico, de ultratumba.

— Nerea, ¿te encuentras bien?

Le había preguntado Marta hacía un par de días.

— Si. No me pasa nada.

— Es que te veo más delgada y con mala cara. ¿No te gusta la comida que te preparo?

La primera parte la recibió de buen grado y la consideró un halago: estar más delgada era su prioridad en esos momentos. No así lo segundo.

— No es eso, es que estuve un poco pachucha estos días atrás.

— Ah. ¿Qué te pasó?

— No sé, no me encontraba bien.

Marta no remachó más en el tema, pero Alba sí.

— No sé, tía, se te puso la mirada como la de los vampiros, con los ojos enrojecidos, hundidos y ojerosos.

A la mañana siguiente, nada más ver su propia cara reflejada en el espejo, dio un brinco hacia atrás y, sin necesidad de explicaciones, tuvo claro a qué se refería Marta con eso de “tener mala cara”. No sabía si aquella que le estaba mirando de frente era ella o su abuela. Tenía la mirada

más hundida que el Titanic y hasta le dio la sensación de que habían aparecido las primeras patas de gallo. < ¡Pero eso es imposible! ¿A los catorce años?> se preguntaba. Además, la piel del rostro se mostraba apagada y un tanto amarillenta. La falta de sueño le estaba pasando factura y, de puro agotamiento, ya se movía como Rosa: paso lento, encorvado y cansado. Se horrorizó al pensar que podría llegar a parecerse a Rosa, quien solía levantarse despacio, apoyando ambas manos sobre los riñones para indicar que no podía con el dolor de espalda de tanto trabajar, y después se alejaba pasillo adelante arrastrando los pies como una vieja, encorvando la espalda y mirando al suelo mientras pronunciaba toda la retahíla de partes del cuerpo en las que sentía dolor, entremezcladas con algún "¡Ay, Dios mío!" Inmediatamente, se puso derecha, echó hombros hacia atrás, sacó pecho y metió barriga. Por nada del mundo querría parecerse a Rosa.

Resopló. ¡Qué desastre de cara! Al menos Alba estaba en lo cierto cuando aseguraba que las rojeces desaparecerían. Aún resistía una muy pequeña, apostada en la zona donde antes estaba el bigote, pero se disiparía mucho antes del viernes. ¡Y ellos ni se habían dado cuenta! Volvió a bufar. Estaba hastiada. Las horas de clase pasarían lentas. Las que transcurrirían en casa de Alba, más lentas aún. Allí tendría que fingir normalidad a pesar de que su vida estaba a punto de dar un giro radical, se vería obligada a aparentar tranquilidad exterior mientras su interior era un torbellino y tendría que hacer lo imposible por ocultar aquel cansancio acumulado que arrastraba como si fuera su sombra; además debería mostrar interés a pesar de que todo aquello de los estudios y deberes la aburría sobremanera porque su mente estaba en otra parte; y, por si fuera poco, tendría que tomar buen cuidado en no meter la pata y mantener oculto todo lo concerniente a los preparativos para la cita del viernes. Lamentablemente, no podía confiar ese secreto a nadie porque, si lo hiciera, la someterían a un interrogatorio que no tendría fin y, por añadidura, Alba se empeñaría en acompañarla a la cita y Román se enfadaría.

OceanofPDF.com

X

Rosa no había pegado ojo en todo el fin de semana y ya era domingo por la tarde. Su querida niña — aunque a ella nunca se lo había dicho así — seguía ausente. Durante todo ese tiempo habían estado marcando el número de su teléfono móvil, día y noche, en intervalos más o menos cortos, dependiendo de la intranquilidad del momento; y siempre, como una maldición, les contestaba aquella odiada voz de mujer para indicar que estaba “apagado o fuera de cobertura”.

El médico que la había visitado el día anterior, tras el desmayo, le recomendó ocupar el tiempo de espera con actividades diversas. Así, el sábado por la tarde consumió las horas cocinando y a la noche se encontró con una empanada, sopa, suflé de queso y un bizcocho sobre la encimera de la cocina, pero ni Fran ni ella consiguieron probar bocado. Llevaban sin comer desde el viernes a mediodía y aún no tenían apetito.

El resto del tiempo, una infinidad, había transcurrido entorno al sofá: a ratos acostada, a veces sentada, por momentos oteando la calle desde el balcón, y siempre con el oído atento a la puerta de entrada.

A las seis de la tarde del domingo, con la noche acechando, se refugió en la bañera con la intención de pasar el tiempo en algo que no le resultara demasiado deprimente. Sin calcular cuánto le había costado llenarla hasta el límite, se dejó acariciar por el agua caliente durante casi una hora.

Al salir de la bañera, con el albornoz a cuestas, se acercó al espejo para contemplar lo que allí se reflejaba. Y el espejo, implacable, le devolvió una imagen fiel, acorde con las circunstancias: el maquillaje del viernes seguía ahí, embadurnando toda la cara porque el llanto lo había cambiado de lugar; el rimel resbalaba mejillas abajo dejando tras de sí un rebujo de color negro, la sombra de ojos se desparramaba aquí y allá acentuando las negras ojeras; en los labios no quedaba ni rastro de carmín y lucían resecos, agrietados y enmarcados por un código de barras en la parte superior. < ¡Dios mío, qué vieja estoy!> fue su triste dictamen.

En un segundo examen, más minucioso, percibió que, por añadidura, su rostro mostraba una extraña expresión bajo el velo ajado del maquillaje. Nunca había reparado en ello, pero ahí estaba, marcado a perpetuidad: las alas de la nariz se fruncían, los ojos se entornaban y el labio superior huía hacia arriba. A primera vista parecía que continuamente estuviera oliendo pestilencias, pero ella sabía que estaba ante el mismísimo gesto de la resignación, subrayado por el de la impotencia ante la resignación. Apartó la mirada. Sacudió la cabeza hacia ambos lados. No hacía tanto tiempo que el espejo le devolvía una imagen muy diferente. Cuando conoció a Fran, sin ir más lejos.

Se lo había presentado Julia, una amiga del barrio, una tarde de ocio cualquiera, como tantas otras, que habían salido a pasear, principalmente para ver tiendas desde la parte exterior del escaparate. Él apareció de frente, caminando por la misma acera pero en dirección contraria. Iba solo. Julia se detuvo para saludarlo porque le conocía de vista: era amigo de un amigo. Él decía llevar prisa porque había quedado con ese amigo común en un punto distante de la ciudad. No obstante, Julia le invitó a acompañarlas a una cafetería próxima y él, después de lanzar una mirada furtiva a Rosa, no dudó en dar plantón al amigo del amigo de Julia.

El tiempo que dura un café es indefinido: corto para unos, largo para otros; según la compañía, el momento y el lugar. A Rosa le bastó para enamorarse. Él enrojecía a cada mirada suya y hablaba lo justo, pero dejaba las frases bien asentadas, con la firmeza de quien sabe donde plantar su bandera. <Lo bueno, si breve, dos veces bueno> pensó Rosa en aquel momento.

Desde ese día, lo encontraba cada dos por tres, deambulando por el barrio, sin objetivo ni excusa. En principio sólo se saludaban e intercambiaban frases cortas, exentas de sustancia. El tiempo era el tema al que solían recurrir para llenar los escasos minutos de conversación. Pero un día, mientras sacaban punta a la lluviosa y aburrida primavera, cayó un chaparrón en mitad de la conversación y les pillo sin paraguas ni prisa. Fran propuso refugiarse en una cafetería y Rosa aceptó de buen grado. Esa vez, el tiempo del café se volvió a hacer corto en la buena compañía, pero largo

en avances porque fueron resbalando desde temas insustanciales hasta rozar terreno más íntimo.

— ¿Te apetece ir al cine este sábado por la noche? — se embaló Fran, encarnado como el mantel de la mesa.

— ¡Me encantaría!

— ¿Qué sueles hacer los fines de semana?

— Aburrirme bastante. Mis amigas tienen novio. Si al menos yo tuviera también con quien salir…

A buen entendedor pocas palabras, sólo quedaba esperar hasta el sábado.

La película fue lo de menos. Lo de más fue que, a partir de ese día, el cine pasó a formar parte de su actividad semanal; una actividad esperada durante toda la semana, el momento más deseado por ambos.

Poco tardaron en añadir los domingos, para pasear. Un poco más demoraron en aliñar el cine y el paseo por ardientes besos de tornillo —como llamaba ella a aquella pasión que unía sus bocas durante momentos que duraban horas —, abrazos interminables y noches apasionadas en el asiento trasero del Seat 127 que Fran conducía por aquel entonces, propiedad de Pedro, su padre.

Rosa estaba enamorada hasta la médula, pero sabía que no era conveniente demostrarlo. Es más, debía ocultarlo a toda costa, o Fran la dejaría como habían hecho sus tres predecesores. Aportaba treinta y cinco años cuando le conoció y sobrada experiencia sobre lo que ella creía era el proceder masculino habitual. De aleccionarla desacertadamente se habían encargado los tres gandules que habían pasado por su vida con anterioridad.

Al primero de ellos, Juan se llamaba, lo conoció con tan sólo quince años y se enamoró como una loca, como sólo a esa edad se puede. Juan no tenía nada de especial salvo un Renault 12 que causaba sensación entre las chicas de Cangas de Onís, el pueblo natal de Rosa. Es más, era feo, bajito y sus piernas se arqueaban como si abrieran un paréntesis; pero paseaba su coche por delante del Instituto como nadie: gafas de sol, codo asomando

por la ventanilla, gesto adusto, cortinas cubriendo los cristales del coche y chulería a montones.

De esa guisa, estacionaba cada día a la entrada del Instituto, pagado de sí mismo y creyéndose el héroe de su propio cuento, traía consigo la certeza de que aparecería alguna estudiante dispuesta a darle lo que había ido a buscar. La chica que se acercaba al coche y se subía al asiento delantero era remplazada cada quince días, aproximadamente, dependiendo de lo más o menos agraciada que fuera ella y del cambiante humor de él. Para cuando le tocó el turno a Rosa ya había salido con él más de medio Instituto.

Todo comenzó un día nublado y frío, de invierno, cuando Rosa caminaba sola hacia el Instituto. A falta de cien metros para llegar, un coche flanqueó su lado derecho. Era él. Era Juan. Rosa apuró el paso.

— No corras, mujer, que no muerdo. Sólo quiero hablar contigo. — dijo él, sonriendo, seguro de si mismo, dirigiéndole miradas que taladraban las gafas de sol, excedentes de aquel día nublado.

Rosa frenó en seco. En realidad no quería huir. Sabía que había llegado su turno y deseaba que así fuera: para sus adentros, sin querer reconocerlo ni a sí misma, llevaba meses esperando ese momento.

— Así está mejor. — dijo él, sonriendo abiertamente.

Rosa enrojeció. Ni el frío viento del norte que soplaba fue capaz de aplacar el calor que sentía.

— Hace tiempo que vengo fijándome en ti ¿sabes?

— No lo parece. — respondió ella, mirando al suelo y roja como un tomate.

— Pues si. Hoy te vi pasar sola y la ocasión se me presentó en bandeja.

— ¿Para qué?

— Para pedirte algo.

— ¿El qué?

— Que seas mi novia.

A Rosa se le encendieron las mejillas y algo más.

— ¿Qué me contestas?

Ella asintió en silencio, por triplicado.

— ¿Subes? — preguntó él, ladeando la cabeza para señalar el asiento de copiloto.

— No puedo. Tengo clase.

— ¿Mañana?

Ella volvió a asentir. Él sonrió abiertamente y se marchó pitando. Rosa prosiguió su camino con mil mariposas revoloteando en su cabeza.

Una semana más tarde perdía la virginidad en el asiento trasero del Renault 12. Y siete días después él la dejaba con la excusa de que se había enamorado de otra. Y Rosa, que seguía contando quince años, tuvo la sensación de que lo mejor de su vida ya había quedado atrás.

Lloró ríos que se fueron secando. Terminó el invierno, entró la primavera e, inesperadamente, él regresó.

— No hay ninguna como tú, ninguna tiene tus ojos azules, ni esos labios carnosos que dan ganas de comer. Eres la mejor y quiero que seas mi novia. — argumentó él sacando la cabeza por la ventanilla del Renault 12, con toda la vanidad del mundo, como si le estuviera ofreciendo el paraíso.

Rosa, enamorada hasta las trancas, sonrió de felicidad y creyó en sus palabras lo mismo que creía las de la Biblia.

Las tardes de aquella primavera transcurrieron lejos de las aulas, en un monte cercano al que se accedía por un camino intransitable y con los pinos como únicos testigos. Allí, alejados del mundo y su mirada, Juan le prometía el oro y el moro mientras ella sonreía y daba sus palabras por buenas.

A finales de junio llegó el verano y también una rubia gordita que había sacado muy buenas notas y sus padres le concedieron permiso para pasar la temporada estival en Cangas de Onís, con sus abuelos. Dispuesta a distraerse a toda costa en aquel pueblo donde carecía de amistades, conoció a Juan al segundo día y encontró en él al compañero ideal: divertido, ocioso y con coche. Y Juan, que gustaba de probar la miel de todas las flores, no

dudó en darle plantón a Rosa y aprovechar la ocasión. Rosa seguiría en el pueblo, la rubia quién sabe si volvería. Mientras él pasaba el verano en brazos de la rubia primero, y de otras dos morenas después, a Rosa se le secaron los ojos de llorar y el corazón de despecho.

— Estoy cansado de probar con otras, quiero que tú seas mi novia. — le dijo el sinvergüenza una tarde cualquiera del siguiente invierno.

— ¿Y por qué no se lo pides a alguna de las que estuvieron contigo los meses pasados?

— Porque te quiero a ti.

— Pero yo a ti no te quiero.

Una vez dicho cuanto al respecto tenía que decir, Rosa siguió su camino hacia el Instituto, airosa, obviando las palabras que le llegaban desde la ventanilla del Renault 12.

Ese día Juan no quiso incidir más en el asunto y se marchó sonriente, seguro de si mismo y del amor de Rosa. Hasta el momento, ninguna se había resistido a sus más que cuestionables encantos, no había razón para preocuparse.

Volvió a intentarlo al día siguiente y a los que siguieron al siguiente sin que la decisión de Rosa cambiara un ápice. Sin buscarlo ni quererlo, con cada nuevo rechazo ella alimentaba un amor que crecía por momentos. El conquistador había sido conquistado, al fin, pero ni él ni ella volverían a ser los mismos: él, incapaz de tragar el amargo despecho, decidió dar a su vida un giro radical y se casó con la siguiente que se cruzó en su ajetreado camino; ella durante largo tiempo arrastraría las secuelas de su primer descalabro amoroso.

El segundo truhán se llamaba Antonio y entró en su vida muchos años después, cuando ella acababa de cumplir los veintitrés. Un año antes había dejado atrás el pueblo ante la ausencia de perspectivas laborales y malvivía en Oviedo trabajando de asistenta por horas, a la espera de que le saliera algo mejor. Y, escuchando el consejo de una conocida de la infancia que había conseguido un puesto de secretaria en un bufete de abogados, decidió emplear en algo provechoso las dos horas que cada día le concedían de

permiso y, con miras a dar también el salto al secretariado, se inscribió en un curso de mecanografía. Allí fue donde conoció a Antonio, que asistía al mismo curso, a la misma hora y en la mesa de al lado.

Su descaro la engatusó enseguida. Cuando las teclas de la Olivetti no lo requerían, toda su atención era para ella y le clavaba la mirada sin tan siquiera pestañear. Antonio tenía sólidos planes de futuro, sonrisa fácil y recursos en el amor que no dudaba en emplear a la mínima ocasión que se le presentara. Al terminar las clases, revolvía incansable en el pupitre para hacer tiempo hasta que la veía salir; entonces se ofrecía a acompañarla durante el tramo común y aprovechaba el trayecto para asestarle variados piropos, unas veces divertidos y otros picantes. Lástima que la naturaleza no le hubiera favorecido un poco más porque, a sus veintiséis años, la calvicie se estaba adueñando de su cabeza y, por añadidura, le sobraban algunos kilos; pero era inteligente, muy inteligente, sabía conversar acerca de casi cualquier tema e imponer su punto de vista con palabras convincentes; pero sobre todo parecía muy romántico y a ella la adoraba. Referencias más que suficientes para convencerla de que estaba ante el hombre de su vida.

Entre el estruendo de las teclas de las máquinas de escribir y el corto paseo que compartían cada tarde de vuelta a casa, voló sobre una nube de algodón hasta que una compañera entrometida y chismosa la puso al corriente de que Antonio, su Antonio, tenía novia en el pueblo desde hacía al menos cuatro años. En menos de un minuto se desmoronó la historia de amor con final feliz que Rosa había construido en su cabeza y la invadieron los celos hasta anularle el raciocinio. Como si el demonio se metiera en ella, dejó de ser dueña de sus actos. Sólo sentía celos y más celos, rabia y más rabia, incontenible.

Al día siguiente, nada más ver a Antonio, le saltó al cuello: reproches e insultos que salían a borbotones mientras la profesora le miraba atónita, sin ser capaz de tomar el control del aula.

Al salir de clase, hablaron y el asunto quedó aclarado: la otra no importaba nada, estaba ahí por costumbre, nada más; en cambio ella era el amor de su vida. Además, y como prueba de confianza, le facilitó el número teléfono de su casa y la invitó a telefonearle cuando quisiera, así se

convencería de que no estaba casado ni lo estaría nunca con mujer alguna que no fuera ella.

Pero Antonio no contaba con que Rosa telefonearía a todas horas para comprobar si estaba solo o con la otra, y terminaría por no contestar las llamadas.

— Antoñito no está en casa. ¿Quién le llama? ¿Quiere dejar algún recado?

Respondía la vieja bruja. Su malvada sonrisa se percibía a través del cable.

Los celos de Rosa aumentaban con cada negativa, y las escenas que le montaba a Antonio también.

Él terminó por cambiarse de Academia, su madre dejó de contestar al teléfono y a Rosa se la llevaron los demonios de rabia y de impotencia, pero dejó de telefonear.

Había pasado el tiempo y había pasado también el amor cuando, cuatro años más tarde, volvieron a encontrarse (ella creía que por casualidad). La belleza felina de Rosa impresionó a Antonio como lo hiciera cuatro años atrás, cuando la viera entrar por la puerta de la Academia. No pudo resistir el impulso de permanecer a su lado aunque sólo fuera durante un breve espacio de tiempo y la invitó a un café, y ella no pudo evitar pensar que su vida amorosa se cimentaba sobre tazas de café.

— Tengo un poco de prisa, así que sólo un momentín…

— Bueno mujer… ¿a dónde vas tan apurada?

— Tengo prisa, eso es todo. Lo tomamos rápido y ya está.

— Podemos quedar para otro día, un día que estés más relajada.

Con los años, Antonio había perdido aún más pelo, pero ni una pizca de descaro. Rosa apartó bruscamente la mano ajena que había ido a parar a su rodilla y que se encaminaba lentamente muslo arriba. También esquivó el puñal que iba directo hacia su orgullo cuando se percató de que aún le sangraba la herida del rechazo. No obstante, enfrentó la certeza de que aquella ocasión le venía como anillo al dedo para demostrarle a aquel

depravado que estaba ante una mujer digna, a quien vale la pena tomar en consideración.

— Las manos quietas, que van al pan.

Antonio rió a carcajadas.

A partir de ese día, con una frecuencia semanal y la excusa del aburrimiento derivado del matrimonio con una mujer que no le comprendía en absoluto y cuyo fruto había sido un hijo que daba mucho la lata, Antonio la esperaba a la salida del trabajo; sólo para tomar un café en buena compañía, decía.

Antonio no despertaba en ella más sentimiento que el escaso escozor que aún causaban las viejas heridas. Como decía Aurora, su madre, el daño nunca va a saco roto. “Hija, es como si te dedicas a clavar puntas en una pared; aunque luego las retires, quedan las marcas” aclaraba Aurora con una fábula copiada a saber de quién. Pues algo de eso debía ocurrir porque, aunque Antonio no había perdido simpatía ni buen conversar, ella no disfrutaba con su compañía; simplemente lo soportaba por desidia, porque por aquel entonces aún le sabía mal ser descortés, porque total sólo era media hora a la semana y no tenía nada mejor que hacer a esas horas ni nadie más con quien matar el tiempo.

— ¿No estaríamos más cómodos en otra parte? Donde pudiéramos desinhibirnos un poco; en un motel, por ejemplo… — propuso él después de un tiempo y muchos cafés.

— ¡Estás loco!

— ¿Por qué, mujer? Lo estoy diciendo en serio.

— Me da náuseas sólo de pensarlo.

Antonio rió lo que le había parecido una broma.

Continuó insistiendo durante un tiempo hasta que, ante las reiteradas negativas, desapareció y esa vez para siempre. Rosa nunca le echó de menos.

Unos pocos años más tarde, cuando ella ya se había desprendido de su juventud, llegó el tercero. Se llamaba Julián y era cuñado de su prima María

Luisa. Y, precisamente, lo conoció el día de la boda de María Luisa cuando alguien de entre los familiares se lo presentó. Sin reparar demasiado en él, le asestó los dos besos de rigor y atendió a la siguiente presentación que tenía a las puertas, lo normal cuando dos familias que van a emparentar coinciden al completo por primera vez.

Tampoco se fijó en Julián durante la ceremonia, ni en el banquete, ni en el baile; sencillamente porque Julián no era el tipo de hombre que le gustaba: llevaba barba y ella odiaba la barba, usaba gafas y ella detestaba los hombres con gafas, lucía una entrada a cada lado de la frente que no le favorecía en absoluto y además era más bien bajito.

Por el contrario, Rosa acaparó todas las miradas de Julián. No obstante, consciente del nulo interés que despertaba en ella, no se atrevió ni a invitarla a bailar, mucho menos a hacerle cualquier otro tipo de proposición. Sin embargo, como el cobarde que tira la piedra y esconde la mano, no tuvo reparos en pregonar su debilidad por ella ni en reconocer que era la mujer perfecta a la mínima ocasión que se le presentara y a todo aquel que quisiera escucharle. Sus sentimientos fueron de dominio público enseguida pero Rosa no se enteraría hasta semanas más tarde, de oídas y con el cuento tan exagerado que ya aseguraban que Julián iba a pedir su mano de un momento a otro. Ella se rió a carcajadas y restó importancia al asunto.

Pasarían algunos meses hasta que, días antes de Navidad, el cartero trajo una felicitación de Julián. “Felices fiestas y próspero Año Nuevo” rezaba lo escrito en el reverso de una postal típica navideña. Ella, por pura deferencia, le envió otra igual de escueta y de vulgar.

Para su sorpresa, a la felicitación siguió una carta interesándose por la salud de toda la familia. Ella volvió a responder, atendiendo únicamente al sentido de la cortesía y ampliando la conversación al mal estado del tiempo.

Por amabilidad, dio respuesta también a las docenas que la siguieron. Al principio hablaban de cosas sin importancia, de la familia en común principalmente, que si fulanita ya está hecha una mujer, ¿no la volviste a ver desde la boda?, que si a menganito, el que llevaba aquel traje gris tan

anticuado, lo han ascendido en el trabajo y ahora vive como un cura sin parroquia, etcétera, etcétera.

En primavera Julián dio un paso de gigante. Las cartas, hasta entonces tan inocentes y reiterativas que empezaban a aburrir a Rosa, comenzaron a tocar de lleno el tema amoroso para destapar la desvergonzaba pluma de un hombre insospechadamente ardiente, tanto que despertaron el interés de Rosa como nunca antes ninguna otra, ni siquiera los papeles plagados de corazones que le enviaba Andrés en quinto de Educación General Básica. Que si cuántos novios tuviste, que qué te gusta que te hagan, a mi me gusta esto y lo otro. Las cartas iban subiendo de tono semana tras semana mientras Rosa se iba haciendo adicta al morbo que se mostraba sin pudor entre sus líneas.

Al mes conspiraban para acostarse juntos y al segundo lo llevaban a cabo en un hotelucho de Pravia donde nadie les conocía. Al principio todo eran nervios frente a la cama de pino cubierta con una colcha floreada y presidida por un enorme crucifijo con Cristo y todo. Caras coloradas, temblores, manos que se escondían en los bolsillos, carraspeos. Después, a medida que fueron entrando en materia, Rosa se encontró tan a gusto que se enamoró ese mismo día.

Tras el tórrido encuentro, él la dejó a dos calles de casa y se despidieron con un beso furtivo. Nada más llegar a casa, Rosa le escribió una carta. Carta que no fue contestada. Ni esa, ni las siguientes. El interés de Julián caía en picado y el de Rosa crecía como la espuma.

Ante la falta de respuestas comenzó a ir por casa de María Luisa con una frecuencia diaria y cualquier excusa, esperando encontrarle. Al comprobar que su plan no daba frutos decidió ir en su busca al lugar donde sabía le encontraría con certeza: el domicilio de sus padres.

Los primeros cuatro días Julián salió al rellano de la escalera para hablar con ella. Nada en su semblante ni en su conversación hacía intuir el hombre apasionado en que se convertía entre las sábanas y a las múltiples preguntas de Rosa, él contestaba con monosílabos, desviando la mirada y sin ocultar su incomodidad. Al quinto día la recibió la madre de Julián para comunicarle que su hijo no estaba en casa, que podía dejarle el recado y ella

se lo haría llegar. Al sexto hicieron caso omiso del timbre, pero ella seguiría intentándolo, día tras día, hasta que un día, harta de pasar vergüenza y humillación, juró que jamás volvería a pisar la calle donde vivía Julián y que no le hablaría ni le saludaría nunca más, bajo ningún concepto. Enamorada hasta la médula como estaba ni ella misma sabía si sería capaz de cumplir con esas palabras. Aún así, lo intentó, persistió y lo consiguió.

Tres largos años tardaría Rosa en olvidar a Julián y al menos cinco en volver a verle de nuevo. Y ocurrió el día menos pensado. Una tarde de sábado como otra cualquiera ella salía del cine, Julián pasaba por la acera y se cruzaron. El encuentro y el saludo resultaron ineludibles. Rosa le había olvidado, Julián seguía convencido de que ella bebía los vientos por él. Sin embargo, dos minutos de conversación le bastarían para comprobar cuan equivocado estaba; porque el olvido, el odio y el amor se reflejan mejor en la mirada y en los gestos que en las propias palabras; y las palabras de Rosa tan solo denotaban una pizca de cortesía y muchas ganas de perderle de vista.

A partir de ese día Julián volvió a coger carrerilla hacia la reconquista, pero ya era demasiado tarde y quien envió cartas que no fueron contestadas fue él. Y él también fue quien recibió plantones en la escalera cuando salía la vecina para indicarle que Rosa estaba ausente y que ella era la encargada de recoger los recados que le llegaran.

Esas tres experiencias nefastas le fueron suficientes para llegar al convencimiento de que a los hombres hay que tratarles con el despotismo necesario so pena de que salgan corriendo y no vuelvan a aparecer hasta pasados años, cuando el amor también haya huido. Y cuando el amor escapa ya no regresa jamás.

Rosa se sentía satisfecha por haberles dado su merecido a aquellos tres energúmenos, pero… ¿y los años de sufrimiento? ¿A dónde habían ido a parar todos aquellos momentos de angustia, soledad y desencanto? Ella no lo sabía, sólo sabía que habían existido y punto. Rememoraba con dolor todas aquellas noches en blanco, llorando sin consuelo; recordaba que su mente no podía pensar en otra cosa que no fuera Juan primero, Antonio luego y Julián después. Cada uno en el turno que le había tocado ocupaba su mente día y noche, noche y día. Sus desprecios le habían dolido más que

la más honda de las puñaladas. Había derramado mares de lágrimas por cualquiera de los tres, a partes iguales. Y el hecho de que se presentara la ocasión propicia para asestarles su merecido no le dejó ni tan siquiera el dulce sabor de la victoria, porque cuando llegó el tan ansiado momento a ella ya le daba igual porque no significaban nada en su vida.

Para cuando hubo rebasado el tercer desengaño amoroso tuvo la certeza de que finalmente había dado con el quid de la cuestión: jamás hay que mostrar los propios sentimientos porque ese destape es el que nos hace vulnerables ante los demás. A sus lecciones de filosofía del amor, adquiridas en la escuela de la vida y enseñadas por tres idiotas, añadió otra de su propia cosecha: el amor no existía y, por lo tanto, no había que perder el tiempo buscándolo; lo mejor y más adecuado era afanarse en encontrar un hombre rico que la mantuviera como una señora. Y en eso ocupó los siguientes años de su madura juventud.

Cimentó su plan con la única base de una ingenua ilusión, y comenzó a desplomarse cuando se sintió incapaz de sortear el primer obstáculo: conocer a alguno de ellos. Los hombres adinerados no abundaban, no por lo menos en los ambientes en los que ella se movía. Es más, jamás llegó a conocer alguno y finalmente, transcurridos unos cuantos años más, se resignó a quedar para “vestir santos”, como decía su madre, que cada día repetía la misma cantinela: “yo a tu edad ya te había parido a ti.”

Y cuando ya lo daba todo por perdido, llegó Fran a su vida una tarde cualquiera mientras miraba escaparates acompañada de una amiga. Era alto, de hombros anchos, porte atlético y ojos de un color verde indefinido. Tan segura estaba de que lo suyo era amor a primera vista como lo estaba de que no permitiría que le ocurriera lo mismo que con los otros tres. Había sido una ingenua entregándoles su corazón para que ellos se entretuvieran rompiéndolo, pisoteándolo y haciéndolo pedazos hasta que ya no les sirvió para nada, y entonces ni siquiera tuvieron la deferencia de devolvérselo sino que lo dejaron tirado en cualquier parte sin importarles lo que pudiera pasarle. No, con Fran no sería así. Prefería convertirse en un cardo borriquero antes de que él la dejara como antes hicieran los otros tres.

Una tarde, después de hacer el amor en el asiento trasero del Seat 127, obtuvo la primera prueba de que su filosofía era la acertada.

— ¿Te casarías conmigo? — preguntó él.

Rosa, que apenas podía creer lo que estaba escuchando, a punto estuvo de no conseguir ahogar el grito de felicidad que nacía en su corazón y pujaba para abrirse paso laringe arriba hacia el exterior. No obstante, fiel a su nuevo catálogo de convicciones, empujó la ilusión de Fran al abismo y remató la conversación para luego, intencionadamente, cambiar hacia un tema mucho más trivial: una falda muy bonita y muy cara que cada tarde la tentaba desde un escaparate.

— Esas decisiones hay que tomarlas con calma y hacer las cosas bien. — zanjó.

Al día siguiente él la esperaba con un anillo de oro que, aunque casi invisible y sin piedra, a ella le pareció precioso.

Se habían conocido en mayo, se casaron en noviembre del mismo año y el cinco de septiembre del año siguiente nació Nerea. Fue una niña muy deseada cuya llegada al mundo provocó en Fran una explosión de alegría. Cuando la enfermera se la acercó para que la tomara en brazos, él se sintió el hombre más inútil del mundo porque no tenía ni idea de cómo agarrar aquella cosa minúscula que una enfermera de mirada inquisitiva le entregaba envuelta en un manto blanco.

Esa primera vez, la reacción de la niña a la incomodidad no se hizo esperar: el llanto se escuchó en toda la planta. Fran no sabía qué hacer y temblaba como un flan. Entretanto, Rosa echaba pestes desde la cama porque no la dejaban descansar.

Una semana más tarde Fran cambiaba pañales con la destreza de una aya, preparaba biberones lo mismo que apilaba ladrillos en la obra, y hasta era capaz de echar una cabezada mientras acunaba a la niña en sus brazos escuchando cómo el reloj anunciaba las tres de la madrugada. Y la niña, con su piel de seda rosada, reconocía su olor corporal y se calmaba tan pronto aterrizaba en sus brazos.

Mientras tanto, Rosa se iba acomodando en su papel de suplente, mucho más cómodo. El primer paso consistió en dejar que la leche materna feneciera en sus pechos. Los dolores y la hinchazón de los primeros días tuvieron su recompensa: era Fran quien se levantaba a preparar biberones

de noche mientras ella dormía a pierna suelta. Al no disponer de permiso de conducir, también le resultó sencillo desentenderse de las visitas al pediatra, que pasaron a ser competencia de Fran y de Aurora, la abuela materna. Y los cambios de pañales fueron aplazados hasta el límite soportable para ahorrar dinero y trabajo.

En su interior, Rosa sabía que algo no iba bien, que la infancia de su hija pasaba sin que ella tomara parte; pero así eran las cosas, debía mantenerse firme y constante en la nueva filosofía de vida que tan buenos resultados le estaba dando o la niña, al igual que las tres primeras personas a quienes tanto había amado, acabaría por abandonarla también.

Y, a fuerza de tiempo y emociones contenidas, sin darse cuenta, Rosa se fue cubriendo de un duro caparazón que, como el de la tortuga, envolvía un interior blando y vulnerable.

— ¿Se habrá marchado convencida de no la quiero? ¿Habrá sido ese el motivo? Pero, si fue por eso, ya es demasiado tarde. ¡No, nunca es demasiado tarde! Cuando Nerea vuelva todo será diferente. La abrazaré, la besaré, le diré palabras cariñosas… Sí, eso es, todo será diferente. También trabajaré menos. ¡Al diablo la hipoteca! Dejaré de limpiar en casa de Doña Lourdes y cogeré el turno de mañana en la pescadería; así podré pasar las tardes con ella. Y los sábados nos iremos juntas de compras. Sí, eso es, de compras. O al cine. También puede venir Alba. Y tomaremos el chocolate que tanto le gusta en una de las mejores cafeterías del centro. Sí, haremos todo aquello que nunca tuvimos ocasión de hacer. Y en verano iremos juntas a la playa y charlaremos de nuestras cosas.

Hablaba sola mientras recorría una y otra vez el corto pasillo de la casa, envuelta en la bata y sintiendo cómo el dolor rompía en mil pedazos aquella coraza que tan bien había custodiado sus sentimientos hasta ese preciso momento.

Una hora más tarde, agotada, se dejó caer en el sofá. Al rato se durmió con la sonrisa en la boca y los sueños repasando todo aquello que siempre había deseado hacer con Nerea y que nunca había hecho pero que haría tan pronto regresase.

El sueño no había visitado a Fran en todo el fin de semana. El hambre, la sed o el cansancio tampoco le molestaron; o, si así fue, ni cuenta se había dado.

La mañana del sábado transcurrió en la Comisaría, el desmayo de Rosa ocupó el mediodía y la tarde la pasó en el balcón, escudriñando al detalle las calles y la gente que las transitaba, con la esperanza de que alguna de aquellas siluetas inidentificables a lo lejos se transformaran en Nerea a medida que se iba acercando.

El domingo por la mañana, ahogado por la espera, se echó a la calle. No quería ni podía permanecer inactivo, aguardando un milagro en el salón de su casa. Así, perseguido por la necesidad de hacer algo útil, de aportar su granito de arena, sus pasos le guiaron hasta el Instituto de la Corredoria. Allí se detuvo, frente a la puerta de entrada, sustraído del mundo, con la mente en blanco mientras sus ojos observaban cómo el pino del patio, meloso, se dejaba mecer por el caprichoso viento de otoño.

Después de un tiempo impreciso, la certeza de que tendría que intentar ponerse en la piel de Nerea lo trajo de la mano hasta el mundo real. ¡¿Cómo no se le habría ocurrido antes?! ¡Estaba más claro que el agua! Sólo tratando de reconstruir los hechos podría dar con el paradero de su hija. Porque, sin duda alguna, en aquel lugar, a las dos y media de la tarde del viernes pasado, había ocurrido algo extraño, de lo contrario su hija habría vuelto a casa como el resto de los días. Empezaría a investigar.

Lentamente, pendiente de cada baldosa de la acera, de cada adoquín, de cada coche aparcado, emprendió camino en dirección a su casa, como supuso lo habría hecho ella.

Dejó atrás el aparcamiento del Instituto, cruzó el paso de cebra de la calle Francisco Pintado Fe y enfiló la calle Anabel Santiago Sánchez, simplemente porque le pareció el camino más corto hacia casa de Alba, el que seguramente seguiría Nerea a diario. Aquellas calles, en ese momento desiertas de tráfico y peatones, sin duda bullían de estudiantes a las dos y media de la tarde del viernes. Alguno de ellos tendría que haber observado algo extraño porque algo muy extraño había sucedido allí mismo.

A la izquierda, justo enfrente al Instituto, en el bajo del primer edificio de la calle Anabel Santiago Sánchez, hay un kiosco. Seguramente sería allí donde los estudiantes se abastecían de chucherías para el camino. Se acercó. El kiosco estaba abierto. Sin saber muy bien cuales eran las palabras correctas para consultar lo que deseaba saber, se decidió a entrar. Ya se le ocurriría algo.

Detrás de un mostrador de menos de medio metro de largo, un chico de unos veinte años aconsejaba a dos señoras en su búsqueda de revistas del corazón con las que fulminar la monotonía de un día de otoño, casi invierno. El chico aportaba propuestas moviéndose con agilidad dentro del escaso reducto que le dejaban las revistas, chucherías, colecciones y todo lo que allí había. De vez en cuando miraba a Fran y se encogía de hombros, para darle a entender que nada podía hacer para agilizar el trámite. Tan pronto como las ociosas mujeres hicieron su elección, el dependiente calculó con rapidez y les anunció el importe con sonrisa forzada. Con calma, las mujeres fueron desalojando el local y Fran pudo apoyar el pie que mantenía en el aire para no atropellar los lotes de colecciones que se desperdigaban por el suelo, a los pies de estanterías rebosantes de revistas especializadas en todas las materias habidas y por haber que, sin orden ni concierto aparente, forraban las cuatro paredes del reducido espacio.

— Dígame.

Con medio paso, Fran se acercó al mostrador sin saber cómo abordar al dependiente.

— Verá… yo… no quería comprar nada, sólo quería hacerle unas cuantas preguntas…

El kiosquero se puso serio, parecía contrariado.

— Usted dirá.

— Quisiera preguntarle si estaba usted trabajando aquí el pasado viernes, sobre las dos y media de la tarde.

El chico cruzó los brazos, frunció el entrecejo y puso cara de pocos amigos.

— Pues sí, sí señor, estaba trabajando. ¿A qué vienen todas estas preguntas? ¿Ha ocurrido algo?

Tendría que dar alguna explicación coherente con el interrogatorio y lo mejor sería decir la verdad, sin andarse con rodeos.

— Verá… sí, sí que ha ocurrido algo, algo muy grave. Mi hija estudia segundo de la ESO en el Instituto de ahí enfrente y no la hemos vuelto a ver desde el viernes por la mañana. No ha regresado a casa y quería preguntarle, ya que tiene usted el kiosco frente a la salida del Instituto, si ha visto u oído algo extraño. — expuso Fran, sin aclarar el significado del término “algo extraño”.

El chico apoyó las manos en el mostrador, relajó la expresión de su rostro y la mudó por lo que parecía un gesto de preocupación. Después se quedó pensativo durante un instante que Fran, en su anhelo de noticias, juzgó interminable.

— Todo fue normal, como los otros días. No sé cómo decirle… los chicos salen en tropel y muchos se meten aquí para comprar chuches. El kiosco se llena y, entre atenderles y controlar que no se lleven o estropeen algo de lo que tengo por aquí, no me queda tiempo para mirar hacia la calle. Pero no escuché nada extraño, ni nadie hizo comentario alguno al respecto. ¿Se refiere usted a un secuestro o algo así?

— Más o menos… Yo creo que a mi hija la metieron a la fuerza en un coche.

— De ser así, yo creo que me habría enterado. Ya le digo que salen todos los chicos al mismo tiempo y no creo que nadie se atreva a venir en un coche, parar aquí delante y llevarse a la fuerza a uno de ellos en medio de sus compañeros. De hacerlo así, esa persona se metería en la boca del lobo porque los chicos anotarían la matrícula y darían cuenta a la policía, ya sabe… estas cosas suelen ocurrir en descampados o lugares poco transitados. No sé si me comprende…

El chico tenía razón, toda la razón del mundo. Preguntar aquello había sido una tontería. ¿Cómo iba alguien a introducir a una chica a la fuerza en un coche ante la mirada de docenas de compañeros?

— Está bien. Muchas gracias por la información.

Fran dio media vuelta y se dispuso a salir de allí peor de lo que había entrado: sin información y, además, avergonzado.

— Lo siento, señor. Si tengo alguna noticia… ¿con quien tendría que contactar?

Se dio cuenta de que estaba siendo descortés al marcharse sin despedirse.

— Sé que le acabo de preguntar una tontería, pero estoy muy preocupado y llevo dos noches y dos días sin pegar ojo — explicó, sin saber muy bien de qué trataba de excusarse — El caso lo está llevando el Inspector Núñez de la Policía y preferiría que, en caso de que venga a entrevistarle, no le comentara que yo estuve aquí haciéndole preguntas. Por favor, si tiene alguna noticia es muy importante que lo ponga en conocimiento de la policía.

— Descuide, señor, lo haré, para eso estamos. Cuente con mi colaboración para lo que sea necesario.

— Gracias.

Abandonó el local sin mirar atrás, convencido de que el chico le estaba examinando pormenorizadamente mientras sacaba en conclusión que se trataba de un loco más. Las ropas sucias y arrugadas que llevaba encima desde el viernes noche, su cara demacrada, el pelo despeinado y las preguntas que acababa de plantearle no daban pie para pensar otra cosa.

Siguió caminando por la acera, tratando de adivinar el recorrido que haría Nerea para llegar a casa, desconociendo cuál sería el itinerario elegido por ella pero suponiendo que se decantaría por el más corto.

Tiendas de barrio de todo tipo, cuantiosos bares, algunos bajos en alquiler y demasiados vados cediendo la entrada a los garajes. Todo era normal. Escasos coches en la carretera; pocas personas transitando, yendo y viniendo, unos con tranquilidad y otros con más prisa, todos ellos ajenos al hecho de que hacía menos de treinta horas una tragedia había tenido lugar en algún punto de aquella calle por la que en esos momentos caminaban con

total normalidad. A Nerea parecía habérsela tragado el asfalto sin que nadie pudiera dar fe de ello.

Fran escudriñaba cada esquina, comercio, entrada a garaje y recoveco, buscando no sabía exactamente qué. Quizá algún agujero, un insospechado lugar oculto, cualquier indicio o el más leve rastro de su hija, o por donde su hija pudiera haber desaparecido. La gente se le quedaba mirando, desconcertada, en parte por la pinta que llevaba y en parte por su actitud de lunático que buscaba algo extraño donde sólo había normalidad.

Casi sin darse cuenta estaba en el umbral de su casa. Tan abstraída traía la mente que no se había percatado del momento en el que rebasó el portal o tomó el ascensor. No necesitó molestarse en localizar el manojo se llaves porque Rosa le franqueó la puerta sin necesidad de aviso previo. Llevaba tiempo plantada ante la entrada, aguardando el regreso de su marido y, nada más escuchó pasos al otro lado, comprobó a través de la mirilla y abrió para echarse en sus brazos y estrecharlo en el abrazo más fuerte que le había dado en años, y también el más desesperado.

Él, sorprendido de nuevo, tardó un tiempo en reaccionar ante el inesperado comportamiento, pero finalmente se dejó llevar y la abrazó también, por pena y por inercia, no por deseo ni sentimiento. El amor que un día había sentido por ella perecía sepultado bajo una montaña de reproches y no le restaban ganas ni fuerzas ni era el momento de desenterrarlo.

Permanecieron así durante un tiempo indefinido que a Fran le pareció una eternidad; una eternidad incapaz de borrar quince años de infeliz convivencia. Pero, aunque ese momento Fran fuera incapaz de atisbarlo y Rosa apenas comenzara a sospecharlo, esa coexistencia había sido mucho más dichosa de lo que ellos jamás hubieran podido imaginar, y la habían dejado escapar como agua que corre entre los dedos de una mano abierta, escapando y escapando para no regresar jamás.

Cuando ya no les quedaban fuerzas ni para abrazarse ni para seguir en pie, Rosa le tomó de la mano y, sin mediar palabra, le condujo hasta el sofá. Allí los encontraría la madrugada horas más tarde.

OceanofPDF.com

XI

El martes veinticuatro de noviembre quedó la cita definitivamente concretada, salvo imprevistos de última hora. A las tres menos veinte de la tarde se encontrarían al lado del paso de cebra que, cual alfombra, se extiende delante del edificio que comparten las calles Jorge Tuya y Anabel Santiago Sánchez.

Román había localizado toda la información en Google Maps y hasta había memorizado el plano de la zona. Nerea le había adelantado el color exacto de cada prenda que llevaría puesta. Él había dicho que tomaba buena nota y que la reconocería sin problema, que aparcarían el coche por la zona y luego, a pie, buscarían algún restaurante cercano donde almorzar los tres juntos.

— ¿D q marc es vuestr coche?

Había preguntado ella, por curiosidad y porque, de tanto escuchar a Alba, vivía con la sospecha presente.

— No sé cual de ellos elegirá porque esas son decisiones que mi padre toma en el último momento. Es muy cuidadoso con la seguridad y cuando salimos de viaje sopesa todos los pros y los contras de cada uno de sus coches. Que si el Mercedes no porque no le he mirado el aceite, el Volvo tampoco porque necesita pasar la revisión y le puede fallar esto o lo otro; así que nunca sabemos en cual viajaremos hasta el momento en que nos manda subirnos.

— Lo preguntb para podr localizart + fcil.

— Quédate tranquila, no hay motivo de preocupación, te reconoceré porque guardo tu foto en el móvil, en la mente y en el corazón; una foto que miro más de cien veces al día y que no me deja lugar a dudas. Además, sé lo que llevarás puesto y te preguntaremos si eres Nerea. No te preocupes, que no fallaremos ni nos iremos a comer con otra.

Ese viernes despertó una hora antes de lo que últimamente era costumbre, o sea a las dos de la mañana. Cien vueltas a la derecha y otras cien hacia la izquierda, intentando dormir. Se levantó. Subió la persiana. Al menos no estaba lloviendo, como habían pronosticado en la tele, pero el viento empujaba con toda su furia dando la razón al hombre del tiempo que pronosticaba la llegada de un temporal de los que harían historia. Su peinado quedaría hecho trizas nada más pisar la calle. Suspiró. No había forma de luchar contra la naturaleza: primero le había dado aquel pelo tan rebelde, y ahora se empeñaba en deshacer un arreglo de ciento veinte euros. Bajó la persiana. En aquella casa orientada al norte hacía un frío que pelaba y la calefacción estaba de adorno. Volvió a meterse bajo las mantas. A falta de sueño repasaría mentalmente todos y cada uno de los pasos que debía dar.

Lo primero de todo era hacerse la dormida cuando Rosa entrara en la habitación: no debía notar nada extraño como tampoco lo había notado los días anteriores. Según Román, el hecho de simular normalidad era de vital importancia para que aquella relación llegara a buen puerto. Si Rosa, o Fran, o ambos, les descubrieran, zanjarían la relación, sencillamente porque ella era demasiado joven y no consentirían en tan temprano noviazgo. Por eso la discreción era primordial, el pilar básico.

— ¡Borra todos los mensajes que nos enviamos! Los padres son unos genios en el arte de detectar las contraseñas de los hijos para espiar con quien chatean y lo que dicen. Yo siempre tengo cuidado porque la primera vez se me ocurrió poner de contraseña mi fecha de nacimiento, mi madre la descubrió y andaba leyendo mis mensajes.

Le había advertido él en varias ocasiones, reiterando cada una de las veces la importancia de borrar los mensajes, de que no se le escapase el más mínimo comentario, de hacer “vida normal”, de comportarse como de costumbre, sin que se notasen prisas ni especial ansia por sentarse frente al ordenador.

— Y, si tus padres entran de repente en la habitación, no apagues el ordenador inmediatamente porque desconfiarían, y si creen que puedes estar chateando con algún chico, entonces se las ingeniarán para descubrir tu contraseña y espiarte los chats.

Sonrió al recordar aquellas palabras. Él era astuto, muy astuto. Pero era improbable que Rosa, o Fran, totalmente legos en cuestiones de informática, consiguieran acertar la contraseña que ella había elegido, a la vez fácil y difícil de desvelar. No coincidía con ninguna fecha especial, ni aludía a nombres de las mascotas que nunca tuvo. Simple y, quizá, absurdamente había elegido “alba1996”: el nombre de su amiga y el año de nacimiento de ambas. Y escogió esa, sencillamente, porque fue lo primero que se le vino a la mente cuando creó la cuenta de tuenti. Pero, aún así, tomó en cuenta los consejos de Román y día a día había ido borrando cuanto ambos escribían, por si acaso.

El segundo paso era ducharse y vestirse sin más prisa de la habitual. Debía hacerse la remolona ante Rosa durante un rato, abrir la boca para simular somnolencia y después meterse en la ducha como todos los días, sin demorar en salir ni más ni menos de lo acostumbrado.

Lo más delator serían las botas de tacón que había rescatado del trastero el día anterior. Pero, adelantándose a las preguntas que estaba segura formularía Rosa nada más verlas, había ensayado varias posibles respuestas, sin que ninguna de ellas gozara de la entidad suficiente para justificar el hecho de enfundar los pies en un calzado que le quedaba pequeño y la apretaba hasta el punto de impedirle caminar con soltura. Finalmente, resolvió que defendería su capricho diciendo: “son las únicas que tengo, este año no me habéis comprado botas”.

Después llegaría el momento de sentarse a la mesa para tomar el desayuno. Desde hacía unos días su estómago había menguado, comprimido por los nervios y la emoción. No tenía ganas de probar bocado, sólo de que llegaran las seis de la tarde para estar de vuelta en casa, ya relajada porque todo habría pasado, y entonces sí que se comería una vaca entera si se la ponían delante. Tenía hambre pero a la vez era incapaz de engullir bocado, ni siquiera los donuts que tanto le gustaban, sencillamente porque su estómago se negaba a aceptar algo sólido. Era como si se hubiera aliado con su cerebro y ambos se pusieran de acuerdo para decirle que ahora lo único que importaba era conocer a Román e iniciar un noviazgo de cuento de hadas, que acabaría en boda dentro de algunos años y ella se encontraría casi de repente viviendo en un chalet con piscina, servicio

doméstico, un marido famoso y reconocido por sus diseños de arquitectura y que, además, ganaría un sueldo tal que a ella le permitiría no tener más preocupación que ir de compras para estar a la altura de los actos sociales a los que asistiría día sí y día también. Su vida sería como la de esas modelos que se casan con millonarios y viven por todo lo alto: medio año de vacaciones y el otro medio de descanso para recuperarse del estrés de tanto viaje. En cuatro palabras: la envidia de Rosa.

Y después, cuando al fin lograse salir de casa sin levantar sospechas al vuelo, llegarían las interminables horas de Instituto, que avanzarían tan lentas como si se hubiese creado un reloj y una medida de tiempo especiales para la ocasión. Tampoco faltarían los comentarios (y quizá las risas) de los compañeros cuando repararan en su nuevo peinado, a pesar de lo alabado que había sido por parte de la peluquera y hasta por Rosa, que al respecto había expresado (con sonrisa y todo): "¡Pero niña, estás preciosa! Tenías razón en eso de que te hacía falta un cambio, estás… no sé… estás guapísima, diferente".

Era cierto. Cuando contempló su nueva imagen en el espejo de su casa — después de hacerlo otras diez veces en cada escaparate de la calle — se sintió completamente satisfecha. Hasta entonces, Rosa y ella solían peinarse en la peluquería que ocupaba el bajo de su edificio, donde Toñi estrujaba la imaginación y hacía lo que buenamente podía con los veinte euros que cobraba por cortar y peinar; sin aproximarse ni de lejos al arte de los estilistas que la habían peinado esta vez. El actual arreglo le había dejado la melena a la altura de los hombros, con flequillo escalado, un alisado perfecto y mechas que caían aquí y allá aportando gracia al peinado, borrando el color negro azabache original e iluminando la cara para revelar un aire especial que antes permanecía oculto. Claro que tampoco nunca había gastado ciento veinte euros en la peluquería: cien propios y veinte que le había propinado su padre.

— Nunca te regalo nada, toma esto.

Le dijo Fran ese día por la mañana en el pasillo de la casa. Mientras extendía la mano que sujetaba los veinte euros en la punta de los dedos, torcía la cabeza para controlar la puerta de la cocina, no fuese a ser que Rosa saliese y le pillase suministrándole tal cantidad de dinero.

Pero lo que más le asustaba era el inminente encuentro con Román y su padre. Temía no acertar con las maneras adecuadas, que terminaran por considerarla demasiado insulsa, ingenua, ignorante, seria, tonta o cualquier otro calificativo por el estilo. Ellos mostraban clase, poseían dinero, habían recorrido mundo, acostumbraban frecuentar restaurantes caros, su comportamiento se adecuaba a todas las circunstancias…; ella era hija obreros que hacían malabarismos para llegar a final de mes, sus viajes culminaban en la playa de Gijón y por ir a comer fuera entendían pedir una hamburguesa en el Macdonal`s. Por si fuera poco, a ella le sudaba el bigote, le temblaban manos y hasta tartamudeaba cuando alguien la miraba fijamente, porque no soportaba ser el centro de atención y, aunque nunca lo era, ese día lo sería. <Van a pensar que soy tonta de remate> fue su conclusión final.

Por lo demás, todo estaba preparado. Había eludido su compromiso diario con Alba escudándose tras una mentira. Y Alba trató de simular que había tragado con la respuesta, pero no lo consiguió, como tampoco logró desprenderse de aquella mirada entornada que solía mostrar cuando algo no le cuadraba.

— Quedamos entonces para el sábado, a las once de la mañana ¿te parece? — dijo después, exhibiendo su sonrisa más franca en señal de agradecimiento por todo lo que estaba haciendo para que no perdiera el ritmo de las clases.

— ¡Perfecto! — había respondido ella, bajando la mirada al suelo para no encontrarse con la de su amiga.

El sábado, ya a toro pasado, la pondría al corriente y así se desprendería del sentimiento de culpa. O quizá ya lo hiciese la misma tarde del viernes, después de llegar a casa. Seguro que recibiría una reprimenda a cambio de la confesión, por no haberla mantenido al tanto de la cita; pero no quedaba más remedio que contárselo a “posteriori”, para que no tuviera opción de meter las narices en el asunto para estropearlo todo.

— ¡Casi se me olvida lo del teléfono!

Se le escapó decir en voz alta mientras desayunaba; luego se dio cuenta de que había metido la pata, tosió para disimular, se tapó la boca y

miró a sus padres. Ellos desayunaban a su lado y no se habían percatado del comentario. Era como si no estuvieran pues parecían dos sonámbulos que hubieran aterrizado allí por casualidad, guiados por un mal sueño que les había levantado de la cama a deshora.

Román le había pedido, casi rogado, que no conectara el teléfono nada más salir del Instituto, como solía hacer; es más, que por favor no lo conectara en todo el tiempo que estuvieran juntos. El fundamento era el de siempre: que la amaba demasiado y que no quería perderla ni que nadie se interpusiera entre ellos y, por ese motivo, debían llevar su relación con la máxima discreción, sobre todo de cara a los padres de ella. Pues, si mantenía el teléfono conectado y daba la casualidad de que sus padres la llamaban para cualquier tontería, la notarían nerviosa, sabrían que no estaba con Alba como debería y que algo raro estaba ocurriendo, algo de lo cual ellos no estaban al tanto. Y la interrogarían. Y lo descubrirían. Y les prohibirían chatear. Y todo habría terminado. Por eso habían convenido que ella no conectaría el teléfono ese día, no al menos hasta que el encuentro hubiera tenido lugar.

OceanofPDF.com

XII

A última hora de la tarde del domingo, Alba se fue a la cama rendida tras dos días enteros sin conseguir conciliar el sueño, pensando y pensando, dando vueltas y más vueltas en la cabeza, tratando de encontrar una solución para aquello que la estaba atormentando.

Le costaba creer que Nerea se hubiera marchado todo el fin de semana con Román, sin ponerse en contacto con su familia. Aunque Fran, y sobre todo Rosa, no eran santo de su devoción ni los tenía catalogados como los mejores padres del mundo, era bien seguro que no deseaba hacerles sufrir con su callada ausencia. También podría darse el caso de que no se atreviera a contactar con ellos por temor a las represalias, pero… ¿por qué no confesarse con ella, que era su mejor amiga? Rememoraba una y otra vez las últimas palabras de Nerea y también la expresión de su cara sin hallar nada significativo; sólo que durante la tarde del pasado jueves Nerea parecía preocupada, pero también feliz.

La carcomía la angustia provocada por la incertidumbre sobre el paradero de su amiga, pero también el secreto que guardaba. ¿Debería poner a los padres de Nerea al corriente de la existencia de Román? ¿Y a la policía? A lo largo del interminable fin de semana se había planteado esas preguntas cientos de veces y aún no había llegado a conclusión alguna.

< ¡Hay que estar loca! Mira que marcharse con un tío al que no conoce de nada, de la noche a la mañana y sin decirle a nadie dónde demonios están>.

Marta se le había acercado en múltiples ocasiones durante aquel largo fin de semana de espera, utilizando todas las tácticas posibles para tratar de sonsacarle información. Empezó sentándose con ella en la cama, en plan “amiga”, dando a entender su preocupación con un silencio que parecía no acabar nunca.

— Cosa de novios ¿eh?, por esa etapa hemos pasado todas. — empezó tras media hora de mutismo, propinándole un pequeño codazo en plan cómplice, a la par que guiñaba un ojo.

Alba ni se inmutó. No estaba para tonterías porque tenía demasiadas cosas en qué pensar y no sabía cómo iba a enfrentar lo que se avecinaba. Confiaba en que Nerea regresase pronto, que no se le ocurriese cometer alguna locura tal como irse a vivir a Madrid con Román, porque ella no podría seguir guardando el secreto durante mucho tiempo más. Seguro que la policía volvería para interrogarla y esta vez en plan formal, declarando por escrito en la Comisaría; y no podría soportarlo.

Durante el almuerzo del domingo, Marta cambió de táctica. Como no tenía ganas de cocinar, había comprado un pollo asado y se dispuso a trincharlo cuchillo y tenedor en mano, fingiendo temblores varios.

— ¿Qué te pasa? — le había preguntado, aún a sabiendas de que estaba haciendo teatro.

Marta empezó a sollozar, sin ganas. No era buena actriz.

— Si Nerea no vuelve estamos perdidas. — y soltó deliberadamente el cuchillo para que las manos la ayudaran a describir la situación — ¡No sé qué va a ser de nosotras! La policía nos acosará, nos acorralará porque tú eres su única amiga y yo soy tu madre. Los vecinos, y todo Oviedo, se pondrán en contra nuestra porque creerán que sabemos dónde está y callamos, permitiendo que sus padres lloren día tras día, noche tras noche, la desaparición de su adorada hija.

Entre sollozo y sollozo Marta cerraba la boca y la miraba de reojo, para constatar el efecto que sus palabras estaban produciendo, y se preparaba para recibir la confesión de un momento a otro.

Pero, dado que la confidencia no llegaba y la comida se enfriaba, Marta abandonó su penosa interpretación, puso manos a la obra para descuartizar el pollo y ambas se sentaron para comerlo con pan, coca-cola y silencio.

Cuando hubieron dado cuenta del pollo, Alba se encerró en su habitación con la excusa de que, al no haber dormido nada durante la noche anterior, le apetecía echar una siesta. Sabía que el sueño no se iba a presentar aún pero necesitaba pensar. Pensar y sobre todo planificar. La obra de teatro que acababa de representar Marta no era del todo ficticia. Si Nerea había cometido la locura de marcharse a vivir a Madrid con Román,

en secreto y sin poner a nadie al corriente de su paradero, era porque no tenía intención de regresar; no al menos hasta rebasar la mayoría de edad, cuando sus padres legalmente no pudieran impedirle actuar conforme a sus propios dictámenes. Para eso aún faltaban cinco años, que era muchísimo tiempo para mantenerles sufriendo, quizá en la creencia de que su única hija había fallecido. El silencio, su silencio en este caso, dejaría en mantillas a la más cruel de las torturas. Y por otro lado estaba la policía que, caso de que Nerea no regresara pronto, la buscarían con mucha más dedicación de la empleada hasta ese momento. A ella, como su única amiga que era, le tomarían declaración en Comisaría (y quizá en el Juzgado) la acorralarían a preguntas y seguro que metía la pata de alguna forma. En películas americanas había visto esos largos interrogatorios que se prolongan durante horas y horas. Los policías van rotando, unos interrogan y otros observan detrás de un espejo, el poli bueno y el poli malo. Ella se derrotaría antes de dos horas. Por añadidura, los periódicos publicarían la desaparición y los "reality shows" de la televisión difundirían la noticia a los cuatro vientos, los periodistas se apostarían en el portal de su casa y la entrevistarían todos los días. Nadie se creería que ella, la única amiga de la desaparecida, no sabía nada. Y en el Instituto todos sus compañeros y profesores le torcerían la cara para castigarla por la crueldad que estaba imponiendo a unos padres que seguían esperando, sin saber nada sobre el paradero de su hija. Pero ella tampoco lo sabía. No sabía dónde estaba, pero sí sabía con quien. Bueno, tampoco sabía con quien, que al fin y al cabo se trataba de un ligue de Internet; pero estaba segura de que si ponía a la Policía al corriente de la existencia de Román, ellos conseguirían entrar en su Tuenti, contactar con él y averiguar dónde localizarlo. En el CSI encontraban a la gente con muchos menos datos. Tenía que tomar una decisión, y enseguida porque de lo contrario se convertiría en persona "non grata" en la ciudad que la había visto nacer.

Para cuando Marta la avisó de que la cena esperaba sobre la mesa, había meditado lo suficiente como para saber cómo y cuándo entraría en acción. También había desgranado y planificado hasta el último detalle sobre la forma en la que revelaría cuanto sabía.

OceanofPDF.com

XIII

Diez minutos antes de las ocho de la mañana, Núñez trataba de sacudir los restos de sueño que aún le quedaban como vestigio de la mala noche que había pasado. Una de tantas. Y se afanaba en poner su despacho apunto para hacer frente al maratoniano día que se le presentaba por delante: encender el ordenador, echar un vistazo a las incidencias de la noche, supervisar los casos pendientes, repasar la agenda, preparar las reuniones del día…

Como siempre, había sido el primero en llegar. El resto del Grupo, ocho hombres y dos mujeres, aparecerían por allí hacia las nueve de la mañana. En teoría su turno de trabajo comenzaba a las nueve y terminaba a las dos y media por la mañana, se reiniciaba a las seis y finalizaba definitivamente a las ocho de la tarde; pero jamás habían disfrutado del lujo que representaría atenerse a ese horario a rajatabla, y era frecuente que las horas de mañana se alargasen hasta casi empalmar con las de la tarde, y que las de la tarde se prologasen hasta bien entrada la noche. Y el culpable del desajuste no era una avalancha de homicidios sin resolver, sino todo lo contrario; y precisamente por eso su Grupo se había convertido en una especie de cajón de sastre que daba cabida a todo caso sobre el que recayese la más mínima duda a la hora de encuadrarlo y asignarlo a otro Grupo.

En principio, cuando el Grupo de Homicidios se creó allá por el año 1988, atendían a homicidios y desapariciones de mayores de edad, exclusivamente. Unos pocos años mas tarde, el Jefe de la Brigada de Policía Judicial expropió los delitos contra la libertad sexual al Grupo de Atención a la Familia y se los adjudicó también a Homicidios. Y, hacía cosa de tres años, el mismo Jefe de Brigada decidió encomendarles también los atracos, en principio sólo a bancos y joyerías; unos meses después resolvió que seguían estando lo suficientemente ociosos como para encargarles los atracos en general.

Núñez era madrugador, de toda la vida. A las seis de la mañana ya estaba duchado, vestido, con la habitación ventilada y la cama hecha; y se disponía a dar cuenta de su desayuno a base de café con leche y pan untado

con mermelada de arándano — que no faltaba en su despensa desde que una revista de dietética le informara de que resultaba beneficioso para la vista —, la única comida del día que podía permitirse tomar con relativa tranquilidad, y también su preferida. Por la noche se conformaba con una frugal cena: una manzana y un yogurt solía ser su recurso, quizá un trozo de queso fresco. Seguramente, tan liviano sustento a la noche fuera el culpable de que se despertase cada la mañana con hambre canina y se apresurara en hacer la habitación para dar comienzo al ritual del desayuno. Así, al depurativo vaso de agua que tomaba en ayunas le seguía un tazón de café con leche hirviendo y las tostadas de arándano, encargadas de reponer su nivel de azúcar y de ánimo para enfrentarse al nuevo día. Generalmente, se veía obligado a pasar por alto la comida de mediodía o, si la suerte no le abandonaba del todo, conformarse con un bocadillo en algún bar cercano al trabajo.

Núñez, que además de madrugador era hombre de costumbres fijas y casi, casi, inquebrantables, descolgaba la chaqueta del perchero a las siete treinta en punto; luego, ante el espejo del recibidor, perfeccionaba el nudo de la corbata, retocaba la mata de pelo y enderezaba el bigote. El perfume de Chanel ponía el resto. Y antes de salir de cama, a modo de colofón a la rutina mañanera, ejecutaba su ronda de revisiones. Cocina de gas, luces y grifos eran comprobados en tres ocasiones: la primera de prospección, la segunda de comprobación y la tercera de tranquilización. Segundos después salía a enfrentar un nuevo día sin saber en absoluto lo que le esperaba. Así era el trabajo de la Policía: fascinante e imprevisible.

Al traspasar la barrera de los cincuenta comenzó a notar el peso de los años y, cada vez con mayor frecuencia, se le presentaban ocasiones en las que hubiera deseado un trabajo más previsible, de esos en los que se sabe por adelantado lo que toca. Pero luego, tras pensarlo mejor, se daba cuenta de que no lo soportaría. Precisamente el aliciente de su profesión estaba en la emoción, en lo inesperado, en que cada caso se diferenciaba de otro porque, aún con matices similares, todos ellos eran diferentes; y por eso le había dedicado la vida.

A veces, inconscientemente, proyectaba en su mente ideas que llevaría a cabo tan pronto se jubilase, que ya no quedaba tanto. Pero, nada más

percatarse de su presencia, desterraba esos pensamientos por intrusos e insolentes. Ya se le ocurriría algo. Seguro que habría miles de cosas en las que matar el tiempo libre sin necesidad de pasar las horas comprobando el avance de las obras en aceras y calles. Total, podría hacer lo que quisiera, no tenía familia propia ni casi amigos que le robaran dedicación. Todos los que había ido conociendo al cabo de los años estaban casados, la mayoría con hijos, dedicando el tiempo libre a sus familias y con tendencia a reunirse con gente de iguales circunstancias. Él estaba solo y difícilmente encontraría cabida en ese conglomerado social.

Pero aún no era momento de pensar en cómo matar el tiempo libre porque aún no había tiempo libre, sino casos pendientes de resolver. Y le preocupaba cada uno de ellos pero, en especial, el de Nerea Iglesias. Quizá porque era el último que había entrado, tal vez porque pintaba mal desde el principio. Por lo que había podido averiguar, la niña pertenecía a una familia estructurada, era buena estudiante, llevaba una vida rutinaria del Instituto a casa y de casa al Instituto, tenía una única amiga, carecía de antecedentes de fuga y, según el padre, no tenía novio ni lo había tenido. El caso no cumplía las características de una fuga normal y corriente, aunque, por otro lado, sería un error tratar de buscar un perfil estricto en el que encasillar a los menores que se fugan de su casa. Cierto que en muchos de esos casos confluyen condiciones comunes: problemática familiar, padres separados, vida desordenada, por regla general no son buenos estudiantes, problemáticos en otros aspectos de la vida social, y su círculo de amigos también responde a las mismas características. Pero no se podía generalizar. Había que observar el caso concreto y desde todos los ángulos.

Lo que más le desconcertaba en aquella desaparición era que, a pesar de sus allegados juraban y perjuraban que no había novio a la vista, la chica hubiese destinado toda la semana a prepararse para una especie de cita. La peluquería, la depilación, las botas y todo aquello que le habían contado no podían ser sino preparativos para una cita.

<Si tenía novio de antes, no haría falta una organización especial para ese día concreto. Y si no tenía novio y era un día de colegio normal… ¿para qué arreglarse tanto? Además, las mujeres suelen ir a la peluquería el viernes por la tarde o el sábado por la mañana, para estar guapas durante el

fin de semana. Y lo lógico en una cita es que también tenga lugar en fin de semana, no al salir de clase un viernes normal, teniendo el sábado y el domingo por delante > reflexionaba Núñez, tratando de imponer a las deducciones su lógica de hombre soltero que poco sabía de citas ni de mujeres. Y ya puestos a buscar la normalidad, lo normal también sería que su única amiga estuviese al corriente. Meneaba la cabeza mientras encendía el ordenador. No había quien entendiera a la juventud y, menos aún, a los adolescentes.

Sonó el teléfono. Miró el reloj. Sólo eran las ocho y cuarto de la mañana. <Alguno que pilló la gripe y no puede venir a trabajar> dedujo.

— Inspector Núñez, dígame.

— Soy Francisco Iglesias. ¿Recuerda? El padre de la niña que desapareció el viernes.

La voz que le estaba hablando venía de ultratumba, apenas unos sonidos roncos que llegaban envueltos en pausas demasiado prolongadas.

— Le recuerdo perfectamente. ¿Hay novedades?

— Ninguna. No ha regresado y su teléfono sigue apagado.

— Nosotros, a pesar haber realizado todas las gestiones pertinentes en estos casos, tampoco tenemos noticias. A lo largo de esta mañana nos entrevistaremos con profesores y alumnos, hasta ver si aportan algo que esclarezca los hechos.

Silencio al otro lado de la línea.

— También sería conveniente enviar una nota a la prensa con la fotografía de Nerea. Nos beneficiará porque la prensa llega a mucha gente y puede ser que alguien la haya visto y dé cuenta de su paradero… ¿Sigue ahí? ¿Me escucha?

Había colgado. ¿Habría soltado alguna impertinencia? Creía que no. Era cierto que se habían realizado las gestiones procedentes: llamadas a hospitales y Centros de Asistencia, Guardia Civil, Policía Local, fichas de hoteles, gestiones en RENFE, Estación de Autobuses, Aeropuerto. Juan y

Héctor habían dedicado el domingo completo a los referidos trámites. De momento, no habían tenido tiempo para más.

Volvió a comprobar la hora: las ocho y veinte pasadas. Con gesto nervioso y algo enfadado por el desplante, giró la silla para obtener una buena panorámica de la calle. Desde la ventana del despacho podía observar la puerta de entrada a la Comisaría. <A ver si van llegando. Hay que ponerse manos a la obra>.

Pocos minutos después entraban dos policías del Grupo. Eran Alberto y Juanjo, y traían consigo la parsimonia propia de un lunes. En ese momento, Núñez decidió adjudicarles el caso, bajo su dirección, por supuesto. Si bien, quizá no fueran los más competentes sí que eran los más desocupados, uno por novato y otro por demasiado veterano. Los enviaría inmediatamente al Instituto de la Corredoria. A las nueve comenzaban las clases y debían hacer acto de presencia para entrevistarse con el tutor, profesores que habían impartido clase el viernes y con los compañeros. No había tiempo que perder.

En realidad debería ir él también y tomar el asunto de su mano desde el principio, pero le resultaba del todo imposible. Los lunes tocaba reunión con el Comisario, la de las broncas, donde examinaban a los Jefes de los Grupos, les reclamaban resultados y les tiraban de las orejas si las estadísticas no cuadraban como deberían. Además, el deber le requería para solventar otro asunto en el Juzgado. También estaba lo del butrón en la joyería “Oviedo Joya”... Demasiados asuntos que solucionar como para ausentarse del despacho durante toda la mañana. Sencillamente no podía ser, las gestiones de calle tendría que encomendarlas a los policías que operaban bajo sus órdenes. Meneó la cabeza y chasqueó los huesudos dedos de las manos, costumbre que había adquirido de pequeño y que seguía manteniendo, sin percatarse del repelús que provocaba en los que le rodeaban hasta que ya era demasiado tarde y les veía mirarle directamente a las manos después de escuchar el chasquido y torcer la mirada después, como fingiendo que no se habían enterado.

— ¡Tenéis que personaros en el Instituto de la Corredoria! Hay una menor desaparecida desde el viernes a mediodía y se supone que los últimos en verla fueron sus profesores y compañeros. Os desplazáis al lugar

y habláis primero con el tutor o tutora para que os diga todo lo que sepa de la actividad escolar, amistades, faltas a clase y lo que sea sobre esta chica, que se llama Nerea Iglesias López y cursa segundo de la E.S.O.; después os entrevistáis con cada uno de los profesores que le dieron clase el viernes y con todos sus compañeros.

Núñez comenzó a impartir órdenes tan pronto Alberto y Juanjo asomaron la nariz por la puerta, sin malgastar tiempo en saludos.

— ¿Qué tal el fin de semana, jefe?

Alberto Díaz era un policía entrado en años y en carnes, y con la cachaza a prueba de urgencias. A través de una mirada porcina y pícara intentaba demostrar que ya lo había visto todo y que estaba de vuelta de todo. Era de la opinión de que cuanto más complicado se presentara el asunto más tranquilidad había que esgrimir a la hora de afrontarlo, para que no quedaran cabos sueltos que más tarde se pudieran unir para complicar la investigación. Según él las prisas nunca son buenas. Primero pensar, luego volver a pensar y finalmente actuar, no sin antes pensar de nuevo; decía y hacía Alberto con más frecuencia y tranquilidad de la que sus Jefes consideraban tolerable. Su máximo lema era: simplifique lo difícil y no complique lo fácil. Pero sus métodos no siempre eran bienvenidos ni aprobados por los jefes, y en este caso Núñez no prestó atención a la sorna con la que le preguntaba por el fin de semana cuando de sobra sabía que lo había pasado trabajando.

— Bien, pero no estoy para chácharas. El asunto que tenemos entre manos tiene toda la pinta de tratarse de una desaparición inquietante y quiero que las gestiones se hagan rápido, pero sobre todo bien.

— Mucho y bien, no hay quien…

Alberto, sin darse por aludido, seguía arrojando leña al fuego.

— ¡Aquí tenéis la denuncia! Echadle un vistazo, pero ya os adelanto que, en principio, parece que no se trata de una fuga normal. La niña es buena estudiante, responsable, de familia estructurada, no tiene novio…

— ¿Quedan de esas, Jefe?

La sonrisa de Alberto se congeló tras comprobar que su jefe no estaba para bromas y que se limitaba a dirigirle una mirada seria y a tenderle la denuncia para que la leyera.

Juan José Fernández (Juanjo) observaba la escena procurando no añadir comentarios susceptibles de ofender al jefe. La observación de Alberto le había resultado divertida pero prefirió no reírle la gracia. Acababa de aterrizar en el Grupo de Homicidios, le había costado mucho llegar allí y no quería estropear sus logros diciendo o haciendo algo que cayera mal. Se limitaba a observar y a aprender deprisa.

La media de edad de la Comisaría rondaba los cincuenta años y Juanjo, con treinta y cinco, ya formaba parte del Grupo considerado como la élite de la Comisaría. Aún era muy joven y, sin embargo, se consideraba tan viejo como el que más; y de ese desajuste culpaba a una vida encasillada que transcurría entre el trabajo y las labores domésticas, las labores domésticas y el trabajo. Casado con una compañera y padre de gemelos de dos años de edad, no tenía tiempo ni para respirar. De soltero quemaba en el gimnasio sus horas libres y sus energías, mantenía una figura atlética que se había convertido en su principal orgullo y obsesión; y era relativamente feliz hasta que un “penalti” seguido de boda relámpago y parto múltiple vino a dar un giro de ciento ochenta grados a su idílico estilo de vida. Aparentemente, consiguió amoldarse a la nueva situación con rapidez y resignación; anímicamente su carácter había derivado en más reservado a medida que los músculos flaqueaban y la grasa conquistaba nuevamente el terreno de donde antes había sido expulsada con tanto esfuerzo y horas de dedicación.

Núñez continuaba sacando papeles de una vieja carpeta.

— Además de la denuncia, os escribí aquí algunas anotaciones sobre lo hablado con los padres y con la amiga de Nerea. ¡Leedlas y poneros en marcha hacia el Instituto! Convendría que las gestiones quedasen terminadas a lo largo de esta misma mañana. Veréis que lo más extraño es que la chica, a pesar de no tener novio y de que su amiga está lesionada, y por tanto no iban a salir, se gastó una pasta en la peluquería y parece que tenía especial interés en ir muy arreglada a clase ese día.

Alberto tomó los papeles con firmeza y sin comentarios. Estaba enfadado. Tampoco era para tanto: una menor desaparecida ¿y qué? Se supone que en un grupo donde se investigan homicidios y atracos, no habría que perder los nervios ante la fuga de una menor. No entendía al Jefe. Parecía que cuanto más se le acercaba la jubilación, más meticuloso y pesado se volvía. < ¡Si ni siquiera va a ascender a Comisario porque ya no le queda tiempo para eso! También es verdad que no tiene otra cosa que hacer. Sin hijos, ni mujer, ni casi amigos ¿a qué se va a dedicar?> Alberto se preguntaba y se respondía a sí mismo mientras se abastecía del equipamiento necesario para el servicio: funda, pistola reglamentaria, grilletes, libreta y bolígrafo para anotar, llaves del coche y equipo de transmisiones. Después se marchó a la calle sin añadir comentarios, seguido de Juanjo.

Núñez les observaba mientras salían, algo molesto por la actitud de Alberto y preocupado por aquel dúo con personalidades tan dispares que no sabía si cuajarían bien ni si habría elegido los más adecuados para llevar aquella investigación. Juanjo por demasiado novato en el Grupo y Alberto que, de tan veterano, su anterior ilusión por el trabajo parecía haberse esfumado y la actual apatía le empujaba a cuestionar las órdenes siempre de forma destructiva, jamás constructiva. Pero eran los dos únicos que tenía disponibles en ese momento, los demás estaban ocupados con el butrón y el atraco de la anterior semana. Había que sacar los asuntos adelante con los medios que proporcionaban, cada vez más escasos, tanto en personal como en instrumental.

Sus continuas solicitudes de personal, alegando que el trabajo iba en aumento y que el Grupo contaba con tres policías a punto de jubilarse y otro de baja desde hacía seis meses como consecuencia de un accidente de tráfico, eran contestadas con la misma negativa respuesta, eso sí, aliñada con sonrisa y encogimiento de hombros: no hay personal disponible ni dinero para materiales. Pero Núñez sabía muy bien que el fundamento para tales negativas era que los asuntos estaban saliendo muy bien con los pocos recursos disponibles, eso sí, a base de aumentar horas de trabajo; y mientras fuese así le seguirían dando largas.

A los superiores las evasivas les salían baratas cuando era él, y sólo él, quien lidiaba con el cansancio de los policías de su Grupo; y un claro ejemplo era la desgana con la que Alberto había encarado el asunto de la menor desaparecida. Alberto le había restado importancia, era como si se tratase de una mera tontería a la que no mereciera la pena dedicarse, habiendo butrones y otros casos mucho más graves. Y esa actitud era lo que más le preocupaba, porque para él los delitos contra las personas debían tener preferencia sobre aquellos otros de móvil económico. Además, el atraco y el butrón ya se habían producido, pero la desaparición estaba ocurriendo en esos momentos y había que actuar presto porque la niña podía estar en peligro, mientras que los demás casos que tenían por resolver ya habían tenido lugar, ya no existía peligro real para nadie.

< ¿Cómo voy a ascender a Comisario, pensando como pienso?> se preguntó. <Para ocupar puestos cercanos a la política hay que atender a los casos que provocan más alarma social, los que más venden, y no a la seguridad de las personas> se respondió.

A la una de la tarde Núñez ya había comprobado la hora unas cuantas veces (le parecía imposible que tardaran tanto) cuando Alberto y Juanjo asomaron por la puerta. Le dio mala espina verles entrar con el gesto tan adusto, impropio de Alberto, menos aunque también raro en Juanjo. Mucho más le extrañó aún el hecho de que se dirigieran directamente a él sin tan siquiera mirar a los otros dos compañeros que ultimaban unas diligencias en el ordenador. Generalmente, y tratándose de Alberto, lo más común era que él mismo tuviera que salir a su encuentro para solicitar las novedades. De no hacerlo así, se demorarían inevitablemente porque Alberto priorizaba los asuntos de fútbol y mujeres al trabajo y no desaprovechaba ocasión para alardear de las victorias del Barcelona ante los demás compañeros del Grupo (todos ellos seguidores del Real Madrid) o para intentar ponerles los dientes largos bromeando con los encantos de alguna fémina con la que había tenido la fortuna de tratar durante su jornada laboral.

— Estuvimos hablando con la tutora. Dice que es una chica muy responsable, tímida y reservada; no tiene problemas escolares ni familiares, o por lo menos la tutora no los conoce.

Llaves del coche, equipo de transmisiones, esposas, revólver de dotación y demás bártulos fueron a parar encima de la mesa de Núñez a la par que la explicación. El Inspector retorció el bigote ante tal invasión. Había prisa, pero no tanta, bien podrían haber depositado las cosas en su lugar habitual antes de entrar en su despacho.

— También dijo que sólo tiene una amiga y que se llama Alba Ferrero Alonso. — puntualizó Juanjo.

— Gracias, Juanjo. Las amistades son las que nos interesan porque son quienes pueden aportar datos esclarecedores. ¿Le habéis tomado el número de teléfono a la tutora? Por si hubiera que volver a hablar con ella…

— Si, si, por descontado. Hemos anotado la filiación completa y los números de teléfono de todas las personas con las que nos hemos entrevistado. Y también les facilitamos una tarjeta para que se pongan en contacto con nosotros si más tarde recuerdan algo que no nos hayan mencionado. Asimismo, han sido informados acerca de que existe la posibilidad de que se les cite para declarar en Comisaría.

Alberto no ocultó su enfado ante lo que consideró un claro menosprecio por parte del Jefe, que le había interrumpido para preguntar una tontería. < ¡Por favor! ¡Si es lo primero que te enseñan en la Academia: a tomar la filiación completa de las personas entrevistadas!> pensaba, sin preocuparse por enmascarar en su rostro la aprensión que siempre le producía la extrema delgadez de Núñez pero que sólo tenía en cuenta cuando había mosqueo de por medio, el resto del tiempo procuraba pasar ese detalle fisonómico por alto, aunque no terminaba de acostumbrarse a observar el torso de su Jefe, reducido a una amplia chaqueta que parecía colgar de un palo del que asomaban dos manos huesudas cubiertas de una piel que permitía adivinar el esqueleto escondido debajo.

— ¡Continúa! ¡No te quedes mirando!

Núñez se sentía observado y estaba incómodo. Sabía los efectos que su característico físico provocaba en la gente en tanto no se acostumbraban a

ello, era una fuente de complejos para él y no soportaba que le miraran de aquella manera, sobre todo Alberto, que le veía todos los días y ya debería estar más que habituado. Estaba muy delgado ¿y qué? La báscula marcara sesenta y cinco kilos cuando debería marcar veinte más ¿y qué?

— También hablamos con todos los profesores que impartieron clase a Nerea durante la mañana del viernes. Aquí están anotados sus datos, con la asignatura de cada uno — apuntó Alberto con ironía, mientras tendía su libreta a Núñez — Todos ellos coinciden con la tutora en su opinión sobre el comportamiento y la personalidad de Nerea Iglesias. Además, el viernes asistió a todas las clases, en actitud normal. No observaron nada extraño en ella. Se les preguntó acerca de la estética de la niña y los profesores manifestaron que no había nada fuera de lugar ni diferente a los otros días, si bien es cierto, añadieron, que esta chica suele pasar desapercibida porque nunca hace comentarios en clase, ni alborota y, por ese motivo, no suelen reparar en ella, habiendo otros que les dan mucho la lata…

— ¡Qué raro! La madre, la amiga y la madre de la amiga dijeron que el día anterior había gastado mucho dinero en la peluquería, que se depiló por primera vez y que últimamente estaba muy pendiente de su estética.

— ¡Espere, que aún no hemos terminado!

Alberto estuvo a punto de decir: “no tenga tanta prisa”, pero se reprimió en el último momento

— Estamos contando la historia paso a paso, cronológicamente. Bueno, veamos…, mas tarde nos dirigimos a la clase de Nerea para entrevistarnos con el profesor, ahí está la filiación, y también con los compañeros que, dicho sea de paso, se quedaron alucinados cuando supieron que no había vuelto a casa desde el viernes al mediodía. Primero, como estaba diciendo, nos dirigimos a todos en grupo para preguntarles si habían visto u oído algo que les llamara la atención y que tuviera que ver con Nerea Iglesias. Se trata de una clase de veinticuatro alumnos y sólo tres aseguraron haber notado algo raro en ella ese día. Les solicitamos que guardaran las observaciones para más tarde, para cuando fueran entrevistados por separado. Además, algunos alumnos y todas las alumnas estaban de acuerdo en que había un cambio de imagen, que llevaba el pelo

más corto, en color más claro y que el nuevo look le sentaba muy bien, pero nada más. Sin embargo, hubo tres que observaron algo más aquella mañana…

— ¡Al grano, que nos van a dar aquí las uvas! Vete al grano porque la paja no nos interesa ahora mismo ¿Estamos o no ante un caso de desaparición inquietante? — apremió Núñez.

Alberto miró a Juanjo, que estaba presente como convidado de piedra, asintiendo con la cabeza de vez en cuando.

— Una de las chicas, Laura Alonso se llama, entró en el baño cuando terminaron las clases, a eso de las dos y media de la tarde, y le extrañó ver a Nerea maquillándose ante el espejo. Jamás la había visto maquillada. Por eso bromeó con ella y le preguntó si tenía una cita a esas horas, a lo que Nerea contestó que “más o menos”. Laura nos dijo que parecía nerviosa, que hubo de retocar varias veces el carmín porque pintaba más dientes que labios, y al final fue ella quien la ayudó para que no saliera de allí convertida en un espantajo. Después, Laura volvió a bromear con ella y le dijo que no se preocupase tanto, que seguro que su chico ya la había visto a cara lavada; a lo que Nerea respondió que no era así porque era la primera vez que se veían.

— ¡¿La primera vez?! ¡Entonces hay novio de por medio en todo este asunto!

Núñez se levantó de la silla como si le hubieran pinchado el culo con un alfiler. Alberto soltó una risotada y Juanjo a punto estuvo.

— ¡Pues claro, Jefe! ¡Claro que hay novio! Pero esto no huele nada bien, pero que nada bien. Es todo como… como muy raro, diferente de los casos que tratamos aquí. Nada de la adolescente alocada que se fuga para echar el primer casquete tranquilamente y regresa el domingo a la noche con miedo a la regañina pero más contenta que unas castañuelas. Esto es diferente. Mejor sigo contando…

— Sigue, sigue…

Núñez volvió a sentarse.

— Luego hablamos con otra alumna, Silvia de la Torre se llama, y con su novio Diego García. Ambos aseguran haber salido del Instituto detrás de Nerea y que los tres enfilaron la calle Anabel Santiago Sánchez. Dicen que Nerea es una chica en la que nadie se fija, una chica “gris”, sin estilo, ni gracia, ni nada especial; pero ese día repararon en ella porque caminaba como un pato y les provocó risa. Al parecer llevaba unos andares muy forzados, como si no supiera caminar sobre los tacones que usaba aquel día y que tampoco eran usuales en ella. Vamos, que caminaba como los zancudos de las ferias. Y ellos dos la siguieron de cerca, entre cuchicheos y risas, no porque quisieran seguirla sino porque llevaban la misma dirección y, aunque ella caminaba despacio, no la adelantaron para no perderse el espectáculo. Dijeron que en una ocasión estuvo a punto de caerse y todo.

— ¿Y qué más? ¿No hay nada más? ¿Sólo un peinado y unos zapatos de tacón?

Núñez apremió al ver que Alberto hacía una pausa demasiado larga y que Juanjo seguía allí como puesto por el Ayuntamiento, sin abrir la boca y asintiendo de vez en cuando.

— Lo mejor viene ahora, Jefe. Un poco de calma, que tengo que respirar de vez en cuando. ¡Ufff! Bueno, pues los chicos nos contaron que lo que vino después sí que les resultó inverosímil. Parece ser que al comienzo de la calle Jorge Tuya había un coche negro aparcado sobre el paso de cebra…

— ¿Qué coche? ¿Qué marca, modelo, color? ¿Anotaron la matrícula?

Núñez se había vuelto a levantar del sillón y le brillaban los ojos. Con una matrícula en el haber sería mucho más fácil dar con el paradero de la chica.

— Los chicos dicen que se trataba de un Audi A6 de color negro, pero no se fijaron en la matrícula.

Tomó asiento de nuevo, de poco servía conocer la marca y el modelo. Alberto respiró hondo y se dispuso a continuar.

— El conductor asomó la cabeza por la ventanilla y llamó a Nerea por su nombre. Ella se quedó parada, como si no se decidiera a acercarse; y le

miraba extrañada como si no le conociera de nada; e incluso en un momento dado se giró e hizo amago de volver sobre sus pasos pero, al toparse de frente con Silvia y su novio, enrojeció como una grana y otra vez dio la vuelta inmediatamente. Entonces el hombre volvió a llamarla…

— ¿Cómo que el hombre? ¿No era un chico?

Núñez interrumpía cada dos por tres y Alberto resoplaba sin molestarse en disimular que estaba hasta las narices de que no le dejaran acabar de contar lo que le habían relatado los testigos presenciales. Juanjo seguía callado, de pie y con la espalda apoyada en un archivador.

— No, no era un chico. Tanto Silvia como su novio, Diego, dicen que tenía por lo menos cincuenta años. Claro está que los chicos de trece años calculan mal la edad de los mayores, con lo cual puede oscilar entre los cuarenta y los cincuenta y cinco…

— Habrá alguna descripción física, supongo…

— Sólo le vieron la cara porque estaba dentro del coche, en el asiento del conductor, por supuesto — matizó Alberto con sarcasmo —. Al parecer se trata de un hombre de unos cincuenta años, con muchas entradas en el pelo y que usa gafas. Luego, cuando se apeó del coche, observaron que su constitución era gruesa, con barriga, estatura mediana y que vestía pantalón vaquero y jersey color vino.

— ¡Vale ya! ¡Vamos al grano! ¡Cuéntalo todo! ¿La obligó a entrar en el coche?

Núñez se había cansado de la sorna de su subordinado y empezó a chaquear los dedos sin ningún miramiento; lo cual, para los que le conocían bien, significaba que su nivel de enfado era ya considerable. Alberto replanteó su actitud, tragó saliva y prosiguió el relato con voz suave y bien modulada.

— Conforme aseguran los testigos, el hombre volvió a llamarla; entonces Nerea caminó hacia el coche y en ese trayecto volvió la cara para mirarles un par de veces. Parecía incómoda con la situación y, desde luego, daba la sensación de que no le hacía ninguna gracia que sus compañeros presenciaran la escena. Por su comportamiento, los chicos dedujeron que

aquel hombre podría ser pero no era su padre y que allí podía haber grano suficiente para alimentar las comidillas de la clase, y hasta del Instituto entero. Por eso decidieron quedarse a ver lo que pasaba, disimulando su inmovilidad y justificando su permanencia en el lugar a base de abrazos y arrumacos, pero sin perder de vista a Nerea y su amigo carroza. Aquello prometía y no se lo iban a perder por nada del mundo.

— Continúa...

— Nerea se acercó a la ventanilla del coche. Los testigos no escucharon lo que decían pero, por los gestos que empleaban, aquello parecía una negociación. Ella se agachó para mirar en el interior del vehículo, luego se incorporó y continuaron dialogando. Él gesticulaba exageradamente, como si estuviera dándole alguna explicación o tratando de convencerla de algo. Ella se apartó del coche y empezó a caminar en dirección contraria, por la calle Jorge Tuya. Él salió y la siguió. La alcanzó enseguida y la tomó por un brazo, suavemente, sin agresión. Continuaron hablando en plena calle. Él parecía estar aportándole argumentos convincentes, como si lo que habían tenido previamente fuera una pelea de novios; pero ella meneaba la cabeza y miraba al suelo. Y así estuvieron hablando durante un buen rato hasta que, repentinamente, ambos se fundieron en un abrazo.

— ¿Un abrazo?

— Eso aseguraron los testigos. Y después del achuchón, el hombre la llevó del brazo hasta el coche, abrió la puerta del acompañante, permitió que ella entrara, volvió a cerrarla, él se puso al volante, giró en el mismo paso de peatones y se marcharon por la calle Jorge Tuya mientras Silvia y su novio se partían de risa y se frotaban las manos pensando en el buen chismorreo que tenían para ofrecer el lunes a sus compañeros. ¡Nerea tenía un novio de la edad de sus abuelos! Además aquello tenían que transmitirlo a viva voz, nada de mensajes ni de Tuenti. Por eso decidieron esperar al lunes para difundirlo en directo. Pero hoy, nada más llegar a clase, se encontraron con la sorpresa de que Nerea había desaparecido y que la policía estaba allí para entrevistar a profesores y alumnos.

— Esto pinta mal, pero que muy mal...

— Tema de pederastia o algo así ¿no cree, Jefe?

Juanjo planteó la pregunta con timidez. Había observado cómo los otros dos hablaban sin tenerle en cuenta, como si en el despacho no hubiera nadie más. Cuando el Jefe aseveró que el asunto pintaba mal, Alberto asintió, sus miradas se encontraron y a Juanjo le pareció que entre ellos mantenían un diálogo mudo, de signos encriptados: el jefe enarcaba las cejas, Alberto meneaba la cabeza y soplaba, el Jefe movía el bigote de un lado a otro, Alberto asentía en silencio. Y él no se enteraba de nada.

— Sí, en eso estaba yo pensando. Pero… ¿dónde se habrán conocido? ¿Será algún familiar? ¿Un vecino, quizá? Está claro que se conocían de antes: él la llamó por su nombre nada más verla. Tiene que tratarse de alguien que pertenece al círculo familiar o de amigos. Voy a telefonear a los padres para ver si conocen a alguien que tenga un Audi A6 de color negro. Vosotros encargaros de citar a los testigos. Hay que tomarles declaración por escrito esta misma tarde. Recordad que los menores deben venir acompañados de uno de sus padres o tutores legales.

— ¿A cuántos citamos? ¿A todos los profesores?

La inseguridad volvía a dejar a Juanjo en evidencia. Alberto había tomado asiento y parecía ausente, quizá proyectando por dónde comenzar la búsqueda entre los familiares, vecinos y amigos del entorno de Nerea Iglesias.

— Con tomar declaración a la tutora será suficiente ya que, por lo que me habéis comentado, los profesores no aportan mucho. Pero los que sí es importante que declaren son los tres compañeros que mencionasteis; Laura, Silvia y Diego creo que se llamaban…

— Los mismos.

Alberto había regresado de sus cavilaciones, al parecer de vacío.

— Les tomaréis declaración a los tres, pero por separado y en presencia de al menos uno de sus padres o tutor legal, como os dije. Seguramente no aportarán nada nuevo, pero debemos poner esto en conocimiento del Juzgado lo antes posible, y para eso hay que abrir Diligencias. ¡Alberto, encárgate tú del Atestado! ¡Y tú, Juanjo, toma las

declaraciones esta misma tarde! El Juzgado ya tiene conocimiento de la desaparición porque se les ha remitido la denuncia, pero esta tarde me acercaré yo a hablar con el Juez de Guardia. Está el número dos ¿verdad?

Juanjo lanzó una mirada al calendario judicial que colgaba de la pared. Siete colores, siete Juzgados; cada semana un color, cada semana un Juzgado en funciones de guardia. Asintió con la cabeza.

OceanofPDF.com

XIV

Mientras el Inspector Núñez buscaba el teléfono de los Iglesias entre la maraña de papeles que cubrían su mesa y las palabras con las que abordar tan delicado tema entre su abultada experiencia, Rosa entraba en casa con el frío metido en los huesos.

Fran había insistido en que debía ir al supermercado para exponer la situación a su jefe. Ella, en principio, no veía la necesidad: ya se enteraría, el asunto no tardaría en saltar a la calle. Cuando la desgracia cae sobre una familia, deberían ser los demás quienes acudan porque la familia tiene suficiente con llorar su desventura. Pero Fran había porfiado lo suficiente como para que ella decidiera aparcar la bata fucsia por primera vez en días y, después de dar mil vueltas porque se sentía algo desorientada, se decidiera a salir a la calle con lo primero que encontró en el armario: chándal, zapatillas, el abrigo cien por cien pura lana confeccionado años atrás por una costurera amiga de la familia y una de sus dos bufandas, la blanca.

En la calle, la helada había pintado de blanco el paisaje urbano, el frío se podría cortar con un cuchillo, el aliento escapaba como humo de cigarrillo y Rosa apenas soportaba el dolor en sus amoratadas manos; pero a trancas y barrancas consiguió llegar al supermercado y alcanzar la puerta del despacho de su jefe sin ser vista por alguna de las cotillas que a esas horas se afanaban en mantener engrasada la maquinaria de aquel supermercado.

Detrás de la gastada mesa metálica, Álvaro, el encargado, dominaba el reducido y modesto despacho. Rosa llamó a la puerta con dos toques de nudillos. Entró cuando escuchó una voz grave que decía “adelante”. El encargado la recibió sentado, con el semblante serio y metido de lleno en su papel. Rosa se colocó a la distancia permitida, sin tocar el mobiliario.

— ¿Tendrás un buen motivo para presentarte a estas horas? — ironizó, serio.

— Más de lo que quisiera.

— ¿Cómo dices?

A Rosa se le habían apagado las palabras en la boca.

— Mi hija ha desaparecido. Llevamos todo el fin de semana buscándola. La policía también.

— Se habrá fugado.

— No lo sabemos.

— Y vienes para decir que no puedes trabajar en tanto no aparezca ¿no es así?

El encargado esbozó aquella media sonrisa torcida que guardaba para cuando los empleados se excedían en sus peticiones, luego sopló hacia arriba y el flequillo se apartó de la frente.

— Si.

— ¿Y cuántos días quieres?

Rosa dudó. No había hecho ese cálculo. Álvaro se levantó, quizá para intimidar, puede que para estirar las piernas. Era un hombre alto y enjuto, vestido con traje barato y calzado con mocasines, que había asimilado su función, se sentía orgulloso de lo alto que había llegado en la vida — él, que había empezado limpiando cristales — y exhibía un gesto serio que, de tan ensayado, se había instalado en su rostro a perpetuidad.

— Me encuentro muy mal, quizá necesite un par de semanas.

Álvaro, solterón agrio y sin hijos, puso cara de pocos amigos y se reafirmó un poco más en su ya sólida convicción de que no resultaba rentable contratar mujeres con prole (sobre todo a mujeres, los hombres eran otra cosa) porque la estela de problemas causados al negocio y relacionados directa o indirectamente con su descendencia era interminable. Cuando no era que el niño se encontraba enfermo, resultaba que la abuela se había ido a Benidorm en viaje del INSERSO, dejándolas sin canguro; otras veces sacaban la excusa de que les habían llamado del colegio porque el niño se había hecho pis y, sin demora, debían llevarle una muda o ir a buscarlo. Y ahora resultaba que el cuento no terminaba al crecer los niños,

sino que el supermercado también debía mermar su actividad para ocuparse de las fugas de los hijos adolescentes de las empleadas.

De todas formas, Álvaro, conocedor de que no poseía potestad para conceder o denegar días de permiso, telefoneó al departamento de Personal y escuetamente expuso el caso de la empleada Rosa López.

Finalmente le fueron concedidos tres días de baja por enfermedad, otros tres por acumulación de horas y seis más resultantes de un adelanto con cargo a las vacaciones del verano siguiente. En total serían dos semanas sin aparecer por el supermercado.

— ¿No te podrás quejar, eh? Al final va a ser un chollo esto de tener hijos.

El comentario salió de boca de Álvaro acompañado de una sonrisa lobuna que a Rosa le provocó ganas de vomitar. Suerte que no había ingerido nada en las últimas cuarenta y ocho horas, de lo contrario habría estropeado la moqueta de aquella oficina que él cuidaba como si fuese su tesoro personal e intransferible, donde los empleados tenían prohibido apoyar las manos en los muebles o sentarse en cualquiera de las dos sillas confidente que, cuidadosamente alineadas con la mesa, llevaban años aguardando la llegada de alguna visita ilustre para estrenarse y sentirse útiles.

— ¡Ya estamos! ¡Ya estamos con las manazas apoyadas en la silla! Si no estuviera la silla ¿dónde te ibas a asentar? ¿En el aire? ¡Pues, deja la silla en paz! Como si fuera aire. ¡No se toca! — lanzaba cada vez que algún ignorante osaba transgredir sus normas.

Pacientemente, Rosa esperaba de pie mientras Álvaro cumplimentaba la documentación necesaria para la concesión del permiso, y se entretenía observando las manos del encargado moverse sobre el teclado con más bien poca destreza cuando, de pronto, docenas de puntos negros empañaron sus ojos limitándole la visión. Levantó la mirada. Las paredes, en blanco soso y sin decoración, se tiñeron de negro y oscilaban de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. La flaca silueta de Álvaro se alejaba para luego volver a aproximarse a cámara lenta. Le veía mover la boca sin conseguir escuchar lo que decía. Su sonrisa mostraba unos dientes negros, retorcidos, y se

ensanchaba más y más a la par que iba adquiriendo apariencia perversa. Rosa, muerta de miedo, buscó la puerta para escapar de allí y, al girarse, tropezó con algo y cayó al suelo. Lo siguiente que recuerda fue que despertó en el almacén, tendida sobre cajas de leche, con varias compañeras a su alrededor y Álvaro sosteniendo una botella de Coca Cola que inmediatamente le enchufó en la boca y le obligó a beber casi de un trago. Luego, tras un tiempo difuso, se incorporó, tosió y vomitó más de la mitad del líquido ingerido; la otra mitad surtió el efecto buscado y pronto los objetos y las caras se volvieron lo suficientemente nítidos como para reconocerlos.

Poco después recobraba las fuerzas suficientes para levantarse y marcharse de allí por su propio pie, escoltada por compañeras que la aturdían con preguntas que ella no podía ni quería contestar. ¡No sabía dónde estaba su hija, maldita sea! Tampoco tenía novio. ¡Qué manía con los novios! No había ido a pasar el fin de semana a casa de ningún novio. ¡Ojalá fuera así! ¿Qué le pasaba a toda aquella gente? Nerea era una niña buena, no era rebelde como aseguraban aquellas cotorras, que todas hablaban a la vez y apenas podía enterarse de lo que decían o insinuaban. Sólo escuchaba palabras sueltas como “rebeldía de los jóvenes”, “novios”, “que la juventud estaba muy suelta”, “que había que poner mano dura”. ¡Maldita sea! Ella había puesto mano dura y no había servido para nada, sólo para alejar a su hija. Ahora se daba cuenta, demasiado tarde quizá, de que la mano dura hay que sustituirla por diálogo y cariño. Cuando Nerea regresase, porque regresaría, todo sería muy diferente.

No supo en qué momento había rebasado el umbral de la puerta porque sólo miraba hacia el suelo, deseando perder de vista aquel embaldosado ajedrecístico que conformaba el pavimento del supermercado. Pero sí que fue consciente de que las voces de sus compañeras se iban quedando rezagadas, las escuchaba más y más lejanas a cada paso que avanzaba, hasta que dejó de oírlas; y entonces se sintió aliviada y segura entre la gente anónima y desconocida que pasaba por la calle, a su lado pero ajena a su desgracia. Gente que no la aturdía a preguntas, que no la obsequiaba con consejos inútiles. Algunos miraban a la estrafalaria mujer que caminaba envuelta en un abrigo por cuyos bajos asomaba un pantalón de chándal y unas zapatillas de verano que dejaban ver la puntera y el talón de un pie

desnudo en aquel día frío de finales de noviembre que se había presentado amenizado por el sonido de un viento que cortaba la respiración.

Alcanzó el portal sofocada, casi sin aliento, perseguida por el frío y la angustia. Al abrir la puerta de casa notó el calor, sacó las manos de los bolsillos e, instintivamente, tocó el radiador que había a la derecha de la puerta de entrada. Retiró la mano rápidamente. ¡Estaba ardiendo! ¡Fran se había vuelto loco! ¡Era un despilfarro! ¿Y por qué ese repentino afán por mantener la casa caliente? Cuando nunca habían encendido la calefacción más de tres horas diarias: de siete de la tarde a diez de la noche. ¿Para qué habían servido todas las cuentas que ella había echado antes de tomar la decisión de que tres horas era el límite que podrían permitirse? Ni que decir tiene que el invierno ovetense resultaba duro en aquel piso orientado al norte, pero seguramente surgirían otros gastos mucho más prioritarios y el frío se podría combatir a base de vestirse con varias capas de ropa.

Con alevosía invadieron su mente todas las quejas proferidas por Nerea: que le dolían los pies a causa de los sabañones, que era incapaz de moverse en la cama con tantas mantas encima, que le resultaba imposible hacer los deberes porque las manos se le congelaban y con los guantes no lograba escribir nada legible.

Consiguió ahuyentarlas echando mano de recuerdos mucho más recientes, ocurridos hacía escasas horas y que, sin embargo, parecían datar del Pleistoceno, a juzgar por la cantidad y dureza de acontecimientos vividos desde entonces.

Por primera vez en años, la anterior noche la había pasado abrazada a Fran. No supo por qué lo hizo ni cómo se había atrevido a romper el bloque de hielo que les separaba en la cama desde hacía tanto tiempo, pero en ese momento la había empujado la certeza de que, si no se aferraba a él, la soledad la envolvería en una manta tan negra como la noche y la llevaría lejos, muy lejos de su casa, para arrojarla a un vacío donde caería y caería sin llegar nunca a tocar suelo. Por eso se aferró a Fran como si se aferrara a la vida. Y él había aceptado aquel largo abrazo que duraría hasta que la madrugada les encontrase despiertos y con los ojos hinchados de tanto llorar en silencio uno sobre la mejilla del otro. Se despegaron al asomo de las primeras luces del día y se levantaron en silencio.

Algo no iba bien, algo no iba nada bien. Todo aquello era muy raro, aquella no era su rutina. Deberían estar los tres desayunando, apurados para llegar a sus destinos, enfadados como siempre. Si permanecían solos y abrazados era que algo no marchaba bien. Rosa entró en la habitación de Nerea con la esperanza de que todo hubiera sido una pesadilla y deseando encontrar allí a su hija, durmiendo primero y después protestando porque la obligaban a madrugar. Pero, al encender la luz de la habitación sintió la bofetada que le pegaba la realidad. A pesar de todo, se detuvo a colocar uno de los muñecos que había caído al suelo. En ese momento llegó Fran y la sacó de la habitación para después cerrar la puerta tras ellos.

— ¿Recuerdas cuando lloraba porque no quería desayunar en el colegio?

Fran asintió con la cabeza mientras guiaba a su mujer hacia la cocina, donde prepararía el desayuno preferido de ambos y el que casi nunca podían permitirse tomar juntos por falta de tiempo y de ganas: tostadas con mucha mantequilla y mermelada. Por supuesto que recordaba las protestas, los llantos y los ruegos para que la dejaran comer en casa; y se le cayó el alma a los pies al revivirlo. Lo que entonces le parecieran caprichos de hija única malcriada, ahora los interpretaba como deseo de estar más tiempo en casa, con sus padres.

— No debimos obligarla a pasar el día fuera de casa. No le gustaba ir al comedor, lo pasaba fatal y casi siempre llegaba muerta de frío. En aquel patio soplaba mucho el viento, sobre todo en invierno.

Fran hablaba muy bajo, como si lo hiciera para sí mismo, como si quisiera proteger a Rosa de sus palabras. No deseaba ofenderla, no estaba en su ánimo, no si él no había resultado antes ofendido. En los dos últimos días su mujer había cambiado tanto que le resultaba irreconocible y, aunque era cierto que sería demasiado tarde para recuperar el amor perdido a lo largo de los años, quizá aún podría resultar factible una convivencia dentro de los márgenes del respeto. No era esa su idea de lo que debería ser una pareja, claro que no, pero ya era tarde para volver a empezar. ¡Quien pudiera! Pensaba a menudo, acordándose de Juan y de Teresa, de su juventud y sus ganas. ¿Dónde habían quedado las suyas? En el camino.

Rosa no contestaba. Sólo pensaba y recordaba. Pensaba en el tiempo perdido y recordaba a Nerea llorando al marchar hacia el colegio y contenta al regresar a casa. Y lamentaba haber apostado por la comodidad. Por no hablar del desayuno. La obligaba a tomarlo en el colegio para que no vomitara en la cocina. Jamás se le había pasado por la cabeza que Nerea podría padecer algún tipo de trastorno estomacal hasta que, en una visita rutinaria al pediatra, éste le explicó que hay personas a las que no sienta bien desayunar nada más levantarse de la cama, que si esperaba una hora o dos la niña comería sin problema alguno.

Esa explicación nunca vio la luz porque, de haberlo dicho en casa, quizá a Fran se le ocurriese la feliz idea de levantar a Nerea de la cama a las seis de la mañana para que pudiera desayunar a las ocho. ¿Y a quién le tocaría? A ella ¿a quien sino? ¡Era lo que le faltaba! Con lo cansada que andaba y lo cómodo que era enviar a la niña a desayunar al colegio, como para madrugar aún más y ponerse a pelear con ella para que comiese. Además, estaba convencida de que lo hacía para fastidiarles, para que le dejaran dormir hasta el mismo momento de marchar al colegio.

Rosa rompió a llorar. Todos aquellos recuerdos pugnaban por salir, en tropel, todos a la vez, armados con pinchos que le causaban un dolor muy agudo en el pecho. Rogaba para que saliesen pronto y se marchasen, lejos; aunque temía que no, que no lo harían nunca, que se quedarían a vivir con ella.

Fran se esmeraba en la preparación del desayuno. Ella le observaba, sentada en la silla que solía ocupar durante las comidas. En cinco minutos presentó en la mesa zumo de naranja, tostadas, dos clases se mermelada, mantequilla, café, leche y azúcar. Ella tenía sed y bebió el zumo con ansia, luego comió media tostada, mas por compromiso que por ganas. Fran se había aplicado tanto preparándolo que no quería hacerle un feo. Pero a los tres sorbos de café con leche ya no podía más, de seguir comiendo tendría que vomitar en la cocina. Se acordó de Nerea. Así debía sentirse ella cuando la obligaban a desayunar a aquellas horas. Y volvió a llorar.

— Ven, vamos a sentarnos en el sofá. Te hará bien descansar un rato. — propuso Fran.

Rosa no contestó. Dio su visto bueno levantándose y ofreciéndole su mano para que la guiase hasta allí, no quería estar sola en ningún lugar de la casa. Fran hacía esfuerzos para amoldarse a la metamorfosis que estaba experimentando su mujer. Todo aquello de los abrazos, besos y unión de manos le resultaba incomprensible cuando hasta hacía unos días habían vivido en permanente estado de guerra. A Fran le preocupaba ese cambio que, de tan extraño e inesperado, parecía que encerrara el germen de la locura entre sus paredes.

Unas horas más tarde, ella salía hacia el supermercado, a enfrentarse al siempre malhumorado Álvaro.

Regresó al cabo de un tiempo, blanca y helada. Fran la esperaba en el sofá. Ella se acomodó a su lado, amoldando su cuerpo al de él.

Permanecen en el sofá durante un tiempo que pasa vacío y de largo. Suena el teléfono. Se miran, sorprendidos.

— ¿Será Alba? ¿O la policía? ¿O ella? ¡Iré a cogerlo!

— ¡No! Quédate descansando, ya voy yo.

Él se adelantó, poniéndose en pie de un salto.

Rosa agradeció el gesto con una mueca. Estaba tan cansada que no podía ni con el alma; y el cuerpo le pedía sofá primero, cama después y luego otro rato de sofá. Además, no le apetecía hablar con Marta, ni con Alba, ni mucho menos con la policía. Las primeras la aturdirían a preguntas: que si había llamado Nerea, que dónde podría estar, que cómo estaban ellos, que si habían conseguido dormir, etcétera, etcétera. Pues ¿cómo iban a estar? ¿Cómo se puede estar cuando tu única hija lleva casi setenta y dos horas desaparecida? Y si era la policía, le preguntarían tres cuartos de lo mismo, en vez de dedicarse a investigar para localizarla. Había transcurrido todo un fin de semana y seguían de brazos cruzados, dándole vueltas al tema de la fuga con un supuesto novio y dando por sentado que volvería a casa tan pronto el asunto se enfriase un mínimo.

El teléfono distaba pocos pasos del sofá. Las palabras de Fran llegaban indemnes a sus oídos. Fran hablaba de un coche negro, un Audi A6. A Rosa

se le puso carne de gallina. Él regresó enseguida, desconcertado y blanco hasta la punta de la nariz.

— ¿Con quien hablabas? ¿Qué ha pasado? ¿Qué decías de un coche negro? ¿Un Audi? ¿Qué pasa con ese coche? ¿Qué tiene eso que ver con Nerea?

Ansiosa de explicaciones, encadenaba las preguntas unas con otras sin dar tregua para la respuesta.

— Era la policía. Dicen que fueron al Instituto para hablar con profesores y alumnos. El Inspector Núñez me preguntó si conocemos a alguien que tenga un Audi A6 de color negro. Parece ser que dos chicos de su clase la vieron subirse a ese coche; dicen que iba con un señor mayor, y con lo de "mayor" me refiero a que ronda los cincuenta años.

Fran necesitó apoyarse en las rodillas de Rosa para acomodarse en el sofá, sus piernas habían dicho "basta" y se negaban a sostenerlo.

— ¡Dios mío! ¡Es lo que yo temía!

— ¿Y qué es lo que temías tú?

— Un secuestro o algo así. La niña no se ha fugado, Fran. ¡La han secuestrado!

— ¡No nos adelantemos! La policía está trabajando en ello; al parecer se trata de un loco de esos que van detrás de las chicas jóvenes. Quizá — le tembló la voz y el cuerpo — para prostitución o algo de eso… Pero ahora lo que importa es que ella siga con vida porque he llegado a dudar de que así fuera. Parece ser que ese tipo no la ha llevado a la fuerza, sino que fue ella quien se subió al coche voluntariamente, lo que me da esperanzas de que siga con vida. La policía está tras la pista y darán con ellos.

Se esforzaba en aparentar optimismo, en parte para convencerse a si mismo y en parte para tranquilizar a su mujer. Incluso acompañó sus palabras con una sonrisa que pretendía reflejar esperanza y quedó en una mueca de amargura. Ella escuchaba, deseando que fuera cierto cuanto él decía; pero había demasiados "peros" y "al pareceres" en su explicación. Se quedó aún más angustiada.

Ese lunes, a Marta le tocaba turno de mañana y salió de casa con la convicción de que su hija quedaba dormida; pero Alba estaba bien despierta, con el teléfono móvil escondido bajo las sábanas y llamando a Nerea cada cuarto de hora de reloj. Albergaba la esperanza de que en alguno de aquellos intentos su amiga respondiera al teléfono y la pesadilla tocara a su fin.

Con cada nueva llamada obtenía una nueva decepción y a las once de la mañana desistió. A las once y media, hora del recreo, telefoneó a Lidia, la compañera que se sentaba en el pupitre contiguo.

— ¿Qué tal? ¿Qué andáis haciendo?

— ¡Pero no te has enterado, tía! ¡Es la bomba! ¡La comidilla de todo el Instituto!

Al instante supo que algo iba mal.

— ¿El qué?

— Nerea Iglesias, tu amiga, no apareció por clase.

Lidia hablaba con la emoción del que le han tocado millones en la lotería y lo anuncia a bombo y platillo.

— ¿Y qué pasa? ¿Es que no se puede faltar un día a clase? — inquirió, con la única pretensión de ampliar información.

— Que no, tía, que no es eso. Es que vino la policía y estuvieron interrogándonos a todos. ¡Se ha fugado! ¡Se ha fugado con un tío mayor! Un abuelete. Parece ser que están liados. Silvia y su novio los vieron juntos el viernes pasado, largándose en un Audi A6 negro. ¡Es la caña!

— ¡Joder!

— Si, tía. ¡La tonta e invisible de Nerea ha dado el campanazo!

— Vaya. Esto es la ostia…

— ¡Una sorpresa de puta madre! ¡Todo el mundo está encantado! Se ha montado tal revuelo que no tuvimos clase en toda la mañana, y creo que seguiremos así durante el resto de la semana, porque los profes hablaban de manifestaciones y toda la ostia.

Alba callaba. Se le habían agotado las exclamaciones con las que alentarla a continuar soltando la lengua. Además, se había quedado sin palabras que añadir. Lidia hablaba y hablaba, pero ella había perdido el hilo de la conversación hacía rato. Decidió cortar porque no se estaba enterando de nada y, además, no le interesaban los chismorreos.

“¡Está liada con un hombre mayor que tiene un Audi A6 de color negro!” era la frase que se repetía una y otra vez en su mente.

< ¿Un tío mayor? ¿Un Audi A6 negro? ¿Qué coño significa esto? Román no es un tío mayor, está en cuarto de la E.S.O… ¿O tal vez no?>.

Un escalofrío la desconcentró durante un par de segundos. Se tapó con la manta.

<Pero… ¿y la foto…? La foto, la foto… ¡La foto!>

Sintió como si una bombilla se encendiera en su mente.

<¡La foto puede ser de cualquiera! Estaba tomada desde lejos. En ella se veía a un tío de unos dieciséis años, sí, pero… ¡Dios mío! ¿Y esa forma de chatear, poniendo todas las palabras? ¿Y lo de no darle el número de teléfono? Entonces… ¡Dios mío!

Se dejó caer de espaldas en la cama y agarró la cabeza con fuerza, como si con ese gesto pudiera impedir que siguieran fluyendo aquellas ideas tan macabras que la atormentaban. ¡Nerea estaba en verdadero peligro! ¡Y ella era cómplice de toda aquella farsa y lo había ocultado a la Policía! Quizá de haberles alertado el viernes pasado podrían haberla localizado pronto, pero en cambio había dejado pasar todo un fin de semana, un tiempo precioso y decisivo.

<Pero… ¿Por qué se ha subido a ese coche con un tío mayor? ¿Qué habrá pasado? ¿Qué habrán tramado durante los últimos días?>

Nerea no le había contado nada, aunque ella ya llevaba tiempo acariciando la sospecha. La depilación, la peluquería, la mentira de que tenía que acompañar a su abuela… Todo apuntaba hacia una cita a ciegas.

< ¡Claro! ¡Una cita! Pero no comprendo por qué se ha subido al coche con un tío que no era Román, que no podía ser Román>.

A punto de reventar con tantas preguntas a las que no encontraba respuesta capaz de proporcionarles una vía de salida, se aferró a la cabeza aún más fuerte hasta que sintió que la presión le hacía daño en las sienes. Aflojó, liberó la sesera de la opresión, saltó de la cama y rescató el teléfono móvil, olvidado en el suelo desde que cortara la conversación con Lidia.

— ¿Qué ocurre?

Marta no deseaba recibir llamadas en horario laboral. Solía dejar el móvil en la taquilla, pero los últimos días habían sido especialmente duros para su hija y quería que la encontrase pronto, caso de llamarla.

— ¿Marta?

— Sí, soy yo, dime… ¿qué quieres? ¿Ocurrió algo?

— ¡Ven a casa pronto! ¡Tengo que contarte algo!

Por primera vez percibió ansiedad, miedo y urgencia en la voz de su hija. A pesar de la preocupación por su amiga, Alba había permanecido muy entera durante todo el fin de semana, por eso le extrañó ese tono de voz, que resultaba más alarmante que las propias palabras.

— ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿A qué viene tanta urgencia?

— Ven a casa, por favor, por favor… Ven a casa…

Alba arrancó a llorar y cortó la comunicación.

Marta terminó de reponer el suero al anciano de mirada suplicante y se dirigió al mostrador de las enfermeras. Tal como había sonado la voz de Alba, no le cabía duda de que algo grave estaba ocurriendo en su casa.

— Dile a la supervisora que me marcho. Es urgente. Mi hija me necesita.

Y salió corriendo hacia el aparcamiento antes de que Marina, la compañera que recibía el recado, comenzara la ristra de preguntas concernientes al inesperado abandono. Estaban en el edificio que antaño albergaba el Hospital Nuestra Señora de Covadonga; bajar tres pisos y salir al aparcamiento era cuestión de dos minutos a lo sumo; pero el tiempo, traicionero, se eternizó. Corría y corría, nunca llegaba. La respiración entrecortada, la frente empapada de sudor, el flato pinchando en el costado, las piernas a punto de sucumbir y su destino inalcanzable. Parecía que estuviera atravesando una cinta mecánica en dirección contraria. Cuando, al fin, se sentó al volante había transcurrido una eternidad. Arrancó. Condujo como una loca y llegó a la Corredoria en un santiamén que a ella, una vez más, le pareció eterno. En la calle Llaviada, a esas horas, sobraban las plazas de aparcamiento libres. Aún así, no perdió ni un segundo estacionando: dejó el coche delante del portal con la puerta abierta y la llave en el contacto. Entró en casa como un torbellino, llamando a su hija a voces para asegurarse de que estaba en casa y bien. Un gemido la guió hasta la habitación de Alba, donde la encontró acostada en la cama, boca abajo y a punto de ahogarse en un mar de lágrimas.

— ¡Tienes que llamar a la policía urgentemente! Nerea está en peligro. Sé cosas…

Alba, sin mudar la posición, dio rienda suelta al temor que la estaba ahogando. Marta trató de acallar sus propios jadeos respiratorios tapándose la boca con la mano. Quería tranquilizarse, necesitaba tranquilizarse. Quizá Alba estuviera delirando. Sí, seguro que así era. Llevaba muchas horas sin dormir, sin comer y, además, la mente de los adolescentes tiende a dibujar la realidad tergiversada. Cuando el corazón dejó de galoparle en el pecho y la respiración se normalizó, Marta se sentó en la cama, al lado de su hija.

— ¿Cosas? ¿Qué cosas? Cuéntamelo a mí primero y luego ya veremos lo que hacemos con eso que tú dices que sabes. Tal vez no sea tan importante. Llevas demasiado tiempo sin dormir y sin comer, y quizá, te convendría hacer las dos cosas y después, cuando estés despejada, trataremos el tema.

Marta hablaba pausadamente, intentando aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. Repentinamente, Alba se incorporó. El

llanto le había hinchado los ojos y parecía que también la cara. La dorada melena formaba una maraña indescifrable.

— ¡No podemos esperar! ¡Ya hemos perdido muchísimo tiempo! Nada fue como pensábamos, nos han engañado… — gritó.

— ¿Nos han engañado? ¿Qué significa eso? ¡Vamos, habla!

Marta se puso en pie de un brinco, alertada al escuchar a su hija hablar en primera persona del plural.

— ¡Habla! ¡Habla! — repitió.

Con la mirada perdida entre el blanco del edredón, Alba sopesaba las palabras que iba a pronunciar. Luego tragó saliva varias veces antes de decidirse a abrir la boca.

— Nerea conoció a un chico por Internet, en Tuenti… El chico dijo que tenía dieciséis años. Chateaban a diario y le consideraba su novio. Él le envió una foto, una foto tomada desde lejos…

— ¿Y eso en qué te implica a ti? ¿Por qué dijiste que “os” había engañado?

— Porque acabo de hablar con una compañera del Instituto y me contó que alguien vio a Nerea subirse a un coche negro el viernes al salir de clase, conducido por un tío mayor, de unos cincuenta años. Pero ese no era Román…

— ¿Quién es Román?

Marta se paseaba de un lado al otro de la habitación como fiera enjaulada, resoplando, más preocupada que nunca.

— ¡Es el novio de Nerea! ¡Ya te lo dije! Le dijo que se llama Román y que vive en Madrid. ¿Comprendes? ¡Por eso fue a la peluquería y por eso se depiló! ¡Era una cita! Pero yo creo que la engañaron y que Román no tiene dieciséis años, sino cincuenta. ¡Dios mío! ¿Qué le pudo haber pasado? ¿Por qué no se lo conté el sábado a la Policía? ¡Pero no quería delatarla, Marta, no quería delatarla, no quería, no podía, no podía contárselo a nadie, era el secreto de mi mejor amiga…!

Rompió a llorar antes de terminar la frase. No le salían más palabras por más que su madre intentara sonsacárselas. El pecho le daba sacudidas y ella se aferraba a la melena, tirando fuerte. Sin embargo, en ese momento parecía inmune al dolor.

Marta, calibrando el problema, se dirigió al aseo de la entrada y rebuscó en un armario que hacía las veces de botiquín hasta que encontró una caja de ansiolíticos. Llenó un vaso con agua y se lo ofreció a su hija junto con una de aquellas pastillas. Alba lo tomó sin rechistar, se recostó en la cama y se tapó con el edredón. Cerró los ojos. Las lágrimas seguían corriendo mejillas abajo.

Marta salió de la habitación y se sentó en el sofá, a esperar hasta que el calmante surtiese efecto. Mientras tanto hurgó en el interior de su bolso, saturado con docenas de cosas inútiles y unas cuantas útiles, hasta que encontró la tarjeta que el pasado sábado le habían entregado los policías.

¿Un novio por Internet? Ella había conocido muchos hombres por ese medio y jamás había tenido problemas más allá de los fiascos por discordancia entre las fotografías recibidas y la persona real que se presentaba a la cita: generalmente las fotos databan de unos años atrás, cuando la calvicie era incipiente, los kilos aún no se habían instalado en el abdomen y el rostro lucía terso. También había sufrido un caso de acoso con llamadas a horas intempestivas que, para evitar que se repitiera en sucesivas ocasiones, la obligó a comprar una tarjeta prepago y a no facilitar jamás ni su número de teléfono personal ni el de casa. Pero ella no era una adolescente, sino una mujer que tomaba sus precauciones: no se subía a coches ni quedaba en lugares poco transitados y, cuando las citas pasaban a mayores, ocurría en hoteles y era su acompañante quien se identificaba en la Recepción.

A las dos y media de la tarde no había quien se revolviera en el pequeño despacho que albergaba al Grupo de Homicidios y Atracos. Un espacio de poco más de diez metros cuadrados daba cabida a tres mesas, al menos nueve sillas, tres armarios archivadores, un perchero, una planta

ficus enorme y ocho policías que habían regresado de la calle y estaban guardando el papeleo de las investigaciones que llevaban y hablando todos a la vez, casi a gritos, para intentar contar unos a otros las peripecias acontecidas durante la mañana.

En el despacho colindante, Núñez desconectaba el ordenador y se recordaba a sí mismo que, de camino a casa, efectuaría una parada en el supermercado para comprar el pan y la lechuga que servirían de acompañamiento a las albóndigas que había cocinado el día anterior. Se organizaba bien con las tareas domésticas y aprovechaba los solitarios fines de semana para preparar la comida del lunes y el martes siguientes. El resto de los días, o bien comía en casa de sus padres, o se conformaba con picar algo en el bar de enfrente, generalmente lo segundo. Pero, siempre que el trabajo se lo permitía, se ausentaba durante dos horas para ir a comer cualquier cosa a casa y echar la siesta con los documentales de la segunda cadena de televisión como ruido de fondo. Se disponía a descolgar el abrigo cuando entró Alberto.

— Acaba de llamar la madre de la amiga de la desaparecida. ¿Lo he dicho bien? Creo que sí. Quiere hablar “urgentemente” con el encargado de la investigación.

Y extendió la mano para entregarle un papel arrugado en el que había anotado un número de teléfono y algunas otras cosas que no venían a cuento. Núñez miró el reloj. <El supermercado no cierra a mediodía. No tendré problemas para comprar un poco más tarde> pensó mientras iba descifrando el número de entre los pliegues de aquel impresentable papel. Descolgó el teléfono, contestaron al primer timbre.

— Soy el Inspector Núñez, encargado de investigar la desaparición de Nerea Iglesias. Me acaban de pasar el recado de que desea usted entrevistarse conmigo. ¿Con quien hablo, por favor?

No se molestó en sentarse para estar más cómodo, seguramente aquella señora llamaba para interesarse por la marcha de la investigación.

— Soy Marta Alonso, la madre de Alba Ferrero Alonso, amiga de Nerea Iglesias. Mire…, no sé cómo empezar… Es que creo que tengo información que puede resultarles muy valiosa, quizá determinante.

Sería mejor tomar asiento; si permanecía inclinado sobre la mesa, le provocaría dolor de espalda. Los huesos ya no eran lo que habían sido. Abrió el cajón, sacó lápiz y papel para tomar nota. La mujer se había quedado callada y tendría que alentarla a seguir hablando; no se podía desdeñar ninguna información, por superflua que en principio pudiera parecer.

— ¿En qué podemos ayudarla?

— Mi hija me acaba de contar que Nerea tonteaba con un chico en Tuenti. Lo conoció hace un mes, más o menos. Él le dijo que vive en Madrid y que tiene dieciséis años…

— Eso es perfectamente normal hoy en día, señora. Los jóvenes fraguan amigos y enemigos en las redes sociales. — interrumpió Núñez.

— Si, eso ya lo sé, pero mi hija me dijo que había algo raro en ese chico, que parecía tratarse de una persona mayor y no de un adolescente de dieciséis años.

Aunque parca en detalles, Núñez determinó que la explicación no carecía por completo de interés. Algún motivo existiría para que madre e hija hubieran llegado a tal conclusión. Quizá en ese motivo estribara el quid de la cuestión. El problema radicaba en que a la mujer había que sacarle la información con sacacorchos. Tendría que animarla a concretar. Se acomodó mejor en el sillón.

— ¿Por qué habrá deducido eso su hija? ¿Vio alguna fotografía de esa persona? ¿Leyó los correos? ¿Por qué motivo cree que se trata de un hombre mayor y no de un adolescente? — preguntó Núñez.

— Alba me dijo que no escribía como los jóvenes. Ya sabe usted, esa forma tan rara que tienen de garrapatear los mensajes de móvil, que se comen la mitad de las letras…

Quizá había sobrevalorado la intuición femenina. En principio, lo aportado parecía poca cosa. También habría jóvenes que escribiesen de forma normal, supuso.

— Sí, si, comprendo… ¿algo más? Cualquier detalle es importante.

— Además, mi hija me habló de la foto que él le envió a Nerea. Al parecer está tomada desde lejos, como si hubieran fotografiado a un chico cualquiera que pasaba por la calle. Eso en los chicos jóvenes resulta muy raro porque les gusta posar y salir guapos ¿comprende?

— Perfectamente.

— Y también está el hecho de que le decía cosas raras; bueno…, raras en los chicos de esa edad…

— ¿Qué cosas?

— Alba me contó que siempre le decía "mi amor, mi niña". — Marta hizo una pausa, pensó que quizá estaba diciendo tonterías. Luego continuó: en casos graves no hay tonterías, el mínimo detalle puede aportar pistas — Pero hay otro dato que resulta mucho más chocante aún y es que no se intercambiaron los teléfonos móviles. Parece ser que Nerea se lo pidió y él se excusó diciendo que no tenía porque ya había perdido dos.

A Marta, experta en relaciones por Internet y madre de una adolescente, le parecía un hecho insólito, cuando menos: no hay quinceañero que viva sin móvil, y sin móvil tampoco se conciertan citas nacidas de la red. Entretanto, Núñez tomaba notas y procesaba información.

— Sí que resulta raro, sí… ¿Algo más? Esto era en Tuenti ¿verdad?

La pregunta llevó a Marta a la conclusión de que habían encargado la investigación al más tonto de la Comisaría. Aquel hombre no se enteraba de nada, no planteaba preguntas, su diálogo era nulo y, por si fuera poco, no recordaba lo que le decían.

— Sí, en Tuenti.

— ¿Sería posible que su hija se desplazara hasta esta Comisaría para tomarle declaración hoy a la tarde? Estando usted presente, claro está.

— Está lesionada pero no creo que haya problema, puedo acercarla en coche.

— ¿Qué tipo de lesión?

¿Cómo era posible que ni Juan ni Héctor le hubieran mencionado ese detalle? Núñez meneó la cabeza: tendría que adquirir el don de la ubicuidad

para estar presente en todas partes.

— Tiene una pierna escayolada.

— Podemos tomarle declaración en la primera planta, así no se verá obligada a subir escaleras. Además, le facilitaremos a usted el aparcamiento frente a la Comisaría. ¿Qué le parece si quedamos a las cuatro de la tarde?

— En principio, creo que no habrá problema...

— Bien. Cuando lleguen a la puerta, hágale saber al policía de seguridad que el Inspector Núñez les está esperando, él le facilitará el aparcamiento y las conducirá al lugar donde tomaremos la declaración.

— De acuerdo.

Alberto y Juanjo recogían sus pertenencias, dispuestos a marcharse a casa. Otros dos policías quedaban todavía en el Grupo, ultimando documentación. Entre los cuatro formaban el ruido suficiente como para verse obligado a gritar si quería hacerse oír. Aunque estaba a dos pasos, optó por telefonear a la extensión su Grupo para solicitar la presencia de Alberto y Juanjo en el despacho.

— Hay que estar de vuelta aquí a las cuatro de la tarde. La amiga de Nerea recapacitó y parece dispuesta a aportar información. Acabo de hablar con su madre y la traerá a las cuatro para que le tomemos declaración. Parecer ser que había ligoteo con un tío de Madrid a través de Tuenti.

— ¡Eso es lo más normal del mundo! Si no aporta nada más… — argumentó Alberto mientras se encaminaba hacia la puerta.

— Hoy en día todo el mundo liga en Internet.

Juanjo apuntaló la respuesta de su compañero.

— Pero hay algo raro en ese supuesto novio: decía tener dieciséis años pero parecía tratarse de una persona mayor…

— ¿Y por qué lo parecía? ¿Escribía lento? ¿Sus piropos estaban desfasados? Yo creo que esa señora le está buscando tres pies al gato. — ironizó Alberto.

— Bueno, ahora vamos a comer, por la tarde continuamos.

Salieron los tres. Núñez mirando el reloj y sopesando si disponía del tiempo suficiente para acercarse a comer a casa, Alberto meneando la cabeza ante lo que suponía una sarta de tonterías y Juanjo callado, como siempre.

A las cuatro menos cuarto, el Inspector Núñez estaba de vuelta en el despacho, con la comida atascada en la garganta. En menos de una hora había ultimado la compra en el supermercado, preparado una ensalada, calentado las albóndigas, comido aprisa y corriendo, fregado plato y vaso, se había lavado los dientes y repasado tres veces las luces, mandos y grifos de toda la casa. Rutina que sus padres calificaban de maníaca y él, simplemente, llamaba comprobación. Un hornillo de la cocina funcionando durante horas podría provocar un incendio, un grifo abierto una inundación, una luz encendida un quebranto en la factura. Pero… ¿eran necesarias tres comprobaciones? preguntaba su padre. Sí, para cerciorarse bien y porque a veces, mientras iba de un lado a otro de la casa para constatar que todo estaba en orden, se le iba el Santo al cielo o a los casos pendientes. ¿Y era necesario apurar tanto la comida para llegar un cuarto de hora antes al despacho? habría preguntado su madre, caso de enterarse. Definitivamente, sí. No le gustaba hacer esperar a la gente, especialmente tratándose de trabajo. Lo consideraba una falta de respeto hacia el que espera, más aún si quien espera lo hace para aportar información.

Alberto y Juanjo no aparecieron hasta las cuatro y diez, y aún transcurrirían otros quince minutos más hasta que sonara el teléfono anunciando la llegada de Marta y su hija.

— Ya están aquí y parece que no es necesario bajar a tomar la declaración. Dicen que pueden subir ellas. Yo me tengo que marchar porque he quedado con el Juez de Guardia a las cinco en punto. Tomadle declaración a la niña, y que no se os olvide nada, todo bien atado ¿de acuerdo? Que cuente todo, de la “a” a la “z”, cronológicamente y sin obviar detalle. Si hace falta le preguntas hasta la talla del sujetador. Además hay que abrir Tuenti para que entre en su perfil, a ver si desde allí podéis

acceder al de Nerea y ver al tío ese que chateaba con ella. Si no se puede, tendremos que esperar hasta que el Juez conceda el Mandamiento. — ordenó Núñez.

Alberto sonrió y miró a Juanjo, que parecía desconcertado.

— Cuando el Jefe dice que hay que preguntar “hasta la talla del sujetador, o de los calzoncillos” según, significa que debemos emplearnos a fondo, porque luego vendrá, nos solicitará la declaración que hayamos tomado, la leerá, la releerá y siempre encontrará algo significativo a faltar.

Juanjo intentó sonreír pero no fue capaz. Todo aquello era nuevo para él y se veía forzado a asimilar demasiada información: familiarizarse con los casos que llevaba el Grupo, forma de proceder, modo de trabajar de aquella gente y, por si fuera poco, manías y vocabulario “especial” usado por el Jefe. Todo eso, unido a dos gemelos en edad de dar la lata y una mujer que impartía más órdenes que un Sargento del ejército, borraría hasta la sonrisa de un payaso.

Núñez salía hacia el Juzgado cuando Marta y su hija asomaban por la puerta del despacho. Coincidieron en la entrada. El Inspector era un caballero y les cedió el paso. La niña, apoyada en muletas, entró primero, a paso lento. Entretanto Marta permanecía en la parte exterior y Núñez esperaba para salir, transcurrieron unos segundos preciosos que invirtió en chequear a la mujer. ¡Era la más atractiva que había visto en su vida! Esbelta, erguida, talle de maniquí, melena ondulada y pelirroja enmarcando una cara de rasgos perfectos y aniñados. Traía puesta una sonrisa indescriptible, a la vez pícara y cándida que, aunque no procedía, le sentaba de maravilla. En el breve encuentro hasta le dio tiempo a reparar en el abrigo rojo que cubría su escultural cuerpo, ceñido a la cintura con un ancho cinturón gris. Parecía sacada de una portada de la revista Glamour. Se quedó boquiabierto. No sabía donde esconder la mirada y sus ojos le traicionaron aterrizando involuntariamente sobre la delantera de Marta.

— ¿La señora Marta Alonso?

— La misma.

La mujer contestó con aplomo, con voz dulce.

— Yo soy el Inspector Núñez. Estuvimos hablando esta mañana.

Se ruborizó un poco, inapreciable para Marta, evidente para él.

— Tanto gusto.

— Yo tengo que salir, pero los policías de mi grupo la atenderán. Pase y siéntese.

Alberto y Juanjo, testigos del sofoco que aturdía a su jefe, intercambiaron entre ellos una sonrisa cómplice. Núñez la percibió, enrojeció como una grana y abandonó el despacho con prisa y sensación de estar haciendo el ridículo, a sus años.

Decidió ir caminando, dando un paseo para despejarse. Los Juzgados se sitúan en la calle Comandante Caballero, a poco más de diez minutos a pie desde la Comisaría. Miró al cielo. El temporal había barrido las nubes dejando un día soleado, de aire limpio y cada vez más frío porque las sombras de la tarde ganaban terreno, expandiendo su humedad mientras el sol se escondía tras los edificios del oeste para dibujar una ciudad de ángulos afilados. Abrochó el abrigo, ciñó la bufanda al cuello. A la derecha, salió a la calle Conde de Toreno. Por Avenida de Galicia accedió a la Plaza de América, sin enterarse, con el pensamiento abstraído, empeñado en repasar una y otra vez la imagen de Marta Alonso En su larga trayectoria profesional había conocido muchas otras mujeres, pero ninguna de ellas había conseguido captar su atención en tan solo un segundo. Tendría unos treinta y tantos años. Demasiado joven.

A su izquierda, dejó atrás la Parroquia del Corazón de María. Dobló la esquina y avistó los Juzgados. Era el momento de centrarse en el asunto que traía entre manos y dejar de fantasear con una mujer que, de tan joven, casi podría ser su hija. Llevaba el discurso preparado, bien estructurado en su cabeza, y en la mano la denuncia presentada por el padre de Nerea.

Se internó en el edificio de los Juzgados y recorrió el pasillo central hasta el final. La puerta que daba acceso al Juzgado de Guardia permanecía cerrada. Asestó dos toques con los nudillos y un administrativo salió a recibirle..

— Soy el Inspector Núñez, de Homicidios. Desearía hablar con su Señoría.

— Espere ahí un momento. Le avisaremos.

El funcionario era más seco que el pan de una semana. El “momento” se prolongó durante más de media hora.

— Puede pasar.

Le guió a través de un angosto pasillo que se abría paso entre mesas cubiertas por montones de papeles y algún que otro ordenador que asomaba entre los legajos. Al final del laberinto se encontraba el despacho del Juez, aislado como un bunker, dominado por la madera que revestía paredes y suelos, presidido por la solemnidad.

— Buenas tardes, Señoría.

Con ademán tosco, el Juez le invitó a sentarse y exhibió cara de urgencia, alentándole a que no perdiese el tiempo.

A Núñez le resultó mucho más difícil de lo previsto exponer su sospecha de que aquella aparente fuga enmascaraba un delito grave; de que para localizar a la menor resultaba imprescindible disponer de los datos que obraban en poder de Tuenti, y de que esa red social no los facilitaría a la Policía por la buenas, sin un Mandamiento judicial que les ordenara desprenderse de esa información. < ¡Maldita Ley de Protección de Datos! Nosotros tendríamos que tener acceso sin necesidad de Mandamiento judicial, como los americanos> pensó.

— ¿Ha traído la denuncia presentada por el padre?

— Por supuesto, Señoría.

Se la tendió.

Antes de comenzar la lectura, el Juez acomodó el culo al sillón y las gafas a la nariz. El Inspector lo observaba con interés. Su fachada no sintonizaba con la imagen de pulcritud y elegancia que se suele asociar a los jueces. La cara rechoncha, nariz chata, tez rojiza y el pelo ensortijado y despeinado le conferían aspecto de ganadero; empaque que acentuaba

vistiendo un traje gris barato, con pinta de no conocer la plancha y que, además, le sentaba como un disfraz.

El Juez terminó de leer, frunció el entrecejo, dejó las gafas sobre la mesa, clavó la mirada en los ojos de Núñez y, acto seguido, emprendió una larga letanía legal acerca de las complicaciones que podrían surgir a raíz de la concesión de Mandamientos judiciales para entrometerse en asuntos que invaden de lleno el ámbito íntimo de las personas.

— No se nos ha concedido potestad para violar el secreto de las comunicaciones por una simple sospecha. Necesito alguna prueba o, como mínimo, un indicio de que no se trata de una simple fuga, de que la menor puede estar en serio peligro al haber contactado con una persona mayor de edad que la haya inducido a abandonar el domicilio familiar. Facilítenme la declaración que está presentando la amiga en estos momentos y, una vez sopesados “pros” y “contras”, decidiré. — concluyó para poner el broche a lo que parecía un “no” rotundo.

— En cuanto terminemos, Señoría, yo mismo se la traeré personalmente.

El Juez miró el reloj e hizo amago de incorporarse. A buen entendedor, pocas palabras. Núñez se levantó de la silla, casi con reverencia; se despidió y salió de allí echando pestes contra el sistema judicial, al que conocía sobradamente pero que aún era capaz de sorprenderle. ¿Qué importancia podía tener la intimidad cuando lo que estaba en juego era la vida, la integridad física o la libertad sexual? No lograba comprenderlo.

Eligió el mismo camino para la vuelta. El frío había ganado terreno durante el tiempo que había permanecido en el Juzgado. Apuró el paso hasta el mismo linde que separa caminar de trotar. Diez minutos más tarde entraba en el despacho frotándose las manos. Detuvo el gesto al observar que la mujer y su hija continuaban allí. La niña, con las manos recogidas sobre las rodillas, relataba tímidamente todo lo ocurrido durante las últimas horas compartidas con Nerea. La madre, ¡Dios, qué mujer!, miraba y escuchaba con interés y aire de superioridad. Se había desprendido del abrigo rojo para exhibir un cuerpo de infarto enfundado en un ceñido vestido gris marengo, lo suficientemente corto como para aliarse con la

imaginación de Núñez y dejar a la vista las piernas más perfectas que había visto en su vida. ¡Y con qué estilo las cruzaba! Reprimió una sonrisa rememorando la espectacular actuación de Sharon Stone en la película Instinto Básico.

Cohibido y nervioso, se situó detrás de Alberto, que seguía frente al ordenador transcribiendo cuanto Alba le relataba.

— ¿Habéis entrado en Tuenti?

— Si, Jefe, pero, para nuestra sorpresa, ya no está el perfil del tal Román. ¡Lo ha borrado!

Núñez no respondió. Bien sabía que el hecho de que el supuesto "novio" hubiese retirado el perfil sólo podía significar una cosa. Apartó las manos del respaldo de la silla de Alberto, dio media vuelta y se dirigió a su propio despacho, un reducto de poco más de seis metros cuadrados cuya puerta siempre permanecía abierta, en parte para enterarse de lo que ocurría fuera, en parte para los policías pudieran exponer problemas, proponer soluciones, solicitar información o, simplemente, hablar con él sin verse obligados a traspasar la barrera psicológica que supone una puerta permanentemente cerrada.

— ¿Qué nombre tenía ese chico en Tuenti? Román qué más. — preguntó pasados cinco minutos.

— Román Domínguez.

Aunque la pregunta no iba dirigida a ella, Marta se giró, le miró y le respondió. Núñez bajó la cabeza y anotó el nombre en un papel; no tanto porque se le fuera a olvidar, sino más bien para sortear la mirada directa de Marta. Aquella mujer le descentraba de sus obligaciones y le causaba más impresión de la que era conveniente mezclar con asuntos laborales. Y él sabía muy bien el motivo: resucitaba el recuerdo de aquella administrativa que mucho tiempo atrás había trabajado en la Brigada, cuando él aún no se había desprendido de su juventud y alimentaba la ilusión de formar una familia. Por ella estuvo colado durante al menos cinco años que le parecieron una eternidad. Y un tormento.

Obsesionado sin remedio, cada día buscaba mil y una excusas para acceder a la oficina de Secretaría, donde la contemplaba durante unos minutos en los que ella se ceñia a continuar con su trabajo, completamente ajena al maremoto que había levantado en su corazón. Él se limitaba a quererla en silencio, a anhelar su presencia y a mendigar su atención; y todo ello con la máxima discreción posible. Se llamaba Victoria y se marchó a Madrid dos años después de romperle el alma en mil pedazos.

Aunque jamás volvió a verla, conservaba de ella una cicatriz en el corazón y una instantánea tomada el día 2 de octubre de 1989, día de los Santos Ángeles Custodios, Patrón de la Policía. Él estaba allí, a su lado en la comida que había celebrado la Brigada, como por casualidad, con la mano extendida sobre el hombro de Victoria y el corazón encogido. Guardaba la fotografía en su taquilla, bajo una caja de zapatos. Jamás la volvió a mirar; por miedo en principio, por olvido después.

Pero, examinadas a detalle, el parecido entre ambas no era tan grande como para evocar el recuerdo; en realidad sólo sus cabellos concordaban en color, forma y textura. En el resto eran tan contrapuestas como la noche y el día. Marta, moderna y desenfadada; Victoria, tímida y de movimientos indecisos.

La cadena de recuerdos se sesgó nada más entrar Alberto con los folios que contenían la declaración impresa. Pretendía que el Jefe le echara un vistazo antes de que la testigo y su madre la firmaran. Núñez se armó de gafas y puso manos a la obra. No le gustaba corregir a sus subordinados, a no ser que faltase o sobrase algo realmente importante. Sabía que eran buenos profesionales y que el hecho de subsanar sus pequeños defectos en poco mejoraría la calidad del escrito, y en mucho acrecentaría sentimientos de inseguridad e indecisión en ellos. Pese a que Alberto había asegurado que el Jefe leería y releería la declaración, esa no era su forma de proceder. Alberto exageraba.

— ¡Está perfecta! Creo que el tal Román Domínguez sabe lo que hace, no es ningún tonto. No nos ha dejado ni un teléfono móvil de donde tirar. Además, quitó el perfil de Tuenti y te apuesto lo que quieras a que se conectaba desde un ciber.

— Estoy casi seguro, Jefe. Es evidente que sabe lo que hay que hacer y cómo hacerlo. ¿Qué dijo el Juez?

— Esta tarde volveré a hablar con él. Quiere la declaración de la chica para decidir, pero en principio se mostró reticente a otorgar el Mandamiento. Ya sabes que no les gusta nada entrometerse en la intimidad de las personas, pero creo que en este caso no le va a quedar más remedio. Nerea estaba convencida de que chateaba con un chico de quince años; pero este, por lo que dice la amiga, ha cumplido los quince por lo menos dos veces.

— Yo creo que incluso tres veces, Jefe.

— ¿Han participado las novedades a los padres de Nerea? — preguntó, señalando a Marta.

— No, la señora dijo que hablaría con ellos nada más salir de aquí, pero yo creo que lo está retrasando porque tiene miedo. Su hija zorreó durante días y ahora no saben cómo decírselo.

A punto estuvo Núñez de ofrecerse para acompañarla a casa de los Iglesias. Y quizá lo hubiera hecho de no ser porque se impuso la cordura para hacerle comprender que, por varias razones, no podía ni debía hacerse ilusiones con respecto a aquella mujer: porque, aunque indirectamente, estaba implicada en el caso; porque, seguramente, estaría felizmente casada y porque, aunque no lo estuviera, era demasiado para él, que se consideraba el menos atractivo de los hombres y se sabía demasiado delgado, demasiado viejo y demasiado feo como para que una mujer como Marta depositara su interés en él.

— Particípale que seremos nosotros los encargados de trasladar las nuevas a los padres de la desaparecida. De hecho, iremos ahora mismo, antes de pasarme por el Juzgado con la declaración.

Observó desde su sillón cómo Alberto retransmitía sus palabras, cómo les tendía la declaración para que la repasasen antes de firmarla, cómo ellas la leían al tiempo (Marta con sumo interés, su hija con pereza), cómo la firmaban y cómo finalmente se levantaban para marcharse. Con deleite contempló a Marta mientras se vestía el abrigo rojo, lo ceñía al talle con el

cinturón, apartaba el pelo con un coqueto meneo de cabeza y se despedía de Alberto con un apretón de manos y una sonrisa que desarmaría a cualquiera.

— ¡La tía está de muerte! Como para comerla sin acompañamiento ni nada.

Alberto se confesó pasado un tiempo prudencial, cuando estuvo seguro de que las dos mujeres habían abandonado la planta. Núñez, que no gustaba de participar en ese tipo de comentarios, se hizo el desinteresado y continuó leyendo en la Ley de Enjuiciamiento Criminal el artículo que definía el secreto de las comunicaciones.

— ¡Y está divorciada! ¡Lástima que yo no esté libre también!

Su interés en el tema se activó de repente. Miró a Alberto.

— ¿Cómo sabes que está divorciada?

— Soy perro viejo, jefe. Le pregunté si habría algún inconveniente en que, de ser necesario, se le tomase nueva declaración a su hija, caso de que se nos haya olvidado preguntarle algo o caso de que Alba recuerde algo que no nos haya contado…

— ¿Y?

Alberto hizo una pausa. Miró a Juanjo y ambos rieron. El interés del jefe engordaba con el suspense.

— Me contestó que el único problema era que ella trabajaba y no tenía quien acompañase a su hija. Entonces yo le dije que podría acompañarla el padre, que daba lo mismo el padre que la madre. Ella me contestó que eso no era posible porque están divorciados y el padre vive lejos.

Juanjo rió la ocurrencia. Núñez, en principio, se alegró con la noticia; después recuperó enseguida tanto la seriedad como el sentido de la responsabilidad.

— Esa mujer es la madre de una testigo y nosotros somos los investigadores de este caso. Nada de relaciones personales, independientemente de que estés casado o no.

— De acuerdo Jefe, era sólo por saber. ¡La información es poder!

— Ahora quiero que confecciones el Oficio solicitando Mandamiento Judicial para Tuenti. Se lo entregaré al Juez junto con la declaración.

— ¿Y qué pedimos concretamente, Jefe?

La pregunta no estaba de más dado que era la primera vez que tropezaban con Internet durante la investigación de un caso. Aunque el ciberespacio estaba a la orden del día en las desapariciones relacionadas con menores, generalmente las investigaba el Servicio de Atención a la Familia; salvo casos que, desde un principio, se presentaban como inquietantes porque se daba alguna de las variables necesarias para que fuesen catalogados como tales. Estas variables no estaban escritas en código alguno, simplemente era el olfato policial el que desde un principio calificaba la desaparición de una u otra manera. Para Núñez aquella había adquirido tintes de inquietante casi desde el principio.

Como buen profesional, meticuloso y perfeccionista, a Núñez le gustaba estar al tanto de todo lo que se cocía en la Comisaría; para ello se empapaba cada mañana del Parte de Ocurrencias y de los Atestados remitidos al Juzgado, fueran o no de su Grupo; cada semana de la Orden General de la Policía; y cada vez que salían, de las nuevas leyes que veían la luz de tanto en cuando. Esa labor rutinaria, que muchos consideraban maníaca, le había servido para salir del paso en múltiples ocasiones.

— Hay que solicitar los datos del perfil de Román Domínguez, esto es: dirección de correo electrónico con la que se registró en Tuenti; dirección IP, fecha y hora en la que se registró, datos de posteriores conexiones, direcciones IPs que le fueron asignadas cada vez que se conectó y, si puede ser, contenido de todas las comunicaciones efectuadas desde ese perfil.

— ¡Cómo controla nuestro Jefe en cuestión delitos telemáticos! ¡Sí señor!

Alberto hablaba entre la mofa y la admiración. Núñez, como solía, pasó el comentario por alto para concentrarse en preparar las razones que debía exponer al Juez para “convencerle” de lo fundamental y perentorio que resultaba ese Mandamiento para la localización de Nerea Iglesias, y también de que era importante que lo concediese lo antes posible. Cada minuto contaba, no digamos cada hora o cada día.

— Y no demores, que tenemos que pasar por casa de los Iglesias.

Alberto practicó una divertida reverencia que a punto estuvo de arrancar la risa del Jefe. Su abultada barriga y el nada desdeñable volumen del resto de su fisonomía aportaban un aire cómico a sus ágiles movimientos.

OceanofPDF.com

XV

A las siete de la tarde Rosa y Fran continuaban acostados. Solían recluirse en su habitación porque la tristeza había conquistado el resto de la casa, haciéndose fuerte en cada rincón a base de tomar como estandarte los múltiples recuerdos que Nerea había ido dejando aquí y allá. La habitación de matrimonio era su refugio: no había rastro de ella en aquel espacio. El resto de la casa estaba tomada. En el cuarto de baño permanecían su cepillo de dientes, la colonia Nenuco que siguió usando una vez rebasada la niñez, su peine y dos diademas. En la cocina, la silla que solía ocupar se encargaba de recordar su ausencia. Estaba presente en el salón a través de un cuadro enmarcando un retrato de su Primera Comunión y de varias fotografías más pequeñas, también encuadradas, que daban fe de que aquella familia había ido a la playa a Gijón, había visitado Cangas de Onís y también Covadonga, su gruta de la Santina y sus lagos. En aquellas instantáneas los tres sonreían desde el pasado, unidos en un abrazo que seguramente había durado sólo un instante pero que, no obstante, dejaba constancia de que tenían la felicidad al alcance de su mano y de que si no la tomaban era por pura pereza.

— En esas fotos sonreíamos y nos abrazábamos para hacer ver que estábamos bien, pero seguro que el resto del día lo pasábamos discutiendo porque uno quería visitar esto, el otro lo otro y el tercero lo de más allá. Estoy segura de que terminábamos enfadados los unos con los otros y jurando que jamás volveríamos a salir de casa juntos. Y también estoy segura de que a final de mes lo hemos lamentado cuando se notó la falta del dinero.

Rosa hablaba en voz baja. Fran la miró, desconcertado.

— ¿Qué fotos? ¿Qué día?

— Estoy hablando de las fotos que tenemos en el salón.

— Ah.

Suena el timbre de la puerta. Ambos se sobresaltan. Fran se incorpora. Se miran a los ojos. Ambos ven miedo y esperanza en cara del otro: los ojos

abiertos, el rostro tenso, la respiración contenida. Fran salta de la cama y tapa su desnudez con una bata raída que Rosa le ha regalado años atrás, con ocasión de un ingreso hospitalario para una operación de apendicitis. Sale a abrir la puerta. Seguramente será Aurora, su suegra. Había manifestado intención de pasarse por allí para dejarles algo de comida casera y así evitar que continuasen durante más días a base de cafés e infusiones.

Detrás de la puerta, la inconfundible silueta del Inspector Núñez emergía entre la penumbra del pasillo. Fran casi se muere del susto. No es que fuera del todo anormal tener un policía llamando a la puerta de su casa, dadas las circunstancias; pero ya habían estado allí, les habían interrogado y ellos les habían hecho partícipes de cuanta información disponían, entonces no les quedaba nada por hacer allí, salvo…. < ¡No! ¡No puede ser!> gritaba en silencio, con el ojo pegado a la mirilla y la mano temblando ante la manilla de la puerta.

El timbre volvió a sonar por quinta o sexta vez y él continuaba en la misma posición, sin atreverse a abrir.

— Soy el Inspector Núñez y me acompaña el policía Alberto Díaz.

Núñez había escuchado pasos detrás de la puerta, había visto el parpadeo de la mirilla y sabía que había alguien observándoles. A Fran le temblaba el brazo, y el cuerpo entero, mientras apoyaba la mano en el tirador. Finalmente despegó la puerta unos centímetros, los suficientes para asomar un ojo y la nariz.

— Buenas tardes, señor Iglesias. Hay avances en la investigación y quisiéramos, si es tan amable de permitirlo, entrar para echar un vistazo al ordenador que suele utilizar su hija. — expuso Núñez ante el rostro aterrorizado que tenía enfrente.

Fran abrió la puerta y se hizo a un lado, invitándoles a pasar con un gesto de mano. A modo de bufido soltó el aire retenido en sus pulmones cuando le quedó claro que no portaban malas noticias, por lo menos no peores de las que ya se conocían. Hasta se atrevió a esbozar una breve sonrisa que, a modo de mueca, transmitía el sentimiento de esperanza recuperado.

— Alba Ferrero estuvo declarando esta tarde en Comisaría porque dispone información sobre la persona con la que puede estar su hija.

Y a Fran, de repente, se le cruzaron los cables. Era hombre tranquilo en casi todas las circunstancias, pero disponía de una pequeña parcela, un terreno vedado que estaban invadiendo de lleno.

— ¿La persona con quien puede estar mi hija? ¿Y quien es? Que yo sepa, ella es su única amiga, y además… ¿por qué ha callado hasta ahora? ¡La estamos buscando desde la tarde del viernes y viene ahora a contar que sabe con quien puede estar!

— Vamos a ver, señor Iglesias, Alba es una adolescente, al igual que su hija, y por su cabeza han desfilado todo tipo de hipótesis desde la desaparición. Quizá no quisiera traicionar a su única amiga…

— ¡Que no quería traicionar a su única amiga! ¿Esa niña sabe acaso el peligro que puede estar corriendo mi hija? ¡Y aún por encima oculta información de máximo interés! Según usted, claro, porque no debe ser muy valiosa cuando están ustedes perdiendo el tiempo aquí, en mi casa, y no en la calle buscando a Nerea. Porque es evidente, señor Inspector, que aquí no está mi hija.

Fran apretaba los puños para contenerse y dejaba escapar toda la rabia por la boca, elevando la voz y soltando fuertes bufidos.

— Tranquilícese, señor Iglesias, todos sabemos que están pasando por momentos muy duros, pero si estamos aquí es porque creemos que es aquí donde podemos encontrar la información más valiosa para averiguar el paradero de su hija. Verá, permítame que le explique…

— ¿Explicar qué? ¿Qué información puede haber aquí ni que ocho cuartos? Ya estuvieron aquí, ya les dijimos cuanto sabíamos, ya inspeccionaron su cuarto milímetro a milímetro… ¿qué más quieren?

— Déjales hacer, Fran, te lo pido por favor. Si hay algo que pueda ayudarnos, que lo hagan cuanto antes. No les entretengas ni un segundo más.

La voz ronca de Rosa hablaba desde la habitación. Seguía acostada en la cama, pero Fran había dejado la puerta entornada y ella escuchaba toda la

conversación.

Fran calibró opciones durante unos segundos. Negarse traería consecuencias, aceptar le ponía los nervios al límite. ¿Qué hacían allí cuando deberían estar en la calle buscando a Nerea? Finalmente aceptó.

— Está bien. Quieren ver el ordenador que usaba Nerea ¿no es así? Pues lo usaba ella sola porque ni mi mujer ni yo sabemos encenderlo tan siquiera.

Fran mascaba esas palabras a la par que se encaminaba pasillo adelante hasta llegar a la segunda puerta, que abrió con aires de mayordomo y sólo le faltó hacer la reverencia en plan mofa. Núñez sabía, y se alegró de que no fuera por experiencia propia, cuán amargos eran los momentos que atravesaba el matrimonio e hizo caso omiso de los gritos y ademanes de burla. No obstante, no entraron, a la espera de ser invitados de manera más formal.

— ¿No quiere saber lo que declaró Alba? ¿No desea conocer el motivo por el cual estamos aquí?

Alberto preguntaba arrastrando las sílabas, medio sonriendo, con tono desdeñoso. Núñez le dirigió una mirada tan severa que cortaba el aire.

— Lo más seguro es que esa niña haya soñado algo y ahora no sepa discernir la realidad de la fantasía. Nosotros conocemos muy bien el círculo en el que se mueve nuestra hija, que no es círculo ni nada porque siempre está aquí, en casa, o en casa de esa amiga. ¡No hay más! Nerea no sale con chico alguno, ni ahora ni antes, nunca tuvo novio, por lo tanto creo que deberían plantearse si merece credibilidad la declaración de esa niña.

— Señor Iglesias, la amiga de su hija nos ha puesto de manifiesto que Nerea chateaba con una persona que decía llamarse Román Domínguez, tener dieciséis años y vivir en Madrid. Además, si recuerda nuestra conversación telefónica de la mañana y según manifestaciones de dos compañeros de Nerea, ella se subió voluntariamente a un coche, un Audi A6, conducido por un hombre.

A Fran le hervía la sangre. ¿Cómo era posible que la gente fantaseara tanto cuando acontecen desgracias? Ante hechos dramáticos, todo el mundo

ve, oye y extrae conclusiones falsas.

— ¡Eso es imposible! Nerea no conoce a nadie que tenga un Audi A6 y sólo usa el ordenador para hacer trabajos de clase y, muy de vez en cuando, el Tuenti para hablar con Alba. Pero no chatea con nadie más, es imposible, no habla con nadie más, con nadie más…

Repetía la frase una y otra vez, con la mirada fija en el suelo. El tono cada vez más suave, más quedo. Su voz se fue apagando como una vela hasta hacerse ininteligible para luego extinguirse definitivamente.

Núñez y Alberto callaban, por respeto, por lástima, mientras se peguntaban cuántos padres habría como aquel, subidos al tren del ajetreo diario con billete de pasillo mientras la vida pasa ante sus narices por la ventanilla sin que ellos se percaten. Aquél era un caso típico: padres trabajando de sol a sol para costear hipoteca y todo lo demás, hija única porque el sueldo no da para tener dos y un ordenador que suple carencias de padres y hermanos.

— De todas formas, eso fue lo que declaró Alba que, por supuesto, no tiene por qué ser totalmente fiel a la verdad. Es más, dadas las circunstancias, sería completamente normal que fuera fruto de su imaginación: por estrés, por miedo o por lo que sea. La mente a veces juega malas pasadas. Pero tenemos los otros testigos que la vieron subirse a un Audi A6, como ya se le comentó, y el perfil de la persona que conducía ese coche puede corresponder con el que se hacía pasar por Román y chateaba con su hija. De hecho, según Alba, Nerea consideraba que ella y Román eran novios.

— ¡Eso es imposible! ¡Completamente imposible! Mi hija es muy ingenua en lo que a chicos se refiere. ¡Por Dios! ¡Si jugó con muñecas hasta hace nada! De hecho creo que todavía juega cuando no la vemos. ¡Qué sabe Nerea de chicos! Para ella lo único importante son los estudios. ¡Si ni siquiera va a la discoteca! Va al cine con Alba una vez al mes, y eso es todo.

Fran sujetaba fuertemente la cabeza con ambas manos para que no estallara con tantas sospechas que, aunque él mismo les ponía diques negándolas rotundamente tan pronto asomaban, a fuerza de perseverancia habían conseguido abrir una brecha de posibilidades y de incertidumbres en

su mente. Con paciencia, Núñez y Alberto esperaban ante la puerta de la habitación. Rosa continuaba acostada y de vez en cuando daba señales de vida a través de algún lamento que se le escapaba.

— Señor Iglesias, ¿sería tan amable de mostrarnos el ordenador que suele usar Nerea?

A punto había estado Núñez de decir “solía usar”. Sin saber bien el motivo, empezaba a referirse a Nerea en pasado.

A Fran las sospechas le habían afeitado la furia y franqueó lentamente la puerta de la habitación de su hija, carcomido de inquietud.

— Entren, entren ustedes mismos, están a la puerta de su habitación. El ordenador está encima del pupitre y sus compañeros ya lo han visto en otra ocasión. — sugirió con palabras huecas, apenas inteligibles.

— Acompáñenos usted, señor Iglesias. Debe consentir y estar presente. — requirió Núñez.

— Está bien, está bien… Que consiento ya lo saben, pero ya les dije que no entiendo ni papa de ordenadores…

— No es necesario que entienda, sólo que esté presente, que dé su consentimiento y que encienda el ordenador. Entienda que, tal como le acabo de explicar, creemos que Nerea estuvo chateando con un chico, o no tan chico, a través de Tuenti y, si tuviéramos la suerte de que haya programado el ordenador para que recuerde la clave y contraseña, llegar hasta él nos resultaría mucho más sencillo y rápido. — aclaró Núñez.

Fran inspeccionó el ordenador por los cuatro costados antes de decidirse a pulsar aquel pequeño botón que Alberto le estaba indicando con relativa discreción. Siempre había sido un negado para la tecnología y no entendía más máquina que la hormigonera, y eso si era de las antiguas. Algunos de sus compañeros andaban con eso del Facebook, pero a él esas cosas le parecían una pérdida de tiempo. “Donde esté el contacto cara a cara que se quite el hablar con una caja tonta” solía replicar para así justificar debidamente su nulo interés por las nuevas tecnologías.

En el escritorio tan solo aparecieron tres iconos y Núñez se mostró especialmente interesado en el de “mis documentos”. Sin solicitar permiso

tomó asiento en la silla de Nerea y empezó a revisarlos uno por uno. Trabajos a medio terminar, apuntes e instantáneas sacadas con el móvil era cuanto allí había.

— ¿Sabe la dirección de correo electrónico de su hija? — preguntó Alberto, con la intención de intentar acceder al perfil de Nerea en Tuenti.

— No tiene.

— Para registrarse en Tuenti es necesario aportar una dirección de correo electrónico, por eso estamos seguros de que su hija la tiene. Y le estoy preguntando por si, además del correo, conoce usted la contraseña de acceso. Así intentaríamos ver lo que hay en su perfil. Muchos padres fisgonean en los ordenadores de sus hijos y llegan a descubrirlas…

Fran se quedó pasmado. Ignoraba que su hija tuviera dirección de correo electrónico, que chateara con desconocidos y que se hubiera hecho mayor sin su permiso. Se preguntó qué más no sabía o, más bien, qué sabía en realidad de ella, aparte de que le gustaba desayunar leche templada con cereales de chocolate y cenar un bocadillo de fiambre entremezclado con pimientos de piquillo.

— No tengo ni idea, ni siquiera tenía conocimiento de que tuviera correo electrónico. — respondió a Alberto y a sí mismo.

— ¿Se lo dejo apagado? — preguntó Núñez, aún sentado en la silla de Nerea, desistiendo de entrar en Tuenti por falta de datos para el acceso.

— Ah, si, si, por supuesto.

Fran parecía vagar por otro planeta; enfocaba su mirada hacia el pupitre pero no lo veía, respondía pero ignoraba lo que le habían preguntado. Segundos antes su mente había abandonado aquella habitación para regresar a tiempos pasados, concretamente al día que compraron aquel ordenador. Fue en el centro comercial Parque Principado, junto con una planta ficus enorme de la que Rosa se encaprichó en el último momento y que costó la friolera de cincuenta euros. Pese a las vacas flacas, o quizá por eso mismo, y dado que el ordenador era para Nerea, Rosa se puso celosa y quiso tener también su propio obsequio.

El punto cómico llegaría cuando, tras colocar el ordenador en el maletero, cayeron en la cuenta de que la planta no cabía allí y tampoco se podía entornar, so pena de verter toda la tierra del tiesto en el interior del coche. Después de darle mil vueltas sin hallar solución, decidieron que la colosal planta acompañaría a Rosa en el asiento delantero. Durante el trayecto, Nerea reía sin parar ante el espectáculo de su madre envuelta por aquel matorral. En los semáforos, los pasajeros de otros vehículos les miraban, divertidos, al ver la cabeza de Rosa asomar entre ramas y hojas. Y Rosa, fiel a su rancio sentido del humor, echaba mil pestes por aquella boca suya mientras Nerea y Fran sumaban sus risas a las de los demás.

— Señor Iglesias, no pudimos acceder a la cuenta de su hija en Tuenti porque no tenemos ni la dirección de correo ni la contraseña. Por ese motivo nos vemos obligados a solicitar Mandamiento judicial para que nos aporten la información que necesitamos. También quiero significarle que, dado que el Juez aún no ha decretado el secreto del sumario, mañana saldrá una nota de prensa informando sobre la desaparición de su hija. Aparecerá la fotografía que usted nos facilitó. — explicó Núñez, nada convencido de que Fran le estuviese atendiendo porque le miraba con una estúpida sonrisa que no venía a cuento — ¿Me está escuchando?

— ¡Si, si, por supuesto! Que saldrá en la prensa. Eso dijo usted ¿verdad?

— Verdad. Y creo que eso es bueno. Cuantas más personas tengan conocimiento de su desaparición y vean su fotografía, más posibilidades tendremos de encontrarla. Claro que todo tiene su lado negativo, pues recibiremos cientos de llamadas asegurando que está aquí o allá y nos veremos obligados a comprobar su veracidad, lo que entorpecerá bastante la investigación; pero no hay otra manera de hacerlo.

Fran asentía con la cabeza pero no atendía a explicaciones. Los recuerdos habían conquistado su pensamiento y le carcomían por dentro, en silencio y a gritos.

— Está bien, está bien.

— Nosotros nos marchamos, pero no dude en llamarnos si surge alguna novedad. Creo que le he facilitado el número de teléfono del Grupo

¿verdad?

— Sí, sí, lo tengo apuntado en el móvil.

Núñez y Alberto enfilaron el corto pasillo y salieron de allí consternados. Aquel hombre era una caricatura del que habían visto hacía tan sólo dos días. Una caricatura que, como todas, escondía las virtudes y ensalzaba los defectos. Les parecía casi imposible que una persona se pudiera demacrar tanto en poco más de cuarenta y ocho horas. Además, su incongruente comportamiento daba paso a dudas sobre su estado mental. Les había recibido en plan crítico, casi enfadado, plantando cara; después se había quedado callado, anormalmente sosegado, ensimismado, en un estado que si no era la felicidad pura se asemejaba mucho. Núñez resopló y meneó la cabeza.

— Lo escuché todo y no me lo puedo creer. Estoy dándole vueltas y más vueltas pero no encuentro el error. Tiene que haber algún error porque sino… ¿qué hemos hecho mal?

Quieta, con las manos cayendo a ambos lados del cuerpo, en medio de la penumbra del pasillo, Rosa parecía un espectro. Fran la observó. ¿Qué era lo que le proporcionaba aquel aire de ultratumba? ¿Sería la bata que la tapaba hasta los pies? ¿El pelo enmarañado, sucio y canoso? ¿Su expresión triste, sombría y fugada del mundo? No, no era nada de eso. ¡Era la mirada! La culpable era aquella mirada que él conocía bien. La había visto cientos de veces en otros rostros cuando, siendo adolescente, acompañaba a su padre al manicomio para visitar a un pariente allí recluido. Era una mirada que, sin expresar nada lo decía todo; capaz de revelar a las claras cómo a esas personas las habían vaciado por dentro, extrayéndoles la esencia.

— Yo también creo que se trata de un error. De momento quiero pensar que es así. — murmuró, sobrecogido ante la imagen de su mujer, asustado por la correspondencia con los recuerdos del psiquiátrico.

— ¿Qué hemos hecho mal, Fran?

— Nada en absoluto. Nos hemos limitado a vivir como hace todo el mundo. Lo que ocurre es que esta maldita vida miserable nos tiene atados. Nos impusieron esta sociedad consumista y no sabemos dejarla, o mejor, cuando nos dimos cuenta ya estábamos subidos al tren del consumo y ese tren no tiene estaciones donde apearse; todo lo contrario, una vez te subes quieres más y más. Más viaje y más rápido, por favor.

Mientras improvisaba una respuesta capaz de tranquilizar a Rosa, Fran se preguntaba si habrían sido las cartas que les había servido la vida, o si habría sido el modo en que las habían jugado.

Sin embargo, el puñado de expresiones bastó para que Rosa reconociera la razón en boca de su marido. Seguidamente, por asociación, recordó que Aurora, su madre, jamás había trabajado como asalariada. Era una orgullosa ama de casa que se dedicaba a cuidar de su marido e hijos. No es que quisiera llevar una vida como la que en su día había llevado Aurora; no, no era eso. Ella deseaba tener un trabajo, administrar su propio dinero y no depender de nadie, pero… ¿cómo hacerlo? ¿Cómo casar las obligaciones familiares con las laborales? Imposible.

— Yo creo que si contratásemos un detective privado sería mucho más efectivo porque esa gente cobra y tiene que traer resultados. Sin embargo estos policías reciben igualmente el sueldo a final de mes, trabajen o no.

— ¡No podemos, Fran! ¡No tenemos dinero! Tú sabes que estamos endeudados hasta el cuello y, además, no sabemos lo que ocurrirá con mi trabajo. El encargado no puso buena cara cuando fui a pedirle los días y puede que cuando vuelva me pongan de patitas en la calle. Y la construcción tampoco anda bien. ¡Sólo nos falta que un día de estos te quedes tú en el paro! Entonces tendremos que vivir debajo de un puente y no tener nada jamás, porque en cuanto vean que tenemos algo vendrán a quitárnoslo para que paguemos nuestra deuda con el Banco.

— En eso tienes razón. No sé en qué estaba yo pensando. No podríamos permitirnos contratar a un detective privado ni aunque sólo fuera durante una semana.

El teléfono volvió a sonar. Era Marta.

A punto estuvo Fran de recriminarle el hecho de estar ocultando información que podría resultar trascendental para la localización de Nerea, pero finalmente se reprimió y acabó limitándose a escuchar la interminable letanía: detalle de lo ocurrido desde que Alba y ella salieron de casa, pasando por las dos horas que habían estado declarando y finalizando con el regreso al hogar. Marta tenía labia de feriante y Fran asentía de vez en cuando, soltando un “si” que alternaba con algún “quizá”, “tal vez” o “puede”. No tenía ganas de cháchara. La sorpresa que le habían dado los policías momentos antes le había dejado desarmado. Ahora había que estar preparado para todo. Como un castillo de naipes se había ido desmoronando la convicción de que su hija llevaba una vida tranquila, apacible y alejada de líos. Ahora, Nerea se había convertido en una completa desconocida y su vida una incógnita que se iría desvelando poco a poco entre la localizaban y no.

El martes día uno de diciembre también amaneció soleado y frío. Olía a invierno y la Navidad comenzaba a tomar las calles. Los escaparates se vestían de rojo y dorado; en calles, escaparates y ventanas centelleaban las luces y a la gente se le iba ablandando el corazón, poco a poco. Sin embargo, el Instituto de la Corredoria era una isla en medio del mar navideño: el árbol y los adornos que otros años presidían la entrada seguían guardados en un cuartucho anexo al gimnasio en tanto no regresara la alumna y compañera, ausente desde hacía cinco días.

Los compañeros del Instituto y profesores, con permiso de los padres de la desaparecida, imprimieron más de mil folios con la fotografía de Nerea, sus características físicas y las prendas que vestía en el momento de la desaparición, sin olvidar mencionar que la última vez que había sido vista hablaba con un individuo de unos cincuenta años de edad, con gafas, entradas en el pelo, complexión fuerte, estatura mediana y que vestía un pantalón vaquero, jersey color vino y conducía un Audi A6 de color negro del que se ignoraba la matrícula. Durante toda la mañana de ese martes, divididos en grupos de tres, empapelaron la ciudad sin que quedase farola,

cristalera de escaparate, portal ni contenedor de basura que no tuviera su folleto adosado.

Cuando Fran salió a comprar el pan, a eso de las tres de la tarde, se encontró con que la puerta de la panadería, ya cerrada al público, exhibía uno de aquellos panfletos. En la cabecera de la hoja, en letras negras muy grandes: “tu familia y amigos te buscan”.

Los recuerdos lo asaltaron de nuevo mientras observaba la fotografía cuyo destino original había sido la matrícula del Instituto. Él mismo había acompañado a Nerea al estudio fotográfico. Era finales de mayo y, aunque ya habían comprado el actual apartamento, aún residían en su antiguo barrio porque Rosa se había empeñado en pintar las paredes con estridentes colores y en lacar las puertas de blanco; así aportarían más luminosidad a la casa, argumentaba.

Matricularse en el Instituto significaba para Nerea cruzar la barrera que separa la infancia de la adolescencia. Iría sola a clase, tendría teléfono móvil, dispondría de llaves propias y podría entrar y salir con más libertad. Pero, al mismo tiempo, parecía sentir tristeza al dejar atrás el piso en el que había crecido y también a sus amigas. Se enfrentaba, en definitiva, a una sucesión de cambios: nuevo barrio, nuevo Instituto y nuevos compañeros. Por eso aquel día estaba nerviosa o, más bien, insoportable. Creía saber más que nadie, como si la adolescencia que estaba entrando en su vida le trajera como regalo la sabiduría y la inteligencia.

— ¡Papá, que no te enteras, que estás en las nubes, tú qué sabrás de esto!

Fue su frase más repetida durante aquella mañana. Primero en el fotógrafo. Que si “póngame aquí”, que si “quiero salir sonriente y no con cara de marmota”, que si “a mi el brillo me favorece”. Disparar aquella foto en tamaño carné terminó convirtiéndose en una auténtica odisea y el fotógrafo acabó perdiendo la paciencia mientras Fran callaba, intuyendo los motivos de tanto nerviosismo y sacando en conclusión que tenían disculpa aunque no remedio.

Momentos después, ya en el Instituto, hizo su entrada triunfal, como una reina en palacio: con el pecho de avanzadilla, el abdomen contraído, el

rostro iluminado con una sonrisa y el constante meneo de cabeza para apartar la melena con sofisticación. Pretendía demostrar que había dejado su infancia en el colegio de Primaria

— ¡Papá, tú déjame hablar a mi, que tú no sabes! — ordenó ante la ventanilla de Secretaría.

Fran obedeció al tiempo que reconocía no estar muy ducho en el manejo de aquel tipo de gestiones. Había estudiado hasta octavo de Educación General Básica, luego se tomó un año sabático con el fin de decidir lo que iba a hacer con su vida y, cuando se percató de que no disponía de demasiadas opciones para escoger, empezó a trabajar como peón de albañil. Un paso que lamentaría demasiado a menudo y que le gustaría remediar matriculándose en la Universidad para mayores de veinticinco años. Incluso una vez se había acercado hasta la UNED pero el temario de primero de Derecho, con su vocabulario retorcido, le metió el miedo en el cuerpo.

Ante la ventanilla de Secretaría, Nerea se quedó muda y alzó los ojos como si quisiera cazar al vuelo las palabras que se le escapaban. Se puso del color de un cirio gastado y comenzó a tartamudear cuando una señora de edad cercana a la jubilación, pelo rubio recogido en un moño, vestida como para ir de boda y adornada como un árbol de Navidad, se acercó para preguntarles qué deseaban. Él, aunque también solía tartamudear cuando se sentía en condiciones de inferioridad, acudió en su rescate.

— Venimos para hacer su matrícula en primero.

Con una mano curtida, que delataba muchas horas de trabajo en la construcción, le tendió los impresos cumplimentados y las fotografías.

Poco más de un año después, recordaba con pena las muchas veces que ambos habían repasado aquella fotografía: Nerea para sacarse defectos, él para mudarlos por virtudes. Pero, ni en lo más remoto se le había ocurrido imaginar que algún día aquella instantánea, destinada a los archivos del Instituto, empapelaría los comercios y farolas de Oviedo. Ni que saldría en los periódicos, como pudo comprobar más tarde cuando entró a comprar La Nueva España para entretenerse mientras esperaba noticias. La foto aparecía en portada, junto al titular: “La policía de Oviedo busca a una

adolescente desaparecida desde hace tres días". En la página seis se ampliaba el reportaje haciendo mención a que los agentes de policía ya habían comprobado que no había usado su teléfono móvil ni efectuado pagos con tarjeta.

<Nerea no tiene ninguna tarjeta, ¿cómo va a hacer pagos?> reflexionó Fran, bastante contrariado. Una tontería de los periodistas, o de los policías, o de ambos a la vez, dictaminó finalmente.

El reportaje continuaba explicando que Nerez I.L., de trece años, estudiante de segundo de la E.S.O. en el Instituto de la Corredoria, nacida y residente en Oviedo, llevaba cinco días desaparecida y que había sido vista por última vez a las quince horas del viernes en la calle Anabel Santiago Sánchez, de la Corredoria, hablando con un individuo de unos cincuenta años de edad, estatura mediana, complexión fuerte, entradas en el pelo y gafas, que vestía pantalón vaquero y jersey color vino, y que juntos habían abandonado el lugar a bordo de un Audi A6 de color negro, del que se ignoraba la matrícula. El reportaje añadía que su familia y amigos (<¿Qué amigos?>, se preguntaba Fran) habían intentado contactar con ella pero su teléfono no daba línea, que la familia había acudido a la Comisaría en varias ocasiones para conocer la marcha de la investigación (<pura mentira>, añadió) y que el padre negó que la joven padeciese alguna enfermedad (<más mentiras>) que la hiciese perder la orientación o la memoria.

Y, para poner el broche al artículo, se transcribía literalmente una frase salida de boca de una profesora de Nerea: "Vamos a seguir esperando. Ella es muy trabajadora porque la vida la hizo ser tremendamente responsable".

< ¿Por qué dirá eso esta señora? "¿Cómo que la vida la hizo ser tremendamente responsable? ¿Qué responsabilidad puede tener una adolescente de trece años? Los periódicos son pura inventiva, tienen más de cuento que de verdad>

OceanofPDF.com

XVI

Era viernes cuatro de diciembre. Un viento del norte barría las calles dejando helados a los incautos que se habían fiado del aspecto del cielo en el momento de decidirse a dejar el abrigo en casa. Entre ellos el Inspector Núñez que, fiel a sus costumbres, había madrugado y preparado el desayuno que después tomaría de pie, al lado de la ventana de la cocina, mientras contemplaba el cielo rojo y despejado del amanecer que prometía un día como el anterior, cálido para las fechas. Y, engañado por aquella estampa, había salido a la calle con un jersey de lana por todo abrigo.

Con los dientes castañeando llegó al despacho, como siempre el primero. Las luces estaban encendidas en señal de que Carmen, la señora de la limpieza, acababa de pasar por allí. <Mucho no se nota, pero en fin…> pensó, comprobando con la mano la considerable capa de polvo que acumulaban los ordenadores. Núñez, criado en una casa donde dos asistentas patrullaban de mañana por noche a la caza de la mota de polvo, había convivido con la limpieza desde niño y no acababa de acostumbrarse a su ausencia. Pulcro y ordenado, en su casa cada objeto tenía asignado un lugar concreto y una posición dentro de ese lugar, irrefutablemente; y la limpieza era una tarea meticulosa que acaparaba casi todo el día del sábado.

Sólo el periódico encima de la mesa. Le hubiera gustado encontrar algo más: la contestación que estaba esperando de Tuenti. El Juez, a regañadientes y después de pensárselo media docena de veces, la había concedido con carácter urgente. Aquella misma tarde la habían remitido vía fax y no tardaron ni una hora en tener constancia de que ya obraba en poder de la red social. Meneó la cabeza: se habían saltado a la torera lo del carácter urgente. Se dedicaría a echar un vistazo al diario mientras iban llegando los demás. Lo abrió por la última página y fue ojeando los titulares de atrás hacia delante.

“Todavía no hay indicios de delito en la desaparición de Nerea I.L. El Delegado del Gobierno señala que no se puede descartar que la joven, que fue vista por última vez hace una semana, se marchase por su propia voluntad” rezaba el titular de la página cuarenta y seis.

< ¡Somera tontería! ¡Si ni siquiera es mayor de edad! No tiene dinero, ni tarjetas bancarias, ni nada de nada ¿a dónde iba a ir? Además, no puede marcharse por su propia voluntad en tanto no sea mayor de edad> replicó en silencio.

Continuó leyendo: “Ya han transcurrido siete días desde la desaparición y el paradero de la adolescente continúa siendo una incógnita, tanto para sus allegados como para la Policía. El Delegado del Gobierno, en rueda de prensa, manifestó que no se puede descartar que se haya marchado por propia voluntad y que la Policía está trabajando intensamente sobre la base de una desaparición, pero no se puede descartar nada”.

Además se mencionaba el hecho (desconocido por él, y eso que era el encargado de la investigación) de que el Delegado del Gobierno se había puesto en contacto con la familia de Nerea Iglesias para informarles sobre el avance de las investigaciones. “Es humano que las personas cercanas a esta joven teman que su desaparición se produjese de forma violenta, pero a día de hoy no hay datos que nos lleven a pensar que se trata de un hecho delictivo”, declaraba el Delegado. El reportaje añadía que los allegados de Nerea no deseaban que se bajase la guardia. “Hemos pedido al Delegado ayuda por parte de la Guardia Civil y de la Policía para realizar batidas por los montes y otras zonas de Oviedo y los alrededores; ellos tienen más medios que nosotros”.

Resopló largo y fuerte al acabar de leer el artículo. ¿Cómo se les ocurría manifestar que esa desaparición “podía no ser un delito”, tratándose de una menor de edad? Aunque se hubiera marchado de su casa voluntariamente, para sobrevivir necesitaría la ayuda de una persona adulta. ¡Por Dios! ¡Si se había ido con lo puesto! Alguien tendría que proporcionarle comida, ropa y hospedaje; por lo tanto, esa supuesta persona que la sustentaba estaba cometiendo, cuando menos, un delito de inducción al abandono del domicilio familiar.

Hacía cábalas mirando alternativamente el reloj y la calle a través de la ventana. Siempre se veía obligado a aguardar la llegada de los demás para empezar a trabajar. < ¡Y eso que soy el Jefe!> pensó, sonriendo de mala gana. <Pero tampoco hay que pedirles demasiado porque la mayoría de los días hacen más horas de las debidas>, concluyó.

A las ocho y media, sigiloso como el lobo con piel de cordero que era, llegó el Secretario de Policía Judicial y, poco después, el Jefe de la Brigada.

— ¿Alguna novedad? — preguntó Bermejo, el Jefe de la Brigada, haciendo un alto ante la puerta de Núñez.

Venía como siempre: cara de circunstancias, pelo engominado, abrigo tres cuartos azul marino, bufanda a cuadros y la botella de agua para pasar la mañana.

— De momento nada, Jefe. Estamos esperando la respuesta de Tuenti.

El Secretario, cuyo despacho lindaba con el de Núñez y parecía tener paredes de cartón, se apresuró a intervenir.

— Aquí hay una carta de Tuenti dirigida al Grupo de Homicidios. — bramó desde la comodidad de su asiento.

¡El muy zorro había pasado por delante de la puerta hacía unos minutos y no había abierto la boca, ni para saludar! Y esperó a la llegada del Jefe para dejarle en evidencia. Y el Jefe de Brigada, como era de esperar, le estaba lanzando una mirada que decía “no te enteras de nada”.

Abochornado y con Bermejo sentenciándole a muerte, soltó el periódico y se levantó del sillón para recoger la carta que, afortunadamente, había llegado más pronto de lo habitual, señal de que de algo había servido el carácter de “urgentísimo” que el Juzgado había dado al Mandamiento. Se plantó ante el Secretario con cara de malas pulgas y, sin mirarle, arrancó el sobre de encima de la mesa con todo el desdén que fue capaz. Rápidamente regresó a su despacho pero Bermejo ya había levado anclas. Seguramente, dadas las horas que eran, estaría preparando el discurso con el que trataría de vender lo mejor posible sus logros cuando el Comisario le llamara a presencia a eso de las nueve de la mañana.

Sin miramientos, desgarró el sobre y desplegó su contenido sobre la mesa. Allí estaba toda la información solicitada, la que aportaría luz sobre la investigación.

— ¿Qué hay de la respuesta de Tuenti?

Con tanta emoción por abrir el sobre y ver el contenido, no se había percatado de que Bermejo se dirigía otra vez hacia allí.

— Creo que vamos a tener suerte porque siempre se ha conectado desde la misma dirección IP; lo cual quiere decir que, caso de que lo haya hecho desde su propio domicilio, la operadora nos facilitará la dirección exacta. Aunque también existe la posibilidad de que haya usado un ciber, dado que todas las conversaciones tienen lugar en horario de tarde, cuando los ciber permanecen abiertos.

— ¿Se trata de una operadora española?

¡Le había vuelto a pillar en bragas, hablando mal y pronto! El Jefe poseía ese don especial: la sorprendente capacidad de cogerle desprevenido. Y lo conseguía a fuerza de formular la mayor cantidad posible de preguntas, fueran relevantes o no, seguidas, hasta que las respuestas se agotaban. En este caso, había sido a la primera. Núñez miró al suelo y se rascó la oreja.

— Lo desconozco. Acabo de recibir la información y cuanto sé es que la cuenta de correo con la que se dio de alta en Tuenti es de Hotmail. En la información también consta la dirección IP desde la que se conectó a Tuenti y falta comprobar de qué operadora es. No lo he mirado todavía porque estoy esperando a que lleguen Alberto y Juanjo, que son los que investigan este caso, para que localicen la operadora y confeccionen la solicitud de Mandamiento judicial. — contestó, un poco azorado en previsión de lo que se le venía encima

— Bueno, bueno…, pero, como tú sabes, una investigación como esta no se puede dejar en manos de los policías. Tienes que estar tú también al corriente en todo momento. Piensa que se trata de un caso muy mediático. El Delegado del Gobierno le pregunta todos los días al Jefe Superior por este asunto, y está especialmente interesado porque parece ser que la abuela de la desaparecida procede de la misma aldea que los padres del Delegado. Entonces, tienes que estar muy encima de este caso porque no quiero que los fallos salpiquen a toda la Brigada.

Núñez enrojeció. A pesar de ser quien dirigía la investigación, no tenía ni idea de que el Delegado del Gobierno estuviera tan implicado en el caso. Claro que esas luchas se libraban en las cumbres.

— Lo dicho, quiero que estés encima del tema y que no haya fallos.

Bermejo tenía una mirada dura, penetrante, y se la había clavado en el entrecejo. Delgado y de baja estatura, concentraba su fuerza en aquella mirada que jamás dirigía a los ojos de su interlocutor, sino al entrecejo. Desde esa posición, sin pestañear ni apartar la vista de su objetivo, impartía cuantas órdenes considerara oportunas.

— Se hará lo que se pueda.

Bermejo se encaminó hacia su despacho sin decir nada más, con aire seguro, casi chulesco.

Núñez apretó dientes y puños, reventaba con la rabia. Él, que era tan perfeccionista en su trabajo, que dedicaba más horas que nadie, que lo daba todo, le molestaba ser recriminado por una vez de cada cien que cometía algún error. Más teniendo en cuenta que, hasta la fecha, ese error nunca había arrastrado mayores consecuencias. Y más le molestaba aún que no le felicitaran por las otras noventa y nueve que tenía éxito en las investigaciones. Pero así eran los Jefes: no caían en una viga y tropezaban en una paja.

— Buenos días, Jefe. Venía tan distraído que casi me lo llevo por delante, porque lo esquivé a tiempo, que sino… — dijo Alberto, refiriéndose al Jefe de Brigada, a quien en “petit comité” había apodado “el jabalí” porque, según él, enseñaba demasiado los colmillos.

— Estuvo aquí porque acabamos de recibir la información de Tuenti. Aquí está y, por suerte para nosotros, el sospechoso se ha conectado siempre desde la misma dirección IP.

— ¡De puta madre, Jefe!

— ¡Cuidado con ese vocabulario! ¿Dónde está Juanjo?

— Dando vueltas para aparcar. Todos los días le aconsejo que alquile una plaza de garaje por esta zona, pero a él le duele pagar los cien euros que cuesta. También le digo que puede compartirla con algún compañero que tenga turno distinto al suyo. Otra opción es la de comprarse una moto, como hice yo…

Núñez decidió intervenir para invertir el rumbo de la conversación, a sabiendas de que los coches y el tráfico eran los dos temas preferidos de Alberto y que, de proponérselo, podría ocupar toda una mañana, o incluso un día entero, departiendo sobre ambas materias sin dar muestras de cansancio y sin que se le agotase el repertorio.

— En cuanto llegue, os ponéis a buscar la Operadora a la que pertenece esta dirección IP, luego confeccionáis el Oficio solicitando el Mandamiento Judicial para esa Operadora y me lo traéis para firmarlo y llevarlo al Juzgado. Voy a tratar de que Su Señoría lo conceda hoy mismo y de que le dé carácter "urgentísimo", como al de Tuenti. A ver si conseguimos enviarlo lo antes posible.

— Cuando tengamos el Mandamiento, sería conveniente dar un toque al Sistema de Telecomunicaciones para adelantárselo por Fax, así van currando en ello y ganamos tiempo — propuso Alberto — Por cierto, ¿no sabe la que hay liada en los teléfonos?

— No he pasado por allí esta mañana, no tuve tiempo aún.

— Que no paran de entrar llamadas de gente asegurando haber visto a Nerea aquí o allá. ¡Olmo y Santiago están hasta las narices! ¡Y no digamos los de la UPR, que tienen que ir a los lugares para hacer la comprobación!

— De momento no hay nada positivo, de lo contrario nos habrían avisado.

— ¡Claro que no, Jefe! Todas son falsas y hasta hay quien gasta bromas sólo para dar por el culo.

— ¡Ese vocabulario!

— Perdón, jefe…

— Pero… ¿no les dijimos que filtrasen la información?

— ¿Lo del color de pelo?

— ¡Claro! Lo primero que tienen que preguntar es el color de pelo de la chica que aseguran es Nerea. En los folletos repartidos lo tiene negro. Si dicen que negro, la información no es veraz, ya que cambió el color de pelo justo el día antes de desaparecer.

— ¡Muy agudo, jefe, como siempre!

Alberto sonreía de manera que no se sabía muy bien si era halago o burla. Juanjo entraba por la puerta, agitado por el sprint para llegar a tiempo.

— ¡Vosotros dos a lo vuestro! Y cuando hayáis terminado con la solicitud, me la traéis inmediatamente.

— ¡A la orden, Jefe!

Y otra vez aquella sonrisa a media asta, ante la cual uno nunca sabía a qué atenerse. Pero a Núñez eso le importaba más bien poco. Al principio, cuando Alberto llegó al Grupo, tenía la sensación de que se estaba riendo de él constantemente. Y él, que escondía una personalidad tímida bajo la carcasa del mando, se ponía nervioso y se sentía inferior ante aquel subordinado que parecía saberlo todo y reírse de todo. Incluso había llegado a ponerse colorado en más de una ocasión en que Alberto lo había dejado en evidencia ante los demás. Con el tiempo acabó por aceptarlo como era porque, y nadie podía negarlo, era un buen policía; trabajador a veces, pero intuitivo siempre. Y habían sido muchos los casos resueltos gracias a esa intuición suya.

— ¿Cómo se llamaba la página donde se buscan las direcciones IP? Es que, como nunca hacemos nada de esto...

Era Juanjo quien preguntaba, con la timidez del que todavía es nuevo en un sitio.

— Entra en “ripe.net” y te saldrá un recuadro donde anotar la dirección IP, luego pulsas “enter” y te aparecerá el nombre de la operadora, lo imprimes y me lo traes.

Núñez se alegró de haber ido la tarde anterior a preguntar eso mismo a Delitos Informáticos.

— ¡Es de Telefónica, Jefe! ¡La dirección IP es de Telefónica! — vociferó Alberto a los cinco segundos.

— ¡Trae el impreso para adjuntarlo al caso, y confecciona el Oficio solicitando Mandamiento para Telefónica!

Núñez también gritaba, contagiado de la emoción de Alberto. La investigación marchaba sobre ruedas, ya sólo faltaba que Telefónica facilitase el domicilio al que habían asignado dicha IP en las fechas y horas de conexión, caso de que no se tratase de un ciber, claro está. ¡También sería mala suerte!

— ¿Qué pongo en la solicitud de Mandamiento, Jefe?

Alberto volvió a preguntar gritando. Ahora no era por emoción, sino por vagancia: no quería levantar el culo de la silla para acercarse hasta donde Núñez estaba.

Fue el Jefe quien se levantó. No era plan entenderse a base de gritos.

— En el encabezamiento tienes que hacer mención al número de atestado policial y a las Diligencias Previas abiertas en el Juzgado, como siempre. Después expones que, según información facilitada por Tuenti, las direcciones IP desde las que se conectó el perfil de Román Domínguez son las siguientes, y enumeras las IP de conexión. Estás de suerte: sólo hay una. Después, y como estribillo final, mencionas lo de siempre: que para el esclarecimiento de los hechos sería preciso que la Compañía Telefónica aportase nombre, apellidos, número de teléfono y dirección a la que estaba conectada dicha IP en los días y horas siguientes, y ahí transcribes lo que viene en la información de Tuenti, procurando no equivocarte porque, si te equivocas en un día o una hora concreta, esa dirección IP puede estar asignada a otro domicilio, ¿entendido?

— ¡Entendido, Jefe! ¡Es usted un crack! — espetó Alberto, levantando el pulgar.

— Y, enviarlo al número Dos, que es el que lleva el caso.

— A la orden, Jefe.

Núñez regresó a la mesa sonriendo para sus adentros. ¡Manos mal que el jefe de Delitos Informáticos le había impartido clases al respecto!

Se sentó frente al ordenador e introdujo el DVD remitido por Tuenti. Fue directo a la carpeta donde figuraban las conversaciones mantenidas entre Román Domínguez y Nerea Iglesias.

Al poco de comenzar a leer, llegó el primer escalofrío. Aquel individuo había tejido una perfecta tela de araña en torno a Nerea. Procedía con astucia: formulaba la pregunta en el chat, Nerea contestaba y, acto seguido, él manifestaba estar en idénticas circunstancias, induciéndola a creer que eran “almas gemelas”, como él decía. Ni un solo dato de los que figuraban en las conversaciones conducía a su identificación. Aparte de eso, cuanto sabían acerca de él eran las referencias aportadas por los dos compañeros de Nerea, una descripción que podría coincidir con la de cientos de miles de hombres españoles.

Núñez chasqueó los dedos, resopló. Quizá toda aquella información no condujera a nada. Para colmo, el caso estaba politizado. El Delegado del Gobierno presionaba al Jefe Superior, el Jefe Superior al Comisario, el Comisario al Jefe de la Brigada y el Jefe de la Brigada le presionaba a él. Una cascada de presiones que caía enteramente sobre su cabeza, hasta el punto de que la noche anterior había dormido tres horas escasas.

Regresó a la información enviada por Tuenti. Se sorprendió al reparar en que sólo había chateado con Nerea, con nadie más. ¡Qué extraño! Normalmente, este tipo de individuos suelen entablar conversación con varias chicas. Aún así, se trataba de un pederasta sin ningún lugar a dudas y había elegido Tuenti a sabiendas de que era la red social más usada por niños y adolescentes.

Abrió el archivo que contenía la fotografía. Un joven caminaba por una acera desierta, despreocupado, ajeno al disparo de los flashes. Un muro flanqueaba la acera por el lado derecho, a la izquierda una hilera de coches aparcados. ¡Tenía razón Alba! Podría ser la foto de un chico cualquiera. ¡Menudo pájaro! Centró la mirada en los coches. Un Peugeot 308 de color rojo acaparaba el primer plano de la izquierda. La matrícula se leía a la perfección. La anotó. Accedió a la aplicación de vehículos y enseguida apareció en la pantalla el nombre y domicilio del titular. Vivía en Logroño, calle del Portillejo. Llamó a Alberto y a Juanjo. Les hizo señas para que fueran a su despacho.

— ¿Alguna novedad, Jefe?

Enigmático, les mostró la fotografía y los datos del titular del vehículo.

— Si no nos aporta más pistas…

Núñez se explicó.

— ¿Vive en Logroño?

— Al parecer…

— También puede ser que haya vendido el buga y no lo haya transferido. ¿Tiene históricos?

— No tiene.

— También puede ser que el propietario del bólido sea de Logroño, pero que estuviese de paso donde vive el retratista.

Alberto le sacaba de quicio: ponía “peros” a todo.

— Pero la probabilidad mayor es que el propietario del vehículo viva en Logroño y la foto haya sido tomada en esa misma ciudad. — añadió Núñez.

— Si, esa es la probabilidad mayor. — intervino Juanjo.

— Y ahora… ¿qué? — preguntó Alberto.

— De momento nada. ¿Habéis terminado con el Oficio del Mandamiento?

Los dos policías negaron a la par. Estaban desconcertados. El Jefe les había llamado a su despacho para aportarles una información con la que no pensaba hacer nada y que en nada cambiaría el rumbo de la investigación.

— ¡Pues volved a ello! ¡Y cerrad la puerta!

— ¿Cerramos la puerta? — preguntaron a la par, para confirmar. Aquello sí que era inusual: ¡la puerta del Jefe cerrada!

— Si, por una vez, sí.

Núñez se reclinó en el sillón. Cerró los ojos. Antes de dar el siguiente paso, debería consultar con sus jefes inmediatos: estaban ávidos de carnaza. ¿Y que harían tan pronto tuvieran esa información en su poder? Hablarían con la prensa para venderles un poco de humo, como si lo viera. Quizá no se debería filtrar más información a la prensa. Quizá había sido un error

desde el principio. Pero, por otro lado, resultaría imposible mantener la prensa al margen de los hechos. Podría ocurrir que, con tanta información e imagen divulgada, el pederasta decidiera deshacerse de la chica antes de que alguien le viese con ella y la reconociese. Aunque, pensándolo bien, ya era demasiado tarde para tomar precauciones. Gracias a las influencias del Delegado del Gobierno, la foto de Nerea había salido en los periódicos y en los Telediarios de toda España. Si el secuestrador viajaba con ella, ya se habría visto obligado a… En su mente, como una visión, se hizo patente el peor de los presagios. No lo compartiría con nadie más pero desde ese momento, para él, de Nerea Iglesias quedaba solamente un caso para esclarecer. Quizá el último caso de su dilatada e intensa carrera profesional. El final de Nerea, el final de su carrera. ¡Qué miedo daba la palabra "final"! Llegó otro escalofrío. Subió las mangas del jersey para ver el vello de los brazos erizado. Fue como comprobar la derrota. Respiró hondo, huyó el escalofrío.

Pero… ¡aún no se sabía con certeza! ¡Continuaría luchando! No podía tirar ya la toalla, quizá estuviera viva. Desde luego, debería proceder como si estuviera viva y todas sus actuaciones deberían encaminarse a preservar su vida, o por lo menos a no ponerla en peligro más de lo que ya estaba. Si participaba a los jefes sus sospechas de que el asesino era riojano, saldría en los periódicos al día siguiente. El Juez no había decretado el secreto del Sumario, el Delegado del Gobierno podría campar a sus anchas y hablar con cuantos periódicos y canales de televisión le viniera en gana. El secuestrador se pondría sobre aviso, sabría que la policía está en el camino correcto, se desharía de Nerea… Definitivamente, esa información no debería ver la luz.

¿Y su carrera profesional? ¡Se iría al carajo si descubrían que estaba ocultando información! No sólo eso, sino que estaría poniendo en peligro su puesto de trabajo porque, con el caso tan politizado, le expedientarían si descubrían que disponía de datos que no había facilitado. Su carrera profesional era intachable y sabía que no debía arriesgarse a manchar su expediente ahora que tenía la jubilación a la vuelta de la esquina.

Decidió salir a dar una vuelta. El aire fresco del otoño le ayudaría a decidir. Buscó el abrigo en el perchero. < ¡Si no lo he traído!> concluyó,

resignándose a pasar frío.

— Voy a salir. Tengo que hacer un recado urgente. — justificó ante Alberto.

A buen paso, su cuerpo se metió de lleno en cercano parque de San Francisco y su mente en el caso, también de lleno. Escogió una de las sendas peatonales que surcan los noventa mil metros cuadrados de parque. Un lugar ideal para alejarse del ruido, centrarse y pensar. El jersey de lana no conseguía frenar el frío, pero los carbayones, apostados a lo largo de la senda como centinelas, le ofrecieron algo de abrigo. Aminoró el paso al sentirse protegido. La hojarasca danzaba al son del viento. Subió el cuello del jersey, hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Mientras ponderaba el caso, a sus espaldas iban quedando varias fuentes y el quiosco de música. Sin percatarse, compartía espacio con pavos reales, palomas y algunos jubilados ociosos. Uno de ellos le saludó, por cortesía. Correspondió al saludo y siguió caminando. Llegó hasta la fuente de las Ranas, aquella cuyos surtidores externos tienen forma de rana. Con el chapoteo del agua rompiendo un silencio inconcebible en el centro de una ciudad, se quedó embelesado observando cómo los chorros emergían de entre las piedras. Se concentró en el discurrir del agua. El ruido era ensordecedor y relajante al mismo tiempo.

Un tiempo impreciso después, optó por regresar: la decisión ya estaba tomada.

Entró en el despacho frotando las manos, con el frío agarrado a los huesos y agradeciendo el calor que invadía las estancias. Llamó a Alberto y a Juanjo.

— Entrad y cerrad la puerta.

Intuyendo que iban a recibir alguna especie de confidencia, los policías la esperaron de pie, frente a la mesa y con la boca abierta. El Jefe se sentó, se acomodó, les miró. Parecía indeciso. Con su silencio, ellos le alentaban a hablar.

— De cuanto averigüemos, ni “mu” al Jefe de la Brigada y mucho menos al Comisario ¿entendido?

Hablaba en tono confidencial, bajando el volumen de voz como si las paredes tuvieran oídos.

Los policías asintieron, extrañados, esperando hasta ver si a aquella orden le sucedía alguna explicación. Como no venía ninguna, Alberto le preguntó qué debían contestarle al Jefe de Brigada, caso de ser interpelados al respecto.

— Le decís que me lo pregunte a mí, que vosotros no disponéis de esa información y ya está.

Núñez había elevado el volumen y subrayado sus palabras con un gesto despectivo. Parecía malhumorado. Alberto se encogió de hombros y Juanjo miró al suelo. Los dos estaban desconcertados porque la orden había sido clara, pero carente de razonamientos que la explicaran. Salieron del despacho dejando la puerta abierta de nuevo.

Nada más quedarse solo, descolgó rápidamente el teléfono. Pretendía llamar a Logroño pero se percató de que no había buscado el número. Volvió a colgar inmediatamente. Resopló. Algo le oprimía el estómago. Respiró hondo una vez, otra, otra, hasta siete veces. Movió el cuello hacia delante, hacia atrás, a un lado y a otro, varias veces. Mejor ahora. ¿Qué iba a conseguir con aquella llamada? Ya sabía el nombre, apellidos, calle, número, piso y letra donde vivía el dueño del coche que aparecía en la fotografía. ¿Qué información a mayores les podría solicitar a los compañeros de Logroño? Quizá que le preguntasen al propietario de aquel auto dónde lo aparcaba habitualmente, para centrar la zona en la que se movía el sospechoso. Eso podía esperar hasta que Telefónica facilitase información acerca de aquella dirección IP. Apostaría un ojo de la cara a que esa dirección estaba en Logroño y cerca de donde residía el propietario del coche de la fotografía. Decidió que no efectuaría la llamada.

Entró Alberto con un documento en la mano.

— Aquí está la Solicitud de Mandamiento. ¿Cree que nos enviarán los datos antes de Navidad?

Aunque lo decía a modo de burla, la Navidad se acercaba; de hecho ya se hacía notar en las calles, pero el tiempo que restaba era mucho tratándose de una supuesta investigación criminal.

— No tengo ni idea. Las Compañías de teléfonos no aportan datos salvo que medie Mandamiento judicial, ni siquiera en un caso grave como este. Se amparan en la Ley de Protección de Datos y punto en boca.

— Eso lo hacen para lo que les interesa, porque otras veces no comprueban nada. Cualquiera puede dar de alta una línea con una simple llamada telefónica, o lo que es aún peor, a través de Internet y con los datos del vecino o de quien le de la gana porque estoy seguro de que no comprueban nada. Ahí no les interesa ser legalistas pero a la hora de facilitar información, si. Y la gravedad del asunto se la trae al fresco.

— ¡Dios no lo quiera que esto se convierta en una investigación de asesinato!

Núñez se sobresaltó de sólo pensarlo.

— Esto tenía que ser como el CSI, que les basta pulsar una tecla para tener acceso hasta al número que calza el sospechoso. Y no es que sean fantasmadas, no, eso es posible, si no fuera por la maldita Ley de Protección de Datos; que si, está muy bien, quién lo discute, pero no cuando se investigan casos graves, donde la información puntual es de vital importancia.

Cuando quería, Alberto sabía usar el vocabulario, aunque no era lo usual en él.

— Bueno, saca las copias, que hay que preparar esto pronto, de lo contrario se retrasarán por nuestra culpa.

Se había cansado de la retórica de Alberto, que había acudido a su despacho para obtener una simple firma y había terminado soltándole todo un discurso sobre la Ley de Protección de Datos y las compañías telefónicas. Claro que no le faltaba razón. Había pasado una semana desde la desaparición de Nerea y seguían sin saber el nombre, apellidos, domicilio y demás datos de la persona que había estado chateando con ella. Continuaban perdiendo el tiempo en solicitudes de Mandamientos judiciales y quizá caducase otra semana más antes de que esa información llegara a su poder.

<Así no se puede trabajar. O sí, sí se puede trabajar, pero no obtener resultados> pensó, a sabiendas de que era lo que había y de que él estaba solo ante el toro. Los de arriba le apremiaban para que se apresurase a dar el estocazo final porque esperaban llevarse las orejas y el rabo en recompensa. Los de abajo se limitaban a ayudarle a aguantar el capote sin arriesgar demasiado.

OceanofPDF.com

XVII

Rosa y Fran recalaron en casa después de un día agotador que había comenzado como los siete anteriores: asomando por la ventana casi a traición y pillándoles desprevenidos tras una noche en vela y en silencio que habían enfrentado juntos, para hacerse mutua compañía y también para aferrarse a la seguridad de que aquello que aún tenían no les iba a ser arrebatado. Aún les quedaba algo de amor, mucho más del que habían imaginado durante el transcurso de aquellos tiempos que ahora parecían tan lejanos y que sin embargo sólo estaban a una semana de distancia. En aquellos tiempos no existía más preocupación que pagar la hipoteca y llegar a final de mes con al menos un euro en el haber. En aquellos tiempos, el amor cotizaba muy por debajo de la hipoteca en la escala de intereses de ambos. <¡Benditas preocupaciones!> pensaba Fran ahora. En aquellos tiempos, a falta de enemigo común, se tiraban los trastos a la cabeza el uno al otro, y los hacían rebotar también sobre la de Nerea, que los recogía y los iba echando al saco. Un saco demasiado pesado como para cargarlo a la espalda con tan sólo trece años de edad.

Aquella mañana, tras un frugal desayuno tomado de pie, aprisa y corriendo — como si realmente estuvieran convencidos de la utilidad de aquello que iban a hacer — se dirigieron a la Catedral, dispuestos a encabezar la manifestación que saldría a las diez en punto desde la plaza Alfonso II el Casto para recorrer las céntricas calles de Oviedo bajo los lemas: “Va por ti, Nerea” y “Todos somos Nerea”.

Habían agradecido el detalle de los profesores, principales artífices de que aquella concentración se llevara a cabo, pero ambos tenían la corazonada de que no cumpliría los propósitos que la originaban.

— Yo creo que a la persona que secuestró a nuestra hija le importan tres pepinos las pancartas que vamos a pasear por Oviedo. — opinó Rosa, taza de café en mano.

— Y otros tres lo que pidamos en ellas. — contestó Fran, mientras se arreglaba el nudo de la corbata.

Le habían encomendado la lectura del manifiesto, deseaba estar presentable y para ello había exhumado el traje y la corbata con el que se había casado quince años atrás. Frente al espejo, parecía un vendedor de seguros a domicilio, desarmado de sonrisa.

Alcanzaron la plaza de la Catedral un cuarto de hora antes de las diez. Habían aparcado el coche al lado del parque San Francisco y se apresuraron para llegar a tiempo, en la creencia de que, en ese tipo de cosas, imperaba la puntualidad inglesa. No obstante, aminoraron el paso nada más avistar la plaza: allí sólo había una docena de personas, como en un día cualquiera.

— Mira tú cómo son las cosas, no recuerdo haber reparado nunca en esta, y eso que llevo toda la vida viviendo en Oviedo.

Rosa se había situado al lado de la Regenta que, ataviada con traje de época confeccionado al detalle, parecía haber salido a pasear sola por Oviedo, como si nada.

— Pues es la ovetense más conocida; pero es normal que no te hayas fijado, hay tantas estatuas que es difícil reparar en todas.

Pasadas las diez, la plaza comenzó a nutrirse de estudiantes y profesores somnolientos, como si arrastrasen el naufragio de una larga noche. <Puntualidad española> pensó Fran.

A las diez y media, cuando ya no cabía un alma más en la Plaza de la Catedral, el profesor que llevaba la voz cantante ordenó que se fueran colocando. A su lado, una mujer rubia que irradiaba opulencia desplegó una gran pancarta, tomó la mano de Rosa, la acercó hasta el lugar que consideró oportuno y, con gesto amable, le indicó que sujetara la pancarta. Luego hizo lo propio con Fran. Los demás que encabezaban la manifestación parecían saber exactamente qué puesto les correspondía ocupar y procedieron a colocarse ellos solos.

Ya estaban preparados para iniciar la marcha cuando la misma mujer manifestó que era necesario retrasar la salida porque faltaban los profesores de música y francés, y también dos compañeros de Nerea.

— Jesús Domínguez y Rebeca López ya vienen por ahí, son los compañeros de Nerea y no podemos empezar sin ellos con todo lo que están

trabajando para la localización… — explicó la mujer, mirando a Fran.

< Quizá más por afán de protagonismo que por amistad> concluyó Fran, a quien ni sus nombres ni sus caras le sonaban de nada.

Luego vinieron las presentaciones, muestras de condolencia, algún que otro comentario inoportuno y docenas de llamadas a los teléfonos móviles de los principales actores en aquel espectáculo. Se pusieron en marcha pasadas las once de la mañana. Rosa y Fran, junto con el Director del Instituto y cinco profesores, se afanaban en sostener la gran pancarta de doble petición: vuelta a casa de Nerea y más seguridad en las calles.

A paso lento se encaminaron por la calle San Francisco, escoltados por varias docenas de policías uniformados y precedidos por otros tantos que, delante de los asistentes, cortaban el tráfico para cederles el paso. Cruzaron la plaza de Porlier bajo la atenta mirada del hombre de piedra que, ataviado con abrigo y sombrero, aguardaba el paso de la manifestación con la paciencia de los inmortales, apoyado en un baúl y rodeado de una bolsa, una maleta y un paraguas.

— La conozco, pero no recuerdo cómo se llama. Tiene un nombre muy raro. — mencionó Rosa, señalando la estatua.

— Es “El regreso de Williams Arrensberg” — intervino la profesora que se situaba a su derecha — un escritor que era un gran viajero y al que pocas veces se le vio en público y jamás se dejó fotografiar.

A Rosa le sonó a mandarín. Aún así, recogió el derechazo dirigido hacia su ignorancia y se calló.

Fran no atendió al comentario sobre la estatua. Sus oídos se enfocaban hacia lo que se hablaba dos filas más atrás. A punto de alcanzar la calle Uría y, pese a los ensordecedores gritos que coreaban los asistentes, un comentario había solicitado preferencia en su atención.

— ¿Y quien puede haber secuestrado a un bicho tan feo? ¡Como no sea para hacer una peli de terror!”

La chica hablaba en voz muy alta, para hacer se oír, y el comentario arrancó carcajadas a su alrededor. A Fran le entraron ganas de tirar la pancarta al suelo y acabar de una vez por todas con la pantomima que allí se

representaba. Aquellos alumnos, caprichosos y malcriados, nunca habían aceptado a su hija y ahora estaban allí coreando que ellos “también eran Nerea” a la par que proferían comentarios despectivos sobre ella.

— ¡Qué poca educación! Y yo soy igual que ellos porque, sino fuera así, tiraría con esto ahora mismo y me iría a casa.

— ¿Qué dices, Fran?

Rosa, afortunadamente, no había escuchado el burlesco comentario. Fran optó por mantener el tipo y continuar la marcha.

Caminaban por la calle Uría, a paso lento y al son de la cantinela repetitiva “todos somos Nerea”, acompañados de un frío que mordía la piel. Y del sol que, en su empeño en estar presente, se asomaba con timidez entre los nubarrones que amenazaban lluvia más temprano que tarde. Tampoco faltó el viento para, con furia, doblar la pancarta principal hasta hacerla ilegible y sembrar el suelo con las docenas de fotos de Nerea que portaban los estudiantes, a modo de pequeños carteles, para después barrerlas y esparcirlas por las calles adyacentes.

Rosa temblaba de frío y de dolor bajo su abrigo de lana marrón. Con las prisas y los nervios, había olvidado la bufanda y los guantes de piel, regalo de Fran en las primeras Navidades que pasaron juntos, como marido y mujer. Por olvido, generalmente, los guantes jamás salían del armario, desatendiendo los consejos de su médico, que recomendaban abrigar las manos para combatir los sabañones y la incipiente artritis que tanto dolor le causaban; además de obligarle a ocultarlas porque se avergonzaba de aquellas zarpas que se asemejaban a muñones hinchados en color violáceo tirando a negro. Salvo cuando estaba en casa (y en el trabajo, porque las necesitaba) procuraba esconderlas de mil maneras, bien fuera guardándolas en los bolsillos del pantalón, estirando la manga del jersey o chaqueta hacia abajo hasta que las tapaba, apoyándolas en los riñones si hablaba con alguien frente a frente, o como fuera, con tal de no mostrarlas. Y en esa ocasión, bajo la pancarta.

El itinerario preveía bordear el campo San Francisco remontando la calle Conde de Toreno, continuar por la Avenida de Galicia hacia la Plaza de América, bordear la parroquia Corazón de Maria y dirigirse desde allí a

la calle Comandante Caballero para finalizar la manifestación frente al edificio de los Juzgados. Camino que Fran invertía en repasar una y otra vez el papel que, muy a su pesar, le había tocado representar en aquel teatro.

La presencia importaba, por eso había desempolvado el traje, pero también mentalizarse para la lectura del manifiesto con el que rematarían delante de los Juzgados. Temía trabarse, que su voz se apagara y resultase ininteligible, o que los nervios le jugasen una mala pasada y no le permitieran continuar. <Tampoco sería muy grave. Es comprensible, en mis circunstancias…> repetía una y otra vez para imprimirse ánimo.

Más sus temores no paraban ahí. ¿Y si algún Juez o persona importante se acercaba para hablar con él? Temía que así fuera. Solía apocarse ante las personas cultas y con estudios porque se sentía un zoquete a su lado; él, que no sabría rebatir sus argumentos, se limitaría a asentir a lo que le dijesen por miedo a que su léxico resultase inapropiado o, lo que aún sería peor, utilizar un vocabulario demasiado vulgar. Un rosario de temores que le hacían sudar en medio de aquel frío invernal.

Ya frente a los Juzgados y en el momento en el que el Director del Instituto lo consideró oportuno, Fran y sus temores salieron de detrás de la pancarta para situarse al frente de los allí concentrados y comenzar la lectura del manifiesto con el que pedían a las Autoridades que aunaran esfuerzos y trabajasen duro para retornar a Nerea sana y salva al domicilio familiar.

El Director le entregó dos folios escritos a ordenador, con letra grande y en negrita. Fran buscó en los bolsillos de la chaqueta. Reparó en que había olvidado las gafas en casa. Nunca las llevaba encima porque no era usual que tuviera que leer nada. Se puso nervioso. Alargó el brazo y las letras ganaron nitidez. Chasqueó la lengua. Comenzó a leer, con miedo al principio, con soltura después. Al sentirse seguro fue elevando el volumen para que todos pudieran escucharle, más él no prestaba atención a las palabras que estaba diciendo sino al silencio que las envolvía. Todas las voces se habían callado para escucharle y él avanzaba en el escrito con voz firme y clara. Al rematar el último renglón, añadió algo que no estaba escrito:

— Quiero decirle a esa persona que llame a cualquier teléfono y que nos diga, a su madre y a mi, algo que acabe con esta incertidumbre. Mi hija tiene toda la vida por delante y sufrimos la impotencia de no conocer su paradero.

Las palabras escritas por otros no habían dejado huella, las de su cosecha abrieron una brecha en su hasta entonces buen estado de ánimo, forzándole a concluir el comunicado entre sollozos, tartamudeos y el respeto y la comprensión de cuantos allí se concentraban.

En primera fila y deseando que todo acabase pronto para volver a refugiarse en la relativa tranquilidad de su casa, Rosa también lloraba porque le dolían la ausencia de Nerea y el dolor de su marido.

— ¡Rosa! ¿Qué tal estás, cariño?

De tan inmiscuida que estaba en el discurso de Fran, no se había percatado de que alguien la abordaba por detrás y se le echaba encima para envolverla como un pulpo a su presa. Tampoco le dio tiempo a ver la cara de la mujer que pronunciaba aquellas palabras mientras la abrazaba, pero enseguida identificó a Marta en medio de aquel perfume hipnotizador y del abrigo rojo chillón que le había plantado delante de las narices y que la estaba mareando.

No respondió al saludo ni correspondió al abrazo.

— ¡Gracias a Dios que pude venir, cariño mío! Es que hoy era el día que le quitaban la escayola a Alba y tuve que acompañarla al médico; luego se mareó de la impresión, después la llevé a casa y llamé a una vecina para que se quedara con ella porque, claro está, yo no quería faltar. ¡Tengo que estar con vosotros en todo esto! Porque vosotros sabéis que yo estoy para lo que haga falta ¿verdad, cariño? Y por si fuera poco, de la que iba a recoger a Andrés para que me acompañase, porque él también quería venir, un imbécil se saltó un stop y me dio un golpe en el lateral del coche. ¡Tan apurada venía que no me paré tan siquiera a cogerle los datos para el seguro! Andrés dice que anotó la matrícula. ¡Menos mal! ¡No se que haría sin él! Es tan… Bueno, cariño, creo que te estoy apabullando con mis problemas, cuando el verdadero problema lo tienes tú. Pero aquí estamos para lo que necesites, recuérdalo siempre, para lo que necesites.

< ¡Menos mal que te has dado cuenta de que el problema lo tengo yo!> pensaba Rosa sin decir ni una palabra.

En tanto Marta continuaba hablando como una locomotora, Rosa observaba a Andrés, quieto como las estatuas que había visto esa mañana, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo mientras movía nervioso las manos como si no supiera qué hacer con ellas. Andrés parecía avergonzado por la actitud y las palabras de Marta y se apostaba a unos dos metros de prudente distancia, allí plantado, sin saber muy bien qué cara poner ni qué decir en esas circunstancias en las que ni había sido presentado ni era el momento de presentaciones. Pero tuvo la educación suficiente como para no decir nada, sólo un gesto de asentimiento cuando Rosa le miró, una expresión que no significaba nada, ni siquiera pena o lástima ante las circunstancias en las que se habían conocido. Supuso que Andrés era la última conquista de Marta y, a todas luces, parecía el tipo de hombre que conseguiría aburrirla en menos de una semana. Saltaba a la vista que eran como la noche y el día, pero eso poco importaba en esos momentos cuando lo verdaderamente urgente era que se cansaran pronto de aquel entretenimiento que no era tal y decidieran pasar el día en algún otro lugar, a ser posible bien lejos.

Dado que Rosa no se mostraba dispuesta a entablar conversación, una vez presentadas las condolencias y ofrecida la ayuda no solicitada, Marta dio por cumplida su obligación de estar presente en aquel evento reivindicativo que le estaba partiendo el día por la mitad. Con un “nos vemos y estamos en contacto y, ya sabes, para lo que necesites me llamas” se despidió de la misma manera que había llegado, como un torbellino, seguida de Andrés, que parecía desorientado y se limitaba a no perder de vista el abrigo rojo y a seguirle el rastro entre la multitud. Hasta que desaparecieron entre la gente, Rosa no respiró tranquila.

Una vez Fran hubo terminado de leer el comunicado, regresó el alboroto. Chicos que reían como si estuvieran allí reunidos para asistir a una fiesta, contentos de que al fin apareciera un pretexto para justificar un día sin clase; presentaciones por doquier, que si este es el marido de Pepita o la nieta de Marujita; intercambios de móviles para seguir en contacto; aplausos y demás.

Rosa no podía más, deseaba volver a casa cuanto antes. Estaba muerta de frío, desilusionada por la sensación de que aquella pantomima no iba a contribuir al regreso de Nerea, dolida ante la certeza de que muy pocos de los allí presentes eran realmente conscientes de la gravedad de la situación que atravesaban Fran y ella, e indignada por la consciencia de que deberían estar allí para acompañar a la familia en su dolor y no para hacer nuevas amistades o potenciar las que ya tenían. Ella se sentía desplazada en su rincón, en primera fila eso sí, pero sola con su dolor y arrinconada por la sensación de que los que la rodeaban no eran conocedores del alcance de ese dolor, aunque algunos intentasen compartirlo. Pero muy pocos serían capaces de imaginar el inmenso vacío que un ser querido deja en la casa de la que fue arrancado; el abismo que se abre ante una habitación con la cama hecha, impecable, mañana tras mañana; la desolación al contemplar una silla vacía durante las comidas; la bofetada que puede llegar a dar un cepillo de dientes usado cuando entras en el cuarto de baño y lo encuentras siempre en la misma posición; los recuerdos de anécdotas de toda una vida, que ya parecían olvidadas y vuelven una y otra vez tanto si vienen a cuento como si no; el preguntarse qué le habrá ocurrido, si sentirá miedo, dónde estará, con quien, si le darán de comer, si también sentirá frío. < ¡Pobrecilla mía, sin nadie que la consuele! ¡Cuántas veces llamará a su madre para que la saque de donde quiera que esté!>

Rosa, acribillada a recuerdos y empujada por sentimientos de fuerza huracanada, abandonó la explanada de los Juzgados para ponerse en marcha, sin rumbo, supuestamente hacia su casa. No sentía frío, no sentía nada, sólo caminaba con la única idea de alejarse de allí lo antes y lo más posible.

— ¡Rosa! ¡Rosa! ¿A dónde vas?

— A casa. — contestó sin volverse para mirar quien se lo preguntaba, aunque la voz le resultaba muy familiar.

— ¡Nuestra casa no está por ahí! ¡Anda, ven conmigo!

Fran la cogió suavemente del brazo para obligarla a volver sobre sus pasos. Ella se giró y le miró, confusa; él quedó consternado al enfrentarse a una mirada perdida. Parecía una sonámbula a quien estuvieran abordando

en mitad de la noche. Le miraba desconcertada, como si no contara con su presencia en aquel lugar, o tal vez como si él fuese un desconocido, o alguien a quien solo hubiera visto una sola vez en su vida. No obstante obedeció sin rechistar, apoyó la cabeza en su hombro y mansamente se dejó guiar hasta el coche y hasta casa, donde esbozó una leve sonrisa y dejó escapar un suspiro al verse, al fin, en terreno conocido y alejada de toda aquella marabunta.

— Te voy a preparar una sopita caliente. En la nevera tengo un trozo de pollo y un hueso de ternera. Lo voy a poner a cocer. Tú, mientras tanto, siéntate en el sofá y tápate con la manta. — musitó Fran, mientras la ayudaba a quitarse el abrigo para colgarlo en el perchero del recibidor.

Y ella, que a buen recaudo guardaba una sonrisa para él desde hacía años, no dudó en regalársela en ese mismo momento.

La acompañó hasta el salón y le ayudó a acomodarse en el sofá. Después se apresuró a cerrar la puerta de la habitación de Nerea. No era conveniente que Rosa viese los peluches, ocupando la misma posición día tras día, a la espera de que su dueña regresase para tirarlos al suelo cada noche antes de meterse en la cama.

Entró en la cocina, dispuesto a preparar la sopa. Sobre la mesa había un par de periódicos que mencionaban la desaparición de su hija y el “impresionante dispositivo de búsqueda” que se había puesto en marcha para localizarla. Rosa enfermaba con sólo verlos y a él le faltaba poco. Los tiró al cubo de la basura.

Al principio, haciendo caso del Inspector Núñez y su sobrada experiencia, Fran, casi por unanimidad, resolvió dar bombo y platillo a la tragedia familiar, asentado sobre la firme convicción de estar obrando correctamente. El Inspector se acogía a la certeza de que “en todo tiempo y lugar hay ojos que ven”, que en cualquier momento llegaría la llamada telefónica que aportaría la pista correcta; y Fran, absoluta y afortunadamente profano en asuntos delictivos, se dejó asesorar. Pero, al parecer, en ese caso la experiencia había decidido tomar otros derroteros y, según supo más tarde, el resultado fue que la centralita de la Comisaría se colapsó en tan sólo dos días y Núñez volvió a telefonearles para aconsejar

que no concedieran más entrevistas a los medios de comunicación, pues en Comisaría no daban abasto para atender las llamadas de personas que aseguraban haberla visto aquí o allá y, hasta ese momento, todas habían resultado equivocadas o meras bromas de mal gusto.

Fran le juró al Inspector que sólo había concedido una entrevista. Y cierto que era. El interviú había tenido lugar cuatro días después de la desaparición. Aquel día, a eso de las cinco de la tarde, se presentó ante su puerta una periodista joven, amable y vivaracha, asegurando que el diario para el que trabajaba tan solo pretendía ayudar a la familia, que serían tan sólo unas pocas preguntas porque lo que realmente importaba era que se difundiera la imagen de Nerea, que no deseaban profanar las intimidades de la familia, sólo ayudarles a encontrar a su hija, porque seguro que alguien la había visto y que, con la ayuda de su periódico, ese alguien aportaría una buena pista para localizarla, como ya había ocurrido en muchos otros casos en los que, tras divulgarse la noticia en la prensa, los menores desaparecidos o fugados habían regresado a sus casas sanos y salvos porque, caso de que se fugaran voluntariamente, la publicación contribuía a que se dieran cuenta de que sus padres estaban moviendo Roma con Santiago para encontrarles y decidían regresar voluntariamente y, en el fatídico caso de que hubieran sido secuestrados, sus captores temían ser descubiertos por los millones de ojos que habían visto la imagen de su víctima y acordaban liberarles en algún lugar donde pudieran pedir ayuda para regresar a su casa. Palabras de la periodista.

Así argumentado, a Fran le pareció buena idea y no dudó en conceder la entrevista e invitar a la reportera a traspasar las puertas que daban acceso a la intimidad de su hogar. Se sentaron en el sofá del salón y, efectivamente, fueron cuatro preguntas: cuándo y dónde había sido vista Nerea por última vez, ropa que llevaba puesta, gestiones que se estaban haciendo para localizarla y cómo vivía la familia los días de ausencia y espera.

Finalizada la corta ronda de preguntas y respuestas, Aurora, la madre de Rosa, entró en acción. Muy metida en su papel de ayudante y colaboradora para todo, preparó café y sacó pastas. Sandra, la periodista, apagó la grabadora, retiró de la vista el bloc de notas y se dispuso a dar buena cuenta de las pastas (sobre todo las de chocolate, de las que zampó

casi media caja) mientras se enzarzaba con Aurora en una conversación que para Fran parecía no tener final. Y Rosa, que se había acomodado en una esquina del sofá sin decir palabra, animaba a la periodista a marcharse con mil gestos de hastío. Ambos deseaban que cesara cuanto antes el trajín de idas y venidas de Aurora hacia la cocina, al salón de nuevo, a la cocina de vuelta, acompañar a la periodista al baño, abrir y cerrar todos los cajones de la casa buscando manteles, azucareros, vajilla y demás.

Hacía días que Rosa evitaba participar en conversaciones o someterse a cualquier otra clase de ruido que entorpeciese sus cavilaciones. Tras llegar al convencimiento de que era una pérdida de tiempo, había dejado de hurgar en el pasado en busca de las causas que habían provocado el efecto y comenzó a preparar el futuro, sabiendo que eso sí estaba en su mano. Así, cuando las circunstancias se lo permitían mataba las horas planificando la nueva vida que comenzaría para ellos tan pronto Nerea entrase por la puerta. Ese día, la cháchara entre la reportera y Aurora invadía de lleno los estratégicos planes que Rosa pretendía llevar a cabo para reconquistar la tarde de los sábados y devolvérsela al ocio. Día a día efectuaría la compra en el supermercado donde trabajaba, de esa manera la despensa se mantendría lo suficientemente provista como para permitirles a ella y a Nerea emplear la tarde de los sábados en otras diversas actividades. En la selección de esas actividades estaba cuando comenzó el ajetreo del convite.

El café y las pastas abonaron lo que parecía el comienzo, si no de una amistad, si al menos de un cierto apego. La periodista era locuaz, sabía escuchar y tenía la sonrisa fácil. Con la misma soltura y naturalidad, sus manos acariciaban el hombro de Fran para dar ánimo o se posaban sobre las de Aurora para mostrar comprensión. Y, animada por el buen rollo, Aurora soltó la lengua.

— He telefoneado a mi pueblo para hablar con los padres de Manolito, vecinos de toda la vida.

— ¿Quién es Manolito? — se interesó la periodista, con la boca llena y poniendo la mano de babero para que no se desperdigaran los restos de las pastas por el suelo.

— Pues al llamar me he enterado que es el Delegado del Gobierno, nada más y nada menos.

La periodista casi se atraganta.

— Llamé a sus padres porque, según tenía entendido, su hijo tiene mucha manga y es una persona muy importante. Y por eso les rogué que hicieran algo para encontrar a mi nieta.

— ¿Y?

Sandra abría los ojos como un búho. Rosa y Fran callaban.

— Y me dijeron que dejara las cosas de su mano porque, sin duda, su hijo era el único que podía mover el asunto, ya que era el Jefe supremo de la Policía en Asturias. Yo sabía que era una persona importante, pero no que lo fuese hasta ese punto. Había escuchado en el pueblo que Manolito, el de los Murias, estaba muy bien colocado en Oviedo y que se había convertido en una persona muy influyente, aunque nunca imaginé que tanto.

Sandra intentaba disimular su interés y por momentos parecía no poner en las palabras de Aurora más atención de la necesaria para no resultar descortés; pero, al día siguiente, un periódico local anunciaba que la "Delegación del Gobierno se había puesto en contacto con la familia para prestarles todo su apoyo" y que la abuela de la desaparecida, abusando de viejas amistades, había recabado la ayuda del Delegado del Gobierno. "Así funciona el tráfico de influencias" rezaba el cierre. La noticia aparecía en el mismo artículo que la entrevista a Fran y se encabezaba con la frase: "hemos perdido la esperanza" que él no recordaba haber pronunciado, entre otras cosas porque jamás había perdido la esperanza; es más, no dejaba de mirar hacia la puerta de entrada, esperando que de un momento a otro se abriese para dar paso a Nerea; y llevaba el móvil consigo hasta cuando iba al cuarto de baño, y dormía con él bajo la almohada, con el vibrador activado, no fuera a ser que el cansancio excesivo le hiciese caer en un momentáneo sueño que le impidiese escucharlo cuando su hija llamase para que fuesen a buscarla.

Cansados de tanto cotilleo, también habían dejado de ver la programación de la televisión. Sabían, por sus padres y por Marta, que los noticieros nacionales y locales estaban incidiendo en el caso una y otra vez,

de forma sensacionalista y dando a entender que la desaparición revestía extrema gravedad. Unos hablaban de un posible caso de trata de blancas mientras otros abogaban por el trasplante ilegal de órganos, como ya se habían dado casos en algunos países del este de Europa. También había quien aseguraba que el hombre de cincuenta años de edad había sido el gancho para captarla, después sus compinches la introducirían en alguna red de prostitución infantil que operara fuera de España. Y todos ellos afirmaban que la niña había salido del país en tan sólo tres o cuatro horas desde su secuestro, lo cual dificultaría muchísimo e incluso podría ser que imposibilitara definitivamente su localización. Todo eran conjeturas y alarmismo en los programas sensacionalistas.

OceanofPDF.com

XVIII

El domingo día seis de diciembre mudó otra vez el tiempo. Tomó vacaciones el sol que les había acompañado durante los dos días anteriores y las nubes y el viento, aliados, pintaban un paisaje triste, de invierno, fiel presagio del cambio que traerían horas más tarde. Como costumbre dominical, Pedro Núñez despertó temprano. No obstante, permaneció en la cama, tratando de retomar el sueño, porque era domingo y porque le apetecía. A eso de las nueve, cansado de dar vueltas entre las sábanas porque el sueño no le visitaba, subió la persiana y casi no notó la diferencia: el día estaba tan oscuro que apenas entró luz. Abrió la ventana para ventilar la estancia y cambió de idea al instante, cuando una ráfaga de viento furioso invadió la habitación de súbito, levantando las cortinas por los aires y desparramando por el suelo unos folios con las nuevas modificaciones del Código Penal que había estado leyendo la noche anterior hasta las tantas y que luego, cuando se cansó, había depositado sobre la mesita de noche en perfecto orden.

Le gustaba adecentar la habitación antes de ir a la cocina para tomar el desayuno. Los domingos tocaba cambio de sábanas. Sacó del fondo del armario unas limpias y esmeradamente planchadas, hizo un ovillo con las sucias, las dejó en el suelo y se disponía a hacer la cama cuando sonó el teléfono. <Será mi madre> dedujo, esgrimiendo un gesto de resignación. Su madre era muy mayor y había olvidado que él también se había hecho mayor y que ya no necesitaba su protección ni sus consejos sobre cada aspecto de la vida doméstica. <Es normal, a esas edades…> cavilaba mientras se dirigía al salón para contestar.

Levantó el auricular con desgana, dispuesto a escuchar un largo sermón. Una voz ronca y grave le sacó de su error y le cambió la expresión de la cara.

— ¿Inspector Núñez?

— Si, soy yo. Dígame.

— Soy Antonio Díaz, el Inspector de Incidencias.

— Dime Antonio… — pregunto, a pesar de que su colega ya le había dicho más que suficiente: requerir al Jefe de Homicidios un domingo por la mañana sólo podía tener un significado.

— Han localizado un cadáver en un monte de Latores y al parecer se trata de una mujer muy joven…

— ¿Nerea Iglesias?

Núñez su puso blanco hasta la punta de la nariz.

— No está confirmado.

— ¿Habéis informado a Policía Científica y al Juzgado de Guardia?

— Si. Esos trámites ya están hechos.

— Salgo inmediatamente para allá.

No pensó en ducharse ni afeitarse. Echó un poco de agua por la cara, se secó rápidamente con la misma toalla que había usado durante toda la semana, humedeció el pelo, lo peinó hacia delante, vistió la ropa del día anterior; revisó una sola vez luces y grifos de toda la casa, luego los mandos de la cocina de gas y salió disparado. En la puerta se acordó del abrigo y de las gafas. En ese instante no sentía frío sino un calor de mil demonios, pero debía llevar algo por si acaso la estancia en el monte se prolongaba más de la cuenta. Las gafas sí que eran imprescindibles, sin ellas no llegaría ni al portal.

Una vez en Comisaría subió los peldaños de dos en dos, intentando robarle unos segundos al reloj y llegar lo antes posible al despacho del Inspector de Incidencias.

— ¡Llegaste en un santiamén! No te esperábamos tan pronto, aunque dadas las circunstancias…

Antonio Díaz anotaba algo en un folio a la par que hablaba sin levantar la vista.

— Aquí tienes toda la información de la que disponemos. Recibimos la llamada a las nueve en punto, nada más entrar y lo que hay es lo que ya te adelanté por teléfono. Tenemos dos “zetas” en el lugar y, con los datos que me dieron, pude hacerte un pequeño croquis para que consigas llegar.

Le tendió el papel. Núñez lo ojeó. Se entendía bien el dibujo, no así las palabras.

— ¿Está identificada la persona que localizó el cadáver? — preguntó, mientras se acercaba a la ventana esperando la llegada de Juanjo y Alberto, a los que había avisado mientras venía de camino.

— Si, por supuesto. Algo se le ha preguntado, pero el hombre tartamudeaba y apenas se le entendía nada. El susto, supongo…

— ¿Y qué vio?

Antonio Díaz enarcó las cejas y arrugó la frente. No disimulaba su hastío. Esperaba que el fin de semana de incidencias transcurriera de forma tranquila, como había sido casi siempre que le había tocado, y se le había complicado nada más entrar. Por si el lío del cadáver fuera podo, a mayores tendría que repetir la misma letanía al menos cien veces durante el día, a cada uno que llegara.

— Una manta extendida sobre el suelo, sujeta con cuatro piedras a los lados, captó su atención porque nunca antes la había visto allí, pero también porque la manta está nueva. Debajo se adivinaba un bulto y en principio pensó que se trataría del algún animal muerto, pero le siguió extrañando que estrenaran manta para ocultar el cadáver de un animal. Le pudo la curiosidad y se acercó a echar un vistazo. Dice que, al comprobar lo que había debajo, apareció sentado en el suelo sin saber cómo había sido. Cuando se recobró del susto, telefoneó al 091. Y eso es todo.

El Inspector de Servicios se había animado contando la historia y le imprimía más jovialidad de la debida. <Y menos mal que es temprano de mañana y no tuvo tiempo de empinar el codo> pensó Núñez. Antonio Díaz era viudo, sin hijos, y acostumbraba a ahogar penas y soledades en alcohol.

En el pasillo sonaron pasos apresurados. Núñez miró el reloj. Antonio se relajó: al fin le dejarían solo.

— ¡Por fin llegáis! ¡Tenemos que salir inmediatamente! Científica ya está en el lugar. El Juez y el Forense deben estar a punto de llegar. No vaya a ser que nos levanten el cadáver y luego tengamos que conformarnos con las migajas, o con lo que nos quieran dar.

Alberto llegaba sofocado y desaliñado. A leguas se notaba que había dejado la cama hacía escasos minutos.

— Juanjo está aparcando. Voy cogiendo las llaves y el equipo.

— ¡Ya aparecerá! ¡Hay que ponerse en marcha!

En la escalera se encontraron con Juanjo, que subía con toda la parsimonia del mundo pero, nada más verles, dio media vuelta y se sumó también al paso acelerado.

El coche oficial les esperaba en el patio. Alberto se puso al volante, Núñez se acomodó en el asiento delantero y Juanjo detrás, sin atreverse a preguntar a qué venía tanto revuelo. Él estaba desayunando tranquilamente en su casa, después de una hora de footing y otra media de ejercicios abdominales, cuando sonó el teléfono. Su jefe le ordenó que se presentase en Comisaría inmediatamente. Ni él preguntó ni su jefe le facilitó explicaciones.

— Encontraron un cadáver en la zona de Latores. — informó Núñez, girando la cabeza para dirigirse a Juanjo.

— ¿La niña?

— Probablemente.

El Ford Focus camuflado no era demasiado viejo pero pasaba por muchas manos a lo largo del día. Durante su corta vida había lidiado con conductores jóvenes e inexpertos, también con otros que se creían herederos por reconocer de Fernando Alonso, su paisano, además de sufrir dos colisiones en sendas persecuciones y varios percances más pequeños. Ese día, además de arrancar al cuarto intento, agonizaba con el depósito de combustible vacío. El retraso puso nervioso Núñez. No paraba con las manos: de la oreja al cuello y de allí a los botones de la chaqueta. Después miraba el reloj. Las agujas corrían a prisa, mucho más que el coche policial. Si las distancias se pudieran recorrer con el pensamiento, ya habrían llegado.

Casi una hora más tarde, después de haber circulado largo y tendido por un camino de tierra que se iba abriendo paso en medio del bosque, se encontraron con tres coches de policía, dos rotulados y uno sin distintivos

policiales, estacionados en medio del sendero, taponando la ruta. Aquel camino parecía conducir a ninguna parte y no hacía falta ser ingeniero para deducir que se trataba de una pista forestal escasamente transitada, donde la maleza invadía sin tapujos los bordes y el centro, dejando libre la casi imperceptible huella de las ruedas de los tractores que pasaban por allí de vez en cuando. Con lógica, dedujeron que el lugar estaba cerca y que lo más prudente sería aparcar allí el coche como habían hecho los otros tres.

Continuaron a pie por la senda, extrañados de no ver a los compañeros ni escuchar ruido alguno.

— ¡Por aquí, Jefe!

Alberto señalaba hacia el lado izquierdo, donde las zarzas abatidas evidenciaban que recientemente alguien se había abierto paso entre la maleza precisamente por aquel lugar, seguramente para dirigirse a donde ellos pretendían llegar.

— Vamos a ver. Me parece muy extraño que no aparezca nadie ni se les escuche.

Núñez retorcía boca y bigote. No le cuadraba aquella forma de acceder al lugar de un crimen, no obstante, parecía que los pasos se detenían allí, para continuar luego monte a través. Se adentraron en el bosque siguiendo la senda marcada por helechos y zarzas que se inclinaban como si las hubieran abatido a palos. A un lado y a otro había broza rota y entornada. Algunas hierbas que crecían en medio estaban también machacadas.

— Por aquí han pasado, desde luego. — añadió Juanjo.

Unos trescientos metros más adelante, casi repentinamente, el murmullo de conversaciones entrecortadas y una súbita claridad rompieron el silencio y la penumbra del bosque. No tardaron en avistar un pequeño prado cuyo aislamiento del mundo en medio del tupido matorral estaba siendo quebrantado por las fuerzas del orden. Hasta seis policías uniformados contó Núñez, acordonando el lugar, coordinados, avanzando a prisa y acotando una considerable franja de terreno, puede que hasta innecesaria en aquel lugar dejado de la mano de Dios, a donde no llegarían curiosos ni, probablemente, prensa. En el centro, dos funcionarios de Policía Científica, el Juez de Guardia y una forense conversaban a pocos

metros de una manta dibujada con cuadros negros y grises, a modo de damero, que se extendía sobre el suelo dejando adivinar que debajo escondía el macabro bulto.

Alberto y Juanjo se adelantaron. Núñez avanzaba despacio, con la cabeza gacha, mirando al suelo y no a las personas: su trabajo ya había comenzado. Era en el suelo donde hallaría las posibles pruebas, caso de que el autor les hubiera obsequiado con alguna. Cualquier cosa se agradecía: una colilla, una marca de suela de zapato, las rodadas de un coche, lo que fuera. Los muchos años de experiencia policial le habían enseñado a ser comedido porque casi nunca las pruebas resultan obvias, casi nunca nada era lo que en principio parecía y la gente le había sorprendido demasiado a lo largo de tantos años investigando los delitos más graves. Sabía que había que observar, empaparse de la escena y no pasar por alto detalle alguno, por nimio que en principio pareciese, porque podía ser de utilidad y, aunque no lo fuese en ese momento, quizá lo sería en un futuro no lejano. Había que guardar todo en el desván porque nunca se sabía cuando resultaría útil. A paso lento se fue acercando al punto cero: el cadáver, la manta que lo cubría y las Autoridades.

— Buenas días, Señoría.

No era el Juez que llevaba el caso de Nerea Iglesias, sino el de guardia; y mostraba semblante serio. Quizá debido a la tardanza de los investigadores; pero también podría ser a causa de que le habían levantado de la cama un domingo temprano, a que las zarzas habían rasgado su elegante pantalón, o a alguna característica inherente a su personalidad. En cualquier caso, Núñez tuvo la certeza de que el asunto se complicaba un poco más.

— Veo que ustedes, al igual que sus compañeros, tampoco consiguieron dar con el camino fácil y lógico para llegar aquí.

El Juez irradiaba ironía. Todo apuntaba al pantalón estropeado como causa de su mal humor.

El Inspector lo conocía, había trabajado con él en otras investigaciones y no se alegraba precisamente de que le hubiera tocado lidiar también con él en aquel asunto. Arrastraba fama de no simpatizar con la Policía, y los

compañeros achacaban esa aversión al hecho de haber pertenecido a Jueces para la Democracia, aunque a Núñez no le constaba si ese dato era cierto ni tampoco alcanzaba a comprender del todo la relevancia que podría llegar a tener a la hora de determinar el rumbo de sus relaciones con la Policía. Lo cierto era que al Juez le gustaba mantener las distancias y lo hacía muy bien detrás de aquellas gafas de culo de botella; por otra parte, la abultada patilla, aquel bigote dibujado a lápiz y el elegante atuendo le conferían aire de personaje sacado de los grabados de un incunable.

— Sus compañeros me han traído por el monte, abriéndonos paso a palos como si de una selva se tratase, cuando por aquí al lado pasa un camino rural que conduce a un pueblo desde el cual sale una carretera que va directa a Oviedo.

Se tramó un silencio tenso. El Juez bajó la mirada hacia el pantalón que vestía. Era de color arena, tan elegante como inapropiado para el lugar; las tres cuartas partes de las perneras habían mudado el color arena original por la mezcla de verde y tierra que el monte y las zarzas habían elegido.

— Lo lamento, Señoría. Tiene usted toda la razón. Nosotros llegamos por este camino siguiendo las instrucciones que nos dieron en Comisaría e ignorábamos que existiese otra ruta más apropiada. — justificó Núñez.

El Juez amagó una sonrisa, satisfecho con las adulaciones.

— Vamos a lo que nos ocupa, que es hacer el trabajo para proceder cuanto antes al levantamiento del cadáver, que tendrán ustedes que identificar, claro está.

Hablaba con el tono acerado de quien está acostumbrado a mandar y a ser obedecido en el acto.

— Por supuesto, Señoría.

El Inspector se dio por aludido, del bolsillo del abrigo sacó la cámara de fotos que había traído consigo y se la entregó a Juanjo.

— ¿Sabes usarla? — le preguntó por lo bajo, para evitar que el Juez escuchara la conversación.

— Si, por supuesto.

— Tienes que tomar primero las imágenes de campo, o sea del lugar completo. Luego te vas acercando para tomar las de detalle.

Juanjo señaló a los compañeros de Científica, que en ese preciso instante colocaban los indicadores numéricos. Ellos también iban a tomar fotografías.

— No está demás tener datos propios.

Juanjo asintió y se puso manos a la obra.

— ¿Fue él quien la encontró?

Preguntó Alberto a uno de los policías uniformados, refiriéndose a un hombre de unos treinta años, estatura media y extrema delgadez (<sólo tiene nariz>, pensó Alberto) que tiritaba al lado derecho, fuera del cordón policial, ataviado con pantalón corto y camiseta de deporte en un día como aquel en que el frío hacía daño incluso en la cara y las manos.

El policía asintió.

— ¿Y nadie le ha ofrecido algo de abrigo?

El policía se encogió de hombros.

Alberto vestía anorak sobre chaqueta de lana y resolvió que podría prescindir de una de las dos prendas. Se acercaría para ofrecerle el anorak.

— ¡Póngase esto! Hace demasiado frío aquí.

Con el cuerpo temblando y los dientes castañeando, el hombre acogió la prenda de buena gana. Alberto lo observaba sin disimulo y no tardó en extraer conclusiones: no estaba ante un “dominguero” y, a pesar de su enfermizo aspecto, estaba seguro de que el desayuno diario de aquel hombre eran veinte kilómetros a buena marcha. Sacaría el cuaderno de notas para identificarle de nuevo y preguntarle otra vez por los hechos ocurridos. También tendría que citarle para tomarle declaración por escrito en Comisaría.

Mientras tanto, a escasos metros, los policías de Científica habían terminado con el reportaje de campo y se disponían a realizar el de detalle. A los efectos retiraron la manta, la doblaron cuidadosamente y la guardaron en una bolsa de papel, para su posterior análisis en los laboratorios. El cobertor liberó el penetrante olor a putrefacción, bien conocido por algunos de los presentes, y el dantesco espectáculo que apareció ante ellos: una mujer de apariencia joven yacía completamente desnuda, el rostro convertido en una calavera que no conservaba ni el pelo; la parte superior de la columna vertebral y las costillas al aire, sin carne ni piel alguna que las cubriese. La hinchazón y el color verdoso del resto herían la vista. No presentaba prendas de vestir ni joyas, ni siquiera un reloj. La identificación se complicaba

— Estuvo metida en agua.

Aseveró alguien de los presentes.

— ¿Podría ser eso, doctora? — se apresuró a preguntar el Juez.

— Es improbable. No observo saponificación total ni parcial. Tampoco maceración cutánea, que daría lugar a blanqueamiento y engrosamiento de la piel de manos y pies, que termina desprendiéndose como si fuera un guante o un calcetín. Además, tampoco hay desprendimiento de las uñas. Yo más bien diría que, infructuosamente, han intentado quemarla entera ayudándose de algún líquido inflamable.

Asunto aclarado.

— ¿Cree que la han asesinado aquí?

La forense, que estaba allí cumpliendo ordenes estrictas del Juez cuando aquella labor era habitualmente desarrollada por funcionarios de Policía Científica, se tomó su tiempo antes de responder.

— Muy probable. Observo que no hay vegetación alrededor del cadáver, lo cual significa que las proteínas de los músculos, al descomponerse, han producido elementos químicos que matan la vegetación. Desde luego, si no la asesinaron aquí mismo, fue trasladada poco después de la muerte.

La forense, que no contaría ni treinta años de edad, respondía con seguridad y firmeza. Mientras lo hacía, sacó de su maletín una bolsa de papel y una pequeña cuchara. Enseguida tomó dos cucharadas de tierra y las introdujo dentro de la bolsa. Trabajaba con delicadeza, pero también con precisión. Núñez sabía que esas muestras de tierra serían analizadas para determinar su contenido en hierro, lo que a su vez concretaría si allí se había derramado sangre de la víctima.

— ¿Se podría determinar el tiempo que lleva muerta?

— Así a groso modo, analizando el periodo cromático y el enfisematoso, yo diría que unos diez días.

— ¡Explíquese! — inquirió el Juez, con urgencia, casi con ansia.

— El periodo cromático se inicia con la aparición de la mancha verde, que es la primera manifestación de la putrefacción — explicó la forense — La mancha verde se manifiesta entre las veinticuatro y las treinta y seis horas después de la muerte, a nivel de la fosa ilíaca derecha, en forma de una coloración verde claro o amarillo verdoso…

Recogía muestras y explicaba al mismo tiempo. A pesar de su juventud, acentuada por rasgos aniñados y tez lechosa, su profesionalidad resultaba más que evidente. Sin maquillaje, con el pelo recogido en una coleta y los vaqueros gastados asomando bajo la bata, parecía una niña jugando.

— ¡Continúe!

— El periodo cromático dura de siete a catorce días y, al final del mismo, la mancha verde se esparce por todo el cuerpo, como vemos aquí.

Extendió la mano y la paseó desde la cabeza a los pies del cadáver, incidiendo especialmente en piernas y brazos, dado que conservaban toda la materia orgánica.

— El periodo enfisematoso, que dura aproximadamente dos semanas, se caracteriza porque se desarrollan gran cantidad de gases que abomban y desfiguran el cadáver.

Volvió a alargar la mano para señalar las piernas de la muerta.

— ¿Cree que podría tratarse de Nerea Iglesias? — preguntó el Juez, dirigiéndose a Núñez.

— Creo que, por lo que ha explicado la forense, podría ser ella. Además, parece tratarse de una mujer muy joven y la estatura concuerda con la de Nerea Iglesias; aunque será preciso confirmarlo mediante pruebas de ADN, ya que el cadáver se encuentra totalmente desfigurado. También podrían servir las huellas, si se consiguen rehidratar debidamente, contrastándolas con las del documento de identidad.

El Juez acariciaba el bigote, pensativo.

— Entiendo. Pero, de todas formas, localicen a los padres de Nerea Iglesias y tráiganlos aquí. Quizá ellos puedan identificar el cadáver; si bien, aunque así fuera, ese hecho no les eximiría a ustedes de realizar las pruebas de ADN y de huellas dactilares. — ordenó el Juez tras una larga pausa en la que, mentalmente, parecía haber abandonado el lugar.

Núñez se quedó estupefacto. ¿Qué iban a identificar los padres de Nerea? No había objetos personales, del rostro sólo quedaba la calavera y el resto del cuerpo se presentaba anormalmente hinchado, en proceso de descomposición.

— ¿Algún problema?

— Ninguno, Señoría. Procedo a dar aviso a la Comisaría para que les traigan.

Se alejó para telefonear a la Sala del 091. Después, visto el cadáver y aseguradas las posibles pruebas, se dispuso a peinar los alrededores, centímetro a centímetro, en busca de algo que pudiera servir en la investigación. No buscaba nada concreto. Nunca se buscaba nada concreto, pero cualquier cosa podría ser útil, si bien la maraña de hierbas altas y secas mezcladas con zarzas y otra maleza, dificultaba su labor e imposibilitaba la localización de huellas de neumáticos o zapatos. Por alguna razón desconocida, el prado había quedado libre del plantío de árboles, pero tampoco se usaba para pasto desde hacía algún tiempo; así la hierba crecía en primavera, se secaba en verano y en otoño se caía por sí sola. Y vuelta a empezar, ciclo tras ciclo. A mayores, estaba siendo reconquistado por zarzas, helechos y demás maleza foránea.

OceanofPDF.com

XIX

Uno frente al otro, Rosa y Fran desayunaban café con tostadas. De testigo, la silla que solía ocupar Nerea. Desde hacía unos días, su rutina diaria comenzaba a las diez de la mañana, hora en que se levantaban, cansados, después de dormir tan sólo dos o tres horas. Casi nunca conseguían conciliar el sueño antes del amanecer cuando, completamente agotados, veían asomar el nuevo día. La luz matutina trocaba la triste perspectiva de la realidad por otra más halagüeña y ahuyentaba en parte los temores que, como bandidos, los asaltaban durante la noche.

Desayunaron con calma. Tenían todo el tiempo del mundo. Después, a las doce, acudirían a la manifestación convocada por la "Plataforma para el retorno de Nerea Iglesias", creada en el barrio tras la desaparición, en la que se exigiría mayor efectividad en la búsqueda por parte de las Autoridades y, ya de paso, el necesario incremento de la seguridad en las calles. A partir de ese día, recorrerían el barrio de la Corredoria domingo tras domingo, hasta que Nerea retornase al hogar.

Rosa y Fran estaban hartos de asistir a manifestaciones. Porque, en sus condiciones, representaba un esfuerzo añadido más que considerable; porque preferían esperar a su hija en casa; porque dudaban de la efectividad de tales eventos y porque temían que pudieran resultar perjudiciales para la investigación. De todas formas, agradecían la buena fe de la gente y el apoyo que les brindaban; por eso habían acudido ya a dos y tenían varias más pendientes; convocadas por profesores, compañeros, redes vecinales contra el maltrato y hasta por un colectivo feminista.

Antes de salir de casa, Rosa se asomó al balcón.

— Llegaremos tarde. — azuzaba Fran desde el recibidor, mirando el reloj: ya pasaba de las doce.

— Prefiero llegar tarde a tiritar luego de frío. En Oviedo el tiempo es muy traicionero y uno no debe fiarse de las apariencias.

Rosa hablaba por experiencia. El tiempo la había engañado en innumerables ocasiones: rayos de sol que se colaban por la ventana en días gélidos y calor bochornoso que se ocultaba tras cielos taponados con nubes.

Al cerrar la puerta del balcón suena el teléfono. Últimamente sonaba mucho, demasiado, a cualquier hora del día o de la noche, y siempre conseguía volcarles el corazón. El ring ring era la chispa que encendía la vida en la casa, causando sobresalto e ilusión a la vez, capaz de traer buenas noticias o de confirmar la desgracia. Amado y odiado a partes iguales, jamás cumplía con las expectativas pues, normalmente, era la madre de Fran (que telefoneaba una media de diez veces diarias), o la madre de Rosa (que lo hacía algo menos a menudo); pero también podría ser Marta, que llamaba de vez en cuando, cuando se acordaba.

Sus miradas coincidieron y se quedaron enganchadas durante un infinito segundo. Ambos reconocían esa mirada en el rostro del otro: miedo y esperanza se fundían para crear un gesto nuevo, inconfundible. Fran descolgó. Rosa destinó el tiempo de espera a arreglar la bufanda frente al espejo. En ello estaba cuando un rosario de “sies” la alertaron. De inmediato, supo que algo iba mal. “Si, si, si,” y así hasta cuatro veces. Las afirmaciones de Fran se iban apagando una tras otra, la última resultó casi inaudible. Luego, cuidadosamente, retornó el auricular a su lugar y, acto seguido e inesperado, se desplomó en el suelo como si fuera un muñeco mal asentado.

— ¡Fran, Fran…! ¿Qué está pasando? ¡Contesta, por favor!

Lo sacudió fuertemente. Él reaccionó.

— Tenemos que ir a Comisaría.

— ¿La han encontrado? ¿Está bien? ¿Dónde está?

Rosa, al comprobar que su marido mantenía el semblante relajado, supuso que la pesadilla había tocado a su fin. Ignoraba que la mirada de Fran permanecía ausente por un motivo bien diferente: el miedo. Miedo a enfrentarse con la verdad cara a cara, a que se extinguiera la esperanza que hasta entonces le había mantenido en pie, a no poder sobrellevar su existencia sin la persona que constituía el eje de su vida, a morirse de soledad. Tan lleno de miedo estaba que, de momento, no le quedaba hueco

para el dolor. También tenía miedo a contárselo a Rosa. Sabía que ella vivía de ilusiones, que en sus ojos se encendía una chispa de esperanza cada vez que sonaba el teléfono, que estaba enferma de ausencia y que su cordura pendía de una cuerda floja. Por ese motivo, Fran callaba.

— ¡Fran, Fran, por Dios! ¿Qué está pasando? ¿Por qué tenemos que ir a la Comisaría?

Rosa estaba desesperada por la ausencia de respuestas y también porque la tristeza había asomado en la cara de Fran, desconcertándola.

— Han encontrado el cadáver de una mujer y quieren que vayamos a verlo, por si fuera Nerea.

No quiso escuchar más. Se tapó los oídos, se dejó caer al suelo y allí, encima de la alfombra, quedó acurrucada como un ovillo. Fran recobró fuerzas y se levantó.

— ¡Vamos! Nos esperan en Comisaría.

— ¡No! ¡No! Están equivocados. No es Nerea. Será otra chica cualquiera. Pero… ¡Has dicho que se trata de una mujer! Nerea es una niña, por eso no puede ser ella. Están equivocados, pero debemos ir allí para acabar con este malentendido cuanto antes.

Repentinamente se puso en pie, le ordenó a Fran que armase de abrigo, bufanda y paraguas porque afuera hacía frío y amenazaba lluvia; y se dispuso a salir como si nada, como si se preparase para dar un paseo por el barrio.

— Coge también las llaves del coche.

— Iremos en taxi, así llegaremos más rápido.

Fran no se sentía en condiciones de conducir su propio coche.

— ¡Qué prisa hay! ¡Que esperen!

— Es que el coche no va bien, ayer no arrancaba y es mejor no arriesgarse a que nos deje por ahí tirados. — mintió.

Rosa suspiró. ¡Otro gasto más!

El taxi tardó unos cinco minutos en aparecer ante el portal y otros diez en llegar a la puerta de Comisaría. Minutos eternos que forzaron a Fran a dar gracias a Dios de que el escaso tráfico de aquella mañana de domingo acelerara la llegada. El conductor, reiterativo hasta la saciedad, no paraba de preguntar acerca de tan temprana visita a la Policía y, a falta de respuestas, dio por hecho que les habían entrado a robar en casa mientras estaban ausentes. A la conjetura primera siguió una retahíla más de suposiciones: que si se habrían llevado joyas, dinero, equipos informáticos; y, claro, todo eso, aunque ya no fuera nuevo, tenía un coste de reposición, etcétera, etcétera. Rosa callaba, constituía una presencia silenciosa en el asiento trasero; y el taxista, ajeno al desinterés de ambos, mantenía un constante monólogo en el que nadie más participaba. El hecho de recibir la callada por respuesta no le desanimaba en absoluto y en los diez minutos que duró la carrera trató de dar un giro de ciento ochenta grados a las leyes penales españolas, y hasta a las de inmigración. Que si no había derecho a que una familia trabajadora llegase a su casa y la encontrase desvalijada, que si la culpa la tenía el Gobierno por dejar entrar aquí a todo el que quisiera, que las leyes no eran lo suficientemente estrictas porque de lo contrario…

Cuando, al fin, llegaron, Fran pagó la carrera de buena gana y se despidió. Rosa ni eso.

Se identificaron ante el policía de guardia y le anunciaron el motivo por el cual habían sido citados. El policía no se inmutó; su rostro serio, impasible como una máscara, iba acompañado de un comportamiento objetivo, profesional. Realizó una llamada telefónica y a los cinco minutos se presentaron dos policías no uniformados: un hombre de unos cuarenta años y una mujer más joven.

— ¿Son ustedes los señores Iglesias?

El hombre preguntaba con cara de circunstancias. En diálogo callado, añadía: “mejor para ustedes si no lo son”.

— Si. Nosotros somos.

— Venga por aquí caballero, señora…

Empleaban gestos y ademanes corteses. Además, a Fran le pareció intuir cierta gravedad en el rostro del hombre, añadido a un atisbo de

cautela y no poca preocupación.

A la presentación siguió un silencio que no preludiaba nada bueno, durante el cual les condujeron hasta un coche aparcado a unos veinte metros de la entrada. La mujer les franqueó la puerta trasera y ellos se acomodaron en el interior. El vehículo policial tenía un no se qué que potenciaba la incertidumbre, de tal modo que lo que hacía diez minutos era certeza absoluta se tornó duda incondicional nada más entrar allí. Fran atribuía sus miedos a la formalidad con la que les trataban los policías y no al coche en sí.

La certeza es amante infiel y caprichosa. Durante el trayecto los minutos se deslizaban como un espejismo y el nerviosismo ganaba terreno con cada metro que recorrían hacia el lugar. Rosa le había tomado la mano y apretaba hasta el punto de causarle dolor. Él, a pesar del daño, no le exigió que aflojara porque prefería ir concentrado en el dolor y no en otros pensamientos que, de momento, eran meras suposiciones. Ella había apoyado la cabeza sobre el hombro de su marido y mantenía los ojos cerrados, como si no quisiera ver nada. El mutismo de los policías alimentaba la tensión.

Después de lo que a Fran le parecieron horas de viaje y kilómetros recorridos por caminos de tierra, avistó un grupo de gente en medio de un prado y, entre ellos, reconoció al Inspector Núñez. Supo entonces que habían llegado. Sin embargo le extrañó la ausencia de vehículos aparcados en las inmediaciones. ¿Habría un motivo lógico? ¿Un error quizá? No, no podía ser, aquel era el Inspector Núñez. Estaba ahí y con él había otros policías de uniforme. El conductor detuvo el coche e inmediatamente se apeó para abrirles la puerta, con formalidad, con la cortesía de la que venía haciendo gala, como un mayordomo a sus señores.

Rosa se aferraba a la mano de Fran. Cuando él hizo amago de desasirse para salir del coche, ella apretó con más fuerza aún. Él la miró y vio el terror asomar por sus ojos. Temblaba como un pollo desplumado y en eso nada tenía que ver aquel día ventoso y frío de principios de diciembre.

El prado estaba cerca, muy cerca, demasiado cerca. Tanto que, nada más pisar tierra distinguieron el cadáver. Se encaminaron hacia el lugar. Los dos policías caminaban delante, con paso seguro. Ellos les seguían, cogidos de la mano. De repente, Rosa sintió que la invadía un sudor frío, que se le nublaba la vista. Se lo transmitió a Fran mediante un apretón fuerte de manos, luego se arqueó para vomitar el desayuno. Los policías acudieron en su ayuda. Fran sostuvo a su mujer con brazos de gelatina e hizo un gesto de mano a los policías para indicarles que continuaran su marcha, que no pasaba nada y que en pocos minutos estaría repuesta. No fue cierto. Nunca volvería a estar repuesta del todo; pero sí lo estaría lo suficiente como para incorporarse, digna, erguida, blanca como una sábana y dispuesta a recorrer del brazo de su marido los escasos metros que la separaban del cadáver. Y lo que allí vio la dejó sin palabras y casi sin expresión en el rostro. Luego apartó la vista un instante, como recuperando fuerzas antes de volver a dirigir su mirada hacia el cadáver. Después, con aquel gesto impreciso, casi indiferente, que parecía haber quedado impreso en su cara, negó rotundamente con la cabeza, dispuesta a abandonar aquel episodio en el desván de su memoria, donde no apareciera jamás.

Fran observó su negación. Él no estaba tan seguro.

— Señores Iglesias ¿reconocen a esta mujer como su hija Nerea?

Sin conseguirlo, el Juez intentó esgrimir cara y voz acorde a las circunstancias; pero le delataba su mirada indiferente, que denotaba tanto hastío como ganas de abandonar cuanto antes aquel prado perdido de la mano de Dios.

Alrededor, el silencio se extendió como una manta.

— ¡No! ¡No es ella!

Rosa tomó la iniciativa. No necesitaba consultar con Fran. Sabía que aquella mujer no era su hija y lo gritó bien alto, para que todos lo oyeran.

El Juez miró a Fran.

— Yo no puedo decir que lo sea ni tampoco que no lo sea, pues esta mujer tiene la cara destrozada y el cuerpo hinchado.

Los presentes, mudos por respeto, miraron al Juez hasta ver lo que determinaba en ese caso. Núñez también conjeturaba sobre el dictamen.

— Señores Iglesias, a pesar de que no la reconozcan, existe la posibilidad de que se trate de su hija Nerea, a juzgar por algunas características físicas y por el tiempo transcurrido desde la desaparición. No obstante podría no ser así, Dios lo quiera. Pero, para alcanzar la total certeza, se debe realizar la prueba de ADN; para lo cual sería preciso recoger muestras de ustedes dos, para compararlas con las del cadáver. En un principio podría ser suficiente con las muestras de uno de ustedes pero, para mayor seguridad, mejor sería que se recogiesen las de los dos. Para convenir el momento y el lugar, les dejo con el Inspector Pedro Núñez, al que seguramente ya conocen, para que les indique lo que deben hacer.

Rosa y Fran asintieron en silencio y después miraron al Inspector. Mientras tanto, el Juez daba por terminado su cometido para con ellos dos y se giraba hacia uno de los policías de paisano. Al parecer iba a proceder al levantamiento del cadáver para su traslado a algún tanatorio de la ciudad.

Núñez se acercó al matrimonio Iglesias. Les saludó cortés.

— Como dijo su Señoría, sería preciso tomarles muestras de ADN para cotejarlas con el del cadáver. Con esto pretendemos descartar que se trate de su hija.

Aunque le asistía la convicción de que se trataba de Nerea, Núñez pretendía mantener viva la posibilidad de error durante un tiempo que, a buen seguro, ellos emplearían en contemplar el peor de los presagios como posible.

— La muestra se les tomará en los laboratorios de Policía Científica, aquí en Oviedo — continuó — y sería preciso hacerlo cuanto antes porque tenemos que enviarlo a Madrid para analizar, y pueden tardar un par de semanas devolvernos los resultados.

— ¿Dos semanas? — preguntaron ambos al unísono.

— Si, eso es.

— ¡No podemos vivir tanto tiempo con esta duda! Estamos completamente destrozados y eso sólo pensando en que Nerea ha

desaparecido. Ahora, con la posibilidad de que…

Fran no consiguió agotar la frase y se echó a llorar; ya estaba tomando en consideración la probabilidad de que la mujer que había visto muerta fuera su propia hija.

— Fran, Fran… ¡Esta no es nuestra hija!

Rosa tendría que recorrer un largo camino hasta tomar en cuenta esa probabilidad; de momento trataba de mostrarle lo evidente, lo obvio que él parecía no ver. El seguía llorando. El alma parecía caerle a los pies, como las ramas de un sauce. Ella lo abrazó. Transcurrieron unos minutos interminables hasta que ambos, al unísono, reaccionaron. Con los ojos anegados por las lágrimas, miraron hacia el Inspector en busca de instrucciones.

— Creo que lo mejor es que lo hagamos cuanto antes. Les llevarán los funcionarios de Policía Científica que están aquí y ellos mismos le tomarán la muestra. Es la manera más rápida y también la menos complicada para ustedes. ¿Qué les parece? ¿O prefieren ir en otro momento?

Ellos negaron. Preferían terminar con aquello cuanto antes.

Núñez se alejó hacia un policía de mediana edad que recogía algunas cosas para un maletín plateado. Le vieron hablar con él. El policía les miró y asintió. Se despidió de Núñez y se dirigió al lugar donde permanecían Rosa y Fran.

— El Inspector Núñez me dijo que vendrían conmigo para hacer la prueba de ADN. Perdón, por no haberme presentado, soy Marcos, Subinspector de Policía Científica. — explicó el hombre, hablando tan rápido que apenas se le entendía lo que decía. Además, mostraba un tic en el ojo derecho que pondría nervioso a cualquiera.

— Queremos terminar con esto cuanto antes. ¿Tardaremos mucho? — quiso saber Fran.

— Un par de minutos a lo sumo, el tiempo de empapar su saliva en un algodoncillo como los de limpiarse los oídos. — respondió el policía, sin dejar de cerrar y abrir el ojo, y con una jovialidad para la que no era momento ni lugar.

— Bien, pues, vayamos entonces.

— Aún tendremos que esperar unos minutos más. El Juez acaba de ordenar el levantamiento del cadáver, tiene que venir la funeraria para retirar el cuerpo y, una vez se lo hayan llevado al tanatorio, efectuaré una inspección en el lugar donde estaba colocado para comprobar que no queda nada allí.

— Lo comprendemos. — repuso Fran.

— Es mejor que aguarden allí, en la pista de tierra. Quizá les resulte menos desagradable.

El policía se alejó. Le siguieron con la vista hasta que sus pasos alcanzaron el cadáver, después desviaron la mirada y se encaminaron hacia la pista.

— ¿Y la manifestación? — preguntó Rosa.

— Tendremos que dejarla. Podrán continuar sin nosotros. — aseguró él mientras la tomaba de la cintura y la atraía hacia si.

Rosa estuvo a punto de sonreír. Desde hacía unos días, su marido no sólo respondía a las muestras de afecto sino que, algunas veces, partía de él la iniciativa.

Y Fran, que en principio no creía en segundas oportunidades, comenzaba a tomarlas en consideración. <Todo depende de la actitud con la que uno se plantee las cosas ¿Por qué Juan ama a Teresa y es feliz a su lado? Porque la considera la mujer de su vida, así se le metió en la cabeza y así es; porque el amor entra en la cabeza, no en el corazón. En el corazón anida con el paso de los años, pero en un principio se mete en la testa, colándose como una lombriz a través de un suspiro, una mirada, un soplo de aire, o cualquier otra cosa y, por eso, hay que abrirle la puerta. Podría entrar ahora, con el cambio de Rosa, si yo le abro la puerta… > meditaba últimamente.

OceanofPDF.com

XX

El lunes siete de Diciembre media España atravesaba el puente que unía el fin de semana con la Inmaculada. Para Núñez también hubiera sido día de asueto, si las circunstancias fueran otras; pero el hallazgo del cadáver había dado al traste con sus planes de acompañar a sus padres a un balneario de Lugo. Su madre padecía de artrosis desde hacía más de diez años y, por cultura termal más que por prescripción médica, visitaba los balnearios y las termas de aquella ciudad al menos una vez cada dos meses. Aunque no era frecuente que él les acompañase, debido a que solía estar demasiado ocupado con el trabajo, esta vez había cedido: se abandonaría al ocio durante al menos tres días. Le vendría bien un corto descanso ya que el caso de Nerea Iglesias le estaba agotando psicológicamente. Seguramente, cosas de la edad. Quizá con el paso del tiempo había mermado su aguante en temas laborales.

Por otro lado, y aunque conscientemente no quisiera admitirlo, le preocupaba el hecho de estar ocultando información. La implicación personal del Delegado del Gobierno había convertido aquella investigación en un circo y temía que los enanos fueran creciendo a medida que el caso avanzaba. Si la superioridad llegaba a tener conocimiento de que estaba guardando alguna información en el trastero, las represalias serían terribles. Tras una intachable carrera profesional, pasar a la jubilación con un borrón en su expediente no era precisamente lo que podría calificarse como salir por la puerta grande.

Por añadidura estaba aquella mujer, Marta, que se había colado en su mente por la puerta de atrás, en un descuido, y sólo en momentos de máxima actividad conseguía ahuyentarla de su mente. Sí, era cierto, había que ser objetivo, él bien lo sabía, sabía que debía quitarse aquella mujer de la cabeza, que ella nunca le correspondería porque era demasiado para él: demasiado joven, demasiado hermosa y demasiado mundana. Él era demasiado viejo, demasiado delgado, demasiado feo y demasiado inexperto en asuntos de amores como para que Marta se fijara en él por otra cosa que no fuera la estrictamente profesional.

Olvidarla sería cuestión de tiempo, pero eso era precisamente lo que más temía. Aún se le ponía la carne de gallina evocando los angustiosos años que había pasado enamorado de Victoria. A ese amor, ni conocido ni correspondido por la otra parte, le había seguido un olvido que para él había sido un auténtico vía crucis. Había sufrido lo inconcebible durante aquellos largos años y temía que el episodio se repitiera de nuevo. Necesitaba olvidar a Marta y resignarse a la soltería eterna, o bien encontrar una mujer de su edad y su escaso atractivo físico para compartir la vida. Dentro del abanico de posibilidades, la última le pareció la mejor y más gratificante porque la sola idea de quedarse solo le angustiaba sobremanera.

<Me vendría de maravilla pasar unos días en un balneario> dedujo mientras conducía hacia el Instituto Anatómico Forense del Hospital Universitario de Asturias.

Poco más tarde recalaba en un aparcamiento desierto. Miró el reloj: las diez menos cuarto. La autopsia comenzaría a las diez; tiempo de sobra, además, seguro que se retrasarían al menos otro cuarto de hora. Franqueó la puerta. Silencio en los pasillos: el mundo se había detenido a causa del puente de la Inmaculada. Aquel olor característico que todo lo impregnaba se coló en su mente; era un olor asociado a la muerte, al frío, a lo irreversible.

Entró en la sala de autopsias con la decisión que da la familiaridad, con el respeto a las circunstancias. Negro en torso y cara, azulado en extremidades, el cuerpo de la joven se exponía encima de la mesa, frío y rígido como aquella sala de paredes color gris marengo. El hule marrón que cubría la mesa ponía el toque cálido. Una vez más tuvo que esforzarse para mantener la entereza en aquel trámite al que no se acostumbraba por más que pasasen los años y los casos de homicidio. Aunque el deber profesional se imponía, cada vez que traspasaba la puerta del anatómico forense se veía obligado a espantar el recuerdo de la primera autopsia a la que había asistido porque, con el transcurso de los años, pasado y presente se funden y se confunden.

Aquella primera autopsia quedó troquelada en su recuerdo. Ocurrió cuando aún no se afeitaba, poco después de que terminara los estudios en la Academia de Policía. Realizaba prácticas policiales en Madrid y le había

tocado en suerte un Tutor que consideraba de la máxima importancia todo cuanto estuviese directamente relacionado con las muertes violentas y, lo que era aún peor, puntuaba con la máxima nota cualquier trabajo que realizasen los alumnos relativo a los homicidios, de la misma manera que también penalizaba al máximo el desinterés hacia esa materia. Así, con la autoridad de la que estaba investido, "invitaba" a los alumnos a presentarse en toda autopsia que tuviera lugar en la ciudad, y no eran pocas.

En aquella lejana ocasión la víctima era una mujer que había aparecido flotando sobre las aguas del rio Manzanares, y Núñez acudió junto con dos compañeros. La larga media hora de espera ante la puerta talló en su recuerdo aquel olor a formol que ya por siempre asociaría con la muerte. Después se les ordenó pasar a una sala donde el cuerpo de la mujer aguardaba para ser quebrantado, extendido sobre la mesa, desnudo, inmóvil y blanco como la nieve. Núñez sintió frío. Nunca antes había visto, salvo en televisión, el cuerpo desnudo de una mujer; y jamás hubiera imaginado que lo haría en una situación así, en la que lo único que sentiría sería un frío indescriptible. Tiritando, se entretuvo recorriendo con la mirada cada centímetro de aquella piel nívea. La espera se prolongaba más de la cuenta: el forense no aparecía. Concentrado en el cadáver, no tardó en añadir un ligero mareo al sentimiento de frío que aún perduraba. Tratando de reponerse, centró la mirada en el rostro de la mujer. No era especialmente guapa, pero sus rasgos resultaban agradables, dulces incluso. La imaginó hablando, sonriendo. Además de frío y mareo, sintió pena. Cuando el forense y su ayudante entraron en la Sala, él ya estaba tan blanco como la difunta.

— Si alguien de los presentes se siente indispuesto, lo mejor será que abandone la Sala.

La tez blanca le había delatado y el forense hablaba para él aunque mirase a todos. Él no quiso darse por aludido y continuó presente, más por amor propio que por ganas o interés. Sabía que un desmayo, o un abandono de la sala por mareo o similar, sería inevitablemente comentado y satirizado a posteriori entre los compañeros. El miedo a la mofa le ayudó a aguantar estoicamente los cortes en el tórax de la muerta. Creyó sucumbir cuando el ayudante esgrimió aquellas enormes tenazas para luego quebrantar con ellas

las costillas; a punto estuvo de claudicar cuando abrieron la caja torácica, pero no cedió definitivamente hasta que el forense extrajo los pulmones y los depositó sobre la mesa como si nada. Entonces se asió fuertemente al brazo de su compañero y se dejó arrastrar hacia la escalera de salida, donde le ayudaron a sentarse en el primer peldaño. El aire fresco de la calle le ayudó a recuperarse pronto del mareo, pero el olor de la carne humana descuartizada le acompañó durante al menos un mes.

Muchos años y algunas autopsias más se habían sucedido desde aquel día, había incrementado su nivel de tolerancia a cuanto de desagradable tenía su trabajo, aunque no tanto como para trivializar aquel trámite.

En la Sala de autopsias la actividad estaba a punto de comenzar. La forense y su ayudante preparaban los utensilios mientras hablaban entre ellos, casi ajenos a la presencia de Núñez. La conversación versaba sobre el puente de la Inmaculada: la guardia había chafado los planes de esquí para la forense y de escapada a una casa rural para el ayudante. El diálogo fue aminorando tan pronto comenzaron lo que para ellos era una labor cotidiana, y se cortó casi de repente cuando el trabajo les exigió una mayor atención, en concreto nada más comenzar a extraer las muestras de vísceras y vagina y a introducirlas cuidadosamente en botes que luego cerraban herméticamente para enviarlos a analizar al laboratorio. El mal estado del cuerpo, consumido hasta el hueso en su parte superior, requería minuciosidad en una labor que se preveía duraría toda la mañana.

— No muestra signos de agresión sexual. — anunció la forense, mirando a Núñez a los ojos.

— Es una buena noticia. — respondió el Inspector pensando en que, dado que la muerte era ya un hecho, al menos la víctima no había sufrido una depravación a mayores antes de morir.

— En esta primera intervención, va a resultar imposible establecer la causa de la muerte; dado que la parte superior del cuerpo parece haber sido quemada con algún tipo de sustancia, habrá que enviarla a analizar para determinar la sustancia concreta y sus efectos. En la parte inferior no se aprecian lesiones capaces de producir la muerte.

— ¿Y sin capacidad de producir la muerte?

— Ninguna lesión. Es de suponer que se hayan producido en la parte superior.

El tono empleado por la forense no había sido cordial e indicaba deseo de obviar preguntas y de continuar el trabajo; para las respuestas estaría el informe que redactaría luego. Núñez se dio por aludido.

Después, con bisturí y precisión, la forense extrajo la piel que cubría el dedo índice de la mano derecha. Para sí, sin compartir su opinión con nadie más, Núñez aseguraba estar ante el cadáver de Nerea Iglesias; por eso estaba especialmente interesado en que se intentase la identificación a través de las huellas. De ser viable, el proceso de rehidratación del tejido duraría dos o tres días y, transcurrido ese tiempo, estaría en condiciones de cotejar la huella con la del documento de identidad. Un resultado rápido, si se compara con la identificación por ADN, que demoraría los resultados durante al menos un par de semanas.

Desde hacía algunos años, Núñez sufría de mala circulación. Las piernas, resentidas tras permanecer tanto tiempo de pie, protestaban atormentándole con dolorosos calambres. Para mover la sangre e impedir que se acumulara en las extremidades inferiores necesitaba balancearse de ver en cuando, y lo hacía con disimulo para que no pareciera aburrimiento. Agradeció que sonara su teléfono móvil.

— Es el Jefe de Brigada. Tengo que ausentarme. — se excusó en voz muy baja.

— No se preocupe, ya casi hemos terminado. En un par de días tendremos el informe y, si quiere, puede pasar a recoger una copia.

Asintió y salió de la Sala caminando de puntillas. No sabía por qué, pero siempre actuaba de esa manera en esos lugares; era como si temiera perturbar el descanso de los difuntos.

La forense y su ayudante lo conocían de antaño, lo tenían catalogado como “un poco rarito” y, en su ausencia, solían hacer bromas imitando sus modales demasiado refinados y tocados con un poco de pluma.

— Buenos días, Pedro, ¿cómo va eso?

Bermejo parecía de buen humor, pero esa afabilidad podría fácilmente tornarse en reprimenda y, seguramente, al saludo amable seguirían una sarta de preguntas y más de un reproche.

— Estaba presenciando la autopsia.

—Ah, perdón. Sigue, sigue y, cuando termines, me llamas para darme novedades.

— Ya casi han terminado, sólo les falta recoger los utensilios.

— ¿Y qué? ¿Qué se sabe? ¿Han adelantado algo? ¿Será ella? ¿Será Nerea Iglesias?

Bermejo formulaba una pregunta tras otra, su anhelo de noticias traspasaba distancias y llegaba intacto hasta Núñez. Seguramente el motivo de tanta alteración sería la presión que ejercían sobre él los medios de comunicación, la opinión pública, el Comisario, el Jefe Superior y el Delegado del Gobierno.

— Aún no se sabe, Jefe. Existen muchas posibilidades de que sea ella, pero no se puede asegurar nada.

— ¿Y te dijeron cuánto tiempo tardarán en saberlo?

— El análisis de ADN se realizará en los laboratorios de Madrid y puede demorar un par de semanas, o incluso más, pero se va a intentar la identificación dactilar.

— Ah, bueno y… ¿cuánto tardará eso?

Núñez tapó el teléfono móvil para que no se escuchase el intenso resoplido que iba a soltar. Quedó aliviado cuando, al fin, expulsó todo el aire que contenían sus pulmones. No soportaba tanta pregunta: ¿y cuánto tiempo?, ¿y cuándo?, pero… ¿para cuándo? Un rosario de preguntas que iba inexorablemente unido a los casos de homicidio. Cuando los medios de comunicación y los políticos colocan a los jefes entre la espada y la pared, éstos inician una carrera contra reloj donde lo único que importa es el tiempo transcurrido. Cierto es que cuanto más tiempo pasa, mayores dificultades para culminar la investigación con éxito; pero también cierto que en toda investigación hay unos pasos a seguir y un tiempo de espera

entre un paso y otro. Así se lo había explicado a sus jefes cientos de veces pero, hasta la fecha, no habían sido capaces de comprenderlo.

— La identificación por huellas puede tardar dos o tres días. Hay que rehidratar el tejido en el laboratorio y, mientras no esté preparado, no se puede comprobar la huella.

— Ah, ya… ¿y no podría adelantarse un poco? No sé… ¿no hay nada que acelere el procedimiento?

Apenas pudo contener la risa. Bermejo debía creer que rehidratar tejido muerto era como hacer un guiso, que si no se cuece un poco más se cuece un poco menos y se come igual, e incluso hasta tiene más proteínas. Tapó el teléfono otra vez por temor a que se le escapase una risotada. Era una pregunta que, de tan absurda, no debería formular quien ocupa la cúpula policial en la Brigada.

— No, Jefe, no se puede. Hay unos tiempos y unos procedimientos que respetar, si lo que queremos es obtener una identificación cien por cien fiable.

— Bueno, bueno, pero hay que acelerar esto ¿eh? ¿Y qué hay de los Mandamientos que se han solicitado?

— Ya están concedidos, Jefe. Yo creo que, en el transcurso de esta semana, llegará la contestación de Telefónica y podremos saber desde donde se realizaron las conexiones con Tuenti.

Escuchó el sonido de llamada de un segundo teléfono móvil y supo que estaba salvado.

— Te dejo porque me está llamando el Comisario. Le facilitaré la información que me has dado, ya sabes que está muy interesado en el asunto. ¡A trabajar con ahínco y con ganas! Y ya sabes… nada de Asuntos Propios ni concesión de días libres mientras no se esclarezca esta muerte. ¿Entendido?

— Entendido, Jefe. Que tenga un buen día.

A duras penas ató cortas las ganas de decirle cuatro verdades que, por otra parte ya debería saber, él que se jactaba de haber llegado a Jefe de

Brigada. Mejor así, mejor como lo había hecho, mejor no tentar la suerte.

El aire frío y húmedo le dio una bofetada nada más dejar atrás la puerta del hospital. El día estaba tan oscuro que parecía iba a anochecer de un momento a otro. Eran las cuatro de la tarde y la autopsia le había quitado el hambre. Se conformaría con un café con leche en algún bar, después al despacho y luego para casa, a lidiar con la soledad, como siempre.

Durante la noche del domingo para el lunes, el matrimonio Iglesias-López durmió aún menos que de costumbre, o sea, nada.

— ¿Cuánto crees tú que mediría la mujer que vimos?

Fran miró el reloj despertador que reposaba sobre la mesa de noche. Eran las tres de la madrugada y su mujer acababa de interrumpir un periodo de silencio que duraba más de doce horas.

— Yo creo que un metro sesenta, aproximadamente.

— Lo mismo que la niña.

Durante todo el día anterior, sus miedos se habían escudado en la convicción de que aquella mujer no era su hija pero, a medida que avanzaba la noche, esa certeza se vio asaltada por un batallón de dudas del cual resultaba imposible defenderse.

— Es muy tarde. Trata de dormir un poco.

Rosa dio media vuelta y se giró hacia él. Fran percibió el rostro de su esposa con ayuda de la poca luz que lograba colarse a través de las rendijas de una persiana mal cerrada. Aquella mujer a quien había amado primero, casi detestado después y que ahora compadecía y no sabía si quizá la estaba empezando a amar de nuevo, había dado tantos cambios en los años que llevaban juntos que tenía la sensación de haber convivido con varias mujeres distintas. Hacía menos de un mes, antes de la desaparición de Nerea, tapaba sus sentimientos bajo una mirada indiferente y distante; su rostro había adoptado un gesto característico que no se sabía muy bien si representaba asco hacia el mundo que la rodeaba, resignación ante la

pésima vida que ella consideraba le había tocado en suerte, o quizá la mala leche que descargaba con todos los que la rodeaban. Él, su marido, parecía no existir para ella y no era capaz de recordar cuando había sido la última vez que ella le había prodigado un mínimo gesto de cariño. Nerea tampoco había conseguido despertar sus sentimientos maternales y de mañana por noche le daba a entender que estaba hastiada de tanta obligación, deseosa de que creciera pronto, se marchara de casa y, la mayoría de las veces, arrepentida de haberla traído al mundo.

Y ahora resultaba que Nerea no se había marchado sola, sino que se había llevado consigo a aquella Rosa egoísta, refunfuñona y mal educada, dejando en su lugar a otra que adoraba a su hija con locura y hasta parecía amar a su marido. No escatimaba en besos ni en abrazos hacia él, ni en buenos recuerdos hacia su hija. Y mantenía la mirada pegada a la puerta de entrada y el oído al teléfono porque tan pronto hubiera noticias comenzarían esa nueva vida que ella estaba programando para los tres.

— Cuando vuelva a casa, haremos todo aquello que no hemos podido hacer antes; mejor dicho, que no hemos querido hacer antes.

Repetía varias veces por día.

En lo más profundo de su corazón, él deseaba que sus deseos se cumpliesen, pero algo le decía que ya era demasiado tarde, que habían desperdiciado los mejores años persiguiendo un tipo de vida estándar que pasaba por trabajar los dos de sol a sol para conseguir pagar una hipoteca aunque para ello fuese necesario delegar en personas ajenas la educación de su hija y, lo que era peor, ceder también el disfrute de su infancia y adolescencia.

— No puedo, Fran. No puedo.

— Quédate relajada, no pienses en nada y verás como el sueño llega. Debemos descansar porque a las nueve de la mañana llegan mis padres.

Fran intentaba cortar aquella conversación que no conducía a ninguna parte, sólo a engrosar un poco más el daño.

— ¿Crees que era ella?

— Creo que no, mejor dicho, quiero creer que no, que no era ella. Y ahora duérmete. Ya sabes que en cuanto lleguen será imposible dormir en esta casa y necesitamos descansar, que ha sido un día muy duro.

— Y más duro que se va a hacer en cuanto lleguen…

Fran le cedió a ella toda la razón. Sus padres eran unos pesados y no sabía muy bien por qué se empeñaban en aparecer por casa en tan difíciles circunstancias. Quería creer que lo hacían con la intención de aportar ayuda y compañía, pero en realidad sólo traían trabajo. Desde el mismo instante en que traspasasen la puerta de entrada, resultaría imposible disfrutar de un momento de silencio en aquella casa. Sólo eran dos y, aún así, eran capaces de invadir cualquier espacio y apoderarse de él hasta el punto de que no quedara hueco para nadie más. Llegarían cargados de cosas innecesarias y de problemas insignificantes, tomarían la casa y se adueñarían del silencio tan necesario en ella. Estrella estaba sorda como una tapia, le gustaba ver la televisión hasta las tantas y, claro, no sólo la escucharía ella sino el vecindario al completo. Rosa y él se verían desplazados al sofá porque ellos necesitaban dormir en colchón para que sus huesos no se resintiesen con los duros muelles del sofá-cama. Y, por añadidura, no se acostarían hasta que Estrella tuviera suficiente ración diaria de televisión, lo que no solía ocurrir hasta bien pasadas las dos de la madrugada.

— ¿Por qué no les dijiste que no les necesitamos? ¡Yo estoy agotada y lo último que necesito es más trabajo!

— ¡Sí que se lo dije! Y les insistí en que por favor vinieran en otro momento, pero lo hice mal porque mi madre convirtió esa insistencia en necesidad.

— ¡¿Una necesidad?! ¿Por qué?

— Creo que pensó que yo no quería que viniesen porque sentía vergüenza de que se enteraran de lo mal que vivimos, o algo así. Al final tuve que desistir. Yo creo que regresarán al pueblo en cuanto comprueben que todo está bien. Ya sabes que no les gusta pasar muchos días fuera de su casa.

— Es que yo no estoy en condiciones de soportarlos ni siquiera un día, Fran. Su visita me traerá mucho trabajo y ahora mismo no puedo. Y no

entiendo por qué ella, que en su casa lo hace todo, cuando llega aquí hay que servirla como si fuese una señora.

— Yo tampoco lo comprendo, pero ahora vamos a dormir. No hay solución posible y debemos descansar algo antes de que lleguen.

— Tienes razón: habrá que intentar dormir un poco.

Rosa apoyó la cabeza sobre el hombro de su marido. Durante un rato se deleitaría sintiendo su calor, que le aportaba sensación de seguridad, luego se daría la vuelta para dormir más cómoda y permitir que él también descansara.

Aunque la pena le carcomía por dentro, Fran sonrió. ¡Cómo había cambiado ella! ¡Qué pena que no hubiera sido siempre así! ¡Qué años tan felices podían haber vivido los tres! Lo suyo podría haber sido como lo de Juan y Teresa, o incluso mejor. Demasiado tarde, ya no está la niña, ya es demasiado tarde, demasiado tarde… siguió pensando hasta quedarse dormido.

OceanofPDF.com

XXI

A las nueve de la mañana, puntuales como clavos, Estrella y Pedro llamaban al timbre. Rosa, que no había conseguido dormir y pululaba por la casa desde hacía rato, les abrió la puerta. Sobre el felpudo se encontró con al menos seis bolsas grandes, dos voluminosas maletas, un neceser y su suegra, enfundada en un precioso abrigo color malva, subida a unas botas de plataforma, adornada con kilos de bisutería y luciendo perfectos rizos en su pelo plateado. Rosa se quedó sin palabras. ¿Para qué tanto equipaje? ¿Vendrían para quedarse? ¿Y cómo se presentaba en su casa vestida como una estrella de cine? Su sonrisa desentonaba allí, lo mismo que la ropa. ¿Vendría para quedarse? Buscó la confirmación en cara de Pedro y, en su lugar, se topó con sus gafas de pasta marrón, su nula expresión y su pulcro abrigo gris, a cuyos laterales caían los brazos.

— Estará también mi Fran en casa, ¿no, hija?

A punto estuvo Rosa de responderle que no, que no se hallaba, con la esperanza de que diera media vuelta.

— Está durmiendo. Hemos pasado muy mala noche.

— ¿Cómo dices, hija?

<En vez de tanta bisutería debería comprarse un audífono>.

— ¡Digo que está durmiendo! ¡Dur-mien-do! — gritó.

— ¡Ah, pobrecillo! ¡No grites tanto, hija! Que le vas a despertar y seguramente tendrá mucha necesidad de descansar.

Rosa no daba crédito y, en ese mismo momento, tuvo claro que debía inventar una excusa para no recalar por casa en tanto su suegra permaneciese allí. Serviría cualquiera: compras, ir al médico, al psicólogo, un paseo, lo que fuera; pero si se quedaba en casa con aquella mujer, se volvería loca. Les ayudó a meter el equipaje, cerró la puerta para no despertar a todos los vecinos y les invitó a pasar al salón.

— ¿Aún no habéis comprado el comedor, hija?

Estrella pasaba revista a toda la casa con la cabeza bien alta, la nariz arrugada y un deje de ironía en la mirada.

— No, aún no.

— Ay, hija, esto huele a cerrado. ¿No abrís las ventanas para ventilar?

— Todos los días.

El comentario molestó a Pedro, que meneó la cabeza en señal de desaprobación, sin embargo no se atrevió a meter baza. Alguna vez que había osado hacerlo había salido más que escaldado y sin ganas de repetir. Estrella era una mujer de armas tomar, tenía respuesta para todo y no se amilanaba ante nadie.

— Buenos días.

Fran apareció en el salón con los ojos hinchados, el pelo apuntando en diferentes direcciones, la barba de cuatro días y el pijama desabrochado.

— ¡Dios mío, hijo! ¿Qué te ha ocurrido? — gritó Estrella, llevándose las manos a la cabeza.

< ¡Le parecerá poco lo que ha ocurrido en esta casa! > masculló Rosa.

— Nada, mamá. Es que he dormido mal.

— No me extraña, hijo, no me extraña. Pero… ¿se sabe algo? ¿Es ella?

— No se sabe nada aún, mamá.

— ¿Qué? ¡No te he escuchado!

— ¡Que aún no sabemos nada!

— ¿Y cuándo lo van a saber? Yo creía que estas cosas eran inmediatas. ¿Tanto hace falta para saber si una persona es o no es?

— Pues si, mamá.

Fran trató de eludir el tema.

— Vamos a la cocina. Tendréis ganas de desayunar algo.

— No, hijo, tú sabes que yo no puedo comer cualquier cosa. Y tu padre tampoco.

Con setenta años, Estrella alegaba estar enferma de colesterol, acido úrico, nervios, tensión alta, insomnio y falta de riego. De lunes a viernes se entretenía lamentándose de sus muchos males a todo aquel que quisiera prestarle atención; no obstante, los fines de semana se encontraba algo mejor y sus múltiples achaques le concedían una escueta tregua de tres horas para que asistiera al baile que los jubilados organizaban en el Centro de Día. A regañadientes, Pedro la acompañaba. <Total, son tres horas y ya está contenta para toda la semana> pensaba como consuelo a su suplicio.

— En esta casa no se come “cualquier cosa”, mamá.

— Pero, antes de desayunar, me toca tomar las medicinas de la mañana; y ya sabéis que los viajes me trastornan, por eso el médico me hizo un apunte con lo que me corresponde a cada comida. ¡Encárgate tú, hija!

Abrió la maleta para extraer una bolsa de supermercado repleta de medicinas. Rosa miró a Fran y, al verle asentir, de mala gana tomó el papel que le tendía Estrella, lo leyó, seleccionó las pastillas correspondientes a la mañana, llenó un vaso de agua en el fregadero y se lo acercó a su suegra. Estrella correspondió con mirada porcina y pícara.

— ¿Qué desayunáis? — preguntó Fran dirigiéndose a su padre.

— Ella toma leche de soja con té y una tostada sin mantequilla; y yo un par de piezas de fruta. Kiwi y manzana, si es posible. Pero ¿por qué no vamos todos a desayunar al bar que hay aquí debajo? Por un día que tomemos otra cosa no nos va a pasar nada.

Pedro no se quedaba muy atrás en lo que achaques engorrosos se refiere. Con setenta y cuatro años padecía de parkinson y problemas de próstata que le obligaban a visitar el inodoro más de veinte veces durante la noche. Acostumbrado a la sordera de Estrella, lo hacía sin miramiento alguno ni respeto por el descanso ajeno. Con él en casa, un sinfín de ruidos desplazaban al silencio de la noche: chirriar de puertas, encendido de luces, goteo de la cisterna, etcétera. Por lo demás, era un hombre prudente y poco hablador.

— No te preocupes, papá. Tengo lo necesario para daros el desayuno, fuimos previsores e hicimos la compra pensando en vosotros.

— ¿Seguro?

— Seguro. Pero después Rosa y yo tenemos que salir, ya sabes…, gestiones... Vosotros os quedáis aquí, calentitos en casa, que está un día muy malo para andar por ahí.

Rosa le agradeció el rescate regalándole un esbozo de sonrisa. ¡Apenas podía creerlo! ¡Cientos de veces habían discutido por ese motivo! “Pero si sólo son un par de horas” “Si es sólo durante la comida del domingo” “¿No podrás aguantar ni una hora siquiera? ¿No puedes hacerlo por mi?” protestaba cuando ella intentaba evitar la compañía de Estrella y Pedro.

<Le invitaré a tomar un chocolate caliente en aquella confitería del centro, la que a él tanto le gusta> proyectó ella.

— Pero… si nosotros hemos venido para haceros compañía. ¿Cómo se os ocurre marchar y dejarnos aquí solos? ¡Iremos los cuatro! A tu padre y a mi también nos conviene dar un paseo, que traemos las piernas agarrotadas de viajar en ese viejo autobús.

Emocionada, Estrella se había olvidado del desayuno y se disponía a coger el abrigo.

— ¡Que no, mamá, que no! No podéis acompañarnos. Hace mucho frío y no os conviene salir. Además, si vamos solos estaremos de vuelta mucho antes.

Estrella volvió a dejar el abrigo en el respaldo de la silla y se sentó de nuevo, aunque de mala gana.

Y Rosa sonreía, divertida, al ver a su marido afanarse en la búsqueda de la comida del desayuno. A toda prisa abría los armarios de la cocina en busca del pan para hacer las tostadas, la leche de soja y la fruta. El desayuno siempre lo preparaba ella y Fran no tenía ni idea de donde guardaba las cosas. Además, para eso siempre había sido un desastre: nada quedaba en su lugar. Salvo los sábados, que le resultaba imposible, ella prefería hacerlo de propia mano antes que delegar en él. Así se evitaba un triple trabajo: indicarle lo que debía que cocinar, dónde encontrar los ingredientes y luego devolver las cosas al lugar que usualmente ocupaban en los armarios.

Y Estrella, que de tonta no tenía ni un pelo, estaba más mosqueada que un pavo en Navidad. Miraba hacia el uno y hacia la otra tratando de descifrar lo que estaba pasando allí.

— ¿Y a dónde tenéis que ir en una mañana en la que todo el mundo está de puente?

La pregunta pilló a Fran desprevenido y hubo de tomarse su tiempo para meditar la respuesta. No podría argumentar que acudirían a una manifestación para exigir la vuelta a casa de Nerea, porque ella se apuntaría también, para hacer bulto y porque para eso era la abuela. Si alegaba que la visita era a la Comisaría, sería su padre el que no querría perdérsela. Desde que hiciera el servicio militar en Ceuta — cuya historia completa habían sufrido miles de veces Fran y muchos otros — mantenía subido a un pedestal todo lo relacionado con las fuerzas del orden. Tampoco podría poner como excusa que iban a visitar a unos amigos porque de sobra sabían sus padres que no tenían amigos, que desde que se casaron habían ido cortando los lazos con los pocos que aún conservaban porque mantenerlos implicaba salir y gastar, y de esa manera nunca llegarían a comprar piso propio.

— ¿Te has quedado mudo, hijo?

— ¿Qué decías, mamá?

— Te he preguntado que a dónde vais a ir en un día de puente.

— Estamos citados con una periodista. Nos va a hacer una entrevista sobre la desaparición de Nerea.

Estrella sonrió con la mirada: no había tragado el anzuelo.

— Esos periodistas… venga hurgar en el dolor ajeno.

— Así son, mamá. Pero, si no les concedemos la entrevista, no nos dejaran en paz. — precisó Fran mientras dirigía a Rosa una mirada cómplice. Ella había aparecido de nuevo en la cocina, lista para salir.

Él tardó nada y menos en cambiar su atuendo de andar por casa por un pantalón vaquero, una camisa, el anorak y coger a su mujer de la mano para guiarla hacia la puerta de salida. Estrella se percató del gesto y les miró

extrañada. No recordaba ver a aquellos dos cogidos de la mano desde el día de la boda. Meneó la cabeza y miró a Pedro, que pelaba su kiwi sin enterarse de la misa la media.

Parecían dos adolescentes intentando burlar la vigilancia de sus padres para hacerse con el trofeo de pasar un rato a solas. Unidos por las manos, sonreían y se dirigían mutuas miradas de complicidad. Y no mudaron el gesto hasta que, nada más llegar al portal, se encontraron de frente con la vecina del segundo, que entraba con una barra de pan en la mano y les miró horrorizada antes de meterse en el ascensor a toda prisa. No les costó adivinar cual había sido el pensamiento que precedió a aquella cara de espanto: "¡con lo que está pasando en su casa y tienen humor para bromitas!". Tomaron conciencia de la realidad de su situación, congelaron las sonrisas y desenredaron las manos.

— ¿A dónde vamos? Les dije que teníamos una entrevista con un periodista.

— ¡Ya te oí!

Rosa se atrevió a volver a sonreír para su marido.

— ¿A dónde vamos, entonces?

— Yo había pensado en ir a tomar un chocolate a aquella confitería a la que fuimos una vez con Manuel y Ana, los de Arriondas ¿Te acuerdas?

— ¡Sí que me acuerdo! Fue hace mucho tiempo. — añadió Fran con nostalgia, y con la sensación de que, a pesar de que habían transcurrido años, a él le parecía que había sido ayer.

— Yo creo que de eso hace más de cinco años, ¿verdad?

Rosa buscaba, sin éxito, algún acontecimiento especial al que ligar aquella excepcional salida, para poder fecharla con la máxima exactitud posible. Fran callaba. También rastreaba ese dato sin éxito. Su vida había transcurrido exenta de fechas que señalar y que después evocar.

— No lo sé, no me acuerdo bien. Es decir, me acuerdo de que fuimos pero no de cuándo fue. Pero el caso es que hoy me apetece volver allí. Paso por el quiosco a comprar el periódico y nos vamos.

— Ya sabes que no me gusta la prensa pero…

— A mi tampoco, pero no puedo aparecer por casa con las manos vacías. No puedo decirles que concedemos entrevistas si luego no leemos los periódicos. Bueno… al menos eso creo yo…

La prensa dramatizaba, les atribuía palabras que nunca habían salido de su boca y comparaba el caso con el de otras jóvenes desaparecidas en similares circunstancias y que habían desembocado en final trágico. Los periódicos eran jueces implacables: dictaban para Nerea la muerte como única sentencia y después la anunciaban en grandes titulares de los que resultaba imposible evadirse.

Caminaron hacia la izquierda, hacia el campo de fútbol Manuel Díaz Vega. Cruzaron la calle y se dirigieron al kiosco. Fran entró, Rosa esperó fuera. Ni un alma por la calle. La gente había huido en estampida para disfrutar de los días festivos lejos del barullo de la ciudad.

— ¿Tres periódicos?

— Uno local y dos nacionales. Voy a echarles un vistazo, luego cogemos el coche y vamos a la confitería esa.

Fran caminaba delante con los noticieros bajo el brazo, Rosa le seguía. A menos de cien metros estaba la parroquia Santa Eulalia, dotada de bancos donde sentarse cómodamente a ojear la prensa con el tiempo como aliado: el sol se había escapado de los nubarrones e intentaba dominar el cielo. Con un pañuelo de papel secaron las gotas de lluvia en uno de los asientos y se acomodaron. Fran desplegó el diario local.

“Localizan desnudo un cadáver que podría ser el de Nerea Iglesias” anunciaba la portada.

Rosa se aferró a la mano de su marido. En su interior acababa de abrirse paso un dolor que le cortaba la respiración y le quemaba las entrañas. Fran no se enteró. Metido como estaba de lleno en la lectura pasó directamente a la página número cinco, donde un amplio artículo narraba con pelos y señales el macabro hallazgo.

Rosa lanzaba rápidas ojeadas al periódico para luego apartar la vista de repente. En ese ir y venir de miradas furtivas trataba de buscar entre las

líneas alguna duda o contradicción que echara por tierra el titular que aparecía en letras grandísimas y negras. Miró a Fran. Él estaba absorto en el artículo y se había quedado lívido. Ella notaba su preocupación a través del temblor que le transmitía su mano. Decidió leer también el artículo entero, como si con ese gesto le ayudara a sobrellevar lo que fuera que allí dijese y que le estaba afectando tanto.

— ¡Dios mío, Fran! ¡Mira lo que pone aquí! Dice que los "peores presagios del entorno familiar y amistades de Nerea Iglesias podría haberse cumplido si finalmente se confirma, como todo apunta a que así sea, que el cadáver hallado es el de la joven".

Fran buscó la mirada de su mujer durante un instante y luego continuó leyendo. No sabía qué responderle, ni a ella ni a sí mismo. Hacía tan sólo unos minutos que ambos se habían fugado de casa a la carrera, jugueteando con las miradas y sonriendo, ajenos a la realidad, casi convencidos de que su hija no estaba muerta y de aparecería por casa en cualquier momento. Ahora aquel periódico les arrojaba un cubo de cruda realidad en la cara.

"La autopsia se realizará hoy" comunicaba un pequeño titular escrito en negrita y enmarcado dentro del artículo. Debajo, en letra más pequeña, se reiteraba la "casi certeza" de que se trataba del cadáver de Nerea Iglesias López, a la espera de que la autopsia lo confirmara definitivamente.

— Pero… el policía dijo que para saber si es ella o no, tienen que hacer la prueba del ADN, ya sabes la que nos tomaron con eso que parece un bastoncillo de limpiar los oídos, y que eso tarda dos semanas.

Rosa rebuscaba entre los argumentos disponibles, tratando de encontrar un hilo de esperanza al que aferrarse.

— Ya sabes que no hay que hacer caso a los periódicos, que exageran mucho porque tienen que vender.

Fran demoró la respuesta y no la entregó hasta haber medido bien la frase, para protegerla de las palabras que contenía; pero ella supo leer entre los renglones de su indecisión.

— No nos engañemos más, Fran. Aquí aseguran que es ella.

— Pero… ¿no decías que no podía ser ella? Lo has mantenido durante todo el tiempo.

— No sé, Fran. No sé qué me está pasando, pero ahora estoy segura de que se trata de nuestra hija.

Mientras respondía, ella le lanzó una mirada, directa a los ojos, que a Fran le metió el miedo en el cuerpo. No supo muy bien lo que había visto en ellos, pero lo que sí estaba seguro era de que jamás nada ni nadie le había transmitido tanto terror.

— No lo saben, dicen que podría ser ella, pero no lo aseguran. Yo creo que los periódicos quieren vender. No, no es ella, sólo quieren vender. — atajó Fran, negando rotundamente con la cabeza y levantando la barbilla. Hasta consiguió esbozar una breve sonrisa.

Fran sabía que en esos precisos momentos resultaría muy perjudicial pronunciar una palabra o emitir un gesto que dejara al descubierto el temor que en realidad sentía. Rosa estaba a punto de caer enferma, si no lo estaba ya. Apenas comía ni dormía, a pesar de que cada ocho horas tomaba el ansiolítico recetado por el médico de cabecera; y él se aseguraba de que así fuera, pero ni con esas había conseguido sacarla del estado de ansiedad que la invadía. Rosa pasaba horas y horas acostada en la cama pero resultaba evidente que, bajo esa quietud, algo la estaba devorando por dentro. No era ni la sombra de lo que había sido. Antes de desaparecer su hija era una mujer robusta, con las mejillas tan sonrosadas que no necesitaba ponerse colorete para lucir aspecto saludable, transmitía fuerza y brío en cada uno de sus movimientos, e incluso cuando estaba durmiendo daba la sensación de que en cualquier momento podía activarse para poner las cosas en orden haciendo uso de aquel poderío y mal genio que la caracterizaba. Ahora, en cambio, era una mujer aplacada, había perdido al menos diez kilos de su peso en las últimas dos semanas, se envolvía con una piel blanquecina, casi traslúcida y parecía un espantajo bajo aquellas ropas de las que le sobraban tres tallas.

— Pero Fran… ¿no ves que aquí prácticamente aseguran que se trata de nuestra hija?

Fran tragó saliva, alzó de nuevo la cabeza, sacó pecho y echó barbilla al frente.

— Los periódicos tienen que vender y escriben lo que les parece que vende, pero en ningún sitio aseguran que sea Nerea, si no que “podría ser”, que “con toda probabilidad”, etcétera. Ellos ponen esas cosas como gancho para que la gente compre, pero no aseguran nada porque no pueden.

Rosa se calló. Quería creer que lo que acababa de escuchar era cierto.

Fran la observó mientras plegaba el periódico con sumo cuidado, evitando dobleces en las hojas. Una vez más, se sorprendió ante la metamorfosis de su esposa. Esa delicadeza en los actos no era propia de la mujer enérgica, llena de vida y mala leche, que le había acompañado como pareja — sólo a los ojos de la gente — durante los últimos quince años de su vida. En dos semanas se había convertido en una persona frágil, a punto de romperse y desaparecer. Y él no quería que eso ocurriese precisamente cuando había descubierto que tras la Rosa malhumorada se escondía la mujer que él siempre había deseado que fuera.

— ¿Aún te apetece tomar ese chocolate? — preguntó ella con voz casi inaudible.

Él sabía que estaba fingiendo haber sido derrotada por las contundentes razones que él había esgrimido pero que, sin embargo, no era así: la delataba aquella voz quebrada que intentaba abrirse paso hacia el exterior y lo conseguía a duras penas.

— ¡Pues claro, mujer! ¡Para una ocasión que se nos presenta…!

El centro de Oviedo se había vestido de Navidad. El color dorado invadía las calles. Habría suficiente para rebozar la cúpula de San Pedro.

Otros años, Rosa también había adornado un poco la casa. Sin demasiada ilusión, sacaba del trastero algunas cintas y bolas en diversos colores; las colocaba aquí y allá, sin preocuparse demasiado por la estética, procurando terminar pronto con aquel engorro que se añadía a unas fiestas

que sólo traían prisas, gastos y cenas en compañía de padres o suegros que contaban batallitas acontecidas hacía más de medio siglo. A ella le hubiera gustado asistir a un cotillón, con todo lo que ello conlleva: adquirir un vestido como los que lucen las chicas de los anuncios navideños, pasar las horas anteriores al gran evento en la peluquería, maquillarse y descansar para que la piel luzca con el máximo resplandor. Detestaba quemar entre fogones las tardes de Nochebuena, Navidad, Año Viejo y Nuevo; las principales fiestas, nada más y nada menos. Cuando llegaba la hora de sentarse entorno a la mesa estaba agotada de tanto cocinar y más la agotaba aún el pensar que, al término de la comida, tendría que fregar y recoger todo aquello. No disponía de humor para arreglarse ni de dinero para vestidos y, generalmente, despedía el año viejo y recibía el nuevo enfundada en un viejo chándal plagado de manchas de aceite, chocolate y demás.

— ¿Pasaremos la Nochebuena con mi madre, como todos los años? — preguntó Rosa con voz mimosa.

— No me apetece mucho. Si todo se arregla, cambiaremos la rutina.

Año tras año, con paciencia y fingido interés, Fran había soportado los interminables relatos de Darío y de su suegra describiéndole sus reiterados viajes a Benidorm con todo lujo de detalles, tanto que abarcaban desde los entremeses hasta bien pasados los postres: trayecto, comidas, paseos, bailes… nada escapaba a su prodigiosa memoria. Y cuando a Darío se le terminaba el repertorio llegaba el turno de Alejandro, el hermano de Rosa, cuyo tema favorito era la prosperidad de sus variados negocios. Y Fran estaba harto. Estaba más que harto. Asomaban los bostezos en su boca sólo de pensar en otra Nochebuena así

— A lo mejor este año viene también Inés.

— No lo creo. Hace años que no la vemos, desde que comenzó con los achaques de asma.

Inés, esposa de Alejandro y cuñada de Rosa, procuraba no cruzar el puerto de Pajares, poniendo como excusa que el húmedo clima asturiano estaba absolutamente contraindicado para sus problemas de asma.

— ¿El asma? ¡La limpieza, querrás decir!

Rosa sonrió. La obsesión de Aurora, su madre, por la limpieza mantenía a las visitas bien alejadas. Al momento se puso seria y entornó la mirada hacia el suelo.

— ¿Qué ocurre? Si te hace ilusión, cenamos con ella, como todos los años. Por mi no hay problema. — acató Fran.

— No es eso…

— ¿Qué es, entonces?

— Que acabo de acordarme de cuando Nerea era niña y había que aleccionarla antes de entrar en casa de mi madre.

“Si vas al baño, no te olvides de tirar de la cadena, ni dejes la tapa subida; no uses la toalla y, si la usas, déjala doblada tal y como la encontraste; no cojas ningún vaso, ni para beber agua, que luego lo posas por ahí y queda el cerco; siéntate en la esquina del sofá, sin desordenar los cojines, no te acerques a las camas, pon cuidado para no descolocar las alfombras”. La niña trataba de asimilar la sarta de precauciones, asustada, preguntándose qué ocurriría si, por olvido o descuido, infringía alguna de aquellas normas. Finalmente, temiendo grandes represalias caso de no atenerse a las normas, permanecía sentada en una silla en la cocina, sin moverse, hasta que sus padres decidían que había llegado la hora de regresar a casa.

— Este año será lo mismo que todos los años, ya lo verás. Ella estará de vuelta.

Rosa volvió a sonreír.

— ¡Y la Nochevieja con tus padres, comiendo coliflor y patatas con bacalao!

Entraron en la confitería riendo a boca llena. Se sentaron al fondo, lejos de la puerta que permanecía abierta y echaba bocanadas de aire frío. Se acercó una camarera. Fran miró a Rosa y ella a él. No sabían que pedir. No tenían costumbre de salir. Ella se encogió de hombros. Él improvisó.

— Dos chocolates, por favor.

— ¿Desean algo más?

— No, nada más.

Miraban todo con asombro. A su lado una pequeña hornacina, dentro de la hornacina un hórreo asturiano que parecía tallado a mano. ¡Qué lograda estaba la ristra de espigas de maíz! ¡Qué bonito su color amarillo! A juego con el tejado de paja. ¡Y las mesas! ¡Debajo del cristal había corchos de botellas! Muchos corchos. ¡Estaba decorada con corchos! ¡Y qué limpio estaba todo! Relucían los cristales de las mesas y el espejo labrado de la pared derecha, que ampliaba enormemente la estancia. Y el olor a chocolate, a café, a bollería… Se les hacía la boca agua. Quizá deberían haber pedido algo de comer.

— ¡Me encanta este sitio! — alabó Rosa sin dejar de observar cada detalle.

Fran asintió. Estaba contento, se encontraba a gusto con el lugar y con la situación. Tenían que haber ido más veces pero… siempre lo mismo: la hipoteca. Hacía años que no se permitían el lujo de entrar en una cafetería, mucho menos ir al cine o salir a cenar. Cada céntimo contaba. Y en el momento de firmar la hipoteca se habían topado con que no habían echado bien las cuentas y, tras sumarle el importe de los impuestos, el piso resultaba mucho más costoso de lo que en principio habían calculado; amén de que la vivienda estaba vacía y había que dotarla de lo necesario, al menos. A partir de entonces el más pequeño capricho quedó prohibido en aquella casa y todos los extras que endulzan algo la vida fueron borrados de sus prioridades. Permaneció la cerveza que Fran se tomaba con sus compañeros algunos viernes, y eso a costa de muchas horas de negociación. Rosa sacrificó las cremas de la cara, las mascarillas del pelo y los perfumes; que no regresarían al armario del cuarto de baño hasta que ella se las ingenió para hurtarlas en el centro comercial, con el visto bueno de Fran, que fingía no verlas pasar de la estantería del supermercado a los bolsillos de la chaqueta de su mujer.

OceanofPDF.com

XXII

Núñez ocupó la mañana del día de la Inmaculada trabajando en su despacho, intentando dar con un hilo del que tirar para desenmarañar la complicada madeja que era el caso de Nerea Iglesias. Por toda compañía una pequeña radio que rara vez salía de la taquilla y que funcionaba cuando le venía en gana. Mas allá de su despacho, silencio y puertas cerradas con llave. De vez en cuando se escuchaban los pasos del algún compañero que prestaba servicio de Incidencias. Por lo demás, la Brigada de Policía Judicial al completo estaba disfrutando del día festivo.

A eso de las dos de la tarde, cansado de rebuscar entre las líneas del expediente, de pelear con aquella vieja radio y de tiritar frío — los fines de semana no encendían la calefacción — se marchó a su casa convencido de que el trabajo se había hecho bien, de que no quedaba ningún cabo suelto en la investigación y de que, en tanto no llegara la contestación de Telefónica y el informe de Policía Científica, nada hacía allí porque nada quedaba por hacer.

En su casa no le esperaba nadie, como siempre. Sus padres continuaban en Lugo y no tenía a nadie más, tampoco amigos íntimos de quien tirar en esos casos. El trabajo en la policía le había presentado ocasión para conocer a muchas de las personas, con las que después coincidía a menudo y hasta le daban pie para conversar durante unos minutos sobre temas tan socorridos como el tiempo, el Gobierno o la crisis; pero el resultado final era que tenía muchos conocidos pero carecía de amistades y su teléfono sólo sonaba por asuntos de trabajo o cuando sus padres le llamaban.

Comería algo y mataría las horas de la tarde construyendo la maqueta de un barco militar que había comenzado hacía al menos medio año y allí seguía por falta de tiempo para terminarla. Esa actividad beneficiaba su salud, sobre todo la mental, porque le proporcionaba horas en blanco, con la mente alejada del trabajo, de la soledad y del irreversible hecho de que sus padres eran lo suficientemente ancianos como para resultar inconveniente

que continuaran viviendo solos, al cuidado de dos asistentas. Pronto se vería obligado a trasladarse a vivir con ellos, para cuidarles, para no delegar toda su asistencia en manos ajenas. Por otro lado estaba la jubilación, que se acercaba con pasos de gigante y le pillaría sin planes, sin segundas alternativas, sin compañía con quien matar el tiempo libre y, lo que era aún peor, sin estar mentalizado para ello.

La jubilación le asustaba. Temía la llegada de ese último día, cuando las horas están contadas, cuando es un hecho que al día siguiente ya no es posible el regreso aunque uno lo quiera. Así se lo dictaba la experiencia. En los arrabales de la memoria guardaba el resignado gesto del primer compañero al que vio marcharse, jubilado.

Había acontecido hacía muchos años, cuando él aún era tan joven y tenía tantos proyectos profesionales en mente que le parecía que ese último día laborable no llegaría jamás. Por aquel entonces la jubilación era un puerto al que se dirigía, como todos los demás, pero del que le separaba un inmenso mar que tardaría muchísimos años en cruzar. No merecía la pena ni pensar en ello. Sintió pena por aquel compañero que cargaba con sus pertenencias dentro de una bolsa de basura que arrastraba de despacho en despacho para despedirse de los que aún regresarían al día siguiente y al otro. Llamaba a cada puerta con gesto tímido, como si aquella ya no fuera su casa, aparcaba la bolsa fuera y entraba para estrechar manos. Los visitados le deseaban todos los parabienes del mundo, él se encogía de hombros para darles a entender que no había otra alternativa, que había llegado el momento. Por la expresión que aquel hombre llevaba escrita en la cara, Núñez quedó convencido de que era un policía vocacional (como él, que había entrado en la policía contra viento y marea, desafiando los consejos de sus padres) y que no deseaba irse definitivamente para su casa. Sintió lástima mientras contemplaba la bolsa de basura (medio llena o medio vacía, según se mire) aparcada al lado de la puerta. Se preguntaba si cabría allí toda una vida dedicada al servicio de los demás. Le parecía una ironía emplear semejante envoltorio para llevarse lo poco que quedaba de toda una vida profesional. Lo poco que quedaba físico, porque los recuerdos y las experiencias vividas podrían llenar toda una existencia.

Después de ese día había visto marcharse a cientos de compañeros, algunos también con bolsas de basura, otros con maletas, pero ninguno le había impactado tanto como el primero. Quizá porque, con el transcurso de los años, lo había ido asumiendo como un proceso normal, como algo inevitable.

Mucho después, cuando contaba más de veinte años de carrera profesional, aquellos que se marchaban le provocaban una sana envidia, porque les atribuía una vida dichosa, con todo el tiempo libre del mundo. No necesitaba realizar grandes esfuerzos para imaginarlos disfrutando de todas las situaciones idílicas posibles: paseando por playas desiertas donde recibían amaneceres y despedían atardeceres ajenos al discurrir del reloj, leyendo relajadamente en terrazas de cafeterías, viajando a cálidos destinos durante el invierno o dedicados a varios hobbies a cada cual más entretenido.

Después del "mucho después", a medida que se iba acercando su último día de trabajo, ese paso se le antojaba una condena, una condena a la soledad definitiva. Por eso no se permitía pensar en ello. Con resignación, suponía que, cuando llegase el día, lo afrontaría sin más y que acabaría pasando el tiempo planeando a qué dedicar todo su tiempo. De momento, problemas mucho más acuciantes requerían su dedicación.

De momento, peor que la jubilación era el hecho de estar ocultando información. ¿Y si lo descubrían? Pero… ¿cómo podría eso ser posible? De ninguna de las formas, salvo… salvo que revisaran la fotografía del chico al igual que él lo había hecho en su momento, y prestaran atención a la matrícula, y la comprobaran en la base de datos y… ¡No tendría que haber compartido esa información con Alberto, ni con Juanjo! Podrían irse de la lengua. Pero ya era demasiado tarde para rectificar. Si, esos es: era demasiado tarde, nada se podría hacer. Claro que lo de la seguridad de Nerea ya no tenía razón de ser, no tenía sentido callar por ese motivo. Seguro que la muerta es ella. ¡Claro que es ella! No hubo más desapariciones de mujeres jóvenes en Oviedo ni en la provincia. Pero debería mantenerse callado de todos modos. ¿Cómo explicarles que desde hace días sabe que el sospechoso podría vivir en Logroño? ¡Le fusilarían si llegaran a tener conocimiento! Claro, ahora no podría ir con el cuento de

que lo sabía desde hace días y no dijo nada. Tampoco argumentar que se le pasó por alto, o quedaría como un idiota.

Estaba sudando, se llevó la mano a la frente, luego la miró. ¡Qué asco! Húmeda como un reguero. La limpió en el pantalón, luego chasqueó los dedos, después fue a la cocina a beber un vaso de agua, la garganta le abrasaba.

El jueves diez de diciembre amaneció lluvioso. Del cielo caía el agua como si la tiraran con cubos y Núñez se coló en la Comisaría corriendo, envuelto en su gabardina y tapando la cabeza con un portafolios de plástico. Subió las escalones de dos en dos. No lo hacía por prisa, sino por costumbre y también porque su cuerpo, delgado y ágil, se lo permitía; pero también porque le gustaba, a sus años, hacer alarde de la energía propia de la juventud.

Como de costumbre, el despacho estaba vacío y tardaría al menos media hora en llenarse. Era el momento más tranquilo del día, el mejor. Más tarde, el silencio, tan necesario para trabajar bien y a gusto, se vería invadido por un ir y venir de policías de aquí para allá, entrando y saliendo, con prisa y sin ella, con detenidos o solos; el teléfono no pararía de sonar para esto y para lo otro, el fax, el ordenador, los jefes y todo lo demás. Se estresaba sólo de pensarlo. No pudo esquivar la idea de que quizá la causa de que le molestara en demasía todo aquel barullo de gente obedecía al hecho de que se estaba haciendo viejo y realmente necesitaba la jubilación.

Apenas un cuarto de hora más tarde entró el Secretario de la Brigada portando un sobre en la mano. Le dio los buenos días y extendió la mano para tomar lo que supuso era para él. El Secretario era un hombrecillo gris, de aspecto insignificante, que miraba el mundo por encima de unas gafas sin montura y que a Núñez nunca le había parecido persona de fiar y le caía como una losa de plomo, si bien tenía que reconocer que su opinión no se fundamentaba sobre hechos consolidados sino en que el susodicho mantenía un tipo de conducta que él consideraba como “anormal”, en el aspecto de que no se correspondía con la común del resto de las personas. Le resultaba

extraño que, tras más de treinta años de servicio en aquella Comisaría, nadie conociera ni el más insignificante detalle acerca de su vida privada. No se sabía si estaba casado, si tenía hijos, dónde vivía ni a qué dedicaba su tiempo libre; no tenía de amigos en la Comisaría y parecía no importarle no tenerlos. Se limitaba a cumplir con su trabajo para luego, supuestamente, regresar a una vida de la que nadie sabía nada. El Secretario contestó a los buenos días, le extendió el sobre y dio media vuelta.

Lo remitía la Compañía Telefónica. Lo abrió sin contemplaciones. Ansioso por contrastar la información que traía, pasó por alto toda la parafernalia alusiva a la Ley de Protección de Datos y fue derecho al grano. Frunció el ceño y respiró hondo al confirmar que el domicilio desde el que se habían enviado los chats estaba enclavado en la capital riojana. Encendió el ordenador de inmediato, accedió a Internet, insertó en Google Maps la Calle de los doctores Castroviejo. Número 10. Modo satélite. Grandes edificios a un lado y al otro de una calle céntrica. Siguió navegando, a la búsqueda de más datos. Las señas conducían a la cafetería “Mediapinta” de Logroño. Justo enfrente, la Comisaría de Policía.

En ese momento entran Juanjo y Alberto, chorreando agua de lluvia y dejando un reguero a sus espaldas.

— ¿Alguna novedad? — preguntó Alberto, mientras se quitaba el anorak y lo sacudía allí mismo, con riesgo para todos los papeles que esperaban sobre las mesas.

— Ha llegado la información de Telefónica.

— ¿Y…?

— Y el sospechoso se ha conectado desde una cafetería de Logroño, o sea, que puede que no tengamos nada, nada de nada.

— ¡Hay que joderse! ¡Ese tío sabe hacer las cosas!

A Núñez se lo estaban llevando los demonios al verle bañar la documentación que tan cuidadosamente tenía dispuesta sobre la mesa.

— ¿Por qué no te quitas la ropa en el pasillo? ¿No ves que estás mojando todo esto? — protestó cuando ya no pudo callar más.

— Tiene razón, Jefe, pero ahora ya he terminado. No me voy a quitar más ropa porque este cuerpo serrano debo reservarlo enterito para mi Antonia.

Aunque no le picaba, Núñez se rascó la cabeza con ganas. La jornada no podría haber comenzado peor, y no sólo por la lluvia. Preveía que iba a ser uno de esos días en los quedarse en la cama habría sido la mejor de las decisiones.

— ¿Tiene por aquí la información? — preguntó Alberto, revolviendo en los papeles con las manos mojadas.

— ¡Espera, espera! ¡Deja eso! Anda, ve al baño a secarte y luego lo miramos.

— ¿Puedo verlo yo, Jefe? — intervino Juanjo, que volvía de secarse en el cuarto de baño.

Resultaba extrañó ver a Juanjo tan solícito y dispuesto, pero mejor sería no preguntar nada, por si acaso. Le tendió la documentación remitida por Telefónica y continuó buscando información en el ordenador.

— Se conectaba entre tres y cinco de la tarde, salvo los últimos días, que lo hacía de cinco a siete.

— ¡Eso ya lo sé yo! Si no aportas nada más…

Núñez se arrepintió de haber abierto la boca nada más terminar de pronunciar aquella frase. Definitivamente, se había pasado de la raya. Resopló con fuerza. Alberto le había sacado de quicio. Y no sólo Alberto, aquel caso le estaba minando la moral porque se complicaba por momentos. A medida que iba recibiendo más información, más se daba cuenta de que el individuo que buscaban era inteligente, muy inteligente, y de que había tomado todas las precauciones habidas y por haber. Una cafetería ubicada en el centro de una ciudad, de cualquier ciudad, suele estar muy transitada, y más a esas horas de la tarde, cuando la gente acostumbra a hacer un receso para tomar el café de sobremesa. Y con tan sólo la descripción física aportada por dos chicos adolescentes, poco podrían adelantar interrogando a los camareros ya que, de tan común, coincidiría con la de docenas de clientes. Aún así, habría que intentarlo.

Entretanto, Juanjo ojeaba la documentación, serio, quieto, algo ruborizado, los mofletes abultados atestiguando su esfuerzo por contener el enfado.

— De todas formas, hay que poner al corriente a la Brigada de Policía Judicial de Logroño, para que realicen gestiones en esa cafetería. ¿Puedes encargarte tú? — le preguntó a Juanjo, suavizando a propósito el tono de voz para intentar restar importancia al desaire anterior —. Diles también que no deben hacer declaraciones al respecto, que no se filtre nada porque el Juez ha decretado ayer el secreto del sumario. Se me ha olvidado comentároslo, pero así fue. De todas formas, los Jefes ya están al tanto…

Juanjo parecía no haber recibido ni una palabra; y Núñez, cabizbajo, continuó ojeando la pantalla del ordenador y fingiendo que no había pasado nada.

— ¿Les llamo ahora? — preguntó Juanjo pasados unos minutos.

— Si, cuanto antes. Usa mi teléfono si quieres. Yo te busco el número en la web y, si necesitan alguna aclaración, no dudes en preguntarme.

Juanjo no respondió. Quería restar importancia al asunto pero al mismo tiempo dejar claro que se sentía ofendido. Con la cabeza gacha se sentó en una de las dos sillas que había frente a la mesa del Jefe, acercó el teléfono y esperó a que le facilitara el número que debía marcar.

El policía de la centralita le atendió raudo al otro lado de la línea.

— Comisaría de Logroño, dígame.

— ¿Podría ponerme con la Brigada de Policía Judicial?

— ¿Con qué grupo?

— Con el que lleve desapariciones y homicidios

Contestaron al cuarto timbre.

— UDEV, dígame…

Tras la inevitable presentación, Juanjo expuso el caso con cuanto detalle le permitió su memoria, sin consultar documentos. Al otro lado de la línea, una policía llamada Beatriz hacía notar su presencia con un “ah” o un

“¿si?” que iba soltando de vez en cuando. Supuestamente, estaba anotando a toda prisa la información que recibía.

— ¿Puedes remitirme por fax una copia de la denuncia, la documentación facilitada por Tuenti, Telefónica y todo lo que tengáis sobre el caso? Aunque he tomado nota, nos resultaría más sencillo analizarlo si disponemos de la documentación. — expuso Beatriz.

— Por supuesto, dame el número de fax y ahora mismo te lo envío.

Juanjo hablaba y anotaba sin mirar a Núñez. El Jefe simulaba no estar atento.

— Y entonces… ¿queréis que vayamos a la cafetería y preguntemos por un hombre de estas características que, desde hace dos meses, se conectaba todos los días entre tres y cinco de la tarde, salvo los últimos días, que lo hacía entre cinco y siete de la tarde? ¡Habrá docenas de ellos! — preguntó Beatriz, algo contrariada.

— Puede ser, pero es una gestión necesaria. Quizá algún camarero se haya fijado en él o puede que incluso le conozca. — repuso Juanjo.

Núñez apuntó en voz baja que la gestión corría prisa, pues había aparecido un cadáver que, probablemente, resultara ser el de la chica desaparecida.

Juanjo memorizó y reprodujo fielmente las palabras de su jefe.

— ¿Algo más?

— Espera un momento… ¿algo más, jefe?

— Sí, diles que te den la dirección de correo electrónico de su Grupo porque les vamos a remitir una fotografía, que es la que el sospechoso le envió a la víctima y, aunque existen muchas probabilidades de que no le pertenezca, quisiera saber si se trata de la calle del Portillejo, o de otra que reconozcan. — apostilló Núñez.

El Jefe hablaba rápido; a Juanjo le costó repetir sus palabras sin desviarse.

Tras la despedida, Juanjo se dispuso a ordenar la documentación del caso para remitirla por fax. En ese momento entraba Alberto, seco y

sonriente.

— ¿Me he perdido algo?

— Voy a mandar este fax a Logroño, cuando vuelva te lo explico y sino pregúntale al Jefe, él te dirá lo que hay.

— ¡Caramba, cuánto misterio! Me ausento dos minutos y ya resolvéis el caso vosotros solitos. Si no hay como dejaros solos…

— ¡Ve comenzando a redactar el atestado! No estaría de más que fuéramos ganando algo de tiempo — ordenó Núñez, sin apartar la vista del ordenador. Estaba repasando la ubicación de la cafetería y calles adyacentes.

— ¿Comienzo con una diligencia inicial haciendo referencia a la denuncia y a las Previas del Juzgado? — preguntó Alberto, más por deferencia y costumbre que por otra cosa, pues llevaba redactados más atestados que un ayudante de Notario escrituras.

— Por supuesto. En la diligencia inicial haces referencia a eso que has mencionado y en las siguientes a la solicitud de Mandamiento para Tuenti, la contestación, la solicitud de Mandamiento para Telefónica, la contestación y también a las gestiones que hemos encargado a Logroño.

— ¡Enterado, Jefe!

— Que te eche una mano Juanjo, cuando venga.

Quería mantenerlos ocupados durante toda la mañana y, sobre todo, alejados de aquel minúsculo despacho que, de momento, le pertenecía. Estaría mejor solo porque el día se presentaba largo y tortuoso, y era conveniente afrontarlo lo más relajado y descansado posible. Además, de un tiempo a esta parte, le molestaba tener gente a su alrededor, ya fuera en el trabajo, en casa de sus padres, en el supermercado, o donde fuera. Una rareza propia de la edad, quizá, se justificaba. O de la soledad, conjeturaba.

En el despacho colindante, Alberto tomó posesión de su ordenador preferido, que no era el más nuevo ni tampoco el más cómodo, pero era su predilecto. Y los compañeros, que sobradamente conocían sus ataques de mal humor, procuraban mantenerlo vacante porque, al fin y al cabo, el viejo

trasto iba lento y la silla, heredada de la Secretaría cuando allí la consideraron inservible, tenía el tapizado levantado y llevaba tiempo amenazando con doblar las patas, sin que nadie lograra comprender cómo aún seguía en pie después de soportar cada día el más que considerable peso de Alberto.

— ¿Hacemos un paréntesis para tomar café? — propuso Alberto a las once en punto de la mañana. Era su hora de desayunar y, salvo caso de vida o muerte, aparcaba lo que tuviera entre manos cuando daban las once.

— No estaría mal. — convino el Jefe, que normalmente les acompañaba.

Descolgaron los abrigos, rescataron el viejo paraguas de varillas rotas que reposaba en la papelera esperando servir de ayuda en casos de apuro, y se disponían a salir cuando el Jefe de Policía Científica entró por la puerta.

— ¿Qué nos traes Sebastián? ¿Malas noticias? — preguntó Núñez a sabiendas de que la respuesta sería afirmativa, de lo contrario no se presentaría el Jefe en persona, sino que enviaría a algún portador de recados.

— Ahora te comento… — respondió Sebastián, encaminándose hacia el despacho de Núñez con manifiesta prisa.

— Salid vosotros, yo iré más tarde. — sugirió Núñez, resignado a quedarse sin su café de media mañana.

— ¡Quien tuvo, retuvo! — comentó Juanjo, por lo bajo, refiriéndose a Sebastián y al despotismo que había demostrado entrando allí sin saludar ni mirar a nadie de los presentes.

Alberto asintió con la cabeza a la par que materializaba un gesto despectivo a espaldas del Jefe de Científica. No tragaba a Sebastián desde el mismo momento en que lo conoció, casi treinta años atrás. Por aquel entonces Alberto acababa de aterrizar en Oviedo y prestaba su servicio velando por la seguridad en la puerta de la Comisaría. Sebastián también

estaba recién llegado, pero ejercía como Inspector del grupo de Atracos. Joven y prepotente, se hacía notar a base de repartir broncas a todo cuanto policía básico se le pusiera por delante, ya fuera por no saludarlo debidamente, por exhibir unos zapatos cuya punta no lucía como debería haberlo hecho si hubiera sido suficientemente abrillantada o por lucir pechera a través de un botón de la camisa desabrochado. Cualquier excusa le resultaba válida con tal de ridiculizar a los subordinados y hacerles saber que él era Inspector y se encontraba varios peldaños por encima. Por aquel entonces, Sebastián era un joven delgado, de aspecto aseado, repeinado, que vestía traje, corbata y zapatos impecables.

Con el paso del tiempo y de una vida no tan afortunada ni exitosa como él preveía en un principio, se fue convirtiendo en una caricatura de sí mismo. Dos separaciones y varios hijos le restaban la mayor parte de su sueldo, que a duras penas alcanzaba para malvivir en un piso de alquiler compartido y vestir ropas adquiridas en los mercadillos. Además, había engordado varias decenas de kilos y ya no tenía pelo que engominar. Pero nada de eso había aplacado sus humos, que permanecían intactos y ajenos al cambio de las circunstancias.

Núñez entró de segundo en su propio despacho y no le hizo falta invitar al visitante a acomodarse, pues Sebastián ya lo había hecho. Se sentó en su sillón, frente a Sebastián, y esperó a que hablara, aunque el gesto grave que traía ya lo decía casi todo.

— Es ella. Nerea Iglesias. No hay duda, la comprobación dactilar lo ha confirmado.

Núñez tapó la cara con las manos y cerró los ojos. Aunque desde el principio le parecía improbable que se tratara de otra persona, hasta el último momento había mantenido la esperanza de que tan funesta premonición no se viera cumplida. Despegó las manos del rostro. Chasqueó los dedos. Varios pensamientos le invadieron a la vez y consiguieron agobiarle en cuestión de segundos: cómo se lo comunicaría a los padres de la chica, cómo esclarecería un caso que se complicaba cada vez más porque el asesino era más listo de la cuenta y había tomado todas las precauciones del mundo, qué difícil resultaría lidiar con un Comisario presionado por la vecindad entre la abuela de la muerta y el Delegado del Gobierno. Suerte

que el Juez había declarado el secreto del sumario antes de que se filtrara la información sobre la probabilidad de que el presunto asesino viviese en Logroño.

— ¿Estás completamente seguro?

Fue lo único que se le ocurrió preguntar, quizá con el fin de ganar tiempo para aclarar ideas.

— ¡Qué si, joder! ¡Cómo no voy a estar seguro!

— Vale, vale… ¿Tenéis el informe pericial?

— Aún no, lo estamos fabricando, pero vine a decírtelo para que vayas avisando a quien tengas que avisar. — precisó Sebastián, visiblemente malhumorado, al tiempo que se levantaba de la silla y se disponía a abandonar el despacho.

— Gracias, Sebastián. — murmuró cuando el otro ya salía por la puerta.

No sabía qué hacer a continuación. La noticia, aunque la esperaba, le había dejado paralizado. A esas horas de la mañana, al igual que Alberto, solía sentir un gusanillo en el estómago que le pedía tomar un café con leche y el pastelito que le ponían en la cafetería a donde iban cada mañana; pero en ese momento no sentía el gusanillo, sino un vacío que no sabría catalogar. Bien podría ser hambre, acaso pena, quizá incertidumbre... Pronto comenzaría a sonar el teléfono: todos los jefes querrían saber. Por añadidura, debía telefonear a Logroño para que agilizaran las gestiones. Por demás, y lo más difícil: participar la noticia a los padres de Nerea. Pero el vacío en el estómago no daba tregua.

— ¡Qué carajo! ¡Todo puede esperar! Quizá no salga de aquí en todo el día, necesito comer algo. — dijo en voz baja mientras cogía la gabardina gris que colgaba del perchero y su gorro, que esperaba encima de la mesa.

Corrió hasta la cafetería tratando de esquivar la lluvia. Alberto y Juanjo estaban sentados ante una mesa revuelta y riendo a saber por qué.

— ¿Qué traía de nuevo?

— Vino a confirmar que la muerta es Nerea Iglesias.

Se tramó un silencio tenso. La sonrisa de ambos se congeló. La palabra decepción les definía y resumía como un índice a ambos.

— ¡Joder! — bramaron al unísono.

— Reponed el depósito de combustible porque quizá no tengamos tiempo de tomar nada más en todo el día. — aconsejó Núñez al tiempo que levantaba el brazo para solicitar a la camarera.

— Habrá que telefonear a Logroño, y a los padres y…

— ¡Calma, calma! Cuando regresemos.

Núñez no tenía cuerpo para conversaciones. Removió lentamente el azúcar en la taza de café hasta casi sacarle espuma y después, contrariamente, lo tomó rápido, de un sorbo; cogió el pastelito y lo fue comiendo mientras se dirigía a la barra para pagar las tres consumiciones.

— Lo primero que tenemos que hacer es telefonear a Logroño para confirmarles que ya no se trata de una investigación por desaparición, sino de un homicidio. Por lo tanto deben efectuar las gestiones hoy mismo, mejor dicho, esta misma mañana. Después iréis al domicilio de los Iglesias para comunicarles las malas nuevas.

— ¿Y no podría usted hablar antes con ellos por teléfono? Para que se vayan preparando, digo yo…

Alberto detestaba participar esa clase de noticias. Había cumplido con ese amargo cometido en alguna que otra ocasión y, aparte del mal trago puntual, después, durante varios días, revivía de forma mecánica, una y otra vez, noche y día, los tremendos dramas familiares que presenciaba tras notificar la desgracia.

— No podemos andar con preparaciones. Cuando se hable con ellos hay que confirmarles la muerte de su hija. No hay preparación que valga y, además, por teléfono no es la forma correcta de dar este tipo de noticias. Hay que ir en persona, y yo estaré muy ocupado esta mañana como para ausentarme del despacho.

El Jefe hablaba con autoridad, seguridad y conocimiento de causa pero sin atreverse a mirarles a los ojos. Y Alberto, que era perro viejo, sabía que

la verdad descansaba sobre el simple hecho de que el Jefe, que había acumulado quince trienios en el Cuerpo, no reunía sin embargo el valor necesario para efectuar esa llamada ni para presentarse en casa de los Iglesias con semejante nueva.

Y Núñez escudaba su conciencia auto-convenciéndose de que él, como jefe, debía delegar esa clase de "trabajos" porque, por otro lado, también asumía responsabilidades de las que sus subordinados carecían: todo el peso de la investigación, con su éxito o su fracaso, recaería sobre sus espaldas. "Cuando las cosas salen bien, todo son felicitaciones y palmadas en la espalda; pero cuando salen mal, ruedan cabezas. Y es la mía la que está en el cadalso" solía decir. Y, desafortunadamente, esta vez con muchas mas posibilidades de rodar que de ser coronada, porque el asesino no había dejado ningún cabo suelto. Esa investigación tenía todos los visos de convertirse en una mancha en su intachable expediente, y ya no le restaba tiempo suficiente en activo para limpiarla. Y le dejaría muy mal sabor de boca irse a su casa sabiendo que su último caso había quedado sin esclarecer. Todos esos inconvenientes compensaban con creces el hecho de escabullir el bulto de hablar con los Iglesias.

OceanofPDF.com

XXIII

Cuatro días después de su llegada, Estrella y Pedro prolongaban la visita sin aparente intención de regresar a su casa. <Es tan grande y tan fría, cuesta tanto calentarla en invierno> justificaba Estrella. <Normaaaal…> contestaba Pedro. <Pero eso ha sido de siempre> argumentaba Fran. <También podríais vivir sólo en una parte de la casa, así sería más barato calentarla> proponía Rosa. Las justificaciones, contestaciones, argumentaciones y propuestas caían todas en saco roto. A Estrella le encantaba Oviedo, su iluminación navideña, sus maravillosas tiendas y sus cómodas calles peatonales que permitían mirar escaparates sin ruido ni peligro.

— ¿Qué vas a cocinar hoy? — preguntó a su nuera.

Llevaba toda la mañana sentada en el sofá pero, al ver que Rosa llegaba cargada con bolsas del supermercado y se metía en la cocina, no pudo evitar ir hasta allí para asegurarse de que su colesterol no correría riesgo alguno.

— Voy a hacer sopa de pollo para primer plato y filetes de segundo. Hace frío y creo que nos vendrá bien tomar algo calentito.

Rosa gritaba para que Estrella recibiese el mensaje, hacía caso omiso a la cara de asco que sabía iba a poner cuando lo descifrase y se preparaba para recibir de vuelta todo tipo de comentarios, negativos, por supuesto.

— ¡Yo no puedo comer filete! ¡Y Pedro tampoco! En cuanto a la sopa… ¿qué le vas a echar? — interpeló Estrella, sin arrugar la nariz como esperaba Rosa, pero sí con bastante mal humor.

A Estrella le encantaban los filetes, sobre todo si iban acompañados de patatas fritas y regados con abundante aceite del que se había usado para freírlos. Así los tomaba a menudo en su casa porque, en realidad, el colesterol sólo estaba un corto peldaño por encima de los límites y le permitía concederse algún que otro capricho, siempre teniendo en cuenta que después no debía olvidarse de tomar la pastilla diaria correspondiente.

Pero en casa de su nuera e hijo le gustaba aparentar más enfermedades de las que realmente padecía porque, de no hacerlo así, estaba completamente segura de que la tratarían con desconsideración; o, por lo menos, que no repararían en las atenciones que ella consideraba se debían a una madre, fuera merecedora o no. No hacía falta ser adivina para saber que, sin colesterol de por medio, no se molestarían en cocinar para ellos y los despacharían con una pizza o alguna otra porquería de esas precocinadas; además, sin reuma acechando, tampoco les cederían la habitación de matrimonio para dormir y tendrían que pasar la noche en aquel incómodo sofá cama que dejaba los huesos molidos. Mejor que durmieran ellos allí, que para eso eran jóvenes.

— Le voy a echar un zanco de pollo, que tiene poca grasa. — gritó Rosa.

— ¡Uyyy! ¡Eso de que tiene poca grasa lo dirás tú! Bueno, es igual, nos sacrificaremos y comeremos lo que haya. Total, si nos morimos, que todas las penas sean esas…

Estrella amoldaba sus facciones para, a la vez, fingir angustia y observar la reacción de su nuera. Estrella era una mujer hecha de apariencias, no de verdades.

— ¡No creo que os vayáis a morir por comer lo que ella os prepara! Rosa cocina con muy poca grasa, y lo sabes. — intervino Fran, que desde su habitación había visto a su madre dirigirse a la cocina con la escopeta cargada para fulminar las buenas intenciones de Rosa, y no dudó en acudir en su auxilio.

— Si tú lo dices, hijo, si tú lo dices… — murmuró Estrella en voz baja, antes de batirse en retirada hacia el sofá, donde la esperaba su marido.

Rosa le dedicó a Fran una media sonrisa de agradecimiento. Y Fran trató de adivinar qué haría Juan cuando Teresa le prodigaba una mirada similar. El paso inmediato consistió en cercar la cintura de su mujer, que se ocupada llenando la olla de agua, y propinarle un ligero apretón con la mano para demostrarle que estaba de su parte. En ese preciso momento sonó el timbre de la puerta y ambos se miraron otra vez, extrañados.

— ¡Voy a abrir! Serán Marta y Alba, que telefonearon hace un rato para decir que se pasarían por aquí.

Tan convencido estaba de que eran ellas que ni siquiera echó un vistazo a través de la mirilla para confirmarlo, hasta que las palabras “hola Marta, ¿qué tal, Alba?” se le ahogaron en la garganta al encontrarse de frente con investigadores de la desaparición de su hija y, de súbito, copió la expresión que contemplaba en la cara de los dos policías: miedo, indecisión, estancamiento…

— Señor Iglesias… ¿podemos pasar?

No sólo traían el rostro inmóvil, rígido, sino que evitaban mirarle directamente a los ojos, y su voz sonaba indecisa, casi inaudible. Algo le dijo a Fran que aquella visita no traía nada bueno, que no serviría para concretar datos de la investigación, como otras veces. Se quedó sin palabras, plantado en medio de la puerta, sin ceder el paso a los policías que hacían amago de entrar. Aquella gravedad en las caras le sonaba de algo. Aún no habían dicho ni una palabra, salvo pedir permiso para entrar, pero tenía la sensación de saberlo todo. También supo que ese instante marcaría un antes y un después en su vida.

— Señor Iglesias ¿podemos pasar? Hablaremos más cómodos dentro de la casa. — repitió Alberto.

— ¡Si, sí, por supuesto!

Los policías entraron al recibidor. Fran cerró la puerta a sus espaldas. También la del salón, donde descansaban sus padres. Presentía que lo que habían venido a comunicar era preferible que lo escuchara él primero, y después ya vería cómo lo transmitía a los demás. Sabía de qué se trataba porque las miradas y los gestos lo explicaban mejor que ninguna frase, y se sorprendió de que aún siguiera en pie con tanto dolor como estaba sintiendo por dentro. Era algo indescriptible, como si alguien le hubiese perforado el pecho para luego introducir las manos a través de ese agujero y a continuación vaciarlo por dentro quitándole las entrañas puñado a puñado, a puro dolor.

— Señor Iglesias…

El policía parecía no encontrar las palabras justas para decir lo que ya era obvio y Fran, deseando que terminase de una puñetera vez, le miró directamente a los ojos, frunció el entrecejo, cruzó los brazos y se preparó para lo peor.

— Señor Iglesias, como sabe, se han tomado las huellas de la chica que encontramos muerta, la que vieron ustedes en el monte y… y… y se trata de su hija, de su hija Nerea.

Tras soltar aquellas palabras, el policía respiró hondo. Parecía sentirse tan aliviado como si hubiera expulsado algo que le había estado oprimiendo hasta casi ahogarlo. En cambio Fran vio confirmado lo que nunca hubiera deseado y sintió que la noche invadía el mundo y que así se quedaría para siempre: a oscuras.

Desde el nacimiento de Nerea, su vida no había existido como tal. No tenía vida propia. Se levantaba temprano por la mañana, desayunaba, iba a trabajar, comía lo que le preparaba su mujer, regresaba a casa, le hacía compañía a Nerea, preparaba la cena… Y así, día tras día. Había olvidado cuales eran sus sueños y hasta si alguna vez los había tenido, para centrarse en los de su hija. A través de ella había redescubierto la ilusión de abrir un regalo, rememorado el miedo y la expectación ante el primer día de colegio, revivido la ira por disputas con compañeros de clase, renegado de la crueldad que exhiben algunos niños ante lo que es diferente, conoció la tontería que trae la edad del pavo — que en sus tiempos no existía o, si la había, se saldaba con un guantazo bien dado y se acababa la tontería para siempre — y se hizo cargo de lo difícil que resultaba hacer amistades cuando se cambia de colegio. Y esperaba descubrir mucho más. Esperaba vivir una vida completa y dichosa a través de su hija. Ella estudiaría una carrera y encontraría un buen trabajo, de esos en los que se está dentro, sentado en una oficina sin pasar calor en verano ni frío en invierno, al que acudiría elegantemente vestida — no como él, que el martes ya tenía la funda de la obra cubierta de cal y cemento hasta arriba y aún tenía que usar la misma otros tres días más — y todos prestarían atención a sus palabras porque ella tendría algo interesante que decir. Se casaría con un hombre, importante por supuesto, al que probablemente conocería en la oficina. Tendrían una bonita casa y quizá dos hijos. Él les visitaría — se detuvo a

pensar: curiosamente, Rosa no aparecía en el cuento — y jugaría con los nietos en el jardín. Y se sentiría tan orgulloso que no cabría en sí. E iría por la calle con la cabeza bien alta porque, aunque sólo era un simple albañil, también era el padre de Nerea Iglesias. Todos los logros y triunfos de su hija pasarían a pertenecerle y, lo que aún era mejor, podría saborearlos como tales, como si fueran propios.

Pero ya nada de eso sería posible. Su hija había acabado la vida sin apenas empezarla, llevándose también la suya: si por ella se escribía aquella historia, también con ella llegaba el final.

Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro. Notó que uno de los policías le pasaba la mano por encima del hombro, sin duda en señal de duelo. Lo apartó bruscamente. No quería que se compadecieran de él. Su vida había terminado y punto. Nerea habría muerto hacía unos días, no se sabía aún cuándo, pero él acababa de hacerlo en ese mismo momento. <No se puede compadecer a un muerto. ¿Quién se compadece de un muerto? Al muerto se le entierra y se le deja en paz> razonaba. Ya no sentía dolor, es más, notaba su cuerpo ingrávido, como si estuviera flotando en el aire. <Claro, estoy muerto, mi alma acaba de abandonar el cuerpo y por eso me siento tan ligero>.

Algo se coló por debajo de su sobaco, algo que apretaba con mucha fuerza. Varias personas gritaron, sus voces sonaban muy lejanas. Después todo se volvió oscuro, más negro que la noche más negra; y silencioso, más silencioso que el silencio.

Tiempo después, un pinchazo en alguna parte del cuerpo le exigió abrir los ojos de repente. Dos rostros de mujer le miraban desde las alturas. Hablaban entre ellas y él no conseguía acceder a sus palabras. Una de ellas depositó su mirada sobre él y sonrió. Era una sonrisa triste. La otra mujer parecía muy concentrada en su brazo izquierdo. Él dirigió también la mirada hacia su brazo izquierdo. Una enorme aguja traspasaba su piel y no sentía dolor. Ellas seguían hablando, él seguía sin escucharlas. Sus cuerpos sólo tenían cara, el resto se ocultaba a la vista, envuelto en una nube blanca. Le miraban desde arriba, gesticulaban, le sonreían, pero su sonrisa tenía un tinte amargo. Después, poco a poco, aquellos rostros se fueron tiñendo de gris hasta que desaparecieron en medio de la oscuridad.

Más tarde, amparado en las tinieblas, alguien posó la mano sobre su cabeza y comenzó a moverla de atrás hacia delante, suavemente. Las caricias en esa zona le reconfortaban y permaneció con los ojos cerrados durante un buen rato más. El dueño de aquella mano estaba sentado en la orilla de la cama, lo sentía. Quizá se tratase de las mujeres que le habían visitado en sueños. Aquellos rostros suspendidos en el aire no podían ser otra cosa sino ángeles del cielo que habían acudido en su ayuda. Abrió los ojos para contemplarlas de nuevo.

— ¿Qué tal estás, hijo?

El rostro de su padre emergía entre una neblina blanca que se balanceaba suavemente de un lado a otro, inundándolo todo e impidiéndole reconocer la estancia.

— ¿Dónde estoy?

— En tu casa. En tu cama.

Su padre estaba allí, sentado en la orilla de la cama, acariciándole la cabeza con una mano mientras con la otra se asía suavemente a su brazo izquierdo. Encorvado y con los omóplatos apuntando al techo, por Pedro parecía que habían pasado al menos diez años desde la última vez que le viera. Caídos los párpados, abultadas bolsas sostenían sus ojos para que no se derrumbaran también, hasta la boca resbalaba hacia abajo como si le hubieran dado la vuelta. Todo en él caía en picado, como el resto de las cosas que antes formaban su mundo. Fran dejó de mirar a su padre y echó un vistazo alrededor. La niebla se fue apartando poco a poco, se perfilaron los detalles y pudo reconocer su habitación.

— ¿Y Rosa? ¿Dónde está?

Formuló aquella pregunta por inercia, simplemente porque le parecía extraño que su padre permaneciera allí, solo, y no ver ni rastro de Rosa. Además, en la casa reinaba el silencio más absoluto, algo muy inusual cuando Rosa y Estrella compartían el mismo espacio. Comenzó a preocuparse cuando observó que Pedro apartaba la mirada hacia el suelo, recogía las dos manos en el regazo y guardaba silencio, como si no supiera qué decir o cómo decirlo. Decidió esperar hasta que le salieran las palabras.

— Están las dos en el Hospital. Las tuvieron que ingresar porque ambas sufrieron un ataque de nervios. — susurró Pedro, con voz casi inaudible, la mirada pegada al suelo.

Fran comprendió. Aunque no recordaba casi nada de lo acontecido, sí que recordaba que Nerea, su Nerea, estaba muerta.

— ¿Cuándo fue eso?

— Ayer a mediodía.

¡¿Había pasado un día entero durmiendo?! ¡Dios mío! ¿Cómo podía haber dormido tanto estando su hija muerta y su madre y su mujer en el Hospital? Reptó hasta el borde derecho de la cama, dispuesto a levantarse de un salto. Nada más ponerse en pie la habitación empezó a girar como noria de feria. Se sentó otra vez.

— ¡No debes levantarte! Te pusieron mucha medicación…

— ¿Quién? ¿Quién me puso medicación?

— La doctora y la enfermera que te visitaron cuando te desmayaste.

— Ahora entiendo…

— ¿El qué entiendes, hijo?

— Todo, lo entiendo todo... ¡Tenemos que ir al Hospital para traerlas de vuelta a casa!

Trató de incorporarse de nuevo. Lo consiguió. Las piernas le sostenían a duras penas y le costaba dar el primer paso. Pedro agarró su brazo, lo apoyó sobre sus hombros y ambos empezaron a caminar. A pasos cortos consiguieron alcanzar el sofá. Se sentaron, en silencio, uno junto al otro, casi pegados. Fran miraba la alfombra y rememoraba retazos de su historia en aquella casa. Nerea se revolcaba en ella cuando todavía no habían comprado la mesa de centro. Le gustaba ver la televisión tumbada sobre la alfombra, boca abajo, con los codos apoyados y las manos en la barbilla. Rosa no se lo permitía.

— ¡Es que no puedes sentarte como la gente normal, tienes que estar ahí tumbada, como una cualquiera, enseñándolo todo! — solía decirle.

La escena se rebobinaba en su mente con una nitidez tal que a Fran le pareció estar escuchando a Rosa decir a su hija esas y otras florituras. Hasta vio como Nerea meneaba la cabeza al tiempo que confeccionaba un gesto de lo más despectivo. Al final, como siempre solía hacer, se sentó en el sofá, para que su madre quedase contenta, se callase de una vez y le dejase escuchar la televisión. Fran giró la cabeza hacia el lugar donde su hija acababa de tomar asiento. Allí estaba, transparente y sonriente. Él también amagó una sonrisa. Ella desapareció. Se levantó de un salto nada más tomar conciencia de que se había apoderado del sitio que por derecho le pertenecía a su Nerea. ¡Por eso se había marchado de allí!

A falta de otro lugar mejor donde ir, se dirigió al cuarto de baño. Pero aquel lugar también estaba tomado: el cepillo de dientes de Nerea, su peine, colonia y aquella crema que usaba para las rojeces de la cara, esperaban en la estantería de cristal que había debajo del espejo. Salió de allí inmediatamente, seguro de que no habría ni un solo rincón en aquella casa donde no latiera el recuerdo de su hija. De una u otra manera había dejado su impronta en cada lugar, en cada objeto y en cada detalle. <Tenemos que vender este piso, de lo contrario se nos hará muy difícil continuar viviendo> pensó. Volvió al salón, donde aún seguía su padre.

— ¿Vamos a buscar a Rosa y a mamá?

— A tu madre puede, pero a Rosa no creo que le den el alta aún.

— ¿Por qué no le darán el alta? ¿Qué le ha ocurrido?

Era la pregunta que Pedro había estado esperando y temiendo desde que su hijo volvió en sí. Tomó aire, lo expulsó y se armó de valor para responderle.

— Rosa estaba en la cocina cuando llegaron los policías y escuchó todo lo que te dijeron. Acto seguido cogió un cuchillo y trató de suicidarse. Tiene un corte en el cuello.

Fran recordó el episodio que había tenido lugar en la cocina, entre Rosa y Estrella. Después llegaron los policías. No recordaba nada más.

— ¡Dios mío! ¡Primero mi hija y ahora mi mujer! — gritó, echándose las manos a la cabeza.

— No fui al hospital porque alguien tenía que quedar cuidando de ti, pero llamé a Marta, la señora que estuvo aquí ayer por la tarde. Ella limpió la cocina y luego se fue para el Hospital. A las dos horas me llamó para decirme que el corte había sido superficial pero, a pesar de todo, la habían ingresado en la Unidad de agudos de Neuropsiquiatría. En cuanto a tu madre, sufrió un ataque de ansiedad y cree que la darán de alta muy pronto.

— Pero eso fue ayer. ¿Llevan solas tanto tiempo?

Pedro se encogió de hombros.

— Yo no podía dejarte solo, en tu estado. Además, Marta se ofreció para ayudar. Ella está trabajando esta mañana y me llamó para decirme que Rosa sigue ingresada en la Unidad de Agudos, donde no puede recibir visitas, y que a tu madre le darán el alta mañana por la mañana. Ya sabes lo delicada que está de salud y un ataque de ansiedad…

— Si, si, lo entiendo, pero… ¿no podemos ir a visitarlas?

Con los brazos en jarras, Fran parecía retar a su padre a que le dijera lo que deseaba oír. Pedro continuaba sentado, callado, y pronto Fran tomó conciencia de lo poco que su padre podía hacer para variar los acontecimientos. Se sentó a su lado.

— Marta me dijo que era mejor que no fuésemos, que allí estaba ella para lo que hiciera falta. De todas formas, a Rosa no se la puede visitar hasta que salga para planta.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué va a ser de nosotros! — repetía Fran una y otra vez, replegado sobre sí mismo con la cabeza hundida entre las rodillas.

Pedro le pasó la mano por los hombros, tratando de aportarle algo de consuelo mientras ideaba la manera idónea de abordar el otro tema pendiente. Sabía que no era el mejor momento para hablar de ello, pero tampoco lo sería mañana, ni pasado, ni pasado de pasado. Así como el dolor por la muerte de un hijo jamás se ausenta de nuestro lado, tampoco nunca es buen momento para hablar de ello. Rosa no saldría del Hospital hasta pasados varios días, o semanas, dependiendo de su progreso, y no podrían esperar tanto para dar sepultura a Nerea.

Aguardó en silencio, esperando la oportunidad, abrazado a su hijo, escuchándolo sollozar, compartiendo su pena. Sabía que nada podía hacer para consolarle porque no habría consuelo para su dolor, ni en ese momento ni nunca.

— ¿Has comido algo, papá? — susurró Fran, levantando la cabeza de entre las rodillas para apoyarla en el respaldo del sofá.

— Marta me preparó un café con leche. No te preocupes por mí, estoy bien, pero creo que eres tú quien debería comer algo.

— El estómago no me admite nada sólido, pero me apetece un café con leche. ¿Quieres otro?

Pedro asintió en silencio y le siguió hasta la cocina.

Del refrigerador sacó una taza de café que seguramente llevaría allí varios días. A mediodía tomaban café recién hecho y guardaban el sobrante en una taza dentro de la nevera, para usarlo cuando les apeteciera beberlo con leche. Era una más de las medidas de ahorro que se veían obligados a adoptar. Como decía Rosa: “un grano no hace granero, pero ayuda al compañero”. Repartió el café en dos tazas, las rellenó con leche y las metió en el microondas. Mientras tanto, Pedro componía frases en su mente y trataba de elegir la menos lesiva para sacar a conversación el asunto del sepelio.

— También está pendiente lo del entierro. Digo yo que habrá que hacerlo cuanto antes…

Dijo al fin, sin saber si sería la frase más correcta, pero no había encontrado ninguna otra que le pareciera mejor. Es que no había ninguna buena para tratar ese tema.

Fran dio un pequeño salto, como si le hubieran tirado un cubo de agua helada por encima. ¡Qué mal sonaba aquella palabra! Creía que jamás la escucharía en su casa, y menos referida a su pequeña.

— Tendremos que esperar hasta que Rosa salga del Hospital. Además, no creo que en este caso podamos decidir nosotros. La policía está investigando y, seguramente, no podremos enterrarla hasta que el Juzgado nos autorice.

— Tienes razón, no había caído en eso. En cuanto a lo de Rosa…, puede tardar días, o semanas. Todavía está en la Unidad de Agudos y luego pasará a planta, donde la mantendrán en observación. Además, según me dijo Marta, no está muy consciente, por los medicamentos, ya sabes…

— Tendré que ir allí para hablar con el médico que la atiende y, si va a permanecer ingresada mucho tiempo, le daremos sepultura a mi hija tan pronto nos lo autoricen, aunque ella no esté presente. Por otro lado, si está tan mal como dices, no es aconsejable que asista al entierro.

— Marta me dijo que se encuentra muy mal. Al parecer no sabe dónde está ni quien es; hasta le ponen pañales, tienen que darle la comida como si fuera un niño pequeño y bañarla; por eso ella cree que tardará varias semanas en recuperarse del todo.

El pitido del microondas zanjó la conversación. Fran sacó las tazas llenas a rebosar de café con leche humeante, acercó una de ellas al extremo de la mesa en el que estaba su padre y dejó la otra enfrente, donde se sentaría él. Aquella sería toda su comida durante ese día, y posiblemente en los siguientes. Su estómago se había cerrado en banda y lo único que le pedía era algo de líquido caliente para aguantar hasta que estuviera dispuesto para recibir comida sólida. Pedro, en cambio, tomaba el suyo con avidez, chequeando los armarios de la cocina y tratando de recordar donde estaban las galletas o cualquier otra cosa susceptible de mojar en el café con leche para que pasase por comida de mediodía. Fran se levantó para darle las galletas. Pedro agradeció el detalle con una media sonrisa que se congeló nada más percatarse de que no era el momento idóneo para sonrisas.

En cuestiones de cocina, Pedro era un cero a la izquierda. Desde que su memoria abarcaba a recordar, a la hora justa encontraba un plato lleno de comida a rebosar, dispuesto sobre mantel color crudo, servilleta a juego y cubiertos perfectamente dispuestos alrededor del plato. Su madre, que en paz descanse, había tomado buen cuidado en aleccionar a Estrella acerca de los gustos de su hijo. Para ello dedicó los días previos a la boda en repetirle una y otra vez qué comidas le gustaban, a qué hora quería o podía tomarlas, su sitio preferido en la mesa, y que no se olvidara de que prefería los manteles de lino en color crudo — podría pasar que no fuera de lino, pero

en todo caso debía ser de color crudo —. Y tampoco fuese a olvidarse de que su Pedro siempre había comido sobre mantel y con servilleta.

Fran sabía que su padre era incapaz de servirse tan siquiera un vaso de agua y trataba de sacar fuerzas para atenderle cuando de mejor gana hubiera permanecido sentado en el sofá. No obstante, apuró el café con leche y fue a cambiarse de ropa con la intención de visitar a Rosa y a Estrella en el Hospital.

Pedro no necesitaba mudar la ropa. Siempre iba como un pincel de mañana por noche, con su camisa blanca, su corbata en colores discretos, jersey con cuello en forma de pico, pantalón de pinzas y zapatos que brillaban hasta en la oscuridad. Afeitado, repeinado con raya al lado y un toque de perfume nunca exagerado, resultaba un señor elegante; quizá parecía sacado de otra época, pero elegante sin duda.

OceanofPDF.com

XXIV

Previo a tomarse la licencia de ausentarse del despacho durante media hora con el fin de solucionar la comida principal del día con un bocadillo, Núñez había mantenido una charla con el Comisario o, mejor dicho, el Comisario con él.

— Necesito que el caso de Nerea Iglesias se resuelva con rapidez, ¿me entiendes? ¡Con ra-pi-dez!

El Comisario Armando Rivera era un hombre bajito, de extremidades cortas y manos pequeñas, tan blancas y finas como las de una muñeca; pero las sabía emplear a la perfección para subrayar cada una de sus palabras, enfatizando sus advertencias con el dedo índice en alto. Un dedo acusador, afilado como una bayoneta.

De nada sirvieron las explicaciones de que el supuesto asesino había tomado todo tipo de precauciones, que no había dejado ni rastro, ni un número de matrícula, ni un teléfono móvil, ni siquiera una descripción fiable; y que, para chatear con Nerea, se había conectado desde una cafetería ubicada en el centro de Logroño donde, posiblemente, tuvieran wifi abierta para todo aquel que quisiera entrar, y no se acordarían, o no querrían acordarse, del cliente que siempre iba allí a las tres de la tarde, porque seguramente irían muchos de las mismas características físicas y a la misma hora.

— ¿Qué me quieres decir con eso? ¿Qué no vas a investigar nada? ¿Qué no merece la pena trabajar en el caso porque se presenta demasiado complicado?

La mirada del Comisario sería capaz de traspasar una pared de hormigón.

— Se hará lo que se pueda. Desde luego, no vamos a darnos por vencidos así como así…

Núñez respondió lo que creyó era procedente responder.

— ¡Así me gusta!

— Además, y para mayor guasa, la cafetería “Mediapinta” está ubicada justo enfrente de la Comisaría de Policía de Logroño, por lo que puede que a esas horas estuviera abarrotada de compañeros tomando un tentempié antes de entrar a trabajar en el turno de tarde, muchos de ellos de paisano y, con las descripciones que han dado los compañeros de Nerea, cualquiera o como mínimo muchos de ellos coincidirán con los rasgos aportados.

— Bueno, bueno… Antes ibas por buen camino, pero veo que sigues encontrando excusas. ¡Hay que resolver el caso! ¡Y pronto! ¡No hay excusa! ¡No quiero escuchar más letanías de que si esto que si aquello!

El Comisario había elevado un mucho el tono de voz y las manos, con los puños apretados, fueron a parar a los bolsillos de la chaqueta. Mala señal.

— Es imposible resolver este caso de forma rápida y efectiva a la vez. Se trata de una investigación que requiere tiempo y minuciosidad.

Núñez, aunque desasosegado, no se escondía detrás de las trincheras.

— ¡Tonterías! Yo vi resolver muchos casos de forma rápida y efectiva a la vez. ¡Quiero soluciones y la filiación de un sospechoso cuanto antes!

— Estamos trabajando en este caso sin descanso y haremos cuanto esté en nuestra mano para resolverlo; pero lo que no vamos a hacer es salir a la calle y coger al primero que pase para cargarle el muerto, la muerta en este caso.

El Comisario había enrojecido de ira. Sin sacar las manos de los bolsillos le miraba como quien mira a un condenado a la guillotina cuya cabeza rodará pronta e irremediablemente.

— Tú verás… Si no quieres, o no te sientes capaz de resolver, tengo al menos un par de candidatos, jóvenes y suficientemente preparados para ocupar la jefatura de Homicidios. ¡Y con muchas ganas de comerse el mundo!

En la última frase dio rienda suelta a las manos para exponerlas con la palma hacia arriba, luego sonrió, mostró la parte trasera de su traje y se marchó tan campante: había colocado la guinda a la entrevista.

Núñez también sonrió. < ¡Como si el mundo fuera comestible! Y menos con los ogros que lo habitan, que provocarían una indigestión a cualquiera> ironizó, en pensamiento, por supuesto. No sabía si reír o llorar, porque la situación se prestaba para ambas cosas.

— Se hará cuanto se pueda. Buenos días. — balbuceó mientras el Comisario se alejaba.

A su edad, el Inspector creía estar curado de espantos, convencido de que no existía palabrería ni amenaza capaz de impresionarle y mucho menos intimidarle, seguro de sus conocimientos y su buen hacer; pero no habían transcurrido ni cinco minutos cuando se vio forzado a reconocer que se había quedado bastante intranquilo, muy intranquilo a decir verdad, y que le había calado hondo aquel dardo que traía la punta envenenada con las palabras de que "había al menos dos candidatos a ocupar su puesto". Lo de que "eran jóvenes y suficientemente preparados" había sido un golpe bajo, muy bajo, para él, que lo había dado todo por la profesión. Había dado hasta su vida, una vida que se había ido quedando yerma por falta de tiempo para abonarla. Todo su tiempo había invertido en resolver los casos que iban saliendo y que, si bien casi nunca se amontonaban porque aquella ciudad era relativamente tranquila, tampoco daban tregua y se sucedían unos a otros sin solución de continuidad.

Las palabras del Comisario le habían matado el hambre pero, aún así decidió salir a la calle, para airearse un poco más que otra cosa. También comería algo, aún sin ganas. El cuerpo necesitaba reponer fuerzas para enfrentarse debidamente a tanto obstáculo.

Ya en el bar, le metía prisa al tiempo e iba cambiando de idea con cada mordisco que le asestaba al bocadillo de jamón y queso. Y el bocadillo se iba consumiendo sin que él se diera cuenta y sin que acabara de decidir lo que finalmente haría.

<Debo sacar varios policías de atracos y dedicarlos de lleno a este caso: mañana, tarde y noche. Pero… ¿qué puedo hacer? ¡No hay pistas! ¡No hay nada! Una cafetería de Logroño ¿y qué? ¿Y si ponen a otro al mando? ¿Y si termino mi carrera bajo las órdenes de un Jefe recién salido de la Academia? ¡Sería demasiado denigrante! ¡No podría soportarlo! Pero lo

harán, si no ven actividad lo harán. Si no ven que pongo todos mis esfuerzos y medios en este caso, traerán a otro para que lo resuelva. No, no debo hacer eso. Yo he dedicado mi vida a esto y para algo tiene que servir. No lo harán. No traerán a nadie. Alberto, Juanjo y yo nos bastamos. Los demás deben seguir dedicados a las desapariciones, que tenemos algunas pendientes, y al atraco a la Caja Rural. Este caso trataremos de resolverlo nosotros tres. Trataremos, porque no veo la luz al final del túnel. Ese tío, el asesino, es inteligente: no ha dejado cabo suelto. No hay de donde tirar. Algo habrá, siempre hay algo, nadie es tan listo como para tenerlo todo previsto. Seguiré con este asunto y lo haré según mis criterios. Si lo respetan, bien; y si no lo respetan… ¡que pongan a otro! No me voy a convertir en títere de mis jefes a estas alturas de mi vida y de mi profesión> concluyó con el último bocado que le restaba. Luego apuró el agua mineral y llamó al camarero para que hiciera la cuenta. Miró el reloj: las cuatro de la tarde. Le gustaría dar un paseo por el Parque de San Francisco, seguro que le relajaría y le ayudaría a pensar. <No, no lo necesito, ya he tomado mi decisión definitiva. Pero me gustaría dar el paseo de todas formas, aunque no sea para tomar decisiones> pensaba al tiempo que sacaba la cartera para pagar. Miró al cielo a través de los ventanales mientras entregaba un billete de veinte euros al camarero. La lluvia había cesado y hasta parecía que el sol osaba asomarse por detrás de las nubes. Aquel sol, todavía otoñal, calentaba poco, pero levantaba el ánimo. Volvió a mirar el reloj y decidió que era demasiado tarde para paseos y que mejor sería regresar al despacho para repasar una vez más todo lo que tenían de aquel maldito caso.

Aún cambiaría de idea dos veces más antes de abandonar la cafetería. <Demasiado tarde para paseos, demasiado tarde para buscar pareja, demasiado tarde para formar una familia. En mi vida se hizo demasiado tarde para todo, menos para envejecer solo.> concluía mientras el camarero le entregaba la vuelta.

En la puerta volvió a mirar al cielo. El sol se había ocultado detrás de un nubarrón que parecía dispuesto a descargar de un momento a otro todo lo que llevaba en su negro vientre. Decidió retornar al despacho.

Inmiscuido en sus propios pensamientos y sus propias conclusiones, había cruzado el control de Seguridad, subido las escaleras e iba por el

medio del pasillo cuando el sonido de un teléfono interrumpió sus meditaciones. < ¡Es el mío! ¡Es el de mi despacho!>. Emprendió carrera para contestar antes de que dejara de sonar.

— Grupo de Homicidios de Oviedo, dígame. — ofreció, fatigado por el sprint.

— Soy el Inspector Alejandro Márquez, de la Comisaría de Logroño. Esta mañana nos han telefoneado de ese Grupo para encargarnos unas gestiones…

Núñez estiró el cable del teléfono y dio un rodeo a la mesa para poder sentarse. Se armó lápiz, papel y paciencia. La voz que le llegaba a través del cable sonaba leve y denotaba indecisión.

— ¡Efectivamente! Les telefoneó un policía de mi Grupo solicitando colaboración en un caso que estamos investigando.

— Pues yo les llamo para informar de que las gestiones han resultado negativas. La cafetería "Mediapinta" está ubicada frente a nuestra Comisaría y hemos entrevistado al propietario y a los cinco camareros que trabajan en el turno de tarde. Ninguno de ellos supo dar razón de quien puede ser ese individuo y todos ellos han manifestado tener muchos clientes que responden a esas características físicas. Además, el local tiene wifi habilitada y abierta, y es frecuente que muchos de sus clientes se conecten allí con sus teléfonos móviles u ordenadores portátiles.

— ¿Y lo que dijeron los camareros coincide con lo que observasteis vosotros? Digo yo que, dado que está frente a la Comisaría, conoceréis esa cafetería lo suficiente como para saber si en realidad tiene tantos clientes varones, de mediana edad y que acudan solos con un ordenador a conectarse durante dos horas cada tarde.

El Inspector de Logroño guardó silencio durante unos instantes. Parecía estar asimilando la cuestión y tratando de dilucidar si se trataba de una simple pregunta o si quizá enmascaraba algún tipo de reproche.

— La conocemos bien, por supuesto, y puedo confirmar que allí, a determinadas horas, no cabe una aguja; y que la franja horaria que ustedes

nos indicaron coincide con la máxima actividad de la cafetería. — precisó, agravando el tono de su voz.

— ¿Y los clientes? ¿Habéis preguntado a los clientes fijos? Me refiero a los que suelen ir por allí entre tres y cinco de la tarde, especialmente los que son policías. — interrogó Núñez, con premura y voz nerviosa, en un último intento por sacar algo de información.

— He dedicado cuatro funcionarios, durante toda la mañana, a hablar con los camareros, con el dueño de la cafetería y también con los clientes. La conclusión fue que, aunque por allí pasan muchos policías, casi todos ellos trabajan a turnos y eso, como usted sabe, significa que les coincide en turno de tarde uno de cada cinco días. Y ninguno de ellos recuerda haber visto a un hombre solo, de esas características, usando el ordenador o el teléfono móvil durante dos horas seguidas. Porque, tanto ustedes como nosotros, estamos suponiendo que ese hombre estaba solo y que además se conectaba a través de ordenador o teléfono móvil, pero las circunstancias pueden ser otras. ¿Me explico?

Un deje de hastío envolvía cada una de las palabras de Alejandro Márquez. Aún así su voz se percibía suave y bien modulada, ya sin rastro de indecisión.

— Perfectamente. ¿Y los clientes? Quiero decir, otros clientes que no sean policías.

— Los funcionarios que comisioné acaban de llegar de la cafetería tras entrevistarse con todos los clientes que entraron allí desde las tres de la tarde; y no sacaron nada en limpio. De todas formas, si los camareros y el dueño no saben nada…

Núñez estaba desesperado. Sudaba la gota gorda a pesar del frío que anulaba la calefacción colándose a través de las rendijas de aquellas viejas ventanas. Sacó un pañuelo de tela blanco para secarse la frente. Siempre llevaba uno en el bolsillo del pantalón. Era el regalo preferido de su madre por Navidad y los tenía a docenas.

— ¿Y efectuaron la gestión de la fotografía?

— ¿Comprobar si la imagen pertenece a la calle del Portillejo?

— ¡Efectivamente!

— No se trata de esa calle.

Se despidió de su colega de Logroño tratando al menos de guardar la cortesía, cuando en realidad tenía la impresión de que no se habían esforzado demasiado y que tan sólo habían formulado unas cuantas preguntas para dar carpetazo al asunto cuanto antes. Pero ¿qué más podían hacer? se preguntó a sí mismo, tratando de ser objetivo para no cebarse a criticar mentalmente la actuación de los compañeros. <Podían haberse esmerado un poco más y comprobar las cámaras de seguridad de los Bancos y establecimientos cercanos, en el supuesto de que las haya, por si habían captado imágenes de la calle. El problema es que casi han transcurrido los quince días y quizá ya no las guarden y, además, por esas calles transitará muchísima gente, al ser céntrica. De todas formas, hablaré con ellos para que realicen esa gestión, por si acaso. Puede que se vea al tío pasar a las tres de la tarde, o el Audi, y quizá podamos tomar la matrícula. Y si no, que revisen las grabaciones y anoten la matrícula de todos los Audi negros que hayan pasado por allí minutos antes de las tres>.

Descolgó el teléfono. Al otro lado del hilo, de nuevo Alejandro Márquez. Creyó escuchar un largo soplido. Poco más tarde llegarían las pegas.

— Las cámaras de los Bancos, como usted bien sabe, sólo enfocan al cajero, casi nunca al exterior, en todo caso a una pequeña parte de la acera pero jamás a la calle por donde transitan los vehículos. Además, han transcurrido muchos días y no todos los establecimientos guardan las imágenes durante los quince días que exige la Ley…

Pegas, pegas y más pegas.

— De todas formas, sería conveniente cerciorarse. Y no sólo de las cámaras de seguridad de las entidades bancarias, sino también de las joyerías y otros establecimientos que dispongan de esas medidas de seguridad.

El Inspector de Logroño dedujo que tardaría menos en cumplir las encomiendas que en convencerle de que ya habían hecho todo lo posible.

— Está bien, realizaremos el trámite mañana por la mañana y dispondrá de los resultados a las cuatro de la tarde, lo más tardar.

Colgaron sin despedirse.

— ¿Qué pasa Jefe? ¡Parece usted a punto de entrar en ebullición!

Alberto hacía su entrada al tiempo que Núñez colgaba el auricular del teléfono.

— ¡Estos de Logroño, que no quieren rascar bola! Todas las gestiones que les hemos solicitado son negativas: en la cafetería, a pesar de estar frecuentada por policías, ni Dios se ha fijado en un tío que se sentaba allí todos los días de tres a cinco a chatear desde su ordenador portátil.

— ¿Y por qué sabe que utilizaba un portátil?

— Porque para chatear durante tanto tiempo resulta mucho más cómodo emplear un portátil que la pequeña pantalla de un móvil; y porque, con la crisis acechando, no creo que haya tanta gente que pueda permitirse tener acceso a Internet desde el teléfono móvil.

— Hoy en día mucha gente chatea desde los móviles aunque no tengan tarifa de datos porque desde una red wifi se puede chatear gratis.

¡No había caído en eso! Andaba tan preocupado con las palabras del Comisario que se le escapaba lo importante en la investigación. Recibió una punzada más en su orgullo. Y ya iban al menos tres ese día. El Comisario, el compañero de Logroño y hasta Alberto se había percatado de algo que resultaba muy evidente pero que a él ni se le había pasado por la cabeza. < ¡Dios mío! ¿Me estaré haciendo viejo? ¿Será verdad que deberían sustituirme por alguien más joven y mejor preparado, como dijo el Comisario esta mañana? No, no, no. No debo dejar que la inseguridad se apodere de mí. No debo permitirlo. Un fallo lo tiene cualquiera, errar es de humanos, el que tiene boca se equivoca, rectificar es de sabios…> y no se le ocurrían más refranes que ayudaran a solapar la vergüenza y, sobre todo, apuntalaran las dudas que habían comenzado a germinar en su interior acerca de la propia capacidad para resolver aquel caso, u otro cualquiera.

— Tienes razón. — concedió, con voz tan queda que apenas se escuchó.

— ¡Pues claro! Puede que el tío ese estuviera allí dos horas, tomando cafés, solo o acompañado y, de vez en cuando, enviara algún mensaje desde su teléfono sin que nadie se percatara de que estaba chateando porque, de esa manera, no resulta tan evidente como extendiendo un ordenador portátil sobre la mesa. Además, ¡qué coño!, todo el mundo lo hace. La gente está enviando WhatsApp todo el día.

Decidió ocultar el desatino volviendo a telefonear a Logroño. Alejandro Márquez contestó pasados al menos siete timbres.

— ¿Qué se le ofrece ahora?

Su tono de voz añadía sorna al hastío que ya había mostrado durante la anterior llamada.

— Tenéis que volver a interrogar al personal que frecuenta la cafetería, porque probablemente el sospechoso no extienda un portátil sobre la mesa para chatear, sino que a lo mejor lo hace desde el móvil; pero en todo caso se trata de un individuo que permanece en el local durante dos horas seguidas.

Se escuchó un resoplido largo y tendido al otro lado de la línea.

— ¿Y qué hacemos si el sospechoso utilizó algún sistema, de los muchos que existen, para entrar en la wifi de la cafetería, pero en realidad estaba sentado dentro de su coche aparcado en las cercanías? ¿Interrogamos a todas las personas de esta ciudad por si alguna de ellas pasó por allí, desde hace dos meses, entre tres y cinco de la tarde, y observó cómo un individuo de mediana edad, mediana estatura, complexión mediana, etcétera, enviaba mensajes a través de un teléfono móvil?

Núñez, irritado hasta límites que rayaban lo insoportable, elevó la voz también hasta el máximo volumen.

— ¡Efectúen la gestión que les estoy pidiendo o tendré que solicitarla a través del Jefe Superior de Policía de Asturias!

Después colgó el teléfono. El golpe retumbó en los tabiques de la Brigada.

Alberto, aún de pie junto a la mesa, abrió unos ojos como platos ante la insospechada mala leche que acababa de exhibir su Jefe. De buena gana le hubiera preguntado el motivo, pero no se atrevió. ¡Quien lo iba a decir! ¡Pedro Núñez! Siempre tímido, cohibido, refinado… Le había visto aguantar carros y carretas ante más de un ciudadano impertinente; y no digamos a los delincuentes, a quienes trataba de usted y con la misma cortesía con la que les atendería si él fuera un vendedor en unos grandes almacenes y ellos sus clientes más selectos. Tan buenos modales — ausentes y hasta impensables en el comportamiento de los demás Jefes — sin duda arrancaban de la cuna, pues su padre había sido uno de los médicos más prestigiosos de Oviedo. Por eso nadie se extrañaba cuando anteponía el trato de "señor" al apellido de algún atracador más que reincidente, y se daba por hecho que eran los resquicios que quedaban tras su paso por los más escogidos (y caros) colegios, institutos y universidades de la ciudad; y que la cultura de la calle no había conseguido anular esa costumbre, ni siquiera sustituirla por otra más apropiada en el entorno policial.

Sin atreverse a preguntar lo que se había perdido en la parte de la conversación telefónica que no había escuchado, Alberto se retiró a su mesa preferida y, todavía sorprendido, simulaba leer los documentos del caso cuando, de soslayo, vio aparecer por la puerta un traje gris oscuro. Siguió la línea del traje hacia arriba y se encontró con la cara del Jefe Superior. Se puso en pie inmediatamente, obligando a la silla a emitir un ruido tan estruendoso que dejó inaudible el "a sus órdenes" que había salido instantáneamente de su boca. El Jefe Superior ni le miró — traía los ojos enfocados hacia el despacho de Núñez — pero hizo un ademán con la mano que parecía significar que podía volver a sentarse y continuar con su trabajo. Así lo hizo: tomó asiento y unos folios escritos, para disimular, aunque no les prestara atención alguna porque todos sus esfuerzos se concentraban en agudizar el oído para escuchar lo que se estaba tratando en el despacho de su Jefe. Una visita del Jefe Superior era algo extraordinario y jamás traía nada bueno consigo. Lo sabía por experiencia. Pero lo único que escuchó fue el sonido de la puerta al cerrarse. <Vaya, mala señal> pensó, mientras seguía simulando que leía y trataba de poner cara de interés, no fuese a ocurrir que el Jefe Superior saliera y le pillara desprevenido.

Pero demoraba la salida. Tardaba demasiado y aquella posición le resultaba incómoda. Aunque pareciera irreal, en ese preciso momento no tenía nada que hacer, salvo hacer ver que hacía algo. Le habían asignado en exclusiva al caso de Nerea Iglesias, apartándolo de todo lo demás que había llevado hasta entonces; y aquel caso era un barco amarrado a puerto sin que hubiera forma posible de hacerlo a la mar, como él solía decir cuando algún asunto se atascaba y no quedaba nada de donde tirar para continuar la investigación.

Juanjo entra, despreocupado, con el anorak colgando de la mano y medio arrastrando por el suelo. Parecía cansado. Quizá fuera la barba de tres días, que le aportaba un aspecto desaseado. Le hizo señas para advertirle de que estaba allí el Jefe Superior, no fuera a ser que soltara algún comentario inoportuno que traspasase las paredes. Juanjo se sentó y encendió el ordenador, también para disimular. Miró a Alberto, arrugó frente y nariz, se encogió de hombros para preguntar sin palabras sobre el motivo de tan distinguida visita. Alberto también se encogió de hombros y negó con la cabeza para responder que lo ignoraba.

Había transcurrido más de una hora, se habían cansado de encubrir el ocio y estaban relajados — brazos cruzados, piernas estiradas — cuando, por sorpresa y casi a traición, salió el Jefe Superior como una flecha, caminando con decisión y sin mirar a los lados, aunque observándolo todo. Los que le conocían bien se habían encargado de propagar esa cualidad que Dios le había dado: dar la sensación de que no miraba ni veía nada y, al tiempo, percatarse del más mínimo detalle en la porción de circunferencia que abarcaban sus dos ojos. Para cuando los dos policías reaccionaron y se levantaron de las sillas, el traje gris había desaparecido tras la puerta y Núñez aparecía ante ellos blanco como clara de huevo cocido.

— ¡Tenemos que dedicarnos a este caso día y noche! Mañana salimos los tres para Logroño.

Juanjo y Alberto se quedaron petrificados. No sólo por el trastorno que ese viaje imprevisto iba a causar en sus vidas privadas — sobre todo en la de Juanjo, que era padre de gemelos de dos años y su vida cotidiana se dirigía por un cuadrante donde no quedaba ni un minuto libre, pues su mujer también era policía — sino porque era bastante inusual que,

existiendo una Comisaría en Logroño, les encargasen a ellos ir a investigar allí.

Al ver que los dos se habían quedado mudos, Núñez continuó.

— ¡Quieren resultados y pronto! Y además quieren que la Comisaría de Oviedo se lleve los méritos. — explicó, a modo de justificación, para que tuvieran claro que la decisión había partido de arriba y que él nada podía hacer al respecto.

— Lo que pasa es que nosotros también tenemos vida fuera de aquí. Tenemos hijos y familia que atender y, por lo que nos pagan, no compensa pasar las Navidades fuera de casa. — alegó Alberto, cuya única hija se había casado hacía tres años.

— Se os compensará a la vuelta, con días libres. — aseguró el Jefe, comenzando a intuir que aquel viaje le iba a traer más de un quebradero de cabeza, aún antes de salir.

— ¿Y qué pasa con mis hijos mientras tanto? ¿Los dejo en una perrera y los recojo a la vuelta, cuando me den los días libres? — protestó Juanjo por vez primera. Había enrojecido, no paraba de balancear los pies y se mordía las uñas de la mano derecha.

Y volvieron a quedar sorprendidos: nunca antes Juanjo había protestado de esa manera ni mostrado ese carácter nervioso.

A Núñez le incomodaba la forma en la que sus subordinados estaban enfocando los problemas. Aunque no fuera por experiencia propia, sabía que el hecho de tener hijos de corta edad traía consigo muchos trastornos en el desempeño de la labor policial, pero había formas y formas de plantear los inconvenientes. La arrancada de Juanjo no le había gustado, así que no le dejaban elección: habría que responder con otro ataque. Además, no había vuelta de hoja, pues el Jefe Superior había sido tajante y debían salir para Logroño al día siguiente, sin demora.

— ¿Y cómo hacéis cuando os apuntáis para asistir a cursos de promoción o para hacer sustituciones en Madrid, cobrando dietas, por supuesto?

Sabía que ahí les había asestado un derechazo bastante bajo y, por la expresión de sus caras, supo también que había alcanzado su objetivo, pero no le quedaba otro remedio. O eso, o buscar otros que no tuvieran compromisos familiares. Pero no quería prescindir de aquellos dos que, aunque a veces mal educados, eran buenos profesionales.

— ¡Ahí ha dolido, Jefe! Pero hay que reconocer que algo de razón tiene. Hablaré con mi suegra para que nos eche una mano. Es que mi mujer anda algo pachucha y no quiere quedarse sola en casa. ¿Cuántos días cree que estaremos fuera? — preguntó Alberto, mintiendo bastante bien.

— ¡Hasta que no quede cabo suelto en este maldito caso!

— O sea, hasta que San Juan baje el dedo. Quizá hasta pasemos allí la Navidad...

— Todo puede ser…

— Yo avisaré a mi cuñada, que se quedó en paro, haber si puede venir a casa para ayudarle a mi mujer con los niños. — habló Juanjo, entre resoplidos y manos a la cabeza para no dejar dudas sobre el gran sacrificio personal que debía hacer en pos de aquel caso.

Núñez no tenía ese problema, aunque no le hubiera importado haberlo tenido porque, al parecer, para todo había soluciones, salvo para la soledad.

OceanofPDF.com

XXV

El vehículo oficial que les habían asignado para trasladarse a Logroño no era gran cosa y se admitían apuestas acerca de cuántos kilómetros aguantaría sin romper.

— Desde luego, los coches que tenemos son una mierda. — opinó Juanjo desde el asiento trasero.

— No hay dinero para nada; si escatiman en folios para los atestados ¿cómo quieres que nos faciliten buenos vehículos? — apostilló Núñez, zanjando la conversación porque quería aprovechar el viaje para dormir un poco.

Las interminables rayas blancas del asfalto se iban deshilachando y las señales de tráfico aparecían, se hacían patentes y desaparecían a sus espaldas a la velocidad del rayo, sin que le resultara posible descansar: Alberto se aburría al volante y tenía ganas de conversación. Aunque nadie la hacía caso, él narraba una batalla tras otra — unas reales, otras exageradas y alguna que otra inventada — supuestamente acontecidas cuando estaba destinado en las Unidades de Intervención Policial, que por aquel entonces se llamaban Unidades de Reserva.

— ¡Aquello sí que era vida! Estaba soltero, no tenía que dar cuentas a nadie, iba y venía a mi antojo… Me llamaban por teléfono, hacía la maleta y… ¡a rular camino de la aventura!

Ningún comentario al respecto.

— ¡Ya veréis qué hotel escogí para vosotros! ¡Y baratito, eh, baratito, que es lo que nos conviene en estos tiempos de crisis! — espetó, hasta ver si el cambio de tema animaba la conversación.

— Aunque usted debería alojarse en uno de lujo ¿verdad Jefe? Sus dietas son mucho más sustanciosas que las nuestras. — insistió, ahora con sorna.

Núñez se revolvió en el asiento delantero. Estaba cansado, necesitaba dormir y no había forma de que aquel hombre atendiese a la conducción y

se callara.

— ¡Nos hospedaremos todos en el mismo hotel y se hará reparto equitativo de las tres dietas!

— ¡No me diga! ¿Lo está diciendo en serio? — preguntó Juanjo, como un bobalicón.

El silencio del jefe fue entendido como positivo, además de recibido con cierto alborozo.

— ¡Esto es un Jefe! ¡Sí señor! — apostilló Alberto.

— Es de justicia, nada más. — repuso Núñez, zanjando la segunda cuestión.

Habían dejado atrás la capital de Cantabria cuando Alberto se cansó de hablar solo. Núñez, al fin, pudo aprovechar para echar una cabezada. La última noche no había dormido nada a causa de la tensión provocada por el repentino viaje. A él le gustaba mantener todo bajo control y aquella improvisación le había desubicado. Salir de repente, arreglando todos los detalles a última hora y de cualquier manera, procurando que no se le olvidara nada, al menos nada importante, dejar todos los otros asuntos pendientes encima de la mesa, esperando el regreso, preparar la maleta en dos minutos, sin tiempo para comprar útiles de aseo e indumentaria que necesitaba porque tenía casi toda su ropa interior y el mejor pijama en el tendedero, todavía mojado; y lo peor, sin tiempo para acercarse hasta casa de sus padres para despedirse de ellos. Todos esos pequeños inconvenientes se tornaron grandes contrariedades cuando cayó la noche y se metió en la cama. La noche y el tiempo pueden ser cómplices, pueden ser también enemigos. Dio vueltas y más vueltas sobre el colchón hasta que el despertador anunció las siete de la mañana, hora de levantarse porque habían acordado salir a las ocho.

Juanjo también echó una buena cabezada. Su cansancio obedecía a otra causa: había dormido menos de nueve horas. Normalmente a las diez y media de la noche estaba metido en la cama para leer un pasaje de alguna novela de acción que siempre tenía de cabecera y, a la media hora, se quedaba dormido y no se enteraba de nada más hasta que sonaba el despertador al día siguiente. Pero la noche anterior no había podido cumplir

a rajatabla con su ritual porque, para empezar, llegó a casa pasadas las diez de la noche, luego cenó y después tuvo que preparar la maleta, el bocadillo para el viaje y ultimar el resto de detalles. Marina — mujer de carácter y con las ideas claras — no se ofreció a colaborar. Suficiente tenía con estar casada con aquel hombre que ni pinchaba ni cortaba, que era un muermo, que sólo pensaba en el deporte y que dormía más que las mantas. Además, no había quien lo aguantara porque cualquier pequeño contratiempo lo sacaba de sus casillas; en casa, por supuesto, que en el trabajo aguantaba carros y carretas. Y maniático, era muy maniático: cada día se imponía a si mismo la obligación de dormir nueve horas, hacer doscientos ejercicios abdominales y ciento cincuenta lumbares, comer un plátano a las siete de la tarde, tomar ocho vasos de agua, medio de vino, doscientos gramos de proteína, y ya no recordaba cuantas cosas más. La conclusión final era que se pasaba el día recordando la lista de cosas que tenía que hacer, las que ya había hecho y las que aún le quedaban por hacer. Y todo ello a costa de restar importancia a cualquier quehacer doméstico: si los gemelos se despertaban en mitad de la noche, él ni se enteraba; y siempre era ella quien acudía cada mañana al trabajo cansada, con las ojeras por bandera y alternando palabras con bostezos.

Alberto continuó la conducción en medio de un silencio interrumpido por algún que otro ronquido. Sin nadie a quien dar la lata, se aburría.

— ¡Mirad! Primer cartel que anuncia Logroño, a cien kilómetros.

Pretendía despertarles para obtener algo de conversación a cambio, pero tan sólo consiguió que despegaran los párpados durante un breve instante, el tiempo justo para asombrarse de lo pronto que se habían aproximado al destino antes de volver a cerrarlos otra vez. Una hora después eran las dos de la tarde y estaban delante del hotel.

Núñez abrió los ojos a una calle invadida por coches en circulación, gente, ruido y olor a asfalto. Miró hacia la izquierda, luego al centro y después a la derecha, en busca de un hotel aislado y perfectamente identificable, con aparcamiento y, quizá, unos metros cuadrados de jardín. No vio nada de eso. Alberto se había apeado y desde el portal que tenían justo al lado les hacía señas para que se acercaran. Núñez se encogió de hombros y frunció el entrecejo: no comprendía lo que estaban haciendo allí

y por qué no habían ido derechos al hotel. Alberto le señaló con la mano hacia el lado izquierdo donde una placa azul con una “H” y tres estrellas se moría de soledad y de descuido. Meneó la cabeza mientras pensaba que nunca debió delegar en sus subordinados la elección del hospedaje. Aquello, en vez de un hotel, parecía una pensión de mala muerte. Una estrecha puerta, con la madera algo desconchada en partes, daba acceso a un edificio de tres plantas al que no le sobraba una mano de pintura y un reciclado de ventanas. Al lado derecho de la puerta había un timbre que en su día parecía haber sido blanco y, debajo del timbre, una pegatina con la palabra “hotel” escrita a mano con una caligrafía que dejaba mucho que desear. Ese era el único instrumento de comunicación con el personal que lo regentaba. Por supuesto, no había “Recepción” ni chico para recoger las maletas.

Mientras Núñez y Juanjo todavía se cuestionaban si tal vez se trataba de una broma de las de Alberto o si acaso seguirían inmersos en alguno de los cortos sueños que habían viajado con ellos, Alberto pulsó el timbre con seguridad. Los otros dos dudaban de que aquel gesto sirviera para algo porque aquel edificio parecía deshabitado: ni un movimiento tras las cortinas, ninguna ventana abierta o entreabierta, nadie entraba ni salía del portal a pesar de que la gente transitaba por la calle en hordas y a toda prisa. Quizá en su día hubiese existido allí un hotel, o pensión, o como le llamasen, pero en ese momento nada hacía pensar en esa posibilidad.

Núñez salió del coche. En la calle le recibió un frío seco, de esos que encogen el cuerpo y le dan aspecto cadavérico al rostro. El aire maltrataba las fosas nasales y entraba a los pulmones arrasando todo a su paso. < ¡Qué sitio más desagradable! A ver si la investigación sale bien y nos largamos pronto de aquí> pensó.

Desacreditando especulaciones, antes de que transcurriesen cinco minutos hizo su aparición una mujer de unos cincuenta años, bajita, entrada en carnes, ataviada con un mandilón de andar por casa, pero bien peinada y espectacularmente maquillada. Se presentó como la señora Maria Teresa, a quien todo el mundo conocía por Doña Tere, la del hotel Alameda.

Tras las presentaciones oportunas y las preguntas y respuestas de cortesía sobre el viaje, Doña Tere les guió hasta el primer piso a través de

escaleras de madera que ascendían paralelas a una pared revestida de piedra vista barnizada, que transformaba el interior en una casa de aspecto rústico muy bien cuidada. La pared y las escaleras continuaban hacia arriba, pero ellos tomaron apeadero en el primer piso, al que accedieron detrás de la dueña y a través de una puerta que Alberto identificó enseguida como de "roble macizo". Rebasado el umbral les recibió un hall en el que no cabía ni un solo elemento decorativo más: alfombra, varias lámparas, docenas de cuadros, tapetes de ganchillo, un jarrón con grandes girasoles, dos espejos enfrentados en forma de luna y muchas más cosas en las que no tuvieron tiempo a reparar porque desde allí ingresaron en un pequeño despacho, situado al lado izquierdo, donde Doña Tere les invitó a tomar asiento mientras ella hacía lo propio frente al ordenador. Casi a la par les requería sus documentos de identidad y, poco después, les sorprendía con su habilidad al teclado y su rapidez en la cumplimentación de trámites: en dos minutos había registrado a los tres huéspedes. Acto seguido se levantó y les invitó a seguirla.

Gratamente sorprendidos, abandonaron el primer piso, del que Tere dijo era su vivienda, y continuaron escalera arriba. A la retaguardia de la dueña del hotel accedieron al tercer piso, el último, por debajo de un arco de madera y hundieron sus pasos en una alfombra de lana dibujada con cuadros violetas y grises a modo de damero. Los grises combinaban a la perfección con el color de las paredes y los violetas con las cortinas que velaban la ventana al final del pasillo. Dos puertas en cada lateral, cerradas, prometían otras tantas habitaciones tan limpias e igual de bien decoradas que lo visto hasta entonces. Doña Tere franqueó el acceso a la 301 y a la 302, donde ya tenía distribuida una habitación doble para los dos policías y una simple con cama matrimonial para el Jefe. Se las mostró y se quedaron boquiabiertos ante la que parecía iba a ser la última de las no pocas sorpresas que les había deparado aquella vieja pensión. La decoración de las habitaciones era a la vez sencilla y de un gusto exquisito. Las cortinas grises que daban a la calle y que tan feas se apreciaban desde el exterior, en realidad eran opacas y suplían la ausencia de persianas en aquel viejo edificio; pero por el lado interior se vestían con un visillo bordado, cortinas y bandó de damasco rosado a juego con la colcha, los cojines y el tapizado del sofá, tirando por los suelos la primera impresión que de aquel lugar se

habían formado escasos momentos antes. El mobiliario, también de madera de roble, estaba exquisitamente tallado en bajo relieve, formando delicadas figuras en forma de hojas y flores. Las camas eran más que confortables y, a ambos lados, montaban guardia dos mesitas de noche con sendos jarrones de flores secas. Cada habitación disponía de baño independiente y, sobre todo, se respiraba un olor agradablemente perfumado en todas las estancias; y no podía haber más limpieza aunque se quisiera. Doña Tere sonrió, como de costumbre, ante la reacción que experimentaban sus clientes cuando veían todo aquello.

— Supongo que no habrán almorzado ¿verdad? — preguntó, al comprobar que eran casi las tres de la tarde.

— Pensábamos salir a dar una vuelta y comer algo por ahí. — contestó Núñez, reparando por primera vez en los ojos verdes de Doña Tere.

— Estamos en un sitio céntrico, por aquí hay muchos restaurantes donde comer bien; y también tienen tapeo, pizzerías y bocaterías, si sólo quieren tomar algo rápido.

— Esa era nuestra intención, tomar algo rápido dada la hora que es.

— ¿Vienen de turistas? — preguntó Doña Tere, a sabiendas de que no era así. Tres hombres solos, de distintas edades y condiciones, no venían a hacer turismo

— Asuntos de trabajo.

Doña Tere se mordió las ganas de seguir preguntando. Sabía que era cuestión de tener un poco de paciencia; si se quedaban más de un par de días, ellos mismo se lo contarían. Se retiró con discreción.

El hambre apremiaba y la colocación de la ropa en los armarios podía esperar. Dejaron los bártulos al lado de las camas y salieron en busca de algún lugar donde llenar rápido los estómagos. Estaban en tierra de buen comer y de mejor vino pero, ni sus bolsillos lo soportarían ni habría tiempo de tales degustaciones.

— Iremos hacia la izquierda. ¿Qué opina usted, Jefe?

Núñez miró en todas direcciones. Frente a ellos, una amplia zona ajardinada envolvía un gran edificio: el Instituto de Educación Secundaria Práxedes Mateo Sagasti, según rezaba aquel cartel grande de letras grises. A la izquierda continuaba la calle de los Portales, la de la pensión, lo mismo que a la derecha. Derecha o izquierda daban lo mismo en esos momentos: no conocía nada en ninguna de las dos direcciones.

— Me da igual con tal de encontrar un sitio donde picar algo, que ya son horas.

Alberto se encogió de hombros y tomó el camino de la izquierda, Juanjo le siguió y Núñez hizo lo propio. Caminaban en silencio, con las manos guarecidas dentro de los bolsillos — incautos, habían olvidado los guantes en el hotel — y la barbilla pegada al pecho para que las bufandas taparan boca y nariz. Unos doscientos metros más adelante, avistaron el café Cervantes. Alberto amagó intención de entrar y los otros dos se encogieron de hombros.

Fueron recibidos por el calor agradable y un mostrador abarrotado de pinchos y bocadillos. Se les hizo la boca agua ante tanta variedad. No habían parado ni a tomar un café y el estómago rugía como un león. El camarero se acercó sonriente. Los tres observaban boquiabiertos el surtido y dudaban. El camarero se tomó la licencia de aconsejarles bocadillos de gambas rebozadas. Aceptaron la sugerencia. En tierra de buen vino, lo acompañarían de un Viña Azai, también por recomendación del camarero.

— ¿Y por la tarde qué, Jefe?

— Nos acercaremos hasta la Comisaría. Habrá que hacer acto de presencia para informar que estamos por aquí investigando un asesinato.

— No les va a hacer ninguna gracia que vengamos a invadir su terreno.

— Lo sé, pero las órdenes están para cumplirlas.

Llegaron los bocadillos. Las bocas se deshacían en agua. Al primer bocado no les cupo duda de que estaban ante un manjar exquisito que duraría en sus manos menos que el canto de un gallo.

Media hora después se enfrentaban al tráfico de una ciudad desconocida, con Alberto al volante maldiciendo la empresa para la que trabajaba, que ni siquiera le había proporcionado un navegador para guiarse. Preguntaron a un viandante.

— ¡Están al lado! Sólo tienen que seguir todo recto y en la tercera calle transversal giren a la izquierda. Encontrarán la Comisaría en esa misma calle, a mano derecha.

— No hay navegador como el antiguo: sacar la cabeza por la ventana y preguntar. — confirmó Núñez al avistar el letrero azul que anunciaba la Comisaría de Policía.

— A mi que me den lo moderno. — se pisaron Alberto y Juanjo.

En el aparcamiento de la Comisaría recibieron las breves indicaciones del policía de seguridad, que les llevaron hasta la Brigada de Policía Judicial después de equivocarse en dos ocasiones y aparecer en los calabozos y en la Brigada de Extranjería, respectivamente.

Encontraron a Alejandro Márquez, Jefe de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta, en un despacho de poco más de seis metros cuadrados, ocupados en su casi totalidad por una enorme mesa de escritorio y el sillón negro que se escondía tras ella. No obstante, parecía no necesitar más espacio dado que allí no se avistaban archivadores, ni cajones ni armarios; sólo una planta al lado de la ventana como única e indiscutible protagonista y, sobre la mesa, un ordenador, unos cuantos documentos perfectamente alineados y amontonados unos encima de otros, un bote de coca-cola partido por la mitad que servía para guardar lápices y bolígrafos, y el teléfono. Eso era todo. Y también estaba Alejandro Márquez, que por sí solo bastaba y sobraba para copar la otra mitad de aquel espacio. Con su metro noventa de estatura, más de ciento cincuenta kilos de peso, el pelo rapado al uno y barba cana rozando el cuello, su aspecto resultaba cuando menos imponente. Era joven, quizá no más de cuarenta años, pero sus ademanes pausados y el gesto cansado le daban apariencia de más edad.

Núñez se le quedó mirando embobado, impactado. Inconscientemente le había asignado a Márquez un aspecto muy distinto. En las conversaciones telefónicas que habían mantenido, la voz de Márquez

sonaba pausada y se apreciaba en ella un poso de indecisión, de debilidad tal vez; por ese motivo le había adjudicado un aspecto endeble. Nada más lejos de la realidad. <Las apariencias engañan> reflexionó, sin dejar de sentirse intimidado ante aquel especimen mastodóntico. Alberto y Juanjo permanecían en el pasillo observando la escena a través del hueco de la puerta y sin conseguir contener la risa.

— Si juntáramos los kilos que pesan, los dividiéramos a la mitad y los repartiéramos entre los dos a partes iguales, tendríamos dos personas normales. — apostilló Alberto al oído de su compañero.

— Parecen Don Quijote y Sancho Panza, sólo que el segundo es más alto de lo normal. — apuntaló Juanjo.

Alberto se apartó un poco de la puerta para poder reír a gusto, sin ser visto.

— Como te dije por teléfono, hemos entrevistado a todo el personal y también a la clientela fija de la cafetería "Mediapinta" y no hemos sacado nada en claro. Creo que ahí no hay nada más que rascar. Por cierto… ¿viste la cafetería? Está aquí enfrente.

Alejandro, con la mosca detrás de la oreja, se levantó para cerrar la puerta del despacho, dejando a Juanjo a dos velas; luego coló su enorme corpulencia por el hueco que mediaba entre la mesa y la pared, apartó el sillón negro y se acomodó.

— Me fijé en ella mientras metíamos el coche en el parking y tiene buena pinta. No sé porque le llaman "mediapinta" porque la pinta la tiene entera. — comentó Núñez, tratando de construir una broma absurda a base de redundancias.

Alejandro permaneció serio, considerando que los chistes no eran lo que mejor se le daba a aquel compañero escuálido con pinta de personaje de novela del siglo pasado.

— Aquí están las declaraciones, por si quieres echarles un vistazo. No son declaraciones formales, sino anotaciones que hicieron los policías allí en la cafetería, pero creo que te sirvan porque está todo, preguntas y

respuestas. Iba a enviarlas a tu Grupo por correo, pero me dijo el Comisario que veníais para acá y…

— ¿Dónde están? ¡Déjame verlas! — interrumpió Núñez, ansioso.

Alejandro cogió el único montoncito de documentos que perturbaba el orden en su mesa de despacho y se lo ofreció.

— ¡Aquí lo tienes! Tómate el tiempo que necesites. Yo voy a salir a tomar un café para despejarme. Es mi hora.

Núñez comprobó el reloj: las seis de la tarde. ¿Eran esas horas de tomar un café? Meneó imperceptiblemente la cabeza. Salió Alejandro y entraron Alberto y Juanjo.

— ¿Qué le pareció el tipo? Son ustedes como la noche y el día ¿eh, Jefe? — bromeó Alberto, tratando de contener la risa que aún le provocaba tamaño disparidad de aspecto.

— ¡Menos bromas, que ya sé por dónde vas!

Núñez continuó leyendo las declaraciones, imponiendo un silencio obligado que no rompería hasta una hora después.

— ¡Hay que volver a tomarles declaración a todos! No les han preguntado casi nada y quedan muchos puntos por aclarar. Tenemos aquí los nombres completos y los números de teléfono, así que encargaros de citarlos para que vengan a declarar; yo le preguntaré a Alejandro si nos permite usar su despacho para recibir a esta gente. No le va a hacer ninguna gracia, pero…

Cortó en seco la frase al alzar la vista para encontrarse con la figura de Alejandro ocupando todo el hueco de la puerta, inmóvil, serio y pellizcando su barba canosa.

— Aquí no cabemos cuatro personas. Como veis, sólo hay una mesa y un ordenador. Y, como también podéis observar, yo soy el Jefe del Grupo y no me voy a quedar en el pasillo, dejando mi trabajo reposar mientras vosotros cumplimentáis el vuestro. — se apresuró a contestar Alejandro, sin alterarse pero dejando las cosas claras.

— Entonces… ¿qué hacemos? ¿Dónde pretendéis meternos? Tenemos que citar a los posibles testigos para comenzar a tomarles declaración mañana.

— ¿Citar a quien?

— Al personal que trabaja en la cafetería, al dueño y a los clientes fijos.

— ¡Ya hemos hablado con ellos y no saben nada de nada! Si tuvieran algo que aportar, ya les habríamos traído aquí para hacerlo constar por escrito. Además, tenían la wifi abierta, sin clave ni contraseña, por lo tanto se puede uno conectar a ella incluso desde aquí. Ahora, tras escuchar nuestros consejos, le asignaron clave y contraseña, pero cuando ocurrieron los hechos la tenían abierta. ¿Es que no confías en nuestra profesionalidad?

Hasta el aire tembló con la indignación de Alejandro.

— No se trata de eso.

— ¿De qué se trata, entonces? ¡Yo creo que está muy claro!

Núñez se levantó, supuestamente para estar a la altura.

— Se trata de que yo soy el responsable de esta investigación, tengo encomendado el esclarecimiento de este asesinato, y voy a poner todo de mi parte para cumplir ese cometido. Y para ello necesito hablar con esas personas, verles la cara, formularles las preguntas que yo considere oportunas y plasmarlas como es debido en un escrito firmado que luego remitiré al Juzgado Instructor. Estoy familiarizado con el caso y, por ese motivo, sé lo que es importante preguntar para esclarecerlo y lo que resulta superfluo. En fin, que la investigación está en mis manos y no tengo por qué dar explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer.

A Alejandro le salía la furia por los ojos, las venas del cuello abultadas, la cara encendida, piernas abiertas, brazos a lo largo del cuerpo, puños cerrados. Parecía a punto de entrar en combate.

— Entonces también supongo que sabes que a esos posibles testigos no les hará gracia alguna que les volváis a preguntar por lo mismo, por algo de lo que no tienen ni idea. ¡Por Dios Santo! ¡Vais a arrastrar por el fango la

imagen de este Cuerpo! Dirán que somos unos incompetentes y se preguntarán por qué tienen que repetirnos las cosas dos veces. ¡La gente tiene su vida y no pueden estar cada dos por tres reiterando que no saben nada sobre este asunto!

— ¡Se les citará las veces que sean necesarias! Y si no quieren venir aquí, a lo mejor prefieren ir a Oviedo, porque seguramente les reclamará el Juzgado que instruye la causa. Son testigos, personas que han compartido espacio con un asesino y puede ser que sepan algo al respecto. — bramó Núñez, impermeable a toda negativa.

Alejandro alzó la mirada al techo, a modo de súplica.

— ¿Y cómo sabes que han compartido espacio con un asesino? ¡Te acabo de decir que la cafetería tenía la wifi abierta!

— ¿Y cómo sabes tú que no?

El aire se podría cortar con un cuchillo. Juanjo y Alberto observaban el duelo, inmóviles. Si tuvieran que apostar, no lo tendrían muy claro. La corpulencia de Alejandro imponía, las paredes temblaban ante los embistes de su potente voz; pero Núñez acertaba en el blanco con cada respuesta y mostraba un aplomo invencible.

Tras una tregua en la que se impuso un silencio tenso, Alejandro pareció dar por zanjada la discusión con un simple movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa irónica.

— Hay una mesa libre en la oficina donde trabajan los policías de mi grupo. Mañana por la mañana podréis acomodaros allí.

— ¡¿Mañana por la mañana?!

Núñez no salía de su asombro: iban a perder toda la tarde por no disponer de lugar donde trabajar.

— Si. Ahora tengo que salir y hasta mañana no podré estar con vosotros.

Revolvió en los bolsillos de su pantalón, extrajo un manojo de llaves y las hizo tintinear en la mano durante unos segundos. La indirecta no podía

ser más directa: había que desalojar porque iba a cerrar el despacho con llave.

— ¿Podemos dejar el coche dentro de la Comisaría? Nuestro hotel está muy cerca y el coche estará más seguro aquí guardado. — interrumpió Alberto.

— Creo que no habrá problema; de todas formas ese tema le compete al Servicio de Seguridad. Hablad con ellos.

Alejandro era todo un experto en echar balones fuera. No le paraban ni un segundo sobre su tejado. Marchó sin despedirse dejando a Núñez de piedra, jamás había visto tamaña descortesía.

Una hora o más tardarían en obtener la autorización del Jefe de Seguridad para guardar el coche oficial en el patio de la Comisaría.

— Esto ya no es incompetencia, Jefe. Aquí hay algo más.

Alberto era perro viejo.

— Lo que hay ya lo sabes tú. Aquí sobramos, no nos quieren, no quieren que venga gente de otras plantillas a intentar demostrar su incompetencia.

Caminaban por la calle General Vara de Rey con las solapas de los abrigos subidas, las manos hundidas en los bolsillos y los hombros encogidos, intentando protegerse de aquel frío que helaba las entrañas. La demás ropa de abrigo aún vagaba en las maletas.

— ¿Os apetece comer algo o tiramos para el hotel?

Núñez preguntaba por cortesía, pues él prefería ir a la habitación, colocar la ropa en los armarios y meterse en la cama.

— Ese tío me ha quitado el hambre. Mejor ir al Hotel. — sugirió Alberto.

Juanjo lo secundó.

Apenas cinco minutos después, el hotel de Doña Tere les recibió con un calor que se agradecía, potenciado por una iluminación cálida y tenue que desdibujaba los contornos de los objetos en la medida necesaria para

dotarlos de una mayor confortabilidad. Escucharon un leve ruido de fondo al pasar ante la puerta del primer piso, supusieron que Doña Tere estaría viendo televisión.

— Por la mañana se sirve el desayuno entre siete y diez de la mañana, en el comedor del primer piso, por si les interesa desayunar aquí.

Era Doña Tere, que les sorprendía cuando ya iban alcanzando el segundo piso. Núñez miró a Alberto y a Juanjo, y ambos asintieron, luego descendió unos peldaños para hablar con la dueña del hotel.

— Desayunaremos aquí, temprano.

Ella sonrió y asintió en silencio.

— Buenas noches tengan ustedes.

Núñez no supo a qué obedecía aquella sonrisa pícara.

— Buenas noches.

No estaba para bromas: debía descansar. Presagiaba la dura jornada de trabajo que les esperaba al día siguiente. Y las que continuasen no serían mejores. En cuanto al horario de trabajo tampoco había alternativa: todo el día y parte de la noche, respetando algunas horas para el descanso. Con las Navidades a la vuelta de la esquina, todos estaban deseando resolver el caso cuanto antes y regresar a casa para disfrutar de las fiestas con sus familias.

Núñez había pasado la cuarta parte de su vida anhelando la llegada de la Navidad, otra media aborreciéndola y el último cuarto obviándola, como si no existiese. <La Navidad es la peor época del año para los solitarios> creía. Sin embargo, durante su infancia y buena parte de la juventud había adorado esas fechas, especialmente cuando la lujosa casa de sus padres se vestía con sus mejores galas para recibir a los pocos familiares y muchos amigos que por aquel entonces les visitaban. Su padre era un médico de renombre y su madre una mujer ociosa con una agitada vida social; por lo tanto, en esas fechas, medio Oviedo desfilaba por casa para desearles felices fiestas, probar alguno de los exquisitos dulces navideños que su madre encargaba en un convento de monjas expresamente para la ocasión e intercambiar los correspondientes regalos.

Años más tarde, con la decadencia de sus padres (a causa de la jubilación y la vejez) fueron mermando las visitas. La casa se siguió vistiendo de fiesta, pero eran galas viejas que, tras años de reclusión en el trastero, ni se habían renovado ni lucían como antaño. Su madre había ido perdiendo la fuerza y el humor necesario para pasar dos meses de tienda en tienda eligiendo los adornos más idóneos para cada rincón de la casa y los regalos acordes a la personalidad de cada amigo, vecino, familiar o empleado. Además él, su único hijo, se ausentó de Oviedo durante años y, al regreso, ya nada era como antes en la residencia de los Núñez-Miranda. Y precisamente fue el cambio a peor lo que le impulsó a aborrecer la Navidad, a encerrarse en casa durante esas fechas y a evitar contagiarse con un ambiente que le hacía sentir que cualquier tiempo pasado había sido mejor.

Otros cuantos años más tarde, y dado que amargarse durante casi un mes entero al año no era sano ni siquiera lógico, hizo lo posible por dejar de lado el asunto de la Navidad y sus inconvenientes. Se comportaba como si no existiera. En su casa, lógicamente, no ponía árbol, tampoco Belén, mucho menos adornos navideños. En cuanto a los de la calle, se empeñó en obviarlos hasta conseguir que no hicieran más mella en su estado de ánimo las luces con forma de estrella que las simples farolas, ni los villancicos que otra canción hortera cualquiera. No llegó a conseguir, sin embargo, dejar de sentir aquella sana envidia ante los planes que sus compañeros de trabajo urdían durante semanas y luego pregonaban en voz alta.

— Este año pasaremos la Nochebuena en casa de mi suegra y la Navidad con mis padres, para coincidir con todos mis cuñados el primer día y con mis hermanos el segundo. ¡Organizamos unos fiestorros que no veas! ¡Allí no se acuesta nadie hasta el amanecer! Para fin de año saldremos a celebrarlo a algún cotillón. Mi mujer ya me tiene frito recorriendo todas las tiendas de Oviedo en busca del vestido ideal: bueno, bonito, barato y que además le siente bien. — venía repitiendo Alberto por lo menos una vez al día desde hacía unas dos semanas.

— Pues nosotros pasaremos la Nochebuena todos juntos: padres, suegros y cuñados. Luego, en Nochevieja, nos iremos a esquiar a Andorra y dejamos los niños con los abuelos. — replicaba Juanjo.

Él callaba. También tenía algunos planes, aunque no tan interesantes: cenar con sus padres en todas las fechas y volver a casa temprano para meterse en la cama solo, procurando no dar demasiadas vueltas a la cabeza, no echar nada de menos y no torturarse por no haber elegido otro tipo de vida.

A las siete y media de la mañana del día siguiente tuvieron ocasión de comprobar el alcance de aquello a lo que Doña Tere llamaba “desayuno”. ¡Madre del amor hermoso!, exclamó Juanjo nada más entrar al comedor del primer piso y toparse de lleno con una mesa cubierta con muchas y muy variadas bandejas repletas de comida: fruta, huevos, bacon, jamón york, jamón serrano, fiambre diverso, pan normal, pan tostado, croissants, palmeras de chocolate, otra mucha bollería de la que desconocía el nombre, galletas de varios tipos, cereales normales y de chocolate, una jarra de leche fría, otra caliente, otra de café, otra de Cola-cao y algunas cosas que le quedaron sin registrar debido a la impresión que le causó ver tanta y tan inesperada comida junta. Suponían que Doña Tere les despacharía con un simple café con leche, algunas galletas, quizá magdalenas, y no se habían mentalizado para semejante festín.

— Estos días tengo el hotel lleno. ¡Pero pasen, pasen y siéntense en alguna de las mesas! De momento están todas libres porque los huéspedes no suelen madrugar. — explicó Tere al verles pasmados delante de la mesa.

Los tres asintieron en silencio. Además de boquiabiertos se habían quedado mudos.

Alrededor de la mesa principal se distribuían otras seis, en perfecta armonía, pequeñas, cuadradas, tapadas con manteles carmesí. Tazas sobre platos alrededor del correspondiente centro de flores secas, las servilletas habían adoptado forma de abanico y abrazaban los cubiertos; las sillas, todas a igual distancia de la mesa, tapizadas con telas de fondo rosa y pequeños círculos también en color carmesí hacían juego con las cortinas que cubrían todo el ventanal. Todo un despliegue de detalles y buen gusto.

— ¡En esta casa todo concuerda! — observó Núñez, refiriéndose a los colores de las telas que vestían la estancia.

— Y doña Tere busca hombre, Jefe. Eso también concuerda. — ironizó Alberto.

— ¿Por qué lo sabes?

— ¡Por cómo le mira a usted! Esa mujer aún no ha perdido la esperanza de pasar por el altar. Se lo digo yo, que la he pillado revisándole a usted los dedos de las manos para ver si hay marca de alianza en alguno de ellos.

— Imaginaciones tuyas…

Una sonrisa se abrió paso en su interior, no obstante. < ¿Será verdad?> se preguntaba el Inspector. Y siguieron comiendo, en silencio, hasta reventar. Les daba pena no probarlo todo y con un poco de esto, una pizca de lo otro y algo de lo de más allá, salieron de allí con la sensación de que no necesitarían tomar nada más en todo el día. Irían caminando hasta la Comisaría, porque les quedaba cerca y porque necesitaban el paseo.

En la calle aguijoneaba el frío, escaseaban los viandantes y los coches aparcados al lado de la acera se cubrían con sudarios de hielo.

En su despacho, Alejandro Márquez leía el periódico. Lo plegó nada más verles entrar.

— Buenos días.

El tono de voz de Alejandro también estaba helado.

— Buenos días.

Contestaron los tres al unísono.

— Acompañadme. Os enseñaré el sitio que os he preparado para que podáis trabajar.

Sin mediar más palabra, salieron en fila india con Alejandro a la cabeza. El viaje fue corto: entraron en el despacho colindante. Mucho más amplio, con un gran ventanal al fondo y cuatro mesas distribuidas dando la espalda a las estanterías que, repletas de legajos cubrían las paredes

laterales. Todas las mesas estaban ocupadas: tres hombres y una mujer pulsaban sin piedad los teclados de los ordenadores, parapetados detrás de carpetas y documentos que se amontonaban sin orden ni concierto, o eso parecía. Ninguno de los tres había reparado en la existencia de una pequeña mesa que había justo al lado de la puerta, orientada hacia la pared.

— ¡Aquí la tenéis! El ordenador es algo antiguo, pero es lo único que puedo ofreceros porque los demás, como veis, los necesitamos nosotros. — explicó Alejandro, señalando hacia los cuatro que trabajaban sin descanso con las manos al teclado y cuyas continuas miradas de soslayo chocaban con la aparente indiferencia que mostraban hacia los recién llegados.

El ordenador, un modelo de antes del diluvio, había recorrido varias oficinas antes de quedar definitivamente aparcado en aquella, quizá por ser la única que disponía de espacio para albergarlo sin que molestara a nadie. Su carcasa, que parecía haber sido gris en sus buenos tiempos, mostraba un color indefinido que delataba su antigüedad y abandono.

<¡Algo antiguo! ¡Este ordenador es de la época en la que se usaba el código binario!> pensó Núñez (y también los demás), pero todos callaron, por urbanidad que no por falta de indignación.

— Trataremos de apañarnos con esta mini-mesa y este ordenador, que ya debería estar en un museo. — ironizó Núñez.

Alejandro sonrió maliciosamente y, obviando el comentario, se dispuso a efectuar las oportunas presentaciones. A los efectos, se aproximó a los policías de su Grupo. Los cuatro levantaron la mirada al mismo tiempo para después pasearla desde su jefe hasta los otros tres que esperaban al lado de la puerta.

— Estos compañeros vienen de Oviedo y traen consigo la ardua misión de esclarecer el caso “Mediapinta”. Os presento a Núñez, el Jefe de Grupo, al que acompañan los policías…

Alejandro esperó a que fueran ellos mismos quienes se presentaran pues, ni conocía sus nombres ni le interesaba conocerlos. Su trato se circunscribiría a Núñez, lo demás sobraba.

— Juan José, pero todo el mundo me llama Juanjo.

— Alberto.

Alejandro volvió a tomar la palabra.

— Estos son cuatro de los que trabajan conmigo. Bueno, lo mejor es que os presentéis vosotros mismos, que seguro lo hacéis mucho mejor.

— Yo soy Domingo. — anunció el que se sentaba enfrente, de espalda al ventanal, un hombre de unos cincuenta años, gordo y completamente calvo.

— Yo también me llamo Alejandro, como el Jefe. — alegó otro, también de unos cincuenta años, delgado como raspa de pescado y con rasgos ratoniles.

— Yo me llamo Miguel. — se levantó para exhibir una camiseta gris claro, ajustada, para dejar claro que su propietario tenía muchas horas de gimnasio a sus espaldas.

— Yo Beatriz, Bea. — añadió una voz tímida.

Los tres prestaron más atención a la última presentación, quizá por tratarse de una voz diferente, femenina. La observaron con detalle, hasta con descaro, pero el ordenador y los legajos le servían de parapeto y sólo pudieron ver una melena negra y lisa. Las facciones, agradables, se escondían parcialmente detrás de las gafas. Tendría unos treinta años, sopesó Alberto.

— Bueno, y finalizado el trámite de presentaciones, os dejo. Yo tengo que salir. Si necesitáis algo, podéis pedírselo a cualquiera de ellos, que seguro os ayudarán con mucho gusto en todo lo que esté en su mano.

A Alejandro sólo le faltó frotarse las manos para que a nadie le cupiera duda de que estaba más que contento de haberse librado de los de Oviedo y del caso “Mediapinta”, como él mismo lo había bautizado. Y Núñez, que no tenía ganas de quebrar aún más la cabeza tratando de buscar un nombre idóneo para aquel caso, lo daría por bueno porque guardaba relación con el asunto y no identificaba a persona alguna.

Pasada la sorpresa del recibimiento y terminadas las presentaciones, decidieron poner manos a la obra para empezar a trabajar. Comenzaron por

separar la mesa de la pared y situarla de tal manera que se pudieran colocar dos sillas confidente delante, donde se sentarían los testigos, y una detrás para la persona que iba a escribir. Luego conectaron el ordenador, para comprobar si aún funcionaba lo primero, y hacer una prueba después.

— ¡Ha encendido, Jefe! ¡Este viejo trasto es un crack!

El arranque fue celebrado con varios aplausos por parte de Alberto, que ya se había sentado a la silla para comenzar a rellenar una plantilla en blanco: “En Logroño, en su Comisaría del Cuerpo Nacional de Policía, Brigada de Policía Judicial, siendo las nueve horas y treinta minutos del día once de diciembre de dos mil nueve…”

— ¡Este trasto va que chuta, Jefe! — reiteró, satisfecho.

— ¡Menos mal! Cuando acabes la plantilla nos acercaremos hasta el Mediapinta, para ver el local y empezar a citar a los testigos. Hay que emplazar a los máximos posibles para esta tarde, porque mañana es sábado y muchos de ellos no querrán gastar aquí su día libre, o incluso se encontrarán fuera de la ciudad. Pero antes de salir tenemos que pasarnos por el Grupo de Análisis y Tratamiento de la Información, para que nos proporcionen fotografías de todas las personas de la edad y características físicas similares a las del sospechoso, y que además hayan sido detenidos por delitos sexuales, homicidio o asesinato; y que, aún a mayores, vivan o hayan vivido en Logroño. Nos conviene tenerlas aquí para enseñárselas a los testigos cuando vengan a declarar, hasta ver si les suena de haber visto a alguno de ellos en la cafetería

— Voy yo, Jefe, en tanto Alberto termina. — ofreció Juanjo.

— Que te saquen todos los de esas características que hayan sido detenidos por delitos sexuales, homicidio o asesinato.

Juanjo asintió con la cabeza y después miró hacia los compañeros de Logroño, para comprobar que ellos no le estuvieran observando también a él. No podía evitar sentirse novato y, en ocasiones, hasta incompetente por desconocimiento. Continuamente le acompañaba la sensación de que todo el mundo se percataba de su falta de experiencia y de que le observaban para recrearse en los muchos apuros que pasaba a diario, cuando no

entendía o no sabía qué hacer ante situaciones que nunca antes había experimentado.

— Está en la segunda planta, tercera puerta a la derecha. Hay una placa en la puerta. — explicó Domingo.

Juanjo le dio las gracias, luego enrojeció porque le pareció ver confirmadas sus sospechas y después salió a cumplir la gestión encomendada.

Núñez, que también arrastraba sus propios complejos, se acercó al ventanal para dar a los demás la impresión de estar entretenido en algo. Detestaba permanecer sentado sin hacer nada, y menos aún si disponía de testigos.

El ventanal ofrecía una inmejorable vista a la calle de los Doctores Castroviejo. Buscó la cafetería con la mirada y no tardó en localizarla bajo de un gran cartel en color vino que ocupaba toda la parte superior de la puerta de entrada. A la derecha de la puerta, tres grandes ventanales prometían un interior espacioso. En la calle, el tráfico iba y venía en ambas direcciones. A la izquierda de la cafetería localizó al menos una joyería y un Banco, intercalados entre otros comercios; a la derecha había otra joyería más; enfrente estaba la Comisaría con las cámaras de seguridad enfocando hacia la acera. Quizá también alcanzaran a grabar un trozo de la vía por dónde circulaban los coches. < ¡No! ¡Es una tontería! ¡Por aquí pasan miles de coches al día!> pensó. Pero buscaba un Audi A6 de color negro. <¿Cuántos Audi A6 de color negro pueden transitar por aquí diariamente? ¿Cuántos todos los días a eso de las tres de la tarde?> Las probabilidades se reducían. Miró hacia Alberto. Parecía haber terminado la plantilla de las declaraciones y se dedicaba a escanear discretamente a la chica, a Bea.

— ¿Has terminado? — preguntó, aún conociendo la respuesta.

— Hace un rato, pero le vi tan entretenido que no me atreví a interrumpir.

— Ve al Servicio de Seguridad y comprueba si las cámaras de ahí fuera enfocan hacia la calle o si su alcance se detiene en la acera como yo supongo.

— Planta baja, al lado de la Oficina de Denuncias. — indicó Domingo sin necesidad de que le preguntaran nada.

— Al final tendrás que cobrarnos por la información o te va a quedar complejo de navegador. — bromeó Alberto.

— Para eso estamos, entre otras cosas. — aclaró Domingo, serio, porque le gustaba ayudar pero no ser objeto de bromas.

Y a Núñez volvió a abordarle la sensación de que en aquella Comisaría no estaban siendo bien recibidos. Obviamente, el hecho de que enviaran personal de Oviedo para continuar una investigación que ellos habían comenzado debió caer como un jarro de agua fría sobre el personal de aquella Unidad. Y la repulsa se materializaba en el inusual comportamiento de aquellos cuatro que trabajaban sin ruido: ni un comentario en voz alta, ni una risa sonora, ni una broma entre ellos. Sin embargo, por el rabillo del ojo, había observado que las miradas de complicidad y las risas abortadas iban y venían a lo largo y ancho de la oficina y dedujo que su comportamiento obedecía a órdenes muy estrictas, tal vez a la prohibición expresa de soltar comentarios susceptibles de ofrecer a los intrusos cualquier tipo de ayuda o comodidad.

Entró Juanjo portando unos papeles en la mano y cruzó todo el despacho para llegar al ventanal donde Núñez continuaba mirando la calle con simulado interés.

— Esto es todo lo que hay: cuatro individuos de esas características que fueron detenidos por esos delitos en Logroño. — explicó, entregándole las fotografías.

— No parece gran cosa.

Núñez extendió la mano para tomar los impresos a la par que alargaba la mirada para observar la reacción de los cuatro que estaban sentados. El cruce de miradas y las medias sonrisas no se hicieron esperar.

Obviando el recochineo, echó una ojeada a las fichas de aquellos cuatro individuos. El primero era de raza gitana, nacido en 1960, pelo largo, greñoso y gran mostacho; su última detención había tenido lugar seis meses atrás, por lo tanto la fotografía resultaba fiable por actualizada. Pasó al

segundo: un individuo nacido en 1961 cuyo cliché había sido tomado diez años atrás, con ocasión de su última detención.

— Esta no sirve. Este tío puede haber cambiado mucho desde hace diez años. ¿No tendrá más detenciones?

— Eso mismo nos pareció a los compañeros de G.A.T.I. y a mí, por eso hemos comprobado si había detenciones posteriores, y nada. — contestó Juanjo, orgulloso de traer aquel problema resuelto.

— Hay que ver si ha renovado el Documento de Identidad desde entonces. Entra en la base con mi clave e imprime la ficha. Necesitamos disponer de una fotografía más reciente.

El tercero era un individuo nacido en 1965, obeso y mofletudo, con pelo erizado y cara de espanto, como si hubiera recibido una descarga eléctrica previamente al posado. La fotografía databa de cuatro años atrás.

— Toma el número ordinal de este y mira a ver si hay detenciones posteriores. Caso de carecer de ellas, imprime también la ficha del DNI, por si es más reciente. — ordenó Núñez, tendiéndosela a Juanjo, ya sentado frente al viejo ordenador.

El cuarto había sido detenido hacía tan sólo quince días. El pelo liso con flequillo, la ausencia de barba y el aspecto atlético le daban un aire juvenil que hacía difícil creer que hubiera nacido en 1962.

Ninguno de ellos coincidía con las características aportadas por los chicos que vieron al conductor del Audi A6 negro.

Juanjo imprimió la del número dos y se la entregó al Jefe.

— ¡Tuvimos suerte! Renovó el DNI hace nueve meses.

Núñez observó la fotografía con detenimiento, después meneó la cabeza en señal de desaprobación. El sujeto en cuestión había ganado al menos treinta kilos y perdido el pelo de media cabeza en el espacio de tiempo que mediaba entre aquellas dos instantáneas.

La del número tres también estuvo lista en menos de un minuto. Aquel no había cambiado prácticamente nada en cuatro años. Lo único que en la fotografía hecha en Comisaría — después de una noche en el calabozo —

aparecía despeinado, somnoliento, sucio y con aires de alienado. Nada que ver con la del documento de identidad, donde lo retrataron bien peinado, afeitado y hasta trajeado.

— Coge estas cuatro fichas y saca otras cinco de individuos de características físicas similares, que hayan sido detenidos, y haz una composición fotográfica para mostrársela a las personas que vengan a declarar.

— ¿Detenidos por…? — preguntó Juanjo.

— Por cualquier causa. Necesitamos que la composición conste de nueve fotografías. Es para rellenar, para unir a las otras cuatro.

Juanjo miró a su jefe, luego a los cuatro que seguían trabajando, incansables, y otra vez a su jefe. Estaba indeciso. Nunca antes había confeccionado un Acta de Reconocimiento fotográfico.

— Supongo que los compañeros de Logroño dispondrán de fotografías idóneas para esta composición. — aclaró Núñez, tratando de adivinar el motivo de la vacilación y repentina mudez de Juanjo.

— Yo tengo varias ya confeccionadas y creo que podrían servirte. Sólo tienes que quitar cuatro fotos y poner las que tienes ahí. — ofreció Domingo, que parecía haberse erigido en portavoz de aquel extraño grupo.

En tanto Juanjo procedía con la composición fotográfica, Núñez se acomodaba en la vieja silla que les habían asignado cuando, de pronto, entraron seis policías riendo, hablando y rompiendo aquel extraño silencio tan impropio de un grupo operativo. Se trataba de cinco hombres y una mujer, todos relativamente jóvenes, menores de cuarenta años, que entraban en la oficina como el caballo de Atila, llenando el espacio de ruido y, literalmente, tirando los equipos de transmisiones y las llaves de los vehículos encima de la primera mesa que encontraban a su paso. Después tomaron el despacho sin que nadie se inmutara. Núñez supuso que se trataba de los policías operativos asignados al Grupo de Delincuencia Especializada y Violenta.

— Sois los de Oviedo ¿verdad? — preguntó el que parecía más joven.

Vestía un pantalón vaquero roto, jersey demasiado abundante y, además, desteñido. Un atuendo que predispuso a Núñez a la aversión por demasiado descuidado para ejercer la labor de servicio público.

— Yo soy Pedro Núñez Miranda, Jefe del Grupo de Homicidios de Oviedo; y él es Juanjo, policía de mi Grupo. — contestó de todas formas, por cortesía, presentándose formalmente hasta ver si el susodicho dejaba de tutearle.

El otro captó la intención pero se hizo el desentendido.

— ¡A ver si vosotros tenéis más suerte! Aquí hemos entrevistado a los posibles testigos y no hemos conseguido nada. Sinceramente, creo que todos decían la verdad y que, simplemente, no repararon en ese individuo. Yo estuve interrogando a la gente de esa cafetería, por eso, si puedo ayudaros en algo no dudéis en preguntarme. Me llamo Alex Requena.

Sus pintas no se correspondían en absoluto con la amabilidad y sinceridad que irradiaban sus palabras y sus gestos.

— Muchísimas gracias por tu ofrecimiento. Básicamente, lo que tenemos pensado hacer es tomar declaración escrita a los posibles testigos, por si han recordado algo a “posteriori” o se les ha olvidado mencionar algo en la declaración que les tomasteis vosotros.

— ¡Ojalá tengáis suerte! Como te dije, nosotros no conseguimos nada, pero eso no quita que, efectivamente, hayan recordado algo desde entonces, o que encontréis algún otro testigo capaz de aportar nueva información. ¿Habéis traído coche, o vinisteis en tren?

— Hemos viajado en coche oficial.

— Te lo decía por si necesitáis que os acerquemos a algún sitio. Bueno, contad conmigo para lo que sea. Ya sabéis mi nombre y os voy a dejar mi número de teléfono por ahí anotado, para que no dudéis en llamarme porque doy por hecho que vosotros no conocéis la ciudad y que no os vendrá mal un guía.

Del bolsillo lateral del pantalón sacó una pequeña libreta, arrancó una hoja y anotó allí su número de teléfono. Se la entregó a Núñez.

— Supones bien y seguro que te llamaremos si necesitamos ir a algún lugar que no esté por aquí cerca.

<Las apariencias engañan>. Núñez no tuvo más remedio que reconocer cuánto tenía de cierto aquel dicho popular que, como casi todo el mundo, había escuchado cientos de veces y obviado otras tantas.

En esos momentos asomó Alberto por la puerta.

— ¡Nada de nada, Jefe! Las cámaras enfocan hacia la acera, más concretamente hacia las piernas de los peatones. De los coches, ni el espejo lateral.

— ¡Ya empezamos con los inconvenientes! No sé qué pasa, pero todo parece estar perfecto, funcionar de puta madre y ser condenadamente idóneo, hasta que se necesita. Entonces, en ese momento, cuando se necesita, nada funciona, ni es perfecto ni mucho menos idóneo. Si necesitáramos obtener imágenes de los peatones, las cámaras enfocarían hacia el tráfico y quien las colocó nos diría que, obviamente, es el lugar hacia dónde deben enfocar porque, si hay un atentado, lo más lógico es que usen un coche para cometerlo. ¡Un maldito coche bomba! Pero, como necesitamos que enfoquen al tráfico, enfocan a la puta acera y, si le preguntas a quien quiera que haya sido el imbécil que las colocó, seguro que encuentra una respuesta lógica. ¡Maldita sea!

Había alzado la voz más de lo que solía, usado palabras que parecía imposible formaran parte de su vocabulario y confeccionado la explicación más larga en años. Cuando dio por terminado el discurso, había una docena personas observándole, atónitas, con la boca abierta y sin pestañear; sobre todo Juanjo y Alberto, que eran quienes mejor le conocían; aunque a los otros tampoco les casaba aquella oratoria con el personaje tímido y recatado que aparentaba ser el Jefe de Oviedo. Núñez se sonrojó al sentirse analizado por toda aquella gente. Casi había perdido los papeles y eso le resultaba inadmisible; aunque ya le había ocurrido en alguna que otra ocasión en las que, como en esta, se habían dado las condiciones idóneas para que él se embalara de semejante manera. A saber: presiones por parte de los superiores, estrés derivado, sistemas que se resisten a funcionar a

conveniencia, zancadillas, puñaladas por la espalda e incompetencia por doquier.

Por ende, las miradas incrédulas que se le posaban encima magnificaban en su mente la escena que acababa de representar.

— ¡Jefe, creo que necesita tomarse un café! O mejor, una tila. — propuso Alberto.

— ¡Si, vamos al de enfrente! Después pasaremos por el Mediapinta para citar a los testigos, si es que hubo alguno.

— También podemos tomar allí el café, ya de paso…

— ¡No, de ninguna manera! Según mi criterio, no es ético consumir en los lugares relacionados con asuntos de trabajo.

Echó mano del abrigo y la bufanda. El frío riojano mordía, pero también era verdad que se espantaba con sólo abrigarse bien; al contrario que en Oviedo, donde la humedad traspasaba cualquier prenda de abrigo, calando hasta los huesos.

Tomaron un refrigerio mientras comentaban el mal recibimiento que habían tenido por parte de algunas personas de aquella Comisaría, intentando compensarlo con la amabilidad y buena disposición de Alex, el único que les había brindado su ayuda. Alberto aderezaba la conversación con cuantas ironías se le ocurrían para doblar los gestos de los policías y de su jefe, Alejandro Márquez. Imitaba a la perfección los ademanes, el tono de voz y la sonrisa irónica del “gran Jefe” — como él le llamaba, aunque Núñez prefiriera el apodo “mastodonte” — sin olvidar aquel deje amanerado y el movimiento que desplegaban sus colosales caderas al caminar. Entre risas, salieron de allí para dirigirse a la Cafetería Mediapinta, situada unos veinte metros a la izquierda.

El humo y el ruido les dieron una bofetada nada más abrir la puerta. ¡Estaba más abarrotada que el metro de Pekín en hora punta! La barra, situada al lado derecho, se extendía hasta la mitad del local, aproximadamente. Detrás, la actividad era frenética. En un pasillo de apenas medio metro de ancho que se abría paso entre la barra y la pared, los camareros iban y venían; se acercaban, se alejaban y se cruzaban sin

siquiera rozarse. Los cafés volaban por el aire apoyados sobre bandejas para después posarse delante del consumidor sin perder un ápice de estabilidad. Bramaban las cafeteras. Gritaban los clientes para hacerse oír en medio de aquel barullo. “¡Uno con leche corto de café, un descafeinado, uno solo, un descafeinado de máquina y dos de sobre!”. El camarero anotaba mentalmente. Su memoria era prodigiosa; el ruido, ensordecedor. Estaban en la hora punta. A la izquierda, al menos veinte mesas redondas poblaban el resto del espacio. Permanecían ocupadas, se levantaban unos y ya había otros esperando ocupar su lugar. En el lateral, una pared de espejo duplicaba las imágenes. Al fondo, una mampara dividía el local en dos: era la zona de no fumadores.

— Será mejor que les citemos por teléfono, sino queremos dar la nota. Con este barullo, resultará imposible hablar y explicarles debidamente sin que se entere todo el local. — sugirió Núñez nada más ver el panorama.

Alberto y Juanjo no necesitaron más motivo para dar media vuelta y salir por donde habían entrado.

— Volveremos a eso de las tres de la tarde para ver si también hay tanta clientela, aunque no creo. Ahora la gente está tomando el café de la mañana.

— ¿Y mientras tanto? — preguntó Juanjo.

— Mientras tanto, daremos una vuelta por esta calle y alrededores para ver lo que hay. Entraremos en Bancos y joyerías, para requerirles las imágenes de grabación de aquellos días, si es que aún las conservan. Han pasado más de quince días, pero nunca se sabe... Por intentarlo que no quede…

Los tres cargaban a lomos la sensación de estar dando palos de ciego. Aquello de los Bancos y Joyerías era más bien para no dejar ninguna posibilidad sin tocar, pero de sobra sabían que ese tipo de establecimientos no suelen guardar las imágenes más allá de los quince días establecidos por la Ley, y en algunos casos ni eso.

— ¿Sabe una cosa que no hicimos aún, Jefe? — preguntó Alberto.

— ¡No estoy para adivinanzas, así que suéltalo rápido!

— Llamar a Tráfico para que nos faciliten datos de todos los Audi A6 que hayan sido multados durante esos días cerca de Logroño y de Oviedo, también en la autopista que va de una ciudad a otra. Suponemos que la niña quedó con ese tío el día veintisiete, entonces habrá que poner un margen de un día o dos por debajo y otro día o dos por arriba, por si hubiera decidido ir unos días antes o regresar unos días después, o ambas cosas. No sería tan extraño que le cayera alguna multa, es muy fácil cagarla en un viaje largo.

Núñez se quedó pensando un rato antes de contestar.

— ¡Buena idea, sí señor, buena idea! — admitió, lamentando que no se le hubiera ocurrido a él. Definitivamente, ya no le cupo duda alguna de que estaba perdiendo facultades —. Nos encargaremos nosotros de los Bancos y joyerías, vuelve tú al despacho para canalizar ese trámite.

A Alberto no le hacía ninguna gracia regresar al despacho con aquellas marmotas como única compañía. Resopló para dar a entender su descontento. La mirada del jefe no vacilaba. Desistió.

— ¿Vendréis a buscarme para comer con vosotros?

— En menos de una hora estamos allí. En los establecimientos terminaremos enseguida y en la calle no tenemos nada que hacer. Además, en este pueblo hace un frío que pela. — dijo Núñez, subiéndose las solapas del abrigo para que le cubrieran parcialmente las orejas.

— ¿Y por qué no comemos algo en el Mediapinta a eso de las tres? He visto que preparan bocadillos y platos combinados. Así podríamos ver el ambiente que hay allí entre tres y cinco de la tarde. Y, dado que les vamos a citar por teléfono, no tenemos que hablar allí de trabajo y, por añadidura, su ética queda intacta, Jefe. — propuso Alberto antes de tomar el camino de vuelta hacia la Comisaría.

— En eso estaba yo pensando, pero iba a decirlo luego, cuando saliésemos a comer.

El Jefe mintió de cara a la galería pero, para sus adentros reconoció que no estaba dando ni una y que eran sus subordinados quienes aportaban todas las ideas. Era como si, de repente, su mente se hubiera secado de planes y de soluciones.

< ¿Será cosa de la edad? ¡Seguro que sí! No de la edad directamente, pero si de la proximidad a la jubilación. Hay quien esprinta cuando ve la meta próxima, y hay quien aminora la marcha porque va tan cansado que, si no afloja, teme no llegar. Yo debo ser de estos últimos, y la voy a cagar ahora al final de mi carrera. En vez de poner una guinda como Dios manda, resolviendo un caso complicado, me voy a marchar como un fracasado. La verdad es que el caso se las trae. El presunto no podría haber resultado más cauto ni aunque le hubiese asesorado yo mismo>, pensaba mientras ajustaba la bufanda alrededor del cuello.

OceanofPDF.com

XXVI

El jueves día diez de diciembre Rosa subió a planta. Tan pronto le participaron la noticia, Fran acudió a visitarla.

Aferrada al brazo derecho de su marido, ambos avanzaban lentamente y en forzado silencio porque a ella se le había olvidado qué decir y cómo decirlo. Tampoco recordaba quién era aquel hombre alto, cuyo rostro le resultaba tan familiar, que se empeñaba en sacarla de su habitación para obligarla a caminar por el pasillo, primero hacia un lado, vuelta, y luego hacia el otro; esquivando a otros que, como ella, vestían bata color azul celeste y se paseaban como sonámbulos de un lado a otro, acompañados de alguien o solos.

Rosa, pese a moverse con pesadez, tenía la sensación de estar levitando, cada vez más convencida de que aquel lugar, que tan extraño le había resultado al principio, era su verdadero hogar. Allí se sentía querida y mimada como nunca lo había sido, ni siquiera durante su infancia. La bañaban, la vestían, le proporcionaban la comida acercándosela a la boca con una cuchara, y hasta recibía algún que otro beso de aquellos señores y señoras que mandaban allí y vestían bata blanca en vez de azul celeste.

Fran aún no había digerido el trago de ver a su mujer de aquella manera, ni se creía capaz de asimilarlo aunque cien años transcurrieran. A ella se le había extraviado la mirada, la mantenía fija en algún punto lejano y daba la sensación de que no percibía nada de cuanto había o acontecía a su alrededor. Su interés se centraba en algo invisible para los demás, algo muy remoto y distante. Y no sólo la mirada perdida delataba su vacío interior, toda ella sudaba sufrimiento por cada poro. Tal era su delgadez que su cuerpo se había convertido en un amasijo de huesos de vidrio que amenazaban con salir al exterior perforando la piel traslúcida que los cubría. Caminaba lento, sin ganas, encorvada como si fuera una anciana. Al verla así, Fran hubiera llorado de buena gana, para aliviar dolores, pero ya no le quedaban lágrimas.

Ese mismo día, por la mañana, le había telefoneado el encargado del supermercado donde trabajaba Rosa. Era un individuo sobrado y arrogante, que hablaba con voz potente y usaba expresiones que de tan retóricas y fuera de lugar no dejaban duda de haber sido copiadas de otros más ilustres y duchos que él para luego exhibirlas ante los que consideraba más ignorantes. Además, hablaba de "su negocio" de tal manera que parecía ser el dueño de la cadena de supermercados en vez de un simple encargado. A las resultas, aquel individuo amenazaba con poner a Rosa de "patitas en la calle" si no se presentaba al día siguiente en su puesto de trabajo, alegando que los días de permiso concedidos habían finalizado y que se acercaban las Navidades, la época de más trabajo del año, y no podía prescindir de uno de sus empleados porque, de lo contrario y aprovechando que a Rosa le vencía el contrato el día veintitrés de diciembre, se verían obligados a sustituirla por otra persona.

Fran, a falta de argumentos para rebatir al encargado, le respondió que lo consultaría con su gestor. Y, a falta de gestor que le informase, descargó las penas en sus padres, única familia que aún le quedaba.

— ¿Problemas, hijo? — había preguntado Pedro al encontrarle sentado en el sofá, con ambas manos sujetando la cabeza, postura en la que Fran solía recluirse para huir de los problemas.

— Quieren despedir a Rosa. ¡Era lo que nos faltaba! Íbamos tirando a duras penas, pero ahora no sé qué será de nosotros. — se lamentó, sin mudar postura.

Pedro y Estrella, sin añadir nada al comentario, guardaron silencio y se acomodaron también en el sofá, obligándole a replegarse hacia una esquina.

Una hora más tarde, en la cocina, Fran se disponía a freír tres pechugas de pollo para la cena cuando Pedro se acercó despacio, ocultando algo entre las manos.

— Mira, hijo, esta es nuestra cartilla del Banco. Aquí está todo el dinero que hemos ahorrado durante nuestra humilde vida y puedes disponer de él. Nosotros no lo necesitamos porque nos vamos apañando con mi modesta pensión.

Fran se le quedó mirando, sorprendido, en la creencia de que, quizá, no había oído bien.

— Anda, cógela. — insistió Pedro, alargando la mano.

Un par de lágrimas pugnaban por escaparse de los ojos de Fran. Consiguió detenerlas. No esperaba ese detalle y a su mente acudieron nítidas todas y cada una de las pestes que había echado contra ellos por presentarse en casa en tan malos momentos para aportarle solamente trabajo extra. Lo lamentó profundamente y se sintió tan ruin y miserable que enrojeció de pura vergüenza. Le invadía la sensación de ser el peor de los humanos que habitaba sobre la faz de la Tierra, el menos digno.

Con timidez alargó la mano y tomó la cartilla. Durante unos segundos mantuvo el brazo extendido, sin atreverse a acercarla hacia sí. No sabía qué hacer. Eran los ahorros de sus padres, amontonados céntimo a céntimo a costa de privaciones, destinados a aportar seguridad a su vejez. Si no fuera por las circunstancias, de buena gana hubiera rechazado aquella oferta de la que no se sentía merecedor; pero, con su hija muerta y su mujer en el hospital, iba a necesitar cada céntimo. Su cuenta corriente se cuantificaba en ceros sin ninguna cifra a la izquierda y dudaba de que el Banco le concediera un préstamo porque no tenía nada que ofrecer en garantía salvo un piso hipotecado que había perdido la mitad de su valor con la llamada “crisis del ladrillo”. Necesitaba dinero para enterrar a su hija y curar a su mujer.

Acercó hacia sí la libreta bancaria y hasta se atrevió a abrirla. ¡Dios mío! Nunca lo hubiera supuesto pero… ¡tenían cincuenta mil euros ahorrados! Toda una fortuna.

Fran atrajo de nuevo sus pensamientos hacia el presente. Continuaban paseando entre frías paredes que montaban guardia. Iban por la vigésima vuelta a lo largo del corredor y, aún a sabiendas de que resultaría inútil y hasta quizá improcedente, decidió matar el tiempo de visita restante relatándole a su mujer la conversación telefónica que había mantenido con el encargado del supermercado donde ella trabajaba.

— ¡La madre que lo parió! ¡Ese se va a enterar! Ahora que tengo dinero, contrataré a un abogado para que nos defienda. — añadió Fran, consciente de que hablaba para sí mismo porque Rosa no daba muestras de escucharle y seguía con la mirada puesta en el infinito.

— ¡Diga que sí, jefe, diga que sí! — contestó un enfermo que, apostado en la puerta de su habitación, no perdía detalle de cuanto allí acontecía.

Fran sonrió sin ganas. Aquel lugar le deprimía hasta límites inaguantables. ¡Y pensar que pasaría allí dos horas cada tarde! Una penuria más añadida a unas tardes a las que seguían largas noches tratando de dormir sin conseguirlo, madrugadas invadidas por infernales pesadillas y agotadores días que parecían no terminar nunca.

Además — y aunque su pensamiento ya no admitiera ni una queja al respecto — el hecho de alojar a sus padres en casa también representaba un trabajo extra. Estrella daba por saldada su parte de labor en el hogar extendiendo la colcha de la cama en la que dormían. Pedro era un cero a la izquierda en lo que a labores domésticas se refiere. Y él, convertido en amo de casa de la noche a la mañana, improvisaba como podía para prepararles comidas idóneas, teniendo en cuenta sus muchas enfermedades, ya fueran reales, inventadas o fingidas, lo mismo daba. Pero también era verdad que, desde que le habían ofrecido la libre disposición de todos sus ahorros, soportaba mejor la carga de trabajo añadida.

Y su suplicio iría en aumento en cuestión de cuatro días: fecha límite para incorporarse de nuevo a su puesto de trabajo. A él también le había telefoneado su jefe y con cortesía, comprensión y hasta solidaridad, le había hecho saber que la empresa no podía prescindir por más tiempo de su experta e irremplazable labor.

Unas cuantas vueltas más y el horario de visita tocó a su fin. Fran agradeció el paso del tiempo. El tiempo, ese del que tanto se habla, ese del que dicen todo lo cura, pone a cada cual en el lugar que le corresponde, es el mejor de los consejeros y tantas otras cosas; el tiempo, se había vuelto el peor de los enemigos.

Se acercó una enfermera y a ella cedió el brazo de su esposa. Al soltarla, Rosa le miró a los ojos durante un instante: sólo pudo ver vacío en ellos. Embargado por la tristeza, dio media vuelta y se fue a toda prisa. Le escocían los ojos de puro secos que los tenía. <¡Quien tuviera lágrimas para regarlos un poco!> pensó mientras bajaba las escaleras. Pero su llanto había sido todo para Nerea; para su mujer sólo le quedaba la pena que sentía por ella. Por ella y por aquella familia que un día creyó tener y que ya no tenía, ni volvería a tener nunca más.

Se asomó a la calle. Estaba lloviendo a cántaros, no había traído paraguas y, para colmo de males, había estacionado el coche a más de un kilómetro de distancia — el único sitio donde había encontrado un hueco libre —. Claro que había un parking cerca del Hospital, a escasos cinco minutos, pero los tres euros que se ahorraba al dejarlo en la calle le venían muy bien, más que bien dado el rumbo que había tomado su vida. No quería empezar a dar bocados a los cincuenta mil euros, debía mantenerlos enteros para pagar el entierro de la niña y una clínica particular donde Rosa se curaría, cuando la diesen el alta en la Sanidad Pública. Esperaría a cubierto hasta que amainara la lluvia, parapetado tras los cristales de la puerta de entrada.

La gente entraba y salía, todos con prisa — y con paraguas — algunos con cara de haber recibido buenas noticias, otros no tanto, pero casi todos acompañados. Salían de dos en dos, o de tres en tres, para después perderse entre la lluvia de aquella tarde plomiza. Se sintió más solo que nunca entre toda aquella gente que pasaba a su lado sin percatarse de su presencia.

Para matar el tiempo de espera, se dedicó a imaginar cómo serían las vidas de todas aquellas personas con las que durante unos segundos compartía tiempo y espacio. A la señora mayor de pelo plateado que se aferraba a un hombre de mediana edad, calvo y con gafas, le atribuyó una idílica vejez. Seguramente aquel que le ofrecía su brazo para apoyarse sería su hijo (o quizá su yerno) y estaría viviendo cómodamente con él y su mujer, sin más preocupación que ver amanecer un día más para cumplimentarlo sin mayores problemas. Seguramente, tendrían a alguien de la familia allí ingresado, quizá su hija (o nuera) aquejada de problemas menores, y todos festejarían su regreso a casa dentro de muy pocos días.

Tras ellos salía un hombre joven, alto, con rasgos de ave rapaz y aspecto cansado. Llevaba de la mano a un niño de unos cuatro años de edad al que abrochó bien la cazadora, luego sacó un gorro de lana del bolsillo de su rebeca y se lo enfundó en la cabeza. Seguramente aquel hombre acababa de ser padre por segunda vez y estaría ansioso porque su esposa regresase a casa con el nuevo miembro de la familia, probablemente una hermosa niña. También festejarían el regreso de ambas. ¿Y él? Él no. En su casa nunca habría festejos. Con su única hija muerta y una esposa de la que sólo quedaba la carcasa, su familia había mermado hasta el punto de que ahora se encontraba totalmente solo. Dos chicas jóvenes salieron también a la calle, riendo y comentando algo acontecido durante el anterior fin de semana. Al llegar a la puerta las frenó la lluvia durante un brevísimo instante, después se armaron de valor y le hicieron frente lanzándose a la calle sin paraguas y a la carrera.

Él haría lo mismo. No había visos de que escampara pronto y, además, estaba anocheciendo y sus padres se preocuparían si no estaba de vuelta en casa a la hora acostumbrada. No deseaba causarles más disgustos, sobre todo después del detalle que su padre había tenido con él, y que no esperaba en absoluto porque en casa la cartera y los pantalones los llevaba su madre. Estrella planeaba y mandaba ejecutar sin hacer preguntas a nadie; Pedro se limitaba a asentir, a ser posible en silencio.

Salió a la calle e, intentando emular a las chicas, emprendió carrera a todo gas, saltando charcos y sorteando a la gente que aún transitaba por la acera. El flato le obligó a parar a mitad del camino que le separaba del coche. Presionó el costado izquierdo con ambas manos, tratando de aplacar el dolor, y decidió cumplimentar el tramo que restaba caminando despacio. Cuando llegó al coche parecía que hubiera caído vestido dentro de una piscina. Puso la calefacción a tope y el rumbo a casa. Sabía cómo se las gastaban los constipados que él pillaba: en cama durante una semana con cuarenta de fiebre y sudando sin parar. Y no se lo podía permitir. No en esos momentos.

Ante la puerta de casa estuvo tentado de quitarse los zapatos y los calcetines, porque los traía empapados. Era una norma implantada por Rosa desde el día siguiente a la boda. “No se entra en casa con los pies mojados;

se descalza uno, se secan los pies en el felpudo y después, una vez enjutos, se puede pasar" ordenaba ella, tratando de imponer unas normas básicas que, aunque no restaran, por lo menos no añadieran trabajo extra al mucho que ya tenía como ama de casa y mujer trabajadora.

Pero aquel mandamiento ya no tenía razón de ser porque la casa no había visto una fregona desde hacía casi un mes y el polvo se espantaba a cada paso que daban, para salir huyendo y después volver a caer donde mejor le parecía. Desterró la idea por absurda y entró directamente. Sus padres mataban el tiempo delante del televisor. Obvió el saludo y fue derecho al cuarto de baño. Una ducha bien caliente borraría los efectos del frío y de la humedad que le calaba hasta los huesos. Por sorpresa, Estrella le abordó cuando comenzaba a desnudarse.

— Creí que no me habíais oído entrar. Como estabais viendo la tele…

— Y no te oí, pero aún tengo buena vista y te vi pasar.

Conocía bien a su madre: para que ella acometiera el esfuerzo de levantarse tan rápido del sofá, necesariamente tendría que existir un motivo de peso. Se quedó mirándola fijamente, esperando a que desembuchara. Ella se tomó su tiempo hasta que al fin comenzó, yéndose por los Cerros de Úbeda.

— ¿Estuviste hablando con tu padre esta mañana?

— Si, hablamos de varias cosas, pero…

— ¿De dinero? — interrumpió ella súbitamente.

— Sí, entre otras cosas. Hay mucho de qué hablar, desgraciadamente.

Fran no sabía a dónde quería ir a parar su madre, aunque tenía una leve sospecha.

— Mira, hijo, tú sabes que tu padre, a causa de las muchas enfermedades que padece, no está del todo en sus cabales. No es que esté loco, no se trata de eso, sino que con la falta de riego, a veces se distrae y dice alguna que otra inconveniencia…

Los malos presagios de Fran se iban cumpliendo a medida que, con imperceptibles gestos de cara, iba alentando a su madre a continuar

hablando, mientras él se afianzaba en el convencimiento de que el colchón económico que le había ofrecido su padre se estaba desinflando por momentos.

— Nosotros tenemos algunos ahorros — prosiguió — No muchos, porque sabes que ganamos muy poco dinero. También tenemos algunas tierras, las que tú sabes, y la casa del pueblo…

— ¿Y…? — preguntó, animándola a continuar.

— Y, como también sabes, tu hermana está en Irlanda, o no sé dónde ni con quien. Esa muchacha siempre fue rara y descastada. Se marchó un buen día con el primer atolondrado que se cruzó en su camino y nunca más supimos de ella. Como sabes… — Estrella parecía darlo todo por sabido — nuestra vida consistió en trabajar, trabajar y trabajar; y ahora estamos viejos, enfermos y sin nadie que nos cuide…

Aunque ya presumía el final del cuento, la animó a terminarlo con el simple gesto de abrir un poco más los ojos y fruncir el entrecejo.

— Todo lo que tenemos será para ti, si nos cuidas en esta recta final de nuestra vida. Nosotros nos quedaremos a vivir aquí y, cuando muramos, recibirás toda la herencia en testamento.

< ¡Y se quedó tan ancha!> consideró Fran.

En ese momento no supo que respuesta ofrecer ni siquiera si era prudente entregar alguna, aunque le resultara obvio que, a juzgar por la cara de súplica que presentaba su madre, estaba esperando que así lo hiciera. Pero él prefirió aguardar y, después de sopesar rápidamente pros y contras, finalmente decidió que lo mejor era no darle ninguna. No quería pensar en más muertes, no en ese momento.

— Ya se verá, mamá. Ahora tengo que ducharme, que estoy empapado. Llovía a cántaros cuando salí del hospital.

— ¡Piénsalo hijo! Es una buena oferta. Nosotros no vamos a vivir durante mucho tiempo más y lo que te ofrezco te puede solucionar la vida.

Fran asintió y, en cuanto su madre abandonó el cuarto de baño, se metió en la bañera.

<¿Cuánto es poco tiempo más? ¿Diez, quince años? ¿Quizá veinte? ¡Necesito el dinero ahora! Para enterrar a mi hija y curar a mi mujer. Dentro de diez, quince o quizá veinte años, estaré en una residencia (de ancianos o de enfermos) aún llorando a mi hija y echando de menos a mi mujer, enferma crónica por no haber tenido dinero para curarla en una clínica particular, o por lo menos por no haberlo intentado>.

Dejó que el agua caliente le relajara los músculos y lo intentara con la mente, aunque sabía que debía darse prisa en obtener los beneficios termales porque no estaba la cosa como para tirar los euros cañerías abajo: el metro cúbico de agua caliente se pagaba a seis euros y resultaba una terapia demasiado cara para su maltrecha economía. Se avergonzó al caer en la cuenta de que, a sus cincuenta años y después de toda una vida trabajando, no podía ni tan siquiera permitirse desperdiciar dos metros cúbicos de agua caliente para relajarse después de un día demoledor. “El que nace desgraciado…”, dijo por lo bajo.

Salió de la ducha y comenzó a secarse con parsimonia, tratando de despejar su mente y de ahuyentar pensamientos que insistían en recrearse en la desdichada vida que le había tocado en suerte. Sabía que sería inútil tratar de desterrar esas cavilaciones porque las historias vividas nunca terminan por completo, nos acompañan como un regalo o un castigo, pero no se desvanecen como la niebla sino que nos persiguen por los caminos de la memoria, transformándose en fantasmas traslúcidos que aparecen en momentos poco oportunos.

Vistió uno de sus dos pijamas, el que descansaba encima de la cama que antaño había ocupado junto a Rosa y que ahora parecía iba a pertenecer a sus padres de por vida. Él quedaría relegado a dormir en el sofá, como mero invitado en aquella casa, a la espera de que los dueños fallecieran para heredarla. <Pero… ¿qué hice con mi vida?> se preguntaba una y otra vez. No había respuestas. <Aquel que decía que se hace camino al andar era un auténtico loco. Yo siempre anduve por la senda correcta, la del trabajo y la dedicación a la familia. Nunca me desvié del buen camino, del honrado. Entonces… ¿dónde está el camino que yo debía haber hecho al andar? Yo más bien me quedaría con la primera parte: caminante, no hay camino. No

hay camino de ningún tipo, sólo un despeñadero al que te puedes caer o no, dependiendo de la suerte que tengas, y de lo que te acerques…>.

Los pensamientos existenciales le llevaron hasta la cocina, por pura rutina, donde sus padres le estaban esperando porque les había llegado la hora de tomar las pastillas y de cenar algo. < ¿Y qué les doy?> Aquello del colesterol, el ácido úrico, el riego, etcétera, eliminaba de la lista la mayor parte de los alimentos que se solían tomar en aquella casa. La visita al hospital le había restado tiempo para hacer la compra; y el fiambre, el jamón, el queso y el paté que guardaba en la nevera desde antes de su llegada estaban contraindicados para su dieta. Les ofreció algo de fruta.

— ¡Ay, hijo! ¡Con la cantidad de medicamentos que tomamos a diario! ¿Tú sabes lo que debilita eso el estómago? ¡Si no comemos algo consistente, las pastillas nos crearán una úlcera!

Fran estaba desesperado. Revisó la nevera de arriba abajo y de delante atrás. Los huevos tampoco le hacían apaño porque, al parecer, suben los niveles de colesterol. Atisbó un par de filetes en una pequeña bandeja y se le presentaron como la salvación.

— ¡Filete tampoco podemos comer! — gritó Estrella nada más verlos.

— ¡No tengo nada más, mamá! Por lo menos nada más que no sea malo para el colesterol, el ácido úrico, la tensión alta, la baja, el riego, los nervios…

— Nos conformaremos con un poco de café con leche y pan.

En realidad era lo que cenaban cada noche cuando estaban solos en su casa del pueblo, porque si Estrella se dedicara a preparar otro tipo de cena no le quedaría tiempo libre para ver la programación de la tarde al completo. Y era su preferida. Allí se despejaban dramas humanos con pelos y señales. Cada día, gracias a aquellos programas, llegaba al convencimiento de que tampoco había sido tan desafortunada en la vida. Ya se sabe: mal de muchos, consuelo de tontos.

Estrella era hija de una costurera, soltera y con un grado importante de minusvalía que la había obligado a pasar la vida pegada a la silla donde cosía. Sin embargo, su cojera no le impidió ser la querida del sastre al que servía de ayudante y de quien aprendió el oficio. El sastre estaba casado, bien casado, y la despachó tan pronto Eulalia (que así se llamaba la madre de Estrella) lo amenazó con destapar un escándalo sin precedentes en aquel pequeño pueblo si no abandonaba a su mujer para hacerse cargo suyo y de la criatura que había germinado en su vientre, fruto de un amor tan secreto como falso, que había quedado escondido en los probadores de caballero y del que nadie había sido testigo. Y el sastre, inmune a las amenazas, la despachó ese mismo día.

Eulalia, sola y sin dinero, regresó a casa de sus padres con el rabo entre las piernas y el vientre algo abultado aunque bien disimulado bajo refajos y faltriqueras. De su estado nada dijo y achacó el despido a una de las tantas neuras que el sastre padecía. Sus padres, a regañadientes porque el regreso traía consigo una boca más que alimentar, la apoyaron hasta que la barriga se hizo demasiado evidente y ya no era posible esconderla bajo los faldones. Entonces, para evitar la deshonra y otra boca más a la mesa, la botaron también de la casa.

Eulalia (ahora sola, sin dinero y deshonrada) no encontró mejor forma de sustento que recorrer a pie, arrastrando una cojera acrecentada por el embarazo, las aldeas vecinas y ofrecer sus servicios en las casas para hacer remiendos en la ropa vieja, arreglos de todo tipo, confección de sábanas, delantales y casi cualquier cosa que le encargasen. A cambio se sentaba a la mesa con la familia en cada una de las tres comidas diarias, disponía de una cama mientras estuviera trabajando en la casa y hasta le regalaban algún retal que sobraba.

Tiempo contado pasa pronto y Estrella llegó al mundo una tarde de invierno en una casa cualquiera de un pueblo cercano, donde su madre estaba cosiendo por aquellos días. La señora de la casa sintió la obligación moral de atender a la parturienta y permitirle permanecer en su casa en tanto no se repusiera. A la pequeña tampoco le faltó de nada durante aquellos primeros días de vida porque había tenido la fortuna de nacer en una buena casa, de paredes anchas y techo a cuatro aguas, donde no

escaseaba la comida y sobraba trabajo para atender las muchas hectáreas de terreno del que disponían.

Días después, en el corazón de la señora de la casa (Maruja se llamaba) había germinado el suficiente cariño por la pequeña como para mostrarse dispuesta a hacerse cargo de ella, criarla y permitirle a la costurera visitarla a su antojo. Maruja, además de buena católica y mujer de bien, era viuda y madre de cuatro varones que, aunque todos ellos llevaban tiempo afeitándose, continuaban viviendo en la casa, solteros y sin compromiso.

Así, un mes después y completamente repuesta del parto, Eulalia dejó a su hija al cuidado de Maruja y regresó a la vida ambulante que le permitía ganarse el sustento.

Con el tiempo, lo que para la madre fuera una bendición, para la hija acabaría convirtiéndose en un calvario que marcaría a fuego el resto de sus días. La madrastra resultó tan malvada como las de los cuentos: mujer regia, impasible, que sólo tenía corazón cuando estaba en misa y se sentía observada; pero de puertas adentro era dura como el cemento armado, arisca, hasta grosera en la mayor parte de las ocasiones y comandaba aquella casa como si se tratara de un cuartel de soldados, donde sus cuatro hijos y Estrella debían obedecer si rechistar o arriesgarse a probar la vara de avellano que escondía detrás de la puerta de la cocina, y que todos sabían donde estaba pero nadie se atrevía a romper. Maruja estaba hecha de una solidez que no admitía grietas.

Entretanto, Estrella crecía sometida a una disciplina castrense que sólo se relajaba cuando Eulalia pasaba por la casa, cosa que ocurría al menos una vez al año. De niña, cuando aún no sabía medir el tiempo, Estrella pasaba los días controlando la curva que formaba el camino allá lejos, hasta ver si aparecía aquella mujer menuda y coja, que traía regalos y de la que Maruja le había dicho que, en realidad, era su verdadera madre. Y, aunque el tiempo transcurría despacio, con la lentitud de la impaciencia, siempre llegaba el día en que veía aparecer a la pequeña mujer vestida de negro, cojeando y portando algún humilde regalo, generalmente muñecas de trapo que ella misma cosía en sus ratos libres; pero también galletas, chocolate y hasta fruta de la que le ofrecían en las casas y que ella conservaba como oro

en paño para cuando visitase a su pequeña. Cuando Eulalia entraba por la puerta, Maruja sufría una rápida metamorfosis y pasaba a ser la mujer dulce, católica y comprensiva que siempre había querido ser pero que nunca había sido.

— ¡Es hora de que empieces a pagar todo lo que hemos hecho por ti! — anunció Maruja el día que Estrella cumplió los diez años — Mañana dejarás la escuela para encargarte de la casa, tú sola. ¡A mi me ha llegado el momento de descansar!

Estrella sonrió imaginando un nuevo y divertido juego, sin alcanzar a comprender el significado de aquellas palabras. Desde que tenía memoria recordaba a Maruja bregando con las labores domésticas, bien fuera acarreando agua, atendiendo el huerto, barriendo o cocinando para los cuatro hijos celibatos que aún vivían en la casa. Estrella daba por hecho que cada mañana encontraría la jarra llena de agua delante de la palangana para lavarse antes de ir al colegio, que cuando regresase estaría la comida esperándola sobre mesa y que la ropa también aparecería limpia en el armario, a su completa disposición; sin que su mente infantil se cuestionase cómo se conseguía que todas las cosas estuvieran en el lugar que Maruja les había asignado en la vida. Esas labores eran tan inherentes a Maruja como su obesa fisonomía y su cara de amargada. No lograba imaginar a ninguna otra persona realizando esas tareas y menos aún a sí misma.

— Hasta ahora tú has sido la señora y yo la criada; ya es hora de que cambien los papeles, que para eso permití que vivieses en esta casa.

La asaltaron un conjunto de incertidumbres que no supo cómo apuntalar.

Al día siguiente — y a los otros muchos que siguieron — encontraría la jarra vacía y se vería obligada a hacer varias visitas a la fuente antes de desayunar, para lavarse ella y todos los demás habitantes de la casa; prepararía el desayuno, barrería toda la casa, adecentaría las camas, fregaría los cacharros del desayuno, haría la comida, limpiaría la loza después, por la tarde atendería el huerto e iría al río a lavar los pantalones de los cuatro hijos de Maruja, cocinaría para la cena y lavaría después los platos.

Aquel primer día resultó agotador pero, con el tiempo y el entrenamiento diario, se acostumbró a ser la sirvienta en aquella casa y, como Cenicienta, sólo esperaba la llegada de un príncipe que la liberase de tamaña esclavitud.

Y el príncipe llegó cuando ella contaba dieciocho años, en compañía de Arcadio — el hijo menor de Maruja —. Se llamaba Pedro, vivía a unos diez kilómetros de distancia y se le había estropeado su vieja moto justo enfrente de la casa. Arcadio le echó una mano en la reparación y después le invitó a entrar para lavarse las manos, pringadas de grasa hasta el codo. Pedro limpió las manos y enturbió la vista al mirar a Estrella. Jamás había visto pelo más negro ni más brillante, ojos tan grandes ni tan bien enmarcados, boca más encarnada ni más carnosa, ni mejillas más sonrosadas; pero lo que realmente le encandiló fue aquella aura etérea que envolvía a aquella aparición que había entrado en la cocina, cogido no supo qué y vuelto a desaparecer como por arte de magia.

A partir de ese día, Pedro frecuentaba el lugar a diario paseando con su vieja moto de un lado a otro y haciendo lo imposible para avanzar en su amistad con Arcadio, hasta ver si esa camaradería le concedía un pase definitivo al interior de la casa, donde ocultaban celosamente aquel tesoro de mujer. No resultó tarea sencilla: Arcadio era rudo, poco hablador y desconfiado. Pero las motos eran su punto débil y Pedro, que era minero y disponía de algunos ahorros, no dudó en emplearlos en la adquisición de una imponente moto, nueva del paquete, con la que asombrar a Arcadio primero y a la que imaginaba era su hermana después. Tardaría en conseguir su propósito, pero acabaría lográndolo: al cabo de un año entraba en casa de Maruja como Pedro por su casa, y nunca mejor dicho.

La aparición resultó llamarse Estrella, ser hija de una costurera errante y estar en aquella casa haciendo labores de criada y esperando la llegada de un salvador dispuesto a casarse con ella. La cosa estaba hecha. Comenzaron las miradas que lo decían todo y las frases enmascaradas que apuntaban directo al corazón. Estrella sonreía y se ponía roja como un tomate mientras daba luz verde a la relación. Pero los enamorados tropezarían con la oposición de Maruja, que desde su sofá del salón vio peligrar su bienestar al sospechar que aquel joven sonriente, comedido, bien vestido y simpático,

no frecuentaba su casa motivado por la amistad que simulaba mantener con su hijo menor; y no estaba dispuesta a quedarse allí, vieja, sola y sin criada que les cuidase a ella y a sus cuatro hijos, condenados a la soltería salvo que ocurriese un milagro.

— ¡Ya sé lo que buscas aquí! ¡Dejar embarazada a mi hija, como ya hiciste con otra vecina tuya!

Dicho eso, Maruja se levantó del sofá y echó mano a su vieja vara de avellano. Pedro no daba crédito. Arcadio tampoco pero, aún así, se puso del lado de su madre mientras Estrella corría a refugiarse en su habitación para poder llorar a gusto.

El saque resultó efectivo y Pedro, en efecto, no volvería a aparecer por aquella casa; pero sí lo haría Eulalia, portadora de las cartas que él le escribía a Estrella y de las que Estrella le enviaba a él. .

La boda se celebró tras dos años de carteo continuado, sin que Maruja ni sus hijos sospechasen nada sobre las verdaderas razones que pudiera tener la costurera para venir por casa con una frecuencia casi semanal y la excusa de encontrarse muy enferma y desear ver a su hija, a la que pronto dejaría huérfana, según repetía hasta la saciedad. No obstante, para que Maruja consintiese en dejar marchar a su sirvienta fue preciso inventar un embarazo que había tenido su origen en el gallinero, donde Estrella acudía cada noche para recoger gallo y gallinas.

Así fue como, de la mano de un hombre al que no amaba — ni llegaría a amar jamás, por mucho que lo intentara — abandonó Estrella aquella esclavitud que durante su infancia y juventud la había mantenido esposada a una familia donde no recibía más que insultos y amenazas — y algún que otro intento de abuso sexual por parte de los cuatro hijos de Maruja — para pasar a ser la señora de su propia casa y la esposa de un hombre que, desde el principio, vivió por y para cumplirle cuanto capricho se le antojara. Y el primero de ellos consistió en exigir que su madre, Eulalia, se trasladase a vivir con ellos. Pedro dijo amén y la costurera pudo, al fin, terminar sus días en un hogar que era como suyo propio, cuidada por una hija que la adoraba a más no poder; porque Estrella tanto amaba a Eulalia como odiaba a Maruja, en la misma medida. Sin embargo, y a su pesar, tras la muerte de

Eulalia y con el paso de unos cuantos años más, Estrella acabaría convirtiéndose en una caricatura de aquello que tanto odiaba, es decir, de la propia Maruja.

Por eso aquella tarde, cuando su marido le comentó que le había ofrecido a Fran todo el dinero del que disponían, tomó las riendas del asunto antes de que el cabeza hueca de su esposo desbaratara lo que tanto les había costado ahorrar.

— ¡Tú estás loco! Si le das ahora todo el dinero ¿quién nos va a cuidar cuando no podamos valernos por nosotros mismos?

— Pero, mujer, es ahora cuando lo necesita…

— ¡Tonterías! ¡Siempre se las han apañado muy bien sin nosotros! Hay que ofrecérselo, pero a cambio de que nos cuide. Con la otra — dijo, refiriéndose a su hija Alicia — no se puede contar; ella no va a dejar de hacer su vida para atendernos a nosotros.

— ¡Por eso, por eso! Fran es lo único que tenemos…

— ¡Eso ya lo sé yo, imbécil! Pero, si le das ahora el dinero, terminaremos en un asilo, aparcados horas y horas en una silla delante de un ventanal o de la televisión.

— Pero mujer…

— ¡Ni mujer ni nada! ¡Déjame a mí, que ya arreglo yo esto! ¡Tú no te metas en nada!

Y, como solía, Pedro pasó cremallera a la boca. Sabía lo que Estrella haría al respecto, también sabía que no era lo correcto pero no reunía el suficiente valor para oponerse. Nunca lo había tenido y, con el paso de los años, ella se había ido creciendo en la misma medida en la que él mermaba. La había amado con todo su corazón en el noviazgo a distancia y durante casi un par de años después de casados, el resto del tiempo la había soportado. Y más de una vez — al día — lamentaba haber rechazado a Francisca, aquella moza de su pueblo que tanto empeño había puesto en casarse con él y que él había despreciado una y otra vez con el mismo empeño que ella ponía en conquistarlo. Por aquel entonces sus pensamientos eran todos para Estrella. Y se daría cuenta de su error cuando,

años más tarde, supo que Francisca, aquella muchachita de mofletes colorados, pelo largo trenzado, regordeta y con la uñas de manos y pies negras de trabajar en el campo, había reunido arrojo suficiente para dejar atrás el pueblo, rechazar varios casamientos e independizarse arrendando un bar en Oviedo. Unos cuantos años después tuvo conocimiento de que continuaba soltera y que había adquirido un restaurante de esos donde acude clientela selecta. Las últimas noticias que le llegaron — chivadas por un amigo que conocía su secreto interés — era que Francisca se había convertido en dueña de cuatro restaurantes y en una mujer esbelta, bien peinada y mejor vestida, que se movía conduciendo su propio coche y manejaba dinero a raudales. ¡Quien lo iba a decir de Francisca!

OceanofPDF.com

XXVII

Desde su llegada a Logroño habían transcurrido cinco días, docenas de decepciones y alguna que otra burla enmascarada. A quince de diciembre, con la Navidad llamando a la puerta, seguían con las manos vacías y preveían que dejarían aquella ciudad tal y como la habían encontrado: con un asesino transitando libremente por sus calles.

Una de las joyerías que habían visitado disponía de dos cámaras de seguridad y, milagrosamente, hasta conservaban las imágenes grabadas durante los últimos días de chateo entre Nerea y el supuesto Román, pero la mala suerte quiso que ambas cámaras estuvieran colocadas de tal manera que sólo captaban imágenes del interior de la tienda, como por otra parte era de lógica. Las revisaron de todos modos, para cerciorarse (y para que no quedara nada sin comprobar, como decía Núñez); pero el dueño no mentía y una de las cámaras, ubicada detrás del mostrador, captaba a la perfección a los clientes que estaban al otro lado. La otra, colocada en la parte izquierda de la tienda, delataba a quien quiera que intentase acceder a las joyas y otros objetos de valor que abarrotaban las estanterías encastradas en la pared derecha.

La entidad bancaria ubicada a unos cien metros a la izquierda de la cafetería participaba de la misma política: preocuparse de lo que ocurría de puertas adentro y obviar el devenir de la transitada calle que pasaba por delante de sus narices. Una cámara situada justo encima de la puerta de entrada miraba hacia dentro y tomaba una inmejorable imagen de la retaguardia de los clientes que accedían a retirar dinero en el dispensador automático: se los veía entrar, operar y, a la salida, dejaban como recuerdo una breve imagen del rostro y parte delantera. En el interior, otras dos cámaras captaban el ir y venir de clientes y empleados.

Por otra parte, la oportuna idea de Alberto acerca de comprobar los automóviles que habían resultado multados antes, durante y después del día de autos, durante el trayecto Logroño – Oviedo, o viceversa, tampoco les había dado más frutos que si hubieran sembrado patatas en el desierto. Por increíble que pudiera parecer, ni un solo vehículo marca Audi, modelo A6,

había infringido las normas en el mentado tramo durante aquellos días de finales de noviembre. En la lista de sancionados los había de casi todas las marcas existentes en el mercado, pero ninguno de las características del que buscaban. Otro revés del destino, comentaban entre ellos. “¡Con lo fácil que es cometer una infracción!”, repetían una y otra vez.

Los posibles testigos — dueño de la cafetería Mediapinta, camareros y clientes — tampoco quisieron ir en contra de la mala suerte que cubría como una sombra a los tres investigadores. No recordaban haber visto a nadie con las características físicas que les aportaban; no reconocieron a ninguno de aquellos cuyas fotografías en blanco y negro, con cara de circunstancias adversas, formaban parte de la composición fotográfica que les mostraban; tampoco les sonaban de nada las otras cien (o más) fotografías que les habían mostrado en un ordenador y que, al parecer, pertenecían a pederastas detenidos en toda España; ni mucho menos habían reparado en cliente alguno que posiblemente se sentaba a la mesa ante un portátil o un teléfono móvil para chatear durante dos meses una media de dos horas diarias. Y además, todos ellos habían coincidido en aseverar que esos mensajes no pudieron haber sido enviados desde la cafetería Mediapinta, sencillamente porque se trataba de un lugar de paso, donde los clientes paraban como mucho media hora para tomar un café o conectarse un rato, y el hecho de que una persona permaneciera en el local durante dos horas cada tarde no pasaría desapercibido ni para el personal ni para los demás clientes.

O sea, nada de nada. Las gestiones realizadas habían resultado tanto o más infructuosas que el vientre de una monja. Y a Núñez se lo llevaban los demonios. No tanto porque la Navidad le atrapase en una ciudad desconocida, rodeado de personas hostiles, y alejado de su familia; como porque el retiro le alcanzaría con su último y más complicado caso sin resolver.

Para colmo de males, tanto el Jefe Superior como el Comisario de Oviedo le habían telefoneado varias veces interesándose por el curso de la investigación, sin ocultar las ansias que los consumían al no tener algo que sirviera para calmar la impaciencia del Delegado. No obstante, por absurdo que pudiera parecer, lo que más mortificaba a Núñez era que, a juzgar por la

última parte de las conversaciones mantenidas con sus jefes — aquella que sigue al ineludible saludo y a la información de que no hay novedad alguna — preveía que todos ellos le consideraban un auténtico inepto y que lamentaban no haber encargado aquel caso a alguien más joven y preparado, como explícitamente había sugerido el Comisario en cierta ocasión y como continuó sugiriendo de forma tácita en cada oportunidad que se le presentó a posteriori.

Por otra parte, Juanjo y Alberto estaban cada día más pesados. Con la Navidad a la vuelta de la esquina les había entrado la agonía por regresar a casa y se lo recordaban en una frase de cada dos.

— Jefe, que esto ya no hay quien lo arregle, que aquí no hay nada que rascar. Hicimos todo lo posible, pero a veces estas cosas pasan. Que en todas las Comisarías han quedado casos sin resolver, y no por la ineptitud de los policías, sino porque la suerte o el diablo se alió con el autor, dando como fruto una serie de circunstancias imposibles de salvar. Y créame que este caso es uno de esos. — repetían unas cincuenta veces al día, esperando recibir la orden de regresar como recompensa a su sensata y estudiada argumentación, a ser posible para estar en casa antes del sorteo de la Lotería, o sea, en una semana.

Y Núñez, que tenía previsto retornar a Oviedo el mismo día de Nochebuena por la mañana, procuraba hacer oídos sordos e intentar aprovechar los días que aún les quedaban. Él era de la opinión de que no existen casos imposibles, sino policías inexpertos o, lo que aún es peor, poco persistentes (o nada cabezones, como decía Alberto). Y también sabía que el asesino siempre se lleva algo del lugar del crimen, pero también siempre deja algo, alguna pista para que le encuentren. Y en este caso la pista no estaba en el monte de Latores, sino en aquella ciudad, en aquella misma calle, en los aledaños del Mediapinta; y había que insistir hasta que apareciera.

— ¡Pero Jefe, si hemos revisado la calle de cabo a rabo y no hay nada!

Dijo Alberto, desde la comodidad de una butaca en el saloncito con chimenea que Doña Tere tenía adosado al comedor y que les permitía usar

porque ya había confianza (y también porque el jefe le hacía “tilín”, según Alberto).

Y Núñez lo sabía, pero se hacía el duro. <Para una vez que una mujer se interesa por mi…> pensaba, a la espera de que llegara el último día para intercambiar números teléfonos con motivo de la despedida. Después, quizá, inventase cualquier disculpa para telefonear de vez en cuando, procurando que las llamadas no se espaciasen más de la cuenta — para no fomentar el olvido — pero que tampoco fueran tan frecuentes que desembocasen en hastío. Y, si había suerte y las llamadas derivaban en una buena amistad primero y en algo más después, tanto mejor. Y, dado que la jubilación estaba cerca, siempre se podía vivir a caballo entre Logroño y Oviedo. Él ya había desplegado un programa completo de posible futuro y el aparente desinterés en esa primera etapa formaba parte de esos planes.

— ¡Pues algo debe quedar sin revisar, porque aún no hemos dado con él! — contestaba cada vez que sus subordinados esgrimían tales argumentos para intentar justificar el regreso a casa con las manos vacías.

Alberto cerró el pico. Lo dejó por imposible. Y Núñez empezó a repasar mentalmente lo que habían hecho, lo que podrían haber hecho y lo que aún podía quedar sin hacer.

— ¿Les apetece un vasito de leche caliente? — propuso doña Tere, en plural pero mirando directamente al jefe.

Así, enfundada en una bata de raso color rosa chicle que la cubría hasta los pies, la dueña de la pensión parecía una diva. Los tres habían reparado en que el vestuario de doña Tere se volvía más sofisticado a medida que pasaban los días, y lo relacionaban con el también creciente interés que ella mostraba por el jefe.

Los tres negaron al tiempo y dieron las gracias también al mismo tiempo.

— Yo siempre tomo uno antes de irme a la cama. Si no lo hago no sé que pasa, pero tardo mucho más tiempo en dormirme. — aclaró Doña Tere, vaso de leche en mano.

Alberto guiñó un ojo a Núñez y tragó el comentario que iba a soltar como réplica a las palabras de la mujer.

— Nosotros ya nos retiramos. Ha sido un día duro y no se prevé que el de mañana vaya a ser mejor. — contestó Núñez, levantándose del sillón.

Alberto y Juanjo hicieron lo propio. Todos se despidieron cortésmente mientras ella seguía tomando su remedio para el sueño arrimada a una silla del comedor y adoptando una pose de lo más sugerente.

Una segunda despedida, con deseo de buenas noches incluido, a la puerta de la habitación que compartían los dos policías, le dio a Núñez, por fin, la oportunidad de quedarse solo. Necesitaba pensar. Durante el día le resultaba imposible concentrarse porque continuamente estaba rodeado de gente que opinaba, que repartía consejos y proponía soluciones sin que nadie se las solicitara; otros se empeñaban en poner pegas y tampoco faltaba quien le metiera palos en las ruedas para que la investigación no avanzara. De todo había en la viña del Señor.

Se lavó los dientes con esmero, aplicó la crema hidratante, como hacía cada noche y cada mañana, procurando que nadie lo supiera. La guardaba en el armario, escondida entre la ropa porque se moriría de vergüenza en caso de que Doña Tere, al hacer la limpieza diaria, descubriera su coquetería. Después recogió la ropa sucia para una bolsa de plástico que había traído a los efectos, y sacó una muda limpia y casi planchada para el día siguiente. Se metió en la cama, apagó la luz y comenzó a repasar los entresijos de aquel caso que se había presentado sencillo y había derivado en tan complicado como un teorema de matemáticas.

El hecho de que aquella cafetería tuviese la wifi abierta les había obligado a efectuar gestiones en las inmediaciones. A saber: indagaciones en la entidad bancaria, en las dos joyerías, en el kiosco que distaba dos portales a la derecha, habían preguntado a las personas que viven en los pisos superiores a la cafetería, y también a los vecinos de hasta dos portales a derecha e izquierda. Todo ello sin más resultado que si hubieran estado buscando un pozo de petróleo. El vecindario que envolvía la cafetería estaba compuesto en su mayor parte por jubilados muy mayores, una viuda que vivía sola, dos pisos de estudiantes, una chica con pintas raras, dos gays

y varias parejas jóvenes con hijos. Nada que coincidiera con lo que estaban buscando.

<¿Qué más hay en esa maldita calle? Tenía que estar metido en algún lado. En la calle hace un frío que pela y en el coche es improbable que tuviera la suerte de topar todos los días un aparcamiento cercano. Encontrar hueco para estacionar en esa calle es como encontrar una aguja en un pajar. Necesariamente tenía que estar refugiado en algún establecimiento mientras chateaba con Nerea> — se preguntaba y se respondía a sí mismo — <Hay un pequeño supermercado, pero no creo que se haya paseado por allí durante dos horas cada día para chatear mientras compraba salchichas. Hay una academia de inglés. Tampoco creo que a este tío le interese el inglés, aunque nunca se sabe… Hay varias tiendas de ropa. Tampoco. No va a estar en el probador chateando durante dos horas, eso en el supuesto caso de que el wifi de la cafetería alcance hasta allí. Hay una carnicería y dos panaderías. Totalmente improbable que se refugiase allí para intercambiar mensajes. Tampoco puede ser que trabaje en alguno de esos sitios: lo habrían despedido por dedicarse a chatear en vez de trabajar. ¡Pero en algún lugar estuvo! En esta calle no hay parques ni bancos para sentarse. Y hace mucho frío para permanecer durante dos horas a la intemperie. Es de suponer que, si estuvo chateando durante dos horas diarias, beneficiándose de la wifi de la cafetería, tendría que meterse en algún lugar. Y cercano. Pero no se me ocurre nada y no hay nada más donde rascar, como dice Alberto y asiente Juanjo".

Con las mismas retomó el ejercicio mental de cada noche, consistente en un diálogo de auto preguntas y auto respuestas con el que pretendía meterse de lleno en la mente del asesino. No se acordaba en qué punto lo había dejado la noche anterior cuando le asaltó el sueño, así que decidió comenzar desde el principio.

<Vamos a ver… Si yo fuera el asesino… En el caso de que yo fuera un depravado, malhechor y pederasta que pretendiese engatusar a alguna chiquilla a través de Internet… ¿qué haría? ¿Me conectaría desde mi casa? No, porque me pueden cachar la dirección IP y me pillan enseguida. En ese caso este individuo lo hizo bien: no se conectó desde su domicilio. ¿Me conectaría desde algún ciber o cafetería cercana a mi casa? ¡No, tampoco!

Porque me reconocerían el dueño o los camareros o quien fuera, vendría la policía a preguntar y me delatarían. Entonces… ¿qué haría? ¡Pues irme a algún sitio alejado de mi domicilio! Seguramente el sospechoso vive en las afueras. En cualquier caso y dadas las precauciones que ha tomado, no vivirá cerca del Mediapinta. Pero… si yo fuera el asesino ¿me conectaría siempre desde el mismo lugar? ¡No, no lo haría así! Cada día iría a un sitio distinto, porque así resultaría menos probable que me reconociese alguien. Entonces… ¿por qué él siempre se conectaba desde el Mediapinta o desde algún lugar donde alcanzase la wifi del Mediapinta? ¡Tiene que existir un motivo! A lo mejor fue por cualquier tontería, incluso pudo haber sido por casualidad, pero eso es imposible dilucidarlo ahora. ¡Continuemos! Y si voy lejos de mi casa para chatear, tendré que desplazarme hasta allí de alguna manera ¿verdad? ¿A pie? No, quedamos en que iría a un sitio alejado de mi casa. ¿En transporte público? Puede ser, si coincide que haya una línea directa desde mi calle hasta ese lugar, de lo contrario resultaría un poco engorroso. ¿En mi propio coche o moto? Desde luego, sería la forma más cómoda, y más aún si voy diariamente. Pero encontrar aparcamiento en estas calles del centro es toda una odisea… Pero hay un parking al final de la calle, y no está demasiado lejos de la cafetería. Usaría el parking porque en esa calle no hay donde aparcar, salvo que fuese a las seis de la mañana, pero no es el caso: voy a las tres de la tarde. A esas horas todas las plazas de aparcamiento están copadas por los policías que entran a trabajar de tarde y tienen que buscarse la vida porque en Comisaría no les dejan meter su vehículo particular. Claro que si voy en moto podría aparcar en cualquier parte; pero, en cualquier caso, en el parking aún no hemos estado. Hay que hablar con los empleados y con el servicio de seguridad, por si las moscas… Creo que sólo nos queda eso por mirar…>

No supo en qué punto de la reflexión se quedó dormido, pero a la mañana siguiente tenía la cabeza como una olla Express a punto de estallar, y no dudó en acudir a doña Tere y a sus remedios para todo tipo de males. Ella lo solventó con una cápsula de Ibuprofeno de seiscientos miligramos que hizo su efecto a la media hora y le dejó listo para engullir aquel colosal desayuno que ella preparaba y servía como nadie. Aquella mujer era una joya. ¡Y estaba sola! Al final, de una u otra manera, bien pudiera ser que aquel viaje diera sus frutos

— Hoy toca visitar el parking que hay al final de la calle. — anunció tan pronto Alberto y Juanjo, aún somnolientos, aparecieron en escena.

— ¿Para qué? Como usted dice, está al final de la calle y, además, bajo tierra. No creo que hayan visto nada por aquellos lares.

Fue Juanjo quien rebatió, para variar, mientras Alberto meneaba la cabeza y dirigía la mirada al techo, a modo de plegaria elevada al cielo rogando que su jefe dejase de marear con un caso que estaba perdido desde el principio y les concediera la vuelta a casa para disfrutar de la Navidad cuanto antes.

<Este Juanjo está empezando a salir del cascarón…> dedujo Núñez.

— El sospechoso, si no vive por allí cerca, tendrá que haberse desplazado en algo, digo yo; y en esa calle el aparcamiento no abunda, precisamente.

Aunque Núñez hablara quedo y omitiera gestos, tratando de evitar que doña Tere escuchara o se enterara más de la cuenta, en sus expresiones afloraba el hastío de llevar varias semanas recibiendo pegas. Pegas a trabajar por parte de sus subordinados; pegas a no trabajar por parte de sus superiores. Pegas a regresar a Oviedo y pegas a quedarse en Logroño.

— ¿Y qué les preguntamos?

— En los parking registran la matrícula, la fecha y la hora en la que cada coche entra allí. Es un lector de matrículas, tan simple como eso. Entonces… necesitamos saber, en el caso de que aún conserven esos datos, todas las matrículas de los coches que estacionaron allí entre las dos y las tres de la tarde, desde el quince de octubre, fecha en la que comenzó el chateo, hasta el veintisiete de noviembre, día en que desapareció Nerea Iglesias.

— Eso suponiendo que no hayan destruido esa información. Estamos a dieciséis de diciembre. Han pasado dos meses. — alegó Alberto.

Más pegas.

— Hay que intentarlo. ¡Y se hará esta misma mañana! A mi me dejaréis en Comisaría, pues tengo que telefonear a Oviedo y también

entrevistarme con el Comisario de aquí, que se va de vacaciones y quiere hablar conmigo antes de marcharse.

— Querrá darle el aguinaldo, jefe. — bromeó Alberto.

— ¡Seguramente! Va a ser eso, no se me había ocurrido pero ahora que lo mencionas… — contestó, siguiendo la broma.

— ¿Y si lo del parking no da resultado?

— ¡Volvemos a casa!

Se oyeron al menos dos suspiros hondos, de alivio. Y ninguna pega. Luego prisa por ponerse manos a la obra cuanto antes. Núñez dejó la mitad del café con leche en la taza; los otros habían salido apresurados y le esperaban en el portal pero, aún así, él subió a pertrecharse de abrigo, bufanda y guantes ya que, aunque el trayecto fuera corto, no tenía la menor intención de enfrentarse al insolente frío que a esas horas de la mañana campaba a sus anchas.

En las calles de Logroño, la Navidad se respiraba junto con el aire y resultaba imposible abstraerse al hecho de que se acercaban esas fechas tan señaladas. Los dos policías ansiaban el regreso a Oviedo y él se iba contagiando a medida que el espíritu navideño se adueñaba de cada rincón y de cada bicho viviente. De un tiempo a esta parte sentía cada vez más la necesidad de dedicar más tiempo a sus padres. Eran muy ancianos y quizá (¡Dios no lo consienta!) fuesen las últimas Navidades que tendría ocasión de celebrar con ellos. Sólo de pensarlo se le puso la carne de gallina: quedaría solo en el mundo y entonces sí que serían tristes esas fechas.

Se apeó en la puerta de la Comisaría. Alberto pisó el acelerador a fondo y salió a todo gas hacia el parking que colindaba con la calle General Vara del Rey, a cumplimentar cuanto antes el último y absurdo cometido, capricho de su maniático jefe. Núñez meneó la cabeza al escuchar el acelerón a sus espaldas, se puso los guantes de lana y enrolló la bufanda alrededor de la cara, de modo que sólo quedasen los ojos al descubierto. Al intenso frío se había sumado un viento furioso que peinaba las calles sin piedad.

Entró en el despacho frotándose las manos para ahuyentar el frío. Tomó asiento en el maltrecho sillón sin que ninguno de los presentes intercambiara con él un “buenos días”. Necesitaba telefonear a Oviedo, pero en esos momentos resultaba imposible: cinco policías se preparaban para salir a la calle en servicio de prevención y los otros cuatro que siempre quedaban en la oficina, ocupaban cada uno su mesa. Charlaban unos con otros sin orden ni concierto, formando tal barullo que la comunicación resultaría imposible. Miró el reloj: eran las ocho menos diez de la mañana. Para las ocho aquella oficina quedaría en absoluto silencio porque muchos de aquellos se irían a la calle y los cuatro que se quedaban allí ni piaban por miedo a soltar alguna inconveniencia.

— ¿Cómo va la cosa? — preguntó Alex, acercándose, mientras ajustaba la funda de la pistola al cinturón.

— No demasiado bien ¿para qué voy a mentirte?

— Un caso complicado.

— Desde luego.

El resto de las conversaciones se habían detenido, para comprobar si había novedades, se supone. Luego se reanudaron aún con más ímpetu, para recuperar el tiempo perdido.

A las ocho en punto llegó la calma y Núñez levantó el auricular. A esas horas el Comisario de Oviedo estaría en su despacho revisando las incidencias ocurridas durante la noche. Lo cogió al segundo timbre y, tras un breve saludo, el Comisario entró de lleno en temática.

— ¿Alguna novedad digna de mención?

Una frase envuelta en ironía y atada con despecho.

— De momento nada, pero aún nos queda un lugar por comprobar.

— ¡No me jodas! Lleváis ahí más una semana ¿y aún os queda un lugar por revisar? ¡No me lo puedo creer! ¿Estáis tomando declaración a todo Logroño, por si acaso saben algo?

La burla del Comisario pinchaba como un estoque clavado en pleno pecho.

— Ya hemos terminado con las declaraciones…

— Entonces… ¿qué coño os queda por hacer ahí? — interrumpió el Comisario — Mejor dicho, ¿qué coño habéis hecho durante más de una semana? ¡Que yo sepa había solamente diez posibles testigos y para tomarles declaración basta un día! ¡Dos policías bien pueden entrevistar cada uno a cinco en un día, digo yo… salvo que se les pregunte si saben quien mató a Manolete!

La mala leche que irradiaba salvaba las distancias y llegaba intacta hasta Núñez.

— Hemos verificado los domicilios cercanos, por si alcanzó la wifi de la cafetería desde alguno de ellos…

— ¿Y…? — volvió a interrumpir.

Núñez estaba molesto porque el Comisario no le permitía terminar las frases. Apretó dientes y puños.

— Y tampoco dio resultado alguno. Hemos comprobado también las tiendas y otros negocios de la calle…

— Con mismo resultado, supongo. ¡Núñez, póngase las pilas, que este caso hay que resolverlo, y pronto!

Y, sin más, escuchó un sonido que identificó inmediatamente. <¡Me ha colgado! ¿Se puede ser más déspota?> se preguntó a sí mismo. La auto-respuesta fue que no, absolutamente imposible.

La conversación apenas había durado cinco minutos, tiempo más que suficiente para que a los “cuatro de Alejandro” — como él llamaba a Domingo, Miguel, Alejandro y Bea — se les quedasen las orejas enfocadas hacia él. Había hablado en el tono más bajo posible, de ahí el esfuerzo de los cuatro para captar todo lo que se decía desde allí e imaginar lo que contaba el otro interlocutor. <Ahora sólo les queda difundirlo, pero eso lo harán más tarde> pensó Núñez. Les lanzó una mirada perruna, se dieron por aludidos y volvieron a sus quehaceres.

Y aún le quedaba un segundo toro que lidiar aquella mañana, otro miura: el Comisario de Logroño. El día anterior le había hecho saber, a

través de la secretaria, sus deseos de mantener una entrevista. Se suponía que con la intención de informarse sobre la investigación que estaban llevando a cabo en sus dominios.

Volvió a levantar el auricular del teléfono para hablar con la secretaria — Isabel se llamaba — a los efectos de constatar si era el momento adecuado para ponerse a disposición del Comisario.

— El señor Comisario está ocupado. Le avisaremos cuando pueda recibirle. — contestó Isabel, con voz amable, bien moldeada a lo largo de años y años atendiendo el teléfono del Jefe de la Comisaría.

Supuso que el Comisario tendría que informarse primero de los hechos ocurridos en la capital durante la noche, después de las noticias del periódico, luego despacharía con los Jefes de Brigada, más tarde sería la hora de tomar un tentempié, y a saber si después aparecería alguna diligencia donde su presencia resultase inexcusable. A las resultas, debía mantenerse pegado al teléfono durante toda la mañana, a la espera de ser emplazado para la entrevista.

Suspiró hondo y sacudió la espalda, hasta ver si conseguía quitarse de encima la sensación de que en la organización policial a él le tocaba hacer el trabajo sucio pero, por lo demás, era un don nadie. Su obligación consistía en romperse los sesos investigando, lidiar con asesinos y atracadores, echar las horas que fuesen necesarias hasta que los casos saliesen adelante. Así lo había hecho durante toda su vida laboral, con la consecuencia de que, si los asuntos salían bien, nadie decía nada porque se daba por hecho que, simplemente, estaba cumpliendo con su deber. Pero si salían mal o simplemente no salían, ni bien ni mal, debía prepararse para recibir reprimendas por doquier; y no sólo eso, sino que para cobrar esas broncas debía aguardar durante horas, sin moverse del sitio, y luego acudir con la cabeza gacha y a conveniencia del que le iba a tachar de inútil, pésimo profesional, viejo obsoleto y cualquier otro calificativo, siempre despectivo, por supuesto, que en ese momento de furor se le viniera a la testa.

Lo peor de esos momentos de espera era que no tenía nada que hacer, salvo esperar, y se sentía incómodo en tales circunstancias. No adivinaba

hacia dónde podría mirar sin resultar entrometido, demasiado curioso, despistado o hasta incluso gilipollas. Tampoco acertaba con el lugar indicado para esconder sus ociosas manos. En el regazo parecería una monja, sobre la mesa un colegial, en los bolsillos un chulo…. Además, le agobiaba la certeza de que los otros cuatro le observaban por el rabillo del ojo mientras se revolvían entre papeles para disimular. Estarían riendo para sus adentros porque ya se habrían enterado de que el caso estaba agotado. No les habría resultado difícil descifrar la parte de la conversación telefónica que no habían escuchado, y tampoco les habría costado mucho adivinar quien era el otro interlocutor porque seguro que él, sin proponérselo, había adoptado alguna pose de sumisión y de ahí habrían inferido que se trataba de un superior. Seguramente, también habrían deducido que si mantenía el culo pegado a aquella silla durante toda la mañana, sin alejarse de la extensión telefónica, era porque alguien con más galones, más importancia y más y mejores ocupaciones, le iba a requerir de un momento a otro o cuando le viniera en gana; y el debía esperar, servil, como un criado. En definitiva, sabrían que era un “pringado”, como se suele llamar a los fracasados.

Apoyó los codos en la mesa y unió las manos bajo la barbilla, a modo de plegaria. Cerró los ojos. Inspiró hondo. Se sentía viejo y fracasado. Viejo al tener un pie sobre la jubilación, fracasado porque aquella investigación le venía más grande que un traje de Alejandro Márquez. Por si fuera poco, a la par que su propia sombra le perseguiría la estela de un caso grave sin resolver, sin tan siquiera intuir quien podía ser el responsable. Y aquella estela, a su vez, dejaría su polvo en la Comisaría, donde se mantendría a perpetuidad porque nadie se molestaría en limpiarlo.

Tan distorsionado juicio sobre sí mismo distaba siete leguas de la realidad; porque ni Domingo, ni Alejandro, ni Miguel, ni por descontado Bea, habían prestado atención alguna a su escueta conversación telefónica; es más, ni siquiera les interesaba, porque ya daban por hecho que la investigación había concluido en un camino sin salida y que cuanto los de Oviedo pudieran hablar sobre el tema serviría, simplemente, para dar vueltas por los senderos de un laberinto sin escape. Para Domingo, la conversación había pasado de largo mientras comprobaba matrículas de vehículos y, a la par, calculaba si llegaría a tiempo al aeropuerto de Bilbao

para recoger a su hija Tatiana, que llegaba esa misma tarde en un vuelo procedente de Roma para pasar las Navidades en casa. También para Alejandro, laboralmente dedicado a comprobar información solicitada al Sistema de Telecomunicaciones, y mentalmente echando cuentas para calcular el gasto que le traería la Navidad — con sus suegros y cuñados invitados a cenar los días de Nochebuena y Fin de Año — y si le alcanzaría la paga extra para costear tanto y tan aburrido festejo. Por su parte, Miguel edificaba planes para marcharse a Andorra con unos amigos, a esquiar, mientras iba ultimando las diligencias de un atraco a entidad bancaria. Y Bea repasaba la lista de las compras en tanto confeccionaba un Oficio solicitando información a la Seguridad Social. El trabajo de los cuatro policías era rutinario y contaban experiencia laboral sobrada como para repartir la concentración entre los deberes laborales y el ajetreo de las fiestas que se avecinaban.

Pero Núñez carecía de acceso a pensamientos ajenos y se encontraba incómodo con la situación. Tanto que hasta se alegró cuando, a eso de las once y media de la mañana, les vio salir en fila india para tomar el café de rigor, el que les mantendría activos durante el resto de la jornada.

Poco después llegaban Alberto y Juanjo, sonriendo y más joviales de lo que últimamente era habitual en ellos.

— ¡Está muy solitario, jefe!

— Han salido a desayunar.

— ¿No le invitaron?

Alberto sonreía de medio lado, con guasa. Núñez también sonrió, con desgana.

— Afuera está cayendo una que no vea…

— ¿Llueve?

Núñez no se había enterado.

— A cántaros. Mire que esta mañana no había visos de lluvia, pero ahora no vea, ni se le ocurra salir, manténgase aquí calentito.

El gesto de Núñez no le animó a continuar por esos derroteros.

— Bueno, vayamos a la gestión del parking… — sugirió Alberto, buen entendedor.

Núñez agonizaba de ansia y expectación, pero no preguntó por temor a que la respuesta resultase negativa una vez más. Se ciñó a observarle mientras extraía dos DVD de la carpeta de cartón azul que siempre portaba bajo el brazo.

— Tenemos la gran suerte de que acostumbran a guardar la información durante tres meses, en un disco duro además. Nos la han copiado aquí — añadió, señalando los dos DVD.

El jefe, que no ganaba para suspiros, volvió a suspirar, pero esta vez de alivio, mientras se encomendaba a todos los Santos para que hubiese algo de interés dentro de aquellos discos, como él llamaba al DVD.

— Ahora queda revisarlos, centrándonos principalmente en el horario comprendido entre las dos y media y las cinco de la tarde. Lógicamente, aquí sólo constan las matrículas, por lo que hay que transcribirlas una a una a nuestra base de datos de vehículos para comprobar si alguna pertenece a un Audi A6 y, en caso positivo, extraer la filiación del propietario.

Tanto Alberto como incluso Juanjo sabían lo que hacer con esa información, pero también sabían que el jefe se lo iba a reiterar.

— ¿Nos ponemos un rato tú y un rato yo? — preguntó Juanjo, disponiéndose a comenzar los turnos.

— Vale, empieza tú y, cuando te canses, te relevo. ¿Hace un cafetito mientras tanto, Jefe? ¿O mejor un vinito? Estamos en la tierra del rioja y sólo disponemos de un ordenador, por lo tanto sólo puede haber uno trabajando…

— No estaría mal, lo del café digo, que el vino con el estómago vacío me sienta mal. Aunque los desayunos de doña Tere son inmejorables, a estas horas me apetece tomar algo caliente porque aquí se queda uno más tieso que un pámpano de hielo. Estas ventanas filtran todo el aire de la calle.

Núñez se preparó para enfrentar las inclemencias del tiempo echando mano del atuendo de abrigo que, a falta de perchero, reposaba encima de

una silla.

— En caso de que llame la secretaria del Comisario, avísame inmediatamente al móvil. El Jefe quiere verme. — le advirtió a Juanjo.

— Descuide, váyase tranquilo.

Salieron a enfrentarse a la ventisca que azotaba las calles de la capital. El aire, con la fuerza de un toro, contraía rostros, alzaba pelos, soltaba bufandas y subía los abrigos hasta la cintura. Aún así, rechazaron las cafeterías más cercanas tratando de evitar toparse con algún compañero que les interrogara acerca del caso que les había traído tan lejos en tan señalada fecha, obligándoles a elegir entre dar explicaciones que no deseaban, o quedar mal, que tampoco.

Tras varios minutos avanzando con el viento en contra, toparon un bar alejado y tranquilo al final de la calle, esquina con Avenida Colon, donde el café caliente acompañado de un mini croissant les supo a gloria y les reanimó el espíritu para continuar robando datos al ordenador y, sobre todo, para aceptar que aquella información constituía su último recurso; que podía aportar algo, todo o nada; y que de su contribución dependía el que volviesen a casa o se quedasen unos días más en Logroño, que se hiciera justicia o que un asesino siguiera campando a sus anchas por las calles de aquella o de cualquier otra ciudad, que posibles futuras víctimas no corriesen la misma suerte que la desafortunada Nerea o que el ordenador se convirtiera en una trampa mortal para cualquier otra adolescente; y que la familia de ésta pudiese, en cierto modo, descansar sabiendo que el asesino de su hija se pudría entre rejas. Demasiadas cosas dependían de esos dos discos y ellos lo sabían. Por eso tenían el estómago en un puño.

De vuelta a la oficina, encontraron a Juanjo golpeando las teclas sin parar y sin piedad. Tan rápido escribía que, a veces, el ordenador se trababa, incapaz de cumplir tan continuadas órdenes. Pulsaba las letras con fuerza, tratando de arrancarles la información que tanto necesitaban.

— El día quince de octubre no hay nada. — adelantó Juanjo, al interpretar lo que los recién llegados le preguntaban sin palabras: sus caras lo decían todo.

— ¡Maldita sea! ¡Ese tío es más escurridizo que una anguila y más astuto que un zorro! ¡Será posible que no haya dejado ni un rastro el muy cabrón!

— ¡Tranquilo, jefe, tranquilo, deje la fauna en paz que la cosa no ha hecho más que empezar…!

Alberto estaba tan preocupado como su jefe, o más, pero por diferentes motivos.

— ¡Ese día empezó a chatear con Nerea, maldita sea! Y perdonad por la rima, que me ha salido sin querer.

Núñez se paseaba de un lado al otro del despacho ante los asombrados ojos de los cuatro policías de Logroño que, ya de regreso a sus puestos de trabajo, permanecían sentados y parapetados tras montones de papeles sin dar crédito ante la falta de control del jefe de Oviedo. Entretanto, Núñez seguía a lo suyo, ajeno a juicios emitidos por conocidos y extraños. Llegaba hasta la ventana y regresaba en lo que dura un pestañeo, se acercaba a Juanjo, oteaba la pantalla del ordenador por encima de su hombro, esperando un milagro, no lo veía por ningún lado y comenzaba el recorrido otra vez. A los de Logroño les asombraba el comportamiento de aquel hombre, capaz de pasar del más frío invierno al más tórrido verano, sin primavera ni otoño de por medio: o bien se excedía de tímido o bien pecaba de “echao palante”. Incomprensible.

Sin embargo, ni a Alberto ni a Juanjo les extrañaba ya nada: definitivamente, su jefe estaba perdiendo los papeles con aquel caso que se había empeñado en resolver a toda costa y que se torcía por momentos. Porque hay investigaciones que salen y otras que no, pero su jefe no lo entendía así: cosas de la edad. Se encogían de hombros para el resto, algo avergonzados del proceder de Núñez.

— ¿Y el día dieciséis tampoco? — interpelo aún conociendo la respuesta debido a que, entre paseo y paseo, había comprobado la información que presentaba la pantalla.

— Nada el dieciséis. Acabo de empezar con el diecisiete y es curioso, pero ese día han entrado menos coches entre tres y cinco de la tarde.

Alberto abrió la carpeta que contenía el expediente, ojeó unos folios impresos y comprobó el calendario del Sindicato Unificado de Policía que colgaba de la pared que Juanjo tenía a sus espaldas.

— El día diecisiete fue sábado y ese día no chatearon. El siguiente tampoco, puedes saltar hasta el día diecinueve.

— ¡Tienes razón!

Suena el teléfono y Alberto contesta. Era Isabel, la secretaria del Comisario, preguntando por el Inspector Núñez. Alberto tapó el auricular — para evitar posibles filtraciones indiscretas o improcedentes — y avisó a su jefe que, cansado de tanto paseo, se había quedado mirando la calle a través de la ventana, pensando en Dios sabe qué. Núñez reaccionó al instante, se acercó para coger el auricular y comenzó a repetir la afirmación "sí" al menos media docena de veces, mientras adoptaba una pose casi sumisa. <El león se ha transformado en cordero> pensó más de uno.

— ¡Tengo que subir! ¡Vosotros continuad con esto! Relevaros cuando estéis cansados, pero hay que darle sin parar, hasta ver si aparece algo.

— Vaya tranquilo y que no sea nada… — dijo Alberto, usando media sonrisa burlona para acompañar la respuesta.

Núñez accedió al segundo piso por la escalera que remataba el fondo del pasillo. En la planta noble todo era limpieza, orden y silencio. Una amplia oficina dotada de mucha luz, buenas vistas a la calle, mobiliario moderno, ordenadores recientes, fuerte olor a lavanda, cuatro funcionarias y muchos adornos navideños. Isabel, la secretaria cuarentona de enorme pandero y rostro vulgar, amablemente le condujo a una antesala revestida de madera en paredes y techo, con una mesa redonda en el centro y un par de estanterías a ambos lados. En las estanterías reposaban todos los Códigos Penales que habían visto la luz a lo largo de los tiempos para regular la comisión de delitos y faltas, y en la mesa redonda una planta que en pleno invierno se atrevía a adornarse con unas preciosas flores rojas. Núñez ya la había visto en otros despachos, pero ignoraba su especie y nombre, aunque sabía que la había de dos clases: una regalaba flores rojas y otra blancas.

Cumpliendo órdenes de Isabel aguardó allí, al lado de la planta, a la espera de ser recibido. El estómago se le contraía y sentía ganas de orinar:

la maldita próstata daba la lata en los momentos más inoportunos. No conocía al Comisario y deseaba causarle buena impresión pero no sabía si lo conseguiría porque, quizá, otros se le habían adelantado y llegara precedido de a saber qué clase de calificativos y comentarios.

— Entre, señor Núñez, entre cuando guste. — anunció Isabel transcurridos más de diez minutos desde su llegada.

Al acercarse a la puerta sintió otra punzada en el estómago, esta vez un poco más fuerte. Se paró durante un brevísimo instante, luego solicitó permiso con dos golpecitos de nudillos, suaves, abrió la puerta con timidez y preguntó al Comisario si daba su consentimiento. El Comisario movió la cabeza hacia abajo, como los caballos. Núñez entendió tal gesto como una afirmación y entró.

Sentado en un sillón tapizado en pana marrón oscuro y parcialmente oculto tras una enorme mesa que parecía de madera maciza, se asomaba un hombrecillo casi calvo, regordete, que le miraba por encima de la montura de unas gafas redondas que apoyaba sobre la punta de la nariz. Con agilidad se levantó y se presentó como el Comisario Florindo García a la par que le ofrecía una mano cálida y mantecosa. Era pequeño y rechoncho, lo que unido a su voz suave y amanerada, le concedía aspecto bonachón.

— ¿Qué tal se encuentra usted en nuestra ciudad? ¿Le tratan bien? — preguntó mientras exhibía una amplia sonrisa que delataba una perfecta dentadura postiza, de esas que reposan en un vaso de agua durante la noche y se encajan en la boca por la mañana.

Núñez sintió una punzada de asco.

— Bien, muy bien, por supuesto.

El Comisario se sentó y, con un gesto de mano, le invitó a hacer lo mismo en una de las dos sillas confidente, también tapizadas en pana marrón oscuro.

— ¡Háble me sobre la investigación que le trajo aquí! — empezó el Comisario, deslizando de nuevo las gafas hasta la punta de la nariz.

<Ya era hora de que preguntara, llevo aquí una semana y se acuerda ahora> pensó el Inspector. Luego reparó en que los ojillos de ratón que le

observaban por encima de las gafas marcaban una pincelada de dureza que no se correspondía con la amable sonrisa que aparecía un poco más abajo, y lanzó una advertencia para sí mismo: debía ser cauto en sus explicaciones porque aquel que le estaba preguntando ya se había informado previamente y estaba representando aquel teatro como un mero trámite, a saber con qué intenciones; quizá sólo para cumplir con el dicho: “nunca hagas una pregunta de la que no sepas la respuesta”.

Con tal cautela empezó a relatar lo ocurrido, comenzando por la denuncia formulada por el padre de la desaparecida y terminando en la comprobación de la información facilitada por el parking de vehículos, que se estaba contrastando en ese preciso instante.

El teléfono les interrumpió más de una docena de veces. El Comisario despachaba a los interlocutores en un santiamén, inmediatamente después mudaba el gesto déspota y hastiado por otro que denotaba máximo interés.

— Veo que es usted muy meticuloso en su trabajo y eso me gusta. Le auguro un éxito seguro.

El Inspector no supo que hacer con aquella sonrisa que venía acompañando a tan buen augurio, y que podía ser tanto de ánimo como de burla. Ante la duda, resolvió corresponder con otra similar.

— Se hizo cuanto se pudo.

Llegados a ese punto, el Comisario miró el reloj, removió unos papeles que tenía sobre la mesa, simuló leer algo, se levantó y le deseó unas felices fiestas, dando así por zanjada aquella conversación. Núñez hizo lo propio y se retiró no sin antes estrechar de nuevo aquella mano blanca y caliente, con el tacto de la manteca derretida. Volvió a sentir otra pizca de asco y grandes cantidades de aversión.

Para salir de allí se abrió paso entre las mesas de la Secretaría, el cargado olor a lavanda que flotaba por la estancia y los deseos de felicidad para las próximas fiestas que le dirigían administrativas sin rostro, a las que él contestaba sonriendo, sin fijarse y sin ganas.

Descendió las escaleras, cabizbajo, derrotado, preguntándose qué hacían aún allí, lejos de casa, dando vueltas a un caso agotado y recibiendo

chanzas en pago. Pero abajo, en la pequeña mesa que compartía con Alberto y Juanjo le esperaba una sorpresa, tan grata como inesperada.

— ¡Creo que lo hemos encontrado, jefe! ¡Mire, mire aquí! — Alberto, loco de contento, señalaba la pantalla del ordenador —. ¡Al pasar esta matrícula por nuestra base de datos resultó ser un Audi A6! Adivine a qué hora entró en el parking.

A Núñez le parecía que aún no era momento de poner las campanas a repicar y se encogió de hombros, a la espera de que el que había formulado la adivinanza le facilitara también la respuesta.

— ¡Entró a las catorce horas y cuarenta y cinco minutos! Y a ver si adivina a qué hora salió.

— A las diecisiete, quizá.

— ¡A las diecisiete horas y diez minutos! Pero lo mejor de todo es que hemos revisado las tablas y… ¡volvió a entrar en los días siguientes a la misma hora, sobre las tres menos cuarto, y a salir sobre las cinco y diez de la tarde! excepto…

Núñez, remolcado por la euforia de los otros dos, reía como un tonto, no cabía en sí de contento y se dejó arrastrar hacia el juego de adivinanzas.

— A ver… a ver si lo adivino… excepto… ¡entre el once y el veintiséis de noviembre! que entró a las cinco de la tarde, o quizá un poco antes. — contestó, metiendo las manos en los bolsillos de los pantalones para que se estuvieran quietas.

— ¡Y aún queda lo mejor! ¿Qué será…? — seguía preguntando Alberto, tan desbordado por la emoción que hasta se había olvidado de que el hallazgo podría mantenerle alejado de su familia durante unos cuantos días más.

Juanjo sonreía y miraba al Jefe, como diciéndole:”no lo adivinarás, por mucho que te rompas los sesos”

— ¡No tengo ni idea! Pero… ¿qué puede ser mejor que esta información tan valiosa para identificar a ese individuo?

Los dos policías se miraron y sonrieron en gesto de complicidad. Esperaron unos instantes antes de liberar lo que tenían en la punta de la lengua, con la única intención de hacer sufrir un poco al jefe, que aguardaba impaciente la información con la boca tan abierta como si esperara para recibir la hostia sagrada tras la confesión.

— ¡Que el dueño del coche vive en la calle del Portillejo!

Núñez tomó asiento mientras sonreía como un tonto, con la mirada perdida allá por el ventanal de la oficina. <¡Dios mío, parece imposible que vayamos a ponerle nombre al individuo ese! ¡No me lo puedo creer! ¡Con lo difícil que nos lo puso y puede que hayamos dado con él!>

Se sentía liberado, tan ligero como le hubieran quitado un enorme peso de encima. Con toda probabilidad, aquel sería el último caso de homicidio en su larga carrera policial y, cuando ya se sentía fracasado y estaba a punto de tirar la toalla, había llegado la suerte — y el buen hacer — para darle la vuelta a la tortilla. Resolver aquel último caso era cuestión de amor propio, de pundonor. Quería jubilarse con la certeza de que el asesino de Nerea se pudría entre rejas, y tres pepinos importaba que el Comisario de Logroño se burlase con sus ojillos de ratón al acecho, o que el Comisario de Oviedo le agasajara con broncas envueltas en papel negro. Ahora, la ocasión de taparles la boca como se merecían se presentaba en bandeja de plata. Aquello de buscarle un sustituto más joven y mejor preparado había calado demasiado hondo como para olvidarlo tan pronto. Lo olvidaría, claro que si, con el transcurso del tiempo, quizá cuando estuviese en casa, ya retirado y calibrando los hechos desde el parapeto del tiempo. Para entonces, cada vez que recordase el incidente, lo haría con gusto y la humillación sufrida quedaría oculta tras el velo de gloria que había supuesto el hecho de resolver contra todo pronóstico tan difícil caso.

— ¡Dios mío! ¡Creo que lo hemos conseguido! — fue todo cuanto se le ocurrió decir en tan eufóricos momentos.

Los tres estaban que no cabían en si. Mientras tanto, los otros cuatro que trabajaban en el despacho les lanzaban miradas furtivas y enfocaban las orejas para captar lo que estaba pasando.

— ¡Creo que tenemos al autor! — anunció Núñez, para hacerles también partícipes del logro.

Cuatro enhorabuenas se sucedieron una tras otra, sin demasiada euforia, o eso le pareció a Núñez. Lo cierto era que, comparado con lo suyo, cualquier demostración de júbilo se hubiera quedado corta.

Juanjo se levantó y se dirigió a la impresora.

— ¡Aquí tiene la cara del intercepto! ¿Qué le parece? — preguntó a su regreso.

Antes de dar su veredicto, Núñez observó la fotografía durante un buen rato.

— Me parece que los chicos que lo describieron no andaban muy desencaminados. Nació el veinte de enero de 1959, por lo tanto va a cumplir cincuenta y un años. Ellos dijeron cincuenta. Año arriba, año abajo… En esta fotografía se aprecia que se trata de un hombre de complexión gruesa, con la cara redonda, lleva gafas y tiene calvicie en forma de entradas. Tal y como ellos le describieron. Voy a llamar a nuestro grupo para que saquen esta fotografía del DNI, confeccionen una composición y se la muestren a los chicos esta misma tarde. Necesitamos tener ese reconocimiento antes de ir a por él.

— ¿Quiere que llamemos nosotros?

— No hace falta, lo haré yo. Vosotros montaréis una vigilancia al sospechoso. Os trasladaréis a las inmediaciones de su domicilio, esperaréis allí y en cuanto lo veáis salir, ya sea en el Audi o a pie, le seguís para ver en qué anda y a dónde se dirige. Mientras tanto, yo realizaré gestiones con la Seguridad Social a ver si averiguo dónde trabaja, si es que trabaja y no vive del cuento. También habrá que hacer un registro en su domicilio, hasta ver si se encuentra algo; pero nos conviene también saber en qué trabaja, por si tuviera un negocio, un local, o taquilla o lo que sea, donde pueda guardar cosas.

— ¿Tenéis “apolo” en esta Comisaría? — preguntó Alberto a los cuatro compañeros de Logroño.

— Si, claro, como en todas las Comisarías. Tenemos una furgoneta blanca.

Miguel contestó con cierto despotismo a tan obvia pregunta.

— No hará falta — intervino Núñez —. El “apolo” es ideal para vigilancias estáticas, pero en este caso vais a tener que moveros para seguirle.

Alberto se encogió de hombros. <Donde hay patrón no manda marinero> acató.

— Pues nosotros vamos saliendo para allá. ¿Llevamos equipo o le damos novedades a través del móvil? — preguntó Juanjo, a quien el éxito parecía haber espabilado.

— Por el móvil mejor.

Salieron como flechas.

— ¡No os olvidéis de coger un bocadillo, o dos!

Les gritó Núñez cuando ya se habían largado, conocedor de que las vigilancias se sabe cuándo y dónde empiezan pero nunca cuándo y dónde terminan.

— ¡No se preocupe, ya estábamos en ello! — le contestó Juanjo, también a voces.

Se disponía a contactar con el grupo de Oviedo cuando, con incomodidad, vio una barriga inmensa y perfectamente reconocible acercándose a su mesa. <Las noticias vuelan> pensó.

— Creo que hubo suertecilla después de todo, por lo que acabo de escuchar en el pasillo.

La típica sorna de Alejandro Márquez se había agriado un poco.

— “Suertecilla” no, hemos trabajado mucho en este caso y el trabajo siempre acaba dando sus frutos.

— Bueno, bueno…, no te tires el pegote ahora, que esta misma mañana andabais mas perdidos que un burro en un garaje.

— ¡Te equivocas! Esta mañana aún no disponíamos de toda la información, eso es cierto, pero no estábamos perdidos, sino dispuestos a seguir trabajando para conseguirla.

Alejandro soltó una sonora carcajada.

— Cuando las cosas salen, qué poco cuesta venderlas bien, pero… ¿y si no saliera? ¿Y si no hubierais tenido la potra de que el tío ese guardara el coche en el parking?

Núñez se estaba preguntando quien le habría facilitado tanta información a Márquez. Le pareció recordar que, cuando estaba hablando con Alberto, Domingo había salido apresurado de la oficina, aunque había regresado al poco tiempo. Obviamente, aquella ausencia no había tenido como función atender necesidades fisiológicas inminentes, como en principio supuso.

— Alejandro, si no te importa, aplazamos para otro momento o, mejor aún, damos definitivamente por zanjada esta absurda conversación. Tengo asuntos muy importantes a los que atender, que no admiten demora.

Alejandro se dio por aludido, giró sobre sus talones, se posicionó hacia la puerta y se marchó de allí con cajas destempladas y cara de mala leche. Y Núñez, aunque evidentemente lo percibió, hizo caso omiso al cabreo de Alejandro, sencillamente porque lo prioritario en ese momento era telefonear a los policías de su grupo.

— Núñez al habla.

Se presentó cuando descolgaron.

— ¿Dígame, jefe? ¿Qué tal por Logroño?

Era Antonio, un veterano policía que llevaba toda la vida en Atracos.

— Un frío de mil demonios. Pero no os llamo para eso…

— Usted dirá, Jefe.

Por detrás se escuchaba un jolgorio que sobrepasaba lo tolerable. <Un barco sin patrón…> pensó Núñez.

— Necesito que citéis a los dos chicos que vieron a Nerea Iglesias subirse al Audi A6.

— ¿Alguna novedad en el caso, Jefe?

— Sí, tenemos un sospechoso. Y no tiene antecedentes, por eso os envío los datos por correo electrónico para que saquéis la fotografía del DNI y se la mostréis a los chicos. Ya sabéis: hay que confeccionar una composición con fotografías de nueve hombres de características físicas similares a las de este individuo…

— Así se hará, Jefe. — adelantó el veterano policía.

— Esa gestión nos corre prisa y tenéis que hacerla esta misma tarde.

— Así se hará, Jefe.

El tal Antonio era más antiguo que la Legión, pero también era un "pelotas" redomado. Nada más colgar el auricular volvió a sonar llamada en el teléfono. Era el Comisario Florindo García.

— ¡No me informó usted acerca de las buenas nuevas que tenemos!

— Las recibí nada más terminar de hablar con usted y después estuve ocupado impartiendo las órdenes oportunas para agilizar la investigación. No obstante, ahora mismo tenía previsto subir a informarle. — mintió Núñez. Con el fulgor del logro se había olvidado de que tenía jefes esperando alguna buena noticia, capaz de reportarles, quizá, una medalla roja en la próxima festividad del Patrón.

— Bien, bien… lo comprendo. ¿Y qué hizo usted para agilizar la investigación?

— Los dos policías que me acompañan están en este momento montando una vigilancia al presunto autor, en las inmediaciones de su domicilio. Mientras tanto, yo mismo hice gestiones con la Comisaría de Oviedo para que realicen esta misma tarde el Acta de Reconocimiento a los dos testigos que le vieron hablando con la víctima. Y ahora, después de informarle a usted, me disponía a acercarme a las oficinas de la Seguridad Social para comprobar si el identificado trabaja y dónde. Y eso es todo, de momento.

— Bien, bien… Ya le auguraba yo mucho éxito, como le dije hace tan sólo unos minutos. ¿Ve como no me equivoqué? ¿Y sería tan amable de facilitarme la filiación de ese individuo? Necesito esa información, por si me pregunta el Jefe Superior.

Ya empezaban las palmaditas en la espalda. Núñez colocó las gafas y cogió el folio que tenía justo delante.

— El presunto se llama Eladio Saavedra Martínez, nacido en Logroño el veinte de enero de 1959, hijo de Eustaquio y Clotilde, con domicilio en calle del Portillejo 24, piso segundo, letra C. — dictó, lento, para que al Comisario le diera tiempo a anotar los datos.

— Bien, bien… Manténgame informado de cualquier novedad ¿entendido?

— Así se hará, jefe.

Se le había pegado la letanía que repetía Antonio hacía un par de minutos.

— ¿Tenéis el número de teléfono de la oficina de la Seguridad Social? — preguntó a los policías que compartían oficina con él.

— Si es para solicitar información, mejor será que vaya usted allí en persona y les entregue un escrito. — precisó Alejandro, enfocando hacia él aquel rostro de rasgos ratoniles que, ubicado en un ambiente algo más tétrico, suscitaría terror.

— ¿Y está muy lejos? — quiso saber Núñez, sabiéndose sin vehículo oficial y sin posibilidades de pedirlo prestado después del enfrentamiento con Alejandro Márquez.

— En la calle Sagasti número 2, a menos de diez minutos andando. Puede mirarlo aquí. — intervino Domingo, señalando un viejo y amarillento plano de Logroño que se adhería a la pared pegado con cinta transparente.

Domingo se levantó para acercarse al plano y Núñez hizo otro tanto. Allí le señaló el lugar donde se ubicaba la Comisaría y donde, no muy lejos,

se enclavaban las oficinas de la Seguridad Social. Núñez reconoció la zona: el lugar estaba próximo al hotel de Doña Tere.

— Iré caminando. — aseguró.

Se sentó frente al ordenador y, aunque torpe por falta de entrenamiento, fue confeccionando un documento dirigido al Director Provincial de la Seguridad Social solicitando información sobre la actividad laboral de Eladio Saavedra Martínez. Después se armó de valor — y de abrigo y bufanda — para enfrentarse a la ventisca que golpeaba edificios y aceras en la calle.

Llegó a las oficinas de la Seguridad Social con el aspecto de un polluelo recién bañado, chorreando agua por los cuatro costados. Había tomado la precaución de avanzar pegado a las paredes de los edificios para beneficiarse de la poca protección que podían ofrecerle los salientes de los tejados, pero parecía que el viento y la lluvia se empeñaban en traicionarle soplando en cada momento del lado desvalido. Por suerte el documento, bien guarecido en el interior de una carpeta de plástico, se había mantenido intacto hasta el mismo momento en que lo cogió con las manos húmedas para sacarlo de su refugio, entonces sufrió desperfectos en el lateral derecho y algunos renglones quedaron casi ilegibles al desprenderse la tinta. No obstante, a la funcionaria que le atendía pareció no importarle demasiado. Con indiferencia tomó el escrito, lo leyó por alto y después tecleó algunos datos en el ordenador que tenía delante.

— Es autónomo. Consta como Administrador Único de la empresa Saavedra S.L., con domicilio social en la calle del Portillejo número 30, dedicada a la informática, más concretamente desarrollo de software a medida, diseño web, consultoría e información.

Núñez sonrió levemente al escuchar de nuevo el nombre de aquella calle. Anotó la información en una pequeña libreta que, guardada en un bolsillo del abrigo, también había sobrevivido intacta a las inclemencias del tiempo, dio las gracias a la funcionaria que le había atendido y se dispuso a encarar el camino de regreso, completamente seguro de que le resultaría imposible llegar más calado de lo que ya estaba.

En la calle, las inofensivas gotas de agua se habían vuelto granizo y formaban más estruendo que una bandada de grullas. Cambió de idea: no volvería a Comisaría en esas condiciones, mejor tomaría un taxi e iría al hotel para cambiarse de ropa.

Parapetado bajo el marco de la puerta, esperó durante más de un cuarto de hora la llegada del taxi solicitado por teléfono. Pero la espera merecería la pena porque, ya en el hotel, no sólo conseguiría cambiar de mojado a seco, sino también llenar el estómago con un sabroso — y muy apropiado para el día — cocido madrileño en compañía de la dueña del hospedaje.

— Ande, ande ¿cómo va a volver ahora al trabajo? ¿Es que quiere coger un constipado que no se le quite de encima en todo el invierno? ¡Cámbiese de ropa y siéntese conmigo a la mesa, que yo le invito! Después, una vez se encuentre seco y con la barriga caliente y llena, va usted a donde quiera.

No hizo falta que Doña Tere insistiera. La comida, que aún se ultimaba en los fogones, olía que alimentaba y la compañía era de lo más grato. Un par de contundentes razones para quedarse.

A eso de las dos de la tarde, con chimenea al costado y mantel rojo bajo el plato, el cocido y el buen vino tinto de Rioja que lo acompañaba, contribuían a que la lengua de doña Tere se fuera soltando poco a poco. Habló de su vida, de sus sentimientos, de sus miedos, de sus ilusiones. No dejó casi nada en el tintero. Y resultó ser una mujer de armas tomar, en el sentido metafórico de la palabra. Y muy emprendedora. Según sus propias palabras, no se había casado, y no por falta de pretendientes, sino porque no quiso depender económicamente de hombre alguno. Como tantas otras, con dieciséis años dejó atrás la seguridad del pueblo natal para aventurarse en la capital, donde una vecina del pueblo le había buscado trabajo como interna en una casa de señores, como ella decía.

Tres años después, a fuerza de no gastar ni un céntimo de lo poco que ganaba, tenía en su haber el dinero suficiente para alquilar un piso, que ella misma acondicionó para luego realquilarlo por habitaciones. Así, mientras ella seguía viviendo y trabajando en la casa de los señores, el piso comenzó a rentar.

A los pocos años, con tres pisos alquilados y realquilados, dejó de trabajar como sirvienta para dedicarse a atender a los huéspedes, a los que les ofrecía también servicio de lavandería, planchado y hasta comidas.

Pasaban los años y los billetes seguían amontonándose en la hucha de doña Tere sin que ella dispusiera de tiempo libre para gastarlo, cuando un buen día salió a la venta el edificio que ahora ocupa su hotel. Con sus ahorros y algo de hipoteca se hizo con él y convirtió en realidad el sueño de ser propietaria de su propia casa de hospedaje, porque eso quería ella que fuese: una casa de hospedaje y no un hotel. El propio nombre de "hotel" suena más frío, más a negocio, decía. En cambio la casa de hospedaje es más familiar y lleva su sello en cada comida, cada sábana y cada toalla que usan quienes aciertan al elegirla en sus visitas a la capital riojana.

— Muchos de ellos terminan siendo como de la familia. Se van, pero siempre vuelven porque aquí se les da un trato familiar y no comercial. — concluyó, como colofón al corto relato con el que había pretendido resumir una intensa vida.

Después campó el silencio y la mirada de doña Tere fue adquiriendo un aire nostálgico, de pérdida.

— Y ya ve, se me pasó la vida mientras trabajaba. No me di cuenta hasta ahora, que ya soy casi una vieja y estoy sola.

— ¡Usted no es ninguna vieja, doña Tere! ¡Está usted en la flor de la vida!

— ¡Ay, no me diga eso! Si al menos me hubiera casado, ahora tendría un hombre a mi lado…

Núñez sopesó muy bien la respuesta que iba a entregar, porque tenía que dar alguna, y se ruborizó por adelantado.

— Todavía está usted a tiempo, doña Tere. Cualquier hombre podría enamorarse de usted.

A doña Tere le pareció que para interpretar aquella respuesta había que saber leer entre líneas; pero no hacía falta esmerarse demasiado, bastaba con mirar la cara de Núñez, que parecía a punto de encenderse. Ella, para no ruborizarse también, escondió la mirada entre los pliegues del mantel.

— ¡Debo volver al trabajo! — susurró él, levantándose de súbito.

— ¿No quiere usted probar el brazo de gitano que hice para postre?

— Mejor a la noche. Ahora debo regresar.

El sonido de llamada en el teléfono móvil vino a rescatarlo del apuro. Se despidió con la mano y se echó a la calle, apresurado y acalorado, dispuesto a parar un taxi mientras atendía la llamada del Comisario de Oviedo.

— ¡Parece que hay novedades y tú no te dignas ni a informar a tus jefes inmediatos! — recriminó el Comisario, obviando cualquier tipo de saludo.

— Buenas tardes, jefe. Lo que hay es una posible pista y un posible sospechoso, pero de momento lo que no hay es nada seguro aún. Falta que los testigos lo reconozcan en la fotografía.

— ¿Así que puede que no tengamos nada?

— Pudiera ser… Esta tarde sabremos algo más, cuando los policías de mi grupo muestren la fotografía a los testigos.

— ¡Diles que me informen del resultado tan pronto lo tengan!

— Por supuesto, jefe. Ya he impartido órdenes al respecto y subirá el Subinspector Alonso para darle novedades.

— ¡Espero que así sea! Ya sabes que tengo que informar personalmente al Jefe Superior y al Delegado del Gobierno, que están muy interesados en este caso y no podemos permitirnos que la prensa se entere antes que ellos. Deben tener la información antes que nadie, antes que la familia de la víctima incluso.

— Descuide, que así se hará. No obstante, tengan en cuenta que el Juez ha decretado el secreto del sumario…

— Muy bien Pedro, veo que, al fin, estás en el buen camino o, por lo menos, haciendo algo que puede aportar resultados. — concluyó el Comisario, obviando la advertencia del Inspector.

— Sólo cumplo con mi deber, Jefe. Siempre a sus órdenes. — acató, para rematar la conversación, completamente seguro de que el otro colgaría dentro de los dos segundos siguientes, a más tardar.

Así fue.

“Haciendo algo que puede aportar resultados”, haciendo algo… ¡Esto es increíble! Llevo treinta años trabajando de mañana por noche y ahora tienen el inmenso morro de decirme que, ¡al fin!, estoy “haciendo algo”. Cada vez tengo más ganas de jubilarme. ¡Que pongan en mi lugar a otro más joven y mejor preparado, que yo me voy a vivir la vida, sin nadie que me dé órdenes estúpidas ni que me moleste llamándome por teléfono a todas horas para ponerme de mala leche diciéndome que no hago nada!”, renegaba en voz alta para asombro de algunos peatones que pasaban por allí .

Tal era el cabreo que arrastraba que, sin darse cuenta, había parado un taxi; y el taxista, cansado de esperar a que subiera al coche, se había bajado para preguntarle si le llevaba a algún sitio.

— A la Comisaría de Policía, por favor.

Sólo eran las cinco de la tarde. Durante un buen rato tendría que esperar en aquel despacho solitario hasta ver si se producía alguna novedad. Mejor estaría echando una siesta o viendo la televisión en casa de doña Tere, pero la conversación con ella se había ido por empinados derroteros, mejor permanecer en el lugar de trabajo a seguir marchando por un terreno en el cual ella le sacaba mucha ventaja. Ella iba rápido, él avanzaba como rueda de madera en camino de arena. Su timidez con las mujeres bien pudiera haber sido la causante de que llevara solo toda la vida y, probablemente, de que continuara solo durante el resto de sus días.

< ¡Lo que soy es idiota! No me atrevo a proponerle nada, ni acepto que ella me proponga a mí. ¿Cómo voy a encontrar pareja? Yo no le dije nada, sólo trataba de ser cortés, fue ella quien manifestó que se había hecho vieja. Y yo… ¿qué iba a responder yo? ¡Pues que no, que de vieja nada! Y es la verdad, pero ella lo tomó de otra manera. Creo que pensó que le estaba haciendo proposiciones o algo así. ¿Y por qué no? Es guapa, es más joven que yo, está bien y además es toda una mujer. ¡Y cómo guisa! Y de limpia

podría competir con cualquiera. ¿Por qué no? ¡Porque soy un idiota! Para una ocasión que se me presenta… Pero ella vive aquí, en Logroño. Tiene aquí su vida montada. Y yo en Oviedo. No es posible: la distancia es el olvido…>

Hasta las seis de la tarde siguió rumiando las insinuantes palabras intercambiadas con Doña Tere, entonces sonó el teléfono.

— ¡Los testigos le han reconocido!

Informaba el Subinspector Alonso a voz en grito. <Si eleva un poco más el volumen no le hace falta teléfono> pensó Núñez. Había quedado aturdido y hasta sentía un ligero malestar en la oreja que mantenía pegada al auricular.

— ¿Has informado al Comisario?

— Sí, subí a hablar con él antes de llamarte porque así nos lo ordenó él mismo. ¡Enhorabuena, jefe! ¡Hiciste un buen trabajo!!

— Gracias Alonso, en realidad la suerte tuvo bastante que ver en ello.

— Conociéndote, como creo conocerte, sé que el factor suerte ha tenido poco que ver en tu éxito.

<Es un buen profesional, pero le gusta demasiado jugar a la pelota>

Nada más cortar la conversación con Alonso volvió a sonar el teléfono, esta vez el móvil. Era Alberto, que le enviaba una llamada perdida para que él se la devolviese desde la Comisaría, así no gastaba saldo.

— ¿Dime?

— El objetivo acaba de salir en el Audi. ¡Es él! ¡Es el tipo que buscamos! De eso no hay duda, demasiadas coincidencias. ¡Le estamos siguiendo!

— Me acaba de llamar Alonso, el Subinspector de nuestro grupo. Los testigos le han reconocido.

— ¡Ya no cabe ninguna duda! ¡Es él! Entonces… ¿lo trincamos ya?

— ¡No! ¡No lo detengáis aún! ¿Estáis tras él?

— Le seguimos con precaución, de lejos, aunque el tío parece no percatarse de nada. No toma medidas de seguridad y parece muy confiado, como si estuviera totalmente seguro de que hizo las cosas tan bien que es imposible que le descubramos.

— ¿Por dónde vais ahora?

Silencio durante más de medio minuto.

— Bordeando el Ebro, jefe. Hay un montón de puentes. A ver, a ver… Acabamos de pasar por delante de la plaza de Toros… Giramos en la rotonda y tomamos la calle de la Ribera…

De la capital riojana Núñez sólo conocía los aledaños de la Comisaría y el trayecto que la unía con el hotel de Doña Tere. Tenía claro que no había viajado hasta allí para hacer turismo y, por otra parte, tampoco había tenido tiempo para esos menesteres,

— Es igual. ¡Seguidle! ¡No le perdáis de vista! Hay que vigilarle hasta ver en qué anda metido.

— Vale, seguimos tras él.

— Informadme si observáis algo raro ¿vale? ¡Y que no os muerda, por favor, que no os muerda!

— ¡Descuide, jefe, que somos profesionales! ¡Por Dios!

A eso de las ocho de la tarde volvió a sonar el teléfono móvil: otra llamada perdida de Alberto.

— ¿Qué?

— ¡No se lo va a creer, jefe! Le hemos seguido hasta la calle General Primo de Rivera. Allí metió el coche en un parking, nosotros aparcamos en doble fila y le esperamos fuera. Salió del parking tan tranquilo, caminó unos trescientos metros, aproximadamente, entró la cafetería “Luciérnaga”, pidió un café con leche, se sentó en una de las mesas, sacó el teléfono móvil y se puso a chatear. Nosotros tomamos también un par de cafés en la barra mientras le controlábamos a través del espejo de la pared que teníamos enfrente. ¡El tío ni se fijó en nosotros! Daba un sorbo al café y enviaba un

mensaje, otro sorbo, otro mensaje, y así. Pidió otro café con leche y vuelta otra vez. Y a eso de las siete y media se marchó, volvió al parking para coger el coche y regresó a su casa. ¿Qué le parece?

— Que ya encontró otra posible víctima, pero me parece extraño que esta vez se haya decidido a intercambiar los mensajes desde un local público, la otra vez tomó más precauciones.

— ¡Eso pensamos nosotros! Quizá se está confiando. Pero fíjese que el tío es frío de cojones. Enviaba mensajes, y parecía recibirlos también, pero su cara no cambiaba. Es un tío serio, que viste muy formal, desfasado el tío. Hoy llevaba puesto un pantalón de pinzas gris oscuro con la raya perfectamente marcada, una chaqueta de lana en el mismo color, ¡corbata! ¡Sí, corbata de color vino! Y un abrigo azul marino hasta la rodilla, un tres cuartos como decía mi padre. ¡El tío es todo un "dandy"!

— Desde luego, pero un "dandy" muy peligroso. Y también me extraña que no abra el negocio ahora por la tarde.

— Pues ya ve… ¿Y qué hacemos ahora?

— ¡Veniros! Yo estoy en Comisaría. Está claro que ha dado por concluido el chateo por hoy. Mañana hay que seguir vigilándole, y así durante unos días. Cuando decidamos detenerle hay que intervenirle el teléfono móvil; así, tal cual, sin darle tiempo a cerrar la aplicación que esté usando. Le sacáis una fotografía a la pantalla que tenga activa en esos momentos y luego le pedís que él mismo apague el móvil.

— Si apaga el móvil no podemos ver los chats, jefe.

— ¡Es que no podemos verlos, sólo lo que tenga en pantalla en esos momentos! Los mensajes de móvil también son formas de comunicación y no podemos violar el secreto de las comunicaciones, para eso se necesita Mandamiento Judicial.

— ¡Ah, claro! Tiene usted toda la razón. No había caído en ello.

— Bueno, ahora veniros para acá. Ya es muy tarde. Mañana iremos resolviendo sobre la marcha, según se vaya presentando la situación.

OceanofPDF.com

XXVIII

A las siete de la mañana del día siguiente, previo al comienzo de la vigilancia, los tres se sentaron frente al viejo ordenador intentando averiguar algo más sobre la vida de Eladio Saavedra.

Bastó introducir el número del documento de identidad en la base de datos de denuncias para detectar un Atestado de fecha 10 de enero de 2009 donde los policías actuantes daban cuenta del suicidio de Román Saavedra Peláez, de dieciséis años de edad, hijo de Eladio y María Dolores. Su propia madre lo había hallado muerto en el dormitorio, ahorcado, pendiendo del riel que sostenía las cortinas. Había usado como soga la correa que sirve para subir y bajar las persianas. En la comparecencia no figuraba más información, salvo que al lugar de los hechos había acudido el Juez de Guardia para levantar el cadáver y, previamente, funcionarios de Policía Científica para tomar las fotografías y recoger las pruebas e indicios oportunos.

No obstante, el diario “La Rioja” completaba la información: Román era el único hijo del matrimonio formado por Eladio Saavedra Martínez y María Dolores Peláez Domínguez, contaba dieciséis años de edad y, antes de marchar al otro mundo de propia voluntad, había escrito una carta de despedida en la que pedía perdón a sus padres, demás familia y amigos; y explicaba los motivos que le habían llevado a abandonar este mundo tan pronto y de semejante manera. Y los motivos no eran otros que mal de amores. Nerea, la que había sido su novia desde hacía exactamente veinte meses y diez días, le había dejado hacía unos quince días, concretamente el día de Nochebuena del año 2008, alegando que ya no le amaba y que había encontrado a otra persona con la que se sentía muy a gusto.

Los tres leían, atónitos, sin pestañear, las caras pegadas frente a la pantalla del ordenador, el brazo de Alberto descansando sobre el hombro del jefe. Núñez estaba incómodo, se revolvió ante el considerable peso de aquel brazo que, además, le acercaba un sobaco que emitía olor rancio, a sudor viejo. La higiene no era el punto fuerte de Alberto y tanta cercanía le

molestaba. Se apresuró a asimilar la información para terminar cuanto antes.

— ¿Habéis visto?

— ¡Desde luego, todo coincide!

El suceso había caído como un meteorito sobre aquella tranquila ciudad y, durante varios días, copó páginas y páginas del diario local.

Días más tarde, concretamente el doce de febrero de 2009, María Dolores Peláez Domínguez se quitó la vida de idéntica manera a como sólo un mes antes lo hiciera su hijo. Su esposo, Eladio, la encontró a las dos de la tarde, cuando regresaba a casa para almorzar. No había carta de despedida ni exposición de motivos, que no eran necesarios porque se intuían. Desde el mismo dia de la muerte de su único hijo, la inapropiada conducta de María Dolores dejó estupefactos a familiares y a extraños: ni una lágrima, ni un gesto de dolor, ni una lamentación salieron de su boca. El duelo lo pasó de tienda en tienda hasta que topó una boutique cuyos diseños cumplían ampliamente sus exigencias en cuanto a calidad y estilo. Allí adquirió un elegante traje de falda y chaqueta en color negro, que luego aderezó con gafas de sol, bolso y zapatos a juego. Tres horas antes del funeral acudió a peinarse a su peluquería habitual y el tiempo sobrante lo dedicó a maquillarse ella misma en casa. De esa guisa, en vez de una madre que había perdido a su único hijo, parecía una dama frívola que hasta en los entierros buscara ocasión para lucirse.

Aunque los murmullos, críticas y comentarios no se hicieron esperar, la conducta de María Dolores no cambiaría en modo alguno en los días que siguieron al entierro. Altiva y arreglada, salía a la calle para hablar y reír con todo el que se cruzara en su camino, como si nada hubiera ocurrido. Pero la procesión circulaba por dentro sin que nadie reparara en tal tránsito y un día María Dolores no pudo soportarlo más y dejó este mundo con la elegancia que la había caracterizado en los últimos tiempos, desde que el negocio de la informática prosperara de tal forma que los ingresos superaban los gastos con creces. María Dolores viajó al más allá peinada de peluquería, maquillada y con un vestido nuevo que para la ocasión había

adquirido la misma mañana de su muerte y en la misma boutique que la vistiera para el funeral de su hijo.

Los tres policías se quedaron de piedra leyendo aquellas líneas. Y los tres, sin sacar conclusiones ni hacer comentarios al respecto, sentían algo que les incomodaba sobremanera: se trataba de una mezcla entre lástima y comprensión, aliñada con una pizca de solidaridad hacia el asesino de Nerea Iglesias. El que hasta entonces se pintaba en su imaginación con matices monstruosos, había ido adquiriendo forma de hombre movido por instintos y sentimientos de tal entidad que a cualquiera situarían en los límites de la locura. Se separaron del ordenador, lentamente. Núñez respiró aire más puro. Durante un buen rato permanecieron quietos, sin decir una sola palabra, tratando de digerir lo leído y recobrando la objetividad necesaria para continuar trabajando en aquella investigación. Eladio Saavedra era el asesino de Nerea Iglesias y no debían importar los motivos personales que le habían conducido a actuar de la forma en que lo había hecho, se decían a sí mismos, mientras permanecían pensativos, con la mirada clavada en el suelo.

Núñez repasó la declaración de los policías que asistieron al levantamiento del cadáver de Román. Allí estaba también la filiación completa y demás datos de los padres, aportada por los policías que habían identificado al resto de habitantes de la casa. Anotó el número del teléfono móvil de Eladio.

— Hay que comprobar si sigue utilizando este número de teléfono móvil. Para eso hay que llamar, hasta ver si contesta el propio Eladio. Pero, si le telefoneamos desde aquí, le saldrá como número oculto y es posible que no descuelgue. O, lo que es peor aún, que se mosquee y empiece a tomar medidas de seguridad. Desde nuestros móviles tampoco vamos a llamar porque, al menos a mi, nunca me ha gustado que los delincuentes conozcan mi número de teléfono

— ¡No se preocupe, jefe! ¡Traiga para acá, que se lo compruebo yo en cosa de cinco minutos!

Alberto ya se había levantado, extendido la mano y casi arrancado el papel de manos de su jefe.

— ¿Cómo lo vas a hacer? — quiso saber Núñez antes de entregarle el apunte.

— Voy a llamarle desde cualquiera de los bares de por aquí. Desde el Mediapinta no, por supuesto.

— ¡No, no, no! El tío es muy espabilado, puede mosquearse, buscar a quien pertenece el número, llamar él mismo para hablar con los dueños del bar y entonces verá que el local está al lado de la Comisaría. Blanco y en botella… Y, con total seguridad, se pondría en guardia.

— Entonces… ¿qué sugiere que hagamos? ¡Usted quiere nadar y guardar la ropa, y eso no puede ser!

A Alberto le gustaba resolver los asuntos rápidamente y le costaba controlar la irritación que le corroía cuando su jefe daba cien vueltas a las cosas más sencillas (a las complicadas, miles).

— Es mejor coger el coche, alejarse de aquí y hacer la llamada desde un locutorio o cabina. — propuso Juanjo.

— ¡Ajá!

<Habla poco, pero cuando habla sabe lo que dice> concluyó Núñez.

— Hay que preguntarle sobre algo relacionado con la informática. “¿Es usted el señor Eladio Saavedra?” Si responde afirmativamente, se le puede decir que un amigo nos habló de su buena mano en el diseño de páginas web y que deseamos encargarle una para nuestra empresa. — volvió a proponer Juanjo.

— ¡Si, claro! ¿Cómo no? “Mire, señor Eladio, trabajamos en la policía y nos sería de gran ayuda tener una página web donde colgar asesinos, pederastas y demás. ¿Nos haría usted una?” — bromeaba Alberto, un poco celoso porque Juanjo estaba opinando más de lo usual.

— ¡No, hombre, no! ¡¿Cómo le vamos a decir que somos policías?! Hay que mencionar otra empresa cualquiera, no sé, una que está empezando. Por eso se supone que necesitamos la web, para darnos a conocer…

— Y también por ese motivo la empresa aún no dispone de teléfono ni figura en sitio alguno. Así, si la busca y no la encuentra, creerá que la causa no es otra que el tratarse de una empresa de nueva creación. — aclaró Núñez, mirando a Juanjo y obviando las tonterías de Alberto.

— ¿Y si nos pide un número de teléfono para contactar? — preguntó Alberto, con un tono de voz al que sólo le faltaba añadir: "¿cómo resolvéis eso, listos?"

— A ver, a nosotros sólo nos interesa saber si Eladio sigue usando el mismo número de teléfono que consta en esta declaración de hace casi un año. Y también nos interesa que no se mosquee con la llamada que efectuaremos para comprobarlo. No vamos a encargarle web alguna, ni nada por el estilo. Por lo tanto, si os pide un número de teléfono para contactar, le decís que preferís pasar vosotros por su oficina. ¡No le digáis que ya os pasaréis por la calle del Portillejo! Porque podría preguntarse cómo sabéis el nombre de la calle donde tiene la oficina. Preguntadle dónde está ubicada y hacedle saber que iréis por allí para contratar la web dentro de no sé, una semana, por ejemplo. Bueno, confío en que sabréis salir del paso, pero se trata de que habléis lo menos posible, porque cuanto más se habla más se mete la pata. Y, una vez os confirme que es Eladio Saavedra, cortáis la comunicación lo antes posible, sin dejarle preocupado, sino diciéndole que queréis encargarle el diseño de una web pero que preferís hablar con él en persona, porque la queréis muy personalizada, valga la redundancia. Que os diga dónde tiene la oficina, y ya está. Con esto es más que suficiente. Y en cuanto lo tengáis, me lo confirmáis.

Parecieron estar de acuerdo con la exposición, tomaron las llaves del coche y salieron para cumplir su cometido. Núñez expiró larga y profundamente. "Hay que darles todo masticado" murmuró por lo bajo.

— ¡Ojo! Pero no le llaméis aún, llamadle en horario comercial, o sea, sobre las diez de la mañana. — gritó Núñez cuando los otros iban por el fondo del pasillo.

— O.K., jefe.

Se quedó solo en aquel despacho desierto. Miró el reloj: las ocho de la mañana. Aquella ciudad debía tener un ínfimo índice de delincuencia, a

juzgar por el relax que se respiraba en la Comisaría. Se dispuso a ojear un diario atrasado, el de ese día tendría que pasar por la burguesía antes de llegar a la clase obrera.

Sin concederle demasiado tiempo para el relax, a los diez minutos comenzó el correteo por el pasillo. Puertas que se abrían con llave, conversaciones, risas. Entró Bea y saludó con timidez, sin perder el suelo de vista. Juraría que hasta se puso colorada. Con el silencio de un lince posó sus bártulos sobre una silla y empezó a sacar papeles para encima de la mesa. El resto de los policías entraron cinco minutos más tarde, todos a la vez, como si hubieran quedado. Núñez seguía con la mirada puesta en el periódico atrasado, cuyas noticias ya le eran sobradamente conocidas y no le interesaban en absoluto, pero le servía de parapeto en aquel momento de ocio. A escasos metros, todos conversaban e intercambiaban puntos de vista haciendo caso omiso de su presencia, emitiendo un barullo que le atronaba los oídos. Volvió a comprobar el reloj: quedaban unos cinco minutos para que se fueran a la calle. Respiró hondo y se alegró de no tener que trabajar siempre en medio de aquel alboroto. <Total, para lo que me queda en el convento…>

Y, al fin, el silencio llegó como previamente había llegado el ruido: de repente.

Mientras los otros cuatro se revolvían entre papeles, el mataba el tiempo con el periódico atrasado. Pasadas las diez de la mañana sonó su teléfono móvil.

— No ha cambiado de número, Jefe.

— Buenas noticias.

— Pero creo que se ha mosqueado un poco porque me preguntó quién me había facilitado su número de teléfono personal.

— ¿Y?

Núñez apretó los labios, cerró los puños. Imposible atar bien todos los cabos.

— Y salí por peteneras, como pude. Le dije que me lo había facilitado un amigo a quien él había presupuestado el diseño de una página web.

— ¿Y tragó?

— Le dije un nombre cualquiera, Conservas Ibáñez, creo. Contestó que no le sonaba de nada ese nombre.

Resoplidos varios invadieron la línea.

— Se ha mosqueado.

— Juraría que sí.

— Discreción con la troncha. Si os muerde, estamos perdidos.

— A lo mejor no se ha mosqueado, jefe; pueden ser suposiciones nuestras. El tío tiene voz suave, amable, es muy educado y, al final, nos invitó a pasar por su oficina donde, sin ningún compromiso, nos mostrará diferentes diseños de páginas web.

Núñez sonrió y meneó la cabeza mientras pensaba que no conocía ningún sinvergüenza que no fuera amable, sin que ello implicara que todas la personas amables fueran sinvergüenzas.

— Bueno, bueno… Discreción, que este tío es muy, pero que muy inteligente.

— Seguiremos informando, jefe. Aunque, seguramente, durante la mañana no habrá nada. Se meterá en la tienda y no saldrá hasta la hora de comer.

Núñez colgó. ¡Ya habían metido la pata! ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Sintió otra vez la presión en el estómago. Una sensación que le asaltaba cada vez más a menudo, como si alguna fuerza invisible le obligase a contraer las entrañas y el estómago luchara por liberarse, pero no lo conseguía y se vengaba causándole dolor. Miró hacia los cuatro de Alejandro Márquez: trabajaban sin parar y parecían no percatarse de nada. Sólo era apariencia, seguro.

Marcó el número de su Grupo en Oviedo.

— ¡Ponme con el Subinspector Alonso! — ordenó.

— ¡Soy yo!

— Ah, perdona. El frío riojano me está anulando el sentido del oído. Mira… quería encargarte una gestión para hacer esta tarde, a ser posible.

— ¡Tú dirás!

Alonso era el único que le tuteaba.

— ¡Anota este número de teléfono!

Tintineo de bolígrafos al otro lado. Lentamente, una a una, Núñez le indicó las nueve cifras.

— ¿Lo cogiste?

— Si.

— El usuario es Eladio Saavedra, o sea, el sospechoso. Mira a ver a qué operadora pertenece y después confecciona una solicitud de Mandamiento judicial para esa operadora, interesando que te informen acerca de dónde están ubicadas las antenas de telefonía móvil en las que se registró ese número entre los días veinticuatro y treinta de noviembre.

— Se hará esta misma mañana, sin falta.

— Además, tienes que hablar con el Juez que lleva el caso y exponerle todo lo que tenemos. Y a él es a quien debes entregar la solicitud de Mandamiento, en persona. Seguramente te lo dará hoy mismo y podréis adelantarlo por fax al Sistema de Telecomunicaciones. Si, además, consigues que en el documento figure la palabra “URGENTE” ó “URGENTÍSIMO”, mucho mejor.

— En menos de una hora estoy con el Juez.

— Infórmame de cómo fue todo. Llámame al móvil, mejor.

— Sin problema, jefe. A mandar que para eso estamos.

Después de cortar la comunicación con Alonso, empleó el resto de la mañana, mayormente, repartiendo explicaciones entre el Comisario Florindo García, el Jefe Superior de Policía de Logroño, el Jefe de la Brigada de Policía Judicial de Oviedo, el Comisario de Oviedo y el Jefe Superior de Policía de Asturias. A las dos de la tarde le zumbaban los oídos y ardía el auricular del teléfono.

Aunque suponía que sería bien recibido y no le sobraba una buena comida casera y media hora de siesta, optó por no regresar al hotel para la comida del mediodía, no fuera a ser que Doña Tere pisara el acelerador más de la cuenta y se estrellaran antes de arrancar. Aquel asunto había que tratarlo con cautela, con la paciencia de los inmortales y la estrategia de una mantis religiosa.

Alberto y Juanjo habían comprado sendos bocadillos para tomar mientras continuaban con la vigilancia y él optó por el plato del día en un bar cercano: lentejas con chorizo, chuleta de ternera y flan de la casa. Todo entraba bien en aquel día frío. Después, salió del bar con la intención de dar un corto paseo para estirar las piernas.

La ciudad que se iba desplegando ante sus ojos poco distaba de otras ya vistas: edificios, aceras, calles, tráfico, gente apresurada de un lado para otro. Callejeando, sus pasos le llevaron cerca del hotel de Doña Tere, quizá por la costumbre, por ser la única zona conocida. Siguió de largo para internarse de lleno en el casco viejo de la ciudad donde le recibieron largas y estrechas calles, muchas ellas empedradas y porticadas. Bares y restaurantes copaban los bajos de las casas, numerosos comensales disfrutaban las delicias de una de las más famosas regiones gastronómicas y vitivinícolas de España. Aquella parte de la ciudad sí que distaba millas de otras que conocía: las calles empedradas, los edificios antiguos y la ausencia de tráfico consiguieron transmitirle paz y sosiego. Ralentizó sus pasos. La piedra era una estupenda cura contra el apuro. Se imaginó viajero de otra época, de la Edad Media quizá, transitando por el Camino Francés hacia Santiago de Compostela, sin prisa, con la certeza de que no se puede atrapar el tiempo, es más, de que ni siquiera se debería medir; con la seguridad de que a la vida no hay que apremiarla. Sus hombros se habían relajado, estaba disfrutando del paseo como no hacía desde mucho tiempo atrás. Sonrió, respiró profundamente. El aire ya no estaba tan frío. Volvió a sonreír. Un grupo de gente se había detenido delante de una iglesia, miraba atentamente el portón de entrada y taponaba la estrecha calle por donde él transitaba. Turistas. Ante ellos una mujer rubia y alta, banderín rojo en mano, solicitaba atención:

— La Iglesia de Santa María del Palacio tiene una torre de planta octogonal que los logroñeses llaman “la aguja”. La aguja de Santa María del Palacio es uno de los signos identificativos del Logroño medieval. La aguja es una flecha en forma de pirámide de ocho lados con varios pisos; y en el interior hay ocho buhardillones con una ventana apuntada en cada uno. — explicaba la guía.

Interesante, sin duda, dictaminó Núñez; que continuaba encallado, sin conseguir avanzar porque los turistas permanecían inmutables, taponando el paso, absortos en la explicación. Tampoco era plan de quedarse allí, y no por falta de ganas, pero él no había pagado por el tour, se darían cuenta y le recriminarían. Decidió volver sobre sus pasos, a la oficina. El reloj marcaba las seis de la tarde y comenzaba a anochecer. Buena hora para regresar. Emplearía el tiempo repasando una vez más todo el caso “Mediapinta”, por si algo se le había pasado por alto. <Más vale prevenir que lamentar> pensó.

Faltaban diez minutos para las nueve de la noche cuando entraron Alberto y Juanjo con los abrigos salpicados de copos de nieve.

— ¿Está nevando?

— ¡No me diga que se ha dado cuenta ahora!

Se había acercado a la ventana para bajar la persiana pero, como le había ocurrido tantas otras veces, su mente estaba en otro lado y quizá había mirado hacia la calle pero no había visto ni copos ni otra cosa.

— Nos vamos a casa, que diga, al hotel. Hoy no nos queda nada más por hacer aquí. Mañana, otro gallo cantará.

Se pertrechó con varios kilos de ropa y apagó las luces del despacho. Los dos policías le siguieron, asintiendo, aunque otro asunto rondaba por sus cabezas. A menos de una semana para Nochebuena la investigación había dado un giro radical e interrumpirla para disfrutar de la Navidad resultaría contraproducente, a parte de que los superiores no lo consentirían. Además, al inconveniente de tener el caso en su punto álgido se habían sumado las inclemencias del tiempo. No hacían comentarios al respecto,

pero ambos se veían pasando las fiestas en el hotel de Doña Tere, de donde en los dos últimos días — no sabían si por el mal tiempo o por la cercanía de la Navidad — habían huido los clientes en estampida. Ya sólo quedaban ellos tres y Doña Tere.

En cambio Núñez estaba encantado por partida doble: la investigación marchaba sobre ruedas y el hotel de Doña Tere parecía el lugar idóneo para revivir las fiestas navideñas en su sabor más tradicional. Cada descansillo de la escalera contaba con su propio árbol de Navidad y en cada uno de ellos variaba el colorido: plateado el de la entrada, dorado el del primer piso, rojo el del segundo y verde el del tercero. La dueña del hotel tampoco había olvidado colocar una guirnalda en la puerta de cada habitación, ni obsequiar a sus huéspedes con una bandeja bien provista con los dulces típicos navideños, que había dejado sobre la mesita de noche por si en mitad del sueño les asaltaba el antojo de endulzarse la boca. Para mayor detalle, las mesas del comedor se habían vestido con manteles ornados con estrellas de Belén sobre fondo rojo. Todos los pormenores habían sido cubiertos porque Doña Tere era así, meticulosa y detallista hasta el extremo. A pesar de ello, o quizá a causa de ello, una punzada de nostalgia le sacudía cada vez que recordaba a sus padres, tan ancianos; entonces lamentaba desperdiciar la ocasión de acompañarles en tan importantes fechas. Pero su trabajo era así: la labor policial no sabía discernir entre el día y la noche, entre los festivos y los días normales. Para el delito y el delincuente todos los días y horas eran hábiles, como bien decía el profesor que hacía tantos años le había impartido clases de Derecho Procesal en la Academia.

OceanofPDF.com

XXIX

Durante los cinco días siguientes, Alberto y Juanjo se convirtieron en la sombra de Eladio Saavedra. Desde hora temprana se apostaban en la esquina de la calle del Portillejo, donde dos hombres que permanecían durante horas en el interior de un coche daban más el cante que un pavo real en el polo norte, pero Eladio parecía no darse cuenta de nada. Iba por la vida meditando, como si estuviera en las nubes, o como si el mundo careciera de interés para él. Le veían abrir la tienda a eso de las diez de la mañana, salir a comer a un bar cercano a la una y media de la tarde, entrar en su casa a las dos y cuarto, puntual como un reloj, y a las tres de la tarde se abría la puerta del garaje de su edificio y salía el Audi A6 con Eladio dentro.

Los dos policías poco habían visto de Logroño. No habían probado su excelente gastronomía ni degustado sus famosos vinos, pero el itinerario desde la calle del Portillejo hasta la calle General Primo de Rivera lo conocían como la palma de la mano. Allí, el vigilado guardaba el coche en un parking y, cinco minutos más tarde, salía caminando para dirigirse a la cafetería “Luciérnaga”, donde se quedaba hasta las cinco de la tarde, siempre sentado a la misma mesa, tomando un café con leche (corto de café) en pequeñísimos sorbos para que le durara la casi hora y media que permanecía en el local.

Alberto y Juanjo habían conseguido que el dueño de la cafetería les cediese el uso de un pequeño cuarto trastero, aledaño a la barra, donde a luz apagada observaban los movimientos del vigilado sin peligro de ser descubiertos; a cambio mediarían con el Grupo de Extranjeros para agilizar el trámite de nacionalidad de su novia cubana. Entretanto, Eladio chateaba desde el teléfono móvil con la habilidad de un adolescente, a golpe de pulgares, dedicando de vez en cuanto una malvada sonrisa a la pantalla. A las cinco se acercaba a la barra, abonaba el importe del café, se enfundaba en su abrigo tres cuartos, acomodaba la bufanda, salía a la calle, recogía el coche en el parking y regresaba a su tienda de informática para abrirla al público hasta las ocho y media de la tarde; hora en que bajaba la persiana,

cerraba con llave y se perdía en el portal de su casa hasta las diez de la mañana del día siguiente.

— ¿Qué hacemos, jefe? ¿Seguimos con la troncha? — preguntó Alberto.

El soplido involuntario dejaba constancia de su cansancio y hastío.

— ¿Creéis que estará borrando todos los mensajes? — preguntó a su vez Núñez.

— ¡Caramba! ¡Parece usted gallego! Contesta a una pregunta con otra. Pero sí, creo que los borra nada más enviarlos. Escribe rápido y luego se para, como si releyera lo enviado, pero después le da a una tecla de las inferiores, siempre.

— De cualquier forma no podemos seguir así. El contenido de esos mensajes nos los puede facilitar la operadora, si el Juez considera oportuno pedirlos porque crea que es importante para la causa. — explicó Núñez, observando que los otros dos no apartaban la vista del calendario que colgaba de la pared.

— Entonces… ¿qué hacemos mañana? ¿Seguimos tronchando?

— ¡Mañana, en cuanto salga a la calle, le detenéis! — sentenció el Inspector.

Suspiros de alivio.

A las diez de la mañana del día veintidós de diciembre, cuando salía a comprar el periódico — única compañía de la que disponía cada día desde hacía casi un año —, Eladio Saavedra Martínez fue detenido. Dos policías vestidos de paisano le abordaron nada más poner el pie en el portal de su casa. Todo fue tan rápido, tan confuso y tan inesperado que, en un primer momento, sólo pudo ver dos bultos que salían de la nada y se le echaban encima. Después, el resplandor de una placa dorada se le apareció ante de las narices como por arte de magia. En la placa pudo leer “Cuerpo Nacional de Policía” y ató cabos. Habían llegado pronto, mucho antes de lo previsto.

Sintió tanto miedo que el cuerpo se le paralizó y no fue capaz de oponer ni una pizca de resistencia. Los policías estaban a sus espaldas, le sujetaban los brazos y, con las manos, hacían presión sobre su cabeza para que la mantuviera gacha. Notó un dolor agudo en las muñecas y después el chirriar de las esposas.

En el mismo momento en que las esposas crujían para cerrarse, Irene, la vecina del quinto, se acercaba al portal cargada con cuatro bolsas de supermercado llenas a rebosar. Fingiendo no haber visto nada, la vecina clavó la mirada en los zapatos que llevaba puestos y se metió rápidamente en el portal, al mismo tiempo que Eladio deducía que jamás volvería a escuchar de boca de aquella mujer que él era un dechado de virtudes, un ejemplo a seguir. Irene pronunciaba aquellas palabras en casi todas las reuniones de la Comunidad de vecinos y estaban prestas a salir a la luz cada vez que él abría la boca para dar su opinión, fuera la que fuera. A los ojos de Irene — y de muchos más vecinos de aquel edificio — había sido el marido perfecto, el padre dedicado, y ahora el viudo y empresario ejemplar, siempre correcto y educado, siempre en su lugar. En pocos minutos esa torre se desmoronaría: todo el edificio tendría conocimiento de que había sido detenido. Y en menos de una hora la ciudad entera conocería la noticia. Eladio enrojeció de vergüenza. Se sentía más un estafador que un asesino. Un estafador de la confianza que sus vecinos habían depositado en él.

Irene desapareció en el ascensor al tiempo que un policía mayor, orondo y desaliñado, salía de la retaguardia para hablarle cara a cara, mirándole directamente a los ojos. Eladio no pudo sostenerle la mirada pero entendió bien la palabra “asesinato” entre otras muchas que en ese momento de confusión no logró comprender. Después vino una retahíla de frases que le resultaron familiares porque las había escuchado tal cual en docenas de películas: “tiene derecho a guardar silencio, a no declarar si no quiere, a no confesarse culpable, a nombrar abogado…” ¿Lo ha comprendido? preguntó el policía, con una cara de satisfacción que le puso los pelos de punta. Eladio asintió con la cabeza.

Momentos interminables después y con más de una docena de vecinos descaradamente asomados a las ventanas, le subieron al coche policial que esperaba justo delante del portal. El policía joven le acomodó rápidamente

en el asiento trasero a base de presionarle la cabeza con las manos y de hincarle la rodilla en la espalda para obligarle a doblarse y a entrar en el coche. El policía mayor esperaba al volante y arrancó como una flecha tan pronto vio a su compañero en el asiento delantero.

Cuando Eladio lanzó un último vistazo a su edificio, las cortinas de las ventanas se cerraron todas a la vez para ocultar a los chismosos. Imaginó sus caras de asombro, adivinó su inmediato proceder: en ese momento estarían todos al teléfono para que la noticia corriera. Había temática de sobra para amenizar las cenas de Navidad en las viviendas de toda la ciudad, especialmente en aquel edificio que conformaba su hogar desde hacía más de veinticinco años, desde el mismo día que acudió de la mano de María Dolores para comprar sobre plano uno de los pisos que se estaban construyendo en aquel solar alejado del centro. Se acababan de casar y dieron de entrada las quinientas mil pesetas que les habían regalado entre todos los invitados a la boda. Fue un buen comienzo, preludio de los años felices que le seguirían y que hubieran durado toda la vida de no ser porque una Nerea cualquiera había destrozado el corazón de su único hijo y, por ende, el de toda la familia, llevándose por delante todo aquello que juntos habían construido a base de tiempo, sacrificio y amor.

El coche policial serpenteaba entre el tráfico, la sirena pregonaba su advertencia por toda la ciudad y Eladio, con las manos esposadas a la espalda, daba tumbos de un lado al otro en el asiento trasero; un rosario de sacudidas que le pareció un vía crucis.

— ¿Sorprendido? — preguntó el conductor.

— En absoluto. — mintió Eladio.

En realidad sí que lo estaba, y mucho, tanto que no hacía más que repasar mentalmente dónde había cometido el fallo. Había sido meticuloso hasta rayar lo imposible, había estudiado cada paso más de cien veces antes de darlo y había borrado cualquier prueba que pudiese delatarle. ¡Y aún así habían llegado hasta él! ¿Cómo lo habrían conseguido? ¿Dónde habría fallado?

— ¿Por cuánto tiempo pensaba seguir con esto?

— Por ahora.

— ¿Cuándo regresó de Oviedo?

— Nunca estuve en Oviedo. Y si pretende seguir interpelándome, sepa que las preguntas me las tendrá que formular en presencia de mi abogado, como usted ya sabe.

Así acabó el interrogatorio, porque el terreno estaba acotado y porque habían llegado a la Comisaría. Aparcaron el coche en el patio, se apearon y le ayudaron a bajar también a él, esta vez a base de tirarle de los brazos como si estuvieran arrastrando una red. Luego, ya fuera del vehículo, le tomaron de ganchete uno por cada lado y le guiaron hasta una oficina donde les esperaba un tipo alto y huesudo, de figura quijotesca y ademanes de otra época.

Núñez examinó sin reparo y con descaro al hombre que le presentaban detenido. Nada más verlo le atribuyó presencia de sacerdote, sin saber muy bien el por qué ni que podían tener en común todos los curas para que hubiese un aspecto que les diferenciara. Quizá fueran sus formas redondeadas, bien definidas en la cadera, más propias de una fémina que de un varón. Tal vez el culo plano. Acaso el abultamiento en la parte baja del abdomen, denotando un estilo de vida que oscilaba entre el sillón de la oficina y el sofá de la casa. A lo mejor era debido a que la piel de su rostro era tan fina y blanca como la de una muñeca, y sus manos delicadas como las de un oficinista. Viéndole así, parecía imposible que aquel hombre hubiese dado muerte a una persona o que tan siquiera se le hubiese pasado por la cabeza.

— ¿Le habéis leído los derechos?

— Verbalmente. Ahora se los reiteraremos por escrito.

— ¡Hacedlo cuanto antes!

Alberto se sentó al ordenador, extrajo varios documentos del cajón e invitó a Eladio a tomar asiento en una de las sillas que tenía delante

— ¿Abogado particular, o de Oficio?

Eladio demoró la respuesta, a pesar de que ya lo tenía decidido de antemano. No había prisa.

— Particular, llamen al señor Díaz de la Roca.

Núñez anotó en un folio el nombre facilitado, sorprendido ante el tono de voz amable y delicado que exhibía el detenido. <Si parece un político, de lo bien que pronuncia y se expresa. ¡Y está más sereno que nosotros!> pensó.

— ¿Sabe su número de teléfono?

— No, pero en el Colegio de Abogados les pueden informar.

— ¿Quiere comunicar a alguien el hecho de su detención y el lugar de custodia?

— A nadie.

— Como se le ha dicho, tiene derecho a que le asista un médico, si se encuentra enfermo. ¿Quiere ir al médico?

— De momento, no.

Eladio miraba directo, a los ojos, y mantenía su pose bien firme: espalda recta, pierna sobre pierna y mano sobre mano encima de las rodillas. No había mudado su postura ni un milímetro desde que le ordenaron sentarse para la lectura de derechos. Alberto y Juanjo no daban crédito: el hombrecillo miedoso al que habían detenido sin que opusiera resistencia se había convertido en una estatua de hielo.

— Vamos a solicitar un Mandamiento judicial para practicar un registro en su domicilio, ¿Asistirá usted, caso de que el Juez lo conceda? — preguntó Núñez, algo nervioso a causa del control que mostraba el detenido.

— Depende de lo que me aconseje mi abogado.

No había movido ni una pestaña.

— ¿Le habéis intervenido el móvil? — preguntó el jefe, dirigiéndose a Alberto.

— Si, aquí está, pero lo tiene apagado.

— ¿Sería tan amable de encender su teléfono móvil? — requirió Núñez al detenido.

— Lo siento mucho pero, con el susto, se me ha olvidado la contraseña.

Núñez le miró a los ojos. Eladio le sostuvo la mirada y esbozó una inapreciable sonrisa.

— ¡Bajadle a los calabozos!

Los policías, sin mediar palabra, con un simple arqueo de cejas le "invitaron" a levantarse y ponerse en marcha. Eladio descruzó primero las manos, luego las piernas, sin prisa. Después se puso en pie y caminó hacia el pasillo con un policía delante y otro detrás.

Núñez tomó asiento frente al ordenador, pensativo. Repentinamente volvió a levantarse: el asiento guardaba el calor de Alberto, la sensación le había resultado desagradable. Caminó hasta la ventana. Nunca llegaría a conocer la verdad acerca de la agonía y muerte de Nerea Iglesias. Y lo peor, nunca sabría el por qué de su muerte. Entre Nerea y Eladio parecía no existir conexión alguna, salvo el hecho de que la novia de su hijo Román también se llamaba Nerea. Aquel caso era tan demencial que no cabía en cabeza alguna; y el individuo tan inteligente, frío y calculador como un alien. Además tenía derecho a no declarar si no quería hacerlo y seguramente optaría por no declarar en Comisaría porque de esa manera ganaría unas horas más para preparar su confesión ante el Juez.

Cuando regresaron Alberto y Juanjo, encontraron a su jefe con la frente pegada al cristal de la ventana.

— ¿Qué opina sobre el tipejo este, jefe?

— Es tan frío que da repelús

— ¿Se puede creer que el tío no cambió ni un ápice la expresión de la cara cuando le ingresaron en los calabozos?

— ¡Me lo creo todo!

— Se mantuvo correcto, tranquilo y obediente en todo momento, pero ni una mueca en su cara. Es como los chinos, que siempre tienen la misma

expresión.

— ¿Y qué vamos a hacer con el móvil? Es seguro que estaba chateando con la siguiente víctima. — aseguró Juanjo.

— De momento, nada podemos hacer. Hay que solicitar Mandamiento a la Compañía para que nos aporten datos, y luego averiguar si sigue con el mismo perfil o si creó otro nuevo, y vuelta a empezar… en fin, lo mismo que hicimos para obtener las conversaciones que mantuvo con Nerea Iglesias.

— ¡Menudo fastidio! Valdría más pasar del tema ¿no, Jefe? ¿Usted qué opina? — sugirió Alberto, mirando el calendario para comprobar cuánto le faltaba a la Navidad para echárseles encima.

Juanjo también fijó la mirada en el calendario que colgaba de la pared. Núñez hizo caso omiso. La Navidad era para él lo de menos trascendencia en ese momento. Quedaban, Dios mediante, muchas navidades que disfrutar tranquilamente en casa, ya retirado.

— Bueno, lo que nos interesa ahora es empezar con el atestado. Hay que tenerlo todo preparado y llamar esta misma tarde al abogado particular para que presencie la toma de declaración, aunque yo creo que este no va a declarar. También hay que acercarse al Juzgado de Guardia para solicitar el Mandamiento de entrada y registro, a ver si lo conceden para mañana mismo. — expuso Núñez.

— ¿Sabe qué? Yo con el estómago vacío no puedo encauzar nada. Es la hora de comer y me rugen las tripas como si fueran una manada de leones en medio de la jungla. Voy a comprar un bocadillo y lo comeré aquí mismo, mientras preparo la documentación. ¿Queréis que os traiga uno? — preguntó Alberto.

— Salgo contigo, yo también necesito comer algo. — opinó Juanjo.

Y Núñez no quiso quedarse solo una vez más. Aunque le apremiara más avanzar en el trabajo que matar el hambre, calibró que no perderían demasiado tiempo en comer algo y que, sin embargo, adelantarían más la labor si trabajaban con el estómago medio lleno que completamente vacío. Cogió sus inseparables abrigo y bufanda y se dispuso a acompañarles.

A las ocho de la tarde, Alberto casi había terminado de confeccionar el atestado, salvo lo concerniente a la declaración y el registro en el domicilio, el abogado del detenido estaba de camino, Juanjo continuaba en el Juzgado a la espera de que le entregaran el Mandamiento de Entrada y Registro, y Núñez se entretenía atendiendo una llamada tras otra, hasta un total de seis: tres de Oviedo — del grupo, del Comisario y del Jefe Superior —, otra del Juzgado, una más del Comisario de Logroño y la más importante, la de sus padres.

Había anochecido hacía rato y la ciudad se había recluido hacia el interior de las casas. En la Brigada de Policía Judicial tampoco quedaba un alma salvo ellos dos y el silencio, que reinaba interrumpido por el martilleo de las teclas del ordenador. A ratos también estaban las ganas de olvidarse de que la Navidad les pillaría a quinientos kilómetros de casa y trabajando en aquella desolada oficina.

A las ocho y diez de la tarde se presentó el abogado de Eladio. Era un hombre de mediana edad, alto, impecablemente ataviado con un traje azul marino que parecía recién planchado, con maletín de cuero negro, y con prisa, mucha prisa por terminar cuanto antes. El aviso para atender a su cliente le había pillado de camino a una cena de trabajo y no le había hecho ni la más mínima gracia cancelar aquella comida en la que con suficiente antelación había elegido arroz con bogavante de segundo, su plato favorito.

— Soy Antonio Díaz de la Roca, letrado particular del señor Saavedra, y estoy aquí para asistirle en su declaración. — anuncio con firmeza y arrogancia.

— Yo soy el Inspector Pedro Núñez, Instructor del atestado y encargado de la investigación.

Núñez le acercó una silla para que tomara asiento. El abogado la examinó de arriba abajo, frunció la nariz, se lo pensó durante un par segundos y finalmente se decidió a sentarse en un extremo. Luego apoyó el maletín sobre las rodillas, lo abrió, extrajo un legajo de papeles y después se dedicó a colocarlos cuidadosamente sobre la mesa. Cumplimentada tal

labor, hurgó allá por debajo del abrigo y sacó a relucir un elegante bolígrafo que parecía de oro, o por lo menos bañado en oro, y lo colocó sobre uno de los legajos, bien a la vista. Después suspiró, cruzó las piernas y se dedicó a escalar las paredes con la mirada y con más desdén que curiosidad.

Eladio, esposado y cabizbajo, apareció por la puerta. Repentinamente se detuvo al ver a Núñez y al letrado, y les miró, tímido. En ese momento parecía que no había roto un solo plato en toda su vida. Alberto lo escoltaba y le espetó para que avanzara hasta la silla que le esperaba al lado del abogado.

— Aquí está su letrado particular, señor Saavedra.

La presentación de Núñez fue escueta, pues supuso que ya se conocían.

Eladio tomó asiento en la silla pareja a la del abogado.

— ¿Qué tal te encuentras? ¿Necesitas ir al médico? ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

El tuteo y la proximidad física que había propiciado el abogado moviéndose hacia el borde de la silla para acercarse a su defendido, indicaban que había confianza.

— Señor letrado, usted no puede hablar con el detenido hasta que terminemos de tomarle declaración.

— Sólo le estaba preguntando por su salud.

Núñez interpretó la perpetua nariz fruncida del abogado como señal inequívoca del asco que al remilgado letrado le producía cuanto había en aquella oficina, incluido él mismo. Aquel gesto produjo en la disposición de Núñez el mismo efecto que una mecha encendida al aproximarse a un bidón de gasolina.

— ¡Usted no puede preguntarle nada! Ahora, acto seguido, se le reiterarán sus derechos, en presencia de usted, y entre ellos está el de ser asistido por un médico, en caso de que se encuentre indispuesto. Si es así, que lo haga constar en ese momento. ¡Y le repito que no puede usted hablar con el detenido hasta que nosotros le hayamos tomado declaración! No

debería ser necesario recordarle cual es su cometido, pero de todas formas le voy a informar, porque parece ignorarlo: su función simplemente consiste en velar para que el detenido sea informado de sus derechos y asistir a la toma de declaración para verificar que se efectúa de acuerdo con la Ley; pero de ningún modo puede usted aconsejarle ni proferir algún otro tipo de comentario.

— ¡Sé cuál es mi función aquí! Recuerde que soy Letrado y, por tanto, estudie la carrera de Derecho donde, entre otras muchísimas cosas, me enseñaron acerca de mi cometido a la hora de asistir a un detenido. — se defendió Díaz de la Roca.

— Me alegro de que así sea porque, si vuelve a olvidarlo, me veré obligado a interrumpir la toma de declaración y solicitar al Colegio de Abogados que nos envíen otro Letrado.

El abogado, acostumbrado a pisar en blando, se batió en retirada ante aquel hombre alto y huesudo que sabía más de lo que aparentaba y que hasta derrochaba clase y saber estar, algo inusual en un policía. Le admiró durante un breve espacio de tiempo, hasta que regresó la arrogancia para indicarle que él estaba por encima.

La toma de declaración duraría dos minutos escasos. A la pregunta formulada por Alberto sobre si deseaba declarar en Comisaría o, por el contrario, hacerlo en el Juzgado, el detenido, haciendo uso de sus derechos, optó por declarar ante la Autoridad Judicial, tal y como Núñez preveía.

— Hemos solicitado un Mandamiento para efectuar un registro en el domicilio y otras propiedades de su defendido. — informó Núñez, mirando al abogado directamente a los ojos.

— ¿Un registro para qué? ¿Qué pretenden encontrar? ¡Si ni siquiera tienen ustedes argumentos para detenerle! ¡Esto es una detención ilegal como una casa! Le han traído aquí, esposado, sin prueba alguna; y le están acusando de un asesinato cometido en Oviedo cuando mi defendido vive en Logroño, a más de quinientos kilómetros de distancia; y ni siquiera tienen fundamentos para pensar que haya estado en Oviedo y, muchísimo menos, prueba alguna que lo demuestre.

— Señor Díaz de la Roca — comenzó Núñez, con voz suave y calmada, como quien se prepara para un largo discurso — deje en nuestras manos el asunto de la legalidad o ilegalidad de la detención, y de las pruebas también. Si, como usted dice, hemos cometido un delito de detención ilegal, nos atendremos a las consecuencias; pero créame que no es así. Comprenderá que no le aporte la información que obra en nuestro poder, aunque me resulta evidente que eso es lo que pretende con su comportamiento. Sepa también que tenemos sobrada experiencia en trato con letrados y con detenidos como para saber hacer bien nuestro trabajo. Usted limítese a cumplir con su función aquí, que no es otra que asistir a la declaración y estar presente en el registro, en caso de que el Juzgado tenga a bien concederlo. Nadie le ha preguntado si está de acuerdo o no con nuestro proceder, sino que nos hemos limitado a darle el recado de que tenemos detenida a una persona que le ha elegido a usted para ejercer funciones de letrado particular.

— ¡Aténganse ustedes a las consecuencias!

Alberto ultimaba el Acta de Declaración y observaba el duelo sin participar, limitándose a asentir rotundamente cada vez que su jefe hablaba, para que quedara bien claro de qué parte estaba.

Firmaban en silencio el Acta de Declaración cuando entró Juanjo con la Autorización de entrada y registro en la mano. No podría haber sido más oportuno aunque lo hubiera hecho a propósito.

— ¡Aquí la traigo, jefe! Está concedida para mañana a las nueve de la mañana.

Núñez miró el reloj. Le parecía que había transcurrido poco tiempo desde que Juanjo se había ido al Juzgado, pero iban a dar las diez de la noche. El tiempo se le había ido en discusiones con el abogado.

Abrió el sobre y comenzó a leer.

— Se concede autorización a la Policía para efectuar entrada y posterior registro en el domicilio de la calle del Portillejo, número 24, piso segundo, letra C, de Logroño, así como en el trastero y plaza de garaje de la citada vivienda, cuyo propietario es Eladio Saavedra Martínez; así como en las dependencias de la empresa Saavedra S.L., con domicilio social en calle

del Portillejo número 30, de Logroño. Ambos registros deberán realizarse el día veintitrés de diciembre de 2009, debiendo llevarse a cabo en horas diurnas y en presencia del Secretario del Juzgado de Instrucción número Dos de Logroño, en funciones de Guardia, el cual levantará el Acta correspondiente. El citado registro se concede para la búsqueda de indicios o pruebas que pudieran inculpar al detenido en el asesinato de Nerea Iglesias López.

El abogado cerró los ojos y meneó la cabeza de un lado al otro.

— Como acaba de escuchar, el Juez de Instrucción número Dos ha consentido en que se entre y se registre el domicilio del detenido, y sería conveniente que usted, como abogado defensor, estuviera presente.

— Allí estaré. A las nueve de la mañana.

— ¿Y usted? ¿Va a presenciar el registro en su propio domicilio?

— Si me lo permiten, me gustaría estar presente. — contestó Eladio, sin perder ni un ápice de su buena educación y compostura — También me gustaría hablar con usted, a solas.

— ¡¿Conmigo?!

Núñez estaba sorprendido, cuando menos.

— Si usted consiente, por supuesto.

— Ahora supongo que su letrado querrá tener una charla a solas con usted, ya que es un derecho que le asiste tras la toma de declaración. Cuando terminen, puede usted exponerme cuanto desee.

Núñez seguía manteniendo un pulso con el Letrado, en cuanto a conocimiento de leyes se refiere.

— De acuerdo.

Terminada y firmada la declaración, los tres policías salieron de la oficina para permitir que el abogado asesorase a solas a su defendido. No obstante, y por razones de seguridad, permanecieron en el pasillo, dejando la puerta abierta para mantenerles bajo control.

— ¿Qué opina, jefe?

— Que el abogado es un arrogante y que el detenido no es tan pardillo como intenta aparentar. ¿De qué querrá hablar conmigo? Cuando llegó aquí venía de sobrado y ahora parece un corderillo que va de camino al matadero. Pura estrategia. Me gustaría saber qué quiere de nosotros.

— Yo creo que se acojonó en cuanto lo metieron en los calabozos. Les pasa a todos; mucha tontería fuera, pero cuando entran al agujero se cagan por las patas.

— Puede ser…

Núñez intentaba cortar la conversación. Después de treinta y cinco años en la Policía aún no se había acostumbrado del todo a ese tipo de vocabulario, tan barriobajero. No es que fuera un remilgado pero había formas y formas de decir las cosas y no hacía falta rayar la vulgaridad para manifestar que el detenido se había asustado un poco.

La charla entre abogado y defendido se estaba prolongando más de lo debido. Diez minutos o, a lo sumo, un cuarto de hora sería el tiempo prudente para un asesoramiento inicial y básico, pero había transcurrido casi media hora. A una señal de Núñez, Alberto decidió cortar la entrevista.

— ¡Señor letrado, vaya terminando, por favor!

— La Ley dice que tengo derecho a una entrevista tras la declaración, pero no estipula un tiempo máximo.

— ¡Pero la práctica policial sí, y está usted en una Comisaría! — se apresuró a contestar Núñez.

— ¿Y cuánto tiempo determina la práctica policial que puedo estar hablando con mi defendido?

— ¡Un tiempo prudencial, que usted ya ha rebasado hace rato! ¡Termine la charla porque el detenido vuelve a los calabozos!

El abogado sonrió maliciosamente, meneó la cabeza, guardó los documentos en el maletín, el abrigo bajo el brazo y salió de allí como alma que lleva el diablo, sin desearles buenas noches a los presentes, ni mucho menos feliz Navidad.

Núñez por su parte, estaba intrigado por saber el motivo por el cual Eladio deseaba hablar con él a solas. No podía evitar sentir un cierto morbo que le estaba incomodando. Eladio le esperaba allí, sentado, con las manos reposando sobre el regazo. Entró y se sentó frente a él.

— Usted dirá.

Eladio tragó saliva y, por primera vez, dejó entrever un atisbo de nerviosismo. Se notaba que quería decir algo pero no sabía por dónde empezar. De repente arrancó.

— No quise declarar porque, como usted bien sabe, sólo cuenta lo que queda escrito y firmado.

— Ya veo que sabe usted en qué terreno pisa.

— Tuve tiempo de ilustrarme. Desde que me quedé solo no hice otra cosa.

— Ya veo. Y… ¿qué quiere de mí? — preguntó, incitándole a ir directamente al grano.

— Contarle la verdad. — aseguró Eladio, dejando asomar una media sonrisa.

El inspector se quedó estupefacto: no esperaba semejante declaración. Había supuesto que el detenido querría solicitarle algún tipo de beneficio para el tiempo que permaneciera en los calabozos, quizá que fueran a su casa a buscar ropa, tabaco o medicamentos. Lo común en esos casos.

— ¡Empiece pues!

— La historia es larga.

— Tengo tiempo.

Eladio cruzó las piernas, se acomodó en la silla, tragó saliva otra vez y bajó la mirada hasta el suelo.

— Tiempo atrás tuve un hijo llamado Román. Fue el bebé, el niño y el adolescente más maravilloso que un padre pueda tener. A los cuatro meses de edad regalaba sonrisas a todo aquel que quisiera recogerlas. Cuando su madre, o yo, le dejábamos en su cunita por las noches se despedía de

nosotros con una de esas sonrisas que te desarman, y luego canturreaba hasta quedarse dormido. A medida que crecía se iba convirtiendo en un niño aún más cariñoso y encantador, si cabía, que repartía besos y abrazos por doquier. Era muy obediente, también buen estudiante y a su madre y a mi nos adoraba casi tanto como nosotros a él. Cuando, por las noches, Dolores y yo estábamos sentados en el sofá de casa, viendo la televisión, el niño jugaba sobre la alfombra. De vez en cuando nos miraba y sonreía. Otras veces se levantaba, nos asestaba un beso a cada uno y después regresaba a sus quehaceres. Yo pensaba que, ante esa estampa familiar, no se le podía pedir más a la vida porque era imposible ser más feliz en ella, luego miraba a Román y pensaba: <¡Qué cosa más bonita, nacida de su madre y de mi! Podría matar a quien le hiciera daño…>

Núñez no pudo evitar interrumpir el relato.

— Nerea Iglesias no le hizo daño a su hijo. Ella ni siquiera le conocía.

La mirada de Eladio ascendió desde el suelo para posarse sobre los ojos de Núñez y se transformó por completo durante el escaso segundo que duró ese recorrido. No sólo la mirada, sino todo su semblante. Parecía un maníaco, un demonio. Rojo de ira, le miraba directamente, con agresividad, los labios apretados y las venas del cuello muy marcadas. Núñez buscó la puerta con la mirada. Afuera, en el pasillo, a la vista, permanecían Juanjo y Alberto. Eso le tranquilizó.

— ¡Qué más da esa Nerea que otra Nerea! ¡Son todas unas putas! Sí, ha oído bien: las adolescentes de hoy día son todas unas putas. Juegan con los niños de su edad, a quienes ellas aventajan en picardía y malas artes, pero no se atreven con hombres hechos y derechos. La tal Nerea, la de aquí, dejó a mi hijo plantado. Le dijo que era un patán, un niñato malcriado, que había encontrado a un hombre de verdad. Y para decírselo esperó al día de Nochebuena, para hacerle aún más daño, para joderle las Navidades. Después, mi hijo se encerró en la habitación y no quería ver a nadie. Le escuchábamos sollozar desde el otro lado de la puerta, mi mujer le llevaba comida pero él la rechazaba y pasados unos pocos días le encontramos ahorcado. Poco tiempo después le tocó el turno a mi mujer. Ella murió también ahorcada, como nuestro hijo; pero si no fuera así, igualmente hubiera muerto de pena. Y ese día, el día que enterré a mi mujer juré sobre

su tumba que les vengaría, a ella y a nuestro hijo. Por eso comencé a buscar a esa hija de puta por todos lados, pero no la encontré. No tenía dato alguno acerca de ella porque mi hijo había borrado su número de teléfono y también se había deshecho de sus fotos y de todo cuanto de ella le quedaba; por eso no la pude localizar.

Tragó saliva. Las venas del cuello se dilataron aún más. Los ojos centelleaban posados sobre la cara de Núñez.

— Cuando la rabia que me había nublado la mente me permitió pensar con claridad, se me ocurrió buscar otras "Nereas", con la esperanza de que algún día la suerte me condujese hasta la auténtica, la que deseaba encontrar y matar más que ninguna otra cosa en el mundo.

Parecía estar a punto de romper a llorar. Se recompuso enseguida.

— ¿Podría darme un cigarrillo, por favor?

— Yo no fumo. No tengo tabaco.

— Pero tengo yo. Me lo guardan los policías del calabozo.

Núñez simuló indecisión.

— Aunque no está permitido fumar en estas dependencias, podemos hacer una excepción en este caso.

Estaba más interesado en conocer la historia completa de boca de su autor que en respetar la ley antitabaco. Un cigarrillo le ayudaría a soltar aún más la lengua. Llamó a Juanjo y le pidió que trajera el tabaco.

Mientras esperaban se hizo un silencio que a ambos incomodaba pero que ninguno sabía cómo romper. El detenido no parecía dispuesto a proseguir su relato en tanto no dispusiera de su dosis de nicotina, y a Núñez no le apetecía ni le parecía procedente hablar sobre cualquier otra cosa.

Entró Juanjo con una cajetilla en la mano y la posó sobre la mesa. Eladio cogió un cigarrillo con más ansia que un avaro una moneda. Lo encendió a toda prisa y le asestó una honda calada. Núñez, que del tabaco odiaba hasta el nombre, se apresuró a abrir la ventana para dar salida al humo. La bocanada de aire frío que entró de la calle le hizo estremecerse casi tanto como el relato que acababa de escuchar. Era un aire seco, con

olor a nieve, que le propinó una bofetada en toda la cara. Volvió a su asiento y le hizo una seña a Juanjo para que se retirara otra vez al pasillo, pues había notado que Eladio le miraba con un recelo que bien podría derivar en arrepentimiento y cierre de boca para no contar nada más. <Lástima no tener una grabadora a mano> pensó el Inspector.

Nada más salir Juanjo, Eladio prosiguió su relato sin esperar a que su interlocutor se lo pidiera.

— Soy informático y no tengo problema para craquear cualquier dirección IP. Escogí la del "Mediapinta" porque estaba enfrente de la Comisaría y eso aumentaba el morbo. Sabía que la investigación les llevaría hasta allí y que después se volverían locos preguntando a policías, otros clientes, camareros, etcétera, por si alguien me había visto allí, chateando durante dos horas cada tarde. El solo hecho de pensarlo me provocaba auténtica risa, pues yo jamás puse un pie en esa cafetería. Sí lo hice en otro lugar cercano, desde el cual tuve acceso a esa dirección IP pero, por razones obvias, no le voy a indicar cuál es; si bien le queda a usted la alternativa de recorrer todos los negocios de la zona preguntando y enseñando mi fotografía.

Eladio esbozó una sonrisa que luego congeló casi de repente para proseguir su relato, sin desprenderse de esa mueca tan rara, a medio camino entre sonrisa triunfal y resignación porque las cosas no habían salido como estaban previstas.

— De sobra sabía que los adolescentes usan mucho Tuenti y que era necesaria una invitación para formar parte de esa red social, pero no encontré obstáculos para conseguirla. En realidad sólo tuve que pedirle a un cliente que me enviase la invitación. Luego confeccioné un perfil usando el nombre de mi hijo, porque me gustó la idea de que la venganza llevase su nombre; y como apellido escogí el segundo de mi esposa, para brindarle también a ella el desquite. En esos momentos estaba completamente seguro de que nadie podría relacionar a mi hijo con ese perfil, pues él se llamaba Román Saavedra Peláez. Pensé en todo, como ve.

Núñez asintió, estupefacto y algo aterrorizado. Con un gesto de las manos, le invitó a continuar.

— Lo demás fue fácil. Escribí en el buscador la palabra “Nerea” y la de Oviedo fue la primera en aparecer. Y tuve suerte porque resultó ser una auténtica pardilla. Ella solita se convenció de que había llegado a su vida un auténtico príncipe azul, galopando por la red como si nada. Yo, escudado en la oscuridad del mundo virtual, me convertí en un chico guapo, hijo único como ella y, sobre todo, rico. Me tronchaba de la risa mientras le escribía todas aquellas tonterías que ella creía como si de un pasaje de la Biblia se tratase, mientras que yo apenas daba crédito a que todo resultase tan fácil. La muy imbécil tragaba con todo lo que yo le decía y no comentó nada a sus padres ni amigos, tal y como le pedí. Bueno…, amigos creo que no tenía, ni para eso servía la desgraciada. Cuando chateaba con ella me sentía poderoso, algo así como una especie de Dios vengador. Disfrutaba diciéndole que era mi niña y mi amor; pero más disfrutaba aún cuando comprobaba que ella lo creía al pie de la letra. No sabes bien lo que te espera, mi niña, mi amor, pensaba yo mientras tanto; y me sentía fuerte, poderoso.

Núñez consiguió reprimir una náusea justo en el momento en que le llegaba a la boca. Aquel individuo estaba más loco que una cabra, para encerrarlo y tirar la llave. Pero lo que más terror le causaba en él era su carácter bipolar: en cuestión de segundos pasaba de adoptar su típica pose de curilla, adornada con esos modales tan refinados, a convertirse en un auténtico demente. En sus momentos de tranquilidad hasta parecía arrepentido y contento de que le hubieran detenido, para así poner fin a sus fechorías; pero segundos más tarde se transformaba en un auténtico demonio y disfrutaba con el resultado de sus actos; y manifestaba ese disfrute a través de una amplia sonrisa, ojos brillantes y gestos muy exagerados que provocaban auténtico terror en su interlocutor.

— ¿De quien era la fotografía que colgó en el perfil de Román Domínguez? — preguntó Núñez, para romper el silencio que repentinamente se había instalado en la oficina amenazando con poner fin a la confesión.

— ¡No lo sé! De un chico cualquiera, uno que pasaba por la calle. ¿Qué más da?. Necesitaba la fotografía de un chico guapo para acabar de enamorar a aquella imbécil, aunque en realidad creo que no me hubiera

hecho falta porque la tenía en el bote desde que le mencioné que mi madre era médico y mi padre empresario, que teníamos varios coches y que vivíamos en un chalet en Madrid. También ayudaron mucho mis conocimientos sobre los Institutos actuales, adquiridos gracias a que tuve un hijo que vivió el tiempo suficiente para alcanzar tales estudios. Todo eso ya hubiera bastado por si solo, pero se puso tan pesada pidiéndome una fotografía que no tuve más remedio que salir un día a la calle, sentarme pacientemente dentro del coche y esperar hasta que asomase por allí un chico capaz de llenarle el ojo a la putilla esa. No sé quien era. ¡Qué más da! Uno que pasaba por allí.

Eladio se quedó pensativo durante unos instantes, luego levantó la mirada hasta alcanzar la de Núñez y sonrió tal y como lo haría el mismísimo Lucifer.

— Pero no espere encontrar la fotografía en mi poder porque, tan pronto la tuve colgada en Tuenti, la borré del móvil. — aseguró, orgulloso de su astucia.

Sonrió unos segundos más y después reinició otra vez su relato, a la carrera, como si estuviera deseoso de soltarlo lo antes posible.

Alberto y Juanjo continuaban en el pasillo, sin perder de vista ni al detenido ni a su jefe.

— Lo demás transcurrió con la misma facilidad que llevaba desde los comienzos. Resultó incluso demasiado sencillo y yo mismo estaba sorprendido de que engatusarla fuera tan sumamente fácil. ¡Estas adolescentes de hoy día no sirven para nada! No saben hacer su propia cama ni freír un huevo pero en su trato con los hombres son tan espabiladas como si llevasen años haciendo la calle. Pero esta fue la excepción y resultó ser una auténtica tontita. Tragó, sin cuestionarse nada de nada, con el rollo de que yo les había contado a mis padres que éramos novios, que deseaban conocerla cuanto antes y que, por supuesto, yo tenía aún muchas más ganas que ellos de que ese encuentro se produjese. Como me parecía imposible que fuese tan ingenua, a lo anterior añadí que mi padre me llevaría hasta Oviedo e iríamos a comer a un restaurante lujoso, como correspondía a nuestro estatus social, claro está. Yo quería asegurarme de que acudiese a la

cita y ella, dado que el encuentro se iba a producir a mediodía y con un adulto presente, no puso objeción, tal y como yo preveía. Así fue como empezamos a planear el encuentro. Yo le advertí que no debía comentar nada a nadie, muchísimo menos a sus padres o a su amiga, porque si lo hacía, ellos querrían estar presentes y no era conveniente que nos estropeasen nuestra primera cita. Y ella, la muy imbécil, me hizo caso y fue tan dócil y obediente como una corderita a la que enseñan el camino hacia el matadero mientras le dicen que ese camino conduce a un prado de exquisito pasto, y lo sigue sin cuestionarse nada de nada.

Núñez carraspeó. Durante treinta años en la Policía había escuchado de todo, pero nada que se asemejara a lo que estaba oyendo en esos momentos. La crueldad y la locura del individuo que tenía delante superaban todo lo visto hasta entonces. Le animó a continuar.

— Cuando se iba aproximando el día de la cita, me pidió el número de teléfono. Yo sabía que no podía aportarle teléfono alguno porque eso quedaría grabado en las conversaciones de Tuenti y por ahí me localizaríais. Ahora no es como antes, cuando te vendían tarjetas prepago sin necesidad de aportar datos personales. Ahora hay que identificarse cuando se compra una tarjeta. Ahí me vi en una encrucijada y no se me ocurrió otra cosa que contarle la trola de que había perdido dos móviles y que mis padres me habían castigado con una buena temporada sin teléfono. ¡Y tragó! ¡Increíble! ¡Estaba loquita por pillar un chico guapo y rico! Ah, se me olvidaba comentarle que ella también me envió una fotografía suya. ¡Era fea como un demonio! Tanto que, una vez visionada su fisonomía de vaca, me costaba un auténtico esfuerzo decirle que era muy bonita. Iba pintada como una mona de feria, estaba tan gorda como una matriarca gitana y tenía una verruga en la barbilla que parecía un apósito. En ese mismo momento descarté totalmente la violación. ¡Ni la he tocado! Así que tampoco esperen encontrar restos biológicos míos por ninguna parte.

— No olvide que mañana, además del piso, vamos a registrar también su vehículo, el trastero, el garaje y el local de su negocio. Irá la Policía Científica de Logroño para buscar pruebas. Y Nerea se subió a su coche, quizá haya quedado algo de ella por allí; ya sabe… un pelo en el asiento, restos de piel, sangre…

Núñez se sentía incómodo, muy incómodo, sosteniendo aquel tétrico diálogo. Y lo que más le incomodaba era que, para conversar, ambos empleaban sus más finos modales. “Usted”, “no se olvide”, “¿desea otro cigarrillo?”. Aquello, además de macabro, era absurdo. Estaba deseando que la historia llegase a su fin cuanto antes.

— ¡No encontrarán nada! ¡Nada de nada! Es cierto que ella estuvo sentada en el asiento delantero: en ese coche la conduje al matadero, pero me aseguré bien de que no quedase nada suyo allí. No le voy a detallar las precauciones que tomé, pero le aseguro que fueron las suficientes como para que no encuentren nada en mi coche. Como usted sabe, existen muchas formas de evitar que queden restos biológicos: limpiar bien la tapicería, cambiarla, poner fundas de plástico…

— Algo siempre puede quedar…

— En este caso no, créame. Lo único que podría perdurar, como usted también sabe, son las manchas de sangre; pero yo no le provoqué ni un solo rasguño. Y de los demás restos biológicos me encargué personalmente, para que ustedes no pudieran encontrarlos en el caso de que llegasen hasta mí, lo cual dudaba en esos momentos; aunque veo que son más eficientes de lo que cabría esperar.

Eladio estaba seguro, muy seguro, endemoniadamente seguro. Y lo demostraba en cada uno de sus gestos chulescos y sonrisas confiadas que derramaban maldad por las costuras.

— ¿Sabe que hay dos testigos que vieron a Nerea subirse a su coche? ¿Y sabe que esos dos testigos tomaron nota de la matrícula? Ese hecho le ubica a usted en Oviedo y con la víctima.

Núñez se había echado un farol como una casa y Eladio rompió a reír. Reía a boca llena, con unas carcajadas tan sonoras que alertaron a Alberto y a Juanjo. Se acercaron para comprobar lo que sucedía y, ante un gesto de su jefe, se retiraron inmediatamente.

— ¿Puedo saber qué provoca sus carcajadas?

Eladio lloraba de la risa y tardó un buen rato en estar listo para responder.

— Mire, si esos testigos hubieran tomado la matrícula del coche al que se subió Nerea, usted no estaría hablando conmigo en estos momentos. — contestó a duras penas, entre risas y llantos.

— ¿Y cómo cree entonces que hemos llegado hasta usted?

El inspector seguía sosteniendo su farol. De repente, Eladio se puso serio, tragó saliva y enfrentó la mirada de Núñez.

— ¿No sabe usted que hay gente dedicada a la falsificación de matrículas? ¿No sabe que esas personas le pueden facilitar una matrícula que pertenezca a otro coche de la misma marcha y modelo que el suyo para que, caso de que le pare Tráfico, no sospechen a la primera de cambio? ¿Sabe que también le pueden procurar la documentación falsa?

Núñez enrojeció de vergüenza y, carente de respuestas, hizo crujir los huesos de las manos.

— Mi automóvil portaba una matrícula perteneciente a otro Audi A6, de color negro también, pero no la cambié hasta el momento de acudir a la cita, pues si en esos medios ocurriera un accidente o bien cometiera una infracción de tráfico y me pilla la Guardia Civil con las matrículas falsas, entonces sí que podría tener problemas. Pero…, sigamos con el relato. Aunque creo que usted ya conocerá esta primera parte porque habrá leído los mensajes de chat unas mil veces, por lo menos. Entonces, vayamos directos al día de la cita en Oviedo, aquel viernes veintisiete de noviembre.

Núñez, que a la vez deseaba y temía conocer esa segunda parte que aún permanecía oculta en las sombras, le alentó a continuar con un gesto de la mano y con fingido interés dibujado en su rostro.

— Salí de Logroño el jueves a mediodía, a eso de las tres de la tarde. Como único equipaje llevaba una muda con ropa interior, calcetines, zapatos, pantalón, camisa y chaqueta. La metí en una bolsa de plástico en el maletero del coche, a la espera de vestirla cuando hubiera terminado el “trabajo”. Tan pronto hubiese cumplido mis propósitos me cambiaría de ropa y quemaría toda la que había llevado puesta hasta ese momento, también la bolsa de plástico que contenía la que me pondría después. Así no dejaría rastro en Oviedo. Pero, vayamos por partes… Como le dije, salí de mi casa a las tres de la tarde con un largo camino por delante, pero también

con tiempo más que suficiente para cumplimentarlo, pues la cita estaba prevista para el día siguiente a las dos y media de la tarde. Durante el viaje adopté todas las precauciones posibles: respetar señales, límites de velocidad, etcétera; pues no quería que algún radar me cachase y me asestara una multa. Por aquel entonces, yo consideraba del todo improbable que ustedes llegasen hasta mí, pero aún así buscaba el riesgo cero. Como le estaba diciendo, salí de Logroño el jueves a mediodía. Mi negocio cerrado al público bajo la excusa de "encontrarme enfermo", seguro como estaba de que los vecinos nada sospecharían pues, de un tiempo a esta parte, resulta bastante usual que me vea obligado a ausentarme por tales motivos: estoy enfermo del corazón y de la mente desde que Román y Dolores me dejaron, de lo que pronto hará un año. Un año de sufrimiento constante es mucho en una vida ¿no cree?

El Inspector asintió en silencio. ¿Qué otra cosa podría hacer? Deseaba escuchar el relato completo, aún a sabiendas de que esas palabras le perseguirían durante el resto de sus días. También deseaba preguntarle si había conectado el teléfono móvil durante el viaje: una respuesta afirmativa aseguraría la ubicación de Eladio en Oviedo el día del crimen; pero no tuvo más remedio que contenerse y quedarse con las ganas de saber. Era un as que guardaba en la manga y no debía jugarlo hasta terminada la partida. Eladio era muy astuto y su abogado no se quedaba atrás, de saber que se había solicitado Mandamiento para averiguar en qué antenas se había registrado su teléfono móvil durante aquellas fechas, seguro que se les ocurriría alguna argucia para echar esa prueba por tierra.

— Llegué a Oviedo a la par que la noche — prosiguió —. No, no piense que pernocté en algún hotel de la ciudad. ¡No soy tan imbécil! Tengo conocimiento de que los hoteles les envían diariamente un registro de huéspedes y se lo habría puesto demasiado fácil de haberlo hecho de esa manera, pero ya le dije que no quedó ni rastro de mi paso por esa ciudad. Crucé Oviedo de punta a cabo con el único propósito de hacerme una idea de su distribución y tamaño, dato que resultaría de gran utilidad para lo que vendría después. Había estudiado la ciudad en Google Maps y creía conocerla de memoria. Nada más lejos de la realidad: me desorienté en la primera dirección prohibida que no me constaba. No obstante, continué la marcha, ya sin rumbo, recto, hacia delante. Media hora más tarde y bastante

desorientado, estaba a las afueras, donde tomé por azar una carretera secundaria, si a eso se le puede llamar carretera, porque más bien se trataba un camino de carros. Dado que había previsto buscar un sitio apartado para pasar la noche, aquel me pareció tan bueno como cualquier otro y decidí seguir esa ruta hasta ver a dónde me conducía. Minutos después recalé en un pequeño pueblo que contaba con unas tres o cuatro casas. No me interesaba tener vecinos así que seguí hacia delante. El camino, muy angosto, se adentró más tarde en un bosque de pinos que se me antojó el sitio ideal para echar una cabezada y aguardar el paso de las horas. El único problema radicaba en que la carretera era muy estrecha y, por descontado, no disponía de arcén ni nada por el estilo donde aparcar el coche. Decidí continuar camino. Apenas unos metros más adelante me topé con un claro en medio del bosque, donde los pinos se abrían para dar entrada a un pequeño prado. Allí pasé la noche, durmiendo a ratos y velando otros. Tenía frío. No quería encender el motor para poner la calefacción, por si el ruido delataba mi presencia. Aquel lugar parecía estar en medio de la nada, pero también es verdad que hay gente en todas partes, donde menos uno espera. Llevaba una manta de viaje en el maletero, la saqué y me tapé con ella, pero no era suficiente. Tenía mucho frío y estaba nervioso: temía que algo se torciera, que no saliera según lo previsto. La niña parecía fuerte como una mula y sospechaba que, quizá, no conseguiría reducirla. Por añadidura, la radio anunciaba la llegada de un temporal de viento y lluvias. La lluvia perjudicaría mis planes, incluso podría llegar a desbaratarlos. Salí del coche, husmeé el aire como un perro, palpé la hierba, estaba seca, me tranquilicé. Si el tiempo aguantaba unas horas más, mi plan saldría bien parado. No obstante, en más de un momento durante la noche estuve a punto de arrancar el coche y regresar a Logroño, pero entonces aparecían Román y Dolores. Ella se acomodaba en el asiento delantero, de lado, mirándome, y muy enfadada me decía: “¡Eres un cobarde, no eres capaz de vengar la muerte de tu mujer y tu hijo!”. En el asiento trasero estaba Román, asintiendo y mirándome con cara de desprecio. Cuando, al fin, asomó la luz del día Román y Dolores me habían convencido de que, a toda costa, tenía que ofrecerles una Nerea en sacrifico.

Detuvo el relato, sacó un pañuelo de tela del bolsillo y se sonó los mocos. Núñez puso aún más cara de asco, si cabía.

— Su conciencia luchaba para detenerle. — intervino Núñez, con el único propósito de darle cancha para que continuase hablando, pues estaba totalmente convencido de que aquel individuo carecía de conciencia.

— Sí, pero no lo consiguió. El amor a mi mujer y mi hijo pudieron más. Como le estaba diciendo…, amanecí en aquel prado, en algún lugar de las afueras de Oviedo. Salí del coche y observé los alrededores. El campo era una isla en medio del bosque de pinos, no se divisaban casas por los alrededores ni pasaba coche alguno por la cercana carretera. Esperé hasta las ocho de la mañana con la convicción de que, si por allí circulaban vehículos asiduamente, lo harían a esa hora, para ir a trabajar o para llevar los niños al colegio. Nada de nada. Soledad y silencio absoluto. Estaba en el lugar apropiado. Ya tenía todo lo necesario: una Nerea, el lugar idóneo y el plan perfecto. Bastante más tranquilo porque mi proyecto marchaba por buen camino, saqué uno de los bocadillos que guardaba en el maletero, también una lata de refresco. Anteriormente se me olvidó mencionarle que, además de ropa, iba provisto de comida porque en mis planes no entraba tener contacto alguno con otras personas durante aquel viaje. Ir, llegar y marchar sin que nadie me viese ni supiese de mi existencia.

Eladio miró a Núñez como si estuviera solicitando una confirmación a su buen hacer.

— Bien planeado, sí señor. — musitó Núñez.

Esa respuesta le animaría a continuar. El relato ponía los pelos de punta, pero era necesario escucharlo entero, quizá así encontraría algún resquicio con el que apuntalar la investigación.

— Abandoné el prado para dirigirme a la ciudad, tomando la molestia de memorizar bien el camino, pues en pocas horas regresaría. Conducía con precaución porque para la feliz consecución de mis planes cualquier accidente de tráfico resultaría nefasto, por insignificante que fuese. Nada más entrar en la civilización programé el navegador para que me guiara hasta el Instituto de la Corredoria. Una vez allí, lo primero fue ubicar el lugar donde habíamos quedado, lo segundo efectuar un reconocimiento general de la zona y, lo tercero y último, deshacer el camino de vuelta al prado repasando de nuevo el itinerario. De nuevo en el prado me dediqué

únicamente a esperar. Tomé un par de refrescos más y eché una meada en una garrafa que llevaba para los efectos porque tampoco debía dejar restos biológicos en aquel lugar. Luego guardé las latas de refresco y la garrafa en el maletero, dentro de una bolsa; fumé un cigarrillo, recogí también la colilla, retiré las matrículas auténticas del vehículo, coloqué las falsas y continué esperando. El tiempo transcurría lento, en agonía. Yo seguía el ritmo del segundero y, a las trece horas y cuarenta y cinco minutos, partí hacia el lugar de la cita. No quería llegar con mucho adelanto, pero tampoco con retraso; más bien a la hora justa o quizá un par de minutos por delante. Al final, calibré mal y cinco minutos antes ya estaba en el lugar. Allí detuve el coche para continuar esperando. Creo que esos cinco minutos fueron los más largos de toda mi vida. Mi corazón latía como una locomotora, mi mente repasaba los pasos a seguir y mis piernas temblaban sin que hubiera manera de detenerlas. Enseguida la acera se llenó con los estudiantes que salían del Instituto formando una marabunta y yo, más nervioso si cabe, busqué con la mirada a la chica regordeta cuya cara había visto antes en una fotografía y de la que sabía que ese día llevaría vestido un anorak azul marino, pantalón vaquero y bufanda morada. <¡Una horterada! ¡Así no puede pasar desapercibida! ¿A quien se le ocurre combinar azul con morado?> pensaba yo en esos momentos. Otros cinco minutos más tarde su imagen emergió entre los demás estudiantes. Venía sola, subida en unos tacones con los que no sabía dar ni un paso y que la obligaban a caminar como un pato mareado. Se arreglaba el pelo con las manos constantemente, no sé si por nervios o porque quería estar guapa; lo primero me pareció justo, lo segundo una pretensión absurda. Estaba gorda como una foca, sobre todo de cintura para abajo, tanto que sus piernas se asemejaban a los muslos de un avestruz en tamaño descomunal. La vi acercarse, buscando con disimulo un coche con dos personas dentro, que estarían esperándola justo en el punto donde yo me encontraba. Me vio y se dirigió hacia mí con decisión, pero a los dos pasos pareció pensárselo mejor y se quedó parada como una estatua, al borde de la acera, mirándome con aquella cara de boba. Bajé la ventanilla y la llamé por su nombre. Ella escuchó mi llamada, pero no se decidía a acercarse. <¿Intuirá lo que se le avecina?> me preguntaba yo. Es posible. Mi padre era ganadero y en alguna ocasión le escuché mencionar que, a veces, los cerdos presentían que iban a morir y,

de tanto pánico que sentían, la sangre se les paralizaba y resultaba muy difícil sangrarlos”.

La comparación le produjo náuseas a Núñez. Ya había abortado varios intentos de vomitar y no sabía hasta dónde podría soportar aquel espantoso relato. En cambio Eladio revivía la historia con deleite, con la mirada perdida allá por la pared de atrás, los ojos brillando de entusiasmo y una media sonrisa instalada en la boca desde hacía un buen rato.

— La llamé otras tres o cuatro veces pero ella seguía quieta, observándome sin decir ni hacer nada. Inexplicablemente, en un momento dado dio media vuelta, supuestamente para regresar al Instituto. Yo la veía alejarse, indeciso, temiendo que se escapase. Lo había planeado todo meticulosamente, había recorrido muchos kilómetros para hacer aquel largo viaje y no podía regresar con las manos vacías porque Román y Dolores no me lo perdonarían jamás. Como dije, dio media vuelta y yo estuve a punto de salir del coche para ir tras ella, pero no fue necesario. Repentinamente se giró otra vez hacia mí. Yo reaccioné y volví a llamarla. Ella se acercó al coche.

— ¿Tú debes ser Nerea? — le pregunté.

Asintió con la cabeza e inmediatamente se agachó para mirar dentro del coche. Buscaba a Román y no lo encontraba por ningún lado. Miró y volvió a mirar un par de veces más, como si no se fiase de lo que veían sus propios ojos.

— Román suele marearse durante los viajes, y este no ha sido una excepción. Hace tan sólo media hora que llegamos a Oviedo y él prefirió quedarse en el hotel donde hemos reservado habitación. No me acuerdo ahora mismo del nombre aunque lo tengo en la punta de la lengua, pero tengo anotado el número de teléfono. No quería que tú lo vieses así, tan enfermo, sobre todo en el primer encuentro y allí lo dejé, tomando una infusión y esperándonos.

Le dije, temiendo que, al no verle, escapara corriendo. Para la ocasión saqué mi voz más dulce y la mejor de mis sonrisas.

— Yo… quiero ver a Román… Le esperaré aquí…

Dijo titubeando. Y yo, que vi mi plan fracasar, me vi obligado a improvisar. No podía emplear la fuerza para introducirla en el coche porque había mucha gente en la calle, reaccionarían a mi ataque y mi plan se habría malogrado desde el principio.

— Espera un momento, voy a llamarle para ver si ya está repuesto. Si es así, que tome un taxi para venir.

Ella asintió, hasta creo que sonrió, y aguardó pegada a la ventanilla de mi coche. Yo marqué un número de teléfono en el que sabía que nadie iba a contestarme. Y no le voy a decir cuál es porque estoy seguro de que a estas alturas ya lo saben, dado que habrán solicitado a la Compañía el extracto de mis llamadas telefónicas.

— Ah si, Román hijo, es que tu novia quiere verte a ti, que no se fía de mi, a pesar de que pronto podrá llamarme suegro. ¿No puedes venir, hijo? ¿No te has tomado algo que te quite el mareo? ¿Dices que también te sentó mal la infusión? ¿Qué tienes el estómago fatal y te mareas? Bueno, pues nada, le diré a tu novia que otra vez será, que volveremos dentro de una temporada, aunque no le garantizo que no vaya a pasar lo mismo, porque ya sabes que te mareas en cuanto sales de casa. Adiós, hijo, ahora voy para ahí.

Mi actuación fue digna de un Oscar. Acto seguido la miré, me encogí de hombros y le sonreí.

— Lo siento, hija, otra vez será... — lamenté yo.

— Es que… mis padres no me permiten subirme a coches con desconocidos.

Dijo la muy imbécil. Y se dispuso a marcharse del lugar. Yo me puse más nervioso aún. “¡Haz algo, haz algo, que se te escapa!” repetían Dolores y Román. Como último recurso, bajé del coche y fui tras ella.

— ¡Nerea!

Ella giró la cabeza y me miró. Yo, en esa ocasión, no necesité fingir ni malestar ni turbación, pues las sentía realmente. Todo mi plan, elaborado al detalle, se había ido a la mierda por culpa de una niñata que estaba resultando mas dura de pelar que un coco y más precavida que una monja. Como pude, apañé también un par de lágrimas para unir a mi descompuesto

rostro y otorgar así mayor credibilidad a una actuación que cimentaba la última oportunidad para llevar a cabo mi propósito y que se alzaría según la maña que me diera para fingir que sentía auténtica pena ante el hecho de que Román y ella, tan enamorados, no pudieran colmar sus deseos de conocerse. Como colofón, esgrimí mi cara apenada para convencerla de que, si no ponía algo de su parte, significaba que no amaba a Román lo suficiente.

— Mi hijo está llorando. Llora porque está muy enamorado de ti y dice que, si no te conoce hoy, no podrá soportar la espera; que los días se le harán tan eternos que le parecerán años, que sabe que no tendrá ocasión de volver por aquí en varios meses, y que no podrá soportarlo. ¡Vamos, hija, que tú ya eres como mi hija, vente conmigo y disfrutemos todos juntos de la primera comida en familia!".

— ¿Y cómo reaccionó ella?

Núñez trataba de sacar toda la información posible aún teniendo presente la posibilidad de que de nada le sirviera dado que, en el posterior Juicio por el asesinato de Nerea Iglesias, el Juez únicamente otorgaría validez a las declaraciones escritas y firmadas. Aquello que estaba escuchando sólo eran palabras que después se llevaría el viento sin que dejasen más huella que la que a buen seguro perduraría en su memoria para atormentarle durante la mayoría de las noches venideras.

— Se quedó pensativa durante unos segundos, seguía dudando y a mí se me habían acabado los recursos. Decidí lanzarme, me acerqué a ella y la abracé mientras le decía: "¡Tú vas a ser la hija que mi mujer y yo no tuvimos! Román te ama, está locamente enamorado de ti, y yo ya te quería como una hija aún antes de conocerte, con sólo escuchar todo lo que él nos ha contado sobre ti, que no habla de otra cosa desde que te conoció". Entonces, para mi sorpresa e hilaridad, ella respondió al abrazo. Casi lloraba de emoción la muy imbécil, a buen seguro relamiéndose por adelantado ante el buen bocado que preveía iba a llevarse a la boca. ¡Casi nada, un chico joven, guapo, rico, hijo único…! ¿Qué más se puede pedir? Entonces, lentamente, puse rumbo hacia el coche. La llevaba agarrada del brazo para que no se me escapara. La cogía suavemente, al tiempo que sopesaba la opción de introducirla en el coche a la fuerza si no accedía a

subir voluntariamente. Como un caballero, le abrí la puerta y la ayudé a subir y a acomodarse. Volví a sonreír. La gallinita ya estaba en la jaula, sólo quedaba marchar de allí rápidamente antes de que se arrepintiera. Yo había memorizado cada semáforo, cada cruce de peatones y cada señal de tráfico que me encontraría en el camino hacia el prado donde había pasado la noche. No debía cometer imprudencia alguna.

— ¿A dónde vamos? — quiso saber ella.

— Al restaurante del hotel, donde nos espera Román. — respondí yo.

— ¿No está demasiado alejado? — preguntó cuando estábamos saliendo de la ciudad.

— Está a las afueras, fue el único hotel de lujo que encontramos con habitaciones disponibles, pues el de “La Reconquista” estaba completo, no les quedaba ni una libre. — improvisé.

— ¡Ajá!

No parecía muy convencida. Yo, por mi parte, tenía a los demonios y a los querubines de mi conciencia encaramados en el hombro, blandiendo sus tridentes y batiendo sus alas

— ¿No conoces este hotel?

Yo pretendía darle conversación para que no tuviera tiempo de pensar. Estábamos llegando al prado. Ya nos habíamos internado en el bosque y restaba poco trayecto, pero lo suficiente como para que ella pudiera hacer alguna tontería que diera al traste con todo mi plan. .

— No.

— ¿Cómo es posible eso? — le pregunté, fingiendo sorpresa.

— Mis padres no van a restaurantes ni a hoteles caros.

Y se puso colorada como un tomate.

— De ahora en adelante, sí que podrán ir pues vamos a ser familia y yo no permito que mi familia viva de forma humilde mientras yo disfruto de todo tipo de lujos.

Me miró y sonrió. Por mi parte, las muestras de cortesía eran un campo de minas. Ella ni se enteraba. Habíamos llegado a la entrada del prado y me desvié del camino de tierra para adentrarme en la hierba. Volví a temer asustarla antes de tiempo. Le quedaban escasos minutos de vida, pero no quería alertarla. Ella continuaba sonriendo como si estuviera en una nube, quizá imaginándose la vida lujosa que la estaba esperando. Y yo no entiendo cómo podía creer que todo aquello estuviera realmente ocurriéndole a ella. ¡Con lo fea y patosa que era! ¿Cómo iba a enamorarse de ella un chico joven, guapo y rico? Aquella chica tenía el espejo desvirtuado, de lo contrario no se explica tanta ingenuidad.

— ¿Qué ocurrió en el prado?

Núñez interrumpió, más bien para dar un poco de rienda suelta a la rabia que se le había subido a la boca. Tendría que contenerse mucho para no romperle los dientes a aquel individuo que tenía delante.

— Me adelanté a sus sospechas y le dije: “Creo que se ha reventado una rueda. La cambiaremos enseguida y después continuaremos; ya estamos llegando, quedan dos o tres minutos de viaje, pero no quiero arriesgarme a ir por este camino con la rueda reventada. ¡Estos coches de lujo no están hechos para caminos de cabras! ¿Me ayudas a cambiarla? Así acabaremos antes”.

— Yo no sé hacer eso. — objetó ella, sonriendo.

Parecía una tontita, allí sonriendo, hablando con voz melosa y soñando con príncipes azules cuando en realidad estaba a punto de morir. ¡Para ella no habría ni príncipe ni plebeyo, ni azul ni rosa! ¡No habría nada! ¡Y cómo sonreía la muy tonta! En esos momentos la odié con toda mi alma. Odié su felicidad y su ilusión que, aunque no fueran a durar, las había acaparado todas para sí, mientras que yo las había perdido para siempre. Odiaba su asqueroso cuello de toro, sus granos, su verruga y su cara de boba, pero sobre todo odiaba su nombre. ¡Aquel nombre había destruido mi vida!

Eladio tragó saliva, como si estuviera a punto de atragantarse con los recuerdos, de llorar, o de ambas cosas. Una vez más exhibió el mismo pañuelo de tela blanco y se limpió el sudor de la frente. Volvió a tragar saliva y prosiguió con su terrorífico relato.

— Yo guardaba un cinturón de caballero debajo de mi asiento y, mientras ella salía del coche, lo cogí a toda prisa y lo escondí bajo el jersey. Quería tenerlo a punto, pues necesitaría a echar mano de él en cualquier momento. Luego enfundé unos guantes que también tenía a mano, a los efectos y sabiendo que el hecho de ponerme unos guantes para cambiar una rueda no la pondría en alerta. Ella esperaba fuera, observando las ruedas del coche.

— ¡No les pasa nada, están normales! — manifestó.

— ¡No puede ser! Escuché un ruido, como cuando revienta un neumático.

— ¡Pues yo las veo bien! — repitió ella, confiada y sonriendo de nuevo.

Me agaché y toqué la rueda delantera, luego la trasera, me fui al otro lateral e hice el amago de estar comprobando también las de aquel lado; regresé donde estaba ella y me arrodillé junto a la rueda delantera. Mientras tanto, mi cabeza martilleaba: "¡Ahora o nunca!" repetía, "ahora o nunca, porque si echa a correr no la alcanzarás.".

— ¡Mira! Esta rueda está un poco desinflada, voy a sacar el gato para comprobarla. Quizá me la hayan rajado otra vez. Ya sabes… estos coches despiertan muchas envidias… ¿Me ayudarás a usarlo? Yo tampoco tengo experiencia en estas cosas y tenemos que darnos prisa porque Román nos está esperando.

— No tengo ni idea, pero lo intentaré…

¡Y seguía sonriendo la muy puta! Le lancé una mirada a prueba de balas, luego fui al maletero y saqué el gato. Lo posé en el suelo. Ella observaba mis maniobras sin pestañear pero sonriendo. Me agaché junto a la rueda otra vez. No sabía qué hacer. Volví a tocar la rueda. Ella miraba. Cogí el gato y lo coloqué en el punto por el que supuestamente íbamos a levantar el coche. Ella comprobó la hora. Estaba nerviosa y deseando llegar junto a Román. La espera parecía incomodarla.

— Sujeta el gato mientras yo reviso la rueda.

— ¿Yo?

— Si, claro, tenemos que acabar cuanto antes. Román debe estar preocupado.

— ¿No deberíamos llamarlo por teléfono? — sugirió mientras miraba de nuevo el reloj y se arreglaba la melena por enésima vez.

— Él no tiene móvil. Antes le llamé a su habitación, pero ahora debe estar en el restaurante, esperándonos.

Movida por el deseo de terminar pronto para encontrarse con su amor cuanto antes, se puso manos a la obra. Se agachó con cuidado para no ensuciar la ropa y cogió el gato; luego me miró, interrogante, para que le dijera qué debía hacer con aquello.

— ¡Sigue sujetándolo ahí un momento! Tengo que coger la bomba del maletero.

Ella asintió y yo supe que había llegado el momento. Hice amago de dirigirme al maletero pero en realidad me coloqué tras ella, saqué el cinturón que escondía bajo mi jersey, lo sujeté fuertemente con ambas manos, una por cada extremo, se lo pasé por el cuello con un rápido movimiento y comencé a estrangularla tomando cuidado de que sólo la tocasen mis manos, enfundadas en los guantes. No quería tener ningún otro contacto con ella; pues ya se sabe, siempre puede caer un pelo, o una fibra, quien sabe…

Entonces, ella soltó el gato y se tiró al suelo, sin importarle ya que sus ropas se manchasen. Allí empezó a patalear mientras con las manos trataba de agarrarse al cinturón para desprenderlo de su cuello. En un momento dado miró hacia arriba y sus ojos se encontraron con los míos. Yo sentí que un dedo helado me recorría la espalda. Su mirada reflejaba terror y sorpresa, mantenía los ojos muy abiertos y me miraba como si quisiera llevarse al otro mundo cada detalle de mi rostro. En esos momentos el que sonreía era yo, mientras ella continuaba luchando cada vez con menos fuerza. Su cuello de toro se iba inflando más y más, su cara había pasado del rojo al morado. Aún así, consiguió abrir los labios y pronunciar el nombre de Román, como si aquel amor platónico e irreal la pudiera librar de su triste final.

— ¡Román no existe! ¡Nunca existió! ¡Era yo quien chateaba contigo! — grité.

Su mirada transmitió decepción durante una milésima de segundo, luego cerró los ojos y se dejó llevar.

— ¿De verdad creíste que un chico joven, guapo y rico se iba a fijar en ti?

Abrió los ojos con la poca vida que aún le quedaba, yo aflojé el cinturón para retardar su agonía.

— Román. — repitió ella, aprovechando la brizna de aire que acababa de entrar en sus pulmones.

— ¡Te dije que Román nunca existió, que era yo quien chateaba contigo! La foto la tomé en la calle a un chico cualquiera que pasaba por allí. ¡Todo era mentira! ¡No hay nadie esperándote!" — gritaba yo.

De sus ojos brotaban lágrimas y decidí terminar con su agonía. Apreté fuertemente el cinturón alrededor de su cuello. Ella movía brazos y piernas, sincronizados con las convulsiones del cuerpo, cada vez más leves. Y más. Y más. Hasta que cesaron completamente. Solté el cinturón. Su cabeza se dejó caer. Parecía una muñeca rota, allí tendida en el suelo con las extremidades colocadas de cualquier manera.

— El final creo que ya lo sé, o puedo intuirlo. — susurró Núñez, agotado tras el relato.

Eladio no había escuchado y prosiguió.

— Salí al camino, observé y escuché durante un buen rato para asegurarme de que nadie había visto u oído cuanto allí acababa de ocurrir. Volví a donde ella yacía, la desnudé, saqué una garrafa de gasolina que guardaba en el maletero, dí gracias al cielo porque la lluvia había aguardado el tiempo suficiente, rocié su cuerpo con el líquido inflamable, luego acerqué el mechero a sus cabellos y prendí fuego. Recogí sus ropas — la mochila había quedado dentro del coche — y partí como alma que lleva el Diablo. Creo que no respiré de nuevo hasta que por el espejo retrovisor perdí de vista los letreros de Oviedo. De camino a Logroño, en un lugar que tampoco le voy a indicar, me deshice de todo: de mis ropas, del mechero, de

la gasolina, de mi bolsa de bocadillos, de la mochila y ropa de aquella desgraciada y también de las garrafas donde había meado. Regresé a casa y dormí durante dos días enteros. Pasados unos días cambié la tapicería del coche y lo limpié a fondo. Y eso fue todo.

— ¿Por qué me ha contado esto?

Núñez se sentía como si se estuviera hundiendo en un mar de alquitrán, impotente al poseer toda aquella información que no le serviría para nada en absoluto.

— Usted me pareció una persona en la que se puede confiar. No sabría explicarle el por qué; fue un instinto, una corazonada. Por otro lado también necesitaba desahogarme de alguna manera porque a los ojos del mundo yo era la víctima, el hombre que ha perdido a sus dos seres más queridos en menos de dos meses y que, no obstante, sigue luchando por la vida. Era el vecino que nunca causaba problemas, el amigo que siempre estaba cuando se le necesitaba, el hijo atento y cariñoso, el ciudadano ejemplar. En una palabra: era un hombre de bien. Ese era yo de cara al mundo, pero en mi interior vive un demonio tan negro como la noche, tan perverso como el mismísimo Satán y tan astuto como el más zorro entre los zorros. Ese demonio me obliga a actuar, no me deja vivir tranquilo, adopta la imagen de Román o la de Dolores, según le conviene, habla por boca de ellos y con sus maldades anula mi voluntad por completo. Necesitaba compartir con alguien ese secreto que me estaba ahogando. Ahora me siento mucho mejor.

— Me alegro por usted. Yo, sin embargo, me siento muchísimo peor.

— ¡Pero el demonio sigue aquí, dentro de mí! — Eladio dio varios golpes en su pecho, con la mano extendida — ¡Y no permitirá que le condenen! Ya le dije que es muy astuto y también que ha tomado todo tipo de precauciones para que no se le pueda inculpar de manera alguna; y tampoco declarará ante el Juez nada de esto que le acabo de confesar. Es más, no declarará nada en absoluto, porque es un derecho que tiene el imputado. El testigo está obligado a declarar, pero el imputado tiene derecho a guardar silencio. Y el demonio callará, seguro de que ha obrado con cautela y de que le defiende el mejor abogado de esta ciudad. ¡No podrán probar nada! ¡Tendrán que dejarme en libertad!

Eladio se había comido al hombrecillo tímido que estaba allí hacía un minuto y por sus ojos asomaba el demonio que él decía llevar dentro. Núñez sintió una punzada de miedo ante aquella mirada que no sabría describir, pero a la que concedería la máxima calificación en lo que a exhibición de maldad se refiere.

— Ya sabe que mañana registraremos su domicilio, también su ordenador, su coche, su trastero y su negocio. — dijo, por decir algo, porque Eladio ya estaba advertido de que ese trámite se llevaría a cabo.

Eladio simplemente se encogió de hombros y sonrió. En su boca asomó un rictus diabólico.

— Sabemos que ya estaba contactando con la siguiente víctima. — prosiguió Núñez, tratando de ponerle nervioso.

— ¡Cierto! Pero tampoco encontrarán nada. Creé una nueva dirección de correo electrónico, un nuevo perfil en Tuenti y estaba usando la dirección IP de otro establecimiento distinto, y no es del lugar donde tomaba café, que ya imagino me habrán seguido, sino de otro, muy lejos de aquí. ¿Sabe que se puede usar una dirección IP de otro país? Se puede, se lo digo yo. ¿Cómo harán para averiguarlo? Ni siquiera saben si la cuenta de correo es de Yahoo, Hotmail, Gmail, u otra cualquiera de las muchas que hay. ¿Van a pedir a todas esas Compañías que les aporten datos de todas las cuentas de correo que se conectan desde Logroño? No pueden solicitar algo tan poco específico. Tampoco saben el nombre del perfil que he creado. Puede ser Román Domínguez, Pepito Pérez o cualquier otro dentro del infinito abanico de posibilidades existentes. ¿Van a pedir a Tuenti que les aporte datos de todos los perfiles que tienen en su red? ¡Sería absurdo!

Eladio reía a boca llena y a Núñez se lo llevaron los demonios.

— ¡Sacadlo de aquí! ¡No quiero verlo delante! — ordenó a voz en grito, dirigiéndose a Alberto y a Juanjo, que esperaban en el pasillo.

Eladio abandonó la oficina con un policía agarrado a cada brazo y llenando el ambiente de sonoras carcajadas.

Durante la mañana siguiente se ejecutó el Mandamiento de entrada y registro ordenado por el Juzgado de Instrucción número Dos de Logroño en las propiedades de Eladio Saavedra Martínez y, tal y como él mismo había pronosticado, no sólo no se hallaron pruebas, sino que ni siquiera apareció el más mínimo indicio de su participación en los hechos que se le imputaban.

El detenido, impasible, presenció el registro parapetado tras una mirada indiferente, que brillaba en señal de triunfo cada vez que se cerraba una puerta para dar por concluido el registro en aquella estancia con resultado negativo. Sólo rompía su pasividad apretando labios y puños para mostrar desagrado cada vez que alguno de los policías abría un cajón y dejaba al descubierto parte de su intimidad, al tiempo que también quedaba constatado que no era ni tan ordenado ni tan pulcro como aparentaba. Aunque la casa brillaba como una patena de puro limpia y no había ni una sola mota de polvo que pudiera contradecir tal afirmación, los cajones del armario escondían en su interior marañas de ropa sucia cuyo olor echó a los policías para atrás; asimismo, en la cómoda se acumulaban calcetines que no habían visitado la lavadora desde tiempos inmemoriales; y en la parte superior del armario, camisas y pantalones colgaban de las perchas sin orden ni concierto ni planchado previo. Chocaba el contraste entre lo que la casa ofrecía de cara al mundo y lo que escondía en sus entrañas. La casa, fiel reflejo de la personalidad del detenido, ofrecía una imagen pulcra en la antesala mientras la trastienda apestaba, repleta de inmundicia. Eladio enrojeció y se encogió de hombros cuando todos los presentes le miraron mientras Núñez procedía a abrir la ventana para que la estancia ventilase y los policías pudiesen registrar aquel armario sin desmayarse a causa del hedor.

Mientras tanto, la Secretaria judicial levantaba Acta por escrito de cuanto allí acontecía, refugiada tras unas modernas gafas de montura dorada que dejaban entrever una mirada distante y fría. Muy profesional, no omitía ni un detalle y, habitación por habitación, iba describiendo mobiliario, ubicación, zonas registradas, resultado e incidentes.

El abogado del detenido, también presente, comprobaba constantemente el avance del reloj, deseando que el monótono trámite

terminase cuanto antes pues su tiempo era demasiado valioso como para emplearlo observando intimidades y miserias ajenas.

El registro culminó en el garaje, cinco horas después, donde acababan de registrar el vehículo de Eladio, firmando el Acta todos los presentes. Marchaban de allí con las manos vacías, tal y como habían llegado.

— ¿Y quien va a ordenar lo que han dejado revuelto en mi casa? Que ha quedado todo patas arriba. — quiso saber Eladio desde el asiento trasero del vehículo policial que lo llevaba de vuelta a los calabozos.

— La ordenará usted dentro de veinte años, cuando salga de la cárcel. — respondió Núñez desde el asiento delantero.

— ¿Y si hay algún desperfecto?

— En ese caso, póngalo en conocimiento del Juzgado que lleva este asunto y será debidamente indemnizado.

Punto en boca.

OceanofPDF.com

XXX

Tras cuatro semanas de interminables sesiones, llegó el lunes 31 de octubre de 2011, fecha señalada para que la Sala de lo Penal de la Audiencia Provincial de Oviedo dicte sentencia en el juicio por el asesinato de Nerea Iglesias López.

Han pasado dos primaveras desde aquel fatídico 27 de octubre de 2009 y Francisco Iglesias vio crecer dos veces la hierba sobre la tumba de su hija, una fosa situada en un lugar discreto pero soleado del cementerio San Salvador de Oviedo, en el suelo, bajo un manto de tierra que forma un pequeño montículo coronado por una sencilla cruz que se alza sobre un soporte donde se puede leer la inscripción: “tus padres y abuelos jamás te olvidarán”.

¡Y bien cierto que era! En el transcurso de esos dos años no corrió un solo segundo en el que Nerea cediese su lugar en el pensamiento de su padre. A pesar de los muchos problemas que acorralan a Fran, la imagen de su hija pervive en su mente como un negro telón de fondo que siempre está presente aunque en el escenario de la vida se desarrollen otras actuaciones que pretendan distraerle, sin conseguirlo.

El día anterior estuvo limpiando la cruz que señala el punto donde su hija está enterrada. Desea mantenerla reluciente para recibir el hermoso ramo de flores que le llevará al día siguiente, uno de Noviembre. Como hizo el año anterior, elegirá uno grande y bonito, en el que abunden las rosas blancas, símbolo de inocencia para Fran. Acudirá a la floristería para hacer el encargo y no reparará en gastos a pesar de que su precaria economía se empeña en demostrarle cada día que aún es susceptible de empeorar, lo cual parece casi imposible.

Rosa vive en sombras, aquejada de una profunda depresión que la obliga a pasar la mayor parte del tiempo ingresada en la Unidad de Psiquiatría, acunando una muñeca Nancy que Fran adquirió expresamente para ella. Sin aquella muñeca en los brazos no sería capaz de quedarse quieta ni de conciliar el sueño, y sus gritos de desesperación se dejarían oír

hasta en lo alto del monte Naranco. El juguete le aporta seguridad, calma y algo a que dedicar el tiempo muerto en que se ha convertido su vida. Pasa los días acunándola, bañándola y peinándola, una vez tras otra y por ese orden. Durante la noche duerme abrazada a la muñeca y en el transcurso del día se dedica a cuidarla como si de un bebé se tratase, a la par que mantiene un monólogo constante con ella. Trata de alimentarla cada cuatro horas y se enfada al comprobar que la muñeca — a la que ha bautizado como Eita, porque le daba miedo llamarla Nereita, como hacía con su hija cuando era pequeña — no prueba bocado; pero a los cinco minutos se le ha pasado el enfado y entonces la acuna durante un rato, la baña después y la peina al terminar el baño. Un ritual que repite cada día docenas de veces. Rosa nunca más volvió a ser capaz de mantener una conversación coherente y su mirada se mantiene perdida en un horizonte inexistente mientras en la boca se le dibuja un indescriptible gesto que a veces parece provocado por una extraña alegría interior, y otras es pura amargura.

Por supuesto, Rosa no ha vuelto a retomar su vida laboral desde aquel día en que la vida se le nubló mientras preparaba sopa y filetes en la cocina de su casa. Por toda limosna percibe una pequeña pensión no contributiva, que es cuanto le corresponde por un periodo de cotización que no llega ni el año, a pesar de haber trabajado en aquel supermercado durante al menos cinco años consecutivos. Esa pequeña cantidad de euros apenas alcanza para cubrir el gasto de pañales (nunca volvió a controlar sus esfínteres), cremas para las llagas que le salen por pasar tanto tiempo sentada o acostada, una dermatitis que floreció de forma repentina, supuestamente provocada por los medicamentos que toma para la depresión, jabones de baño especiales, un cojín y un colchón antiácaros, y toda una larga lista de etcéteras que Fran debe costear durante los periodos que su mujer pasa en casa.

Y, como los males nunca vienen solos, sino en ristras como las cebollas, Estrella y Pedro se han instalado definitivamente en casa de su hijo desde hace casi un año, sin necesidad de invitaciones ni de haber recibido respuesta afirmativa en las muchas ocasiones en las que Estrella le había abordado con la intención de obtener el firme compromiso de que los atienda en la vejez.

— Hijo… ¿qué nos dices del asunto que tenemos pendiente? Necesitamos saber algo, para ir al Notario y arreglar lo del testamento…

Estrella preguntaba, melosa. Fran callaba. Estrella, cansada de ruegos, decidió interpretar el silencio de su hijo como una respuesta afirmativa y poco a poco, gradualmente, como una invasión sigilosa, se fueron instalando en la casa. Al principio sólo venían para pasar algunas temporadas y, cuando se cansaban de la ciudad, retornaban a su casa del pueblo. Pasada otra temporada, regresaban cargados de ropa, objetos personales y muchas quejas sobre lo fría y desolada que encontraban la residencia del pueblo.

— ¿Y si nos pasa algo estando allí solos, aislados en aquel viejo caserón? Allí falla mucho el teléfono. Si nos ocurre alguna cosa nos moriremos sin poder pedir auxilio.

Fran callaba y su padre, Pedro, miraba las baldosas del suelo y enrojecía imperceptiblemente. Entretanto, Estrella acomodaba sus pertenencias en los armarios del apartamento que antaño había ocupado la familia Iglesias – López. Fran observaba la invasión y seguía callando porque ya casi todo le daba igual. Escuchaba y callaba. Mientras tanto, el viejo caserón (como ellos lo llamaban) se iba quedando cada vez más inhóspito y falto de lo necesario, porque casi todas las pertenencias habían sido trasladadas a Oviedo. Y llegó un momento en el que cesaron los viajes. Eso ocurrió en los días previos a la Navidad de 2010. Desde entonces, Pedro y Estrella están instalados en la habitación de matrimonio, con los ahorros a buen recaudo a pesar del estrangulamiento económico que sufre Fran, y con la intención de que pasen a manos de su hijo después de que ambos mueran, no antes.

Fran duerme en el sofá y mantiene libre, tal cual ella la ha dejado, la habitación que antaño ocupara Nerea, entre otras cosas porque nadie desea instalarse allí: a Fran le habría resultado imposible conciliar el sueño en aquella estancia; Estrella y Pedro se encuentran más cómodos en la pieza grande.

Por supuesto, Estrella no colabora en las tareas domésticas porque sus muchos males la obligan a permanecer sentada en el sofá con el único

entretenimiento de ver las telenovelas que se van sucediendo unas tras otras en las diferentes cadenas de televisión. A Pedro le duele ver a su hijo cada día más consumido de tanto trabajar dentro y fuera de casa y a veces se asoma a la cocina con la intención de ayudar, pero lo cierto es que su colaboración no sirve de mucho porque no sabe ni siquiera fregar un plato. Ha sido educado en la creencia de que aquello es cosa de mujeres y el hombre no debe pisar la cocina nada más que para sentarse a la mesa a plato puesto, y ya es demasiado tarde para cambiar.

Entretanto, Fran quema los fines de semana haciendo la compra, limpiando, planchando y cocinando. Cada domingo elabora diferentes menús, que luego guarda en fiambreras y congela como provisión para el resto de la semana, cuando sus obligaciones laborales le ocupan casi todo el día y no le queda tiempo para esos menesteres.

Ese día, el señalado para el final del juicio, no consiguió pegar ojo en toda la noche a pesar de que el cansancio se había ido acumulando tras veinte días de sesiones, de las cuales cada una le ha dejado más maltrecho que la anterior. De todos los sentimientos que le embargaron durante la noche, sólo consiguió identificar el agotamiento psicológico y la impotencia; los demás eran ocupas que se habían colado en su mente, a los que no conocía de nada pero que conseguían robarle el sueño y las pocas ganas que le quedaban de vivir.

Sabía de antemano que aquel juicio le asestaría el estacazo final y con tal certeza había asistido a sus sesiones, como quien asiste a una cita con la muerte: con entereza y valor, pero lamentando que el destino le haya reservado tan amargo final y que, además, le haga consciente de que se encaminaba hacia su encuentro. Desde la segunda fila del lado derecho ha presenciado, aceptado y soportado cuanto allí se dijo. No pudo, no obstante, dirigir la mirada hacia el lugar donde se sienta el asesino de su hija — en la primera fila del lado izquierdo — ni atender a las imágenes que la médico forense expuso en una pantalla situada a la izquierda del Tribunal. Y sólo se le anegaron los ojos cuando Alba entró en la Sala para declarar, acompañada de su madre. Desde la última vez que la vio ha crecido por lo menos quince centímetros, adelgazado unos cuantos kilos y mudado su anterior aspecto por un estilismo que va camino de convertirse en una

réplica del de su madre. < ¿Sería así Nerea a día de hoy? Seguro que sí, porque eran muy amigas y habrían copiado la una de la otra>. Sacó un pañuelo de tela que guardaba en el bolsillo del pantalón para secarse las lágrimas.

A través de la declaración de Alba descubrió la soledad que Rosa y él habían impuesto a Nerea, y cómo un desconocido había tornado esa soledad en ilusión. Tuvo que volver a secarse las lágrimas. Supo también que su hija había vivido sus últimos días envuelta en felicidad y segura de que, por un capricho del destino, su vida iba a cambiar radicalmente.

< ¿Qué hemos hecho tan mal? ¿En qué hemos fallado para que Nerea haya preferido callarse aquello tan importante que le estaba ocurriendo y que supuestamente iba a cambiar toda su vida, y no haya decidido compartirlo con nosotros?> se preguntó mientras escuchaba la declaración de Alba. Entonces recordó el mal humor del que Rosa hacía gala por aquel entonces. Y la comprendió. También rememoró que él pasaba de todo lo que tenía que ver con Nerea y que reducía sus deberes paternos a unas cuantas preguntas que le presentaba al regresar del trabajo, formuladas por pura costumbre. Y la entendió mejor aún.

Con las declaraciones de Laura Alonso, Silvia de la Torre y Diego García — los compañeros de clase que la habían visto subirse al coche del asesino — asimiló lo sola que se debía sentir su hija en aquel Instituto donde había recalado cuando ya todos sus compañeros disponían de círculo de amistades. Le dolió especialmente cuando Silvia declaró lo mucho que se habían reído ella y su novio Diego al comprobar que caminaba como si estuviera borracha, y más aún cuando la vieron con aquel hombre tan mayor. Fran sabía que su hija deseaba estar guapa para su cita y no disponía de otro calzado. Renegó de su propia tacañería. Por aquel entonces habían conseguido ahorrar mil euros pero habían decidido quitarlos de la hipoteca, sin reparar en que su hija necesitaba zapatos nuevos.

Apartó la vista hacia el suelo cuando Eladio Saavedra fue llamado a declarar. No quería verle la cara porque sabía que, si lo hacía, ese rostro quedaría impreso en su mente hasta el fin de sus días. Y era un rostro odiado, no lo quería tener presente en su vida. Pero no pudo evitar escuchar

su voz; una voz pausada, suave, que denotaba amabilidad y que no debería pertenecer a un asesino.

Con esa misma voz amable y sosegada le escuchó afirmar que no conocía a Nerea Iglesias López y que lamentaba su muerte, que jamás había chateado a través de la red social Tuenti porque eso era cosa de jóvenes y que nunca antes había visitado la capital del Principado y no por falta de ganas porque, según le habían dicho, era una de las ciudades más bonitas de España. Las aclaraciones que empleaba no servían sino para engendrar la sensación de que se estaba burlando de todos los presentes. Fran deseó su muerte en ese mismo instante; y no una muerte cualquiera, sino la peor que la mente más perversa fuera capaz de imaginar. En cualquier caso, una lenta y dolorosa, lo más dolorosa posible.

La declaración del imputado en nada se correspondía con la que unos días más tarde efectuó el Inspector Jefe Pedro Núñez Miranda. Núñez sorprendió y aterrorizó a toda la Sala repitiendo palabra a palabra la confesión oral que el entonces detenido Eladio Saavedra Martínez le había desvelado en dependencias de la Policía Judicial de Logroño. El terrorífico relato denotaba una acción premeditada y cruel, propia de un demente, impensable en una persona que se vanagloriaba públicamente de haber sido buen padre y marido, de adorar a su mujer y a su hijo, desgraciadamente muertos tres años antes. ¿Y Nerea…? ¡Pobre Nerea! Había sido víctima de un sádico que sólo buscaba venganza contra alguien a quien ni siquiera conocía.

Fran se iba mareando más y más conforme el Inspector avanzaba en su relato. En un momento dado tuvo claro que debía salir de la Sala cuanto antes porque, si demoraba un solo segundo más, no conseguiría llegar hasta el cuarto de baño para vomitar el café con leche de la mañana. A su regreso, el Inspector había terminado de declarar y el Magistrado asestaba los martillazos que concluían la sesión por ese día y suspendían el juicio hasta las diez de la mañana del siguiente.

Le hubiera gustado contratar un abogado para presentarse en el juicio como acusación particular — el Fiscal le había informado de que existía esa posibilidad —, pero lamentablemente no se lo podía permitir. Su sueldo alcanzaba para pagar la hipoteca, los recibos y comer medio decentemente

hasta el día veinte. Después subsistían a base de pasta cocida, huevos y pollo, hasta el día uno que llegaba la paga mensual.

Los periodistas — que lo habían asediado hasta el límite de lo soportable cuando detuvieron al presunto culpable — ya no le preocupaban demasiado: con el tiempo había aprendido a abrirse paso entre ellos, mirando al suelo, escudado tras un gesto grave y obviando sus preguntas.

Y así ha llegado al día en que el Juez dictará sentencia. Presintiendo que será un día importante en su vida, Fran decidió exhumar su único traje: el de la boda. Tras varios retoques de corbata ante el espejo, sale de su casa a las nueve horas y treinta minutos. Un taxi pagado por la empresa constructora para la que trabaja le espera en la puerta del edificio, dado que el viejo Ford Fiesta decidió jubilarse hace medio año alegando tener el motor gripado. Va solo, como siempre. Sus padres quedan durmiendo, como siempre, ajenos — o quizá no — al significado que ese día tendrá en la vida de su hijo.

A las puertas de la Sala ve al Inspector Núñez hablando en corrillo con los otros cinco policías que han declarado en el juicio. Le saluda con un gesto de cabeza y se sienta en un banco de madera a esperar. Por el rabillo del ojo percibe que el Inspector no deja de observarle. Durante dos segundos lo ve hablar con sus compañeros pero luego vuelve a mirarle. Y así una y otra vez. Incómodo con tanta observación, se levanta para ir hacia las escaleras, lejos del punto de mira del Inspector. Allí esperará hasta que den orden de entrar a la Sala.

El ex Inspector Jefe de Policía Pedro Núñez Miranda ha recibido la notificación para asistir al juicio, en calidad de testigo, cuando estaba pasando unos días en su piso de Oviedo, a donde ha venido para solucionar unos asuntos en la Agencia Tributaria, surgidos a raíz de la herencia legada por sus padres, y que desea poner en orden cuanto antes para regresar a Logroño junto a Tere también cuanto antes.

Dejó el servicio activo hace exactamente once meses y tres días, poco después de que su vida personal diera un giro tan inesperado como radical

de mano de Doña Tere, la hostelera que les había alojado durante el tiempo que duró la investigación en la capital riojana.

A partir del interés que ella había mostrado fue surgiendo una especie de “feeling” entre ambos. Al principio se trataba de algo encubierto, que se limitaba a sonrisas, miradas furtivas y poco más. Pero el día de la despedida también hubo intercambio de números de teléfono, por iniciativa de Doña Tere, por aquello de que “yo trato a los clientes de manera personal, como si fueran de la familia ¿entiende usted, señor Núñez? Y me gusta saber de ellos de tanto en cuanto. Además, en caso de que vuelva por Logroño, y Dios quiera que no sea por motivos de trabajo como ahora, sino por ocio, me llama y tendré una habitación preparada para usted”.

Núñez se marchó del hotel sin otorgarle demasiada importancia a aquel intercambio de números. Era hombre tímido, en sus planes entraba telefonear a Doña Tere y tratar de avanzar en la relación, pero no terminaba de reunir el valor necesario para dar ese paso cuando, transcurridos dos meses desde la despedida, ella le telefoneó para saber “cómo había ido todo” y estuvieron hablando durante los minutos que los temas impersonales alcanzaron a darles conversación, procurando no rozar ni de lejos el ámbito íntimo.

Transcurrido el tiempo que consideró prudencial — otros dos meses — él le devolvió la llamada. Eso ocurrió exactamente el día veinte de abril del año 2010, fecha en la que falleció su padre, aquejado de una neumonía que había encontrado un excelente caldo de cultivo en su cuerpo desgastado por la vejez. Y, dado que había telefoneado a Doña Tere por la mañana y su padre murió sorpresivamente a media tarde, al día siguiente sintió la obligación de volver a llamarla para ponerla al corriente de las malas nuevas, sin intuir que ella sentiría el deseo de telefonearle todos los días de la siguiente semana para aportarle algo de consuelo.

Para cuando la madre de Núñez falleció, de soledad y pena, cuarenta y tres días después, las llamadas eran diarias y habían traspasado la frontera de la simple amistad.

El quince de julio Núñez logró vencer su timidez y se presentó en Logroño, a la puerta del hotel que regentaba Tere (quien para aquel

entonces ya había perdido el distante título de “Doña”) y aquella noche fue la primera que pasó completa con una mujer. Había tenido algunos rollos furtivos (tres o cuatro, no más) durante su juventud, en el asiento trasero del coche; pero nada comparado a acostarse, dormir y amanecer al lado de una mujer. El dieciséis de julio, nada más despertarse, tuvo la certeza de que su vida comenzaba en ese mismo instante y que, hasta entonces, se había limitado a sobrevivir.

Desde entonces, su vida transcurre en la capital riojana, salvo fugaces visitas a Oviedo para atender sus bienes y recordar tiempos pasados que nunca le llevan hasta la Comisaría. Y ahora, durante cuatro eternas semanas, para asistir a aquel endemoniado juicio que parece no terminar nunca ni conducir a ninguna parte.

Hace casi un mes que coincide a diario con Francisco Iglesias pero ese día, el último del juicio, sintió pena y miedo a la vez al verle sentarse en un banco frente a la Sala donde en pocos minutos se dictará sentencia por el asesinato de su hija. Los días anteriores, enfrascado en el seguimiento del juicio, no ha reparado en el aspecto del padre de Nerea, pero ese último día tiene ocasión de observarlo con detenimiento y el primer pensamiento que le viene a la mente es que a aquel hombre se lo ha tragado su propia sombra. Enfundado en un traje desfasado y tres tallas más de la cuenta, parece un espantapájaros. Para colmo, el traje es negro y acentúa aún más su palidez, destacando las ojeras que enmarcan sus ojos. No se atreve acercarse a saludarlo, se limita a hacerle un gesto de cabeza para luego seguir conversando con Alberto, Juanjo y los tres policías de Logroño que han estado investigando previamente el caso. Pero ya no puede seguir el hilo de la conversación porque se lo impide la pena y la impotencia que siente al ver la aparición en la que se ha convertido aquel hombre fornido que un día de hace dos años se ha presentado ante él para denunciar la desaparición de su hija. Minutos después lo ve levantarse del banco y dirigirse hacia las escaleras, arrastrando los pies y la osamenta dentro de aquel tétrico traje prestado o rescatado de su propio armario.

También siente miedo. Miedo de que aquel astuto asesino — que para él ya no es “presunto” — gane la batalla a la justicia y quede en libertad para seguir campando a sus anchas. Él cree haber realizado bien su trabajo,

al menos esa es la sensación que le acompaña. No habría podido hacer más aunque quisiera: le había dedicado todo su tiempo durante las horas laborales, gran parte de las no laborales y la mayoría de las noches, durante todo el transcurso de la investigación.

A sus espaldas ha llevado la cruz que para él representa la confesión verbal del asesino. Aquel día previo a la Nochebuena de 2009 la había recibido con absoluto estupor porque su comprensión no daba alcance para asimilar tanta maldad. Después, durante días estuvo sopesando qué hacer con aquella información. Por experiencia sabía que la declaración de los detenidos en Comisaría no tiene prácticamente valor alguno, que la única que verdaderamente cuenta es la que el imputado realiza ante el Juez Instructor y corrobora ante el Juez o Tribunal que después juzga el caso. Lo que se dice en la Comisaría — aunque vaya por escrito, firmado y se efectúe ante Letrado — carece de valor probatorio, y son muchos los detenidos que cambian su versión cuando más tarde declaran ante el Juez, alegando que en la Comisaría lo hicieron bajo coacciones, miedo, amenazas o lo que fuera. Sabía que, si no tenían valor las declaraciones por escrito, mucho menos lo tendría una verbal, que no constaba en documento alguno ni había sido pronunciada ante el abogado defensor.

De todas formas, cuando regresó a Oviedo, pidió audiencia con el Juez que instruía el caso y le relató lo más detalladamente que pudo todo cuanto el detenido había puesto en su conocimiento.

— ¿Y eso consta en la declaración? — preguntó el Juez.

— No, Señoría, no consta. El detenido, en presencia de su Letrado, no quiso declarar, alegando que prefería hacerlo ante el Juez; pero después solicitó hablar conmigo a solas y me hizo partícipe de los hechos.

— ¿Aportó alguna información nueva, algo relevante, que no haya salido en la prensa y que no pudiera haber llegado a su conocimiento de alguna otra manera?

— No, Señoría. Nada nuevo, salvo que la estranguló con un cinturón y que luego le prendió fuego al cadáver.

— Eso salió en la prensa. Cualquier persona pudo tener acceso a esa información. ¿Me comprende?

— A la perfección, Señoría. También describió fielmente la ropa que llevaba vestida Nerea el día de su desaparición, pero eso ya constaba en los panfletos de búsqueda que se repartieron por todo Oviedo. El nombre de Román Domínguez y muchos otros datos también vieron la luz en la prensa antes de que se decretase el secreto del sumario, creo recordar…

— Recuerda usted bien. Cosa muy distinta sería si en esa confesión se aportasen datos que nadie más que el asesino pudiese conocer, ni siquiera ustedes. Pero con esto que me cuenta podemos hacer poca cosa, o más bien nada. Puede tratarse de un loco que haya leído los periódicos y decida atribuirse el asesinato, como ya ocurrió en alguna otra ocasión.

— Comprendo, Señoría. Esperemos a ver lo que aporta la petición de los registros del teléfono del imputado.

— Esperemos. Esa información tiene que estar al llegar. Les avisaré cuando la tengamos.

El Juez se levantó del sillón, indicándole con ese gesto que había llegado el momento de concluir la entrevista. Núñez se despidió y salió del despacho sintiéndose más inseguro que nunca ante el sistema judicial. Meses después, se jubilaría sin tener conocimiento de los datos referentes a los registros del teléfono de Eladio Saavedra. Después enfrentaría un juicio en el que las tornas se habían vuelto del revés.

Silvia de la Torre y Diego García, los únicos testigos que habían visto al acusado en compañía de Nerea, no reconocieron a un Eladio que había perdido más de veinte kilos de peso en prisión y que ya no lucía unas simples entradas sino una calvicie completa, acrecentada al llevar rapado al cero el poco pelo que aún le quedaba. Así se lo presentaron en una rueda de reconocimiento, acompañado de otros seis hombres de similares características, y ambos testigos fueron incapaces de decir si alguno de aquellos varones era el que habían visto hablando con Nerea el día 27 de noviembre de 2009. El tiempo transcurrido y el cambio físico del imputado resultaron ser el camuflaje perfecto.

Por otra parte, ni los informes periciales dictados por la médico forense ni los emitidos por los funcionarios de Policía Científica aportaron una mínima prueba que incriminara a Eladio Saavedra. Y eso que habían

revisado a conciencia tanto la escena del crimen, como el cuerpo de la víctima, como las propiedades del imputado. Todo estaba más limpio que una patena y no hallaron ni un resquicio que pudiera delatar la autoría del imputado. Igual de limpio estaba el teléfono móvil que Eladio usaba para chatear. Unos cuantos números de teléfono, pertenecientes a familiares y amigos, fue todo cuanto allí se halló. Como limpia estaba la conexión wifi de la cafetería Luciérnaga: el smartphone de Eladio jamás se había conectado desde aquella dirección IP.

La prueba de la dirección IP que había craqueado para chatear con Nerea también sucumbió a los envistes de un abogado defensor veterano y cualificado. El letrado Díaz de la Roca no tuvo que esforzarse mucho para demostrar que aquella dirección IP pudo haberla violado cualquiera y que no existía prueba alguna de que su defendido hubiera sido el autor de ese asalto cibernético. Además, le avalaban las declaraciones de los camareros, clientes habituales y dueño de la cafetería “Mediapinta”, los cuales testificaron que no recordaban haber visto al presentado como Eladio Saavedra ni en la cafetería ni en las inmediaciones. Prueba anulada.

Como anulada quedó la simple coincidencia de que el coche de Eladio — cuya marca, modelo y color era idéntica a la de aquel al que se había subido Nerea la última vez que fue vista con vida — estuviera aparcado todos los días de semana, entre las tres menos diez y las cinco y diez de la tarde, en un parking cercano a la cafetería “Mediapinta”.

— ¿Es que van a incriminar a mi defendido por ir a dar un paseo todos los días al centro en sus horas libres y aparcar su vehículo en un parking? — preguntó el abogado defensor con una buena dosis de ironía.

— ¿O piensan imputar este horrible crimen a todos aquellos que sean dueños de un Audi A6 de color negro? ¡Es una simple coincidencia! — prosiguió, con más sorna aún.

Prueba anulada. Los patrones coincidían a la perfección, pero sólo estaban hilvanados y el abogado los desbarató con sólo tirar del hilo.

El mismo camino seguiría la confesión verbal que Eladio le hizo a Núñez en la Comisaría de Logroño, pese a que el Inspector se esforzase en

hacer memoria para repetirla de viva voz en el juicio, sin que faltase ni una sola frase; pero de poco serviría la confesión en sí.

— Dígame, Inspector Núñez ¿alguien más escuchó a Eladio Saavedra declararse autor de los hechos que hoy nos conciernen y narrar detalladamente todo el proceso que había seguido para culminar su crimen? — preguntó el Abogado Díaz de la Roca nada más terminar Núñez su declaración oral.

— No, señor, sólo yo. Los dos policías que estaban conmigo salieron al pasillo, pues el detenido, como usted también sabe, solicitó hablar conmigo a solas.

— Bien. Entonces tenemos que sólo se lo contó a usted y a nadie más. ¿Consta esa declaración por escrito en alguna parte, firmada por mi defendido?

— No, señor Letrado. Usted estaba presente cuando el detenido efectuó su declaración escrita en la Comisaría de Logroño.

— ¿Aportó mi defendido algún detalle del crimen que usted no supiera?

— No, señor, ninguno.

— Entonces, Señoría — expuso Díaz de la Roca mirando directamente al Juez — concluyo que lo declarado por este policía bien puede ser cierto pero también puede ser una invención suya, pues no existe prueba documental alguna ni testigos presenciales que puedan dar fe de que lo declarado por este funcionario de Policía sea cierto.

Su testimonio, supuso en ese momento, había quedado por los suelos y no serviría para nada en lo que a prueba se refiere. Sólo el asesino y él sabrían la verdad, pues la Justicia sólo se atiene a pruebas demostrables y tan sólidas como para aguantar los embistes del abogado defensor.

Se lo llevaban los demonios pensando en que aquel individuo pudiera irse de rositas con tan sólo dos años de prisión provisional, de la que además tendrían que indemnizarle si no se probaba su culpabilidad. En un momento dado miró a Eladio a la cara y observó la chispa del triunfo en su

mirada. Estaba que rabiaba. De buena gana lo hubiera estrangulado con sus propias manos.

Sin embargo, en el antepenúltimo día de juicio llegó, al fin, una buena noticia. Nada más iniciarse la sesión salió a relucir la prueba que situaría a Eladio Saavedra en Oviedo durante los días veintiséis y veintisiete de noviembre de 2009.

La información aportada por la Compañía de teléfonos que prestaba suministro al móvil de Eladio daba fe de que ese número de teléfono se había registrado en todas las antenas que cubren el recorrido de la autopista que une las ciudades de Logroño y Oviedo. Y no sólo eso, sino que también ubicaba dicho teléfono en varios puntos de la ciudad vetusta durante el día anterior y el propio día de la desaparición de Nerea. A las veintidós horas y once minutos del día veintiséis de noviembre de 2009 el teléfono se registraba por vez primera en Oviedo, y no abandonó esa ciudad hasta las diecisiete horas y tres minutos del día siguiente. Y lo que era todavía mejor, figuraba registrado en la antena que da suministro a la zona de Latores desde las veintitrés horas y doce minutos del día veintiséis hasta las ocho horas del día veintisiete, desde las diez horas y dos minutos hasta las trece horas y cuarenta y cinco minutos de ese mismo día veintisiete; y se volvía a registrar otra vez a las dieciséis horas y un minuto del día veintisiete de noviembre, abandonando definitivamente la zona a las diecisiete horas y tres minutos del mismo día.

Todas las franjas horarias coinciden exactamente con las horas en las que Eladio ha permanecido en el prado, según lo manifestado por Núñez en su declaración, donde repitió como un loro todo cuanto le había relatado el imputado de viva voz. Así fue posible ubicar a Eladio Saavedra en el prado de Latores durante la noche anterior al crimen, durante la mañana siguiente e inmediatamente después de la desaparición de Nerea. Su declaración y los datos aportados por la Compañía de teléfonos del imputado encajan como las piezas de un puzzle.

Y, si bien es cierto que aquella prueba sólo sirve para ubicar en Oviedo el teléfono móvil del imputado, resultó concluyente a pesar de los esfuerzos del abogado defensor para echarla abajo, porque ni él ni su defendido

fueron capaces de demostrar cómo ha viajado el teléfono móvil de Eladio hasta allí y, si no lo ha llevado él, quien.

Cayó por tierra la manifestación del imputado acerca de que jamás ha estado en Oviedo, adquirió más relevancia la declaración de los testigos que dicen haber visto a Nerea subirse a un vehículo marca Audi, modelo A6, de color negro, conducido por un hombre de unos cincuenta años. Y Núñez respiró hondo al ver que el juicio había tomado nuevo y buen rumbo. Miró hacia el lugar donde se sentaba Francisco Iglesias y observó que su mirada estaba tan triste como otras veces pero su boca dibujaba una mueca que se parecía a una sonrisa. Alberto y Juanjo, en cambio, reían a boca llena.

El Fiscal solicita veinte años de prisión para Eladio Saavedra como autor de un delito de asesinato y otro de detención ilegal. El abogado defensor pide, por supuesto, la libre absolución por falta de pruebas que al menos sean capaces de ubicar a su defendido en Oviedo, ya que no lo son de demostrar que él ha sido el autor de la muerte de Nerea Iglesias. El señor Díaz de la Roca se empecina en defender que lo único que ha quedado demostrado es que el teléfono móvil de Eladio ha viajado a Oviedo durante los días de autos, pero nada dicen respecto a la persona de Eladio Saavedra.

A las doce horas de esa mañana, treinta y uno de octubre de 2011, el Juez dicta sentencia: veinte años de prisión para el imputado por el asesinato de Nerea Iglesias López, de catorce años de edad. Núñez aprieta los puños y no los levanta en alto por respeto al Tribunal. Luego busca el rostro de Eladio para comprobar si aún mantiene aquella mirada irónica y triunfal, pero no puede comprobarlo porque su cara se oculta tras las dos manos que la tapan. Parece abatido. El Juez continúa leyendo la sentencia. Núñez espera hasta ver si consigue cruzar una mirada con Eladio: sabe que de ese breve intercambio depende el futuro descanso de su conciencia, el que le permitirá vivir tranquilo el resto de sus días porque ha dejado el trabajo culminado; más no lo logra porque, nada más finalizar aquella última sesión, la gente empieza a desalojar la Sala. Los presentes pretenden abandonar el local todos a la vez y el tumulto tapa a Eladio. Sólo consigue ver que dos policías uniformados lo sacan por la puerta delantera. No volverá a verle. Si consigue, en cambio, enfrentar la mirada del Letrado Díaz de la Roca, y le pareció entrever cierto respeto que no había estado allí

antes. También le da tiempo a observar el traje negro que escapa por la puerta, con aire de espectro atrapado en un invierno eterno.

OceanofPDF.com